R 50319

BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS
TOMO I

EL TESORO
DE LOS
LAGOS DE SOMIEDO

POR

MARIO ROSO DE LUNA

MADRID
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE PUEYO
19, Calle de la Abada, 19.
1916

© Biblioteca Nacional de España

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.

© Biblioteca Nacional de España

PRELIMINAR

TENEMOS el honor de ofrecer al público los primeros tomos de una interesantísima *Biblioteca de las Maravillas*, escrita por un polígrafo, bien conocido ya por sus obras y sus descubrimientos en España y América.

La personalidad del Dr. Roso de Luna es de sobrado relieve para que tracemos aquí su silueta como científico y como artista. El autor de *Hacia la Gnosis* y *En el Umbral del Misterio;* el conferenciante en el Ateneo de Madrid y en las Repúblicas sudamericanas; el arqueólogo de la prehistoria ibero-romana; el afortunado intérprete del Códice maya *Cortesiano* y de la escritura *ógmica*, se ha excedido a sí mismo en esta complejísima labor poligráfica que empezamos a publicar con el dicho título de *Biblioteca de las Maravillas*.

No otro nombre puede darse, en efecto, a la maravillosísima serie de libros que la componen, y en los que las ciencias naturales, la música, la historia, cien otras heteróclicas disciplinas, en fin, juegan variado papel, dentro de la más atrayente poesía de hondas realidades y de místicos ensueños de leyenda.

Ante todo, el tomo presente rinde el debido homenaje a nuestra Patria querida, en su augusto símbolo del Principado de Asturias, y en él, bajo la más amena forma semigeográfica, seminovelesca, nos narra una serie de aventuras ocultistas que tienen más de real, en medio de la ficción de su trama, que muchas novelas al estilo de Julio Verne, siendo, al par, todo un canto entusiasta a la cuna de Don Pelayo, a esa admirable *Suiza española*, en su pasado, su presente y su porvenir.

© Biblioteca Nacional de España

Los tomos siguientes de esta *Biblioteca* van consagrados al coloso de Bayruth, a Wagner, tan admirado como compositor musical, como poco conocido aún en su faceta de filósofo y de mitólogo incomparable. Estudiar, pues, a *Wagner* en su aspecto de *mitólogo* y *ocultista*, es, en verdad, una feliz idea, un efectivo hallazgo, porque el drama musical de Wagner no puede ser considerado de otro modo, a partir de la publicación de este libro, que como una evocación, un resurgimiento gallardo de los primitivos *Misterios iniciáticos* de Grecia y Roma, misterios de los que con tanto respeto hablaron siempre hombres como Platón, Cicerón, Séneca y en general todos los clásicos de la antigüedad sabia.

Si el favor del público acoge, cual creemos se merecen, estas obras sin precedentes en nuestra literatura filosófica, los presentes tomos serán seguidos de otros varios en los que temas tan sugestivos como el de *Seres y cosas del otro mundo, La perdida Atlántida, La matemática maya y los naipes, La cuarta dimensión y la Magia, La química como ciencia del agua, La imaginación, único mundo real*, etc., etcétera, irán desarrollando a los ojos del sorprendido lector toda la policromía de su ciencia y de sus bellezas, sólo hasta aquí buscadas por paladares escogidos; todo el encanto infantil de la leyenda sabia; todos los anhelos de las almas artistas, fatigadas ya de las arideces meramente científicas cuanto de las frivolidades sin fondo de las hueras poesías.

El tesoro de los Lagos de Somiedo y *Wagner mitólogo* y *ocultista*, son, en fin, los primeros libros de una novísima literatura que parece alborar un nuevo día de fe y de ensueño, en medio de las negruras de la época; un vívido rayo de luz y de esperanzas, iluminando y disipando las tristezas actuales, en las que también se empieza a comerciar con un perverso pseudo-ocultismo. Por esto sólo, aparte de otros muchos méritos que irán apreciando en ellos nuestros lectores, estamos seguros de su buena acogida por el público, acogida que nos permita continuar las demás publicaciones de nuestro polígrafo, con provecho para las letras y la ciencia de nuestra raza, tan poco comprendida aun, en su orientalismo, por los pensadores europeos.

Los Editores.

© Biblioteca Nacional de España

INTRODUCCIÓN

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

INTRODUCCION

A LA

BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS

CENTÓN EXTRAÑO

PARA FILÓSOFOS, POETAS Y MÚSICOS

Quien no sepa soñar, no trabe
conocimiento con estos libros.

ESTAMOS hastiados, lector, de eso que llama *realidad* nuestra pobre ciencia de topos sublunares: queremos, pues, soñar; pero soñar alto, soñar hondo; soñar en lo que nadie parece haber soñado y en lo que, sin embargo, viene soñando la Humanidad desde que el mundo es mundo.

Émulos de la titánica grandeza del Doctor Fausto, soñado por Goethe, queremos buscar lo no sabido, por no bastar a nuestro sér lo conocido.

Cerrad, pues, estos libros, oh vosotros, positivistas al uso, grey anónima y rezagada de aquel materialismo grosero con que el siglo XIX medió, y que ha hecho tristemente necesarios, por natural reacción, todos los errores científicos del noble espiritismo y todos los horrores de la guerra reciente. No le abráis tampoco vosotros, los creyentes de cualquier religión positiva que estéis bien avenidos con vuestra fe, la cual, seguramente os ha de conducir al cielo... al cielo de los niños. Devoradlas, en cambio, sin perder una línea, oh vosotros, mis hermanos queridos, los poetas, que sabéis encontrar de igual modo la fuente de la belleza artística, tanto en el Cristianismo ideal cuanto en el tan calumniado Paganismo y que habéis llegado a saber por propia y amarga experiencia de dolores, cuánto más grande es el Arte que la Ciencia, y cómo la ciencia moderna, de la que con tan justos títulos nos vanagloriamos sin embargo, como nacida que es del Arte, en el Arte tiene que morir: en ese *Ars magna* de los clásicos, que no es sino

© Biblioteca Nacional de España

la Magia y la poesía transcendente de los genios intuitivos que, con sus ensueños, echaran antes los cimientos del edificio científico.

«La vida es sueño», que dijo Calderón, y nuestras más aparatosas realidades tangibles del ensueño salieron y en nada y sueño se han de convertir. ¿Hay algo en el mundo que sea más práctico y real que el oro, al decir de las ambiciones contemporáneas que sólo se mueven por la posesión del vil metal? Y, sin embargo, nada ha sido objeto de más leyendas que el oro, y los nibelungos contemporáneos tienen que rendirse a la evidencia de que el *alma del oro* es el ensueño. ¿Hay algo, tampoco, más real que el amor, en las altas esferas de lo ideal como en las más bajas impurezas de la vida? No obstante, son tan hermanos el amor y el ensueño, que nada hay más soñador que el amor mismo.

Porque la mal llamada realidad del *ahora*, como el mal llamado *presente* no existen: son sólo un punto inexistente, un falso instante, un destello fugaz en el ciclo sin fin del gran ensueño que llamamos vida, y buena prueba de ello es el hecho de que para seguir gozando de la realidad tenemos que repetirla sin cesar, tejiéndola y destejiéndola cual verdadera Tela de Penélope, porque se acaba en seguida. La realidad de nuestros apetitos todos apunta con el deseo, que es un sueño ilusorio a quien siempre podemos, más o menos, dominar, y que, una vez satisfecho, pasa de nuevo al mundo del ensueño, ora con dolorosos recuerdos, ora con dulces añoranzas de aquellas que hacían siempre mejor al tiempo pasado a los ojos del gran Jorge Manrique.

Si es cierto que las realidades de hoy son los ensueños de ayer, los ensueños del hoy han de ser las realidades del mañana, porque nada existe en torno nuestro que no sea la cristalización, el fruto de lo que antes viviese en nuestra imaginación creadora. La más alta función divina, al decir de Platón, fué y es la del Logos-Arquetipo, en cuya mente germinaron y germinan todas las ideas del mundo de la Formación. La más excelsa función humana, es la del arquitecto; no la de ese industrial sabio que construye casas con piedra y ladrillo, sino la del Arquitecto-Pensador, que traza en su mente todos los lineamientos ideológicos de la creación artística antes de esculpirlos en la roca amorfa de las realidades tangibles. Por eso se dice, que el escultor que tallase la divina estatua de la Venus de Milo antes la formó completa en su imaginación por el ensueño creador artístico, teniendo fuerza mental bastante para hacerla encarnar luego en el bloque roquizo y para irla a buscar con el cincel, despojándola de los materiales inútiles que encubrieran a los ojos mortales su cuerpo ya formado por la mente. Por eso también se niega por algunos que el arco voltaico moder-

© Biblioteca Nacional de España

no produzca luz por sí, sino que sus intensas energías de vibración eléctrica son bastantes a alejar de en torno suyo aquellas partículas groseras de nuestra atmósfera que impiden manifestarse a nuestros torpes ojos, las eternas vibraciones del infinito Piélago de Luz en cuyo seno vivimos sin saberlo. ¿Quién no ha visto las hermosuras de los anillos de Crookes en el vacío...?

Es verdaderamente pasmoso el infantilismo que nos domina. ¿Cómo nos atrevemos, en efecto, a creer *la sola realidad* a nuestros estados más o menos relativos de vigilia, cuando todos los días, con regularidad que pasma, empleamos nada menos que la tercera parte de nuestra existencia en un mundo al que llamamos *quimérico* y que es, si cabe, más real que el de la vigilia, pues que en él se pierden de vista todas nuestras vanidades ilusorias y en él, ni el rey recuerda que es rey, ni el mendigo que es mendigo? Sed honrados, queridos lectores; haced un buen balance entre el *debe* de vuestras ilusiones y el *haber* de los frutos reales conseguidos, y os convenceréis de que el mundo exterior os debe, por lo menos, un buen noventa y cinco por ciento de lo que en vano soñasteis: pues bien, amigos, no es que el mundo no nos quiera pagar tamaña deuda, es simplemente que nosotros no hemos sabido cobrar... ¡Sí, cobrémoslo, haciéndonos justicia por nuestra propia mano, y pongamos, como dioses que somos al decir de Platón y de Jesús, el mundo entero a contribución de nuestros ensueños y hagamos soñar a la Ciencia y a la Historia, a la Religión y a la Vida...!

Ya tenéis dibujado con esto sólo, el esquema de los presentes libros. Vamos a huir de las llamadas *realidades*, que no son sino humo, polvo y ceniza, yendo a buscar el ensueño dondequiera que podamos encontrarle. Como aquel que, harto de «personas decentes», que a la postre resultaban no serlo, se dió a buscar la decencia en los canallas, o bien con aquel espíritu de superioridad moral con que Jesús buscaba la espiritualidad única de su tiempo entre rameras y publicanos, con ese mismo espíritu, harto ya de *verdades históricas* que son otras tantas mentiras y de *principios científicos comprobados*, que quedan de nuevo sin comprobar en cuanto surge un hecho antes desconocido, cual el de Gustavo Le-Bon acerca de la indestructibilidad de la materia, vamos a buscar verdad, ciencia y poesía todo junto, en esa *terra incognita* donde no se atreven a entrar los pazguatos sean religiosos y científicos; los unos, porque al penetrar en el divino campo del Misterio, temen perder la fe que incautos pusiesen en la ciencia y virtud de otros hombres, y los otros, porque para moverse en el mundo de las realidades superiores echan de menos esos despreciables andadores de las

© Biblioteca Nacional de España

verdades comprobadas, que, dicho sea de paso, ni existen ni han existido nunca.

Pitágoras, después de haber sido amamantado en música y poesía, como todos los griegos ilustres, tuvo por maestro en su juventud a Hermodamas o *Hermes-daimon* («de la casa o *espíritu* de Hermes»), por otro nombre *Laio-damas* o *Creófilo*, descendiente de aquel Creófilo de Samos que, según tradición, había dispensado hospitalidad al gran Homero y era jefe de la antiquísima corporación o fraternidad de los rápsodas u *homéridas*. Maestro y discípulo cantaron, pues, los versículos sagrados al son de la lira délfica, y Pitágoras, como Ulises, debió su iniciación al triple y combinado esfuerzo de los viajes, el estudio y la poesía, las tres fuentes más puras del ensueño que existen.

¡Qué placer el de poder hablar libremente como hombre y viajar como poeta por el infinito del Misterio sin ese equipaje odioso de las demostraciones...! Si lo que vamos a decir es verdad, ¿para qué molestarse en demostrarlo?, y si verdad no fuere, ¿por qué no tenerlo por tal, si es infinitamente más hermoso que las verdades frías y siempre cambiantes de la llamada Ciencia?... ¡Oh felicidad la de viajar solo, sin equipaje ni objeto fijo, sin necesidad ni plan, cual caminaba el genial hidalgo de la Mancha; automóvil sin gasolina ni *chauffeur;* aeroplano sin alas, que nos pueda sacar triunfantes de la cárcel de este mundo donde yacemos esclavos!

Y sobre todo, que si una cosa es más bella, por fuerza ha de ser más verdadera, so pena de que la verdad y la belleza estén divorciadas en el mundo, en cuyo caso yo no sé cómo la Divinidad podrá componérselas para, siendo antagónicas, aunarlas entre sí, como dicen, en grado infinito.

Cierto matemático, un tanto adocenado, pasó una vez al lado de una enamorada pareja que ni siquiera se dió cuenta de su presencia. El matemático y su sabiduría se ausentaron compadeciendo a aquellas pobres víctimas del amor, que es ilusión, fantasía y locura, cuando en la mente del primero, «todo eran verdades demostradas», en cambio. Pero estaba muy lejos de sospechar el matemático que de aquella locura, como fruto de bendición, podrían venir al mundo matemáticos y filósofos muy superiores a él mismo... Hijos de la ilusión de nuestros padres desde el origen del mundo, ¿cómo nos atrevemos a maldecir de aquello mismo que nos ha dado la vida? Convenid conmigo en que somos unos perfectos malandrines al pagar con tan vanidosa ingratitud los dones que debemos a la Naturaleza, más sabia siempre que nosotros, y que quien desprecia al ensueño, está muy cerca de negarse a sí mismo.

Además, descartado el ensueño y la poesía, ¿qué es lo que hay en la

© Biblioteca Nacional de España

llamada realidad viviente? Lo que Job hace muchos siglos dijo: «Que el hombre nacido de mujer vive poco tiempo y se marchita como la flor del campo, o

como el heno, a la mañana, verde,
seco a la tarde».

¿Quién, que no sea un irracional perfecto, puede prendarse de esa realidad que a los ojos del más perfecto análisis, sin poesía, no es sino cieno y miseria, razón por la cual Bartrina exigía no se analizase si se quería conservar la felicidad? Nada más repugnante, en efecto, que nuestra vida animal, toda desilusión, dolor, esclavitud y muerte. Nada más hermoso, en cambio, que el ver salir de esos estiércoles las rosas fragantes del Ideal camino de un mundo mejor, del que antaño vinimos y a cuya reconquista gloriosa hay que marchar con el arma del sacrificio.

Por otro lado, son tantos los modernos descubrimientos científicos y se vienen ellos ofreciendo a nuestra vista con tal rapidez de cinematógrafo, que no parecen sino un sueño: prueba clara de aquel principio de que la realidad científica viene a la postre a resultar mayor y menos verosímil que el más temerario de los ensueños de ventura. Por eso nosotros damos los pretendidos fantaseos de estos libros en la seguridad plenísima de que, por ser ellos bellos, con la belleza inmarcesible de la tradición y la leyenda, algún día, más o menos remoto, han de resultar verdaderos para la ciencia, porque la ciencia es respecto de la poesía lo que el grueso del ejército y su impedimenta son a las avanzadas exploradoras: llega más tarde, aunque su llegada es definitiva. Buen ejemplo, entre mil, nos le han dado en menos de medio siglo las novelas de Julio Verne, las cuales fueron menospreciadas a su aparición, por muchos, como *excesivamente fantásticas*, y hoy, sin embargo, podrían quizá ser tachadas, frente a los descubrimientos más recientes, como *excesivamente poco fantaseadoras*. Compárese si no el *Nautilus* de las *Veinte mil leguas de viaje submarino*, con los submarinos actuales, y aquel aeróstato de las *Cinco semanas en globo*, con los modernos aeroplanos y dirigibles.

El poeta, cante o no en verso, es la avanzada, el faro de la Humanidad. Desgraciado el sanchopancesco hombre o país que hayan perdido la facultad de soñar. El mundo animal, del que salieron en parte por evolución, volverá a ser con ellos y con su ceguera. Feliz, en cambio, aquel otro país u hombre que sabe pedir al Ideal del ensueño tradicional y legendario todo aquello que la realidad egoísta del hoy pretende negarle, pero que tendrá que otorgarle en un mañana más o menos remoto, como obligado

© Biblioteca Nacional de España

tributo a la excelsitud del titán humano, del Conquistador de los cielos.

«Toda verdad importante—dice Melcior Farré—ha sido en un principio una bella verdad que se ha buscado y admirado por sí misma, por su mera y abstracta belleza. Los bellos teoremas se han encontrado después que eran los más útiles; pero se les ha descubierto porque eran bellos, no porque eran útiles. Kepler no vió desde un principio en las leyes de las órbitas planetarias más que sublimidad, y del propio modo, si Newton afirmó la gravitación universal fué porque antes ensoñó como genio una universal armonía, una reducción de la variedad a la unidad, una fecundidad infinita en la misma sencillez del principio que formulaba. Lo denominado real fué siempre cosa bien secundaria para los Pascal y los Leibnitz, quienes, como todos los genios, miraron más allá de todas las llamadas utilidades, viviendo en una especie de ensueño acerca de lo posible, sin ver en los fenómenos físicos otra cosa que ecos de más superiores armonías.»

***

A fuer de honrados, debemos añadir que, al hacer aquí la debida justicia a la poesía y al arte, miramos también por nuestra «propia conservación», curándonos en salud de todas cuantas acometidas ha de dirigir a estos libros la crítica de mala fe que se acostumbra a emplear todavía contra todo intento de alabar a la Magia tradicional de las edades, tan poética y al mismo tiempo tan científica. «¡Lástima de libro—se suele decir compasivamente de las obras de esta clase—, todo en él son bellos fantaseos, pero desprovistos de verdadera realidad científica!»

. . . . . .

Cuéntase que un grupo de taberneros de una aldea fué a confesar con cierto fraile misionero de nada buen genio, quien sucesivamente iba vapuleando de lo lindo con sus reprimendas a los taberneros que desfilaban por su confesonario, cuando éstos confesaban su acostumbrado pecado de echar agua al vino. Uno de dichos compadres, apostó, sin embargo, a que él no sería reprendido así al tocarle su turno. En efecto: postrado de hinojos ante el reverendo, le dijo lleno de atrición: «—Acúsome, padre, de que vendo agua; pero para que ésta no sea tan dañosa a los consumidores, ¡suelo echarla algún vino!»

Este es mi caso, lector. Como doquiera que voy me nombran a la «imaginación» con igual saña con que a las gitanas a quienes se quiere exasperar se les nombra *la bicha* (culebra), declaro solemnemente, cual el tabernero de mi cuento, que «soy poeta, pero para que mi poesía no sea tan

© Biblioteca Nacional de España

dañosa, va sin rima, y la he echado además un poquito de ciencia, no mucha...» ¿Quién sabe si consideraciones análogas, frente a los sofistas de su tiempo, no fueron las que movieron a Platón y a tantos otros a decir en fábula lo que no se les habría tolerado decir en veras por ir en contra de «los intereses creados» y las falsas verdades establecidas? Las burlas más formidables de Montaigne, Voltaire, Diderot, Rabelais, etc., para no hablar sino de tiempos modernos, acaso no tuvieron otro origen, cual también aquello de

Madre mía, no te asombre
ría o llore cuando veo
tantos hombres sin empleo;
tantos empleos sin hombre.

Recordad, si no, el preciosísimo apólogo de Lichtwehr, acerca de la *Verdad* y la *Mentira*.

«Cierto día la *Mentira* sorprendió adormecida a la *Verdad* y la despojó de sus albas vestiduras, cubriendo con ellas sus hipócritas lacerias, para poderse presentar así a los incautos hombres, disfrazada, de *Verdad* pura. Tan tristísimo día de semejante trueque, fué el último de la Edad de Oro, porque la pura *Verdad* que antes reinaba como única soberana, había sido suplantada entre los mortales por la propia *Mentira*. La infeliz *Verdad*, aunque despojada de sus preeminencias, no por eso dejó de presentarse a los hombres; pero todos ellos la rechazaban y escarnecían: nadie podía soportar cara a cara la vista esplendorosa de la *Verdad* desnuda, mientras se rendían toda suerte de bajos homenajes a la entronizada *Mentira* (1).

---

(1) Esta es también la leyenda céltica de Isabeau, Isabel o Isis, la hermosa. El rey, su padre, especie de Wotan del Anillo del Nibelungo, cuando advirtió que amaba a un hombre, ¡al Hombre, a la Humanidad!, la condenó a ser paseada desnuda por todo el ámbito de la ciudad, en punto de mediodía, para que todos pudiesen verla, pero no contó el *Padre* con que, bajo hipócrita pretexto de pudor (el falso horror a la Verdad sin Velo, que es característico de los hombres de mentalidad inferior y de los credos esotéricos, hechos para ellos), todos los habitantes de la gran ciudad se encerraron en sus casas y cuevas, *porque no querían ver cara a cara a la Verdad desnuda* en toda su belleza divina, prefiriendo el seguir engañándose en medio de sus tenebrosas rutinas y prejuicios religioso-científicos. El amante, que la vió, fué condenado a muerte y ejecutado en seguida.

Por descontado; esta interpretación *esotérica* de la leyenda es más filosófica y adecuada a su verdadero simbolismo que la que se suele dar de ordinario en poemas y críticas, y que la conocida ópera de este nombre que corre por el mundo, ópera cuyo sentido o interpretación meramente *esotérica*, es *simétrica*

© Biblioteca Nacional de España

Perseguida doquiera la *Verdad,* tuvo que huir al fin hasta el desierto, donde casualmente llegó a hallar las vestiduras de la *Mentira,* cuando ésta las cambió por las suyas. Vistióse, pues, con ellas, porque otras no tenía, y amante siempre, al fin, de los mortales infelices, como Madre que es de ellos, tornó a presentarse en el mundo, y los hombres, al verla ya así disfrazada, accedieron a tolerarla, porque es eterna condición humana la de que cuantos no pueden soportar las desnudeces de la Verdad pura, si no se oculta entre velos y alegorías *(velatio, revelatio* y de aquí revelación, do-

---

de la interpretación que damos nosotros, o sea *contraria en un todo* a su significado ocultista.

Concordante con esta interpretación, Emile Faguet, en su estudio sobre el filósofo Bayle, nos dice: «La Humanidad se figura que avanza porque ella percibe que está en movimiento: lo sólo cierto es... que oscila. Nadie más convencido que Bayle, añade, de dos cosas: la una, que la razón debe guiarnos siempre; la otra, que no nos guía jamás. La razón es, para el filósofo ilustre, el solo soberano legítimo y el solo también que nunca llega a gobernar. La causa de ello estriba en el horror que experimentan los hombres hacia la verdad. Un instinto secreto nos dice que la verdad es el enemigo más temible de nuestras pasiones y que si por solo un instante la dejásemos tomar las riendas llegaríamos a ser unos seres tan absolutamente razonables y serios que pereceríamos de hastío. No más deseos; no más odios; no más temores... De un modo vago e inconsciente, presiente el hombre que la verdad, el simple buen sentido, dado oídos durante una mera hora, le colmaría en el acto de bienes, más no obstante, retrocede ante ello como al borde de no sé qué abismo horroroso o qué desierto sin límites. ¿Cómo queréis que nunca se entregue en brazos de la Verdad, cuando en ella ha de encontrar la fuente de todo reposo y el término de todas las agitaciones y tormentos? Advertís, además, que si grande, instintivo y egoísta es el horror que el hombre siente hacia la verdad, no menor repulsión experimenta hacia la Luz. Alaba siempre lo que es *claro,* pero ama apasionadamente lo que es *obscuro,* y no se entusiasma jamás sino por lo que no comprende. Ciertos reformadores cifran sus esperanzas y orgullos en que han destruído o borrado el Misterio: Necedad insigne. Lo que ellos simplemente han dejado y lo que les asegura discípulos, son los sentimientos de odio, creadores de su secta, con los que han enriquecido al mundo... El hombre es un animal místico: ama sólo lo que no comprende, por lo mismo que anhela el no saber, y eso que llamamos «necesidad de enseñar» es el afán por lo ininteligible, afán que hará que siempre sueñe la Humanidad, e instintivamente rechazará toda doctrina que se deje comprender demasiado para impedir el soñar sobre ella. La razón, pues, es una especie de *enemigo íntimo* que el hombre lleva en sí y al que tiene incesantemente que sujetar. Es, pues, una prueba de espíritu estrecho la de querer entronizar el mero racionalismo entre los hombres (como hizo la Enciclopedia). Esta es una falta de conocimiento del humano corazón.»

© Biblioteca Nacional de España

ble velo echado sobre las altas verdades religiosas) hallen excelentes los disfraces de la Mentira, y hasta se avengan a tolerar a veces la Verdad, cuando les sea presentada, no como ésta es en sí, sino bajo el ropaje de la Mentira, o sea bajo el nombre y forma de *Fábula*, que son los mismos que adoptó la Verdad cuando se presentó disfrazada con los velos de la Mentira.

*
* *

La ciencia contemporánea sería uno de los veneros más puros del sano ocultismo si no fuese aún tan materialista. Con la obra de los antecesores

---

Convengamos en que las pinceladas son de mano maestra y que con ellas están estereotipadas las características más fundamentales del hombre: de un lado aquel anhelo hacia la Verdad oculta y el Misterio, cantado por Espronceda en aquellos versos del prólogo del *Diablo Mundo*, que dicen:

UNA VOZ: Verdad, te buscamos:
osamos subir
al último cielo
volando tras ti,
con noble avaricia
y en ansia sin fin
de ver lo que ha sido
y está por venir;

de otro lado aquel coro, que responde:

Mentira, tú eres
luciente cristal,
color de oro y nácar,
que encanta el mirar.
Feliz a quien meces,
Mentira, en tus sueños,
tú sola, halagüeños
placeres nos das.
¡Ay! ¡Nunca busquemos
la triste Verdad!
La más escondida
tal vez, ¿qué traerá?
¡Traerá un desengaño!
¡Con él un pesar!

Razón sobrada tenía ya en el siglo XIII el buen clérigo Airas Numes, trovador del ciclo del nieto de Alfonso el Sabio D. Denís de Portugal, cuando can-

© Biblioteca Nacional de España

a la vista, es como los investigadores sinceros van robando, en efecto, secretos al misterio que nos cerca; pero hay que reconocer sin ambajes, que toda edad, toda cosa grande para la vida, es ensoñada primero por un poeta; traducida a honda prosa al instante por un filósofo; hecha tangible luego por un científico analítico; democratizada y puesta al alcance de todos por un industrial, y por el industrial, al fin, empequeñecida. Sin los poetas románticos alemanes no habría habido un Kant; sin Kant, no hubiera venido Laplace; sin Laplace, no tendríamos a Leverrier, descubridor de Neptuno meramente en la pizarra del cálculo, y sin la astronomía de éstos y sus admirables instrumentos, cien aparatos de física, de clínica operatoria o de

---

taba con la inimitable dulzura de la lengua gallega. (Cancionero de la Vaticana, número 455.)

Porque no mundo mengou a verdade
puñeis un dia de a ir buscar,
e u por ela fui preguntar
disseron-mi todos: «—Allur la buscade;
ca de tal guisa se foi a perder
que non podemos en novas aver
nen ja non anda na Irmaidada.»
Nos moesteiros dos frades regrados
a demandei, e disseron-m' assí:
«—Non busquedes vos a verdade aquí
ca muitos anos avemos passados
que non mor' en nosco, per boa fe,
(nen ja sabemos en dond' ela está)
e d' al avemos mayores cuidados»
E en Cistel, u verdade soia
siempre morar, disseron-me que non
morava i avía gran sazón,
nen frade d' i ja a non coñocia,
nen o abade, outrosí, non estar
sol non quería que fossi' i pousar
e anda ja fora da abadía.
En Santiago seend' albergado
en mia pousada, chegaron romeus,
preguntei-os e disseron: «¡Paz Deus,
muito levade-lo camiño errado,
ca se verdade quisierdes echar
outro camiño conveu a buscar
ca non saben aquí d' ela mandado!»

(Eugenio López-Aydillo, *Las mejores poesías gallegas.*

© Biblioteca Nacional de España

industria no facilitarían hoy nuestros vivires. Preguntado cierto aviador notable por su sangre fría y cualidades de mecánico *positivista*, dónde y cómo había nacido su *práctica* técnica, él respondió sin vacilar: «—En la lectura de las obras de Julio Verne...» En países como España, llenos, aunque no se crea, de gazmoños prejuicios positivistas, se ha dado en la moda de hablar siempre de *práctica* y no de *teoría;* pero las industrias químicas alemanas, que son las primeras del mundo, tienen a sueldo dos doctores meramente teóricos por cada ingeniero práctico, cosa que deputaríamos increíble.

La imaginación en su más alto grado creador, cuando está debidamente regulada, es sencillamente *Magia*. ¿Qué más Magia, en efecto, que la de esa facultad portentosa que la basta ver un instante un paisaje, u oir un momento una nota, para atesorarlos por siempre y evocarlos una y mil veces después cuando le plazca, envueltos en todo género de recuerdos emotivos de placer o de dolor, de calma o tempestad, de pequeñez o de grandeza. Por eso hemos dicho en otra parte que las acciones más grandes suelen ser las más extrañas al orden del raciocinio puro: el heroísmo vidente de Colón llegó donde no llegaron los sabios de la Junta de Salamanca; una intuición de un chiquillo ocioso pudo más para el perfeccionamiento de las máquinas de vapor que estudios cifrados en rigurosos raciocinios. Con la mera argumentación lógica ni a los mismos lógicos se convence, porque es bien extraño que haya tantas lógicas como escuelas filosóficas, pareciéndose muy poco la de Kant o Stuard-Mill, por ejemplo, a la de Santo Tomás de Aquino. En cambio, el resorte para mover, no ya a éste ni al otro hombre, sino a masas enteras, sugestionándolas, cifra sólo en el poder de imaginación a imaginación. Así se explica el mágico poder de la palabra oratoria, de la mirada, del gesto, concordante con el divino precepto de Horacio del *si vis me flere...*, y a causa de la imaginación del genio se han realizado cosas antes tenidas por imposibles. A pesar, en fin, del gran rigor demostrativo del silogismo, por algo no se le ocurre a nadie el pensar por un orden silogístico casi nunca, como nadie hay tan insensato que, teniendo que trasladarse de un lugar a otro distante, empiece por construirse la carretera entre los dos.

Y ya que hemos nombrado la palabra Magia, diremos también, como prólogo de los ulteriores capítulos, igual que lo que consignó nuestra maestra H. P. Blavatsky en su prodigiosa obra *Isis sin Velo*, es decir, «que no creemos en Magia alguna que exceda al alcance y a la capacidad de la inteligencia humana, ni en «milagro» alguno, ya sea *divino* o *diabólico*, si tal cosa implica una transgresión de las leyes naturales instituídas desde

© Biblioteca Nacional de España

toda la eternidad. No obstante, admitimos la opinión del sabio autor del *Festus*, cuando dice que el corazón humano todavía no se ha revelado completamente a sí propio, y que jamás hemos alcanzado ni comprendido siquiera toda la extensión de sus poderes. ¿Será exagerado creer que el hombre puede desplegar nuevas facultades sensitivas y adquirir una relación mucho más íntima con la Naturaleza, como cuentan de antaño las leyendas de todos los países? La lógica de la evolución se encargaría de decírnoslo si la llevásemos hasta sus legítimas conclusiones. Si recorriendo la línea ascensional desde el vegetal o la ascidia hasta el hombre más perfecto, el alma ha evolucionado llegando a adquirir las elevadas facultades intelectuales que hoy posee, en manera alguna será temerario inferir y creer que en el hombre se está desenvolviendo igualmente una facultad de percepción que le permite indagar hechos y verdades aun más allá de los límites de nuestra visión ordinaria». Estos son los hechos y verdades que todavía calificamos de ensueños, no obstante que toda la ciencia del mañana yace en germen en ellos, como en el capullo invernal la flor de la subsiguiente primavera.

*
* *

Creo en un progreso indefinido, pero en espiral, y por tanto, en apariencia, cíclico. Cada pueblo trae un ideal a la vida, y hasta que no le realiza no desaparece del planeta. Nuestra misión de titanes, de condenados a una vida de eterna lucha para alcanzar los cielos de la belleza, la verdad y el bien, nos corroe las entrañas con la duda cartesiana, como el águila del Cáucaso al divino Prometeo; nos obliga a llevar sobre nuestras espaldas la peña de Sísifo, que son nuestras miserias y dolores, por la empinada cuesta que conduce hacia el Ideal; nos mantiene en un hambre y sed inextinguibles, como a Tántalo, porque jamás podremos saciar nuestras necesidades transcendentes de míseros caídos. Pierre Loti, creo ha dicho que vivimos en una isla de conocimiento en medio de un mar de ignorancia, tenebroso y sin límites; por eso, cuando nuestra ciencia positiva no puede servirnos más por el momento, ante la imposibilidad vital de aguardar, sin morir, las nuevas edades saturadas de esperanzas, que dejen atrás con sus realidades las quimeras más risueñas, harto lógico resultaría, sin duda, el buscar en el fecundo campo de las leyendas que nos han legado nuestros antecesores, el estudio de *lo oculto*, o sea de las leyes ignoradas de la naturaleza, con arreglo a las disciplinas orientales, tan ricas en este punto; pero al mismo tiempo considero que, como se trata de abordar en cierto modo a un mundo cuyas leyes pueden ser de mayor amplitud y acaso diferentes, se

© Biblioteca Nacional de España

impone un escrupuloso esmero psico-físico, análogo al que emplea el biólogo en el manejo de los cultivos bacteriológicos patógenos. Los infinitos casos de locura sobrevenidos entre hipnotistas, mentalistas y pseudo ocultistas de varios jaeces, prueban de un modo harto triste que ni la vida más pura, ni la más noble intención altruísta son preparación bastante para un Ocultismo verdadero, porque quien ignora o no cumple las leyes conocidas por la ciencia y las sacrosantas del sentido común, ¿con qué derecho, ni cordura, puede abordar esos escabrosos senderos reservados a los genios del porvenir?

La locura o la impotencia suelen ser los condignos castigos de tan insensatas pretensiones; pero hay varios ocultismos que jamás pueden entrañar peligros, tales como el estudio profundo de las leyes del destino *(Karma)* obrando sobre hombres y pueblos a lo largo de la Historia; la atenta consideración del pasado, que hace sabios a los viejos; los iris, tempestades, ensueños, decepciones y demás facetas o películas del cinematógrafo de nuestras existencias, sobre el que sin percibirlo caminamos hacia el *Nosce te ipsum.*

Por eso vamos a aprender algo de ocultismo, es decir, algo de las leyes y cosas todavía ignoradas por el mundo, no con vanos cuando no peligrosos y perversos rituales, sino lanzándonos sin miedo por el campo del arte literario y musical menos apreciado; por el campo del cuento, de la leyenda y del mito, donde, según Platón pueden cosecharse tantos frutos. Así aportamos una piedra más al futuro edificio de aquella síntesis religioso-científica que fuera vano ensueño de la Enciclopedia, y que fracasó, no por falta de ciencia, sino por carencia de fe integral en el Misterio que nos cerca y en la divina condición del hombre, a quien, cuando no alcanza aún a saber, le es obligatorio ensoñar, para no caer en la inercia y desalientos de ese terrible y falso *non plus ultra* escrito con la mayor perfidia por religiones y ciencias más o menos cretinas.

«La centuria pasada ha sido en realidad de intensa especialización, de labor diferenciada y analítica, de criticismo, en fin, dice un gran amigo nuestro en la revista bonaerense de *La Cruz del Sur;* pero todo esto circunscripto siempre al marco bien definido de cada ramo de los conocimientos humanos. La suprema síntesis no fué hecha, y a ella sólo cabría el nombre de ciencia, porque ella sola será el verdadero y perfecto *conocimiento.* No es que no se haya pretendido formularla: por el contrario, las tentativas han sido múltiples, tantas como subdivisiones tiene el tronco científico y en ella estriba el capital defecto de cada una y de todas las síntesis imaginadas. Siempre han tenido aquéllas como base los datos sumi-

© Biblioteca Nacional de España

nistrados por tal o cual ciencia particular. En el mejor de los casos, algún cerebro privilegiadamente enciclopédico ha esbozado un sistema más completo fundándose en los conceptos sobresalientes (hechos, leyes, axiomas) de las ciencias físico-naturales, de la astronomía y de las matemáticas. Pero utilizar otras fuentes, usar de otros procedimientos que los netamente positivistas, fuera poco serio, y por ello no pudo intentarse y no se intentó por nadie que mereciese del consenso universal el tan halagador calificativo de hombre de ciencia.»

«Entre las omisiones más notables de las síntesis que nos legara el siglo de las luces, sigue diciendo dicho pensador, podemos enunciar algunas, sin entrar mayormente en su estudio. En primer término se ha prescindido deliberadamente de lo que podríamos llamar doctrina del pasado. Nada de lo viejo podía merecer confianza a la razón apenas libertada de la tiranía del dogma. Miróse lógicamente lo antiguo a través del cuerpo de doctrina que más lo encerraba, o sea el pensamiento religioso sancionado por los concilios y mantenido por la Iglesia. Con juvenil audacia se pensó en reconstituir el mundo con materiales nuevos que no hubieran servido para ninguna de las fundaciones pretéritas basadas sobre la opresión política y la superchería religiosa. Así ni el helenismo entró para nada en las nuevas teorías. Esa culminación tan alta del mundo antiguo, síntesis de una evolución que remataba en un punto jamás después alcanzado porque logró la armonía y el equilibrio más perfecto que registra la Historia, fué desdeñosamente relegado, con sus dioses, sus héroes, sus filósofos y sus artistas. La estética, la belleza, eran simples contingencias, sentimientos, nada real, positivo y concreto que pudiera ser fatalmente necesario a una nueva concepción del mundo. Así también se consideraron las matemáticas transcendentales de Pitágoras, porque a los números no se les concibe fuera de su meditada aplicación a las urgencias de la vida, y esa maravillosa y tan acabada obra de Platón y de sus discípulos, ¿qué podía significar sino la embriaguez del idealismo inocuo en que inutilizara todos sus esfuerzos una Humanidad que acababa de nacer a la inteligencia?»

«Sin embargo, debió predominar de todo algo muy esencial: la Grecia había obtenido una gracia suprema: había conquistado el equilibrio en una magna síntesis político-religioso-social que informaba desde el más grande hasta el más pequeño detalle de su vida, y si los modernos querían alcanzar ese mismo objeto, ¿no podrían encontrar algunas enseñanzas en esa ciencia griega que fundara las brillantes repúblicas de la Hélada?»

«Como la antigua sabiduría de los griegos, fué también despreciada la de los indos, egipcios y árabes, y, en fin, la de la Edad Media. Ni aun el

© Biblioteca Nacional de España

Renacimiento fué tenido en cuenta. Cuando los pensamientos de aquellos positivistas les recordaban alguna antigua tradición iniciática, donde fácilmente se hubiera alcanzado el sentido profundamente sabio que la caracterizase, los nuevos creadores la citaban a título de *leyenda poética*, leyenda que impensada e inconscientemente afirmaba verdades cuyo valor jamás conocieron los contemporáneos del poeta ni aun el poeta mismo. Ese don de hablar *impensadamente* y, sin embargo, con tanta sabiduría, preciso es reconocer que debió ser un extraño y exclusivo privilegio de aquellos hombres, porque hoy los ignorantes sólo dicen sandeces, y en verso más aún. Tamaña contradicción pudo resultar una sugestiva interrogación para gentes menos prevenidas ya en contra, pero fuera de la Iglesia suele sobrevenir lo que no sucede en ella: el milagro.»

«Como la antigua sabiduría, como la tradición del pasado, la Religión no ha tenido papel ninguno que desempeñar en la síntesis del siglo XIX. Ya los estudios de mitología comparada habían insinuado las concomitancias de las distintas creencias y la relación que éstas guardan entre sí aun cuando las separen los mares más anchos y los caracteres étnicos más opuestos. Nada significaba todo ello, ni tampoco tenían valor las interpretaciones científicas de los documentos sagrados porque eran, a todas luces, caprichosas y capciosas. Nadie nombró a los libros indos que enseñan una cosmología absolutamente idéntica a la de Laplace, como ninguno se acordó tampoco de aquel Fabre D'Olivet, tan perseguido, que tradujo el Génesis del hebreo según sus tres claves, mostrándonos una teoría de la evolución que sustentaría sin vacilar el positivista más escéptico. Todo, todo eso pertenecía al pasado y olía lamentablemente a podrido. La higiene moderna impide desenterrar cadáveres: «Dejad al pasado que sepulte a sus muertos.»

«Y he aquí, que se veía obligada a admitirle ahora con mera modificación de nombre, convertido en hipnotismo. Los viajeros empezaron a hablar de los fakires y los yoquis. Algunos seres extraordinarios aparecieron en Europa y América. Las sesiones espíritas se vieron frecuentadas por las más altas personalidades y se discutían ardientemente las atrevidas especulaciones del nuevo credo que nacía hablando de un más allá y de segundas vidas inconcebibles para la iluminada razón de los hijos del siglo. Hiciéronse experimentos, sometiéronse a condiciones especiales a seres que se denominaban mediums y arrancaban secretos de ultratumba; creáronse corporaciones de escépticos para vigilar a los creyentes, otorgáronse premios, se entablaron juicios, se gastaron ingentes sumas de energía y de dinero, se creyó, se dudó, se volvió a creer y se volvió a dudar. La duda

© Biblioteca Nacional de España

siguió, sigue y seguirá por mucho tiempo, pero de este interesante problema ni una palabra mencionan las síntesis del siglo pasado, como si la duda no tuviera inalienables derechos a sugerir pensamientos y a figurar para algo allí donde la afirmación o la negación no pueden decidir por entero sobre la verdad o el error de un sistema.»

«¿Qué relativo valor merecen, pues, los trabajos de síntesis del siglo XIX? ¿Hay alguno que haya tenido presente todos los puntos que se han enumerado y los no menos considerables que dejamos de señalar? Entre los trabajos de los hombres de ciencia no figura uno solo que reúna todas las condiciones exigidas; pero hubo un sér contradictorio y múltiple, lleno de fuego y de pasión, de ciencia y de misticismo; de espíritu religioso y de reivindicaciones liberales que intentó el esfuerzo y produjo una obra admirable y profunda, elocuente y sabia, pero desordenada hasta lo inconcebible: este sér fué H. P. Blavatsky.»

Las maravillosas obras de esta extraordinaria mujer, que fué mártir de su siglo, descubren, en efecto, un mundo nuevo de síntesis en todos los horizontes de la ciencia, el arte, la religión, la poesía y la vida, en una palabra, y, sin embargo, se ha hecho en torno de ellas y de su autora, después de haberla calumniado en vida, la más odiosa «conspiración del silencio», sin contar con que el tiempo las ha de hacer justicia, siquiera sea en un principio por mano de discípulos tan incompetentes como el que escribe estos libros, quien, no obstante, de igual modo que Pablo el apóstol antes de hacerse cristiano fué ciudadano romano y vistió la romana toga, también ha vestido la toga universitaria y cultivado las ciencias llamadas positivas, antes de rendir sus modestos laureles en ellas a los pies de la velada estatua de Isis, para obtener de esta diosa y de su debeladora Blavatsky, conocimientos que no habrían sabido o querido darle, en medio de su endiosamiento vanidoso, las religiones esotéricas y las ciencias llamadas positivas.

*
* *

El verdadero conocimiento filosófico, jamás puede surgir, contra lo que hoy se cree, de la mera experimentación: siempre habrá por encima de ésta lo que Kant denominó *juicios sintéticos a priori.*

—¿Qué es el conocimiento?—se pregunta Schopenhauer en su obra *El Mundo como Voluntad y como Representación*—. Ante todo, una representación, que distará siempre de la Realidad cósmica todo cuanto nuestra finitud o limitación mental diste de la infinitud de aquélla.

© Biblioteca Nacional de España

Pero una *representación* mental es un proceso interior que, en su parte fisiológica única admitida por los positivistas, es una actividad cerebral, tanto del animal como del hombre, a consecuencia de la que se despierta en el cerebro una *imagen*, una especie de *cliché* fotográfico o fonográfico, según que el sentido transmisor de la sensación sea la vista o el oído. Se comprende, pues, que semejante imagen no tenga en la realidad exterior sino un enlace muy mediato, defectuoso siempre, como es defectuoso todo detalle lejano o invisible para la placa fotográfica y todo sonido lejano, falto de atmósfera transmisora o dotado de una amplitud vibratoria inferior a 32 o superior a 73.000 vibraciones por segundo, que son los límites inferior y superior de nuestra acuidad auditiva.

Partiendo del conocimiento objetivo, por otra parte, jamás se pasaría de la *representación*, es decir, del fenómeno, de lo mudable, contingente o relativo, y para representarse la Realidad cósmica, o en términos de buena filosofía, la Suprema Verdad sin sombra de errores, sea ella indefinida o infinita, sería preciso también un tiempo y un número de juicios parciales indefinidos o infinitos. Esto equivale a decir que por hondos, amplios y transcendentales que puedan llegar a ser nuestros conocimientos, siempre estaremos confinados en una isleta de verdad, plagada de deficiencias y errores, y rodeada por el mar tenebroso del Misterio, como antes dijimos.

Pero nos queda un camino secreto, añade Schopenhauer, para entrar como a traición y por sorpresa en la fortaleza del Conocimiento, ese castillo encantado y simbólico de que nos hablan todos los libros de Caballería, y es el *Nosce te ipsum* del Templo, el conocimiento intuitivo y místico de la Divinidad latente en nuestro Ego interior, el «Cristo en el hombre», que diría San Pablo: en una palabra, la expresada Realidad sin sombra de ilusión, Velo o *Maya;* conocimiento abstracto, inefable e íntimo, que no puede germinar en nuestra conciencia sino de un modo inmediato o sin representaciones, como alma de las *ideas innatas*, de Leibnitz (1). La hoja del árbol no puede conocer a otra hoja vecina, pero si le fuera dable el identificarse con la savia que la fecunda, muy pronto advertiría que dicha savia es la misma que anima también a aquella otra hoja, su compañera, y habría así descubierto a su árbol mismo.

---

(1) Véase Bonilla y San Martín, *El Mito de Psiquis*.

© Biblioteca Nacional de España

*
* *

Si la intuición del vidente y el mágico conjuro del poeta bastasen a evocar del seno de la tierra y traernos nuevamente a la luz las seculares ruinas que en su seno se ocultan, hallaría, por otro lado, la ciencia sobrado campo a donde extender sus exploraciones, hasta un grado tal de *ocultismo* y poesía, como no pudo sospechar jamás.

Por desgracia, el fondo de los mares, pese a nuestros hermosos estudios de oceanografía, es todavía un libro herméticamente cerrado a nuestra investigación. Esos valles atlánticos de volcánico suelo, con profundidades hasta de miles de metros, nos son inaccesibles, y la sonda misma, único instrumento, por hoy, de nuestras pesquisas, apenas si nos aporta de ellos lo que nos aportaría otra sonda que, pendiente de la barquilla de un dirigible, rasase al acaso, una vez entre mil, sobre la superficie de una Palmira, una Persépolis o una Tebas, es, a saber, un cieno globerino secular que, con espesor de docenas de metros recubrió los pocos restos de la perdida Atlántida, antaño respetados por el fuego, el agua y las convulsiones sísmicas, trastornos todos tan colosales al formarse la cuenca atlántica actual, como los que el telescopio nos acusa por todo el ámbito de la Luna, ese mundo vecino al nuestro, muerto también, como el continente atlante, en un supremo paroxismo eruptivo.

Tal es la eterna ley. Las fuerzas destructoras de la Naturaleza parecen complacerse en borrar las huellas todas de nuestra acción sobre el planeta, y la labor de la ciencia histórica por eso ha sido siempre la de una verdadera exhumación de los restos del pasado archivados en la vasta necrópolis de las capas terrestres. Dando un paso más, la intuición del hombre ha coordinado estos restos y, armada de los poderes de la imaginación creadora—potencia plástica y divina moldeadora de intuiciones, y a la que preconizamos unas veces como alma de la ciencia y despreciamos otras como escarceos de fantasía—, ha vitalizado, por decirlo así, estos restos, reconstituyendo habilísima los seres y cosas a quienes ellos pertenecieran.

Los mamíferos terciarios, que ya no existen; los terribles saurios de la edad secundaria, hoy representados por ínfimas iguanas, que poderosos volaban, nadaban o corrían y se sumergían en aquellas cálidas aguas genesíacas; toda la flora, en fin, que hoy agoniza representada por tímidos helechos después de haber constituído terrenos enteros, ha sido así retornada a la vida por la Paleontología, uno de los edificios más gigantes y deleznables de la época contemporánea, portento imaginativo que ha llegado

© Biblioteca Nacional de España

ya hasta a mover el pincel, el lápiz y aun la lira de los artistas científicos.

Pero en nuestro impenitente materialismo hemos formado del fósil y de la ley de fosilización un concepto muy cretino. Fósil, en efecto, no es sólo un resto neuro-esquelético de un vertebrado desaparecido, ni una impresión de dermato-esqueleto, u otra huella de un sér antaño vivo en una masa térrea posteriormente endurecida. El concepto científico de fósil debe extenderse mucho más, si queremos ser lógicos, porque si el fósil paleontológico antes aludido no es sino *un resto de una organización extinta*, todo otro resto de los seres desaparecidos y de las obras de su actividad vital merece también ser deputado por fósil efectivo.

No se desdeña tampoco nuestra incipiente Paleontología de incluir con los restos esqueléticos de los seres desaparecidos, cuanto pueda hacer referencia a su habitación, a sus presuntos hábitos de vida, a su *medio*, en suma, que diría el darwinismo, y siendo esto así, el concepto de fósil puede adquirir una amplitud desconocida, mucho más adecuada a la investigación científica.

Fósil, en el concepto histórico o paleo-antropológico más genuino, será todo recuerdo o rastro, toda huella o *racconto* del pasado de los hombres. Las ideas de los pueblos, sus costumbres venerandas que, perdida la clave histórica que presidiese a su implantación, degeneran en injustificables rutinas; la indumentaria, la poesía popular, la leyenda y el mito, conservados por la tradición o *cábala*, serán otros tantos fósiles cuyo maravilloso perdurar es una ley misteriosa de la psiquis colectiva, y no digamos nada del lenguaje, porque la moderna Filología comparada, no obstante sus prejuicios positivistas, va descubriendo lentamente toda una paleontología lingüística que aproxima unas a otras los millares de *fablas* del mundo a uno o pocos troncos de común origen primitivo, mediante los *fósiles* de sus raíces, flexiones, afijos y consonantes muertas o fosilizadas, sobre todo en las lenguas del Norte.

A primera vista podría creerse, sin embargo, que la ley de fosilización, aun admitida con toda la amplitud precedente, en modo alguno puede ser aplicable al problema de la Atlántida que vamos a tratar en uno de los tomos de este libro, por la sencilla razón de que no existe ya el pueblo atlante para que podamos estudiar todos aquellos elementos, pues que arrastró con él en la catástrofe sus usos, tradiciones, lengua y demás elementos de sus vivires.

Semejante argumento envuelve un error fundamental que urge desvanecer.

No todo perece, en verdad, en las catástrofes más tremebundas, porque

© Biblioteca Nacional de España

todo pueblo alcanza siempre un radio de acción infinitamente más extenso que, el siempre exiguo, de su cuna originaria. Aun cuando otra catástrofe semejante sumergiese hoy en el Atlántico a la península ibérica, por ejemplo, la historia ulterior podría alcanzar a reconstituir, no obstante, todo o parte de su pasado por el estudio del fósil hispanoportugués en infinidad de sitios del planeta, tales como el norte de África, o mejor dicho, toda la costa africana descubierta y colonizada por los portugueses, una buena parte de las islas del Pacífico, algo de Asia y toda la América, exceptuando contadísimos manchones ingleses y holandeses. Por las Córdobas, Méridas, Medellines, Trujillos y Guadalupes americanos, podríamos inferir la existencia de otros peninsulares, ni más ni menos que las Colonias mediterráneas en Italia y España antiguas, fueron trasunto fiel de otros tantos pueblos griegos emigrados. ¿Quién, en los siglos venideros, podrá sospechar por la Nueva-Cáceres del archipiélago de las Molucas, la existencia, entonces quizá ya prehistórica, de la modesta capital extremeña de este nombre, en el rinconcito ibérico donde nacieran tantos colonizadores militares y espirituales del mundo en el siglo XVI? Es ley, ciertamente, del eterno paralelismo entre la tierra y el hombre que a un continente, nuevo en el sentido de la colonización humana, corresponda un pueblo nuevo también, que se extienda por dicho territorio, cual las aguas por el llano, dejando acá y allá islotes y salpicaduras de los pueblos antiguos.

Semejante *ley de porfirización* se cumple al par en la Naturaleza y en la Historia. En ésta, cuando un pueblo nuevo penetra en un país habitado de antemano por otro, y en aquélla, cuando se forma un terreno nuevo, merced a un fenómeno geológico de índole ya neptúnica, ya eruptiva, incrustándose en su masa restos de otros terrenos más antiguos, que a esto es a lo que se llama *porfirización* en Geología.

Tal característica de los grandes Imperios, de *porfirizar* a los que vienen después, se ha debido cumplir también en el Imperio atlante, tanto más cuanto que, si hemos de creer a las leyendas que corren acerca de él, sobre todo en los libros religiosos de Oriente, ningún otro de la Historia le ha igualado en esplendor, como si en sus mejores tiempos hubiese realizado por entero el ideal de la *Edad de Oro* de los poetas. Pero, aunque así no fuese, al tenor del símil anteriormente formulado respecto del Imperio ibérico, la Atlántida debió dejar huellas o fósiles indudables en los actuales continentes, aunque sus regios esplendores no igualasen siquiera a la docena de grandes Imperios históricos como el índico, el persa, el de Alejandro, el romano, el árabe, el de Carlo-Magno, el de Constantinopla, el ibérico, el ruso y el tan contemporáneo de Inglaterra. ¿Dónde no deja-

© Biblioteca Nacional de España

ría huellas el Imperio británico aunque hoy las Islas Británicas se sepultasen en el Atlántico? Por cíclica ley del destino histórico, y no obstante la supervivencia fosilífera de los Imperios precedentes, la moneda inglesa, el tipo inglés, las costumbres inglesas, y, en una palabra, Inglaterra toda podría reconstituirse aunque desapareciese su metrópoli, con sólo el pintoresco mosaico de sus influencias político-culturales repartidas por sus colonias en el mundo.

Es cierto que las dificultades de semejante reconstitución histórica aumentarían en razón directa de su distancia en tiempo. Cualquier persona seriamente instruída puede, en efecto, reconstituir mentalmente el imperio hispánico de hace tres siglos, y, sin embargo, los más delicados perfiles de él empezarían a borrarse ante su vista, por la huella ulterior de los pueblos sucesivos. Hoy casi nadie recuerda la influencia española de hace tres siglos en la costa norteamericana del Pacífico y en la mayor parte de los Estados de la Unión, ni en el millar de islas que a España arrebatasen ingleses, holandeses y franceses; ni en los propios Países Bajos, Norte de Francia, Italia, Túnez y Argelia, tan regados antaño por sangre española, porque conviene advertir que a la fatal mano del tiempo, que todo lo borra o sepulta bajo verdaderas capas psíquico-geológicas en lo inconsciente, se auna cierta pasión humana que yo llamaría la *ingratitud filial* de los pueblos jóvenes para con sus antecesores, ingratitud tan evidente como la proverbial de los hijos para con los padres, y que, sociológicamente considerada, no es, en el fondo, sino una triste consecuencia de la ley del progreso—el *darma* y el *karma* de los pueblos—que aparta las miradas de los hombres del mundo muerto, del pasado, para orientarlas vigorosas por los senderos de lo porvenir.

Dentro, por otra parte, de la ley matemática de probabilidades, es racionalmente imposible que una catástrofe geológica sepulte a ningún pueblo por su perfecto contorno geográfico. Como se observa en todas las catástrofes de la Historia, siempre quedan fragmentos, restos, huellas de lo que desapareció, y aunque el radio de acción de la catástrofe de la Atlántida fuese, por excepción, de alcance mayor que el radio etnográfico, geográfico o político de los atlantes, siempre quedarían fuera de aquél las zonas de sus colonias e influencias, dos de ellas, por lo menos, tan evidentes como la premexicana y la egipcia, sin contar con las emigraciones que inevitablemente han tenido que servir de prólogo a la física o moral catástrofe, catástrofe que ni en lo material llegar pudo jamás de improviso, sin anuncios o fenómenos previos, esterilizadores o amenguadores paulatinos del territorio, ni en lo moral sobreviene tampoco sin largos años y aun si-

© Biblioteca Nacional de España

glos de decadencia, que es la causa fundamental de todos los movimientos emigratorios.

Si pues, en suma, el radio de la hipotética catástrofe atlante fué menor que el del territorio ocupado por tal raza, la Historia puede hallar en regiones más o menos costeras del Atlántico, tales como la yucateca y la occidental de Europa, características idénticas, reveladoras de un común origen, cual las que guardarían las dos costas de un brazo de mar cualquiera que un trastorno geológico formase en el seno de un extenso Estado como Rusia, en la que el Báltico y el Negro se uniesen por los valles de dos de sus afluentes respectivos. Si, por el contrario, el radio de la tal catástrofe alcanzó más del perímetro continental de la presunta raza atlante, aun queda abierto siempre el camino histórico de sus colonizaciones e influencias allende el perímetro del hundimiento, y una de estas influencias o recuerdos, por ejemplo, podría ser la tan pintorescamente narrada a Solón por los sacerdotes de Sais, empresa que llevaría en son de guerra al pueblo atlante, ya en sus postrimerías, ante los propios muros de la Atenas primitiva y de la Tebas egipcia. Otras influencias podrían serlo asimismo las emigraciones de los méxica del Nuevo Mundo, que tantas analogías tienen, por otra parte, con los todavía no bien estudiados itinerarios míticos del pueblo israelita, conservados por la Biblia y no entendidos por sus traductores y comentaristas.

He aquí, pues, dibujado para otro tomo de nuestra obra un colosal y dificilísimo problema: el de «La Atlántida como continente histórico», porque, como dice la introducción del primer tomo de *La Doctrina Secreta*, de Blavatsky, la Atlántida, el Quinto Continente, sería el primer continente histórico si prestásemos mayor atención que hasta aquí, como pretendemos intentarlo nosotros, a las tradiciones y leyendas de los antiguos pueblos».

La huella histórica de las invasiones arias no ha podido borrar en Europa ni en América las misteriosísimas que en todas partes del mundo ha dejado la Edad de Piedra, con sus megalitos, sus pictografías, sus jeroglíficos ógmicos y de otras clases, precursores de los hierogramas egipcios, cuneiformes, mogoles-sánscritos, etc. Mas la huella de semejante pueblo precaldeo de una y otra orilla del Atlántico no está sólo en sus ruinas, sino también en sus tradiciones religiosas o mitopeicas, tocadas de un carácter común, cual si unos y otros fuesen originarios de un continente conector, la Atlántida de los sacerdotes de Sais, revelada por éstos a Solón y conservada en los incomparables diálogos de Platón *el Divino*. Semejante continente va poco a poco pasando del terreno de la fábula al de la ciencia

© Biblioteca Nacional de España

más positivista, gracias a los estudios prehistóricos de druidas y libio-iberos, por un lado; de maya-quiches y nahoas, por otro; pero no puede entrar de lleno en este segundo terreno sin un estudio comparado de las lenguas, tradiciones y supersticiones de unos y otros países, estudio cuyo obligado prólogo es el de los escasos documentos jeroglíficos que de ellos se hayan podido conservar. «Por eso decíamos en nuestra *Ciencia Hierática de los Mayas* que había que ligar las enseñanzas deducidas de aquellos códices» con toda la prehistoria del viejo continente o de la Edad de Piedra, que ya Trogo-Pompeyo denominó *escítica* (turanios e hiperbóreos), raza que, según el extracto de Justino, que transcribe la clásica obra de Alexandre Bertrand *Les Druides et le Druidisme*, irradió sus fulgores por el mundo; raza troncal que se ha designado con cien nombres, tales como el de *hiperbórea* y *escítica*, por Herodoto; *prearíana* y *mágica*, por Plinio; *megalítica*, por los antropólogos modernos; *potosemita*, por Scott-Elliot; *post-atlante*, por H. P. Blavatsky; *protodanesa*, *escandinava* o *nórtica*, por Worsae, Evans, Nilsson y Montelius; *druida*, por Bertrand; *vasca* o *precaldea*, por Fernández y González; *turania u occidental*, por Lenormant; *mediterránea*, por Sergi; *libio-ibera*, por Antón, etc. etc., pues, como ha dicho Bunsen comentando la admirable obra de Lenormant: «*La magie chez les chaldéenn, et les origines accadiennes*» (págs. 190, 238, 325, etcétera), todo se auna para llevarnos a considerar a una misma y sola raza de la Humanidad como implantadora, en una antigüedad prodigiosamente remota *que no podríamos reducir a guarismo*, de las supersticiones mágicas que les son características en la cuenca del Eufrates y el Tigris, frase comentada por Bertrand, con estas palabras: «La hipótesis de Bunsen, resulta hoy un hecho apoyado por sólidos argumentos, y que cada día alcanza una demostración más completa. El día que ello quede establecido en definitiva, habrá dado un paso gigantesco la historia primitiva de la Humanidad». «Este día, dice proféticamente el genial arqueólogo, nos parece ya muy vecino», y no será otro, añadimos nosotros, sino aquel en que la prehistoria americana y europea o eurásico-africana se den la mano sobre las aguas del Atlántico, aguas que nos ocultan al continente ancestral en su seno sumergido.

*
* *

Ciencia tradicional y ciencia positiva; mito y primitivas religiones; un poco de historia, un poco de poesía; un algo indestructiblemente lógico y un mucho dulcemente emotivo; sombras, luces, recuerdos y añoranzas, cosas olvidadas y cosas increíbles; ideas del ayer y esperanzas en un maña-

© Biblioteca Nacional de España

na esplendoroso... todo ello quizás pueda encontrar el lector atento, entre las páginas de estos libros, libros a los que no sé bien si llamarles *centón extraño* a causa de su misma complejidad, un tanto desordenada y caótica, cual la de todos los centones, o a causa quizás de que con ellos pretendemos, dentro de la doble significación asignada a la palabra «centón» por nuestra Academia de la Lengua, alzar un artefacto más, una máquina nueva que, a guisa de tantos otros ingenios militares, sirva para la defensa de los ideales espiritualistas que nos son tan queridos, frente al asedio con que pretenden de nuevo sepultarles los fariseos, publicanos y saduceos modernos.

© Biblioteca Nacional de España

POR LA ASTURIAS TENEBROSA

EL TESORO DE LOS LAGOS DE SOMIEDO

NARRACIÓN OCULTISTA

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

A mi amigo leal

Antonio López y López.

Tú, que me llevaste a conocer los numerosos tesoros de las encantadas y encantadoras montañas de Asturias, recibe, en prueba de gratitud y de fraternal afecto, la dedicatoria de este trabajo, que a tan querida región, y a ti en representación de ella, consagra tu buen amigo,

M. ROSO DE LUNA

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

POR TIERRAS DE DON PELAYO

Albricias te sean dadas, lector, por prestarte a acompañarnos a través de esa divina tierra astur, de esa Suiza española, recinto misterioso de XANAS *y de* TESOROS, *laboratorio de gentes, cual la Germania de Tácito, cuyo prototipo es el legendario Don Pelayo.*

En alas de la historia y de la leyenda, únicos caballos que le quedan ya al Carro del Sol de nuestra fantasía, pienso transportarte, incólume y feliz, por entre el dédalo de sus laberínticas montañas; de sus castos y dulces valles, orlados de verduras; por entre la poesía de sus quintanas y hórreos, sobre las aguas, a veces cristalinas y a veces teñidas de añil, de sus ríos, y por las férvidas costas de su fiero Cantábrico, hasta apartarte y apartarme de cuantas tristezas, preocupaciones o atonías nos agobian en la prosa brutal de nuestros modernos vivires.

Sin temor, pues, a las consecuencias de nuestro BLANCO *Ocultismo, que es al par superreligioso y supercientífico, penetra, lector, conmigo por la antesala leonesa, dejando atrás ese desierto sahariano, con tal o cual oasis, que se llama meseta castellana, donde quedan el polvoriento Madrid estival; la profanada Sierra del Guadarrama; las ciudades muertas que llamamos Avila, Segovia, Medina del Campo, Dueñas, Simancas, Palencia..., pueblos del medio-evo, ciudades místicas y ascéticas, dormidas en la calma de sus tierras sin relieves ni frescura; yertas en las nostalgias de sus nobiliarios recuerdos y en los laureles de sus glorias marchitas, cabe las vetusteces de sus catedrales o castillos, cual aquellas Palmira, Baalbeck o Damasco del Asia Menor, que lo fueron todo y hoy no son ya nada, o, mejor aún, cual aquellos recintos de* LAS MIL Y UNA NOCHES, *donde la acción de un encanto brujesco petrificara extáticos a todos sus habitantes, cada uno en la actitud en que les sorprendiese el conjuro fatídico... ¡Toda tierra de glorias es siempre un sepulcro!*

Y una vez que hayamos pasado por Pajares o por Leitariegos, pene-

© Biblioteca Nacional de España

trando en el Principado, que es Cuna de nuestra nacionalidad bendita, abramos, al comenzar con ello esta BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS, *abramos, digo, el corazón a todo lo extraño, a todo lo fantástico e increíble, porque para apreciar debidamente lo que Asturias es y significa, preciso nos será de todo punto el renunciar a las rutinas del mojigato pensar actual y del frívolo sentir moderno, cantando con Federico Balart*

Ásperas Asturias,
que os alzáis gallardas
a la vera vera
de la mar salada;
Olas turbulentas,
férvidas resacas,
que azotáis sus rocas
y laméis sus playas;
Bosques rumorosos,
prados de esmeralda
que sacude el viento
y acaricia el aura;
Valles apacibles;
rígidas montañas,
pinos de sus cumbres,
flores de sus faldas;
Cimas invencibles,
peñas escarpadas
no oprimidas nunca
de extranjera planta,
donde cada roca,
donde cada braña
un esfuerzo inspira
y un recuerdo, guarda.
. . . . . .
¡Tierra venturosa,
tierra veneranda,
cuna de valientes,
núcleo de la Patria!

© Biblioteca Nacional de España

PRIMERA PARTE

CONSECUENCIAS DE UN ECLIPSE

I

Un eclipse de Sol en el Bierzo.—El hombre que se coloca por tercera vez a la sombra de la Luna.—El misterio del astro de las noches y la ciencia moderna.—Las instalaciones astronómicas de Cacabelos.—El Cerrete del Valín.—Los sabios y el público.—Un bercense extraño.—El creyente-incrédulo.—Las perplejidades de Don Patricio.

El eclipse de Sol de 17 de Abril de 1912, fué el quinto y último de los eclipses totales con los que, en poco más de medio siglo, se ha visto favorecida nuestra Península. Los dos primeros de la serie: el de 1860 y 1870, no había podido observarlos, por la sencilla razón de que aún no había nacido; pero, en cambio, por mi calidad de astrónomo-filósofo, sentía una especie de vanidad, que todavía me dura, de haber podido observar, en condiciones óptimas, los otros dos de 1900 y 1905, y quería a toda costa, colocarme por tercera vez en aqueste eclipse, unos segundos más, *á la sombra de la Luna*.

Esta última frase de colocarse un hombre a la sombra de la Luna, carece de todo sentido para el profano; pero le tiene, y muy hondo, para cualquier espíritu selecto, que gustado haya, no más, las primeras mieles del Ocultismo.

La Luna, en efecto, con ser el astro más cercano á nosotros, es el más misterioso de todos: el menos estudiado. Del Sol y de los demás planetas podemos contemplar, merced a su rotación, toda su superficie; sus movimientos, absolutamente reglados por leyes cósmicas, pasmosas, nos son bien conocidos, y la mecánica celeste, la fotografía, la espectrografía y

© Biblioteca Nacional de España

otras ciencias similares han enriquecido y siguen enriqueciendo nuestros conocimientos respecto de ellos de un modo inaudito.

Pobre y malo, en cambio, es cuanto sabemos de la Luna, pese a nuestras vanidades científicas. Es verdad que la hemos fotografiado, pesado y medido muy al pormenor. Pero el más sabio no ha podido menos de sentirse humillado ante la imposibilidad física de contemplar el lado de allá del satélite; exasperado, ante sus anormalidades orbitarias, que obligan a introducir en los cálculos lunares determinados empirismos; intrigado, ante el secreto de su pasado eruptivo, que dislocase su masa y le robase agua y aire, en provecho quizá de la Tierra; preocupado, en fin, ante el problema de sus cráteres y valles, donde acaso todavía queda aire, agua y vida...; una vida de topos, en la que sea para sus habitantes la conquista y disfrute de estos dos flúidos un problema de lucha y de anhelos semejante a los del problema del pan entre nosotros los terrícolas.

Para colmo, se admite ya entre ciertos astrónomos que *el astro de las noches*, si bien parece satélite de la Tierra en el sentido cinético, no lo es, ni con mucho, en el sentido evolutivo o cosmogónico, por cuanto ni su masa guarda con la de la Tierra la relación aproximada de, por lo menos, uno a mil, que es la de los grandes planetas con el Sol y la de los satélites verdaderos con su planeta, ni el plano de la órbita lunar está en el del ecuador terrestre, como correspondería a la filiación de un efectivo satélite; ni, en fin, por la mayor antigüedad de la Luna, pese a las hipótesis de See y de Darwin hijo, ha podido ella salir antaño de la masa ecuatorial terrestre, sino que, antes bien, es la Tierra la auténtica, la unigénita hija y satélite de la Luna.

Pero, para entender a derechas el místico e inefable sentido que encierra el hecho de colocarse un hombre a la sombra de la Luna, es preciso, además de ser astrónomo, que serlo puede cualquiera que estudie Astronomía, el ser poeta, es decir, vate, intuitivo, cosa que sólo podemos alcanzar los mortales cuando ligamos la ciencia con el sentimiento; la verdad ignorada, con la verdad sabida, y las realidades del hoy, groseras siempre, con las esperanzas firmísimas de un mañana resplandeciente y puro, que, como decía San Agustín, nos retorne, después de la triste peregrinación de aquí abajo, a las celestes regiones de las que, al nacer, hemos venido y adonde habremos de volver con la muerte física... Presupuesto, pues, que hombre alguno, mientras vive en la Tierra, puede pasar por el cono de sombra lunar más que en los fugaces momentos de un eclipse total de Sol, uno, a lo sumo, en cada milenio para tal o cual punto del globo, ¿podéis saber, en puridad, lo que el hecho significa para el astrónomo-artista?

© Biblioteca Nacional de España

Pues significa algo así como estar, a la vez, muerto y vivo; vivo, porque aún asienta su planta sobre el suelo; muerto, porque parece que su espíritu ha abandonado la Tierra, a cuya nocturna sombra pasara exactamente la mitad de su vida, y que, errante ya por los espacios sidéreos al modo del alma de Garibay o la de Astolfo en el *Orlando*, se sumerge en el cono de sombra que la Luna lleva siempre tras sí por los espacios, y vaga un momento por el infinito del éter, cual si ya no estuviese en la Tierra, envuelto en el manto de una noche lunar de la que acaso viniese antes de nacer, o a la que habrá de pasar luego que abandone su cuerpo terrestre, según lo por los místicos de Oriente intuído.

Porque hay que ver el color lívido, espectral, cetrino y de verdaderos muertos que toman los hombres y las cosas al invadirles el río de sombras que trae consigo el momento del eclipse; hay que *oir* de un modo transcendente ese silencio de tumba, ese *insonoro sonido* con que es acogida la llegada, aquí abajo, de la noche lunar del eclipse; hay que sentir, en fin, ese escalofrío astral que nos penetra entonces hasta la medula de los huesos y nos paraliza en todos nuestros movimientos y deseos con un zarpazo tal, que, a durar ello unas horas tan sólo, nos acarrearía una rápida muerte por inanición y por terror, cual lo acredita el espanto sentido por los pueblos salvajes ignorantes de lo transitorio del fenómeno y las causas naturales a las que él es debido.

Conseguí, pues—como iba diciendo de mi cuento—, la representación de un gran diario y una comisión de la Junta de Investigaciones Científicas, y me constituí, con varios días de antelación, en el lindo pueblecito de Cacabelos del Bierzo, dispuesto a observar, bien a mi sabor, el eclipse.

Cuando llegué, ya estaban casi ultimadas las instalaciones. Dos físicos franceses intentaban la reproducción cinematográfica del fenómeno, para llevarla luego a la cátedra y al público. El Observatorio de Madrid había montado los consabidos anteojos de Repsold y de Mertz, para observación directa o para fotografiar el Sol eclipsado, y de Grubb-Steinhaïl, para su divina corona, amén de magníficos espectrógrafos horizontales para la zona ultra-violeta y el *espectro-relámpago* que da la capa superior del Sol tres segundos antes de empezar o después de acabar el eclipse. Abreu, ingeniero leonés, preparaba el ensayo de un dispositivo visual de su invención; y el general Azcárate, director del Observatorio de San Fernando, había organizado una verdadera trocha con un centenar de hombres a lo largo de la carretera de Ponferrada a Villafranca, apostados de hectómetro en hectómetro, para apreciar *a posteriori* la verdadera trayectoria

© Biblioteca Nacional de España

de la sombra lunar, y el hecho preciso de ser total o meramente anular-límite, como se temía, el eclipse.

No hay por qué ponderar la extrañeza e insana curiosidad que aquellas nunca vistas cosas producían entre los honrados vecinos de la villa que riega el Cúa.

Los campamentos con sus tiendecitas de blanca lona, sus aparatos, asestados unos con arrogancia hacia los astros, y tendidos otros como monstruos perezosos que tienen a gala no mirar al Sol, entre la fresca hierba, eran objeto de asiduas visitas de gentes de todas las clases sociales. Aquí un celóstato movía continuamente sus paletas y realizaba con su espejo plateado el visible prodigio de hacer entrar constantemente, a lo largo de los espectrógrafos, el rayo de un sol que nunca estaba quieto, sin embargo, en el cielo. Allá se oía, cual un ínfimo motor de automóvil, el ruido de la cinta cinematográfica, soltándose de su carrete y tomando varias fotografías sucesivas del astro en cada segundo. Acullá un astrónomo cantaba la hora a otro que hacía observaciones de precisión con el Repsold, y doquiera, el murmullo admirativo de los visitantes, el martilleo de los constructores de las casamatas, el traqueteo de los carretones que traían *más cosas* aún a los campamentos, cosas perfectamente ignoradas para los curiosos, y que más de una vez corriesen graves riesgos bajo las imprudencias de los inquietos chiquillos pululando ruidosos por entre los grupos. ¡Qué abismo no separaba, en verdad, a aquella docena de sabios, de la embobada admiración del público! ¡Qué de cosas no pensarían los profanos; qué de extravagantes quimeras no cruzarían por sus imaginaciones pueblerinas, acerca de aquel instrumental tan valioso, y qué de escépticas dudas hasta sobre la misma finalidad de todo aquello!

Quién atisbaba un momento de descuido de los amables astrónomos, para meter la nariz por uno de los anteojos, esperando contemplar la Luna a menos distancia que la cordillera de los Ancares que perfilaba hacia el horizonte del norte; quién, mirando al cielo sin saber por qué ni a qué, tropezaba con el viento de una tienda e iba a dar de bruces contra un cajón de instrumental que valía miles de pesetas; quién, en fin, orgulloso de haber trabado conocimiento ya con los observadores, les asediaba a preguntas acerca de a cuántos metros se veía el Sol, o cuál era el lucero Matagañanes, y qué era el camino de Santiago, o por qué corren las estrellas, y otras cosas tales, más difíciles de contestar que las siempre terribles preguntas de los niños.

Pero las aldeas suelen albergar a veces, envueltas en la ganga de un desconocimiento casi universal, verdaderas piedras preciosas de bondad

© Biblioteca Nacional de España

y de cultura, gentes que, cual el ruiseñor se retira al bosque solitario para allí entonar mejor sus trinos, han buscado piadoso refugio en la obscuridad provinciana contra la cortesana vorágine, sus oropeles y convencionalismos frívolos; o bien han sepultado en un retiro a lo Cincinato, con flores, pájaros, animales domésticos, música, libros, sol, alegría y aire puro, alguna de esas penas hondas para la que no hallasen panacea los más renombrados especialistas de la urbe. Sabedor de esta gran verdad que ignorar suelen los de las capitales, esperaba, por no sé qué especie de presentimiento, encontrar alguno de estos seres en el berciano paraíso.

Ya había conocido a todos los notables del pueblo: al cura, al médico y farmacéutico, a un ingeniero de montes, y a media docena de personas más, lo suficientemente instruídas que, informadas por la Prensa, ya estaban al tanto, acerca de lo más substancial del fenómeno, y se preciaban, con hospitalidad generosa, de hacernos grata la estancia acompañándonos doquiera, jugando al tresillo con nosotros en los escasos ratos de ocio en el Casino, y hasta haciéndonos dar serenatas por la banda, aunque esto con mejor deseo que fortuna, según eran de inhábiles los tañedores, y de ingratos los instrumentos.

El trato de aquellos bondadosos amigos con quienes teníamos ya deuda de gratitud era, pues, cosa obligada entre los preparativos de las instalaciones. Con ellos recorríamos los alegres sitios de éstas en el cerrete de San Bartolo, en la carretera y en la casita del Valín, donde ya tenía preparadas mis cámaras fotográficas y mis lienzos para las *sombras ondulantes*. Al regreso era también número obligado mi partida de ajedrez con el cura, Don Patricio, que era de verdadera *pasta-agnus* en todo, salvo en su bien conquistada vanidad de ajedrecista. La nota aldeana, como se ve, era completa; pero mi presentimiento de hallar algo más no podía resultar fallido.

Lo recuerdo como si fuera ayer: con el cura y el ingeniero habían subido dos personajes extraños, padre e hijo, dos *caras nuevas* que, sin saber por qué, me parecieron desde aquel momento gentes por encima de los demás. A lo que pronto se vió no vivían en Cacabelos, sino en el vecino pueblo de Altamira.

Al principio no había reparado en ellos, durante mi faena de instalación; pero cuando más enfrascado me hallaba en la orientación de los planos de lienzo, una voz juvenil y simpática cantó como un pájaro a mi oído:

—Perdóneme usted, señor; ¿no sería mejor para las fotografías en el

© Biblioteca Nacional de España

plano horizontal, que se buscase la vecindad del balcón de la casa del Valín? Yo me ofrezco a usted como ayudante.

Quien así hablaba era un joven alto, gallardo, de rizado y áureo pelo, con lentes, y con un no sé qué en toda su persona que transcendía como a músico del siglo XVIII: un Mozart o un Schubert, de dieciesiete años.

La observación del joven no podía ser más acertada. Torres, mi fotógrafo, no corría así peligro en los momentos emocionales del fenómeno de caer de la escalera de mano desde donde tenía que tomar, de arriba a abajo, las fotografías. Además, nos poníamos a cubierto así contra un posible golpe de viento en los lienzos.

—No sé hasta qué punto fuera bueno también, señor, que aprovechasen ustedes esta luz crepuscular, tan parecida en intensidad a la del momento de totalidad, para unos ensayos previos de enfocados, exposiciones y diafragmas.

Quien así hablaba tenía que ser, a más de sabio, un telépata asombroso y un terrible intuitivo, porque no pareció decirme una idea suya propia, sino acabada de adivinar en aquellos momentos mismos en que por mi mente bullía. Volví la cabeza extrañado, y me sentí parado en firme, con una sensación de inferioridad la más perfecta, frente a aquel hombre de regular estatura, poco más joven que yo, cuidadosamente afeitado, sencillo y modesto, pero con una prestancia tal que daba a conocer bien a las claras, desde el primer momento, algo muy grande y muy inexplicable, a través de la mirada de fuego de sus ojos, quienes, al modo de los del gato-símbolo augusto de Diana, podrían creerse fosforescentes en la obscuridad. Que no me preguntasen más acerca de su persona, porque la intensísima impresión sufrida no me dejó ver más por el momento. En un dos por tres, previa mi licencia y gratitud, me sacó media docena de pruebas diferentes con su Icarette, de una banda ondulada trazada con carbón en las pantallas, y cogiendo uno de los aparatos de Abreu, rectificó en varios grados la orientación de mis cuatro planos de proyección.

Yo le dejaba hacer embobado, subyugado, atraído no sólo por aquella prestancia, sino por la pericia que en todas sus cosas mostrase.

—Presento a usted—me había dicho a la vez el párroco—al hombre más modesto y sabio de todo el Bierzo, a mi noble amigo Don Antonín de Miranda, que, afortunadamente para mi conciencia, no es vecino de Cacabelos.

—¿Por qué razón, buen *pater*, decís esto último? ¿Por qué os gloriáis de no tener por feligrés vuestro a una personalidad de tanto relieve como

© Biblioteca Nacional de España

el señor parece?—dije al cura, mientras que respetuoso estrechaba la mano que aquel desconocido me tendía.

—No haría usted tal pregunta si bien le conociese—replicó el párroco—. Es un sabio, es un santo, es un padre de familia modelo y un fiel amigo; pero con todo eso, el señor de Miranda *no es trigo limpio*. Si viésemos en el siglo diecisiete—añadió sonriendo—, yo tendría que hacerle quemar como hereje, después de colmarle de bendiciones como hombre... ¡Figúrese usted que ha dado en la flor de creer que todas las religiones del mundo son a un tiempo verdaderas, en daño notorio de nuestra Santa Fe!... Créame, señor, estos hombres que se pasan su vida estudiando, se vuelven, al fin, locos rematados, aunque locos pacíficos.

—¿De modo que usted con él haría lo que se dice de Platón con Homero?

—Exactamente—dijo sonriendo bondadoso el señor Miranda—. Me coronaría de laureles y me desterraría de su República.

—No es para menos. Si no fuése por su bondad, al verle rico, joven, sabio y mimado por la fortuna, que esta vez no ha sido ciega, yo creería que mi ilustre amigo tiene pacto con el demonio.

La revelación del inocente párroco acabó de intrigarme hasta lo indecible, y no tardé en engolfarme en una honda conversación con aquel superhombre en quien adivinaba ya lo que llamamos un *hermano-mayor* en mis ideas teosóficas; un sér más raro que los mirlos blancos, y que acaso podría hacer mucha luz en mi mente en orden a problemas de serio Ocultismo, porque conviene añadir que el señor Miranda se me mostró al instante como el más consumado polígrafo.

—Hace años que le conocemos, desde que se trasladó de su casa solariega astur de Soto de los Infantes—me dijo aparte el boticario—; pero podría jurarle que cada día creo conocerle menos.

—En cuanto a mí—agregó el médico—, sólo digo que sabe tanta medicina como Esculapio, y que jamás le he visto enfermo.

—Pues yo—continuó el ingeniero—afirmo que conoce mejor que yo la arboricultura y floricultura, y que anoche mismo oí narrar al astrónomo Carrasco que ninguno del Observatorio podría enseñarle nada en cosas del cielo y que su sorpresa fuera enorme al verle comprobar ayer mismo con el Repsold la posición de cinco estrellas de estado.

—Don Tomás de Azcárate—replicó un tercero—dice que está verdaderamente asustado ante la multiplicidad de sus conocimientos, y asegura que es un hombre como no ha encontrado otro en su vuelta al mundo mandando la *Nautilus*, y que no acierta a explicarse el por qué un hombre

© Biblioteca Nacional de España

así se mantiene obscurecido en el rincón de Altamira, cuando tanto podría haber brillado en el mundo científico.

—Todos los verdaderos ocultistas son así—objeté yo, sin que se me entendiese.

El crepúsculo, uno de esos incomparables de la primavera berciana, envuelto en auras campestres, había caído por completo. Satisfechos del laborioso día, emprendimos, en grata charla de antiguos camaradas, el regreso al pueblo, que dormitaba ya entre sus castas alamedas bajo el arrullo de las aguas del Cúa. De las casas del pueblo salían múltiples humaredas, con esos olores creosotados que tan gratos resultan al que viene del campo, recordándole la proximidad de la cena y del reposo. Saturno caía envuelto, al par que las Pléyades, en una ráfaga de *luz zodiacal*, no lejos de Marte y de los Gemelos; Orión hundía sus pies de gigante en las brumas gallegas de Occidente, seguido de Sirio, y hacia el lado de Ponferrada brillaban solitarios Arcturo y Espiga de la Virgen, que pocas horas después habían de ser empequeñecidos por la brillante luz de Júpiter.

© Biblioteca Nacional de España

II

Una partida interesante de ajedrez. — El testamento de Filidor. – Jugada de naipes del Niño-Dios en persona. — La revelación rosa-cruz del cinco de oros y el cuatro de copas. —Sorpresa del general Azcárate. – Una inesperada romería de sabios a la ermita de la Quinta Angustia. — Realidades más fantásticas que el ensueño mismo. —El eclipse, piedra miliaria de mi evolución psíquica.

—¡Estáis irremisiblemente perdido!—exclamó triunfal el cura Don Patricio, tomándome con la reina el caballo que protegía, desde hacía rato, a mi rey.

—No tanto como creéis —replicó vivamente el joven Antoñito, interponiéndose entre los campeones ajedrecistas—. El caso es algo parecido al del llamado «testamento de Filidor», y más aún a la partida *Inmortal* de mil ochocientos cincuenta y uno entre Anderssen y Kieseritzky, y yo me comprometía a ganar con las blancas todavía.

—¡Imposible, imposible!—gritaba el párroco rutilante y radioso, tras el esfuerzo de la partida—. Aunque es cosa perdida, tentadlo, si os atrevéis.

Cedí gustoso mi puesto al belicoso joven. Éste entregó la reina; sacrificó un alfil, hizo luego con la torre una de esas jugadas maestras que parecen de espera y son, sin embargo, definitivas, y un jaquemate aplastante, ineludible, puso fin, con asombro de los mirones, a las bravatas del bondadoso sacerdote.

—El padre aun da la reina al hijo, y le gana—me indicó en voz baja el ingeniero.

Don Patricio, rojo, congestionado, tuvo que rendirse a la evidencia. Con sonrisa, verdaderamente evangélica, se sobrepuso en seguida a la sorda protesta de todo jugador apasionado que se ve vencido por un chicuelo, y, enjugándose el sudor, dijo solemne:

—¡Tarde memorable será ésta en mi vida de jugador! Por supuesto, esta jugada merecía entallarse en bronce, como tallada en madera acabamos de encontrar en el desván de la ermita de la Quinta Angustia, bendita

© Biblioteca Nacional de España

Patrona de la villa de Cacabelos del Bierzo, otra jugada de naipes entre un santo abad y el Niño-Dios en persona.

El bravo general Azcárate que estaba en otra mesa cercana, saltó en su asiento ante la revelación del cura:

—¿Cómo, *pater*, puede ser eso que se sale de los cánones, no ya de la Iglesia, sino del mismo sentido común?

—Pues podéis verlo, si gustáis acompañarme a la ermita. Allí advertiréis cómo el Niño Jesús alarga con la mano derecha el *cinco de oros* al monje, al par que le retira con la izquierda otra carta que no recuerdo bien cuál sea.

—¡El cuatro de copas, sin duda, aunque yo jamás he sabido de semejante tabla que acabáis de hablar!—añadió el Señor Miranda proféticamente y con el mayor aplomo.

Aquello rompía todos los moldes de lo trillado y lo sabido. El asunto intrigó a todos cuantos estábamos en la salita, y saliendo procesionalmente guiados por el cura, nos constituímos bien pronto, hacia las afueras de la población, en la deliciosa ermita cuyos muros, manso y respetuoso, lame el río.

—¿Pero habría de acertar el Señor Miranda?—me decía intrigadísimo el boticario—. ¡Tendrá que ver!

—Pues según lo que voy apreciando del Señor Miranda, estoy casi seguro de que va a salirse con ella; pero el cómo y por qué de tamaña intuición será un misterio más de los que en este superhombre ya me intrigan.

—*¡Parbleu!*—gritó triunfalmente el francés Vlés, que iba delante, entrando en la sacristía—: ¡el cuatro, el *cuatro de copas* y el *cinco de oros* juntos!

Nos miramos unos a otros cariacontecidos. El párroco palideció de espanto, y vaciló ante el Señor Miranda como ante un brujo temible o cosa del otro mundo. El general, y cuantos más formábamos el cortejo, no salíamos de nuestro pasmo, y el astrónomo Tinoco, en un movimiento instintivo, abrazó a aquel vidente que no necesitaba mirar las cosas para saberlas.

Nuestro héroe, lleno de modestia, pesaroso casi de haber atraído sobre sí la admiración general con una cosa que él como trivial reputase, replicaba con la sencillez más espontánea:

—No se alarmen, señores, ni exageren. El asunto no tiene importancia en sí... Todo el que conozca, en efecto, la historia de los Caballeros Templarios, que en el siglo doce determinasen el florecimiento de esta región, habrían podido colegir lo mismo... El cinco y el cuatro, el *oro* y la *copa*,

© Biblioteca Nacional de España

como la *espada* y *el basto*, jugaron mucho en sus más secretos e iniciáticos simbolismos... Si ustedes reparan un poco, si ustedes se fijan en que...

—No, no, esto es demasiado serio e importante para dejarlo así—murmuraba el general como verdadero sabio al estilo de Occidente, es decir, como hombre de pura experimentación y frío análisis, reñido con cuanto a cábalas y misterios pueda referirse, pero al par, con un fondo inconsciente, un lejano y casi perdido eco de aquello mismo que ya apuntara *Hamlet* cuando dijo:

«—¡Hay mucho más en torno nuestro de lo que presume saber nuestra filosofía!»

Deseoso de sustraerse a tanto aplauso, el nuevo conde de Saint Germain, bercense, pretextó que se le hacía tarde para regresar a Altamira, y montando en su automóvil se despidió de todos cariñoso y sencillo. Yo, sin embargo, no me resignaba a separarme así de él. Atraído, sugestionado, le seguí unos pasos más cuando se había apartado de los otros, y en tono confiado, pero suplicante, hube de decirle:

—¡Amigo, sabio amigo mío! La curiosidad me abruma. Jamás soñé tropezar con hombres como usted... Presupuesto que todo obedece a leyes naturales. ¿Podría decirme el por qué de su intuición pasmosa?

—Ya lo he dicho, mi excelente colega en Teosofía—contestó con la mayor bondad el sabio—. Los Templarios, la *rosa cruz*, la cábala matemática... Lo que no debiera ser un secreto para nadie menos puede serlo para vos. Venid, pues, mañana a comer conmigo en mi retiro de Altamira; yo os mandaré mi coche y pasaremos el día en compañía de los míos. Os mostraré mi biblioteca y hablaremos, *urbi et orbe*, de cosas mucho más transcendentes que lo de la bella tabla de la Quinta Angustia.

Me deshice en sincera gratitud, prometiendo no faltar a tan atrayente cita, y cuando aquel hombre extraordinario que podía reirse de los sabios de todas las Academias, se perdía veloz con su automóvil a lo largo de la carretera, yo me cogí del brazo del cura, regresando silencioso hacia mi alojamiento.

—No, no, amigo mío. Quiero que cene usted en mi casa y de sobremesa lea lo que pienso escribir a *El Correo Español* esta noche misma. Mientras, usted puede escribir también a *El Liberal* una de sus crónicas ensalzando, como se debe, la hospitalidad de los cacabelenses, y añadió pensativo:

—De Don Francisco Antonio Méndez de Novoa, nuestro paisano inmortal, contra quien el satírico Villegas compuso aquellos famosos versos que empiezan: «En Cacabelos un chulo—acaba de descubrir», etcétera, se

© Biblioteca Nacional de España

dice que efectivamente cuadró el círculo, pero ese hombre, ese diablo, *bueno* porque lo es, y malo porque si no no sería diablo, ha hecho esta tarde algo que para mí vale infinitamente más que el problema de la cuadratura, o sea mostrarnos que un hombre puede ver a distancia o gozar del don profético, como en aquellos tiempos bíblicos en que convivían ángeles y hombres, y esto... la verdad, en un católico apostólico romano pudiera ser, pero en ese hombre que dice venera por igual todas las religiones, como ecos de una primitiva Religión perdida, sería ya demasiado. ¿No es verdad, amigo mío, que sería demasiado?

Por toda respuesta me apoyé aún más en el brazo de aquel hombre-roble, que la muerte me ha arrebatado pocos meses ha y me dejé llevar donde él quiso. Ante lo acabado de ver y lo que ver me esperaba, presentía que estaba en uno de esos momentos críticos de mi existencia, y que el eclipse de sol de 1912 iba a señalárseme cual piedra miliaria entre un ayer de ilustrada ignorancia y un mañana luminoso para mi vida ocultista.

© Biblioteca Nacional de España

III

Grata sorpresa matutina.—El Prieros bercense y el Pieros sirio.—Las glorias de los Caballeros del Temple y su caída.—Las iniciaciones templarias perduran en el Bierzo cuatro siglos.—El secreto de la talla de la ermita.—El *Bergidum Flavium*.—Panoramas deliciosos.—Un santo asceta.—El último templario D. Álvaro de Bembibre.

No pegué el ojo en toda la noche, como suele decirse. La misteriosa tabla de la ermita, adivinada por el Señor Miranda, agitaba sus relieves en fantasmas de pesadilla: el Niño y el monje me miraban con ojos de burla, me invitaban a jugar a los naipes con ellos, pero los *bastos* se me transformaban en mis manos en serpientes, las *espadas* en lenguas flamígeras, las *copas* en licor mefistofélico, que, bebido a la fuerza, aumentaba el vertiginoso girar de mi pesadilla, mientras que una cascada de monedas de oro salía del respectivo palo de la baraja, como del vientre de un monstruo Fafner, el del *Anillo del Nibelungo*, que amenazaba devorarme. En cuanto al Señor Miranda, creía verle siempre delante de mí, astralmente agigantado en su estatura ordinaria, y que, bondadoso, me mostraba fraternalmente un mundo de cosas en el que no ensoñara nunca. De mi sopor de la mañana, sacóme, al fin, la propia voz de mi anfitrión que, con toda familiaridad, me llamaba para llevarme a su retiro.

—He cambiado mi plan—me dijo cuando hube salido—, y en lugar de esperaros en Altamira, he preferido venir para mostraros el *Vergidum Flavium*, el castro ibero-romano, del que toma nombre la comarca bercense.

Cruzamos, por frente a la ermita, el hermoso puente sobre el Cúa, el río de las pepitas de oro, de las que me habían mostrado espléndidos ejemplares en Cacabelos, y llegamos al pueblecito de Prieros, dos kilómetros más arriba.

—He aquí una página curiosa de la historia medioeval—dijo mi guía, descendiendo junto a la iglesia y mostrándome una borrosa inscripción del muro—. Esta es la lápida citada por el P. Flórez en su *España Sagra-*

© Biblioteca Nacional de España

da y que conmemora la consagración de una capillita románica por Osmundo o Auris-mundo, obispo de Astorga, en el siglo XI a San Martín de Tours. Pero lo que cuidó bien de callar el buen Padre fué que aquel Prieros, hermano de otro astur, se había fundado a raíz de la primera cruzada en recuerdo de Pieros o Piera sirio, que sirve de broche a las cordilleras del Tauro, el Anti-Tauro y el Líbano en Cilicia, llave del valle del Jordán y del circo montañoso de por cima, retiro iniciático de esenios, terapeutas, ebionitas y nazarenos, de los que arrancase el Cristianismo; misterioso país donde nacen el Jordán, el Orontes y el Lita, no lejos de *la ciudad del sol*, Baalbek o Heliópolis, de Calcis, la mágica en cábala numérico-calcidia, émula de las otras *Calcis* del Yucatán, de Siberia y del Mediterráneo; de Biblos, la de la primitiva *biblioteca;* de los emporios fenicios de Sidón y Tiro; de Damasco, en fin, y de Palmira, lugares todos inmortalizados por los prodigios del *Viejo de la Montaña—el Adepto de Siria*—y sus discípulos «los Hermanos de la Pureza», Fraternidad Iniciática, de la que aún hay recuerdos en varios sitios de África, tales como Luxor, el oasis de Sekelmesa y las vecindades de Tetuán, y que, con ocasión de las Cruzadas, crease entre los cristianos, por Hugo de Payens y Godofredo de Saint-Omer, la tan discutada Orden del Temple, que unos han comparado con La Mínima Sociedad de Jesús moderna, y otros con las Fraternidades pitagóricas de los antiguos.

Luego, como si temiese haber ido demasiado lejos en sus entusiasmos ocultistas, añadió respetuoso y modesto:

—Tal vez todo esto, amigo mío, os resulte improcedente y pedantesco. Son debilidades mías que...

—En modo alguno, mi sabio señor; antes bien os ruego que continuéis—repliqué con viveza—. Hace pocos años que he empezado los estudios de ocultismo—los meramente teóricos, se entiende, porque no ignoro el horrendo peligro del ocultismo práctico—, y hoy puedo asegurarle que, al oirle, veo he tropezado en mi camino con un *hermano mayor*, aunque de menos edad que yo físicamente, quien, como dice H. P. Blavatsky, ha de ayudarme en el *Sendero*, o camino para conocer al Maestro que, sin saberlo, tenemos cada uno.

—¡Ah!—prorrumpió el sabio sin poder contenerse—, ¿luego conocéis a esa heroína de las Santas Verdades Arcaicas, a esa enaltecedora de todo espíritu sinceramente religioso, y rebelde flageladora, al par, de toda gazmoñería hipócrita religioso-industrial y de toda ciencia dogmáticamente materialista? ¿Luego estudiáis, como yo estudio, a la continua, a esa debeladora incomprendida de la diosa lunisolar de Isis, la «que es, fué y será,

© Biblioteca Nacional de España

sin que mortal alguno haya jamás levantado su velo», y seguís la senda trazada al mundo por dicha mujer, aquélla, la más grande y la más incomprendida del siglo diecinueve, a quien, desde mi juventud, tengo cual a una madre espiritual?

—Sí. La venero, la estudio y la amo—le repuse conmovido.

No cabía en mí de gozo. Aquel hombre, incomprensible para mí hasta entonces, se me presentaba ya sin velo de misterio también. Su silueta ocultista ganaba mil por uno, y no sabía cómo agradecer a mi buen *karma* el haberme puesto en el camino a un verdadero *chela* (1) como Miranda, quien, lleno de felicidad también, me tendía fraternalmente los brazos, y se preparaba a mostrarme, ya sin ambajes, un mundo para mí desconocido.

—Sí, mi colega, mi amigo—añadió con dulzura—, os he hecho esta larga narración y os he traído aquí porque, como ayer dejamos interrumpido lo de la talla de la ermita...

—Explicación, en verdad, que no me ha dejado anoche dormir, y que le suplico no demore, pues. ¿Cómo, en efecto, pudisteis saber que el *cuatro de copas...?*

—Nada más sencillo para quien, como yo, conoce la historia de los Templarios y la del Bierzo. Oid una relación que os resultará pesada, acaso.

—De ninguna manera.

—Si ha leído la excelente *Historia de las Cruzadas*, de Michaud y Poujulat, habrá visto que en ella se asegura que los Caballeros Templarios fueron inocentes de cuantos crímenes se les imputaran; que nobles y monarcas vieron con envidioso temor a las milicias del Temple; que el clero corrompido de entonces codició los tesoros por aquéllos reunidos, y que todos de consuno precipitaron, en silencio, su ruina. Cantú añade que aquellos próceres, sin precedentes en la historia monástica, repugnaban a la Iglesia, por sus costumbres, y al Estado, por su arrogancia. La relación que se decían tener sus iniciaciones nocturnas con los Misterios eleusinos pudo dar motivo para sospechar que allí se revelaba la doctrina de otra Iglesia más amplia, de la que el templo material sólo era figura. El rey Felipe el Hermoso, añade, odiaba a aquella Sociedad que se sustraía a sus disposiciones y que, a más de los lujosos vestidos prohibidos por él, brillaba por lo precioso de sus armas y árabes caballos; la odiaba también porque se había negado a recibirle en su seno y a suscribir la apelación real

(1) *Karma*, ley de causalidad y de justicia de las esferas, por la que uno recoge aquello mismo que sembró. *Chela*, discípulo de Ocultismo Oriental.

© Biblioteca Nacional de España

contra el Papa Bonifacio VIII; la odiaba, en fin, porque codiciaba sus riquezas, y, más que nada, por natural ingratitud, puesto que en cierta revuelta popular le había salvado. Determinó, pues, destruirla mediante un proceso, en el que le ayudaron acaso las nuevas órdenes monásticas que le envidiaban, las viejas órdenes que del Temple sentían celos y los sofistas leguleyos, enemigos naturales de caballeros y nobles.

—Luego usted no dista de suscribir la opinión de Cantú—insinué.

—Admiro la erudición de Cantú, que, más que de una sola persona, me parece la de toda una corporación, entre cortinas... Usted ya me entiende, pero suelo poner en tela de juicio, y aun tomar a la inversa, todas sus afirmaciones ocultistas, pues él, como Herodoto..., pero no divaguemos. Yo creo que el Temple, como el Pitagorismo antes y como hoy el Jesuitismo, se corrompieron por el poder o, en nuestro lenguaje, empezaron tal vez por magos blancos para acabar en magos negros...

—Mas, aunque en Francia, Alemania e Inglaterra eran así asesinados los Templarios—continuó, tras breve pausa, nuestro amigo—, no acaeció igual en nuestra patria, donde la libertad es lo viejo, y lo nuevo el fanatismo. Los sucesores de un rey como Alfonso I, *el Batallador*, de Aragón, que intentase años antes hasta cederles la corona, se vieron incapacitados, sí, de ponerse frente al Papado y al Imperio y optaron por salvarlos subrepticiamente, esparciéndoles por el seno de las demás órdenes religiosas, y así pudo la iniciación templaria sobrevivir largos siglos en el Bierzo, porque el anfiteatro de sus montañas se decía ser el refugio de una de las *cuatro gotas de sangre*, o logias hispánicas del *Santo Graal*, como otra estaba junto al Pirineo, otra quizá en Quintanar de la Orden y una vecina al Moncayo, o bien en el Monte Oria o *Moria* que domina a la Soria castellana, en la curva del Duero, hacia donde aún se alza el sublime atrio románico de San Juan y los derruídos murallones templarios de Santo Polo, al lado de la cueva de San Saturio o *San Saturno*, base del más precioso mito castellano que corre en «pliegos de cordel» bajo el título de *La oreja del diablo*, y no lejos, en fin, del sitio donde la vigorosa intuición de Bécquer emplazase su trágica leyenda de *La noche de Ánimas*... Así, los bernardos del bercense monasterio de Carucedo, a tres kilómetros Cúa abajo, conservaron la dicha iniciación templaria, y uno de ellos, hacia el siglo dieciséis, pudo labrar la hermosa talla por la que el *Niño*, el Adepto, en respuesta a las palabras del salmo treinta, pronunciadas por el candidato, de *Ego autem in te speravi, Domine Dixi: in manibus tuis sortes meae*, le alarga el Oro del Conocimiento iniciático, con el *cinco* correspondiente, al par que le retira el naipe simbólicamente contrario, o

© Biblioteca Nacional de España

sea el cuatro, que es de *copas*, por representar éstas el vino de las pasiones que embriagan a los humanos, sometiéndolos a la tiránica, cuanto grata, ley del sexo, y es un *cuatro* al par, como símbolo de la crucifixión en la *carne*, la limitación, la caída en el sexo. Queda así constituído en conjunto el emblema rosa-cruciano del cinco con el cuatro, del Conocimiento con la Pasión, de la *Rosa con la Cruz*.

—¡Asombroso!—repuse, lleno de admiración hacia aquel hombre joven, y, sin embargo, viejo ya por su sabiduría.

Pero como ya otras veces había notado que sufría al advertir en los demás aquel sentimiento admirativo, procuré, por el contrario, buscar, pese a mi respeto interno, el terreno de fraternidad y camaradería al que desde el primer momento me venía estimulando mi amigo, cuya erudición y enseñanza continua era algo así como el manar del agua en el fondo de una fuente cristalina.

A todo esto, habíamos subido a pie, casi sin darnos cuenta, un gran repecho del terreno.

—Hollamos ya el inexpugnable baluarte del *Bergidum-Flavium* o jardín *astur*, la llave celtibérica de toda la comarca entre la indómita Cantabria y la dulce Galo-Grecia—me decía Miranda llegando a la típica meseta.

—¿Esta es, entonces, aquella fortaleza del Cúa tan ponderada por el académico Saavedra, emplazada en el *Interamnium Flavium*, o vía Antonina que venía de Brácara, o Braga, hacia Astorga o Astúrica?

—La misma.

—¡Cuán hermoso es esto!—exclamé tendiendo mi vista por el dilatado circo berciano, cerrado por todavía nevadas cresterías silúricas y regado por los tres ríos auríferos de el Bueza, el Sil y el Cúa, más caudalosos que el Miño, río que, por una de esas frecuentes injusticias geográficas, se codea con el Ebro y con el Tajo como uno de los grandes ríos peninsulares.

—Ved allá, hacia el oeste, el Olego, y hacia el sur el Morredero y Casaya, con la lejana mole de Aquiana, la montaña jaína, entre cuyas místicas gargantas he visitado las ruinas de Compludo, que casi me suena a Compluto del río Henares, por una de tantas concomitancias ocultistas como se dan en nuestra Península. No lejos podéis ver también aquel Monasterio de Montes, fundado hacia el siglo VI por el asceta San Fructuoso y testigo luego de las primeras proezas de la Reconquista, y aquellas cuevas troglodíticas de la Peña-Alba, con un santuario ínfimo, que tiene, sin embargo, honores de basílica sólo por haber sido el retiro de San Ge-

© Biblioteca Nacional de España

nadio, o *jina-dio*, un Aladino cristiano, antes obispo de Astorga, quien dejando en la ermita a sus doce discípulos, cual después Simeón Ben-Jochay hiciese en otro lado, ascendió a lo más alto de los picos aquellos y, alejado de todo, vivió, al modo de un perfecto gimnósofo de la Ario-India o de un asceta de la Tebaida, una vida enteramente milagrosa, a dos mil metros sobre el nivel del mar y a muchos más del siglo, entre nieves y ventiscas eternas, vida sublime imitada luego por Fructuoso, *el de los dados de madera de tejo* que se conservan en la capilla de Nuestra Señora del Dado fundada por Salomón de Astorga, y con su consejo de ancianos al modo israelita. Allí también acabó sus días el último templario bercense, el trovador y cabalista Don Alvaro de Bembibre, cantado por Enrique Gil. Más acá ya divisaréis el poderoso castillo de Ponferrada, desde donde los caballeros del Temple protegían a cuantos peregrinos pasaban camino del sepulcro de Santiago de Compostela, y por ese lado podéis columbrar los probables emplazamientos de la Borremia, del *Mons Medulium* y *Castro Podame* romanos, de donde se sacaran por éstos, para beneficiar el oro, más de doscientos millones de metros cúbicos, desviando para ello, como en Montefurado, hasta los ríos. Ahí tenéis, en fin, las ruinas de Carucedo, a la derecha de Cacabelos, y una veintena más de pueblos acercándose por Toral y Villafranca a Galicia.

A continuación, aquel torrente de bien digerida cultura me fué puntualizando otros lugares más, apuntando ora una etimología celtibérico-ocultista, ora un detalle romano, bien un recuerdo monacal o de la Reconquista, pero sazonados todos con su sal y pimienta teosófica, por lo que su narración no podía cansarme nunca. Luego recorrimos la meseta, contorneando los murallones de durísima argamasa romana, que aún están en pie; sorprendimos la demarcación, ya borrada casi, de un castro mayor ibero, y comprendiendo que se hacía tarde, bajamos a la carretera, emprendiendo a gran velocidad el camino de Altamira.

Embebido con la amenísima charla, apenas si recuerdo ningún detalle de la marcha, Cúa arriba. Antes de media hora, cuando el apetito iba picando demasiado, vime en las afueras de aquella población y a la puerta de la casa-palacio habitada por mi amigo.

© Biblioteca Nacional de España

IV

Un retiro feliz. — La familia Antoniana y el palacio de Altamira. — Almuerzo memorable.—Las Asturias de Miranda y Miranda de las Asturias.—Razas solar y lunar primitivas.—La Vaca misteriosa.—Antes que Dios fuera Dios... —Recuerdos indos y egipcios astures.—Las Bobias.—La divina IO jaina.— El secreto del castro de Altamira.

El edificio frente al que acabábamos de detenernos en las afueras de Altamira, era una de esas casonas solariegas tan frecuentes en el país. Un insulto quizá a la arquitectura de tres o cuatro edades diferentes, pero un verdadero palacio en punto a higiene y comodidades. Todo en él respiraba felicidad, abundancia, paz y sabiduría práctica. A un lado el edificio, nada bello por fuera, pero lleno de preciosidades por dentro. Muebles de estilo, panoplias variadísimas del medioevo astur, un aparato Gaumont con dispositivos estereoscópicos, billar, proyector cinematográfico, aparatos de gimnasia, *angelus*, orquestal con honores de órgano, aves, cuadros valiosos, plantas de salón, todo, en fin, cuanto puede proporcionar olvido y presencia al par de la vida cortesana, existía allí, riquísimo, selecto, sobre todo el museo y la amplísima biblioteca, más valiosa aún por la calidad de sus obras, que por el considerable número de ellas. Al otro lado, el huerto-jardín, en cuya verja, impacientes por la tardanza, nos esperaban la esposa y el hijo de nuestro amigo.

Aquella familia *Antoniana*, compuesta por la trinidad de padre, madre e hijo, parecía haberme conocido siempre, a juzgar por la llaneza y naturalidad de su trato, prenda la más inestimable de la verdadera finura. Ella, el hada de la casa que se preparaba a otorgarnos los honores de un banquete íntimo de pueblo, lucía una sencilla aunque elegantísima bata de entretiempo, bata que, por su corte y por la distinción con que era llevada cayendo sobre el gallardo cuerpo con pliegues de griego peplo, daba a su dueña perfiles verdaderamente regios. La circasiana cara de Antonia, fresca y sonrosada, en la apoteosis de su juventud, hubiera podido concurrir a un certamen de belleza; en cuanto al talento y virtudes personales de la

© Biblioteca Nacional de España

señora de Miranda, sólo hay que decir que la hacían digna compañera de aquel grande hombre que había sabido elegirla por esposa.

Renunciamos a describir, tras los cumplimientos de rúbrica y la inevitable vuelta por los dominios de mi héroe, los pormenores deliciosos de aquel almuerzo, para mí inolvidable, como todo cuanto me venía acaeciendo desde que dejare la corte, almuerzo a lo Brillat-Savarin, al que hice todos los honores de ordenanza con un apetito de ogro y una alegría de niño.

Alzados los manteles y mientras saboreábamos la inevitable tríada del «café, copa y puro», la conversación, que había versado sobre gratas generalidades y sobre el eclipse, recayó sobre la vecina Asturias, en donde mi huésped había nacido.

—¿Aun no conoce usted nuestra región, verdad?—me decía amablemente la señora—. Es una Suiza, con más sol y con mar. Algún día su buen karma le permitirá quizá visitarla, sin duda con Antonio mismo.

—Y conocerá el señor nuestra casa solariega de Soto de los Infantes, junto a Salas—añadió el joven Antoñito.

—Y aun podríamos pasar unos días del verano allí juntos, con su esposa y sus dos hijos—respondió mi amigo.

—Lo que me extraña es que el resto del año vivan ustedes en el Bierzo y no en Asturias—les dije, agradeciendo sus finuras.

—Amigo mío—replicó mi huésped, dándome una palmadita en el hombro—, incurre usted en el mismo error que tantos otros. Pero sepa de una vez para siempre, que el Bierzo es Asturias; que toda esa parte de la Ciana y la Babia de León, hasta las sierras que dan vista a los llanos de Zamora, son también Asturias, y que Galicia misma...

—¿Cómo eso?... No lo entiendo.

—Nada más cierto. Usted, presumo, sabe, aunque ignorarlo suele la historia corriente, que la primera población aria que vino a nuestro suelo antes de la catástrofe atlante y quizá en las postrimerías lemures fué la de los indo-escitas y los parsis. Estas gentes braquicéfalas y rubias, de raza y religión solar, tomaron por punto central de su difusión el Bierzo, donde encontraron establecida ya a la raza roja atlante de que nos habla el argentino Basaldúa y la libio ibera o egipcia, y allí se alzó después, andando los siglos, la ciudad celtibérico-romana de *Astúrica*, nuestra Astorga leonesa actual. Festo Avieno en su tan debatido poema iniciático de *Ore Maritima*...

—¿Cómo raza solar? ¿Cómo orientales en pleno Occidente?—le interrumpí—. ¿No es la desconocida religión solar, característica de aquellas gentes asiáticas?

© Biblioteca Nacional de España

—De las occidentales primitivas, diréis más bien. El culto primieval del dios *Luni-solar* bi-sexuado, el prototipo caldeo o proto-semita del Sol y de la Luna, o sea de IO, coexistió entre las gentes acadio-mediterráneas o libio-iberas, al par que de entre las mal llamadas turanias siberianas, saliesen y viniesen a Occidente los primitivos ario-escitas, los adoradores de *Ar, el fuego,* o de *Ra, el cordero celeste,* Aries, en fin, como signo del zodíaco, que en la precesión equinoccial sustituyó, dos mil años después, al entonces signo vernal del Toro o *el Becerro*... Usted, como astrónomo, no ignora que, al cambiar en veinticinco mil novecientos veinte años los polos del mundo...

—Sí, entendido—repliqué—. Adivino dónde va usted a parar. Todo eso reza bien con Asia; pero en cuanto a la Península ibérica y, más en concreto, a Asturias, no acierto a ver la paridad debida.

—Ni podría verla sin un estudio previo, como el que, en mi adoración a mi dulce país natal, llevo hecho años hace y sobre el terreno.

—¡Habladme, habladme de ello, que soy todo oídos!

—Las dos razas rivales, solar y lunar, han dejado en Asturias huellas infinitas. En los veintiuno o más cipos astures que Fernández-Guerra, Fita y otros han publicado, con cargo a la Concania o sea a la región de Covadonga y Cangas de Onís, se ve el típico emblema de la raza solar, el *Martillo de Thor,* la Cruz *Jaina* o *Svástica,* especie de molinete eléctrico o de cruz con aspas, símbolo de *Ar, Ra, Rama, el Sol* o el divino *Fuego Creador* masculino-femenino. Yo le enseñaré luego en mi biblioteca la obra alemana de Rudolf von Fabl, *Das Land der Inca,* que habla extensamente de la influencia de tan asombroso símbolo en los nombres de los dioses primitivos, con sus dos sílabas jeroglíficas de *hua-ta, ta-hua;* en relación con *si-si-ra,* etcétera.

—Sí, pero los clásicos...

—Los clásicos como Strabón, Pomponio Mela, Plinio, Idacio y Ptolomeo nos describen los doce pueblos astures cual una raza indómita, más celosa por su libertad que por su vida, con mil nombres bárbaros a los frívolos oídos latinos, pero que uno a uno se pueden sacar como sánscritos o parsis, y tal raza se enlazaba por la Concania con los *selenos, helenos vindios* o *vadinios* costeros de más allá del Sella, manteniendo buenas relaciones de vecindad con los *ascos, vascos, orgomescos* o más bien *argamescos* iberos, morenos aborígenes dolicocéfalos de la Cantabria y aun del resto de la Península. Los astures tramontanos integraban, pues, al decir de aquellos autores, una gran unidad étnica con los astures cismontanos

© Biblioteca Nacional de España

que se corrían hacia el sur hasta los *vaceos*, *arévacos* y demás pueblos más o menos relacionados con *el Toro* o *Vaca*.

—¿Con la *vaca*, decís? ¿Qué diablos de *vaca* es aquesta?

—Sí, no os asustéis, la vaca misteriosa, la *Vaca* mitológica y astral *de las cinco patas*, el símbolo más histórico de las inefable y andrógina IO... Es uno de mis secretos—añadió sonriente aquel sabio, que de no ser un genio habría sido un loco sublime—. Ya os lo haré partícipe, a su tiempo, de tamaño secreto, que es secreto aún porque muchos pazguatos, arqueólogos buenos, pero cobardes frente a los convencionalismos, han querido que lo sea.

—¡Me dejáis pasmado!... Yo no podré separarme de vos en un año: quizá en lo que me reste de vida.

—Gracias, bondadoso amigo—contestó estrechando mis manos entre las suyas—, la fraternidad teosófica, nuestro único dogma, en efecto, nos une.

—Acabad, pues, con lo de Asturias.

—¡Acabar...! ¡Empezad, debéis decir! Pero si deseáis que acabe pronto, no tengo sino deciros categóricamente que en la Asturias grande, en la Asturias *silúrica*, y usted ya me entiende, pues que conoce la inmensa extensión de este terreno por todo Portugal y el Oeste de España, desde el Gales inglés hasta la cordillera Mariánica, no hay sino dos razas troncales: la primitiva solar y la lunar o *helena*, que viene después.

—¿Cómo podría usted demostrármelo, si no soy indiscreto?

—Pues agrupando en dos interminables grupos todos los nombres que aun valen y representan algo en Asturias, en ese divino país que ha pintado, que ha esculpido con los nombres propios la más sabia e inestudiada de las toponimias.

—Empezad con los nombres solares.

—Son todos los de las regiones altas, aquellos cuyo *bable*, como el de la Conçania, cambia la *h* en *f* o en *j*, es decir, que aspira la *hache* y que da a la *n* un sonido de *ñ* como si la masticasen: *fijo*, *figo*, por *hijo* e *higo* *ñabu* por *nabu*, cual los sanscritánicos dijeron *gñana* (conocimiento), allí donde los griegos pronunciaron después *gnosis*. Id anotando, por de pronto, el nombre sagrado de *Ar* o *Ra* en las nevadas cumbres del *Áramo*, aquellas montañas calizas que forman el núcleo central astur, continuándose con las de Quirós. Ya en *Quirós*, tenéis el *Caurios* o *Kurias*, la lanza sagrada de *Wotan*, base de todo el derecho ario o *quiritario* patricial romano, ese que, Narcea abajo, nos ha dado al célebre Monasterio de *Corias*, y allá en la Extramadura *vetónica* a *Coria*, y aquí varios otros *Queiros*, *Coiros*, *Courios* y *Caurios*, y esto es tan antiguo, tan primieval,

© Biblioteca Nacional de España

que harto lo dice la clásica enseña de la más alta y vieja nobleza asturiana, la de la Casa de los *Kurus*, los *chatriyas* del Mahabharata, la Casa de los Quirós, excelsos guerreros, en cuyo escudo campea el Toisón o Vellocino de Oro, con la leyenda de:

Antes que Dios fuera *Dios*
y el sol diera en estos riscos,
los Quirós eran *Quirós*
y los Garridos, *Garrido*.

O su variante famosa, de:

Antes que Dios fuera *Dios*
y los Velascos, *Velasco*,
los Quirós eran *Quirós*
y los Carrascos, *Carrasco*.

frases bien extrañas, aparte de las radicales *ascas* o *vascas* de Velascos y Carrascos, frases que no entrañan ninguna impiedad contra el Creador, como pudiera suponerse de tomarla al pie de la letra. Antes bien son en sí hermosísimo timbre del abolengo *quirital* de tales héroes *solares*, cuyas hazañas, guerreras, o quién sabe si de otra más alta índole, tuvieran lugar, no antes que el Eterno existiese, sino antes de que en lengua romance se le reconociese por tal nombre o bien por el latino de *Deus*, es decir en tiempos anteriores al politeísmo grecorromano, alabados por todos los cronistas y en los que la Divinidad sin Nombre y sin culto del *Templo espiritual* tartesio de Gades, era acatada en toda la Península, siendo los que después fueran *dioses paganos*, meros *daimones familiares* o *Poderes inferiores*. La aserción podrá parecerles destituída de fundamento a nuestros orgullosos y rutinarios pseudo-doctos, pero al menos resulta nada impía, más razonable y más bella que la corriente. Y si al hablar, en fin, del Vellocino nibelungo y de la *Lanza de Wotan*, el dios que es mexicano al par que nórtico, echase usted de menos también el *Arbol del Mundo*, el *fresno de Igdrasil*, no tiene sino buscarle en los precipicios aquellos donde se hiciesen famosos el *Naranjo* atlante *de Bulnes* y el *Pino* ario *de las Foces de Aller*, por cima de la casa *solariega* de los Quirós, esos héroes de nuestro Mahabharata asturiano.

—¡Oh, qué revelaciones peregrinas!

—Esperad, que casi no he empezado. Habláis de IO, y ahí tenéis al río *Io* o *Eo*, que, a través de *Tara-mundi*—Tara, una de las cien variantes mágicas del *Ar-ar-at* noético primitivo que en Asturias vemos en *Tarna*, *Ta-*

© Biblioteca Nacional de España

ranes Taraño, Tarambico, Tarantiello, etcétera—demarca la frontera lunar galo-griega, hoy Galicia. Tenemos también al *Navia*, el río de *Nebo*, el dios de la adivinación y de la profecía; al *Nalón* o *Nalo-Nalonis*, recordándonos el famoso idilio ario de *Nalo* y *Damianti* o *Dami-ias* (el Sol y la Luna), sin que al lado del *Nalo* os falte tampoco el *Damias*, pues ahí tenéis uno sobre Cornellana, y otro u otros en el misterioso seno de Cangas de Tineo. Además, tenemos el *Deva*, que en sánscrito equivaldría a *río de los Angeles o Devas*, y el centenar largo de palabras sánscritas alusivas al dios luni-solar de *Soma*, el del licor sagrado iniciático, que luego llamaron ambrosía los griegos, en *Sama, Somea, Somió, los tres Somas, Somado, Somohano, Somos, Somonte, Somoveño, Somuñón, las tres Samas, Samagal, Samagán, Samalea, Samanteles, Same, Samielles*, del prefijo o raíz sánscrita Sam que tanto significa «tierra de verano», como «fuente de salud», *Somao, Somiedo, Somañas* u Omañas, *Somoza, Somorrostro, Somosierra*, etcétera, llevando así la acción astur hasta el corazón de la Península... pues que doquiera alcanzara la Religión Primitiva, hubo de celebrarse el incruento sacrificio del cáliz de *Soma* o *Daksha*, de donde los cristianos imitasen su Misa.

—*Ujo* astur—añadió sin titubear aquel polígrafo—viene del sánscrito *ajan; Anayo*, de *anas*, agua; *Lena*, es el lindo río vecino a Pajares, y también el gran río escita-siberiano, como *Obe* nos recuerda al *Obi*, otro río hermano del anterior. La sílaba *ar*, nos vuelve cien veces, tal como en *Arillanes, Ario, Arispol, Aristebano, Arandojo, Aranga, Arangas, Aristeban, Ariondas* o *Arriondas, Arlós* y *Artedo*, de *artos*, zarza o espino, y asimismo el *Artus*, o *Arctús* caballeresco, o aquellos *artos* o cardos y espinos también que impedían el acceso a la región solar o *devachánica*, donde los ascendientes de los méxica vivían apartados del mundo, según la leyenda de Moctezuma el grande, que nos refiere el Padre Durán en su *Historia de las Indias y tierra firme de Nueva España*, obra rara, que poseo.

—Sí—le repliqué, por no saber ya qué decir ante aquella catarata de datos capaz de enriquecer a cualquier arqueólogo—; pero ahí supongo no acaban las analogías.

—¡Ni acabarían en tres días!—añadió ya entusiasmado nuestro héroe—. Vamos a ver si no si acaban—y añadió, magnífico: —Tenéis un *Ra* ahí mismo, junto a los *Penedos escandelados*, raras rocas escriturarias de esta sierra; tenéis uno o dos *Pesoz*, pueblos *pésicos*, pérsicos, de los que ha dicho Plinio que dominaron en Cangas de Tineo y Grandas y Avilés, es decir, en media Asturias; tenéis también respecto de los indo-occidentales, o etíopes egipcios adoradores del Padre-Madre IO, el recuerdo del *Mo-*

© Biblioteca Nacional de España

nasterio de Hermes, y *Gedrez* o *Ajedrez*, donde nace el *parsi* río Narcea; el también *Monasterio de Hermo*, y la *Hermida* de Santander, otro retiro augusto; un *Menes* y dos *Bimenes*; los montes de *Fan-faraón*, el *Faraón jaino*; los veinticinco o treinta nombres de *Murias* o *Morias*, y sus derivados, de *Muriais*, las dos *Muriéganas*, *Muriellos*, las tres *Muriellas*, *Muries* y los tres *Murios*, alusivos a la gran dinastía guerrera que tanto se encuentra entre los *chattriyas* indostánicos, como entre los míticos *Tuatha de Danand* cuando en Escandinavia vivían; tenéis un *Seapes*, equivalente al Serapis sagrado, y otro típico *Serrapis* en Aller, cerca del Áramo; un río y otros sitios que ostentan el nombre de *Ibias*, el ibis o cisne sagrado egipcio, un *Navia* que deriva de «profecía o adivinación mágica», cual la que pudo existir en el propio *Maganes* y en la Bobia o *Lobia de Jarem;* un *Mearon* o *Meandro*, que es el río Eo; un *Andés* o Andes, que tanto recuerda a los ánades sagrados, como a la gran cordillera de América; el río *Budhu* o Buddha de giguros y lancenses de que nos habla Plinio en el tomo primero, libro tercero, capítulo tercero de su obra.

—Del sánscrito, y del osco y umbrío, y del lituano quizá—agregó nuestro sabio sin tomar aliento—, derivó la lengua latina la típica palabra de *Bos-bos*, el *toro-vaca* que dió su nombre a todas las diez *Bobias*, sierras o picos de esta designación, tan frecuente en Asturias, como el *Bueyon de Tainas* en la *Sierra Maldita* de Cangas, aludiendo, por otra parte, a cierto fenómeno celeste que seguramente ignoráis, pese a vuestra Astronomía, y sobre el que tampoco os guardaré reserva. De esta *vaca-buey* vasca, que es *bus* en el bable, de este *becerro* o *ternera*—que el sexo ni la edad importan nada en estas cosas, que no son sino supervivencias de *Mytras*, el Fuego Celeste o el Mediador, con sus tres símbolos del sol, la clava o lanza y el toro—derivaron infinitos nombres astures todos relacionados con el secreto de los yacimientos del oro. Ved si no en el mapa, aquí o allá, según os los señalo, a la *Vaca de Luanco*, que brama junto al mar, al *buey* morisco o *Bus-mourisco* de Tineo, y a toda esa tropa de verdaderos bueyes que Hércules robase a Gerión y trajese a Asturias, rica ganadería formada por el *Bovicius*, *Bode civus orgenomesco* de la inscripción, de Santo Tomás de Collía en Parres, según Vigil; cuanto por el río y pueblos de *Busmayor*, *Busante*, *Busantiane*, *Busbalerl*, *Buscabrero*, *Buscamao*, *Busdemouros*, los dos *Busecos*, *Busdongo*, *Buseiro*, *Busfrío*, *Businan*, *Busiñan*, *Busindre*, *Buslabín*, *Buslar*, *Busloñe*, *Busllan*, *Buslleria*, *Busmargalí*, *Busmartín*, *Busmarzo*, los dos *Bustariega*, *Busmente*, *Busmeon*, *Busmoulán*, *Busmorisco*, *Busnovo*, *Busnuevo*, *Buso*, *Buspapín*, *Buspaulín*, los dos *Buspol*, las dos *Busta*, *Busprid*, *Busqueimado*, *Bustabernego*,

© Biblioteca Nacional de España

Bustabuejo, Bustaco, Bustalmendi, Bustantigo, Bustantín, Bustapena, Bustarel, los dos *Bustariega, Bustarnales, Bustarrante, Bustavil, Bustazán, Bustellfollado, Bustiasmal, Bustilín, Bustillanes, Bustille, Busto-to, Bustordi, Bustranzán* y *Bustrandiz, Bustrespeñas, Busvidal, Busnego, Buyeres, Buyeza. Bourio, Bospolín, Bostel, Boo,* los doce *Bouzas,* y *Bozas. Boal,* los quince *Baos, Buscabrito, Bucial, Bucida* y *Buciello,* los dos *Busterizas,* los dos *Bustillos,* los tres *Bustios* y *Bustos,* los dos *Bustello, Bustel,* los siete *Bustelos* y veinticuatro *Bustiellos,* el *Busturelo de Hermes,* la sierra de *Bustariego, Bustello* y peña de *Bustianal,* de *Almurfe,* todo ello sin contar con otros nombres *taurinos* similares como los picos del «anca de la res», *Ancares* y *Becerrales, Tras-vaces,* río de *Valbueyes, Cabueñes, Torazo,* los dos *Torín, Toranes, Tanes* o *Taranes, Tarna, Otur, Turia, Tainas, Tarín, Tara, Tarmada, Tarabelas,* los dos *Tárano,* los dos *Tarambica, Taracedo, Taralli, Taramundi, Tarandie lles, Tarantiello, Taracedo, Taraña, Taraño* y *Toraño, Torás, Torayo, Toria, Toriello, Touro* y *Torio,* con los diecisiete o más *Toral,* y el puerto de *Leitariegos* o lecheros, es decir, de los felices bebedores del Soma u ordeñadores de la ubérrica Vaca-Símbolo... sin que haya más que el *Val de la Vaca* de San Julián de Belmonte, que lleva ya nombre moderno. Bueyes de Gerión, repito, que no se escondieron solos, sino bien acompañados por inauditos tesoros, unos que aún esperan el día de aparecer ante nuestros ojos, sin hacer con ello más desgraciados a sus poseedores, y otros que ya fueron explotados en toda su región occidental, ungida todavía con la toponimia salvadora de *Casadoiro,* de Navia; *Cornadouro,* de Salas; seis *Loredos, Lorio, Loris, Lorria, Losoiro,* los dos *Loureiro, Oria, Orial,* los trece *Pousadoiro,* las sierras de *Ourosa, Rañadoiro, M'ouroso, Lamas del Mouro,* los cinco *Ourias,* los tres *Dorias* y *Dórigas,* el *Soto de Rañadoiro,* las sierras de *Uria, Valvaler* y *Valledor,* el *Orotrebas,* del Padre Carballo, y mil y otros lugares típicos, por donde andan siempre juntos *el oro, la vaca* y el símbolo solar, tan conocido de Ber o Baal, admirablemente estudiado por nuestro Sánchez Calvo en sus «Nombres de los Dioses», símbolo que aparece también en *Bal-oute, Cristóbal, Cacabelos del Bierzo* y *Cacabellos* de Asturias, occidental, *Balboa, Balinote, Baloutes, San Antolín de Bedón, Berducedo, Berbesa, Bárcenas, Borines* o *Berines,* sin contar con aquellos otros relacionados con el dios Jano, cual el *Fano* gijonés, el *Chano* y la *Jana de Genestara, Cueto de Tamain, Tárd'jain, San-Io-anas, Santianes, Jarceley, Villa Juan,* pues, que Juan o *Io-an* es el *Iano* o Jano cristiano, y Cóncana, según los señores Ceñal es *Kan Kana,* o *Kan-Jana* según nosotros.

© Biblioteca Nacional de España

—Perdonad—le dije, pretendiendo encauzar aquella catarata—, volved la oración ya por pasiva, y mostradme el reverso lunar asturiano, pues que, sabio y complaciente me habéis dado el anverso solar.

—Con el mayor gusto—me respondió mi amigo—. El reverso es tan bello como el anverso. Si los hombres de nuestra raza solar son celtas rubios y braquicéfalos, las gentes lunares, ofitas, silúras o ibéricas anteriores, son dolicocéfalas y morenas. Verdaderos lemures o ligures, son estos últimos aborígenes, hermanos de los *vindyas* indos, el pueblo misterioso de los *mundas* o *molh*, tribu anterior a los *drávidas* o lemures indostanos, gentes de color obscuro, con diferentes idiomas, y han dejado multitud de nombres, todos relacionados con la Luna, tales como *Villa-selán* o Villa-Selene, *Seleño* y *Selorio*, y los derivados de *Nara*, la Luna, o las *Aguas* ofitas, a saber: *Nariego*, *Nara-lo*, *Narzana*, *Narazana de Suriego* (*Surya* el Sol en sánscrito), *Naraval*, *Narcea* y *Noreña*, con más cuantas toponimias se relacionan con *Arga*, la plata, el metal de la Luna, o sean: *Argallada*, *Argame*, *Argamota*, *Arganal*, *Argancinas*, *Argándenes*, *Argandeño*, *Arganedo*, *Arganza*, *Arganzúa*, *Argañoso*, las tres *Argañosas*, *Arganosos*, *Argayón*, las dos *Argayadas*, y los tres *Argayos*, *Argimontes*, *Argolellas*, *Argolivio*, *Argollanes*, *Argomoso*, *Argomal* (de *árgoma*, la célebre planta lunar), *Argüera*, *Argüero*, *Argumoso*, *Argumosín*, *Arguin*, *Arguiol*, *Argul*, *Argusán*, *Argustia Argullana*, *Arcellero*, *Arcenorio*, *Arcillero*, *Arcibo*, sin contar a *Lunya*, *Luiña*, *Isoba* o Isis, y a los nombres *sivaitas* o bramánicos que podríamos añadir, como *Sivallana*, *Sivaracos*, a más cuántos se relacionan con el cielo azul, *coelum*, *coeli*, de cuyo manto aparecen vestidas todas las Isis, desde la prehistórica IO europea, y la *Calquihuitl-cueye* o diosa maya «de la enagua azul», hasta la misma Inmaculada, nombres tales como *Celles*, *Celón*, *Ceares*, *Celorio*, *Coelia*, *Cogela*, *Collía*, *Coelana*, *Coaña*, *Celunga*, *Celorio*, *Colunga* y los zoelas o *coelas* del famoso *hemeróscopo* u observatorio de Gijón, según Plinio, y de entre el Nalón y Avilés, según Fernández Guerra.

—Acaso por eso mismo el gran Leite de Vasconcellos en su «Estudo ethnographico a propósito da ornamentaçao dos jugos e cannas de bois nas provincias do Douro e Minho» ha establecido, como dice Menéndez Pidal, aquellas sus curiosas analogías entre los símbolos y figuras rayados con navaja, que los boyeros y labradores portugueses usan en los yugos, con los signos y ornatos prehistóricos, y con representaciones del Sol y de la Luna, propias del culto ariano—observé.

—Sí; Pidal añade que, pidiendo Leite informes a los campesinos, reuniendo facsímiles y analizándolos, llegó a persuadirse de que tales su-

© Biblioteca Nacional de España

puestos adornos no eran sino el último baluarte donde se encastillasen y libertasen de fanáticas persecuciones de todos los tiempos ulteriores, muchas creencias precristianas, cubiertas bajo el jeroglífico que, con mano inconsciente, rayan los montañeses de Lena en yugos, madreñas y banastas, en espera de quien las descifre y pueda entregar su preciado tesoro a la epigrafía y etnografía, después de haber adorado por siglos al Dios Unico, tras el Sol y la Luna, según los clásicos; de haber realizado peritísimos en barcos de piel, periplos como el poético de Avieno, y llegado a fundar los *lunares*, cual Dido, una *Cartavio* o Cartago Asturiana, guiados por el Hércules líbico, y los *solares*, guiados por el Hércules griego, otros muchos pueblos, con el nombre genérico de Astyr o Astur, el armígero de Memnón que, destruída Troya, remontó el río Astura, como cantan aquellos versos de Silio Itálico:

Venit, et Aurorae lacrimis perfusus in orbem,
Diversum, patrias fugit cum devius oras,
Armiger Eoi nom felix Memnonis Astyr,

y desde su Asturias ya, fueran después tras las ballenas hasta las regiones árticas, y tras las huellas del *Gulf Stream*, hasta la misma América con periplos análogos a los cartagineses de Magón, Hamnón y Xilax... Pero—añadió Miranda al advertir, en su modestia terrible, el pasmo admirativo que se había apoderado de mí ante su sabiduría—, es ya tarde, y estoy abusando de su bondad. ¿Quiere, antes de retirarse, que nos demos un paseo por las inmediaciones y visitemos el castro de Altamira?

—No—le dije—; prefiero retirarme temprano, porque mañana es el eclipse.

—Hasta mañana, pues, en el Valín.

—¡Hasta mañana, mi asombroso amigo!

Y, apartándome de aquellos tres seres, ya para mí cual si fuesen mi propia familia puesto que pertenecían a mi familia espiritual teosófica, emprendí el regreso a Cacabelos profundamente impresionado por las estupendas revelaciones de aquel día.

© Biblioteca Nacional de España

V

Triste recuerdo.—Temores y ansiedades.—La fiesta del eclipse.—El Sol, mordido por el Dragón lunar.—¡Todos a sus puestos!—Los misterios del astro del día.—Las bandas ondulantes.—El río de sombras de la totalidad.—Angustias hiperfísicas.—Un eclipse paradójico.—El poema de la luz.

La noche que precedió al eclipse fué de dolorosa preocupación para toda nuestra colonia astronómica. Unos inquietantes *cúmulus* desprendidos de la montaña y con tendencias a espesar, amenazaban frustrarnos las observaciones, malogrando nuestro viaje y anhelos, cual ocurriese en buena parte de la zona de los eclipses de 1860 y 1870. Carballo había inutilizado uno de sus aparatos cinematográficos por completo, y estaba inconsolable.

Por otro lado, se acababa de recibir la noticia de que el transatlántico más colosal del mundo, el orgulloso *Titanic*, que se dirigía de Norte-América a Inglaterra, cargado de miles de pasajeros, había chocado con un banco flotante de hielo, precisamente cuando en plena orgía iban muchos de los millonarios de su entrepuente desafiando al poder del dios del mar en aquel su barco, triple muestra de la ciencia, la fuerza y la osadía moderna, nueva y flotante Torre de Babel, del titanismo humano, que había sido una vez más aniquilada, entre escenas desgarradoras, por los altos Poderes que a nuestro mundo rigen...

Una desilusión intensa, castigo de nuestra impotencia arrogante, me dominó, haciéndome pasar la noche en vela. Los pueblos solares y lunares astures, tan al por menor detallados por mi amigo, danzaban macabramente en mi insomnio, barajados con astros y números, y, sobre todo, con la visión inquietante y anómala de aquella vaca astral de las cinco patas, cuyo misterio aurífero esperaba me esclareciese algún día aquel sér misterioso, que por su saber parecería un ente del otro mundo.

Amaneció, al fin; cuatro fuertes rachas del Norte despejaron el cielo; gorjearon con sus trinos siempre nuevos los pajarillos de las alamedas y huertos cacabelenses; tocó alegre diana la banda del pueblo, coreada

© Biblioteca Nacional de España

por las campanas de la iglesia, las esquilas del ganado y la chillería de los chiquillos; y las pesadillas de la noche anterior cedieron su puesto a las esperanzas del día, en ese raudo y eterno alternar en nuestro pecho de las penas con las alegrías.

Centenares de forasteros habían afluído al pueblo durante toda la noche anterior, y las estrechas calles de aquella *alforja* tendida a lo largo de las dos carreteras, que formaban el pueblo, eran incapaces para albergar la multitud, llegada de los cuatro puntos cardinales bercenses, y digo albergar, porque muchos no tuvieron otro sitio donde pasar la tibia noche. Pero más incapaz de ser barajada aún estaba aquélla frente a las instalaciones del cerrete de San Bartolo, cerradas con cuerdas y custodiadas por la guardia civil, porque la innata curiosidad no siempre mira al suelo, como se cree, sino que más de una vez se eleva hacia los astros, señores de nuestro Destino. Los astrónomos veían, no sin inquietud, aquel crecer de la masa humana sitiadora que en una de sus oleadas mal contenidas podía comprometerlo todo...

Se ahumaban cristales; se preparaban lebrillos con agua para mejor contemplar al Sol, y algunos, que habían querido ahogar en vino del país sus temores ancestrales hacia el eclipse, daban ya perfecta idea de la tonalidad vibratoria a que se encontraban, cantando a coro destempladas *muñeiras* y cosas del día, llevando escaleras, *para ver mejor el fenómeno*, tubos enormes de cartón, puntiagudos gorros de papel, caras tiznadas, chambras y hopalandas negras con estrellas de *platilla*, queriendo remedar en su *jarana* ese tipo, mitad rey de Belén, mitad nigromante, único con que el vulgo alcanza a representarse bien a un astrónomo efectivo.

Del Ayuntamiento salían compactos grupos de peones camineros, guardavías, municipales, guardabosques y otros obreros a colocarse por parejas en los cien hectómetros de la trocha ideada por el Director del Observatorio de San Fernando, para puntualizar la trayectoria de la sombra lunar, porque se temía que aquel eclipse, por la terrible precisión que requería, fuése el descrédito de la Astronomía. Ocho o diez entidades oficiales habían calculado zonas de totalidad que divergían en un ancho de cerca de diez kilómetros, y hasta se temía que el eclipse no fuese total, sino anular... Una carambola de precisión, en fin, que un jugador de billar diría.

Yo me fuí al Valín, muy de mañana. La ola grande de curiosos había cargado sobre las instalaciones francesa y madrileña, y, a mi lado, no había sino gentes tranquilas: mis fotógrafos Torres y Martín Mateos;

© Biblioteca Nacional de España

mis auxiliares honorarios, Don Patricio, Miranda junior, el farmacéutico, el ingeniero y redactores de revistas ilustradas de Madrid. El Señor Miranda llegó más tarde, y a fuer de buen filósofo, se alejó solitario para disfrutar a sus anchas de fenómeno tan raro e inefable, que los astrónomos tienen la desdicha de no poder admirar como los demás mortales. ¿Qué pensaría allí en su aislamiento sublime aquel sabio, más sabio que todos los que manejaban aparatos, pues que, mientras nosotros razonábamos como hombres, él intuía como un verdadero artista al tenor de esa facultad angélica que, según Platón y Santo Tomás, es la más excelsa y poderosa de las potencialidades mentales? Gustoso habría dejado, por averiguarlo, todos mis *trebejos*, porque aquel hombre no era, en verdad, como los demás, sino el único digno de ponerse una y mil veces a la sombra de la luna...

Momento después de las diez, el disco del sol presentó una ínfima mordedura, pasado el primer contacto. El Dragón lunar comenzaba su obra, y el sereno paisaje berciano empezó a perder por grados insensibles su hermosa luz. Unos cirros-stratos marcaban la dirección del viento superior con sus albas barbillas, y la brisa ligera de Poniente, llena de perfumes campestres, parecía la avanzada del mil veces más rápido cono de sombra de la Luna que, a la velocidad monstruosa de a kilómetro por segundo, había partido minutos antes del Continente americano, a través del Atlántico y por la parte de Portugal, comenzaba su irrupción en España, Francia y Bélgica.

Entonces, mientras contemplaba, no al Sol, sino a las pantallas que tenía delante, en espera de cazar las primeras bandas ondulantes, pensaba acerca de los profundos problemas que un eclipse plantea. ¿Qué era aquella fotósfera sobre donde los espectrógrafos con prismas de cuarzo, de fluorina, de sal gema, de alcohol, sulfuro de carbono, vidrio o espato calizo van hallando sucesivamente, según su modo especial de ver los celestes jeroglíficos del solar espectro de manchas, fáculas y protuberancias, ora sombríos reticulados de hidrógeno, ora luminosos flóculos de calcio, ora otros cuerpos simples de los que ni aún tenemos idea en la Tierra? ¿Qué es la cromósfera envolvente del Sol, cuyas rayas espectroscópicas, invertidas en negro de ordinario, y directas y luminosas cuando la fotósfera es cubierta ya por la Luna, solapan el secreto de una posible vida? ¿Qué es, a su vez, ese *especto-relámpago* que dura no más de cinco segundos antes y después del momento total, espectro que es buscado mediante dispersiones excepcionales en las dudosas fronteras del violeta con el ultravioleta? ¿Y qué es, o mejor dicho, qué son las dos coronas, de voltaica

© Biblioteca Nacional de España

fluorescencia en los tétricos instantes de la totalidad, contorneando intensa la una a todo el disco eclipsado, cuajada de rayas cromosféricas, con salpicaduras de fantásticas protuberancias rojizas, mientras que la otra pálida, esfumada, variable, longuísima, despliega hacia los dos lados del ecuador solar algo así como las alas de celeste ave-fénix que resurge inmortal en los momentos mismos en que la luz agoniza...?

¿Se deben ellas, las coronas, meramente al Sol, como se cree? ¿Hay acaso en ellas trazas inestudiadas de realidades ignotas aportadas por sus rayos al atravesar las montañas y valles que perfilan a la sazón el negro disco de la Luna...? ¿Cuál es su composición; cuál su altura máxima en millares de kilómetros, cuál su cosmogónico lazo con la propia luz zodiacal, en la que lo ignoramos absolutamente todo...? Y sin salir de esa región luniterrestre misma, la región del Dios-Soma de los himnos védicos, ¡qué de problemas insondables, infinitos...! ¿Qué hay, en efecto, por todo ese hemisferio lunar del otro lado, que mortal alguno contemplase nunca? ¿Qué en toda la vasta región intermedia entre la Tierra y la Luna, presupuesto el axioma, de que donde hay espacio, puede y debe haber vida; región donde la ciencia comienza a descubrir: primero, nuestra capa atmosférica de nitrógeno, mezclado con oxígeno, hasta los cien kilómetros de altura; luego, otra capa más alta de nitrógeno puro, donde se apagan, al cruzarla, los ingentes meteóritos y donde se detienen, como contra un techo, las nubes y los humos volcánicos, cual se detienen también la espuma de la ola a los pies de los acantilados marítimos...? Y tras la capa de nitrógeno, otra envolvente más alta, otro mar de helio puro como el del sol y de las estrellas, helio que brilló hace millones de años, cuando nuestro planeta era estrella también de los cielos, no estrella más augusta, como hoy, de la viva luz del pensamiento... ¡Y tras el helio el coronio terrestre y el nebulio de las propias nebulosas matrices de mundos; y tras el nebulio, otra materia que ya casi no es materia, sino éter del grado más grosero, envolviendo al par conjugado de la Tierra y la Luna cual la albúmina de un huevo de dos yemas, gigantesco... huevo del misterio cosmogenético; huevo de Fecundidad. ¡Huevo de Brahma o del *Kalevala*, del que ha salido nuestro pequeño Mundo!

Embebido en estas consideraciones más que religiosas, veía avanzar por la faz del astro rey la mancha negra lunar a pasos agigantados; mandíbula sin dientes, que por instantes se le iba tragando. La luz en sus postrimerías iba tomando la astral nitidez del arco voltaico mientras que sobre el ambiente caían tintes lívidos, cadavéricos, que nos daban a todos una coloración fantasmática, más triste aún que cuando nos contem-

© Biblioteca Nacional de España

plamos las caras en un campo de nieve. Súbito, una detonación intensa, seguida de varias otra otras más lejos, resonó en la carretera: era el «¡todo el mundo a su puesto!» precursor del momento supremo. Multitud de bandas erroso-cenicientas comenzaron a serpear por las pantallas, cruzándose fugaces en las dos direcciones del viento superior y el inferior... eran el oleaje de difracción que, frente al ya tenue chorro de luz del sol en sus postrimerías, nos hundía más y más en el seno de un medio gaseoso que no es sino un mar terriblemente agitado y siempre misterioso, profundo... Sensación igual, pensé, debieron experimentar Orfeo, Pitágoras, Dante y todos los demás iniciados al descender a «la Ciudad del Dite». Registré entonces a mano cuantas orientaciones de sombras pude; disparé e hice disparar todas las cámaras fotográficas, y al desaparecer las bandas de las pantallas, aún pude despedirme del último rayo de luz que, produciendo como un débil chasquido, se perdía en la altura, mientras que el río de sombras de la totalidad nos anegaba, frío, astral, indescriptible...

No acertaré a definir con palabras situación tan fugaz como sublime: Medio segundo en lo hiperfísico, puede parecer, en efecto, un siglo... Yo vi, o ver creí al menos, una porción de cosas antitéticas, es a saber, el cómo parecía irse a extinguir el último rayo; el cómo, sin embargo, no llegaba a desaparecer la luz del astro eclipsado, sino que, contorneando de luminonosas perlas todo su disco, orlaba el dentellado del borde lunar, los valles de la Luna, con largas ráfagas de un blanco purísimo coronal y cortos trazos del rojo sangriento de las protuberancias, y en aquel instante aparecer y desaparecer la corona, cual si con un latido poderoso de agonía el astro resucitase en su divina luz precisamente en el supremo momento en que su luz moría...

Retornaron en seguida las sombras, y en breve también desaparecieron mientras que un ¡ah! instintivo de anhelos comprimidos resonó a lo lejos en el cerrete de San Bartolo, salido de la multitud que había sentido el escalofrío de lo sublime, y todo, entonces: aves, flores, hombres, celajes parecía resucitar a un tiempo y entonar de nuevo el himno triunfal de la vida rejuvenecida. Canto de la Primavera que sólo ha sabido instrumentar Wagner en su *Walkyria*.

Pero, ¿qué había sido entretanto de mi héroe Miranda, aislado allá lejos del contacto humano, frente a frente del imponente fenómeno, y qué habría pensado durante él su mente poderosa, qué habría ensoñado en su vibrante emotividad de artista? Abrigaba la esperanza de saberlo, y así, terminada mi observación, fuíme en su busca; mas no había dado cien pasos a lo largo de la carretera, cuando el automóvil del general, con su caba-

© Biblioteca Nacional de España

lleresco hijo Don Juan, de regreso de la trocha, me arrastraba hacia el pueblo al par que este joven me decía emocionado:

—¡La punta del cono de sombra ha perfilado cinco kilómetros más abajo, por Campo-Naraya; tres solos observadores han sido cobijados por ella, y su sección, por tanto, no ha sido mayor de cuatrocientos metros...

—¡Un eclipse total, anular, parcial y con perlas!—me dije, pensando en esos problemas de los límites en los que la circunferencia de radio infinito es a la vez recta, sin por ello dejar de ser curva—. Un eclipse-paradójico; un eclipse-límite, cosa que sólo podía ocurrir en la patria de Novoa, el simpático pueblo de la cuadratura del círculo...

© Biblioteca Nacional de España

VI

La alegría de los astrónomos y la ilusión mayor de Don Patricio.—Resultados obtenidos.—Fraternidad genuinamente teosófica.—Otra tarde en Altamira.—Las leyendas del castro.—Un ocultista imprudente.—La Vaca astral se dibuja.—Concomitancias prodigiosas. - Más sobre la Religión primitiva.

El resultado de las observaciones había sido espléndido, y todas las Comisiones se hallaban satisfechas. Mi paisano Carrasco se frotaba con fruición las manos, porque creía haber medido la *raya-verde*, y Cos atrapado el espectro-relámpago; mientras Tinoco, Abreu y Carballo habían obtenido seis buenas fotografías de *la totalidad con perlas*, como decían. Hasta el bueno de Don Patricio se sentía orgulloso por haber aportado su mínima parte de esfuerzo a mi también mínima observación, y no tenía por la menor de las recompensas el ir a salir aquella semana en los grabados de *Blanco y Negro* y *Nuevo Mundo*, rodeado de blancas pantallas y máquinas fotográficas, al lado de mí, de su mejor amigo, que, aunque tampoco fuése *trigo limpio*, parecía respetuoso cuando menos hacia las «sanas ideas» que él solía reflejar de año en año en alguna *Crónica Cacabelense* que enviara a un periódico católico de León, crónica celebrada, a bien decir, más por su noble fondo, que por su forma pueblerina.

Despedidos para el tren del día siguiente los amigos astrónomos, tocábame, a mi vez, el despedirme de mis espirituales hermanos de Altamira al otro día; despedida que no podía ser sino un ¡hasta luego!, según lo ligado que quedase con ellos, por los dulces lazos de la comunidad de ideas, la gratitud y la más franca de las simpatías. Ya ellos me esperaban, no menos contristados que yo, ante la perspectiva de una despedida contra la que trataban de oponerse, reteniéndome a su lado con más suavidad que, en Capua, a Aníbal.

Siempre recordaré aquella larga y desapacible tarde de primavera, pasada en el más embobado encanto. Los chubascos, que a ratos caían, nos impidieron salir a visitar el castro de Altamira.

—No perdéis nada con ello—me había dicho mi huésped—. Una

© Biblioteca Nacional de España

meseta como la del otro de Cacabelos; una galería en un costado, y nada más. Físicamente no vería otra cosa.

—¿Cómo físicamente?—objeté, un tanto alarmado, porque presentía que iba a asomar la cabeza una leyenda más, y contada por aquel hombre, desde luego leyenda florida—. Acaso...

—Sí. Astralmente sería otra cosa. Como que la Vaca...

—¿La *Vaca* ya? De esta vez no pasa sin que me aclaréis el misterio.

El café acabado de servir lujosamente, abría margen, como de costumbre, a las confidencias misteriosas. La señora, el joven y yo nos arrellenamos en nuestros asientos, después de acercarnos un poco más al narrador, creando en torno de él una atmósfera aún más íntima. El gran Don Antonín de Miranda, en su sillón abacial, parecía, pese a su edad, un patriarca rodeado de chicos, a quienes fuése a contar una conseja vieja y deliciosa, y sin más preámbulos, hubo de comenzar en estos términos:

—No lejos de aquí y de Caudín se halla el castro, meseta que se creería artificial en sus cuatrocientos metros de lado por unos doscientos de altura. Como todas estas sierras de los Ancares que suministran pajuelas y hasta pepitas de oro al Sil y al Cúa, el castro tiene su correspondiente leyenda de tesoros ocultos. Ahí enfrente tenéis la montañuela de la Muroca o Mauroca contra la que se organizaron serias cuadrillas de Aladinos de Villasomil en vida de mi abuela, y aún se dice que toparon con habitaciones muy fuertes en granito, que no le hay por estos sitios. Mi pobre vieja me contaba estremecida, y temerosa de rozar con el mundo de la brujería, que había sido encontrado, sino el *toro de oro*, que sin duda estaba más adentro, por lo menos un pellejo de ternerillo con noventa monedas *peluconas* y algunas áureas barras. Roque Uría, uno de los buscadores, era un primo de mi madre, quien aseguraba también haber visto por sus propios ojos todo un juego de bolos de oro hallado allí y una inscripción que, al parecer, decía:

Al rey, rico *cabaleiro*,
y al señor de la Altamira,
junto al Teso del Campeiro,
áureos bolos divertían.

Mi abuela copió la inscripción, y aún os la puedo enseñar entre mis papeles sobre estas cosas.

El tío *Calamín*, uno de aquellos intrépidos buscadores, se atrevió con su cuadrilla á lo que nadie hasta entonces, o sea a perforar el castro en cata de las tres, o mejor dicho, de las dos galerías cerradas que, en forma

© Biblioteca Nacional de España

de *tau* dieran acceso antaño a sus ricas entrañas; pero, no bien habían ahondado unas varas, cuando advirtieron, con espanto, que durante la noche resultaban cegados cuantos trabajos hiciesen de día, por lo que, aterrorizados, y temiendo por sus almas, desistieron de su empresa.

Pero había aquí en Altamira—añadió nuestro narrador—uno de esos hombres buenos que no suelen faltar por estas tierras, un cirujano infeliz, harto de curar gratis a media comarca, quien, aunque no estuviese sobrado de fortuna, nunca se preocupó de tesoro alguno. Cierto día en que había salido el cirujano para la feria de la Espina, a comprar una yunta de bueyes, cruzó a la hora del alba por frente al castro, y hubo de advertir, con sorpresa, que de hacia el seno mismo de su obscura masa salían como dos sombras, que bien pronto tomaron cuerpo junto a él, preguntándole amistosamente dónde iba, y ofreciéndosele para acompañarle. Eran nuestros hombres dos mocetones rubios, bien barbados y gallardos, dotados de una mirada noble, pero tan insinuante, que se metía por el alma, al decir de mi abuela. Ya en el ferial, se compró cada uno una vaca, la mejor del rodeo, pagándola, sin regatear, en monedas de oro, y no contentos con eso, hubieron de comprar y regalar al buen cirujano otros tres cornúpetos, con los que él regresó gozosísimo a su aldea, no sin que sus generosos donantes le dijesen, al cruzar de regreso frente al castro, que ellos eran seres de un mundo en un todo parecido al de los hombres, mundo al que éstos, por su codiciosa ceguera, estaban imposibilitados de ver de ordinario, pero que tenían su pueblo y sus cosas allí dentro del castro.

—Pero como acaso tengamos necesidad de vos—le dijeron aquellos *jinas*—, podéis visitarnos cuando gustéis, con sólo guardar esta cañita de siete nudos que os entregamos para que, golpeando tres veces con ella en el fondo de esa galería, se os abran de par en par las puertas de nuestro reino—. Dicho esto, los dos hombres y sus sendas vacas se esfumaron cual la neblina matinal del Cúa, y nuestro cirujano, que no era nada supersticioso y sí mucho de valiente, propuso en su corazón no demorar la visita, pensando, además, que acaso con sus servicios podría pagar el favor recibido.

Dicho y hecho. Llegó impávido y de noche a la pavorosa galería; golpeó las tres veces con la varita, y al momento lo que creyese fondo de cantos rodados y arena, giró sin ruido como bastidor de un teatro, dejando practicable una gran entrada por la que el improvisado Aladino adelantó algún trecho, notando con asombro que aquello era un mundo nuevo, bastante semejante al nuestro, con sus campos cultivados, pueblos, torres de igle-

© Biblioteca Nacional de España

sias, etcétera. Sus dos amigos de feria que le recibiesen cariñosos, le llevaron bien pronto a un magnífico palacio, donde parecía yacer, enferma en cama de oro, la reina de aquellas gentes, quien, por lo que se vió, ansiaba los servicios médicos del asombrado cirujano. Sereno éste, en apariencia al menos, la examinó escrupulosamente, redactó su récipe para ser despachado por la farmacia, no sé si de éste o del otro mundo, y cuando ya se retiraba con la venia de la regia enferma, sus ayudantes le pusieron en las manos una especie de pañizuelo lleno, al parecer, de ceniza, con encargo expreso de no desenvolverle hasta que se hubiese reintegrado al mundo de los mortales. Así lo hizo el galeno, y su alegría fué inmensa al desenvolver, ya en su casa, el atadijo y hallarle lleno de monedas de oro.

No hay para qué añadir que nuestro héroe menudeó, aunque no sólo por interés, las visitas a los *jinas*, y que su prosperidad reciente contrastaba más y más con su pobreza antigua llamando la atención de sus convecinos, quienes, con esa insaciable intriga con que los tales suelen proceder siempre, cargaron sobre él y sobre su mujer para que les revelasen el secreto de aquélla, llegando en sus exigencias hasta amenazarles con la inminencia de una denuncia en regla a la justicia. Cedió el cuitado, para evitar un mal mayor; acompañado ya por otros, llamó en vano en el fondo de la galería, y cuando segunda vez tornó solo, fué preso como violador del gran secreto *jina*. Llevado ante la reina, ésta, por gratitud, le perdonó la vida; pero no pudo evitar el castigarle, dándole a elegir entre quedar ciego, sordo-mudo o rapado como un calendo de los de *Las mil y una noches*, o séase más que calvo. Excusado es decir que el triste optó por esto último, y al dejar ya para siempre aquel extraño mundo, alguien, invisible como el céfiro, sopló a su lado tenuemente, con lo que nuestro cirujano hubo de quedar en el acto sin un pelo en todo su cuerpo. Desde entonces hasta su muerte no necesitó jamás peines, ni barbero alguno.

—La leyenda es admirable—exclamé—; pero aunque en ella veo ya mediar vacas, no acierto a comprender el por qué dais a esa Vaca legendaria de tantas consejas una importancia tan grande, ni menos el por qué habláis de sus *cinco* patas, en lugar de las cuatro con que a todo sér de su especie ha dotado la Natura...

—Eso...—replicó sonriente Miranda - no me lo debéis preguntar a mí, sino al tan simpático como verídico coronel Olcott, que en el tomo segundo de su *Old diary leaves*, que yo he traducido bajo el título de *Historia auténtica de la Sociedad Teosófica*, nos narra, respecto de Bombay, un sucedido análogo en el que un pobre maestro de escuela es llevado al mundo de los *jinas* y por ellos enriquecido, pero que al fin queda ciego

© Biblioteca Nacional de España

cuando pretende mostrar a otros el camino que a ese mundo vecino de *eka-hombres* conduce. Preguntadle también a ese Presidente-fundador de nuestra querida Sociedad, por qué nos habla así, tan en seco y como la cosa más natural del mundo, de aquel *shadú* o asceta indostánico que se le presenta en las maravillosas grutas del hipogeo de Karli, acompañado «de una vaca de cinco patas», vaca que, como su conductor, se desvaneció luego, allí mismo, ante sus ojos espantados, con más rapidez que el humo de su pipa.

—Cierto, certísimo, lo recuerdo muy bien—añadí, admirado de la coincidencia.

—Mejor aún—continuó mi amigo—, podéis también preguntárselo a la inconmensurable Blavatsky, cuando sobre estos mismos asuntos y sobre la fantástica quinta pata en cuestión ha alzado toda su sapientísima obra ocultista *Por las cuevas y selvas del Indostán*. Allí podéis ver que la tal pata no tiraba hacia abajo, sino hacia arriba, saliendo del morrillo y siendo utilizada por su poseedora cual el elefante su trompa.

—Sí, sí. He leído dos veces esa deliciosa novela de viajes.

—¿Novela decís? Haceos el favor, amigo mío, de leérosla otras tres veces más, y veréis en ella la mayor obra de ocultismo y de religiones orientales quizá que se ha escrito—objetó mi huésped con la seguridad más absoluta.

—¡Oh, qué revelación!—grité, dándome una palmada en la frente—. De esa vaca astral, de esa vaca augusta, que por lo que se ve ha andado por Asturias y el Bierzo igual que por las sagradas colinas de Bombay y de Benarés la santa, recuerdo ahora que me hablaron también en Mendoza de los Andes, cuando mi jira de conferencias teosóficas por América del Sur. Sí, sí, claramente lo recuerdo. Mi amigo, el francés Lesclausse, me contó algo que semeja en todos sus detalles el relato que usted acaba de hacer.

—¿Y nada más que en los Andes? ¡Decid mejor que os hablan de ella, de la Vaca salvadora, en todos los pueblos, en todas las formas, religiones y tiempos!—añadió del modo más solemne aquel sabio teósofo—. ¡La historia, la poesía, la religión, la ciencia, tienen a la *Vaca* como el más firme basamento de sus edificios y el más preciado de sus símbolos!

—No me atrevo a dudarlo ya, mi maravilloso amigo, porque ya no puedo dudar de nada que brote de vuestros labios reveladores, pero, ¡por lo más santo, por lo que más améis, por la sublimidad misma de nuestras ideas teosóficas, decidme lo que sepáis de esto! ¡No me mantengáis en angustiosa incertidumbre, peor, mil veces, que la ignorancia absoluta!

© Biblioteca Nacional de España

—El deciroslo al por menor nos llevaría un año. Ahí tenéis en ese grueso paquete de cuartillas perfectamente trabajado el asunto—continuó Miranda, señalando hacia su biblioteca—, pero como sois buen entendedor, seguidme, al menos, en esta rápida excursión. Por de pronto, ¿sabéis lo que significa el nombre de *Gautama*, que Sidharta Sakya-Muni tomó cuando se retiró a hacer penitencia al desierto, como siglos más tarde Jesús, al comenzar su predicación? Pues significa literalmente *el vaquero*, o «el conductor de la vaca», porque es fama que durante aquellos dos años sólo se alimentó con la leche de la tal Vaca, verdadero licor de Soma, Ambrosía o Deífico Néctar, que da la inmortalidad, por ser el único y verdadero *Elixir de Vida*.

—Sí. El sagrado *Amrita* que a todos los *shadús* o discípulos de Vishnú alimenta durante su noviciado, sin necesitar de otra cosa alguna sólida ni líquida. Recuerdo los pasajes que a semejantes sadhus consagra Blavatsky en su citada obra.

—Exactamente, y ya habréis visto en ella el odio mortal que, por tal causa, les guardan los intencionados sectarios de Shiva el Destructor, o séanse los brahamanes, y el abismo que entre unos y otros media; abismo por el que más de una vez ha corrido la sangre inocente de aquellos cultivadores de la Religión-Sabiduría primitiva.

—Ahora recuerdo, en efecto, aquel pasaje de César Cantú, que nunca comprendí, cuando Kako-Manú, el Manú de los *monos*, asombrado ante la transfiguración del maestro Gautama después de sometido a aquel régimen propio de Inmortales, saltó de alegría y cayó en el Pozo del Conocimiento, ahogándose en él, es decir, en el mismo Pozo de Mimer, en el que el Wotan del *Anillo del Nibelungo* wagneriano pierde un ojo también. A esta augusta Vaca, realidad o mito, o ambas cosas a la vez, se refieren asimismo aquellas *Vacas del Sol* que, en simbolismo del más consumado odio religioso, matan y se comen los compañeros de Ulises en la Odisea, horrendo delito, pecado imperdonable contra el Espíritu Santo que diríamos hoy, y que cuesta la vida a todos menos al inocente Ulises, y si no colijo mal de su explicación, la tal vacada no eran sino los mismos bueyes famosos de Gerión, robados por Hércules y de los que tantas toponimias astures me mostrase usted el otro día.

—Cierto, y también el Boyero celeste, con Arcturo o *Arthus* a su cabeza, *Arthus*, que leído en bustréfodo es igual a Suthra, el *hilo de oro* oriental que es base de toda la incomprendida literatura caballeresca; y el antiquísimo buey Apis egipcio, restaurado por los Ptolomeos, y los *Toros de Guisando; Taurobelio* de Mérida; el *Monte Tauro* del Asia Menor; el *Toro* de

© Biblioteca Nacional de España

los misterios de Mithra; el *Quersoneso Táurico*, y los *Tauriscos* de cien sitios diferentes; el *Buey Blanco* de los árabes, o nube mayor de Magallanes; el *Boeuf-gras* de la *Mi carême* francesa; el *Ternero* sagrado de los Rishis o Adeptos nacidos de *Iyan* la Vaca-Tierra del Rig-Veda en el Aitareya brahmana; la *Ternera de Parvadi;* la de *Parsifal o Persefona*, degradada después; las siete *Vacas* gordas y las siete flacas del bíblico sueño de Faraón; la *Vaca o Kaba* de la Meca y la *Flor-inda-la-Caba* que ha servido para hacer el mito de Don Rodrigo en el *Guadalete, Guadi-vaca o Guadibeca;* el después licencioso *Toro de Falaris; Armati* o la *Vaca* nutridora parsi, y, en fin, pues no acabaríamos nunca, la rabia más que brahmánica revelada, lo mismo en el Corán, cuando en su capítulo segundo habla de *la Vaca*, que en el *Libro de los Números* mosaico, al sacrificar la *Vaca Bermeja*, representación de la vieja religión natural de la Madre-Tierra; al derramar sañudamente su sangre simbólica y aventar hasta sus cenizas, con lo que los judíos de Esdras, pergeñadores a su manera del único Pentateuco que conocemos, mostraban así sus meramente lunares y bajos sentimientos contra la religión luni-solar primitiva o culto de la Naturaleza, representada por la eterna diosa IO o Isis, conocida después por los mil y un nombres de *Jana, Iana, Diana, Artemisa, Hëcate, Persefona, Proserpina, Ataecina, Milita, Hécuba, Belona, Ramnusia, Ceres-Demeter Sabasia, Selene, Asthoret, Hestia, Vesta, Hera, Juno*... sentimientos hostiles aquellos, repito, que en Asturias aun tiene la supervivencia del odio hacia los Vaqueiros de Alzada, los degenerados sucesores de nuestros hombres solares primitivos.

—Ahora comprendo—dije, sin poder contener mi entusiasmo—, el hondo significado de la fábula greco asiática de IO. Júpiter o *IO-pithar*, es sorprendido por su celosa esposa en la dulce compañía de IO, la Europa o la religión primitiva. El dios oculta entonces a la joven contra la venganza de la irritada diosa, transformándola en *ternera*, pero Juno reclama la ternera que pone bajo la custodia de Argos (*Arga* es la Luna). IO, sin embargo, burla a su custodio con arreglo al cantar español que dice:

Argos cien ojos tenía,
y ella le engañó sutil;
que el Amor con dos veía
más que los celos con mil,

lo que simboliza que esta religión natural, de la que tantas huellas veréis en mi Asturias y de las que tantas otras religiones no son sino pálidas facetas, esta Magia de las Edades, retorna a la luz del mundo, por mucho

© Biblioteca Nacional de España

que se la persiga o calumnie y por mucho que los mal llamados doctos hagan por desnaturalizarla hablando de ulteriores totemismos. Maeterlinck en su *Templo Sepultado* y su *Templo Resucitado*...

—Créame, hermano mío—añadió el colosal Miranda—, el problema de la Mitología comparada no es sino el de estudiar y poner frente a frente los dos grandes troncos religiosos: el de la religión *Luni-Solar* de la *Vaca*, símbolo de IO y del *Oro* en cuanto metal, en cuanto a alquimia moral y en cuanto Pensamiento, y el tronco de la religión meramente lunar que vino después: la Helena o Selena, única que hasta hace poco hemos conocido: la de los sañudos inmoladores de la inocente Vaca-símbolo: brahmanes, israelitas y mahometanos; la de la *Plata* en cuanto metal; en cuanto a farsa religiosa y emotividades inferiores o fálicas, obscureciendo durante la negra *Edad del Kaliyuga* al Sol del Conocimiento con la triste noche de nuestras pasiones animales... Sobre ésto tengo escritas más de seis mil cuartillas, que acaso publicaré algún día—me dijo Miranda, mostrándome el mamotreto (1).

—¿Seréis tan bondadoso que me permitáis hojearlas?—insinué.

—Sin duda alguna; pero no es este el momento. Se os hace tarde, y como ya no podréis regresar a vuestros cuarteles de Cacabelos, preparaos a pasar aquí la noche, aceptando mi modesta cena de despedida.

Aturdido ante las revelaciones de aquel brujo, de aquel mago sublime que, yo pecador, jamás pensé hallar en el Bierzo, me dejé llevar como un niño ante una mesa bien servida, que a mí me pareció, más que mesa de convite, altar sagrado de una amistad sin reservas, llamada a perdurar por el resto de mis días.

---

(1) La obra a que se alude aquí por el narrador es la ya en prensa con cargo a uno de los tomos de la presente BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS, y que, bajo el título de *Las gentes del otro mundo*, aparecerá en breve, complementando muchas de las enseñanzas dadas por el presente tomo.—*Nota de los Editores.*

© Biblioteca Nacional de España

VII

Una noche en Altamira.—La Religión solar y los tesoros ocultos.—La Vaca morisca.—Los temores de Miranda.—Un mago de los Montes Herbáceos.—El Sr. Pidal y el alemán de Corao.—La cosa se complica.—Sospechas de un tesoro en las cimas de Somiedo.—Los papeles de D. Roberto Frassinelli.—Solución salvadora.—¡Del cielo viene todo a los hombres!

El tiempo había empeorado de un modo verdaderamente terrible, cual suele suceder, pese a nuestra Meteorología, después de los eclipses. Fuertes rachas huracanadas sacudían la atmósfera, y una lluvia continua, mezclada a veces con granizo, golpeaba, en la más infernal de las noches, las vidrieras del salón-biblioteca, donde nos habíamos retirado a fumar, después de una cena excelente.

—¿Decíais antes que las cosas todas de la Religión solar o de IO están íntimamente relacionadas con cuanto a tesoros se refiere?—insinué, pegando el hilo de la conversación ocultista, en la que, sin notarlo, nos había anochecido.

—Juzgad por vos mismo. Así como en las insensatas novelas policíacas modernas siempre hay un ladrón elegante, un *detective* astuto, un documento diplomático escamoteado, una *cocotte*, un revólver, un automóvil y un monóculo, en estotras novelas que parecen realidades, y realidades que parecen novelas, hay siempre un tesoro morisco, una vaca o toro de oro, una gruta inaccesible, un maestro o dramaturgo y un peligro de incurrir en triste y fatídica responsabilidad que acarrea la desgracia sobre los que se creyesen afortunados poseedores de un tesoro que, en lugar de labrar la felicidad, labra la desdicha... Por eso, los habitantes de las archiseculares aldeas del Turkestán, vecinas al desolado río Tarín, se cuidan muy bien, como habréis leído en *La Doctrina Secreta* de Blavatsky, de tocar a ninguna de las ricas preseas que los vientos de los desiertos aquellos dejan al descubierto con cierta frecuencia entre las arenas que cubren las ruinas. ¡Están guardados por los más terribles *jinas* o afrites!, dicen.

La hora, el desencadenado de los elementos, más furiosos, a la sazón,

© Biblioteca Nacional de España

que nunca; las emociones intensas de aquella tarde de revelaciones, que tenían la escalofriante emotividad de una iniciación en toda regla o lo que fuése, me mantenían en un estado tal de doble vista y de astral hiperestesia, que creí notar, mientras mi amigo hablaba, algo así como si una mal disimulada emoción agitase su pecho. Indudablemente había palidecido, y su mano temblaba, como si asiese con ella un gran secreto que, pese a su voluntad indomable, pugnaba por escapársele.

—¡Venid, venid!—prorrumpió al fin, con voz velada como por cierto remordimiento, doblemente de extrañar en su alma diáfana, generosa y pura—. ¡Venid aquí, a mi lado, cerca, muy cerca, que me veo forzado a haceros, al par que una grave consulta de conciencia, una espeluznante confidencia! Sí, sí—exclamó al fin con ademán resuelto y sacudiendo gallardo la cabeza—. Yo comprendo la amistad teosófica como una fraternidad verdadera, una especie de pacto de sangre, cual el legendario de los caballeros; cual los masones primeros; cual todas las asociaciones iniciáticas. ¿Me dais, pues, antes vuestra más solemne palabra de honor de sepultar en vuestro pecho cuanto quiero deciros?

Yo miré de hito en hito a mi interlocutor, nunca más agitado, más enigmático, menos dueño quizá de sí mismo que hasta entonces, y, convencido que se abocaba una revelación de importancia, le dije con toda mi alma, bien seguro de ser comprendido y agradecido:

—¡Hablad, hablad pronto, hermano mío! Mi más solemne palabra de caballero y de amigo de guardaros, cueste lo que cueste, el secreto cuya revelación me tiene ya ansioso y fuera de mí mismo.

Aquel superhombre sonrió dulcemente, como quien se quita un gran peso de encima, al par que rebosando de gratitud. Con su izquierda estrechó afectuosamente mi diestra, y alzando al mismo tiempo el brazo asió y sacó de la biblioteca un grueso y lujoso volumen encuadernado: era el tomo segundo de la monumental ASTURIAS de Octavio Bellmunt y Fermín Canellas.

—¡Leed antes este pasaje singular!—me dijo lacónicamente, abandonando el infolio sobre la mesita, abierto por la página 33, en la que los colaboradores Enrique y Victoriano G. Ceñal, al describir a Cangas de Onís, invocaban un trabajo excepcional de D. Alejandro Pidal, el ilustre adalid del catolicismo ultramontano, trabajo en el cual leí con curiosidad creciente estos párrafos, sin acertar a comprender adónde iban, ni menos el por qué me los mostraba mi huésped como preliminar obligado de lo que presagiaba ser una revelación íntima y transcendente:

«... Allí también en Cangas de Onís, vivió largos años el sabio alemán

© Biblioteca Nacional de España

Frassinelli — comenzaban diciendo los colaboradores—. Don Roberto Frassinelli y Burnitz—añadían—nació en Ludivisburg, Wurtemberg, en el año 1811. Emigró a España, y recorrió, estudiándolas, muchas comarcas. En Corao se estableció en 1854, donde falleció en 1887. Fué académico correspondiente de las Reales de la Historia y Nobles Artes de San Fernando, y estaba condecorado con la Cruz de Francisco José de Austria y con la encomienda de Isabel la Católica. Era hombre de vasta y variada erudición; arqueólogo, bibliógrafo y consumado dibujante. Colaboró en diferentes publicaciones alemanas, francesas y españolas, y dejó inéditos importantes estudios y muchas carteras con preciosos dibujos de monumentos, inscripciones, paisajes, etc.

»Alemán por todos cuatro costados — dice de él D. Alejandro Pidal—, vino a España en aquella época feliz para anticuarios y bibliófilos en que los tesoros de la desamortización se malbarataban en ferias y baratillos... Su minucioso y exactísimo modo de dibujar le permitió conservar en verdaderas *fotografías de lápiz* el recuerdo de monumentos arquitectónicos que la piqueta revolucionaria ha convertido en miserables ruinas. Carderera y Fernández Guerra decían que las inscripciones copiadas por Frassinelli, eran más fáciles de descifrar que los originales esculpidos en las antiguas piedras, y las carteras del arqueólogo alemán conservan los restos de monasterios y castillos que descubrió en sus largas correrías a pie, en los más apartados valles de las más remotas montañas y de los que ya no existe ni la más lejana memoria.

»La generación desaparecida ya en los abismos de la muerte—sigue diciendo Pidal—; aquella generación de eruditos y literatos, en la que descollaban Gallardo, Estébanez, Calderón Durán, Pidal, Ochoa, Morante, Hartzenbusch y tantos otros, estimaban en todo lo que valía a Frassinelli, y pocos son los que no legaron a sus herederos, como recuerdo del dulce alemán, algún incunable, alguna tabla flamenca, algún dibujo en que aclaró la borrosa inscripción o la confusa figura labrada por artístico cincel en los siglos medios sobre los monumentos de la patria. Pero si el arqueólogo y el artista eran una notabilidad en su tiempo, arqueología y arte palidecían en él ante el culto ardiente que profesaba a la Naturaleza. Covadonga le enamoró la primera vez que, deslizándose por el angosto y tortuoso sendero que desemboca frente a la cueva, se le apareció en toda su salvaje majestad e histórica grandeza aquel lugar que, según el cronista de Felipe II, «no se podía dar bien a entender con palabras». Allí sentó sus reales, creando en la pintoresca aldea de Corao aquella casa modesta con su jardín primorosamente cultivado y su cueva, aquella cue-

© Biblioteca Nacional de España

va habitada según la tradición por el *Cuélebre* fantástico y sanguinario, y de la que salía al obscurecer, para vagar por su jardín, la gigantesca lechuza domesticada por el sabio alemán para reflejar en sus anchas alas los plateados rayos de la Luna.

»Pero su verdadero teatro eran los Picos de Europa, Peña Santa, Peña Mea, la Canal de Trea y los gigantescos *Urrieles* asturianos. En ellos se perdía meses enteros llevando por todo ajuar un zurrón con harina de maíz y una lata para tostarlo al fuego de la hierba seca, su carabina y los cartuchos. Vino, no lo bebía; bebía agua en la palma de la mano; no comía carne a no ser la del robeco que abatía con el certero disparo de su escopeta y cuya asadura tostaba sobre la misma lata al mismo fuego. Dormía sobre las últimas matas del enebro que avecinan la región de las peñas y de las nieves; se bañaba al amanecer en los solitarios lagos de la montaña, y al recogerse, después de penosa ascensión a los altos picos, se refrescaba revolcándose desnudo sobre la nieve. En las noches de luna trasladaba a su cartera los fantásticos picachos de la caliza, los jirones desgarrados de la niebla, los ventisqueros olvidados entre las rocas, el águila erguida en la peña colosal, el robeco trasponiendo la cortante arista de la cumbre...

»Era, en efecto, un hombre muy original el *Alemán de Corao*, como le llamaban los montañeses, y su originalidad lo mismo se prestaba a la admiración que al ridículo. El respeto a la muerte me veda tratar aquí la parte cómica de sus extraordinarias teorías y aventuras; de sus inverosímiles narraciones; pero sea de ello lo que quiera, siempre será cierto que Covadonga ha perdido una de sus personalidades más características; un extranjero arqueólogo y artista que, enamorado de la grandiosa naturaleza asturiana, renunció a todas las ventajas de la vida para sumir su alma en la contemplación de aquellas bellezas sublimes, que sólo se pueden comprender en todo el encanto de sus misterios internándose y como perdiéndose, allá en los laberintos sin término de aquellas torres de piedra, de aquellos bosques impenetrables, de aquellos lagos solitarios, de aquellas cuevas gigantescas que pueblan aquella región inaccesible a todo ánimo temeroso, a toda planta insegura, a todo espíritu, en fin, menos tocado del amor irresistible al infinito que embargaba al ilustre alemán que acababa de bajar al sepulcro...»

—El pasaje es bien curioso—dije al terminar—; pero, ¿qué diablos hay con todo esto?

—¡Una frioleral—respondió mi huésped—. Que este dichoso Alemán de Corao, muerto ya y todo, está a punto de volverme loco. ¡Ved si hay o no razón para ello!

© Biblioteca Nacional de España

—Cuando hace años, recién publicada *Asturias*, leía yo este pasaje, no pudieron menos de intrigarme en autor tan grave, tan frío y tan ortodoxo como el señor Pidal, las frases que veis subrayadas con lápiz rojo, tales como las que dicen: «... descubrió Frassinelli en sus largas correrías durante cincuenta y tres años, a pie y en los más escondidos valles, ruinas y antiguas piedras de las que no queda ya ni memoria...»; «... todo palidecía en él ante el culto que profesaba a la Naturaleza»; «... allí, en aquella casita de Corao con su jardín primorosamente cultivado—como el de los Adeptos de la quinta invisible de las cercanías de Bombay de que nos habla Olcott en su historia teosófica—y en su cueva, aquella cueva habitada por el *cuélebre* fantástico y sanguinario y de la que salía al obscurecer la gigantesca lechuza por el alemán domesticada...», y sobre todo las palabras finales relativas a «*sus extraordinarias aventuras y teorías, sus narraciones inverosímiles* y *su originalidad que lo mismo se prestaban a la admiración que al ridículo*», parecieron revelarme que, en efecto, el alemán en cuestión era bastante más que un mero sabio académico al uso, y que aquel hombre que de tal modo supo renunciar a su patria y al comercio humano, para vivir nada menos que medio siglo al habla con las entidades astrales y etéreas del áspera Concania solar: *xanas, lavanderas, ñuberus, cuélebres sanguinarios* y *domesticadas lechuzas*, habían podido determinar muy bien la iniciación ocultista de aquel héroe de las investigaciones astures, dándole, con la posesión de la visión transcendente, los secretos de la Magia, a los que alude Proclo el gnóstico cuando dice en su libro primero de *Alcyone* que «las almas grandes se inician por sí mismas: estas almas se salvan, reza el Oráculo.» De aquí lógicamente las extraordinarias teorías y no menos extrañas aventuras y narraciones a las que el bueno de Pidal, en su inocente ortodoxia alude.

—¡Ah!

—Prometí en mi fuero interno, como buen astur y mejor teósofo, hacer cuanto de mí dependiese para completar lo que llamar pudiéramos la segunda parte del panegírico pidalino: la biografía ocultista del mago germano-astur. Al principio me fué imposible enriquecer con nuevos datos las noticias dadas por el católico escritor. Tal cual referencia suelta; algún raro y magistral dibujo de Frassinelli, perdido aquí y allá entre los papeles de algún canónigo ovetense o algún académico cortesano; dibujos en los que no supe qué admirar más, si la exactitud y belleza de los perfiles o el extraño misterio que envolvía a sus conjuntos. Todo esto, como comprenderéis, no es lo que creía tener derecho a esperar: un hombre así no pudo desaparecer de la región dejando tan cortas huellas...

© Biblioteca Nacional de España

—Fuí varias veces a Corao—continuó—, visité, no ya la célebre casita profanada, sino todos los rincones, cuevas, valles y monumentos que hay desde el lago Enol o Cantábrico, hasta la confluencia del Güeña y el Sella, y desde Aller hasta Santillana; pero ni en la sagrada gruta de Covadonga, ni en las profanas de Corao y Contraquil, ni en los dólmenes de Doviena, bajo el templo de Astemio y Fafeila, hoy iglesia de Santa Cruz, cuya exploración dolménica por poco le cuesta el ir a la cárcel al abogado Cortés y Llano, ni, en fin, en toda la Vadinia hasta los Picos de Europa, tantas veces por el alemán escalados, hallar pude nada que mereciese la pena, desde el punto de vista ocultista de mis pesquisas, se entiende. Doquiera, sí, que tropezase con alguien que al extraño alemán hubiese tratado de cerca, obtenía compasivas sonrisas, reticencias mal disimuladas, por la mojigatería religiosa, vaguedades sin cuento, veladas alusiones, en fin, a unas rarezas estupendas y a unas teorías fuera de lo trillado, en religión como en ciencia; pero nada más, sobre todo de los hombres de posición oficial de Madrid, con los que, según Pidal, se relacionase. Ni siquiera pude encontrar en la para otras cosas tan bien conservada biblioteca del Palacio Real, ni rastro siquiera del *Album Monumental Astur* que Frassinelli regalase en persona al propio Don Alfonso doce, y que no hay para qué decir si sería cosa de mérito. ¿Estaría, pues, siendo víctima de un espejismo ocultista? ¿Sería Frassinelli, aquel austriaco-alemán, de apellido italiano de *alerce*, *abeto* o *fresno*—apellido tan mágico como el de los *Fir-bolgs* irlandeses-atlantes—, un sabio más tan sólo entre los cientos que escriben bien y dibujan mejor, pero que son verdaderas nulidades en punto a serios e integrales ocultismos? No podía creerlo y, sin embargo, tampoco podía apoyar en nada real las sospechas, por los párrafos en cuestión, sugeridas. Pasaron años y, para omitir detalles, os diré tan sólo que ya casi había renunciado a saber nada más de mi *Adepto de los Montes Herbáceos*, como yo había dado en llamarle, cuando hallándome, dos años va a hacer, tomando baños de mar en la playa de Cudillero, hete aquí que tropiezo con unos legajos manuscritos, denegridos y comenzados a roer por polillas y ratones en casa de la tía de mi gran amigo Don José Narcés de Soto de los Infantes: *Don Pepitón*, como en una mezcla de diminutivo con aumentativo suelen llamar en el país a aquel mi temible compañero de la infancia, y de quien, para más adelante, os debo una detallada biografía.

—Los legajos en cuestión, aquí los tenéis—añadió Miranda, depositando un grueso paquete sobre la mesa—. Unos están en alemán, otros en italiano y español, alguno hay en latín, y aquí y allá saltan de cuando en cuando algunas palabras y párrafos enteros de otras lenguas sabias, sobre

© Biblioteca Nacional de España

todo del sánscrito, ¡del excelso *devanagari* ó lenguaje de los dioses! Juzgad por vos mismo del alcance e importancia del hallazgo, que estuvo a punto de perderse, envolviendo los dulces de alguna romería.

Estaba atónito. Me arrojé sobre los papeles, la mayor parte en folio y de preciosa letra, con todo el detenimiento que mi ansiosa curiosidad permitía.

—No os molestéis demasiado por el momento—dijo Miranda—. Tiempo tendréis después de examinar. Ahora, oidme. Os diré tan sólo que, devorado, hasta la última tilde, el contenido de los papeles que veis, la conclusión deducida es la de que, entre las mil cosas estupendas de que habla el formidable alemán, figura la de un tesoro considerable, inaudito, tesoro que, a lo que juzgo por el apunte que voy a mostraros, yace enterrado en una cueva vecina a los Lagos de Saliencia en las Montañas de Somiedo.

—Sois, en verdad, paradójico—objeté con noble franqueza—. Si no se tratase de un hombre como vos, no acertaría a explicarme el cómo os permitís hablar con tanta tranquilidad del tesoro en cuestión en vez de haber partido veloz en su busca y para su captura.

—Esa es precisamente la causa de mi perplejidad y de la emoción que poco ha sorprendisteis en mi. Yo soy rico por mí y por mis mayores; yo, como el filósofo, nada deseo ya, ni nada necesito—continuaba Miranda—. Por otra parte, en tales circunstancias y con arreglo a los cánones de ocultismo, que usted no ignora, la posesión de un tal tesoro podría hasta serme funesta, a mi espíritu como a mi vida física. Sin embargo, no os oculto que no sé si hago bien en ello, y que desde poco hace ha comenzado a germinar en mi pecho cierto remordimiento y, ¡vive Dios!, que no es en modo alguno por egoísmo ni codicia.

—¡Claro; el remordimiento de que otro, menos noble que vos, pueda llegar a descubrir el tesoro y emplearle en malos fines, dañándose y dañando también al mundo!

—No sólo eso, sino asimismo el que, en trance de muerte, tendría que destruir estos papeles, precisamente para no legar tal tentación peligrosa a mi propio hijo...

—Y, además, el menosprecio de la ocasión propicia, que ha puesto en sus manos el Destino, de hacer con el tesoro, no la propia felicidad de usted, puesto que ya tiene cuanto puede apetecer en el mundo, sino la felicidad de otros muchos desvalidos.

—Precisamente habéis puesto el dedo en la llaga; pero no sé hasta qué punto...

—Permitidme, amigo mío, que os lo diga sin ambajes. Nada tan terri-

© Biblioteca Nacional de España

ble como el pecado de omisión. En la acción más equivocada y funesta hay siempre algo de grande, de épico a veces, mientras que en la inacción todo es mezquino, razón por la cual Krishna decía a Arjuma en el Bhagabad-Gita, que la acción es mejor que la inacción.

—Juzgáis, pues que...

—Que pecáis más gravemente de lo que creéis prolongando vuestra inacción y vuestra reserva.

—Entonces, yo debo...

—Proceder inmediatamente a la busca y extracción del tesoro ese.

—Y si lo demorase...

—Seríais, así como suena, un criminal ante vuestros propios ojos.

—No obstante, el *karma* del tesoro...

—El *karma* bien claro os dice cuál sea el mero hecho de haber venido a vuestras manos unos papeles que bien pudieron desaparecer o ir a otras manos más peligrosas.

—De modo que...

—Que hay precisión de obrar con rapidez y que desinteresadamente me pongo a vuestras órdenes para la tarea de incautarnos del tesoro, si es que lo creéis factible.

—¡Oh! En cuanto a eso no abrigo duda alguna, como vos no la abrigaréis cuando veáis los antecedentes. No así en cuanto al ulterior empleo del mismo, que es el verdadero caballo de batalla.

—¡Descansad, pues, de esa tarea en mí! Antes de quince días yo os diré el empleo altruísta que pueda y deba darse a ese cuantioso oro—dije, iluminado repentinamente por una idea feliz.

—¿En la virtud y en la ciencia?

—En la ciencia y en la virtud.

—¿Para muchos?

—Para pocos; mas para buenos.

—¿De veras?

—¡Como caballero, os lo juro!

—¡Venid, pues, a mis brazos, generoso amigo! El Cielo os trajo, sin duda, al eclipse del Bierzo. Tal vez sin vos, el sol de mi conciencia interior habría sufrido un eclipse más duradero que el que acabamos de observar: ¡un eclipse eterno!

—¡El Cielo, el Cielo! ¿Quien dudó nunca que del cielo nos viene todo a los hombres, desde la luz y la alegría, hasta el fuego de la inspiración y las normas para nuestra conducta?...

Y nos abrazamos, fuertemente emocionados.

Amanecía.

© Biblioteca Nacional de España

VIII

Noche de emociones.—Los papeles de Frassinelli.—Citas de Lucrecio y de Tindall.—Paracelso y los elementales.—Coincidencias con Blavatsky.—Las indicaciones del tesoro de Somiedo.—*Emite lucem tuam*...—Runas occidentales.—Despedida.

Hasta las once de la mañana estuvimos descansando en nuestros lechos de aquella intensa noche de emociones. Restaurados después de un corto paseo seguido de suculento almuerzo, y, renunciando yo a tomar el tren de regreso a Madrid aquella tarde, me fuí anhelante a la biblioteca para inspeccionar más despacio los papeles del prodigioso Frassinelli. M amigo me facilitaba la tarea solícito.

—Lo primero que nos sale al paso, como veréis—me dijo—, es lo que un ocultista denominaría un completo tratado acerca de los elementales naturales, encabezado, en bellísima letra gótica, con versos de Lucrecio, en su *De Natura Rerum*, alusivos al hecho oculto de que todo en la Naturaleza está poblado de seres, visibles o invisibles, en número mágicamente incontable: los trescientos treinta millones de entes de la literatura védica. Vienen luego unos brillantes párrafos en alemán que bastarían por sí solos para acreditar a Don Roberto de literato consumado: una grata mezcla del estilo de Goethe con el de Schiller y el de Heine, consagrando a este último dulces añoranzas nacidas de aquel gran corazón que debió haber sufrido mucho. Hay intercaladas, además, unas notas gráficas, de tal colorido astral, que habrían sido dignas de Alberto Durero o de nuestro Goya.

Yo, como desgraciadamente no entiendo el alemán, me quedé en ayunas; pero no así de algunas notas en inglés, al parecer del gran físico Tyndall, el hombre de la experimentación y del frío análisis por antonomasia, y que, sin embargo, decían:

«Ojalá ejercitasen un poco más los hombres de ciencia la tan despreciada «imaginación científica» y un poco menos sus cretinas negaciones dogmáticas. Los ensueños difieren entre sí. En ese estado extraño del sér,

© Biblioteca Nacional de España

que, como dice Byron, nos coloca en condición de «ver con los ojos cerrados», con frecuencia percibimos mayor número de hechos reales que cuando estamos despiertos. La imaginación, repito, es uno de los elementos más poderosos de la naturaleza humana o, para expresarme como Dugald Stervat, es el gran resorte de la actividad humana y el principal origen de su progreso. «Destruid esa facultad y el estado de los hombres quedará tan estacionario como el de los animales.» Es la imaginación, contra lo que suele creerse, el mejor guía de nuestros ciegos sentidos, guía sin la cual jamás podrán ellos conducirnos más allá de la materia y de sus ilusiones. Los mayores descubrimientos de la ciencia moderna, en efecto, son debidos a la facultad imaginativa de quienes los hiciesen. Pero, ¿cuándo ha podido exponerse jamás novedad alguna, si una teoría contraría y se opone a otra teoría anterior cómoda y admitida? La ciencia moderna, en fin, toda está integrada por hipótesis momentáneas, fruto de la imaginación científica.»

Volvían los párrafos en alemán, y, a juzgar por todas las apariencias, según Miranda me dijo, se trataba de un como legajo, no muy ordenado, de apuntes para una obra del más titánico de los empeños: algo así como una enciclopedia que se codease de igual a igual, y no es poco decir, con las de Paracelso, Cornelio Agrippa, el P. Kircher o Helena P. Blavatsky. El lector me agradecerá que copie algunos párrafos del infolio:

«Espíritus aprisionados en cuerpos materiales transitorios—decía con Blavatsky—, no conocemos sino una parte ínfima del mundo que nos rodea. La Filosofía Oculta enseña que hay en el Universo multitud de seres de cuya existencia no sabemos nada y ante cuya naturaleza es nuestro entendimiento como un grano de arena en la inmensidad del desierto... Las moradas de los gnomos y demás espíritus de la tierra se hallan en el interior de las montañas, cuyo elemento es como el aire para nosotros. Cada cosa es un ambiente adecuado para los seres que en él han de vivir, y lo que nos aparece como dura piedra y que es impenetrable para nuestros cuerpos materiales, no ofrece obstáculo alguno a los seres de lo astral... Los espíritus de la Naturaleza se hacen exteriormente visibles, y no hay quizá una región montañosa en la cual no se hable de comunicaciones con tales *espíritus*. En las montañas de Escocia, lo mismo que en el Cáucaso, en los Alpes y en la Cordillera andina cual en Asturias, son conocidos estos espíritus, y ninguna sabiduría escolástica, ninguna ilustración vanidosa, puede arrojarlos del mundo. No constituyen una vana fantasía, sino que son seres materiales, aunque la materia que integra sus formas pertenezca a otro plano de existencia.»

© Biblioteca Nacional de España

Luego copiaba este pasaje de Teofrasto Paracelso:

«Lo que el hombre reconoce exteriormente está en la luz de la naturaleza—*luz astral*—. Por encima de esta luz, hay otra luz en el hombre, luz mediante la cual reconoce las cosas genuinamente espirituales. La una es dada al cuerpo; al alma la otra (San Pablo: I. Corintios, XV, 40). Los espíritus terrestres no necesitan puertas ni agujeros; pueden atravesar las paredes y las rocas, y, sin embargo, tienen también carne y huesos y son diferentes de los verdaderos y puros espíritus. Aquellos engendran seres semejantes a ellos, comen, beben, hablan y andan cual nosotros, pero en cuanto a la velocidad de sus movimientos, son como espíritus. Moralmente, son superiores a los animales e inferiores al hombre. Tienen artes y ciencias; trabajan, confeccionan sus vestidos, viven y mueren al modo nuestro, pero no tienen en sí nada inmortal. Así como el hombre viene después de los dioses, ellos vienen después del hombre, y si bien no podemos verlos con los ojos, podemos sentirlos como en ensueño. La masa de que está hecho el hombre, sigue diciendo Paracelso, es una síntesis de todas las criaturas en el cielo y en la tierra, síntesis integrada por su divino Espíritu. Él es, por consiguiente «la quinta esencia de todas las cosas». Su cuerpo es terreno; su alma sidérea, y consubstancial con la Divinidad su Espíritu. En cambio, cada especie de los llamados espíritus de la Naturaleza, gozan de su propio elemento, del cual están formados, sin tener nada de común unas especies con otras, mientras que el hombre posee en sí todos los *elementos* de ellos, combinados... Los espíritus de los bosques y de las montañas, por ejemplo—los *jinas*—, son semejantes a los hombres, y se multiplican como éstos... El elemento en que viven los espíritus naturales es transparente para ellos, y a través del mismo lucen su luna y su sol. Las ondinas tienen formas humanas; los silvanos son más grandes, fuertes y toscos; los gnomos tienen de dos a seis palmos de largo, y no son peligrosos como las ondinas y sílfides; las salamandras son largas y delgadas. Gnomos y ondinas tienen su lenguaje propio; los silvanos sólo dan a conocer por señas lo que quieren, y las salamandras, aunque pueden hablar no lo hacen. Son a menudo poseídas por malos demonios de hombres perversos desencarnados, y entonces cometen crímenes...»

Así seguían largas páginas por este tenor y después un extenso tratado consagrado a los *espíritus naturales* de Asturias: las *xanas*, *hilanderas* y *lavanderas*, el *trasgu*, el *somiciu*, los *ñuberus*, los *busgosos*, los *ventolines*, el *diañu*, el *pedrete*, las *atalayas*, los *espumerus*, la *guaxa*, etc., etc. Por cierto que respecto de las *xanas* venían unos versos en alemán, y luego

© Biblioteca Nacional de España

ya en italiano bajo la música de un *lied* digno de Schubert, versos que, mal traducidos por mí, hallé que decían:

«Vi una vez sola tus ojos de esmeralda, hermosa *xana*, y quedé ciego, ¡ciego de amor! Como la yedra al árbol corpulento, me ceñiste con tus dulces brazos y en ellos resulté preso, ¡preso cual el pajarillo en las redes del cazador!... Luego, en el cristal de tus ojos, dichoso vi reflejarse el cielo ¡ay! y equivoqué el camino, porque engañado por tu espejismo mágico le buscaba abajo, hacia el abismo de la tierra que te alimenta, en vez de buscarle hacia arriba, hacia las regiones donde brilla el sol... ¡Criatura desdichada, segura ruina de tantos hombres buenos, yo te perdono, porque la felicidad de un día, aun soñada, es felicidad, y cuando mañana, tremolando por sobre las vanidades humanas, logre escalar las enhiestas cumbres del saber divino, yo te redimiré, dándote la verdadera inmortalidad que anhelas, y de la que hoy careces, ¡infeliz criatura de perdición!»

—Pero, ¿dónde diablo están las indicaciones del tesoro?—exclamé, víctima siempre de mi dañosa impaciencia cuando hube hojeado con impía rapidez parte de aquellos legajos que bien podrían ocupar la vida entera de un pensador experto—. ¡Nada veo!

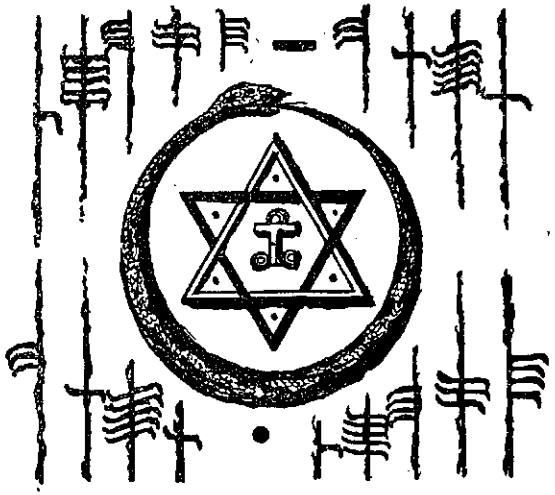
—Como que yacen perdidas entre el *maremagnum* de apuntes de lenguas sabias que poco o nada pueden ser entendidos del primer golpe. Pero la más concreta referencia del mismo es esta curiosa y criptográfica hojita.

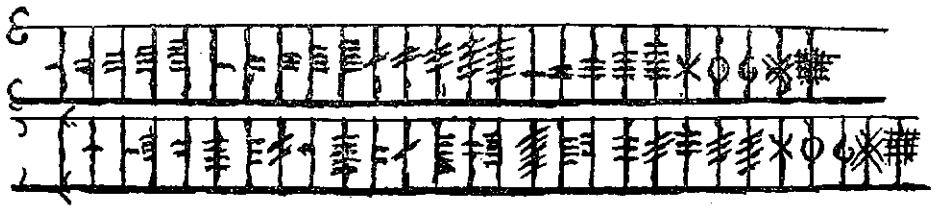
—¿Y decís que...?—repuse perplejo.

—Que aquí están, en efecto, o yo me equivoco mucho, las tales indicaciones.

Era casi para dudarlo, por más que así lo asegurase Miranda de modo tan rotundo, porque era una sola hoja, suelta, denegrida y más maltratada que las demás, y en donde se veía únicamente la verdadera abracadabra cuyo facsímile reproducimos:

© Biblioteca Nacional de España





ADVERSUM MARIS, PLUS ULTRA SINISTRA HORTICE NALONIS, CAVE ALIATA TRASFORATIONE INVENIENTE, INITIUM ERIS.

SECUNDUS SIGNUM IN AULLANENSE PETRA, IN ITINERE CORNELIA CIVITATE VERSO.

TERCIUS, POSITUS EST IN JANUA TURRIS DE SALAS.

QUARTUS EST IN COURIO FRONTE, AD NAHARCEA FLUMINE SINISTRA.

© Biblioteca Nacional de España

ALMURFE-BELMONTIS, IN MIRANDA, EST QUINTUS SIGNUM.

SEXTUS IN VICUS CASTRI, ALMURFE-BELMONTIS-CONJUNCTUS.

IN POLIS SOMIEDO SEPTIMUS SIGNUM INVENIRE POTEST.

SIGNUM OCTUS IN CUETO BONAE-MATER APPELATUR.

NON EGO, SED AHAM, NON AHAM SED LANKA...

MIRAVILIAE ACQUAE LACUSTRES OSTENDENT TIBI SIGNUM DECIM, ET CUM ILLUD FINEM VIAE TUAE. IN HOC AUTEM POTEST INVENIRE THESAURI SIGILLUM.

OMNES DIVITIAE THESAURUNQUE IN CAVERNA LANKA.

—Vamos por partes—opuse—. Yo veo aquí diez u once renglones latinos, mezclados con palabras de otras lenguas, tales como *Aham*, *lanka*, etcétera.

—Renglones que usted, como yo, traducirá perfectamente.

—Más o menos, sí que los traduzco.

—Y convendrá conmigo en que vienen a constituir a modo de una serie de señales indicadoras, algo así como si se nos fuése dando una colección de lugares por su orden, lugares que debemos recorrer para alcanzar el tesoro.

—Convengo en ello.

—Sí, una señal vecina a la ría del Nalón, otras cuatro situadas sucesivamente en Peña Aullán, Salas, el monte Courio sobre Soto de los Infantes, Almurfe, la Riera del Castro, Pola de Somiedo, Cueto de la Buena-Madre, y, al parecer, el pueblo del *Valle del Ajo*, pues este renglón está me-

© Biblioteca Nacional de España

dio borrado y encierra además dos palabras sánscritas, la una equivalente al *ego* latino y la otra al latino *lacus*.

—Debo creerle bajo su palabra, ya que usted, como buen conocedor del país, habrá identificado los nombres de los expresados lugares.

—En efecto es así, y, a mi modo de ver, se demarcan diez jalones sucesivos que, comenzando a la izquierda de la desembocadura del Nalón, acaso en Cudillero, donde sabéis me encontré con los papeles, deben acabar en los lagos de Somiedo, porque da dos veces la palabra *lanka*.

—Pero *lanka* no es palabra de la dulce lengua del Lacio.

—Cierto, pero sí es sánscrita y significa *el lago* o *los lagos*. Recordad si no al famoso rey de Lanka del Mahabharata.

—¿Y por qué los lagos de Somiedo y no el lago de Noceda, el Ausente o el Enol vecinos a las Peñas de Europa, que tantas veces visitara Frassinelli, o bien el vecino lago de Carucedo?

—Porque excluye tales posibilidades la alineación de nombres conocidos, como si con éstos se indicase el itinerario que ha de seguirse, no sé bien por qué, desde el mar hasta la divisoria de León con Asturias.

—*Polis*, tampoco es palabra latina.

—Pero sí griega y raíz del nombre de numerosos pueblos astures, tales como Pola de Somiedo, de Laviana, de Allande, Castro-pol, etcétera.

—Veo con alegría que traducís perfectamente todo el documento.

—Todo, desgraciadamente, no. El renglón noveno, medio borrado, es muy chocante: poniéndole todo en castellano es como si dijese «no yo, sino Yo; no Yo, sino el Lago», juego de minúscula con mayúscula lo primero, cual el que empleamos los teósofos para distinguir el *ego* personal y transitorio, o cuaternario inferior del hombre integrado por sus cuatro cuerpos, físico, etéreo, astral y mental, y el Ego permanente, la Divina Tríada Superior que reencarna sucesivamente y al que en sánscrito denominamos *Atma-Buddhi-Manas*. No sé si digo una tontería, pero he pensado que en tal renglón se alude pues, a algo así como al levantado espíritu altruísta y teosófico que presidir debe en quien haya de encontrar el tesoro, y al mismo tiempo un gentil retruécano alusivo a aquel cuento de *Las mil y una noches*, en el que cierto caballero, al decir de las traducciones europeas, fué rechazado por su dama merced a que había él comido *ajo*. ¡Cosas de Occidente! El tal *ajo* no es sino el *aham* sánscrito, y la dama en cuestión, quien como todas las de los Libros de Caballería no representa sino al Ego Superior del hombre, rechaza al caballero, es decir, al candidato a la iniciación, porque advierte en él aun *aham*, o sea restos de egoísmo... Por otra parte, el *Aham* está puesto aquí, sin duda, por el pue-

© Biblioteca Nacional de España

blo del *Valle del Ajo*, que muchos quieren no sea sino una corrupción de Valle del Lago, y de aquí la palabra Lago que veis rectificando a la de *Ajo*. Admirad, pues, cuántas ideas en cuán pocas palabras, razón por la cual nadie puede ufanarse nunca de haberse apoderado por completo del significado de un texto verdaderamente ocultista...

—Lo que admiro también es el genio maravilloso de usted.

—¡Triste de mí! Qué genio, ni qué nada, si me tengo que confesar vencido ante los simbolismos que rodean al escusón teosófico y los signos que encabezan el documento y que no he podido descifrar, aunque me parecen rúnicos.

—¡Buscad, y hallaréis!, que enseña el Evangelio.

—Como buscar sí que he buscado, más de lo que os podéis figurar, pero ahora os va a tocar el buscar a vos.

—¿A mí, cuya cultura me hace a su lado un pigmeo?

—A vos, que vivís en la Corte, en donde, entre escorias de la más espantosa frivolidad, se encuentran verdaderos tesoros del saber y de la virtud.

—¿Qué tengo de hacer, pues?

—Buscarme un libro, ¡un libro que, de hallarse, daría cien veces su peso en oro! ¡Un libro que me suministrase las auténticas claves *ogámicas*, porque yo sospecho, presiento, sí, que se trata de runas!

—¿De runas escandinavas?

—No. De runas de Occidente.

—¿Y cómo hallar en el madrileño piélago tamaña aguja?

—*¡Emite lucem tuam!*, que se os dice en la Misa.

Con esto terminó nuestra conversación y mi estancia en Altamira. Despedíme con un ¡hasta luego!, salido del fondo de mi alma, de aquella familia *trina* y *una* a cuyo lado fuera tan feliz, y después de otro abrazo al angelical Don Patricio y demás amigos del pueblo de Novoa, recogí mis bártulos y tomé en Ponferrada el correo del siguiente día, que había de restituirme a Madrid y permitirme descansar de la intensa, de la agotadora inquietud intelectual, moral y física que me había mantenido en tensión durante más de una semana en aquel rinconcito tan suave, tan tranquilo, mitad jardín, mitad vandalizado relicario de nuestras ignoradas glorias de otros días.

© Biblioteca Nacional de España

IX

A caza de una joya bibliográfica.—Las librerías de viejo matritenses.—El karma del tesoro gravitando ya sobre mis hombros.—Una visita al caserón de la Real Academia de la Historia.—Opiniones de un jesuíta sabio.—Otra vez la inevitable Vaca.—Tutela búdhica.—En seguro camino de perder el juicio.—Generosidad salvadora.—El hallazgo de la joya.—¡Triunfo definitivo!

Uno de mis primeros cuidados en Madrid, después de tomarme el descanso preciso, fué el de poner en claro mis observaciones del eclipse y recorrer cuantas bibliotecas públicas y librerías *de nuevo y de viejo* enriquecen a la corte de España.

Querría yo escribir un libro acerca de estas últimas covachuelas, que son, a un tiempo, basureros dignificados, criptas iniciáticas y antro de sórdidas codicias. Se han ponderado cien veces los famosos *quais* de París y las apestosas, al par que paradójicamente seductoras librerías que un profano no descubre nunca aunque se dé mil vueltas por las callejuelas de detrás de Nôtre-Dame y del *Barrio Latino;* pero nadie que yo sepa ha sabido cantar las alabanzas de aquestos nuestros rincones del Rastro y las Américas, donde por media peseta comprara, a veces, raros tomos que valiesen mil, y de aquellos otros que matizan las plantas bajas de las calles de la Abada, Mesonero-Romanos, Jacometrezo y Desengaño, si calles pueden llamarse, y donde hombres laboriosos y enérgicos, como mi llorado amigo Gregorio Pueyo, habían sabido alzar una fortuna, siendo, sin embargo, amparo de literatos desagradecidos y malandrines. Calles, donde el bibliófilo puede estar seguro siempre de que ha de encontrar desde el viejo *palimpsexto*, la obra rara y agotada, junto a la piedra-imán para ciertas insulsas operaciones de magia gris no bien definida por imbécil, hasta el Tarot egipcio, perjeñado, por supuesto, en la casa, y cuantos *Dragones rojos e infernales*, *Ciprianillos*, *Libros sexto* y *séptimo de Moisés*, *Grande* y *Pequeño Alberto*, etc., se han inventado para uso de infelices ilusos que

© Biblioteca Nacional de España

buscan aprender la Magia fuera de la única vía legal y sensata: el Amor a la triste Humanidad y la Virtud del Sacrificio, aunados con un estudio sin vista posible hacia la fácil notoriedad ni hacia el billete de banco.

La fortuna, sin embargo, no me acompañó en mis pesquisas, porque las obras acerca de las escrituras rúnicas, muy defectuosas y muy raras de suyo en el mundo, lo son más aún en España, donde, gracias a la persecución religiosa antigua y a la hipócrita mojigatería moderna, que es, si cabe, peor, no han llegado esas *escrituras del diablo*, como alguien las llamase.

Así se lo escribí a mi amigo Miranda, al par que le reiteraba mi gratitud por los favores que me dispensase durante mi estancia inolvidable y le recordaba nuestro pacto de buscar el tesoro de los lagos de Somiedo, aunque careciésemos de tales claves, aquel verano mismo.

—El karma entero del tesoro gravitará sobre mis hombros—le había dicho, ratificando mi promesa de arrostrar todas las consecuencias de índole oculta que el hallazgo y condigno empleo del tesoro pudiese acarrear.

Al mismo tiempo que esto hacía, ponía en limpio media docena de inscripciones romanas que me habían hecho ver los amigos de Cacabelos en la finca de *La Edrada*, junto al Cúa. Con ellas fuíme en seguida al caserón de la Academia de la Historia y comuniqué al bondadoso Padre Fita el resultado de mis pesquisas.

¡Cuál no sería luego mi sorpresa al verlas pronto publicadas en el *Boletín* de aquella docta Corporación con interpretaciones auténticas de aquel sabio alusivas a la *Vaca* famosa que, por vez primera, me chocase en el Bierzo! Me faltó tiempo para comunicárselo a mi incomparable Señor de Miranda, copiándole, sobre todo, la que decía:

«*Tutelae Botugensi Claudius Capito pro salute sua et suorum posuit ex-voto.*» (A la diosa *Tutela Botugense*, Claudio Cápito consagró este voto por su salud y la de los suyos.)

«De esta diosa, *Tutela*—había escrito el Padre Fita—, poseemos tres inscripciones números 2.780, 4.091 y 6.077, que manifiestan ser el renglón segundo (Botuyensi o *Boiugensi*), calificativo del paraje o territorio por la diosa protegida y que se llamaba *Botuga* o *Bótugum*. Recuérdese que un dios pareado de esta *Tutela* y llamado *Bodus*, fué objeto de adoración en Villapalos. Otras lápidas, que se descubriesen, votivas y dedicadas a semejantes númenes, podrán aclarar el misterio de sus formas y significado, tal vez análogo al de Βώδιον (becerro o novillo).»

De las otras tres lápidas, la una nos hablaba de un lupercal *Loveso*,

© Biblioteca Nacional de España

otra de un Jano o *Ianuario Morinis*, y la tercera, de *Isis*, *Isona* o la *Luna*, seguida también de la palabra *arga:*

Tu dea, tu praesens nostro succurre labori
Astrorum decus et nemorum, Latonia, custos,

o, en suma, que en las cuatro joyas epigráficas aquellas y otras de la comarca que hallé ya publicadas, daban vueltas igual que en mi cabeza los nombres ocultistas de *Jano*, de *Moria*, de *Isis*, de *arga*, de la Vaca y de su Becerro, cosas que me tenían casi loco desde el día, no sé si desgraciado o feliz, en que posase mi planta sobre el Bierzo.

Inútil es añadir que me fuí volando a verme con el Padre Fita, que acababa de tomar posesión de su poltrona, como Director de la Academia, sucediendo al polígrafo *Don Marcelino*.

Recibióme mi ya anciano amigo en aquel nada simpático despacho académico de la calle del León, por donde desfilasen tantas glorias históricas, pasadas, ¡ay!, a la Historia ya, y se entabló entre nosotros, pese a las distancias, una controversia curiosa a propósito de los repetidos epígrafes.

—Ya habéis visto, Padre—le dije—, que mis *locas* ideas teosóficas están conquistando lentamente vuestro campo científico, y que esos *Bodhus*, *Bodion*, *Bothuas*, etcétera, que a centenares saltan en nuestra epigrafía, tanto pueden referirse a la Sagrada Vaca iniciática, como al no menos sagrado Buddha o Sidartha Sakya-Muni, sin que esto sea deciros que sea yo buddhista.

—No puedo negaros—respondió con una de esas sonrisas indefinibles tan propias de todo discípulo de Loyola aunque sea él sabio y sea bueno, como sin duda lo era mi ilustre amigo—; no puedo negaros que, después de la obra de Alexandre Bertrand, sobre *Los Druidas y el Druidismo*, hay que dar carta de naturaleza en nuestra Historia ibérica a la epigrafía propiamente búddhica, y que la frecuencia con que decís se presenta el nombre de aquél da no poco qué pensar. Hubner mismo en su *Corpus Inscriptionum Latinarum* y en su *Monumenta Linguae Ibericae*..

—Sí, sí—le interrumpí—; ya he visto en aquel autor aras consagradas a Gotama el Budha, procedentes del Pirineo, y advertido que habla solemnemente de Magia, del culto luni-solar primitivo ario, que fuera Religión al par que Ciencia, de las noches iniciáticas de San Juan y de cien otras cosas semejantes, que habrían horrorizado veinte años hace a todas las Academias, sin olvidar el capítulo de los tesoros con la *Vaca de Gotama* relacionados.

© Biblioteca Nacional de España

—De los tesoros... ¡de los tesoros de ilusos!—exclamó irónico el sabio fraile.

—Sí, de los tesoros naturales, no de otros tesoros, como el célebre de Mario Rennepont—le dije, no sin cierta malicia.

—¡Cuán perverso sois, gran pícaro!—replicó con cariñosa viveza el jesuíta, recogiendo el guante—. Como *no sois trigo limpio* me traeis a colación, con la aviesa intención de exasperarme, aquellas locuras, aquel engendro y libelo del funesto Eugenio Sué. A bien que no lo lograréis, porque...

—No, en verdad, respetable amigo, que no os quiero tan mal que os vaya a recordar con inconveniencia notoria las cosas de *El judío errante*.

—Además, y dicho sea aquí *inter nos*. Ya sabéis que la tal leyenda cristiana del zapatero que insultó a Jesús camino del Calvario y fué castigado a vivir eternamente errante por el mundo, tiene detrás otra, sino más histórica, sí de mayor alcance.

—Me vencéis con vuestra sabiduría, porque no os comprendo, ni poco ni mucho.

—¡Ved al fin cómo os voy a devolver bien por mal! ¿No habéis oído hablar nunca de los *Tuatha de Danand* irlandeses?

—Nunca.

—¿E ignoráis, por tanto, que esta raza mítica es un verdadero judío errante colectivo, que fuera arrojado de Irlanda en tiempos prehistóricos por los *Fir-bolgs*, refugiándose en su país natal, Grecia, donde, en las vecindades de Tebas aprendiera Magia y toda clase de artes adivinatorias; y de Grecia, no se sabe si por el Mediterráneo y por España o por la Escitia gótica subió hasta Escandinavia, donde fundase las cuatro ciudades mágicas de *Falias*, *Morias*, *Semias* y *Flinnias*, para bajar después a Escocia y a Irlanda, y envuelta luego en una niebla mágica durante tres días, derrotar a los *Fir-bolgs* en la batalla de Maytura, y establecer, en fin, su mágico poderío a base de la *Lanza cáurica*; la *Espada encantada;* la *Caldera de la Sabiduría* y el *Lia-Fail* o piedra del Destino de los hijos de Tuirín, que aún sirve para coronación de los reyes de Inglaterra?

—¿Qué me reveláis, Padre?

—No. Yo no os revelo nada, que harto tengo yo con mis sanas ideas católico apostólico romanas. Quien os lo puede revelar es ese libro de mi propiedad, que por casualidad tengo yo aquí, para enviarle a un ilustre hermano en la Orden, de residencia en México, y que lo necesita para sus estudios sobre los códices mayas.

—Permitidme...

© Biblioteca Nacional de España

—Vedle. Pero no os le ofrezco, porque va a ir al correo en seguida.

—El correo para México ha salido esta tarde mismo, y hasta igual día de la semana entrante yo podría hojearle, porque, en verdad, que me habéis intrigado hasta lo sumo.

Faltaba a la verdad como un pillete, dicho sea con rubor, porque lo que me interesaba era, no tanto la lección aquella de Historia, cuanto lo que acababa de advertir, al abrir, al azar, el libro, es a saber: unas láminas con caracteres *ogámicos* idénticos a los del documento del alemán de Corao. Aquel volumen era, en efecto, el célebre de Richard Rolt Brash, titulada *The ogam inscribed monuments in the British Island*, clave segura, a mi parecer, para el tesoro astur... ¡Menudo alegrón que iba a dar con ello a nuestro Miranda!

Nunca las nada nobles artes de la simulación, y más ante un psicólogo tan colosal como el nuevo Director de la Academia, me fueron más precisas. Me desagradaba el hacerlo, pero al par se me mostraban claros en mi imaginación los beneficios que iba a otorgar al mundo si, de algún modo, lograba la posesión del grueso tomo, aunque sólo fuese por breves días.

¿Me conoció el buen fraile mi turbación? ¿Transparentó mis mal disimulados anhelos? No sabría decirlo. Unicamente sé que vi el cielo abierto, cuando advertí que, con paternal ademán, me alargaba el libro, al par que me decía:

—Pues que ya no sale correo para México hasta el sábado próximo, durante esos ocho días podéis llevaros el libro. ¿Palabra de caballero que para ese plazo me le tendréis devuelto?

—¡Mi palabra más solemne!

—Ya veréis en la obra al verdadero Judío Errante, no un hombre, sino un pueblo entero; ya veréis a los mágicos *tuatha* o protosemitas, realizando, con su triste destino, aquella frase bíblica relativa al pueblo escogido y luego deicida... «—¡Peregrino serás en tierra extraña!» ¿Se atrevería usted a dudar de que todos, como ellos, somos peregrinos en este bajo mundo?

. . . . . .

Me despidió cariñoso hasta el otro sábado. Yo, en verdad, no veía las escaleras, ni luego la calle, corriendo veloz a telegrafiar a Miranda la estupenda noticia.

© Biblioteca Nacional de España

X

Tremendo telegrama.—Un hombre de voluntad de acero.—Miranda en Madrid.—De servicio permanente.—El turno minero.—Mi suplicio a lo Tántalo.—En película continua de seis días.—Las trompetas de Jericó.—Triunfo completo.—Memorable conferencia en el Ateneo.

«Urgentísimo: En mi poder libro irlandés de caracteres ogámicos por sólo siete días. ¿Qué hago? Adquisición o prolongación del préstamo, imposible»—había telegrafiado a Miranda. Y tres horas después recibía esta respuesta que me hizo dar un salto de sorpresa:

«Parto en el primer tren. Buscad inmediatamente fotógrafos para las láminas y tenedme preparados tres copistas ingleses y otro que dicte.»

—¡Qué pensará realizar, santo cielo, ese hombre de voluntad de acero! —me dije—. Sin duda copiar el libro: un mamotreto de setecientas veinte páginas, en cuarto mayor, con veinte láminas. Todo ello de aquí a siete días. ¡Imposible!

Pero como el telegrama no admitía réplica y procedía además de un hombre, todo voluntad, a quien me permitiese reconvenir un día acerca del pecado de omisión, no había yo de incurrir en tamaño descuido. Reflexioné, pues, y me dije:

—Siete días; pongamos seis, que restan hasta la devolución del libro, puestos como divisor para setecientas veinte, que son las páginas, nos dan un cociente de ciento veinte páginas por día, o sean, cinco páginas que copias por hora y una cada doce minutos. Esto es prácticamente, imposible... En fin, allá él, que acaso se limite a copiar lo más esencial. De todos modos, cumpla yo como bueno mi cometido.

E inmediatamente me fuí a la Embajada inglesa donde me facilitaron, un poco caros por cierto, los tres copistas requeridos que habían de estar dispuestos a trabajar ocho horas del día o de la noche, según se les exigiese. Recordé también a mi amigo García Gonzalo, que hablaba el inglés como su propia lengua, para constituir, en unión de Miranda y mía, el «otro que dicte», que rezaba el telegrama. Llevéme a casa, además, dos fotógra-

© Biblioteca Nacional de España

fos profesionales que rápidamente fueron tirando triples *clichés* de cada una de las veinte láminas del libro. A más del despacho de casa, monté otro independiente en la sala y un tercero en el comedor para la ininterrumpida continuación de la labor que previa se me venía encima. Dispuse habitaciones para la trinidad Miranda, de padre, madre e hijo; preparé excelente papel satinado de marca holandesa, y todo género de útiles para una rápida cuanto buena escritura, y luego me eché a descansar, agotado, esperando a mi prócer con la satisfacción del deber cumplido.

Esto pasaba el domingo. El lunes por la mañana descendían del tren gallego mi amigo, su esposa e hijo. Un rápido abrazo cordial, pues que la cosa del copiado urgía, y, a todo correr del coche, tomamos el camino de mi domicilio.

—¡Sois buen entendedor, y os habréis portado a maravilla, sin duda, al tenor de mi telegrama!—me dijo Miranda.

—Creo que sí—le respondí con vanidad mal contenida.

—¿Y empezaremos a copiar ahora mismo?

—Perdonad: los fotógrafos gastaron todo ayer, domingo, y hoy, a las ocho de la mañana, el gran García Gonzalo, mi *alter-ego*, habrá comenzado a dictar las primeras páginas del libro, sin suprimir tilde.

—¡Oh, qué bueno sois y cómo me habéis adivinado!—respondió Miranda echándome su brazo por los hombros—. ¡Con hombres así da gusto tener cuentas corrientes de espíritu a espíritu!

Agradecí la lisonja, y le informé al pormenor de la organización proyectada. García Gonzalo trabajaría en mi despacho, dictando de ocho a doce de la mañana al primer copista; luego, de doce a cuatro de la tarde, seguiría yo con el copista segundo, y a esta última hora continuaría la labor Miranda, dictando al tercer escribiente hasta las ocho de la noche, hora en la que hasta la correspondiente del otro día continuaríamos alternando de igual modo, repitiendo de noche los tres turnos diurnos de ocho a doce, doce a cuatro y cuatro a ocho.

—Por supuesto que los relevos se operarían con todo el rigor de los turnos mineros: sin hablar, como los cartujos, y con una puntualidad y rapidez militar, cual si se tratase de renovar la guardia palatina de un monarca, porque no menos merece hoy el dichoso libro—terminé, riéndome yo mismo de mis palabras.

—¡Bravo, bravo! ¡A la obra!—exclamó entusiasmado nuestro amigo.

El suplicio de Tántalo era pálido ante la situación de Miranda cuando, a las cuatro de la tarde, comenzó su turno. Verse junto a un libro que, como bibliófilo, había codiciado hacía tiempo; saber que allí estaban las

© Biblioteca Nacional de España

claves de un misterio, no ya de riqueza material, sino de curiosidad teosófica invencible, y tener que sacrificarse, rígido, en aras de la inevitable disciplina copiadora, sin siquiera curiosearle, si habíamos de tener reproducido el libro para el día de su devolución, y sin volver más hoja que la que dictaba, ni ocuparse del libro mismo mientras le teníamos alguno de nosotros en servicio permanente como el telégrafo o la funeraria, hubiera sido demasiado para otro temperamento que el suyo, dotado «de freno por el vacío, como los trenes», según decía. Hasta fué caso de risa nuestra llegada a casa y entrada en el despacho, donde trabajaban ya, hacía rato, García Gonzalo y su copista. Una mirada de grata inteligencia, una bondadosa y fraternal sonrisa fué todo lo que cambiamos ellos y nosotros. ¡La novísima fraternidad trapense quedaba establecida!

Pero conviene añadir que nuestras respectivas esposas y los chicos sacaron de la situación el mejor partido posible. En franca y terrible rebeldía, visitaron las unas cuantos teatros, cines, iglesias y tiendas, ¡sobre todo las tiendas!, tiene Madrid, y, haciendo una verdadera leva, los otros, entre las gentes amigas y de su edad, sin dejar títere con cabeza en toda la casa, salvo en las habitaciones sagradas de sala, comedor y despacho, cuando, alternativamente y cual la Custodia mayor de la Catedral de Toledo, era pasado en procesión el libro, abierto siempre por su hoja respectiva.

¡Qué semana nos dimos «los seis copistas de Subiaco en el Monte Casino!, como García Gonzalo pintorescamente decía. Llenos de ardimiento en nuestra labor, esperábamos, cual modernos benedictinos, la llegada del momento definitivo en que los números iban a ser letras y las letras números, como en los alfabetos calcidios precursores del Hirakana y Katakana mogoles que fueran base de cuantas lenguas arcaicas se han hablado en Asia, y cuyo origen esperábamos descubrir merced a la prodigiosa clave de los *ogams-craobs*, sistema iniciático de escritura arbórea semejante a la del *acalt* mexicano, lengua en fin, de aquellos verdaderos *jinas* de los Tuatha de Danand, o *boards* encantados del poema osiánico de Eocaild O Flinn, *jinas* que aguardan en Irlanda junto al *Toro Morisco;* al *Cuervo del rey Arthus* y a la *Espada de Amadis*, el momento solemne en que ha de caer de nuestros ojos el Velo de Isis, que, por el pecado de Adán, nos impide verlos y tratarlos como en otros días más felices de la Atlántida, bajo Reyes Divinos o Iniciados, cuando «los ángeles andaban por el mundo y departían con los hombres», según el místico decir del Génesis. Yo llegué a temer por la salud de nuestro Miranda, quien, no contento con sus dos jornadas de cuatro a ocho de la tarde y de cuatro a

© Biblioteca Nacional de España

ocho de la mañana, para dictarse bastante más de las 40 páginas diarias que le correspondían, empleaba buena parte de sus dieciséis horas restantes, robándolas al sueño y al asueto, en estudiar rabiosamente los pliegos de marca holandesa según iban apareciendo bajo la pluma de los copistas. Sin embargo, aquel hombre sin par, aún tuvo tiempo de girar media docena de visitas a sus antiguos amigos del Ateneo, que le admiraban; comprometer con ellos una conferencia sobre los *Tuatha*, asistir a una sesión de la Rama Teosófica y a una representación del drama ocultista de *La vida es sueño*, sobre el que tenía escrito un libro, y concurrir, en fin, a dos audiciones de la Orquesta Filarmónica en el Real, consagradas a Wagner y Beethoven, sus ídolos.

Más emotivo y menos vigoroso yo, tenía mis nervios hechos trizas. Entraba en mis *turnos mineros* con una ansiedad inútil, que casi no me dejaba rendir mi ración de dictado, y hasta hubiera comprometido el éxito, si no fuése porque venía después Miranda «a marcha de expreso por llanura». ¿Imagináis, lectores, lo que es trabajar en estas circunstancias de premura...? Aquella permanente exposición de un libro en la *película continua* de las ciento sesenta y ocho horas de la semana, traía a mi memoria las terribles trompetas de Josué, que, con su vibración unísona y enérgica derribasen las murallas de Jericó, y también aquellos experimentos, hechos en Norteamérica, de derribar un edificio bajo la vibración, sostenida por horas y días, de una sola nota de violín; o en fin, aquellas mágicas copas de purísimo cristal de Bohemia, rompiéndose instantáneamente, por sólo la simpatía telepático-vibratoria, al sentirse heridas, a distancia, por *su nota musical propia*, alma entera de su vítrea vida. Yo tenía ya calentura y ni comía ni bebía.

Pero el triunfo fué completo. A las diez en punto de la mañana del sábado, tres horas antes de la calculada, García Gonzalo ponía el *Finis* al trabajo, lanzando un estruendoso *¡eurekal* Yo tomaba veloz un coche, y en brevísima entrevista de gratitud, ponía en manos del anciano Padre Fita, el dichoso libro que literalmente estaba *incandescente*, cual los émbolos de la máquina de un transatlántico después de navegar de un tirón un mes entero, ya que no en vano había sido copiado, fotografiado, estrujado, leído y aprendido en siete angustiosos e inacabables días.

Nuestro amigo Miranda coronó su obra con un par de conferencias en el Ateneo, que causaron época en los anales de la Historia y la Filología, bajo el tema de *Un folio del Códice ogámico de Ballymote. Los numerales gaedélicos y los orígenes matemáticos del Alfabeto*. La ciencia estrecha de filólogos y Academias estaba de pésame, pues recibía mortal he-

© Biblioteca Nacional de España

rida de nuestro sapientísimo teósofo, quien, en tres horas de disertación elocuente, nos había fascinado haciéndonos la historia entera de los periplos increíbles de los *Hua-ta de Diana*, como él los llamaba, verdaderos *Judíos Errantes* a través de cuanto mundo no se hundiese con la Atlántida. Con tal base había hecho desfilar ante nosotros la necromante silueta de los *Fir-bolgs* o «rifeños, prehistóricos europeos», sus antecesores y rivales; la lunar y post-ciclópea raza de los pueblos cretenses y milesio-egipcios de Micenas, Tirinto o Atreo sus sucesores, y toda la literatura de los bardos druídas primitivos en los que se inspirasen los portentosos argumentos del drama musical de Wagner, desde *El buque fantasma* y *Lohengrin*, hasta *El Anillo del Nibelungo* y *Parsifal*, pasando por *Tanhaüser* y *Tristán e Iseo*. Menéndez y Pelayo, que por aquel entonces agonizaba en su tierra natal, habría recibido con ello, si le hubiese escuchado, una gallarda rectificación teosófica contra su mal disfrazado odio a todo esfuerzo que transcienda a Ocultismo Oriental y Magia, odio revelado en su obra poligráfica, admirable, por otra parte, en su erudición y riqueza informativa, que más parece la de una Corporación que la de un hombre solo.

La obra de Rolt Brash desarrollando sus fecundos gérmenes en tierra tan fértil, como la mente del Señor Don Antonín de Miranda, o *Helios*, su pseudónimo ocultista, amenazaba, cual el grano de mostaza evangélico, ir a cubrir bajo sus ramas al mundo. Los famosos cuadernillos de marca holandesa, con sus correspondientes láminas, se habían transformado en un gruesísimo tomo encuadernado en oro y tafilete con mimoso esmero, cual preciada alhaja elaborada por nuestras angustias, y había pasado al maletín de viaje de nuestro sabio, quien, triunfador de todo y de todos como dueño y vencedor de sí mismo, tomaba de allí a dos días el tren gallego con su familia, para disponer, en la tranquila Altamira, las últimas cosas conducentes a nuestra magna empresa de los pavorosos lagos de Somiedo y de su tesoro, que ya teníamos en la uña, como vulgarmente se dice.

© Biblioteca Nacional de España

XI

Preparativos para la empresa.—Carta memorable.—Clave numérico-literal.—*Vicus-Tara, Tara-Vicus*.—El itinerario.—*Anguis in herba*.—Gracejo genuinamente andaluz.—La región leonesa.—El Castillo templario de Ponferrada.—Los mártires primeros de nuestra independencia.—El puerto y brañas de Leitariegos.—Rapaza, símbolo de toda una raza augusta.—El Narcea y el Monasterio de Hermo.—El primer geólogo astur Conde de Toreno y la Cueva de Sequeiros.

Quince días después de las escenas anteriormente narradas, o sea a mediados de Junio, y bien pertrechado para el tremebundo viaje que me esperaba, tomé el tren gallego en la estación del Príncipe Pío y, dejando atrás el Madrid novísimo de mi barrio y el Madrid de los Austrias que aún se ve desde el Palacio de Oriente por el paseo de la Virgen del Puerto, calle y puente de Segovia, y pendientes por las que se sube al viaducto y a las Vistillas, volé a reunirme con mi amigo, que me esperaría en Ponferrada con su *auto* para penetrar en la Asturias tenebrosa por la carretera de Ponferrada a la Espina.

Mientras el tren remontaba jadeante la granítica y austera Sierra del Guadarrama, yo repasaba entretenido la última carta que Miranda me había escrito, carta atrayente y genial, como todas las suyas.

«Hemos triunfado, triunfado en toda regla, como suele decirse—me escribía—. El acróstico de los dos primeros renglones, que no habíamos podido descifrar en el documento, constituyen la clave numérico-literal *ogámica*. En esta clave el primer renglón son los números de la veintena—del *cempohualli nahoa*, que un arqueólogo mexicano diría—números formados por tracitos o *ramitas de árbol* y de aquí su nombre de *ogams-craobs*, es a saber: del 1 al 5 inclusives con sus tracitos correspondientes a la izquierda; del 6 al 10 con los mismos a la derecha; del 11 al 15 con otros transversales, pero oblicuos, y con tracitos transversos, pero perpendiculares del 16 al 20. Los cinco últimos signos tienen la significación como decenas. Repase, pues, la reproducción fotográfica que le saqué del docu-

© Biblioteca Nacional de España

mento de Frassinelli y advertirá con asombro que el segundo renglón que yo siempre consideré numérico, aunque me daba una enorme cantidad de veinticinco cifras—ya sabéis que el millón lleva siete—componiendo un guarismo que casi no tiene realidad posible, es la misma clave numérica, hecha ya literal. Las correspondencias entre las dos claves son las siguientes, según el libro de Rolt-Brash que tuvimos el acierto de copiar:

Números.	Letras.	Nombre primitivo,	Nombre inglés.	Nombre español.
1	B.	(Beith)	*Birch*	*Abedul*
2	L.	(Luis)	*Quicken*	*Espino*
3	F.	(Fearn)	*Alder*	*Aliso*
4	S.	(Sail)	*Sallow*	*sauce*
5	N.	(Nin)	*Ash*	*fresno*
6	H.	(Huath)	*Hawthorn*	*acerolo*
7	D.	(Duir)	*Oak*	*roble*
8	T.	(Tinne)	*Holly*	*acebo*
9	C.	(Coll)	*Harl,*	*lino* o *yaro*
10	Q.	(Queirt)	*Apple*	*manzano*
11	M.	(Muin)	*Vine*	*vid*
12	G.	(Gort)	*Ivy*	*yedra*
13	Ñ o NG.	(Ngedal)	*Broom or Reed,*	*escoba*
14	Z o ST.	(Straif)	*Blackthorn*	*endrino*
15	R.	(Ruis)	*Elder*	*saúco*
16	A.	(Ailm)	*Fir,*	*abeto* o *pino*
17	O.	(Onn)	*Furze,*	*árgoma* o *aliaga*
18	V.	(Ur)	*Heath,*	*brezo* o *urce*
19	E.	(Eadad)	*Aspen,*	*álamo temblón*
20	I.	(Idad)	*Iew,*	*tejo*
21	EA.	(Eabad)	*Aspen,*	*álamo blanco*
22	OI.	(Oir)	*Spindletree,*	*boj, bonetero*
23	VI.	(Villean)	*Woodbine,*	*madreselva*
24	IA.	(Ifni)	*Gooseberry,*	*grosellero*
25	AE.	(Amhancoll)	*Two coll,*	*pinsapo*

»Las 15 primeras son las consonantes, *taobomna* o *side trees;* del 16 al 20, las vocales, *feadha* o *trees.* Los cinco últimos son diptongos, de los que el primero EA equivalente a la X y el segundo OI, son exóticos, y se los ha llamado *forfeada* u *over trees.*

»Ahora comprenderá que estábamos en lo cierto al sospechar que nues-

© Biblioteca Nacional de España

tro *Maestro de los Montes Herbáceos*, nuestro iniciado en *Dionysius* y *Hermes*, había seriado las diez indicaciones sucesivas para llegar del mar a la montaña donde yace el tesoro, poniendo el respectivo numeral *ogámico* a su cabeza.

»Sólo queda, pues, una pequeñez por aclarar, pero que acaso pueda darnos algún ruido, y es la leyenda que campea sobre el sello salomónico o de nuestra Sociedad Teosófica, y que, traducida, dice:

VICUS-TARA. TARA-VICUS.

»Sin duda alude a algún *vicus, castro* o poblado romano, que en tal caso debemos encontrar en las alturas de Somiedo, vecino a los lagos de Saliencia y a la cueva del tesoro; *vico*, cuyo nombre celtibérico primitivo sea el de *Tara*, tan común en la prehistoria ocultista para designar lugares mágicos o iniciáticos, tales como la mágica capital de Irish, Hibernia o Irlanda, junto al actual Dublín y, sin contar cien otras más, nuestra propia *Tara-mundi*, del río Eo o IO.

»Asegurado tenemos, pues, el éxito, y como la estación no puede ser más propicia, os esperaré en la templaria Ponferrada, para penetrar en el Principado por Leitariegos, en derechura a Cangas de Tineo, Pola de Allande, la región de Grandas de Salime, Pesoz y los Oscos y, por la Garganta de la Bobia, caer en Castropol, donde nos embarcaremos para Cudillero. Hubiéramos podido, en rigor, ir directos de aquí a Somiedo, por Laciana y la Babia; pero no habríamos seguido así las señales indicadoras; también podríamos evitar el gran rodeo que vamos a dar, siguiendo desde Corias, Narcea abajo, por Tineo, y después a Salas; pero dejaríais de conocer entonces esa misteriosa región occidental del Navia y el Eo. Además, en previsión de alguna otra huella o indicación de nuestro sabio en la región costera, he creído adivinar vuestros gustos disponiendo el viaje en algún patache o algún vapor costero, si le hallamos, mientras enviamos por tierra, con igual fin de exploración, a mi camarada de la infancia, Pepe Narcés, de quien ya os he hablado varias veces, pues que él conoce como nadie aquellos pueblos.

»Después, ya sabéis el resto del itinerario. Buscar *in ore Nalonis* la indicación primera, y en Peñaullán y Salas las dos siguientes. Hundirnos luego en la sima donde se asienta mi casa solariega de Soto de los Infantes, tomándonos allí unos días de ocupado descanso y, en fin, atravesar el concejo de Miranda, Pigüeña arriba, hasta penetrar en el sublimemente pavoroso Somiedo y sacar a la luz del día *el estupendo tesoro cuyo karma gravita por entero sobre los hombros y la conciencia de usted*, según lo

© Biblioteca Nacional de España

convenido, si quiera no sea pequeño el que me toca a mí, que fué «quien trajo las gallinas».

»Y por ahora no puedo anticiparle más, con objeto de que todas las impresiones resulten completamente virginales. La expedición llevará un buen material e instrumental, a base del barómetro de altura, cámaras fotográficas, *lujoso* vestuario, apto para diversos climas, y una gran tienda de campaña para cuando nos instalemos junto a los lagos.»

Aquí la carta se interrumpía, como si hubiese sido llamado a otra parte quien la escribía; pero una mano cruel, indudablemente femenina, se había aprovechado, sin duda, de la interrupción, poniendo a renglón seguido estas impías frases:

«*Por si llueve* (cosa nada frecuente en aquella paradisíaca región, cuna y prez de la *roña*, la *morriña* y la leche agria), conviene traiga usted una escafandra, zancos de altura y un dirigible para poder salir incólume de Soto de los Infantes. Tampoco estarían de más algunas cajas de bismuto de *Vivas-Mario muchos años*, porque me figuro que si sale usted con bien y con vida del ajetreo que le va a dar el gran Antonio primero, no le mata ya ni Belmonte, el torero. Raras veces dan en Soto, y en otras partes no menos limpias... *de conciencia*, unos entripados por mor de la sidra, en los que no hay tiempo de llegar con calma a la *Grieta del Azufre*... Dígale, pues, a su esposa y mi amiga que le prepare lo necesario, aquello mismo que los niños de pecho jamás excusan, y de paso le refuerze las traseras de los pantalones para cuando tenga que trepar, si no prefiere vestir una zamarra y zahones, como sus buenos paisanos los pastores extremeños que van los veranos a Somiedo... ¡Ah! Lleve también un cuentamoscas, pues que en muchos lugarcejos de las Asturias van bien con todos los manjares. No diga después que no se le advierten los peligros antes de llegar al Burgo de los Dioses de Somiedo, vulgo picos de la Bobia y Cueto de la Buena Madre...»

¡Oh, pluma pérfida!—exclamé sonriendo—, compañera y amiga de aquella otra mano de mi *costilla* que en Madrid quedaba también *muerta de envidia* porque tampoco la llevásemos.

Todos los sabios o los que pasan por serlo, son egoístas, había dicho, y casi tenía razón, sobre todo si hubiese añadido: «*el ciento diez por ciento* de las mujeres son frívolas». En el porcentaje restante, dado que alguna restase de tal *imaginaria* matemática, era de justicia el incluir a nuestras consortes respectivas... ¡Otra vez sería!

Interrumpí la lectura de lo poco que quedaba de la carta de Miranda para dirigir una mirada al ascético paisaje que recorría, y que doquiera

© Biblioteca Nacional de España

nos habla del misticismo de *la doctora* de Avila, de la sublimidad iniciática de aquella vieja raigambre castellana, que comenzara a decaer a la muerte de Isabel la Católica, cuyo castillo de la Mota acababa de perfilarse un instante al cruzar por Medina del Campo. Luego, Valladolid, patria de Felipe II y antes cadalso de Don Alvaro de Luna... Toda la Castilla del medioevo surgía en mis recuerdos con aquellos nombres tan clásicos de las estaciones dejadas atrás: Mingorría, Sanchidrián, Adanero, Arévalo, Gómez-Narro, Viana, Dueñas... Quedéme, más que dormido por sueño, abismado en la nada de lo que fué y no es. ¿Qué es hoy, en verdad, sino un sueño la epopeya de nuestros gloriosos recuerdos?

Al despertar, miré fuera. Había ya luz de día, y León, la de la romana *Legión séptima gémina*, con las agujas gótico-primitivas de su Catedral, la del millar de vidrieras polícromas, hermana de las de Amiens, Burgos y Reims, se despedía de nosotros, mirando marchar el tren por encima del plateresco Hospital de San Marcos, mientras que, por la derecha, se separaba la vía férrea directa de Asturias, vía que penetra por el valle de Lauciana, entre cuyos taludes, al final ya muy abruptos, de las Somañas leonesas, se halla el triste rincón de Busdongo y la serie ininterrumpida casi de los 95 túneles que, con el típico de *La Perruca* a la cabeza, llevan, por Pajares hasta la capital del Principado y hasta Gijón, la perla del Cantábrico. Breves horas después, el tren se detenía en Ponferrada, y yo caía en los brazos de mi amigo, de quien me parecía hacía un siglo que me separase.

—Vamos a almorzar con los Templarios, en su propio castillo matriz—fué lo primero que me dijo, después de los leales cumplimientos de rúbrica; y sin demora comenzamos en el automóvil la subida a la población, desde cuya calle principal se llega muy suavemente al gallardo monumento vetusto, llave del Sil y de la entrada de Galicia:

> Castillo que recuerda del Templario
> la antigua institución, como ninguna
> en esplendores y en grandeza rica
> y de inmenso poder, que al fin en humo
> ambiciones de papas y monarcas
> hicieron convertir,

según ha cantado Alfredo Agosti en pasables versos.

Desde los altos y denegridos cubos de aquel propugnáculo ceñido allá abajo por la plateada serpiente del Sil, con todo el panorama bercense a los pies, y en torno el augusto anfiteatro de la lejanía que separa aquel Tibet, aquella Tebaida española, de las tierras de León, Galicia y Asturias,

© Biblioteca Nacional de España

nuestras miradas se sentían atraídas, no hacia la grandeza infalsificable de aquellos restos que desafían por igual a la barbarie de los hombres y al estrago de los siglos; ni hacia la *Tau* misteriosa del escudo templario, bajo la que campea el «Deus mihi custos, et ego disperdam inimicos meos» de su divisa guerrera, sino a la ermitita del nevado pico de la Aquiana o *Jiana* de que antaño me hablase Miranda y que marca matemáticamente el Sur... Allí, sobre aquellos inaccesibles ventisqueros halló un asilo en su ancianidad el último templario; el trovador y cabalista Don Alvaro de Bembibre, hebreo cristianizado acaso, como los que alzasen antes la sinagoga de su feudal señorío; personaje misterioso sobre el que convendría hacer un estudio ocultista...

¡Oh, santo rincón de la independencia cántabro-astúrica!—pensé—. Todavía parece escucharse entre el bullicio de paganas fiestas de *danza prima* aquel canto épico bilingüe estampado en la obra de Ramón Alvarez de la Braña, *Galicia, León* y *Asturias* (Coruña, 1894), canto que es el primer balbuceo del romance castellano del siglo XII, celebrando los numantinos heroísmos de aquellos montañeses hijos de las gloriosas razas solar y lunar del Mahabharata, alzados contra el infame cesarismo romano que acabase con todo el ocultismo iniciático de Iberia y de las Galias:

¿Do foron os homes
fillas et peculio?
intra nostras cobas
do monte Medulio.

—

E poi o Romao
a morrernos veu,
morran elos, canes,
n'as cobas Momao.

—

Na monte Biobra
campan nos homes,
et porque sunt poncos
nengun aló sobra.

—

Auxiña Pomares
fortes nos fecimos,
e cum os paxares
nos queimaron vivos.

—

Intra nostras cobas
e intra os hortos
quedaron os homes
tooitiños mortos.

—

E nostras mulieres
e as nostras fillas
queidaron ¡coitadas!
tooiñas cautivas.

—

E aquelos loubos
do quer las mordian,
e elas ¡poubriñas!
xemían... xemían.

—Se ha hecho justicia histórica al supremo esfuerzo realizado en Covadonga, por haber sido el alma de nuestra reconquista contra los árabes —dijo Miranda—; pero ni en los libros ni en la poesía se ha celebrado, como merece estotro esfuerzo sublime, epílogo de más de doscientos años

© Biblioteca Nacional de España

de lucha contra el romano despotismo por haber sido nuestra península el primer país invadido por las águilas romanas y el último en ser sojuzgado por ellas.

¡Héroes contra Roma, desde su *Cornatelluris*, la de las vascas lumbreras mortuorias del *Ill arguia*, héroes contra árabes y berberiscos, desde Covadonga; héroes siempre estos naturales, en ningún país podía tener más arraigo la Orden del Temple, gloriosa custodia del *Graal*, es decir, de la Copa de la iniciación oriental, bajo el piadoso pretexto cristiano de proteger los caminos de hacia Compostela, Roma cristiana occidental y perla de la Galo-Grecia, caminos recorridos por aquellas gentes que viniesen de los últimos confines del mundo, siguiendo la trayectoria que les demarcara desde los mismos cielos la pagana Vía-Láctea, a partir de entonces *Camino de Santiago*, porque extendía de Norte a Sur primero su polvareda de estrellas y de Este a Oeste después, cual también acaecía en el camino mismo seguido por los romeros del Apóstol!

Sentados nosotros tras las almenas del torreón más alto, que cae a plomo sobre el hondo Sil, experimentábamos cierto reparo de satisfacer necesidad tan prosaica como la del alimento, allí mismo donde en los siglos XII y XIII flotase al aire el glorioso estandarte partido diagonalmente en blanco y negro, *lábaro* el de más filosófico simbolismo, pues que representaba con su triángulo blanco la pura luz solar o del gnóstico Verbo que es *lumen de lumine*, y con su contrario triángulo negro, bien las tinieblas de lo Absoluto, bien el eterno contraste en el mundo, de la Obscuridad contra la Luz, en integrado sello salomónico. Blanco de luz sintética y negro de sintética negación de todo lo sensible, sin llevar otro color alguno, porque es sabido que, por grato y dulce que el color resulte para nuestro sensualismo, él no es sino la desintegración, la muerte de la áurea luz del Sol y la formación de otra luz ya aquí materializada por los cuerpos sobre los que incide, cuerpos que al refractarla y reflejarla, se coloran con innumerable policromía, según acaba de descubrir nuestra Física.

Recorridos los más ínfimos rincones del extenso castillo, admirando los no mal conservados torreones que flanquean la entrada, unos del siglo XII y otros ya del XIII, y consagrado un recuerdo piadoso al gran Jacobo de Molay, quemado a fuego lento por Felipe *el Hermoso*, y cuya reencarnación auténtica parecía serlo mi esforzado amigo, emprendimos raudos la ascensión al puerto de Leitariegos o *Lecheros*, «*los sadhus* de la leche de la Vaca» al buen decir ocultista, no sin antes tender embobados la vista por todo el panorama y seguir con la mirada los álamos de aquella carretera de Villafranca, en la que se dibujaba, dos leguas más arriba, el

© Biblioteca Nacional de España

verde macizo de Cacabelos. Allí estarían nuestros amigos, nuestros camaradas del mes de Abril, cuando el eclipse.

Dejando atrás a Villablinos o «Villa-de-Albinos», *la Jiana* y el Campo de la *Utana* de Río Obscuro, célebre por sus *fogatas*, y antes de que franqueásemos el elevado puerto astur para caer en Brañas de Arriba, la capital del concejo de Leitariegos, ya venía dibujándose a nuestra izquierda el picacho de Arbas con sus 1.450 metros de altura, a la sazón sin nieves, *cueto* como dicen en el país, que se continúa hacia Poniente con el de Navaliego, la Sierra de Gúleo y los Ancares, formando el terrible antemural astur, que se hunde por el Norte de un modo rápido, caótico, destrozado en un millar de valles tristísimos, en cuyas laderas el hombre no puede sentar su pie sin peligro de despeñarse, y donde hasta las aguas tienen que abrirse su camino entre las rocas cuarcíticas, antes de incorporarse las más occidentales a la cuenca del *egipcio* río de *Ibias* o «Ibis» y las más orientales al *persa* río *Narcea*, al hebreo *Naharcea* o río impetuoso, «y al Naviego», más acá de la Sierra de Rozamarela o «Roza-amarilla», amarilla por sus pajuelas de oro...

Yo estaba hondamente impresionado ante la rudeza de paisaje lunar de aquel roquizo panorama de la Asturias tenebrosa. Los primeros metros de descenso desde el puerto parecía iban a precipitarnos a un abismo, y me causaban esa sensación escalofriante que a veces se experimenta al bajar a una mina, los metros siguientes nos llevaron luego hasta junto a mansos pradecitos, donde apacentaban dos o tres puñados de ovejas, custodiados por una gentil rapaza, que vimos un momento junto a una curva de la carretera. Miranda, haciendo caminar despacio al automóvil, me dijo:

—Ved el primer tipo representativo de mi amado país. Ved la joven asturiana cuidando el ganado familiar de sus ovejas y *vaquinas roxas*, *torga* y *garabata* al lado; *madreñas* en los pies, *pañuelo de terruca*, reatado en gorro sobre su linda cabeza de *xana; dengue*, ya muy usado, ciñendo airoso su abultado pecho, y falda corta de estameña, que cuando aquélla sea vieja y viuda, le servirá de cobijo para ir a la iglesia... ¡Yo te saludo, mujer augusta, mujer símbolo de una raza entera, que en épocas prehistóricas diera al mundo emigrantes para Escocia, Inglaterra e Irlanda, después de haberlos dado para el resto de la Península; raza fecunda que poblara luego con gentes laboriosas y humildes las regiones arrancadas al poder agareno, y desde hace cuatro siglos es por sus hijos el alma y el núcleo de la población argentina, cubana, y en fin, de todo el Nuevo Mundo, donde el español es más de una vez llamado, por antonomasia, asturiano

© Biblioteca Nacional de España

o gallego...! ¡Nada más fácil que reconstituir con la imaginación todo tu panorama familiar, rapaza!

—¡Reconstruídmele, poeta, reconstruídmele!—repuse.

—Nada más fácil, ni más prodigioso—replicó Miranda el intuitivo—. Su abuelo reposará, sin duda, tomando el sol junto a la *corrada* y recostado contra los pegollos del *hórreo*, de toda una larga vida de noble y maltratada bestia que allá en Madrid llevase sin desarmar, cual nuevo Sísifo, enormes cargas a cuestas. La abuelita, que pasará de los noventa años, aún trabajará de vez en cuando, por no aburrirse, con el *argadillo* o devanadera, esotro símbolo también, con su desigual girar, de *arga*, la *plateada* Luna. La madre de la *mocina* servirá de tabernera, estanquera, posadera, mandadera, fregatriz y cien otros buenos oficios en la *chavola* de la encrucijada arrieril por donde ha de pasar forzosamente quien a las Asturias baje o hacia Castilla suba, sin que su vida honrada y laboriosa la salve sin embargo de la picaresca musa que embustera ha cantado:

Mocinas de las Brañas,
quién *vus* mantiene
los pillos arrieritos
que van y vienen.

O aquello otro de:

Las moucinas de la braña
dan la cheite a los chavales
y van diciendo pa casa:
mamáronlo los *tenrales*.

El padre de la *nena* estará aún en la Habana—toda Cuba es *La Habana* para los del país—trabajando en negocios limpios o *grises*, que pronto habrán de enriquecerle para que pueda retirarse orgulloso a una de las *Villas* de la costa, mientras los dos hermanos mayores de *Maruxa* sirven en Buenos Aires—que es asimismo para ellos la Argentina toda—a reyes del oro que los tratan a patadas, por no haber consentido aquéllos, en su rebeldía indomable de verdaderos cántabros, en someterse a esas universidades del pobre que se llaman cuarteles y en ellos «servir al Rey» casi nominalmente. En cuanto a las otras hermanitas de la brañil pastora, sirviendo están asimismo en Madrid y devorando durante toda la semana las nostalgias de la *terruca*, a cambio de solo un momento de felicidad quincenal pasado bailando con cargadores y soldados en la Fuente de la Teja, como antaño bailasen en la *Pascua del Bollu* en la Virgen del Puerto... Ante misterio tal del espíritu emigrador, en fin, que forma la entra-

© Biblioteca Nacional de España

ña misma de esta raza, inestudiada aún por los etnólogos, no cabe, no pensar, sino admirar una vez más el portentoso juego de las leyes históricas, que hacen de este país, cual antaño de Germania, un verdadero laboratorio de gentes, y en justo homenaje a ellos, cantar con Balart, el poeta:

Fuertes asturianos,
bellas asturianas,
prole fiel de aquellos
que con noble audacia,
tras de siete siglos
de ásperas batallas,
desde Covadonga
fueron a Granada:
¡Dios bendiga el suelo
que, con noble savia,
generoso cría
tan potente raza!

Unos momentos después dejábamos el vehículo frente a las Brañas de Arriba, antiguo y solitario pueblo de Vaqueros, *capital* de todos aquellos contornos, con su buena veintena de vecinos, recostada, hundida en aquel circo lunar, sin más campo cultivable que una angosta faja de terreno robada a los alpinos matorrales aquellos, no lejos del sitio donde, según el simpático historiador astur Padre Carballo, riñesen fiera batalla un día los suevos galaicos con los vándalos astures.

—Nos aguardan dos hombres del país con robustos mulos de montaña—me había dicho mi guía—para hacer una visita al *Monasterio de Hermo*, donde tiene sus fuentes el Narcea, y a sepultarnos en la *Gruta de Sequeiros*, hermana de las de Seleño y Fresnedo, y admirablemente descripta por Don Joaquín Queipo del Llano, primer Conde de Toreno. En rigor hubiéramos podido ir al Monasterio por el puerto de Naviego, para caer directos hacia las fuentes del Narcea, pero la distancia a la carretera habría sido mayor y no hubieseis visto las Brañas de Leitariegos.

—Seguro de ir mejor, no tengo otra voluntad que la vuestra—repuse.

Y sin detenernos, porque el tiempo apremiaba, empezamos a subir por un camino inverosímil, una senda de perdices entre tobas cuarcíticas, brañales cerrados de árgoma, piornio y giniesta, y robledares que acababan de abrir sus iríseas y aterciopeladas yemas, mostrándonos ya sus tiernas hojuelas de crema y rosa. Yo apenas podía atender a la selvática naturaleza preocupado con que el *macho* no diese algún paso en falso, que comprometiese mi integridad física. Se trataba nada menos que de remontar por la orilla izquierda de la torrentera de Corros, que en verdad no tenía orilla alguna; subir junto al Pico del Gato, pico émulo casi del de Arbas donde dudo hasta que pudiese subir ningún felino; contemplar el panorama de todo un caos geológico de cortaduras silúricas; ganar el *Reconco* en la Sierra de Canillas, cosa equivalente punto menos que a la frase de «ga-

© Biblioteca Nacional de España

nar el cielo» de los cristianos y luego bajar, o despeñarse que es lo mismo, a lo más profundo de aquel valle, a los praditos vecinos del Monasterio de Hermo o de *Hermes*, en la ribera derecha del Narcea, que allí no es sino un riachuelo diáfano, despoblado y solitario, rico ya, sin embargo, en truchas. La célebre *Gruta de Sequeros* o *Sequeiros* estaba allí enfrente, aguardando nuestra visita.

—Almorzamos simbólicamente esta mañana con los Caballeros del Temple; pero puede que en las profundidades de aquel antro tengamos el honor de cenar efectivamente con ellos—me había dicho, entre jocoso y solemne mi gran amigo.

De todo le creía capaz, ciertamente, a aquel verdadero *chela laico* de las escuelas de Oriente. Tras la imponente silueta mágica de la divina Blavatsky y de nuestro novísimo ídolo el Alemán de Corao, yo no había visto, en efecto, a nadie que a aquella se acercase, en todas mis correrías por el Nuevo y el Viejo Mundo. Fuése, además, por la acción sedante de aquel ambiente, silencioso e imponente, aquella dulce calma panorámica, pura, solemne y augusta, es lo cierto que la personalidad de Miranda, pese a todo su empeño de ponerme con él en noble pie de igualdad y camaradería, volvía a resultarme agigantada cual en los primeros días, y yo me dejaba llevar por él como una criatura; embobado a veces, preguntón otras como buen chico; pero siempre feliz, envuelto en el aura de aquel futuro Adepto, continuador en España de las glorias de los supradichos.

Los ya oblicuos rayos del Sol herían el verdín del tejadillo de la parroquia llamada de Santa María de Hermo: una casta iglesita, románica en parte, tal como en renombrado lienzo le representase el hábil pincel de Luis Alvarez, el paisajista de toda la región canguesa, a quien no se le ha hecho aún la debida justicia. Razón tiene un autor en sostener que en nuestro nonnato *Catálogo Monumental de España* debería figurar por lo menos un tomo exclusivamente dedicado a *La Arquitectura románica de Asturias*, donde pudiesen formar en línea, sorprendiéndonos con su riqueza maravillosa, más de quinientos de esos edificios y restos de edificios lindantes con los comienzos de la Reconquista, a cuya cabeza figurarán, siempre *como únicos* en el mundo, Santa Cristina de Lena, San Juan de Amandi, Santa María del Naranco y San Miguel de Lino o de Lillo.

Iba a desmontar frente al ruinoso edificio de época muy posterior, que había servido de monasterio, cuando Miranda me detuvo con un gesto, añadiendo:

—No os molestéis, porque cuanto hay que ver ahí lo tenéis ya a la vista; lo poco que nos resta de aquella célebre fundación de Severino y Ar-

© Biblioteca Nacional de España

nulfo, cristianos expulsados por Abderramán segundo el califa de Córdoba... Otra cosa sería si se hiciesen excavaciones en el sitio donde yo me sé, porque, a la manera de las siete Troyas que, unas bajo de otras, exhumase el Doctor Schilleman, podríais hallar incrustada, por decirlo así, en la iglesia actual, la planta de otra románico-bizantina; más abajo tropezaríais quizá con un templo romano dedicado a Jano, el dios *jaina*, que en todo lugar silúrico preside; templo alzado, igualmente, sobre las ruinas de otro primitivo, premiceniano o ciclópeo, pariente de las murallas de Tarragona... Pero no es aquí, sino allí enfrente, donde está el verdadero templo de Hermes, templo consagrado muchos milenios hace, casi desde los propios días en que el terreno silúrico que pisamos y que no ha conocido, según quieren decir los geólogos, la existencia del hombre, se alzase, sin embargo, de las profundidades del abismo marítimo primitivo—dijo Miranda, mientras que, con ademán solemne, señalaba más abajo hacia la *Gruta de Sequeiros*.

Abandonamos aquel melancólico paraje, prometiéndonos retornar más despacio otro día, y aún hacer las excavaciones indicadas por mi amigo, y cruzando a pie un puentecillo rústico que temíamos se hundiese bajo el casco de las cabalgaduras, ascendimos por una borrosa senda perdida entre la maleza y sembrada de cortantes cuarcitas, hasta la boca de la *Gruta de Sequeiros*, que, en mi imaginación ya conocía, por haber leído la bella descripción de ella, debida a la pluma del sapientísimo D. Joaquín José Queipo del Llano, el maravilloso Conde de Toreno, debelador de la geología astur; el abnegado apóstol de la región canguesa que se sabía palmo a palmo todos los rincones de aquel destierro santo, que no parece, no, de este planeta. En un rato de ocio había copiado esta descripción que leí a nuestro amigo, y que decía:

«En la parroquia de Santa María de Gedrez se halla la prodigiosa cueva de Sequeras, muy particular por su extrañeza. Está situada al Poniente en la cumbre de los montes de dicho lugar y paraje de su nombre. Su entrada mira al Oriente, que se reduce a un agujero grande a manera de puerta; y, entrando por ésta, bajando como cuatro pasos, se comienza a subir por una especie de escalera muy ancha, que forman las mismas peñas, siendo necesario asirse siempre de unos grandes pilastrones que sirven de pasamano. Luego que se suben trescientos pasos, sigue derecha la cueva como otros trescientos, poco más o menos. Pasado este tramo, se llega a un hueco de bastante extensión y mucha altura, y aquí parece que se acabó la cueva; pero se observa que, a un lado de la habitación, llamémosla así, hay una superficie, una especie de ventana larga y estrecha, y,

© Biblioteca Nacional de España

entrando por ella, a treinta pasos en el mismo tramo, se encuentra otra cueva redonda, que vulgarmente llaman el Pozo, aunque carece de agua en todo tiempo. Para seguir adelante se necesitan fijar unas vigas largas, que alcancen de parte a parte las peñas, y se pasa por encima de ellas. Descendiendo después a lo profundo del pozo, por otro conducto bastante trabajoso, se halla otra puerta, que, dando vuelta a mano izquierda y siguiendo por ella, se camina por un trecho de sesenta pasos, que dirige a otra habitación redonda, cuya cubierta asimila a la de media naranja, siendo su altura de veinte varas. Tanto el techo o cubierta como su piso son de especial solidez y blancura, y de la misma materia se ven en ellos diferentes figuras, y lo mismo en su circunferencia, originadas de las aguas que filtran las peñas superiores en todos tiempos, que, recibidas sobre un terreno arenusco, se vitrifican y cristalizan con la mucha frialdad que hay en la cueva, percibiéndose en esta estancia con mayores grados el frío que en los demás parajes de ella. Los particulares y grabados dibujos que forma y fomenta aquella agua que se cristaliza, ofrece a la vista un espectáculo agradable. Se ven pirámides de todos tamaños, representando su techo hermosos pabellones fabricados por la misma naturaleza. El suelo, en medio de la desigualdad que padece, causa admiración al verle, por la brillantez de sus extraordinarias vitrificaciones, las que, por sus configuraciones diversas, serían muy dignas del Real Gabinete de Historia Natural de nuestro Monarca, si pudieran sacarse sin romperse. No tiene la cueva más salida ni respiradero que el de su entrada, por cuya razón es muy obscura y se necesita llevar porción de luces para reconocerla, porque, si éstas faltasen, sería imposible que ninguno acertase a salir de ella. El reflejo de las mismas luces que reverbera en las cristalizaciones representa un hermoso natural teatro, con el que los artificiales no tienen cotejo. Por último, hemos estado tres horas reconociéndola menudamente, no habiéndonos atrevido a registrar más espacios de ella, porque para escudriñar todas sus concavidades y senos se necesitarían días, pues se afirma por tradición de los naturales que un hombre que penetró su interior, aseguró después que había salido por otro boquerón distante más de dos leguas de la entrada primera, y es verosímil que, si se profundizase esta cueva, se hallase en su centro el alabastro florido, según denotan sus señales.»

—¿Sería este hombre singular nuestro alemán?—pregunté, en un rasgo de ingenuidad infantil, al terminar su lectura.

—Amigo mío...—exclamó Miranda sonriendo—. Pero si todavía el gran Don Roberto Frassinelli no había nacido, cuando, en mil setecientos ochenta y uno y mil setecientos ochenta y tres, pronunciase el Conde de

© Biblioteca Nacional de España

Toreno sus dos célebres discursos en la Real Sociedad de Oviedo, en los que describiese así la cueva, al par que daba extensa enumeración de los mármoles, pórfidos verdes y varias otras riquezas minerales del Principado. Yo poseo el original mismo de la imprenta de Ibarra, en mil setecientos ochenta y cinco... Sin embargo...—murmuró así como entre dientes.

—¿Qué?—exclamé intrigadísimo.

—¡No, nada!—respondió esquivando la contestación—. Pero en Corias, en el viejo Monasterio de benedictinos del Narcea, debieron acaecer cosas harto extrañas...

—Mas, ¿qué tiene que ver el célebre Monasterio del siglo once con unas cuevas formadas por la Naturaleza desde el principio del mundo?

—El tiempo se encargará quizá bien pronto de decírnoslo—repuso lacónicamente Miranda—. Algunos Abades iniciados, de allá abajo, contemporáneos de los santos fundadores Piñolo y Aldonza, sabían seguramente más que usted y más que yo sobre el asunto del Hermético Monasterio este, que no estaba, no, allá atrás en el templito románico, sino ahí mismo, donde vamos a penetrar antes de diez minutos.

En efecto: veinte metros más arriba, al final de la penosa senda, se dibujaba la imponente mole de cuarcita y caliza antigua, en cuyo chaflán ciclópeo se recortaban en negro los bordes del pórtico o agujero de la entrada que los últimos rayos de sol dejaban ya sombríos.

© Biblioteca Nacional de España

XII

Una noche en la cueva de Sequeiros.—Un hipogeo astur.—Tinieblas cimerianas y misterios dionisiacos.—Tácitas pisadas huecas.—Camino hacia el éxtasis.—La cripta de alabastro y el templo de Hermes Trimegisto.—La Madre-Tierra, único templo.—Frío hiperfísico.—Una lámpara maravillosa.—Luz que da vida.—Un papirus no egipcio.—*Froilanus episcopus*.—Los benedictinos de Corias y el lapis asbestos.—Non plus ultra.—Los caballeros del Santo Graal astur.

Penetramos resueltamente en la cueva de Sequeiros dispuestos a pasar allí la noche. Tras nosotros bajaron los dos hombres de confianza con nuestras cabalgaduras, que aposentaron dentro a cubierto de todo ataque de alimañas, haciéndolas descender algo dificultosamente por los cuatro como peldaños de la entrada, que, a decir verdad, no eran tales peldaños, sino el resultado natural del alzamiento exterior al cabo de tantos siglos, pues es seguro que si se removiesen las tobas acumuladas por los *ádenes* o aludes, quedaría al descubierto una linda explanada, desde la que se contemplase el panorama de la región que del Narcea es cuna. Nada inquietante advertimos al entrar. Cualquier oso, lobo o zorro que por allí hubiese ya nos lo habría denunciado con su ladrido nuestro fiel perro *Pachín*, que fuése el primero en entrar, con tanta curiosidad casi como yo, en la entraña de la cueva.

No podía darse lugar más a propósito para pasar la noche. Además, a las cuevas les acontece lo que a los hombres privados de vista. Igual es para ellas la noche que el día, y hasta podíamos, no estando, como no estábamos, demasiado fatigados, consagrar a la exploración las primeras horas nocturnas, después de reconfortados por una excelente cena de campaña, que calentamos sobre un alegre fuego que, por precaución, mantuvimos toda la noche encendido a la entrada de la cueva. En un cómodo recodo del rellano final de la escalinata, antes de estrecharse ella con el corredor de los trescientos pasos de que habla el Conde en su exactísima descripción de la cueva, dispusimos nuestras dos

© Biblioteca Nacional de España

camas cual hombres acostumbrados ya a expediciones como aquélla. Acaso habríamos hecho mejor en colocarlas en la rotonda de más adentro, pero...

—Los lugares santos, como lo es éste, han de ser tratados santamente—había dicho Miranda, negándose a ello; y satisfecha la necesidad natural del alimento, cuando ya había cerrado clara la noche dando al ambiente exterior un sabor mágico y de ensueño, añadió: —Habladme con franqueza. ¿Queréis que comencemos nuestro reconocimiento ahora mismo, o preferís el dejarlo para mañana?

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy—respondí, invocando la sentencia que en el libro de Fiedrich Kerst, sobre *Beethoven, revelado por sus propias palabras*, había leído hacía poco.

—¡Bravo! Además ya sabéis por la maestra Blavatsky, que los Misterios Dionisíacos fueron siempre superiores a los de Apolo, y eran celebrados de noche, porque la noche en la naturaleza es el día en lo espiritual. Por eso, las más altas escenas de aquéllos fueron nocturnas, según apuntan dos sabios tan respetuosos hacia los Misterios Arcaicos, como Cicerón y Séneca.

—A la obra, pues.

—A la obra.

Y sin requerir auxilio alguno de los mozos, que ya dormían, pero precedidos siempre del fiel *Pachín*, que no era un perro como los demás perros pues que parecía como entender las palabras que su amo le dirigía, comenzamos nuestra exploración encendiendo una de nuestras dos poderosas linternas de acetileno con espejo parabólico que proyectaba un espléndido haz luminoso delante de nosotros, luz que parecía entrar a tornillo en las cimerianas tinieblas aquellas, por la luz vencidas, aunque no sin resistencia.

Podían las linternas lucir, sin interrupción, unas ocho horas cada una; además llevábamos otros medios de alumbrarnos e íbamos dejando tendido un bramante para no menospreciar el aviso de Toreno y no perdernos viéndonos forzados a salir quizá por el otro lado al valle del río Ibias, cual el desconocido explorador de hacía más de un siglo, sobre el que tan extrañamente evasivo parecía haberse mostrado mi amigo, y que yo confundiese de un modo imperdonable con nuestro Frassinelli.

Jamás hollase yo con mi profana planta un templo como aquel hipogeo cuarcítico. Estábamos emocionados ambos, y nuestros pasos, tocados más que del temor a lo desconocido, de un respeto religioso y profundo, resonaban al modo de las «tácitas pisadas huecas», intuídas por el ge-

© Biblioteca Nacional de España

nial Espronceda en su macabro *Estudiante de Salamanca.* Los ecos repetían las pisadas; unas veces delante y solemnes, cual si alguna poderosa entidad de lo invisible nos fuése guiando solícita por entre aquel laberinto; otras detrás, cual si traviesos duendes, al seguirlas, tratasen de inspirarnos miedo.

Nos sentamos a descansar un momento. Era indudable, que no me invadía, como en otras cuevas, ni la sombra más leve de temor, antes bien, una serena calma, una diáfana lucidez mental y moral agigantaba mis facultades todas. Me sentía transfigurado y feliz, como la primera vez que en mi risueña infancia experimentase la emoción religiosa sincera, o bien cual en los ensueños panorámicos de luces y colores astrales que preludian a la pubertad, o en fin, como en aquellos otros momentos de triunfo tras un esfuerzo intenso y largo, que parecen pequeños remedos apoteóticos del éxtasis, ese éxtasis que hombres como Plotino, el segundo Platón gnóstico, sólo experimentasen seis veces en su vida, sensación transcendente que nuestro incomparable general Vallés, piedra miliaria del Ateneo, ha esculpido en este soneto ya célebre:

EL ÉXTASIS

El cuerpo yace inmóvil; la conciencia
hundióse en el abismo de la nada;
perdióse en el espacio la mirada;
ya no existe recuerdo ni experiencia.
La llama del Amor en pura esencia
trocóse; y en gloriosa y regalada
perfecta sensación, no vislumbrada,
aunque conozca el sabio su existencia.
Después de tal estado, un gozo inmenso
invadió nuestra mente, sorprendida;
y brilló el pensamiento más intenso.
Cesó toda amargura, transcendida;
quedando a nuestros pies el Velo denso
que oculta los misterios de la Vida.

Pasada un poco aquella impresión seráfica que no debía tener causa física, seguimos a lo largo de la galería que se prolongaba, al parecer, muchos más metros que los señalados por Toreno, galería cada vez más brillante, más extraña, más regia, cual antecámara de la sala de un trono.

El alabastro calizo quebraba en deliciosos iris la blanca luz del acetileno y el saliente de cada estría remedaba una línea de aquellas del es-

© Biblioteca Nacional de España

pectro-relámpago perseguido por los astrónomos en Cacabelos; y sus oquedades, las rayas negras del solar espectro en colores. Miranda, para gozar mejor del espectáculo que se había hecho sencillamente imponente en la rotonda terminal, encendió la otra lámpara y entrambos dos de las teas. La entraña aquella de la tierra astur, destilando aquí y allá algunas gotitas de agua parecía palpitar con mágico parpadeo; titilar irísea con esa coloración cambiante de la estrella Sirio, o el dulce alumbrar de Venus en su plenitud momentos antes de la aurora.

—¡Esto sí que es un templo, el templo de Hermes Trimegisto, el primer Adepto quizá que deslizara su planta por aquestas benditas tierras de Asturias!—dijo, radiante de emoción, Miranda, el ocultista.

—¡Oh, qué cripta, oh, qué rotonda!—exclamaba a mi vez, fuera ya de mí—jamás en la mejor catedral gótica viera otra alguna parecida.

¡La Madre-Tierra es el primero, el mejor, el único templo! De sus entrañas piadosas salimos antes de existir para la vida física ni aun como germen, y a su casto regazo habremos de volver cuando resuene en nuestro oído, cerrado ya a las groseras vibraciones del mundo externo, la llamada para la eternidad, con aquellas palabras del Maestro: «Tu camino de espinas ha terminado por ahora: ¡pasa, pues, oh *Lanú*, oh fiel discípulo, a recoger el fruto de tus dolores y anhelos!»

—Las naves de las catedrales góticas no fueron, en efecto, en la fecunda imaginación creadora de sus arquitectos sino un pobre remedo de la Naturaleza en las pilastras de sus acantilados, como los que hoy llevamos visto; en sus bóvedas, como las bóvedas de verdura bajo cuya sombra caminásemos esta tarde; en sus vidrieras con los mil colores de estas mágicas reverberaciones que contemplamos ahora mismo. Pero sigamos, que aun nos falta lo mejor por ver—añadió mi guía.

Y, dándome el ejemplo, trepó, como buen gimnasta que era, por un saliente, pasando luego medio atravesado por la ranura de la izquierda de la rotonda, que Toreno cita. Le seguí con dificultad y, dando una veintena de pasos más, vime de repente en la cripta llamada del Pozo, ante la que no pude reprimir un escalofrío más astral que físico.

Aquello parecía una decoración de *El Anillo del Nibelungo*, pero real y verdadera, amén de gigantesca. En un lado, Alberico trepaba en la obscuridad, a caza de las ondinas, tentadoras hijas del Rhin—Alberico era mi sombra.—Frente, un trozo de alabastro rojizo, herido de lleno por los proyectores, parecía el *Ascua de Fuego*, del Oro bendito, el *Oro del Conocimiento*, que el nibelungo roba al fin. Delante de nosotros se recortaba a pico la roca viva, y los salientes fronteros y más altos, con el abismo in-

© Biblioteca Nacional de España

sondable por medio, parecían los peñascos de la Walhalla, sobre los que se proyectase agigantada la gallarda silueta de nuestro héroe, y en el otro lado una grieta de fauces siniestras, una verdadera *Grieta del Azufre*, camino del mundo inferior e infernal, perfilaba sus dentellados pavorosos. Faltos de medios para vadear el frontero abismo, era, no obstante, el camino por donde teníamos precisión de ir.

Bajamos, pues, sin demora; pero no bien di los primeros pasos cuando comencé a sentir un frío intensísimo; un verdadero escalofrío de calentura. Mi boca se cerró en alarmante *ictus;* castañetearon mis dientes, y la vista comenzaba como a quererme faltar, flaqueándome las piernas.

La serena mirada de mi amigo, quien parecía transfigurado y como nimbado por la luz de las linternas, al modo de la aureola de los Iniciados o Santos, reanimóme al punto, cayendo piadosa sobre mí. Hube de sentirme entonces apoyado y fuerte, y a pie firme descendí lo poco que faltaba hasta verme rodeado por todas partes de una blancura purísima. La luz de la luna llena de Enero, cayendo intensa sobre un campo nevado, apenas si puede dar pálida idea del efecto que causa semejante cripta. Todo color, toda irisación parecía haber desaparecido. En cuanto al espectáculo de aquel joyel de alabastro no es para descrito.

—Toreno no pudo pasar de aquí. El frío astral que acaba de experimentar usted, le detuvo—dijo sentenciosamente Miranda—, pero nosotros ¡sí que pasaremos!

Y uniendo el dicho al hecho, comenzó a caminar por un pasadizo lateral, por mí hasta entonces inadvertido. Aquella galería fantástica, donde el aire parecía enrarecerse más y más, nos condujo a otra cripta circular, rodeada de seis más pequeñas.

—Ved—me dijo mi sabio, señalándomelas—los *vihara* o dormitorios de seis monjes primitivos, idénticos a los del hipogeo de Karli, por cima de Bombay, que Olcott y Blavatsky nos describen. No me he equivocado: la cueva sirvió, al par que de cenobio, de Templo de Iniciaciones.

—No veo aquí ya salida ninguna—opuse.

—Tal vez os equivoquéis—replicó—. ¡Mirad!

Y deslizándose por detrás de una verdadera cortina de estalactito-estalacmitas reunidas en columnas, que apenas si dejaban entre ellas y el muro el ancho y alto de su cuerpo, desapareció un momento a mi vista.

—¡Esperad! ¡Yo no os puedo dejar solo!—le grité alarmado, y le seguí con verdadera dificultad, por ser más grueso.

Aunque el pasadizo en cuestión no tendría más de ocho metros, hubo un instante en que temí desmayarme, viéndome materialmente encajonado

© Biblioteca Nacional de España

entre las rocas, en peligro de quedar como enterrado en vida. Quien haya subido alguna vez por la pendiente arriba de los *trou* o agujeros por donde corre el carbón en las minas belgas y francesas, es quien puede darse cabal cuenta de mi angustia. Me sobrepuse, empero, a mi congoja, y un instante después estaba con mi amigo.

—¿Qué es eso que brilla en el fondo de esta concavidad, bajo esa piedra marmórea, grande, como losa de sepulcro?—exclamé no bien hube entrado.

—Nada he advertido—objetó Miranda—. Acaso una irisación más intensa del alabastro...

—¡No, no!—grité, ya alarmado—. ¡Es una luz, como una estrella, que brilla bajo una piedra funeraria!

—¡Oh!—prorrumpió Miranda, sin poder contener una exclamación en la que iban envueltos al par, el asombro y el júbilo—. ¿Una lámpara inextinguible, tal vez; una lámpara del sagrado *lapis asbestos*, el *lapis carystus* o *cyprius*, cuyo *pábulum* alquímico puede arder siglos y milenios sin consumirse?

Y cogiendo una tea apagada comenzó a agrandar, con excepcional precaución, el ínfimo agujero por donde había yo entrevisto, en efecto, el extraño fulgor de aquella auténtica *lámpara maravillosa*. La operación en manos de cualquier otro menos respetuoso y más violento e impaciente, habría conducido inevitablemente a la extinción de la lámpara, pero no era ello de temer en aquel efectivo *chela*, de mi amigo.

Cuando hubo éste abierto un hueco no mayor que la palma de la mano, suspendió la operación, hizo apagar las dos linternas, y puedo jurar que en mi vida he experimentado sensación más inefable de luz y colorido como bajo los tibios rayos de la luz aquella. Figuraos, lectores, una estrella de primera magnitud, caída, encerrada en una tumba, pero no como las estrellas tales se suelen ver a simple vista, sino como fulguran en el reflector de un gran telescopio, lastimándonos los ojos y palpitantes de vida. Tenía también en dulzura y encanto algo de la luz de la Luna, cayendo, tras el macizo de un espino blanco, sobre los hombros y la cabellera de la mujer a quien se ama con amor puro. Además, parecía que en sus rayos *se bebía materialmente la vida*.

Después de largo rato de emoción sincera, nos sentimos analistas, y con el deseo natural del que quiere acabarse de informar de un gran misterio, comenzamos a mirar oblicuamente cada uno por un lado del agujero, evitando en lo posible la luz directa de la lámpara, bajo cuya mecha

© Biblioteca Nacional de España

encendida, de amianto, se adivinaba una vasija de oro conteniendo la nafta, o aceite alquímico que la mantenía siglos hacía, sin duda.

—¡Un cadáver, un cuerpo humano embalsamado y envuelto en blanco sudario como de lino!—exclamó Miranda.

—¡Y un *papirus* egipcio!—grité yo al mismo tiempo, extrayendo penosamente por el agujero algo así como una delgada lámina enrollada como de aluminio.

En efecto, según me fué enseñando Miranda, aquel sepulcro, pues que no cabía duda de que se trataba de un sarcófago antiquísimo, reproducía el hecho, tenido como fabuloso por los indoctos y frívolos críticos de nuestros días, de aquellas excavaciones practicadas en la Vía Apia de Roma bajo el Pontificado de Paulo III, que, según el testimonio que Erasmo Francisco tomó de Pflaumero, Panciolo y otros muchos, dieron por resultado el descubrimiento de la momia de Tulia o Tuliola, la hija de Cicerón, nadando en un brillante licor, que la conservara encantadora, fresca y cual llena de vida todavía. A sus pies, como a los de la momia que teníamos delante, fulguraba una de esas lámparas inextinguibles a las que se refiere San Agustín, cuando habla de la célebre lámpara de Antioquía, que ardió durante mil quinientos años, al aire libre, encima de la puerta de una iglesia, lámpara «así conservada, dice el santo obispo de Hipona, merced al mismo *poder de Dios*, que con luz perpetua y propia hiciese arder también a las infinitas estrellas que tachonan el firmamento», lámpara esta semejante a la que en Edesa viera Kredem, o a la mencionada por Olybio Máximo de Padua, o a la de Atteste, descrita por Escardonio, que era una vasta urna de tierra, conteniendo otra menor dentro de la que ardía un licor purísimo, que participaba al par de la naturaleza alquímica del oro, la plata y el mercurio, o, finalmente, de las mencionadas y testimoniadas por más de 173 autoridades diferentes, entre las que Blavatsky cita a Clemente, San Hermolao, Appiano, Burattino, Citesio, Coelio, Foxio, Costeo, Casalio, Cedreno, Delrío, Ericio, Gesner, Jacobono, Leandro, Libario, Lazis, Pico de la Mirandola, Filaleteo, Liceto, Maiolo, Maturancio, Bautista Porta, Panciolo, Ruscelio, Escandonio, Luis Vives, Volaterano, los alquimistas árabes y rabínicos, Plinio, Solino, Schatta, Pausanias, Calímaco, Plutarco, Alberto Magno y el Padre Kischer.

De rodillas a la luz de la lámpara, desenrollamos lo que yo creyera *papirus* egipcio, y en él vimos, ¡oh, sorpresa inaudita!, reproducido en tejido de finísimo amianto, incorruptible, inatacable por el agua como por el fuego, el original mismo de aquel documento del sin par Frassinelli, que motivase nuestras andanzas *por la Asturias tenebrosa*. El mismo sello,

© Biblioteca Nacional de España

primorosamente dibujado, pero esta vez en rojo de fuego, el mismo sugestivo lema de *Vicus-Tara, Tara-Vicus*, en caracteres de *craobs-ogams;* iguales indicaciones preciosas, en suma, respecto del tesoro, a cuyo hallazgo caminábamos, pero esta vez todas en caracteres ogámicos, no latinos.

—¿Y os atreveréis a sostener ahora—dije reconviniendo a mi amigo—que nuestro Maestro de los Montes Herbáceos no pasó por aquí, y que no fuera él mismo el que salió por el otro lado de la Cueva hacia la parte de Larón, en la falda del Rañadoiro alto, o Monte de la Fayona, según el fidedigno testimonio de Toreno, y que después se ha dado trazas a depositar aquí el último cuerpo que *vistiese* en vida y hecho poner a sus pies el documento original relativo al tesoro de Somiedo...?

En verdad que no sabía ya ni lo que me decía, ni si soñaba o estaba despierto, porque, al igual de lo que acontece en los sueños, mezclaba ya, sin darme cuenta, la realidad con la quimera, y me parecía la cosa más natural del mundo el que un hombre como Toreno, que vivió en el siglo XVIII, diese testimonio perfecto de la vida de otro del siglo XIX, es decir, antes de que este último naciese; o de que un viejo decrépito, al pie mismo del sepulcro, retornando sobre sus pasos en el sendero de la vida, llegase a la madurez, luego a la juventud y a la infancia en el más macabro de los viceversas.

—¡Desdichado aturdido! ¿Insistís todavía en vuestro lamentable anacronismo? ¡Bien se conoce que a la luz de esta mágica *Lámpara perpetua* comenzáis a sentir los pródromos de la visión astral, viendo del revés, cual el negativo de un *cliché* fotográfico, todas las cosas físicas, tiempo y espacio inclusives! ¡Volved en vos y advertid la cara, el traje y demás detalles de quien yace bajo esa losa fría que antes sirviese de sarcófago para las iniciaciones al estilo de las de las pirámides egipcias!

Volví en mí como quien sale de un momento de abstracción, o más bien como quien despierta de un sueño, y mirando con detenimiento, advertí que la momia aquella, que yo deputase egipcia, vestía el sayal de los monjes benedictinos, casi oculto bajo un blanco sudario de amianto, y que sobre el mármol en que descansaba su cabeza se leía esta sencilla inscripción latina:

Froilanus, episcopus ovetensis: annus 12..

—Este es, sin duda—dijo Miranda, tras un momento de reflexión—, el cuerpo de aquel santo obispo de Oviedo, que en la segunda mitad del siglo once, recién fundado el célebre Monasterio de Corias, junto a Cangas de Tineo, allá abajo en el Narcea, merced a la munificencia de los próce-

© Biblioteca Nacional de España

res astures Don Piñolo y Doña Aldonza, trocó las glorias de su silla episcopal por el sayal de San Benito, muriendo luego en la más completa fama de santidad.

—Ello me prueba—añadió sentándose en un saliente de la roca—varias cosas a cual más importantes. La primera que, como hace tiempo sospechara, los monjes caurienses, es decir, de *Cauria*, o *Kurús*, los últimos descendientes iniciados de la raza-solar del Áramo y de la Casa de *Kurú*, *Keiro* o *Quirós*, celebraban aquí, en las augustas e inaccesibles soledades de este hipogeo ario-egipcio, sus ritos solares secretos, anteriores y ulteriores al Cristianismo oficial y a los terrores, por consiguiente, del milenio. Aquí también hubieron de traerse años más tarde, cuando ya las primitivas verdades iniciáticas se iban perdiendo, el cuerpo embalsamado de aquel verdadero santo, que, en un principio, como dice acertadamente el tratadista Fray Justo Cuervo, en la *Asturias* de Bellmunt y de Canellas, fuése enterrado cerca del altar de Nuestra Señora, de la iglesia antigua, santo que *está representado en el Libro Gótico*—añade Cueva—*con dos lámparas, una en cada una de sus manos.*

—¡Otra tenemos como los dos naipes del Abad de Carucedo, en Cacabelos!—dije.

—Sí. Estas cosas sacro-profanas, o de síntesis verdaderamente ocultista, las hallaréis en Asturias a la orden del día por poco que exploréis. En cuanto a la tercera cosa importante que me revela nuestro hallazgo, aparte de la sospecha que ya abrigaba de que aquellos continuadores del esplendor de Subiaco en nuestra patria conocían el secreto pagano de las lámparas perpetuas, es el comprobar cuán sobrada razón tuvo aquel concienzudo geólogo moderno Don Máximo Fuertes Acevedo, para estampar, con cargo quizá al gran Guillermo Schutz, estas palabras, que están, si no recuerdo mal, en la página treinta y cinco de su *Mineralogía asturiana: catálogo de las substancias así metálicas como lapídeas:*

«*Amianto—Lino fósil—Carbón fósil—Queimona* (de quemar) *en el país.*—Substancia hallada por primera vez en la provincia, al par que el *Asbesto*, y dada a conocer por el Conde de Toreno. Preséntase el mineral en fibras muy flexibles, blancas y suaves al tacto, con apariencias, en parte, del algodón, pero con lustre como el de la seda. Su yacimiento aparece en una pizarra cuarcítica siluriana en Tineo, y las primeras explotaciones de esta materia fueron hechas por el citado Conde, el cual refiere en sus célebres discursos que muchas de sus *fibras* llegan a medir hasta media vara de largo. Recordando algunos la aplicación hecha en lo antiguo de esta materia, para tejer sudarios en que envolver los cadáveres haciéndolos

© Biblioteca Nacional de España

incorruptibles, o bien, en el caso de que fuesen éstos quemados, para que sus cenizas no se mezclasen con las de la pira, algunos han hecho con ella papel incombustible, y *un monje benedictino del Monasterio de Corias, no sólo hizo papel, sino también tinta inalterable...*» El monje en cuestión no pudo ser otro que el mismo primer abad del monasterio: *Don Arias*, tenido por taumaturgo, o sea aquel estudioso incansable que recibiese tal honor de regentar la nobilísima corporación, de las propias manos de Aldonza y Piñolo.

—Sí; pero el Alemán de Corao—interrumpí, volviendo a mi pesadilla...

—El Alemán de Corao—respondió Miranda sonriendo—se limitó a descubrir el sarcófago muchos siglos más tarde, ni más ni menos que hoy nosotros y, respetando, como nosotros vamos a respetar, la maravillosa lámpara, se limitó a dejar junto a ella la hoja de amianto que acabamos de encontrar, con las indicaciones del tesoro de Somiedo. Lo que poseíamos, pues, era una copia o, por mejor decir, un borrador de las indicaciones que después consignase en amianto y depositase aquí, en espera de hombres dignos de poseerle, cual parecemos ser nosotros ya a sus ojos, después de vencer el terror astral que guarda contra los profanos a las cámaras anteriores.

—¡Maravilloso!; ¡maravilloso!

Después de esta memorable escena, tratamos de seguir más hacia abajo; pero al punto comenzamos a notar que el aire se hacía más irrespirable y el ambiente infinitamente más espeluznante. Nuestro fiel perrito, inteligentísimo cual perro alguno en el mundo, daba inequívocas muestras del terror que le dominaba; sus rojos ojillos parecían írsele a salir de las órbitas, y no ladraba como frente a las alimañas, sino que oprimía las piernas a su amo, invitándole a no seguir, ni un paso más, cual si en su lengua gimiese débilmente.

—¡Alto ya, hermano mío!—me dijo amorosamente Miranda, conmovido cual no le viese nunca—. Las concavidades se sucederían unas a otras hacia arriba, hasta quizá las cumbres, y hacia abajo, hasta las mismas aguas tal vez del río Narcea o también del Ibias, como en la Casa del Greco, en Toledo, y como en los hipogeos de Karlí y de otros muchos puntos de que nos habla en *Cuevas y Selvas del Indostán* nuestra Maestra rusa—... No olvide que aún estamos sujetos al sexo y somos, por consecuencia, a lo sumo, meros *chelas laicos*. Unos pasos más, pues, dados en uno u otro sentido, seguramente nos costarían la vida. ¡Aún no es tiempo, para nosotros, de descubrir el *Sancta Sanctorum* de los Adeptos astures!...

© Biblioteca Nacional de España

Y tomando por un largo corredor lateral, nos vimos sorprendidos de repente, con que estábamos en el fondo de una ancha sima, a manera de un pozo bajo los riscos de la cumbre, pozo hacia cuya boca fulguraban nítidas algunas estrellas. A lo que me pareció eran de la linda constelación de la Lira, constelación cuya brillante estrella Vega fuése *estrella polar* hace trece mil años, época quizá del hipogeo mismo y habrá de volver a serlo igualmente dentro de otros trece mil, cuando ya no quede ni recuerdo de este nuestro tristísimo *Kali-yuga*. Desde el fondo de aquel pozo de la sierra astur, la minúscula constelación declinaba hacia Occidente. Desandamos el camino sin titubear, gracias a clásica precaución del tendido del *hilo*, práctica que no sabría recomendar bastante a los investigadores de simas de importancia, pues más de uno ha perecido en el laberinto de sus oquedades al perderse sin remedio por ser llevado fatalmente al lado opuesto de donde debiera, merced al funesto *error astral* de tomar la dirección contraria por no tener en cuenta que las cosas todas de ese mundo complementario del mundo llamado real, son tan simétricas de las de este mundo físico como pueda serlo nuestra mano izquierda de nuestra derecha. ¿A quién no le ha caecido esto cuando se ha desorientado alguna vez, bien en un campo desconocido, bien en la propia alcoba, al despertar a destiempo? Llegamos en breve, así, a nuestros lechos de campaña pocos minutos antes de las tres de la madrugada, y nos acostamos *incontinenti*, más ya para meramente descansar en nuestras fuertes impresiones, que para dormir.

Yo, al menos, no puedo asegurar que durmiese, porque no bien me tendí lleno de fatiga, por los intensos choques morales sufridos, cuando creí caer en ese estado pre-lúcido, intermedio entre el sueño y la vigilia en el que no podría uno precisar si se está dormido o despierto. Precedido entonces y siempre por el gran Miranda, me pareció así como si mi doble astral, saliendo de mi postrado cuerpo físico por la parte de la cabeza, echase a andar como antes, o se deslizase suavemente, mejor dicho, a lo largo de cuantos corredores y rotondas no nos habíamos atrevido ya a profanar, hasta llegar, transfigurados en seres todo luz, bajo una inmensa cúpula, tamaña como la nave central de la catedral de Oviedo. Allí ya, envueltos en el inefable esplendor de los bienaventurados, aparecían sentados en torno de una augusta Mesa Eucarística, los Caballeros del Graal de aquella comarca astur, es a saber, entre otros muchos cuya mera enumeración no cabría en estas páginas, los *kurus* solares, que luchasen como leones unos, primero, contra los diez millones de atlantes que invadiesen la Europa aria, al decir de Teoponpo, otros, después, contra los romanos

© Biblioteca Nacional de España

invasores sucumbiendo sublimemente en el Monte Medullio; los héroes de Covadonga, luego, con Don Pelayo a la cabeza; los Abades y santos monjes ulteriores que fundasen a Corias, Obona, Santullano, Amandi, Bárcenas, etc., antes de que sus respectivas Ordenes religiosas se corrompiesen por el abuso del poder y de las riquezas; los Caballeros del Temple, casi todos, con Don Alvaro de Bembibre por supuesto, el divino *San Jina-dio* de la Aquiana y su sucesor San Fructuoso el de *Nuestra Señora del Dado*, en Astorga; los fundadores Piñolo y Aldonza, con Don Arias, Don Froilán, el Padre Briones y otros, hasta llegar a los seráficos Jovellanos, Canga-Argüelles, Miranda el general, y otros héroes de diversos tiempos ulteriores, para terminar, por ahora, con nuestro meritísimo Don Roberto Frassinelli. ¡Todos, todos posternados ante sus cálices respectivos, cálices de dolor, donde vertiese gota a gota, a lo largo de sus ejemplares vidas, la sangre de sus respectivos sacrificios, cálices a la razón rebosantes del dulce licor de *Soma* que da la inmortalidad; el divino *Amrita* o *Manti*, del eterno sacrificio de *Daksha*, el sacrificio de la Vida Universal, que sostiene al Cosmos todo, desde el átomo hasta el astro...!

. . . . . .

. . . . . .

¡Las campanas del *Santo Graal astur*, sonaban, sonaban, hablaban, con el majestuoso tema wagneriano, y yo, pobre e ignorante Parsifal, precedido de Miranda, mi Gurnemanz, caía de hinojos anonadado, presa mi alma entera del estupor del infinito!

FIN DE LA PRIMERA PARTE

© Biblioteca Nacional de España

SEGUNDA PARTE

EN PLENO PAIS DE LOS ENCANTOS

I

Recuerdos de una noche iniciática.—La *Santa Compaña* astur.—La visión astral y la física.—El problema de las ene dimensiones del espacio.—Una prueba tangible.—Paradoja geométrica.—Los nudos de Gordio y el divino jeroglífico.—La Realidad una y única.—Cómo puede verse en siete dimensiones un mismo paisaje asturiano.—Parque Nacional. —La plantación de las brañas.—Hacia el Lago de Noceda.

La iniciática noche pasada en vela por el Señor Don Antonín de Miranda, *chela* el más adelantado de todas las Asturias, y por mí, su modesto adjunto en la Cueva de Sequeiros, al inaugurar con ella nuestro viaje tremebundo en busca de un tesoro, había sido una de esas noches que hacen época en la vida de cualquier hombre.

El difícil recorrido de la Cueva de las fuentes del Narcea, *santo Hipogeo de Hermes;* las bellezas indescriptibles de sus pasadizos, rotondas y criptas; el frío astral que en determinados lugares detienen al curioso, diciéndole: *¡non plus ultra!;* los *viharas* monacales primitivos; la estancia de alabastro; su sepulcro y su maravillosa lámpara perpetua con mecha de *lapis asbestos;* el hallazgo del documento original del tesoro de Somiedo estampado artísticamente en finísima vitela de amianto, tejida quién sabe si en el propio monasterio de Corias, documento indestructible al par por la tierra, por el agua, por el aire y por el fuego; la silueta así agigantada de nuestro Maestro de los Montes Herbáceos, como habíamos dado en llamar al gran Don Roberto Frassinelli; la aparición de éste, en fin, entre la divina hueste de cuantos héroes de la voluntad, el corazón y la inteligencia ha tenido el Principado desde el origen del mundo, reuni-

© Biblioteca Nacional de España

dos todos ellos en una fraternidad ignorada y augusta que celebrase el sacrosanto Ágape del Graal astur a nuestra embobada presencia de neófitos, eran cosas capaces de dejar en suspenso mi ánimo por mucho tiempo, acaso por toda mi vida, y sumirle en un dédalo de meditaciones ocultistas, laberinto mucho más difícil de recorrer que el de la cueva misma, pues que no contamos con otro *hilo de Ariadna* para sondarle que el *Hilo de Oro*, que enlaza al *cuartenario inferior* de nuestra bestia sensitiva emocional, razonadora y física con el *Ternario* o *Divina Triada* de nuestro Ego superior o Espíritu; su elemento Búddhico de Amor Transcendente y su Mente, ya abstracta y transcendida a lo largo de la cadena sin fin de sus múltiples reencarnaciones.

A las nueve de la mañana, sin embargo, ya estábamos en pie, cual si hubiésemos pasado durmiendo la noche entera, pues la calma santa de aquellos lugares restauraba como milagrosamente nuestros cuerpos y nuestros espíritus.

Nos desayunamos con rapidez y, precedidos un trecho de los mozos, tomamos el camino y nos dimos, como era natural, a comentar nuestras recíprocas impresiones del *hipogeo*. ¡Miranda había tenido en sueños una visión sublime, casi idéntica a la mía!...

—¡Esto es muy singular!—repuse.

—¡Y tanto!—añadió Miranda—. Como que hemos tenido la inestimable dicha de ver en su Templo mismo de Hermo o Hermes, a toda la *Santa Compaña* o *Fraternidad asturiana*, celebrando su Banquete Eucarístico, acaso en honor de nuevos neófitos como nosotros que, bajo su protección bienhechora, comienzan a dar los primeros vacilantes pasos por el estrecho sendero que hacia ellos conduce.

—¿Luego es cierto que hemos penetrado en cuerpo astral allí mismo, en aquellos recintos todavía vedados, como vimos, a nuestros cuerpos físicos?

—Certísimo. Yo sentí cómo me desdoblaba mi maestro soltando mi doble uno a uno de todos los *chacras* o vórtices energéticos de enlace etéreo y cinemático de uno con otro cuerpo. Otro día os explicaré el procedimiento en lo poco que a comprenderle alcanzo.

—¡Siendo así, mis ojos astrales se han abierto por primera vez, sin duda!

—Nada más cierto.

—Me veo envuelto en una niebla de ignorancia que espero me disipe con su luz su privilegiada inteligencia.

—Mire, amigo mío. Por aparatoso que eso de la visión astral pueda

© Biblioteca Nacional de España

parecerle, es un mero problema matemático, y por meras matemáticas puede formarse cierta idea de la tal visión el hombre inteligente que aún no goce de ese dudoso privilegio de la doble vista. Sin duda conocéis como astrónomo eso de las *ene* dimensiones del espacio.

—En efecto, y más de una vez he pensado que el sér de la dimensión *cero*, o dimensión *punto*, si existiese, sería un ente absolutamente egoísta, un ente cuyo único universo fuése para él, él mismo, o bien, por reciprocidad, un Sér todo abstracción de lo concreto, la Nada-Todo de que se habla en Teosofía. Otro sér cuyo mundo *de una sola dimensión* fuése *la línea*, podría arrastrar aquí o allá de ella un segmento rectilíneo; pero no podría invertirle, cosa sencillísima, sin embargo, para el sér de *dos dimensiones*, es decir, aquel cuyo mundo fuése ya *la superficie*. Este último sér de las dos dimensiones, a su vez, también podría deslizar por *su mundo* un triángulo escaleno, por ejemplo, pero no podría *volverle del revés*, cosa sencillísima para nosotros los seres de las tres dimensiones, o sea conocedores *del volumen*. Nosotros, ¡ay!, nos vemos detenidos aquí; pero otros seres de los mundos que llamamos etéreo y astral, manejar deben ya el *super-volumen* o el hiper-espacio, y a ellos les son factibles, por tanto, los *imposibles* nuestros de hacer coincidir, por ejemplo, nuestra izquierda con nuestra derecha, o bien salir incólumes de un recinto herméticamente cerrado, con la facilidad con que sale de ellos no obstante un *espíritu*, facilidad comparable por otro lado a la nuestra para echarnos fuera de un recinto superficial o saltar sobre una línea sin tocarla, o sea sin tocar en *su mundo*.

—Perfectísimamente explicado—contestó Miranda—, y por eso se comprende que al sabio astrónomo y matemático Zollner, le asombrase infinitamente más que toda la compleja fenomenología espiritista, el que el *medium* Slade le *enhebrase* unas ceñidas sortijas de diversas materias en el pie mismo de un velador, fenómeno para lo cual no había más camino que el de admitir la existencia de una *cuarta* o ulterior *dimensión astral* o bien una fluídica desintegración y reintegración de la materia de las anillas. Yo os puedo dar, en cierto modo, una demostración gráfica. Detengámonos un momento.

Y tomando tres anchas cintas de papel, las pegó sus extremos con syndetikón que llevaba de repuesto, cortándolas luego longitudinalmente con sus tijeras de bolsillo. La primera de ellas, pegada del modo ordinario, dió, como era natural, dos anillas separadas; la segunda, a la que había hecho dar previamente, por uno de sus extremos, un giro de 180 grados antes de pegarla, al cortarla por medio de igual modo, dió una sola

© Biblioteca Nacional de España

anilla más amplia; pero la tercera, a la cual se cerrase después de imprimir a uno de los extremos un doble giro, o sea de 360 grados, dió, al ser cortada, dos anillas iguales, y enlazadas una con otra cual eslabones de cadena.

—Aquí tenéis una verdadera paradoja geométrica—añadió Miranda—en nuestra tercera anilla, y, merced sólo al giro de los trescientos sesenta grados, diríase que la materia ha pasado a través de la materia. Este es el secreto de la facilidad con que se enredan las madejas efectivas y también las simbólicas de las *hilanderas* y *xanas*.

—Sí. Toda la materia de la tercera cinta ha sido curvada con tal giro en superficie de tercer grado, capaz de intrigar a cualquier buen geómetra—repuse lleno de admiración ante aquel problema de la cinta, todavía no atacado por los matemáticos.

—Como que dondequiera que, dentro de cada dimensión, interviene la recta con la curva del divino jeroglífico de IO, se pasa sin darse uno cuenta a la ulterior dimensión, como se puede apreciar en los ejemplos que poco ha pusisteis, así, un giro volvió del revés el segmento rectilíneo, el triángulo y la mano de vuestros símiles, y un giro en el mío de las cintas parece que, al cortarlas, ha hecho pasar el papel a través del papel, anudándole. De aquí el mito augusto de los *Nudos de Gordio*, cortados, que no desatados, por Alejandro, el mal llamado *Magno;* de aquí también los nudos de los quipos peruanos y esotros nudos que con su rotación y translación van astralmente echando en los espacios sidéreos el sol, los planetas y los satélites.

—¡Sois asombroso, sencillamente paradójico, sublime Miranda! ¡Sabéis más que toda una Academia!—le dije.

—No sé sino que son grandes nuestros Maestros teosóficos, por Blavatsky debelados y en quien aprendiese estas y otras muchas cosas—replicó Miranda con modestia.

Luego añadió:

—Teosóficamente, no hay una, ni dos, ni *ene* dimensiones, sino modos de percibir, según el grado de evolución, la Realidad Única que nos rodea y de la que somos parte integradora. Por el oído percibimos la *dimensión* lineal, o sea la línea que une nuestro órgano auditivo con el cuerpo sonoro; por la vista percibimos la dimensión superficial, y la volumétrica, por el tacto. La cuarta *dimensión* nuestra es la imaginación creadora, esa calumniada facultad clave de la Magia y que, según Froschamer, basta por sí sola para explicar la naturaleza entera, la historia y la vida, porque con ella evocamos el pasado haciéndole revivir; sujetamos el fugaz presente y hasta

© Biblioteca Nacional de España

nos anticipamos a lo porvenir; con ella nos echamos fuera de las cárceles, del lecho del dolor y, en suma, de cualquier desagradable sitio donde yazca aherrojada nuestra *bestia* física, atravesando todo obstáculo, cual los *cuerpos gloriosos*, y cruzando instantáneo las más remotas distancias en el espacio o en el tiempo. Todo hombre de imaginación desarrollada empieza a desenvolver la visión astral de un modo inconsciente...

—Entonces—interrumpí—, cuando uno ve en las nubes, o en las crestas de las rocas, o, de noche, en los macizos del camino figuras extrañas de monstruos y de cosas, empieza a ver ya en lo astral; pero ¿cómo se compagina eso con la no realidad física de estos seres?

—Es difícil de explicarlo con meras palabras para quien aún no ha gozado del discutible privilegio de ver en lo hiperfísico. La intuición, la facultad más alta, según Platón, de las tres facultades mentales o pensadoras del hombre, es quien puede darle claro concepto. Fuera de esto, sólo cabe o hablar de Geometría no euclidiana o poner meros ejemplos prácticos.

—Ponedme tan sólo uno...

—Vednos aquí sentados ante uno de los más lindos paisajes asturianos a orillas del Narcea: este paisaje le podemos ver, por lo menos, en cuatro *dimensiones* distintas. Si, adormecido por el arrullo de estas aguas, evocáis con ellas el paisaje beethoveniano de «Junto al Arroyo», o sea, como sabéis, el segundo tiempo de su *Sinfonía Pastoral*, tenéis el paisaje representado en primera *dimensión*, o séase en dimensión *auditiva*. Si en seguida cogéis los pinceles y le trasladáis hábilmente al lienzo, ya tendréis en segunda *dimensión*, es decir, en *superficie* visual. Si consideráis, al par, que le estáis viendo realmente y que podéis tocarle detalle tras detalle, no cabe duda de que le estáis apreciando en la *dimensión* tercera o genuinamente física, y si mañana, una vez que le hayamos dejado de ver, quizá para siempre, cerráis los ojos y le evocáis en vuestra imaginación, ya le tenéis en *dimensión* cuarta; como acaso le tendréis en *dimensión* quinta cuando le ataquéis, geología en mano, en su *idea matriz*, como una de las manifestaciones más gallardas de la formación siluriana a que pertenece. Si luego sentís de él la nostalgia del «amor al bien perdido», ya estáis en su *dimensión* sexta, y si, en fin, musical, pictórica, real, pasional, intelectual y sentimentalmente, le amáis, cual si el paisaje y vos fueseis una sola *Cosa*, ya convivís integralmente con él en una *dimensión esencial y sintética*. ¿Me habéis comprendido?

—¡Oh, gracias, gracias por vuestras enseñanzas generosas, que me valen por años enteros de estudio!—exclamé, admirado ante aquella, para mí, nueva manera de pensar sintiendo y de sentir pensando.

© Biblioteca Nacional de España

—Y no me habléis de que la tercera *dimensión* es la sola real y las demás son ilusorias, porque como dice Carlos Federico Amiel, los *paisajes*, es decir, el mundo todo, son meros *estados de alma*. En el fondo todas son ilusorias, por cuanto el animal, no sólo no apreciaría el paisaje en música a lo Beethoven, ni en pintura a lo Van-der-Goes, ni en la realidad al estilo nuestro, ni en imaginación y demás facultades al estilo de poeta. ¡Eternos niños! Nos extasiamos ante un retrato admirando la exactitud y primor del parecido, y el perro más inteligente no conoce en él a su amo... ¡He aquí la maldición que acarrea sobre el mundo el vacío analismo científico de nuestros días, quien, a bien decir, sólo debería apreciar en el cuadro, como el perro de mi símil, una serie de pegotes y chafarrinones en color! Convenceos: en el mejor retrato de Velázquez no hay *nada real:* el maestro, al dejárnosle, no nos dejó sino sus emociones de *alta dimensión*, inapreciables por todo aquel que no es capaz de vibrar al unísono con el artista, a través del *punto nodal* astro-físico de sus colores, sabia e instintivamente depositados en el lienzo!

—¡Admirable comparación ésta de los puntos nodales! Ellos son, en efecto, como los vértices de un cubo, que pertenecen, a su vez, a sus tres aristas o *dimensiones*, sin ser exclusivamente de ninguna. Ellos son, pues, lo que podíamos llamar los *chacras* o centros de fuerza y de unión de la Naturaleza, y sobre ellos la visión astral se opera, sin disputa.

—No sólo la visión astral, sino la mental, que vale más por ser superior, y con la que ahora mismo estáis dominando el problema. La Divinidad, que es la Nada-Todo-Absoluta, está detrás siempre de los *puntos nodales*. Ella, pues, es el *Eterno Nudo* de todos los problemas y por eso *el nudo* es la *Magia*, *el nudo* es el *eclipse revelador*, y mágica fuera por ende también la antigua veneración al *Dios-Término* en donde todo acaba y torna a empezar todo, por ciclos de ciclos.

Con esta conversación habíamos dejado atrás toda la falda izquierda de Sequeros, sierra que, del otro lado caía hacia otro valle análogo por cuyo fondo corre el Ibias, regando, o por mejor decir sin regar, según es lo estrecho de su cauce, la comarca de Degaña, Pecos, Tablado, Taladriz y San Martín de Ibias, hasta desaguar en el río Navia, junto a Ouviaño, al norte de los picachos de *Bal-oute* y de los *Ancares*, tras los que se extiende la meseta berciana, punto de partida para nuestra inverosímil correría.

Por sendas esfumadas entre peñascales y maleza, donde era preferible andar a pie, nos fuimos internando a lo largo de la Sierra de Aviedo, por el borde del célebre bosque de Rengos y sus aledaños, verdadera Selva

© Biblioteca Nacional de España

Negra germana, antaño de muchas leguas de extensión, entre Larón y Rengos y continuada con la aún mayor de Moniellos, sitios misteriosos donde otros hombres menos hechos a estos viajes que nosotros habrían sentido también, al penetrar en ellos, aquel invencible terror que las legiones de César experimentasen al atravesar las interminables selvas druídicas de la Galia para pelear contra Vircingitorix o contra Herminio, los *Viriatos* respectivos de Francia y de Alemania.

—A partir de estos lugares, que borran del ánimo las tristezas eremíticas de Leitariegos—dijo Miranda—, comienza la región arbórea más notable de Asturias y aún de toda la Península, y si la Cámara de Wáshington declaró en 1872 «Parque Nacional» al territorio entero de Jellowstone, otro tanto debieran hacer las nuestras con aquestos bosques de Rengos, Moniellos, Moal, Monasterio del Coto, Aviedo, la Fana, Arbolente y algún otro, extendidos por esta Asturias occidental, desde el sitio donde estamos hasta la Pola de Allande, o sea una buena treceava parte de la superficie del Principado, región llamada por los accidentes de su suelo *cánica* o «quebrada», y de aquí el nombre de la vecina Cangas de Tineo, como nos enseña su cultísimo historiógrafo Faustino M. de Arbas; divina comarca aquesta, en fin, que cuenta con la arcadiana *Huerta de Caniellas*, a mil metros de altura, y con tesoros de *blanca hulla* en cascadas, cual la de la *Cola de Caballo* en *Aguas Blancas*, junto a Posada de Rengos, cascada ella equiparable sólo a la del Niágara, o a la del *Aiguarai-guasú* argentino, pues que cae de sesenta metros de altura. Con semejante declaración oficial de *Parque*, propuesta por dicho escritor para estos bosques, terminarían en seco los escandalosos litigios sostenidos acerca de la propiedad de ellos, algunos ya muy próximos a durar un siglo, y evitaríamos el daño y la vergüenza de que Compañías extranjeras, tomándonos por pueblo africano, continúen talando monstruosameste semejante riqueza, que así robamos a las generaciones futuras.

—¿De modo que en tamaña extensión no se interrumpe el bosque?

—En realidad no, porque las mismas brañas intermediarias, o mejor dicho, vecinas, con su estéril flora esteparia de árgoma, ginesta, brezo, piorno, etcétera, tan poco productiva, podrían transformarse en pinares espléndidos, como se ha empezado a realizar en su país de usted, bajo el célebre Monasterio de Guadalupe y, en mayor escala, en la antes estéril landa de Burdeos. De Valvaler a la Serrantina, y de Hermo al Cantábrico, esto debería ser un bosque, sin rival en el mundo, como acaso antaño fuesen también dichas brañas.

—Perdonad dos preguntas, que nada tienen que ver con tan impor-

© Biblioteca Nacional de España

tante tema. ¿Dónde estudiar las lámparas maravillosas y por qué decís Monasterio de Ermo o de Hermo con *ache*, y no de Hermes, como yo diría al verle emplazado entre tantos nombres orientales y egipcios, tales como Ibias, Larón, Gedrez, Narcea, Menes, Bimenes, Murias y cien otros?

—En realidad tenéis razón de que debiera decirse de Hermes, y no de Hermo, con *ache* o sin ella, en recuerdo del gran *Hermes Trimegisto* egipcio; pero acaso este ligero cambio de terminación nos pone en la pista de que si *Ermo*, puede ser *yermo*, es decir, lugar despoblado, que todos ellos son *herméticos* y ocultistas como usted no ignora, *Hermo* pudo así decirse por pitagóricos y priscialianistas astures, que los hubo en gran número, en honor de *Hermo-damas* o *Hermo-daimon*, el primer maestro de Pitágoras, que a éste iniciase en misterios de rápsodas y dáctilos, como ya sabemos. En cuanto a la maravillosa lámpara que, ardiendo por otros pocos o muchos siglos, dejáramos anoche en la cueva en espera del explorador más o menos científico que haya de profanarla al cabo, no tenéis sino volver a hojear el capítulo séptimo, libro primero, si mal no recuerdo, de *Isis sin Velo*, allí veréis citados los libros que hablan de tales lámparas, como el *De defecto oraculorum*, de Plutarco; el *Oedipus Aegyptiacus*, de Kischer; el *De Civitas Dei*, de San Agustín, y los de Erasmo Francisco, Liceto y otros cien por lo que afecta a la alquimia que en las lámparas juega, o sea al *Aqua mercurialis*, *Sulphur* y *Oleum vitri*, con que su inextinguible fuego se mantiene dentro ya de nuestra más completa posibilidad científico-positivista, pues que nadie puede hoy negar que una lámpara pueda arder eléctricamente sin consumirse en mucho tiempo, a condición de montarla con electrodos naturales que creen y mantengan la corriente: metálicos unos; lapídeos y bituminosos los otros, aparte del inmenso, del inagotable potencial eléctrico que se alberga en las entrañas de la tierra y en las altas regiones atmosféricas. De aquí las recetas enigmáticas de los alquimistas, que aguardan un nuevo Berthellot que las esclarezca, como es debido, en su triple significado mental, espiritual y químico.

Entretenidos con la conversación, estábamos ya ganando los altos de Gedrez o Jedrez, sobre cuya etimología me enseñó no sé qué cosa nuestro sabio, relacionada con el tan oriental juego del *ajedrez*, juego que parecía expresar con las letra inicial y las demás de su nombre, un concepto contrario del nombre de Jedrez, aldea que, con sus altas lomas se ostentaba al frente de aquella última estribación de la sierra de Canilles, sierra que, a su vez, venía separando desde el mismo Pico de Arbas el valle del Narcea, atrás dejando al valle del Naviego que la carretera seguía.

© Biblioteca Nacional de España

Para tomar, pues, en esta última nuestro cómodo auto, tuvimos que andar, o que descolgarnos mejor dicho, por Piedra Fita; el río Tormo, émulo del Tormes salmantino, Villar y Gillon o *Xilón*, el *Xila* astur, cuyo nombre recuerda a las rocas escriturarias del Xila norteamericano, pariente de las gentes del Gaedhil irlandés-ibero, hasta llegar a un verdadero anfiteatro de seis u ocho vallecitos que, por la disposición de sus oteros respectivos, remedaban los dedos de una mano gigantesca. Una nueva y penosa subida hacia Noceda, dejando atrás la sierra de Soldepuesto y, ya en esta población, la conquista de los contrafuertes del *Lago de Noceda*, a la mitad del camino de Noceda a Regla, por sitios famosos en urces, piornos, robles, abedules, faedales o hayas, llenos de *yalgas* y de leyendas.

© Biblioteca Nacional de España

II

Caos geológico.—El terreno siluriano astur.—Símiles felicísimos.—La colección mineralógica.—El Lago de Noceda.—La Xana Caricea.—Los precursores del *Don Alvaro o la fuerza del sino*.—El misterio de las Xanas.—Sus seducciones terribles.—Las gallinas de los huevos de oro.—¡Dame tu pobreza y toma mi riqueza!—*Per aspera ad astra*.—Las hilanderas y su tela.—El río Luiña.—Los fantasmas de Villategil.

—Supongo os hacéis cargo del caos geológico de esta parte de Asturias—me había dicho Miranda aprovechando un breve descanso en el camino—. Razón tiene Faustino M. de Arbas cuando dice que desde cualquiera de las cumbres de esta zona puede contemplar el geólogo uno de los países más accidentados y más abruptos de nuestro planeta: un remedo del más proceloso mar primitivo que hubiese quedado petrificado de repente por mágico conjuro, constituyendo con las crestas de sus olas, montañas aquirizadas por la nieve, y con sus fondos, profundísimos abismos, tajados casi a plomo.

—Sí, yo comparo ya al principado con un hermoso pañuelo de seda que, extendido, podría cubrir toda España, así como suena, y que, plegado como está por tremendos cataclismos geológicos, sólo ocupa esta estrecha zona entre la montaña y el mar, constituyendo el talud de caída de la meseta castellano-leonesa hacia el Cantábrico.

—Vuestra comparación es exactísima. Cuantos geólogos han visitado a Asturias se han hecho a semejante idea de la grandeza asturiana, a partir del divino Juan de Herrera, constructor del monasterio de El Escorial, quien obtuviese de Felipe segundo agradecido, la concesión, por treinta años, de todas las minas de cobre y plomo de la comarca, riqueza que hoy representaría la del millonario norteamericano más poderoso y para aquél no representó nada sin embargo, porque le invalidaran en sus nobles propósitos las argucias leguleyas del Consejo y los contadores de la Real Hacienda. Igual pensó el patriarca de todos los geólogos asturianos: Guillermo Schulz, e igual Carlos tercero, Jove-Llanos, Juan Bautista González Valdés, el gijonés

© Biblioteca Nacional de España

que tuviese la primera intuición sobre la riqueza carbonífera asturiana y nuestro ya querido conde de Toreno, abuelo de aquel otro que escribiese la *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, cuanto el apreciabilísimo Luxán, Paillete y los doscientos más que enumera el incansable Fuertes Acevedo en su *Mineralogía Asturiana* y en su precioso *Estudio Bibliográfico de Asturias*.

—Sí, este terreno es más típicamente silúrico que el del propio Principado de Gales, de cuyo viejo reino tomara, creo, el nombre.

—Así es en efecto—replicó Miranda—, y a un símil como el vuestro del pañuelo de seda, debo responder a mi vez con otro astronómico, por aquello de *a tout seigneur*... Sabed, pues, que la configuración y límites de este Principado caen bajo el símbolo de la Osa Mayor. Las dos ruedas traseras del *Carro*, que señalan al divino norte de la Aquiana o *Jiana* bercense, son, a bien decir, Castropol en el mar y los Ancares de *Ra* o *Rao* en la montaña. Las otras dos ruedas contrarias o delanteras son, respectivamente, el cabo de Peñas, que se hunde en las olas en la península de Candás Avilés, y el pico de la Peña Ubiña frente a Pajares, por donde penetra la vía férrea, y en cuya línea meridiana se halla exactamente Oviedo. En cuanto a las otras tres estrellas de *la Vara del Carro*, os permito que las emplacéis en cualquiera de los picos de Piedrafita, San Isidro, Tarna, Ventanilla, Arcedonio, Beza o Atiba, siempre que me guardéis la estrella última para colocarla precisamente en Tina Mayor de Colombres, que separa la costa astur de la santanderina o de Santillana... Ahí tenéis al nunca mejorado Mapa de Schultz, que no me dejará mentir.

Reíme de buen grado ante la justeza matemática de la comparación, comparación tan feliz como cuantas ideas brotasen a la continua de aquella privilegiada mente, y me dediqué a contemplar como artista el laberinto de sierras, valles, rocas, árboles, riachuelos y malezas que en caótico desorden se entremezclaban, se confundían en panoramas tales que para hallarlos semejantes es preciso haber atravesado, como yo, los Andes por cuatro sitios distintos.

—¡Los Andes!—exclamó Miranda, mientras enriquecía con el ejemplar número doscientos trece nuestra colección de minerales, que ya se hacía notar demasiado por su peso y volumen sobre el lomo del más poderoso de los machos de la recua—. Los Andes son al continente sudamericano lo que estas montañas, también silúricas, son al continente ibérico. Sí, no sonriáis, porque la Península hispánica, al presentar en compendio todos los terrenos y minerales del mundo, con cargo como sabéis por el ocul-

© Biblioteca Nacional de España

tismo, a la Atlántida y a la Lemuria, es un verdadero continente, donde no falta roca alguna de las fundamentales estudiadas por la Geognosia.

—Sí, pero todo muy en pequeño—opuse, por oirle.

—¡En pequeño, en pequeño! ¿Acaso Atenas fué más pequeña moralmente que hoy Nueva York o Londres o Berlín? La cantidad es cosa propia de los que *no ven*, y la calidad de los privilegiados *que miran*, dicho sea sin ánimo de incluiros entre los primeros, sino entre los segundos, pues que vos estáis mirando este dédalo de sierra con ojos y pasión de verdadero artista.

Y cogiendo más allá el ejemplar número 214, que era un precioso mármol runiforme, parejo con los de Florencia, añadió triunfal mientras le echaba al saco:

—Llevamos una colección de mármoles capaz de ser parangonada, en calidad, con la célebre de nuestro Toreno, y otra de talcos amarillos y verdes, micas lepidolíticas a base de litina, calizas bituminosas con fósiles de *spirifer mosquensis*, el molusco de Verneuil, que no hay más que desear, y eso que no he querido profanar la sagrada Cueva, arrancando ni uno solo de sus maravillosos alabastros.

¡Santo cielo! — pensé —, ¿qué habría sido de nosotros si a tamaña masa de alabastros, antimonios, grafitos, ágatas multicolores, desde el negro y el azul violáceo hasta el blanco y el rojo sanguíneo, verdes pórfidos, rojas areniscas impregnadas de cinabrio y cuantos minerales puede mostrar el terreno siluriano en su transición con el cámbrico occidental astur o el devónico de más hacia el centro, hubiese agregado unas cuantas docenas de aquellas otras preciosidades del hipogeo... ¡Para las piedras, que no para nosotros, habría tenido que quedar la recua!

A poco de reanudar la marcha, escalando a pie los picachos que le solapan, caímos al lago de Noceda, el *Lago de los Nogales*, que ya no tenía nogal alguno en sus márgenes, si es que alguna vez los tuvo.

—Este es el lago—me dijo Miranda, mientras me extasiaba en sus orillas y tomaba un apunte a lápiz de su regio conjunto,—que otros escritores asimilan al de Carucedo en lo relativo a la leyenda de *La Ondina o xana Caricea*. A bien que sea de uno o de otro lago, nada se pierde en el cambio, por cuanto ya sabéis que entrambos lagos pertenecen a nuestras Asturias en el más lato e histórico de los sentidos.

—Os ruego me refiráis la tal leyenda—repuse.

Y me preparé a escuchar sentándonos en un peñasco que avanzaba entre las rizadas ondas, azules intensas donde las alumbraba el sol, y viole-

© Biblioteca Nacional de España

tas donde quedaban en sombra, coloraciones idénticas a las que observase en los Andes chilenos en aguas de la *Laguna del Inca*.

—Las leyendas son dos, a bien decir. La de la Ondina Carícea, que acaso pertenece de derecho al lago de Carucedo, es muy breve y casi la tengo por histórica. Cuéntase, en efecto, que cuando los romanos Carisio y Antistio habían ya penetrado en la Asturias trasmontana y ganado por engaños a los naturales una terrible batalla hacia el Nalón, Carisio remontó el Narcea hasta cerca del Hermo y en dirección del Tormaleo de Ibias descripto por las célebres cartas de Eugenio Salazar publicadas en el epistolario de Rivadeneyra; pero al llegar a los sitios que hoy llevamos cruzados, le salió al paso la rencorosa *xana* astur que quería vengar en el jefe la profanación romana de su secular retiro delicioso. Mujer, al parecer, la más hermosa que en el mundo se ha visto, cegó instantáneamente de pasión al vicioso caudillo, quien quiso agregarla como el mejor de sus trofeos al millar de sus infelices cautivas; pero ella, corriendo sierra arriba y sierra abajo como un gamo, escapó a su persecución. Siguióla, empero, como pudo el sensual caudillo hasta la orilla misma de este lago, donde la hermosa parecía haber caído falta ya de fuerzas. Ebrio entonces de pasión Carisio, al sentir cercana la brutal satisfacción de sus deseos, la ciñó con sus brazos; pero ella, que no era efectiva mujer, sino verdadera y temible *xana*, echóle al cuello a su vez sus torneados brazos y cual poderoso dogal de muerte fuése deslizando suavemente por la orilla, al par que arrastraba a su víctima y le ahogaba gozosa en el fondo azul... Nadie volvió a saber más del infame destructor de las seculares libertades montañesas.

—Hermosa leyenda, en verdad—dije así que hubo Miranda concluído—. ¿Y la otra?

—La otra es la narrada, con cargo al lago de Carucedo, por el simpático cronista Enrique Gil, quien dice, próximamente, así:

«El sitio ocupado por el lago era antes un valle con una vieja abadía románica regentada por un verdadero santo que había recogido a cierto niño que una noche de nieve fuése abandonado a su puerta. En el vecino pueblo, una buena mujer amparaba a su vez a cierta huerfanita, víctima inocente de la trágica muerte de sus padres. Niño y niña crecieron juntos, y cuando ya fueron mayores, se amaron con arcadiana pasión mientras apacentaban sus rebaños.

»El vicioso señor feudal de Cornatelluris se hubo de prendar ciegamente de la zagala, que le odiaba, y desoyendo las exhortaciones del santo abad, pretendió usar con ella de la violencia, a pretexto de sus vanos derechos se-

© Biblioteca Nacional de España

ñoriales. El joven pastor, exasperado por los celos, le dió muerte, y huyó al cerco de Granada, donde por su heroísmo ganó el hábito de Santiago. Tras mil aventuras regresó luego el joven, a tiempo que su viejo protector agonizaba. El moribundo le reveló su origen y el cómo era nada menos que el propio hijo del gran maestre de Santiago. Nada, empero, pudo volver a saber de su amada zagaleja, por lo que, lleno de aflicción, profesó en aquel mismo monasterio, y fué nombrado más tarde sucesor del santo abad a quien tanto debía.

»Cierta noche el caballero-monje se hallaba en ferviente oración, cuando le notificaron que una mujer, o más bien la sombra de una bruja, tenía aterrorizados los montes y valles vecinos. Sale entonces el nuevo abad a conjurarla en nombre de Dios, y se encuentra, ¡oh prodigio!, con la persona misma de su amada, quien, en hábitos de monja y tenida, con razón, por loca, vagaba errante por aquellos lugares un día santificados por su amor.

»El abad, en viéndola, no pudo reprimir el mal dormido fuego de su antiguo amor, y hubo de revelarse a la cuitada como tal amante; pero ésta, en su desvarío, no alcanzaba a reconocerle bajo el hábito monástico, «porque su amante, decía, había de llevar el arco de los cazadores y el casco de los guerreros»... Entonces el abad olvida su carácter y sus hábitos. Despojándose rápido de ellos se viste en seguida de cazador-guerrero, y así se presenta a su amada. Ella le reconoce al punto, en medio de su locura, y ciegos de pasión los dos, caen el uno en brazos del otro; pero antes de que entrambos profanasen sus votos, una gran catarata, brotando milagrosamente de los montes vecinos, anegó la abadía, y así, pronto, se hubo de formar abajo el lago inmenso que desde aquel momento ocupa su sitio... El fuego de la más noble de las pasiones quedó pues apagado por el agua purísima del lago, que, desde entonces, sirve de encantado alcázar, al par que de tumba de sus amores, a aquellas dos almas sublimes que allá en el cielo acaso nunca fueron sino una...

—Esta es la leyenda, casi, del Duque de Rivas, en su *Don Alvaro, o la fuerza del sino*—me dije.

Levantamos manteles, y después tiramos más de dos docenas de placas con cargo a aquel encantado rinconcito donde ningún sér viviente había interrumpido nuestra conversación y contemplación, y donde el *ojo fotográfico*, ese ojo maravilloso que es capaz de registrar en su colodión astros del cielo que el ojo humano nunca alcanzara a ver, acaso habría registrado el *etéreo cuerpo* de alguna de aquellas *xanas* del lago diáfano y aún—según dije, sonriendo, a Miranda—a la propia Ondina Caricea.

© Biblioteca Nacional de España

—Las *xanas*, o *chanas* como dicen en el país, las *jianas*, *jainas* o *juanas*, como en buen castellano acaso debiera decirse—observó Miranda—; las diosas astures, en fin, de lagos y fuentes, existen, ¡ay!, sin disputa. Yo no os diré ahora si las tengo o no vistas, pues la visión astral y la etérea, relativamente tan fáciles de desarrollar como sabéis, suelen ser título de dudosa gloria, y las más de las veces un triste privilegio del que no hay para qué envanecerse. Sólo, sí, os prevengo, que hago votos sinceros porque vuestro buen *karma* os permita no tropezároslas alguna vez en vuestro sendero hacia el ocultismo... Esto en cuanto afecta a nuestras ideas, pues por lo que hace referencia a lo que de ellas sabe nuestra Mitología vulgar, sólo os diré, con Jove y Bravo, que las características legendarias de la *chana* o *xana* son idénticas a las de la ondina grecorromana. Esta entidad etérea, casi física, es siempre una dama joven, escultórica en su flexible cuerpo de hada rubia con ojos verde-mar; carnes más suaves que el rayo de Luna, con cuyo reflejo se confunde hasta el punto de que los pocos y, valga la frase, afortunados mortales de otro tiempo que alcanzasen a verla, cuentan, ¡inocentes!, que jamás pudieron lograrlo sino bajo la sombra de los arbustos y matorrales que orlan siempre, a guisa de pórtico, las fuentes de su predilecta residencia. Seres dulces, felinos, sugestivos, irresistibles, envidian al hombre porque tiene la no estimada dicha de morir, mientras que ellas parecen gozar, a la inversa, de una especie de inmortalidad estúpida en el plano más inferior del éter, colindante ya con nuestro mundo físico, inmortalidad que les condena a no poder subir jamás a las excelsas moradas de Paz, donde, libre del fardo del cuerpo, remonta raudo el espíritu del hombre, como harto hermosamente lo puntualizase Fenelón en aquellas primeras frases del Telémaco que todos recordamos del bachillerato, y que rezan: «Calipso no hallaba consuelo tras la partida de Ulises; en su dolor, ella se consideraba desgraciada viéndose inmortal...»

Uno de los inocentes recreos que se atribuyen a la *xana* en los ratos que la dejan libres los cuidados de su gentil persona y del peinado de las hebras de oro de su nudosa cabellera, es el de alimentar, echándolas en vez de trigo pepitas de oro, a una vividora bandada de gallinas o *pitas*, cosa de donde tomó origen la consabida fábula de *la gallina de los huevos de oro*, gallina simbólica que es muerta, cual nuestras más *áureas* facultades superiores, a manos de la vana curiosidad y la insaciable codicia.

Pero entre todos los recreos inocentes de la *ninfa de la fontina*, hay otro menos inocente por harto más peligroso, sin duda, y es el de atraer a sus redes, cual pérfida sirena, a cuantos incautos mancebos se atre-

© Biblioteca Nacional de España

van a evocarla tres veces con ciertas ceremonias y con la frase o *mantra* del ritual que dice: «Dame tu riqueza y toma mi pobreza», o lo que es lo mismo, «dame tu oro, tus encantos virginales y las delicias de ese etéreo mundo donde vives y toma en cambio mi pobreza, la aparente pobreza del espiritual tesoro de mi alma llamada a ser dueña y señora un día del Planeta, según aquella frase de San Pablo, que dice: «¿Pues qué, habéis olvidado que nosotros juzgaremos hasta a los propios ángeles?». Y, efectivamente, ninguna frase de ocultismo asturiano resulta más profunda que ésta, por ser a modo de un símbolo de toda la vida del hombre sobre la Tierra. Ya que la *xana*, como cuantos tentadores ha habido en el mundo, nos ofrece, para perdernos, un paraíso de riquezas sin tasa y de mentidas delicias de lo astral, cosas bien lejos, por cierto, del ascetismo verdadero y de sus ásperas virtudes, expresadas en el famoso emblema de *per aspera ad astra*, único y estrecho sendero, de los sabios «que en el mundo han sido».

Prototipos de la *maya*, de la *gran ilusión* natural, las *xanas*, al así tentar al hombre con sus falsos hechizos, no hacen sino repetir la tentación sufrida por los anacoretas en el desierto. «Todo eso te daré, si rendido me adorases», dice por otra parte el tentador a Jesús, cuando le ha llevado a la cumbre de altísimo monte y le ha mostrado el panorama de todos los pueblos y riquezas de la Tierra, pero el Salvador conoce en sí mismo a su Divinidad interior, prenda segura de la inmortalidad y de la verdadera dicha, y entonces le aleja de sí para siempre con aquellas palabras de «¡Al Señor únicamente adorarás y a Él sólo servirás!»—, con lo que el Tentador huye avergonzado, sintiendo en su corazón el despecho infinito de todas las Circes, Calipsos, Kala-yonis o Kundrys, quienes, en su falsa inmortalidad etérea de *xanas* seductoras, no han podido apartar de la senda hacia la única inmortalidad verdadera a los héroes de todas las épocas: Krishna, Odin, Hércules, Eneas, Quetzalcoatl, Parsifal y tantos otros.

—¡Bien dicho! Sois maravilloso en verdad, amigo mío. Pero, ¡cuán bellísimas no serán entonces las terribles *xanas!* Sólo un héroe semidivino, o bien un asqueroso nibelungo, como Alberico que maldijo al Amor buscando el Oro, puede sustraerse a sus encantos—dije.

—Cierto, y por eso la sabia Naturaleza astuta, nos aparta a las *xanas* de nuestro sendero, poniendo un velo astral, *Velo de Isis*, entre los pasionales ojos de los hombres y aquellos sus ojos verde-azules indefinibles; pero, ¡ay!, que el tropiezo con una de estas criaturas suele ser obligado paso del *chela* y que tampoco faltan locos jóvenes incautos que ora por terque-

© Biblioteca Nacional de España

dad, ora por vicios de esos a que en dos o tres ocasiones alude *La Biblia*, han roto a destiempo el casto velo separador, perdiéndose, sin remedio, cual aquel primogénito de la Casa de Almenar, que en las ondas de la Fuente de los Álamos viera aparecer aquella «mujer de los ojos verdes de ajenjo» quien, en nupcial abrazo, le arrastrase al abismo, no lejos de la misteriosa caverna soriana de *San Saturno*, al decir de la preciosa leyenda de Gustavo Adolfo Becker, el ocultista que, sin conocerlas, adivinó sin embargo a las irresistibles *xanas* astures. Porque ellas son el resumen de todo cuanto hay de dulce al par que ingrato; de amoroso al par que pérfido. Seres venustos, enemigos de toda austeridad, no gozan sino seduciendo a los hombres más puros, más rozagantes y de más risueño porvenir, tanto que es fama que ellas han copiado y copian de la luz astral el reflejo de cuantas bellezas mujeriles han refulgido en Asturias desde que el mundo es mundo.

—¿Y opinan así todos los tratadistas de mitología astur?

—Absolutamente todos, al menos en su fuero interno, que no en balde se ha dicho de nosotros aquella acerada sátira de:

«—¿Asturiano?
—Vano, loco o mal cristiano»,

y por eso nuestras terribles pasiones han sido relacionadas por alguien con aquel apodo de *descogotados*, que no sé bien si Cervantes o Quevedo nos adjudican. Por eso todos han hablado con encomio de las *xanas*, desde Jove y Bravo hasta mi admirado Juan Uría y Ríu. «Las *xanas*, dicen, en efecto, surgen entre las brillantes espumas de las cascadas, entre las ondas cristalinas del río o de la fuente que brota de la roca en un fresco y verdoso rincón de la montaña, siempre en los más escondidos parajes cual las moradas de las ninfas divinas que en el Siplo de la Ilíada danzan a lo largo de las márgenes del Aquelao, y suelen ser pequeñitas, vaporosas como la niebla, y envueltas en plateadas túnicas. Poco antes de amanecer salen de la espuma de las aguas, llevando cada una las madejas de oro que han hilado durante el día y tendido a secar en las márgenes del río. Interin éstas se secan danzan en torno de ellas, cogidas de las manos y riendo alegremente, mientras que a su paso gentil el suelo se alfombra espontáneamente de flores que parecen surgir al mero contacto de sus pies diminutos, mas apenas el primer rayo de sol hiere el oro de las madejas y dora los cabellos de las *xanas*, ellas las recogen con precipitación y vuelven a sus palacios de roca, cuya entrada cubren las aguas; sécanse entonces las flores y no queda ni rastro de la

© Biblioteca Nacional de España

danza. El mortal que llegase a tiempo para coger una de esas flores antes de que se marchitasen, se habría apoderado del talismán de la felicidad, y quien consiguiese asir un solo hilo irrompible de las madejas de oro y le continuase hasta el otro cabo, lograría penetrar en las moradas de la ondina, donde hay a montones oro y pedrería. Cuéntase que algún osado se apoderó del hilo y se lanzó al río, siguiendo aquella guía hasta penetrar en la recóndita caverna de la *xana*, pero hubo de quedar allí cautivo y dominado por sus encantos, en daño terrible de su libertad. Eso fué una mañanita de San Juan, único día en que tal ventura puede acontecer. ¿No es verdad—añade Jove y Bravo—que esto asemeja a la leyenda de las Tylwith-teg gaélicas, que viven en medio de un lago, y cuya morada se abre una sola vez en el año, en la mañana del primero de Mayo? ¿No es cierto que esas madejas de hilo de oro finísimo pueden ser la materia con que se hacen los velos tejidos por las hadas de los romances y leyendas del medioevo?

—¿Son, pues, eternas las *xanas*?

—Eternas según se tome la palabra, porque ya sabéis que la palabra *ulan* en hebreo no significa lo que creemos, o sea *siempre*, sino «un largo período cuya duración indeterminada, pero no infinita, no se conoce bien». Jove dice que las más bellas *xanas* gozan de perenne juventud, mas, como todo, hasta la inmortalidad, es relativo, parece ser que les llega un tiempo, tiempo que se cuenta por siglos, en los que algunas se sienten retraídas, cansadas ya de seducir incautos, y como inclinadas al reposo y a meditar sobre ciertos problemas de su pasado o de su porvenir. Surgen entonces bajo la curiosa faceta de hiladoras o *hilanderas*, equivalentes a las *nornas* o parcas norsas que tan augusto papel juegan en el Anillo del Nibelungo. Cada comarca sólo tiene tres de éstas, investidas de honores casi divinos, o sean su Cloto, Laquesis y Atropo grecorromanas, según que, respectivamente hilan, entretejen o cortan el *hilo de oro* de cada humana existencia. Ellas, en fin, como hueste colectiva, son las hijas de la Naturaleza, Madre Universal cuya obra es cantada en las *Estancias* del oriental *Libro de Dzyan* en estos términos, que me sé de memoria, por haberlos leído muchas veces: «El Padre-Madre teje una Tela, cuyo extremo superior está unido al Espíritu, Luz de la Obscuridad Única, y el inferior a la Materia, su extremidad de Sombras. Esta Tela es el universo, las dos Substancias hechas Uno: la trama de Svabhavat. La Tela se dilata cuando el Soplo del Padre-Fuego Creador cae sobre ella, y se contrae cuando la Madre-Agua la infunde su hálito frío... Cuando la Tela se ha enfriado constituye los mundos...» Por eso un espíritu artístico y libre de pre-

© Biblioteca Nacional de España

juicios no podrá menos de ver siempre, en el mito de las Hilanderas y de su Tela, el himno más vigoroso y antiguo de la cósmica evolución.

Siguiendo silenciosos nuestro áspero camino, tan difícil de recorrer como de describir, dejamos atrás aquellas comarcas solitarias en las que antaño dominase el tirano señor del castillo roquero de Tras-mato, cerca de Regla, de la ermita de Murias, Larón, Vega del Moro o de Meoro, y Naviego, y apenas pudimos consagrar breve tiempo al templito románico de este pueblo compañero del de Santa María de Carvallo, la iglesia de una sola nave, con tímida puerta como de cueva, con pilastras de capiteles tetrafolios y tornapolvo de prismáticos clavos, preparando ya el arco gótico y la imposta de ramos trifolios, que Vigil diría.

—¡Cuán admirable vehículo es el auto, a condición de que haya carreteras!—hube de pensar gedeónicamente, al verme ya desmontado del vigoroso macho, que me tenía más que molidos los huesos.

En efecto, apenas nos habíamos arrellenado con toda comodidad en el vehículo, cuando ya estábamos en Villategil, precioso sitio de empalme de la carretera por donde descendíamos con la que va de Caboalles a Puente Mestas y confluencia, además, de los dos ríos: el Naviego, cuyas fuentes viésemos el día anterior en Leitariegos, y el Civea, que entraba torrencial por la derecha, arrancando de la eremítica zona del Orallo, la Serrantina o la Llamera y los Acevales. La corriente así engrosada recibe el nombre de río *Luyna, Luiña* o *Luna*, cuya margen, seguida unos kilómetros más por la pintoresca carretera, nos iba a conducir en breve tiempo a Cangas de Tineo, la soberana capital de todos aquellos agrestes contornos, con sus 1.500 habitantes. Las sierras Romana y de Santarbas habían quedado a la izquierda, y de igual modo quedaban atrás también el interesantísimo Sorrodiles, con su histórica *Piedra de Griegos* y las cumbres del Santuario de Acebo, bien merecedoras, por cierto, de más atenta visita.

—¿Qué es esto de los fantasmas y duendes de Villategil, que leo en la guía?—interrogué a Miranda.

—No lo sé bien, mi amigo—respondió—. Notad desde luego que cruzáis una región donde quizá, más que en otra alguna de la maravillosa Asturias, hay más nombres y más cosas chocantes, porque el misterio físico de estos valles, de estos peñascos tajados casi a pico, de estos bosques apartados del contacto de las gentes, corren parejas con los misterios históricos y esotros del humano espíritu.

—Por aquí, en efecto—continuó Miranda—, por el centro de la región canguesa está la sierra *Jaina* o de Genestoso, la asimismo *jaina* del *Buyón* o *Bueyón*, otra sierra llamada, por ello, *Maldita* y *Vocibrán* nombres

© Biblioteca Nacional de España

más enlazados tradicionalmente sin duda con los bramidos de la consabida *Vaca,* de lo que se pueden figurar nuestros filólogos; el templo y bosque de la Fana o *Jana, Torbral,* que acaso es *Torobravo;* la sierra de Queipo o del *Quipo,* pues que tal *e* pudo bien ser antaño, cual en el francés, una *e* muda; es decir, la sierra de los mágicos nudos de contabilidad primitiva a la que nuestros *parientes* mexicanos e incas llamasen *quipos,* y que fueran quemados a montones por nuestros fanáticos misioneros, perdiéndose así, cual si hubiesen incendiado un archivo, todas las cronologías, leyendas, artes y ciencias de aquellos *hijos del Sol,* también, del Cuzco, pues no debéis olvidar que desde que dejásemos atrás la sierra de *Soldepuesto,* comenzamos a salir de la región propiamente *solar* asturiana para entrar ya en la lunar, como lo podéis apreciar en el propio nombre lunar de este río que seguimos; en el de Arganza que en él entra—de *Arga,* la plata y la Luna—, en la Argancina de más allá, por cuyo Puente Nuevo pasaremos a Allande, y el haber comenzado ya desde Bimeda y quizá Bimenes, los viñedos famosos, cuyos *cachicanes* o alocados vendimiadores son la última supervivencia en la comarca del viejo culto de Baco o Dyonisio, que sabéis bien es Jehovah y *La Luna.*

—Tenéis razón; pero volviendo a mi tema, ¿habré de quedarme con la curiosidad respecto a los dichos fantasmas de Villategil?

—Sólo os diré que presumo se refieren ellos a la triste época de Carlos segundo *el rey hechizado,* porque parece ser que en el convento de las canguesas dominicas de la Encarnación había, *in diebus illis,* tres pobres religiosas poseídas por el espíritu maligno, ni más ni menos que acaeciera también, en pleno siglo diecinueve, reinando Isabel segunda o *el Padre Claret,* por mejor decir, cuando la celebérrima sor Patrocinio de las Llagas. Hete aquí que el enemigo se complacía en transportar en doble astral todas las noches a entrambas monjas, hasta los picachos y hondonadas de Villategil, retornándolas, al amanecer, a sus lechos, que luego aparecían manchados de lodo y salpicaduras de sangre por los destrozados pies de las nocturnas e involuntarias andariegas, las cuales salían después diciendo que Dios les revelara al oído que al vicario cangués Argüello le guardaba para cosas muy grandes en el siglo. Por entonces eran cuando peor se hallaba el último Austria y el famoso Padre Froilán Díaz, cuando lo supo, hizo que por el Santo Inquisidor general fuera abierto proceso para ver de averiguar si todo ello estaba relacionado acaso con la salud del monarca embrujado. Escribió entonces Rocaberti a Reluz, obispo de Oviedo, quien, desconfiado y práctico como buen astur, cuanto conocedor de cómo las gastaba la Inquisición, se negó a tomar cartas en el negocio, y en

© Biblioteca Nacional de España

cuanto al Vicario, objeto de la profecía y condiscípulo de Froilán, aún fué más pícaro, pues, apurado por las conminaciones que de la Corte venían, acabó por decir que los malos espíritus se negaban a responder como no se les conjurase al efecto en la propia iglesia matritense de Atocha. Muerto Rocaberti, nada más se volvió a hablar del importante asunto que a poco no le cuesta al astuto vicario el ir a los calabozos de la *santa institución*, y hasta a la hoguera.

Aquí llegaba Miranda cuando, sin darnos cuenta, paró el *auto* en la misma Cangas. Yo entonces protesté indignado contra la rapidez de un vehículo, como aquel que, no contento con robarme locamente paisajes tras paisajes, me cortaba las más interesantes pláticas de mi amigo. Formulé, pues, mi reclamación ante este jefe, y hube de recabar de él la promesa de que no usaríamos en Asturias aquel chisme profanador de sus encantos, a no ser en lo absolutamente preciso.

—Tenéis razón. El buen excursionista no tiene derecho a usar sino sus pies o, a lo sumo, los de mansas cabalgaduras.

© Biblioteca Nacional de España

III

La confluencia del Narcea y el Luyna.—Un templo de Lechuga.—Dísticos teosóficos.—En busca de un anciano exclaustrado de Corias.—Don Alvaro Flórez-Queipo.—La casita de Entrambas Aguas.—Últimos días de un filósofo.—Misterios histológicos desconocidos para los sabios.—Noticias auténticas de Frassinelli y de sus tesoros.—El Padre Briones.—Misión ocultista astur.—El hombre que ha estado en la India.—Despedida.

¿Para qué describir la poesía de aquella confluencia del Narcea y el Luyna entre las propias casas de Cangas de Tineo, si ella ha sido ya encomiada por las mejores plumas, y por el pincel y la fotografía reproducida? Silenciosos nos internamos por la calle frontera para visitar la iglesia parroquial, que es de lo más notable, antes que el día se fuése.

El templo, obra de Lechuga, el restaurador de la Alhambra, nos causó la misma impresión dura y nada poética que caracteriza a todos los edificios posteriores a la época plateresca, dureza que llega ya a ser intolerable en los caserones de los siglos XVII y XVIII, cual el restaurado monasterio de Corias. Los dulces templitos románicos, donde no caben tres docenas de personas y que son, sin embargo, un mundo, están tocados de casta sublimidad; los de estas últimas épocas del poderío ultramontano, que hundió a España, parecen cuarteles, o cosa peor.

En el interior de la iglesia, la misma impresión de aparatosa grandiosidad sin espíritu; igual sensación de feo cementerio, aumentada por los ostentosos panteones de alabastro de los Valdés y Llanos, o sean los Condes de Toreno, los eternos rivales de Omañas, Revillagigedos, etc.; éste obispo, aquél inquisidor, esotro militar en Nápoles o en Flandes: la historia entera, en fin, de una época de selección a la inversa que aún perdura, y en la que los mal llamados grandes hacían escabel de los pequeños, despreciándolos por pecheros y por mantenedores del país con sus *viles* oficios de panaderos, sastres o zapateros. Tales eran las impresiones que, en voz baja, comunicaba a mi amigo.

—Alguien ha pensado aquí también como vos—respondió Miranda—.

© Biblioteca Nacional de España

Leed si no esos epígrafes latinos, y advertiréis que hasta en los mayores desiertos de la sequedad moral, crecen lindas florecillas del amor hacia los pequeños.

En efecto, sobre el frente de la mesa del altar inmediato al coro y en la parte del evangelio, de la misma iglesia conventual, aparecían grabados y con el mejor latín estos epígrafes: «Por los siervos muere el señor y por los pecadores el inocente; por el pueblo debe sacrificarse el rey, como perece el pastor por su rebaño, el artífice por su obra y por el hombre el mismo Dios.—¿Qué debe, pues, hacer el siervo, el culpable, la grey, el pueblo, el soldado y el obrero, esto es, *El Hombre?*...—¡Amar!»

—Este es el «amo a la araña y amo a la hormiga», del gran Víctor Hugo, o «el hermano-lobo» y «la hermana-piedra» del mayor místico cristiano; ésta es entera la solución de la cuestión social de nuestros días, y ella, por consiguiente, tiene que ser obra de un teósofo, según es de genuinamente teosófica—exclamé entusiasmado, disponiéndome a copiar y fotografiar los epígrafes.

—De un teósofo que acaso viva aún...—respondió Miranda.

—¡Vamos, pues, inmediatamente a verle, si es posible!—dije con mi habitual vehemencia.

—Temo no viva ya, pero, en fin, vamos ahora mismo.

Y subiendo por otra calle inmediata, pronto nos vimos ante la casa rectoral, donde nos dijeron que el santo anciano D. Alvaro Flórez-Queipo y Quirós de Miranda, ya no residía allí, pero que aún podríamos hallarle, con sus noventa y un años a cuestas, en su solitario retiro del barrio de por encima de Entrambas Aguas, si se prestaba a recibirnos.

No necesitamos más. A buen paso, desandando lo andado, cruzamos por el notable puente curvo, y subiendo por entre las casitas del pintoresco barrio que viese nacer al historiógrafo Padre Luis Alonso de Carvallo, el Mariana asturiano cuyas huellas siguiesen cuantos han escrito sobre el Principado, ganamos la altura aquella, a cuyos pies corren rumorosos, de un lado el Narcea y del otro el Luyna.

Tomamos, al fin, aliento frente a una casita de dos pisos y sótano, toda exornada de floridas *treldas* o enredaderas y que tenía arriba, al Saliente y Mediodía, una alegre galería encristalada; más abajo un barandal de madera, de los del país, amén de unas cuantas ventanas por los demás vientos. Era, en fin, aquel retiro aislado y un tanto decaído, una de esas construcciones típicas de la comarca, que se acurrucan entre la verdura, dejando sólo fuera de ellas, a manera de los polifacetados ojos compuestos de los insectos, los cristales de las galerías por donde les baña y calienta el escaso

© Biblioteca Nacional de España

sol astur invernal, y les sonríe esplendorosa la Luna en las suaves noches del estío. Humphy Davy, en *Los últimos días de un filósofo*, no habría podido desear más casto retiro; cerca y lejos de los hombres a la vez: cerca para bien amarlos y servirlos, en obligado deber de la humana solidaridad: lejos, para huir de sus pasiones tumultuosas, de su sed insaciable de oro, de sus envidias y de sus egoísmos.

—¿Está Don Alvaro?—preguntamos a una pandilla de corteses chiquillos que al vernos, contra lo que suele acontecer con los de su edad, nos saludaron descubriéndose respetuosos.

—Sí, señores. Ahora mismo nos acaba de dar la lección—respondieron.

—Por lo visto—dije—tenemos aquí un nuevo Padre Manjón del Sacro-Monte; un Napoleón en Santa Elena, enseñando chiquillos después de haberse visto señor del mundo.

—Así es—me respondió Miranda, mientras esperábamos ser recibidos—. Como que el Santo Padre Alvaro, según aquí le llama todo el mundo, es el último superviviente de los monjes benedictinos del viejo monasterio cauriense, hombre que conociese, siendo ya novicio, la exclaustración de mil ochocientos treinta y cinco; que luego fuése párroco de Salas durante largos años, y monje profeso, en fin, en Ocaña y Filipinas. Desde Salas otra vez, se retiró a esta casita hace pocos años, mientras que desde mil ochocientos cincuenta y nueve venía poblándose de nuevo el viejo monasterio de Corias, una de las diez grandes Casas de benedictinos de España, pero esta vez ya con frailes dominicos.

Apareció en seguida en la puerta la más venerable figura que en mi vida he visto. Alto, apenas encorvado por el peso de sus dieciocho lustros, apoyándose en su bastoncito *de siete nudos* y vestido con el tosco sayal de San Benito, que tantas glorias suprahumanas cobijase, desde que el bienaventurado Patriarca comenzase su redentora labor en el Monte Casino. El Padre Alvaro tendía los brazos a mi amigo.

—¡Miranda, Antonín, hijo mío! Creí dejar la tierra sin poderte dar el abrazo de despedida...—dijo estrechándolo paternalmente contra su corazón.

—¡Pasad, señor, y sed bienvenido a este pobre retiro!—dijo, dirigiéndose a mí, en seguida.

Perdonad, sabios histólogos, perdóneme usted, señor don Santiago Ramón y Cajal, mi amigo, la herejía anatómica que voy a decir; pero juro por lo más santo que aquella mirada del asceta me dejó paralizado; que su efluvio de titilante frío me cabrilleó por todo el cuerpo, como si mi espíritu se desvistiese de mi cuerpo y, concentrándose por entero en mis ojos, pasa-

© Biblioteca Nacional de España

se al punto a los serenos ojos azules de aquel sér extraordinario, émulo de los que en mi visión astral contemplase en torno de la Sagrada Mesa del Graal astur, y desde sus ojos, a través de los nervios ópticos del mismo, penetrase envuelto en cárdena luz de ensueño a lo largo de ellos, como a lo largo de las galerías de alabastro de la cueva de la víspera, desembocando así en la región hipofisiana, bajo el cráneo de aquel santo, como bajo las augustas criptas que horas antes había visto. ¿Qué extraña asociación de hechos y de ensueños era aquesta? No acertaré a decirlo, pero de ella he sacado la convicción irrebatible de que bajo la bóveda craneana, excelso santuario de la mente del hombre puro, no hay nada de lo que los histólogos han bautizado con los nombres de cuerpos de Golki, neuronas, células de asociación, etc., etc., cosas que los histólogos ven sólo al operar en nervios de los que huyese ya la vida, sino que allí sólo hay un cuarto o quinto estado de la materia radiante de los nervios, estado luminoso por sí mismo de un algo radiactivo encerrado a presión extraña e indenunciable por los medios de observación que conocemos; algo que es causa de una radioactividad neurotranscendente del propio *akasha*, o éter solar encerrado en nuestro cuerpo. ...Hablo para los pocos que pueden entenderme: de los demás me río compasivo, no menos que se reirán ellos de mis teorías, porque, por su desgracia, no han sido testigos de fenómenos como los que a mí me habían acontecido desde que pisase en Asturias.

Seguimos al anciano hasta el alegre gabinetito de la cristalera, desde donde se contemplaban las dos entradas de los dos ríos, y luego las faldas montañosas de la quebrada *Cánica* envuelta en las dulces tintas de un espléndido crepúsculo, y nos sentamos los tres en torno de la típica camilla, con sus faldas de estameña gruesa, donde el santo asceta todavía escribía en los ratos de ocio que le dejaban libre sus meditaciones y la enseñanza paternal a los chiquillos pobres del barrio que antes viésemos, y entre los cuales, acaso hubiese, según de inteligentes parecían, algún Jove-Llanos, algún primer Conde de Toreno o de Campomanes, en capullo.

Nos sentamos en viejos sillones abaciales que a las claras pregonaban su abolengo cauriense, mientras alguien traía una luz: el clásico velón de cuatro mecheros, que, no sé por qué extravagancia de artista, me parecieron más luminosos que las propias bombillas eléctricas que, gracias a los saltos de agua aprovechados, han invadido hasta la última de las corradas astúricas.

Yo me había quedado mudo. Todos mis recuerdos de aquellos San Jenadio y San Fructuoso del Dado, o aquel San Froilán de Lugo el asceta del Valdecésar bercense en Valdorria de Valdepiélagos; todas mis remem-

© Biblioteca Nacional de España

branzas librescas de monasterios astures y de los Arias Cromaz, los Riaños, los San Pelayos y cien otros de Obona, Santullano, Besullo, Carballos, Bergame, Culiema, Naviego y demás santuarios que más o menos tarde había de visitar; todas mis redivivas impresiones, en fin, del hipogeo de Sequeiros, se me agolpaban a la mente al contemplar en respetuoso silencio aquella venerable cabeza, todavía paradójicamente gallarda, que recordaba a un tiempo al abad-eremita y al vigoroso guerrero medioeval de las causas justas del honor, de la Fe o de la Patria, en las por él otras veces vividas *Canciones de Gesta,* porque el santo Don Alvaro era, a no dudarlo, el más perfecto prototipo del clásico caballero español, de cejijunto entrecejo, aguileña nariz de perfil el más vigoroso, labios finos, como corales del más vivo matiz, rostro alargado con inextricable red de arrugas por doquiera. Hilos de plata eran los de su barba que hasta el pecho llegaba, y su ondulada cabellera blanca me recordaba de lejos al ondular sobre su frente inteligentísima la que tantas veces había admirado en mi sabio amigo Don Fidel Fita, pero más larga aún, más aria y más plateada todavía. Parecía, en fin, el Padre Alvaro, uno de esos seres de ensueño ante los que no sería idolatría arrodillarse.

—Sin saber por qué, te esperaba, hijo mío—le dijo a Miranda, acariciándole como habría hecho para mimar a un niño—. Dime, ¿qué te trae por aquí?

—Vengo, padre—le respondió Miranda, con el respeto propio del más humilde de sus discípulos—, a saber de vos algo que ignoro y que vos, que lo sabéis todo, no podéis ignorar sin duda. ¿Conocisteis, decidme, a Don Roberto Frassinelli y Burnitz, por otro nombre *El Alemán de Corao?* ¿Podréis darnos de él noticias?

—Todas cuantas quieras, Antonín, hijo mío.

—Os prevengo que el señor es de toda confianza. Un buen discípulo ya vuestro, sin duda. Decidme, pues, en líneas generales y sin que os molestéis con exceso, cuanto del gran Señor Frassinelli sepáis y *yo sea digno de saber.*

Miranda subrayó de un modo extraño estas últimas palabras, y entre maestro y discípulo se cambió viva y fulgurante una mirada de recíproca inteligencia en la que me pareció ir envuelto todo un mundo de ocultismo.

—Era un hermano para mí; era un sabio y un santo Don Roberto—exclamó el asceta, tomando su mirada esa vaguedad indefinible de quien va a evocar recuerdos vividos más de medio siglo hacía—. Ya sabéis, os diré previamente, que a los catorce años era yo novicio de la bendita Orden camandulense y había sido exclaustrado de Corias veinte años hacía en

© Biblioteca Nacional de España

unión de aquel Padre Briones, digno Prior que cerrara el ciclo de santos Patriarcas iniciado por Don Arias de Cromaz, el bien amado de Piñolo y Aldonza. Una tarde de Mayo de mil ochocientos cincuenta y cinco en que iba yo a mi parroquia de Salas, que sabes regenté después largos años, le vi llegar a Don Roberto, noble, rubio, buen mozo como entonces era, respirando energía y franqueza toda su persona y dando el brazo a mi anciano Prior, quien, como sabéis, había quedado en el Palazón de Soto de los Infantes, amparado por vuestro abuelo, el hijo del bizarro coronel Miranda, que pugnó con los franceses y al frente de su cuerpo de cazadores asturianos persiguió a Napoleón hasta el Bidasoa. «—Aquí tenéis, hijo mío, la compensación que os traigo para que no sintáis mi ya vecina muerte. Este señor es *Herr Roberto Frassinelli y Burnitz*, que nuestros Hermanos húngaros de los Cárpatos nos envían desde su destierro. Italiano y alemán a la vez, trae de aquéllos la misión secreta de, bajo pretextos científicos y artísticos, adelantarse a los estragos de la revolución desamortizadora que comienza, y salvar y poner en el seguro lugar de...—aquí murmuró un nombre, que yo no debo revelar, a mi oído—todos cuantos tesoros morales, científicos, artísticos o materiales pueda reunir en esta nuestra desventurada Asturias, alma y cuna de nuestra España querida que comienza a desmoronarse... En un año ya ha puesto en salvo los libros principales que perteneciesen a las ricas bibliotecas de Hermo, Ibias, Coria, Santullano y otras cien; los tesoros materiales que en días más felices destinásemos los Hermanos de nuestra secreta Orden astur a obras de caridad, de justicia social e individual y de amor desinteresado. Las cuevas de nuestras sagradas montañas saben de esto mucho más de lo que yo os pueda u os deba decir. Tratadle, pues, como quien él es y, en virtud de la Santa Obediencia, os ordeno que le auxiliéis con alma y vida en cuanto de vos necesite.» Así se lo prometí a aquel varón de Dios, que no parecía sino que estaba esperando a decírmelo para bajar al sepulcro—continuó el padre Don Alvaro—, y desde entonces, Don Roberto y yo fuimos dos hermanos verdaderos, no según la carne, sino según el espíritu, ese Espíritu que de Oriente viene como viene la luz, y que desde Subiaco irradiase un día sus fulgores de redención por el siglo corrompido. Auxiliéle, pues, con actividad, entusiasmo y eficacia: solo Dios, él y yo sabemos cuánta pintura salvamos; cuánto libro recogimos; cuánta música religiosa del *canto fermo* primitivo no arrebatamos así a la tumba del olvido. Transportamos todas aquellas riquezas inmensas del saber y de la Historia al sitio que yo me sé y ustedes sabrán algún día. Lo demás, poco puede interesarnos, o sea, el saber cómo pasé poco después a Ocaña, único monasterio, aunque de do-

© Biblioteca Nacional de España

minicos, que había resistido a *la ola*, gracias a sus misiones en Filipinas. Allí fuí yo, y allí trabajé también cuanto de mi deber era. Luego, para poder conservar mis hábitos, los de mi Orden nativa, fuí enviado a la colonia portuguesa de Goa, en la India, y tuve la fortuna de recorrer todo el Penjab y conocer a aquellos Seres ultrahumanos, a quienes desde el fondo de mi corazón bendigo agradecido, a los Mahatmas tibetanos quiero decir, de los que ha hablado con tanto amor en sus obras Elena Petrowna Blavatsky, mi contemporánea y amiga. Inútil es añadir que la correspondencia, o las *correspondencias*—ustedes ya me entienden—mantenidas con Don Roberto no se interrumpieron nunca, ni la comunidad de nuestra labor tampoco, cuando años después, al amparo de los nuevos poseedores del bendito monasterio, aunque sin dejar estotros mis viejos hábitos, tornaba a este retiro, donde anhelo acabar mis días, al par que se consumaba, gracias a Frassinelli y sólo a Frassinelli, la colosal obra de la erección de la basílica de Covadonga, que es todo un incomprendido símbolo de ocultismo.

—Precisamente, padre—añadió Miranda—, el propio Don Roberto Frassinelli es quien nos trae hasta aquí. Sabed, en efecto, que la casualidad ha puesto en nuestras manos pecadoras papeles de aquél, indicadores de un tesoro en Somiedo. Yo jamás pensé el incautarme de él; pero el señor, teósofo también, me ha convencido de que puedo caer por omisión en las mismas sanciones ocultas que temiese, y previo vuestro consejo favorable, y no en el contrario caso, entrambos partimos a su busca.

—¡En su busca, en su busca!...—murmuró el santo sonriendo como aquel que oye una cosa seria en labios de dos niños—. ¡Sí, hacéis bien, dado que el *karma* os lo ha puesto en las manos *dos veces!*—añadió con viva mirada que parecía leer en mi asombrada mente la escena de la noche anterior en la cueva—. El *kali-yuga* que se aleja...

—¿Aprobáis, pues, la idea de mi amigo de consagrar el tesoro, una vez hallado, de un modo enteramente altruísta?—interrogó Miranda.

El asceta pareció ir a preguntarnos previamente cuál fuése el proyectado destino para el tesoro; pero de repente hizo un movimiento como si se reconviniese a sí propio de lo inútil que iba a resultar tal pregunta, cuando ya, merced a sus poderes clarividentes, había leído aquél en mi mente misma, para su visión mental diáfana como el cristal más puro.

—¡La apruebo de todo corazón!—prorrumpió el santo del modo más solemne—; la apruebo y la bendigo, hijos míos. Os prevengo, sin embargo—añadió de un modo enigmático—, que acaso os encontréis con lo que no pensáis: ***hay tesoros reales y tesoros imaginarios.***

© Biblioteca Nacional de España

Iba casi a permitirme interrogar respetuoso al Padre, acerca del significado de esta obscura frase; pero Miranda me detuvo con un ademán:

—Es tarde ya. Estamos molestando demasiado a nuestro maestro—observó.

—¡Adiós, Padre admirable, y gracias mil por vuestra inestimable bondad! ¡Que el cielo os guarde!—dijimos casi a una.

—¡Adiós, no..., simplemente hasta luego en la patria de todos!—replicó el asceta con la más inefable y seráfica de las sonrisas de despedida.

Y echándonos a cada uno un brazo amante sobre nuestros hombros, nos despidió, llenándonos de una titilación religiosa para mí desconocida; una emoción sublimal de esas que al éxtasis preceden y determinan. Cuando nos vimos ya en la calle bajo el manto de los cielos cuajados de brillantes estrellas, la emoción nos impedía hablar. Yo habría querido besar el suelo hollado por aquellas plantas augustas, y caminé oprimiendo contra mi corazón el valioso recuerdo de mi visita que me dejase el santo Padre, es, a saber, el *Libro becerro* completo, de donde D. Ramón Fernández Reguero creo sacase los principales materiales, según luego vi, para su célebre y rarísimo manuscrito titulado *Memoria sobre las minas y exploraciones antiguas de Salave, Andia, Ourla, Braña libre y sus aledaños de la comarca de Castropol*, y donde figuraban también cuantos antecedentes sirviesen asimismo para la clásica obra de fray Iñigo de Buenaga (Madrid, 1772), denominada *Relación sobre la mina de amianto de Asturias, con los jaspes, mármoles, piedras figuradas, cristales, piritos, macasitas y otros fósiles, como también varios arbustos, plantas y animales de que nos habla Don Gaspar Casal en su Historia Natural de Asturias.*

© Biblioteca Nacional de España

IV

El monasterio de Corias: El Escorial astur.—Comercio de reliquias.—El bofetón astral del criado Suero.—Tineo, Sorriba y Tuña.—Dos seres por su patria incomprendidos.—El Monasterio de Obona y la escritura de su fundación.—Pobreza monacal moderna y riqueza primitiva.—Feijóo y Cervantes. Por tierras de Pola de Allande.—Llamada del Padre Don Alvaro.—El más fantástico de los ciclistas.

A la mañana siguiente nos encaminamos al monasterio de Corias, dejando atrás la ciudad privilegiada por Alfonso *el Sabio;* el antiguo centro industrial de Cangas de Tineo, donde en tiempos mejores funcionasen diversas fábricas, tales como los martinetes para el cobre, tenerías para aquellos curtidos que fueron tan ensalzados por Jove-Llanos, mantequerías tan excelentes como las de Flandes y otras muchas más que bien podrían resucitar con sólo la enorme fuerza en *hulla blanca,* hoy sin aprovechar aún en los numerosos saltos de agua de la comarca.

Poco interés podía ya ofrecernos la visita a la vecina Corias, de dos kilómetros más allá, después de haber visto al último sobreviviente de aquel Císter astur, y de saber ya por Miranda que, merced al terrible incendio con que fuesen castigados los muchos pecados del monasterio cauriense en 1763, sólo quedara en pie la iglesia y la biblioteca de aquella antigua y artística mole cuyo modelo es fama «que los ángeles, con cadenas de oro, descolgasen del mismo Cielo», según la frase feliz de inspirados cronistas, y según las propias tallas del coro, que así representan el sueño tenido por los fundadores y por su criado Suero.

El *Escorial astur,* que se alzó a raíz del incendio, y hoy ocupado por monjes, no del viejo Císter, sino del *nuevo* Santo Domingo, *que no es lo mismo,* resulta un edificio aplastante con sus cuatro hileras, cada una con veinticuatro ventanas, por costado, *masa* que parece querer saltar avergonzada de aquellos pintorescos sitios. Otra cosa desagradable tenía para mí, además, y era la de que me recordaba los innumerables pleitos sostenidos por el convento con medio Principado durante aquellos calamitosos si-

© Biblioteca Nacional de España

glos XVI al XVIII, en que los monjes, dejando de cultivar la piedad, la sencilla fe y las altas ciencias que les llevasen a redescubrir el hilado del amianto y las tintas incombustibles que viésemos en el hipogeo de Sequeiros, se habían dado a agresivas codicias profanas y aún otras cosas peores, mereciendo por ellas aquel incendio que no fué sino castigo del cielo.

Penetramos a lo largo del dórico claustro hasta la iglesia y la biblioteca; ésta ya sin aquellos viejos infolios y colecciones de Historia Natural que tanto la avalorasen; aquélla todavía con sus lindas imágenes y sus relicarios innumerables, acerca de los cuales yo había copiado del trabajo de Fray Justo Cuervo pasajes como el siguiente, que no tiene desperdicio sin duda:

«En el año de 1693, estando limpiando la cabeza de un Santo Cristo muy antiguo y de mucha veneración, para retocarle y volverle a *colorir* de nuevo, reparó el pintor que la cabeza tenía una pieza muy ajustada que apenas se podía percibir y ver qué tenía dentro, porque sonaba a hueco. Cierto monje le dijo al pintor que mirase lo que hacía y que tuviese más respeto; pero éste dijo, al tiempo que la arrancaba: «Aquí hay algún tesoro», y quitando la pieza, halló un lienzo, y en él una cajita de madera con una pieza, cual una Forma Consagrada, envuelta en un tafetán colorado; debajo una cruz antigua de plata sobredorada, como la que hay en la catedral de Oviedo, fabricada por los ángeles... Dentro estaba llena de cosa negra. Item, se halló una ampolla de cristal muy fino, cerrada con una llavecita de grande artificio y llena de reliquias, con un pergamino que decía: *Duodecim suprema*, y dentro leche de Nuestra Señora y otras muchas reliquias.»

El pasaje, como se ve, deja tamañito a aquel otro, también clásico, del *bofetón astral* recibido de mano harto pesada, aunque invisible, por aquel buen criado Suero, como castigo a su tardanza en obedecer y poner en práctica el sueño que tres veces seguidas había tenido, sueño relativo a que exigiese de sus amos Piñolo y Aldonza la creación del monasterio que los ángeles, a la vista del espantado durmiente, hacían descender de las mismas regiones celestes. Esto acaecía allá por los años de 1044, en el de Pesoz, clásico territorio; es decir, de los pésicos o *pérsicos*.

Pasando luego con el auto no lejos del pueblo de Santa María de Regla donde se halla el monasterio, de Carceda y de Tebongo, seguimos, no demasiado de prisa, según lo por mí exigido, hacia la comarca de Tineo. Yo le había suplicado a Miranda esta desviación o rodeo en nuestro itinerario directo hacia la Pola de Allande, Grandas de Salime y el territorio de Oscos por frente al puente del Infierno, para así poder visitar la simpática Tineo.

© Biblioteca Nacional de España

Aquellos agrestes lugares parecían retenerme con misteriosa atracción, y, sin saber por qué, no podía resignarme fácilmente a abandonarlos, y no era, no, por aquellas concatenadas bodegas de a los lados de la carretera, donde se atesora el áspero vinillo de Cangas, tan pariente del Burdeos, sino por aquel Sorribas regado por las aguas *lunares* del Arganza y que viese nacer al eximio Campomanes, por aquel Jarceley o *campo de griegos*, según Marañón, y *jurado de la cima*, según Sánchez Calvo en sus *Nombres de los Dioses*, por aquella Florida de Pilotuerto y su puente, donde ya corre imponente el mismo Narcea, que, cual ínfimo arroyuelo, viésemos en Ermo y en Sequeros. Es verdad que con ello me perdía de conocer, por no tomar citado camino directo, las otras regiones, *lunares también*, del Argancina y Arganiego o Araniego en el Arganza, célebre feudo de los Omañas, y asimismo la elevada región de Celón y la cueva de Aranielo, camino del elevado lago Orúa, divina turquesa este último, engastada en la sierra de Palos, esa sierra que no es sino el centro de la gran arista silúrica que, desgarrando y dislocando todo el terreno cámbrico de la región occidental astur, viene desde el broche de Leitariegos por el Alto Rañadoiro, Valvalez y Valleda, para seguir desde Palos hacia el mar por las sierras de Lleirosa, Busmayor, Bullacante, San Roque y Louredo, camino de la marina.

Tineo, la *Retineo* romana; la ciudad de *Thioneo*, el hijo de Osiris, que, con su hermano *Narceo* y con Astur, según Lactancio Firmiano, viniese a poblar Asturias, aparecía ante nosotros muellemente recostada en la falda de la sierra cambriana de su nombre en ondulada región que a nosotros nos pareciera llana tras los precipicios que llevábamos vistos en tres terribles días de camino. La región de Gero o de *Gerión*, que dirían Mariana y Carvallo, estaba más a la izquierda, aguardando también nuestra visita.

Tineo es *toda Campomanes*, el de la *Historia de los Templarios* por su aldea de Sorriba, y *toda Riego*, el mártir liberal, por su riquísima Tuña, la de los romanos castillos del Narcea. El torreón de Tineo, sus lindísimas casitas, los catorce bosques de su distrito y sus diecinueve brañas, que no son ya bosques desde hace siglos, sino estepas de árgoma con pobres robles y varios cultivos, nos hablan también de aquellos dos hombres representativos que, con su inteligencia el uno y el otro con su corazón, habrían cambiado, si se les hubiese sabido apreciar, la faz entera de la España ignorante y mojigata, cuando no perversa, porque no hay ingratitud semejante a la que la España reaccionaria ulterior a Carlos III ha tenido con sus hijos en más de un siglo de luchas del pensamiento, pugnando por redi-

© Biblioteca Nacional de España

mirse, y de la acción libertadora fracasada en pronunciamientos y guerras civiles.

Tras Tineo, Obona la dulce, Obona la pleiteadora, Obona la triste. Casa conventual fundada en 780 por Adelgaster Silex, al tenor de la escritura que, copiada del tomo XXXVII de la *España Sagrada*, tengo a la vista, y también incluída en la *Colección de Fueros Municipales* y *Cartas-puebla* de D. Tomás Muñoz Romero, documento notabilísimo que querría copiar aquí, siquiera fuése por sus inapreciables sinonimias y toponimias en las que—pese a la notoria falsedad de la escritura, según Miranda—, se leen nombres tan expresivos en pro de las ideas que éste me expusiese, tales como *Thot-miro*, *Elosina*, *Brunilda*—la esposa del fundador—, *Erdeina*, *Lenes* o *Lena*, *Muries de Villaluz*, *Vacedo*, *Villatrice*, *Santo Romano*, *Lumbrillas*, *Peña Formosa*, *Peña Mal-oro* y *Petra Tecta*, y cosas tan curiosas como las respectivas *tasas* de los delitos que se cometiesen, a saber: golpes sin sangre, 15 sueldos y tres azotes; golpes sangrientos, 10 sueldos y 15 azotes; pérdida de miembros, 20 azotes y 30 sueldos, y, en fin, 160 sueldos y 500 azotes para los casos de asesinato u homicidio, cosa tasada también por la costumbre islamita en 100 camellos, en memoria de los del rescate de Abdalláh, el abuelo de Mahoma. Capítulo especial merecería asimismo el inventario de las cosas que para el Monasterio se consignan, y en el que figuran 20 vacas, 2 carros, 2 yeguas, un rocín, una mula, 3 asnos, 12 cerdos y 4 cerdas, 30 ovejas y 22 cabras, amén de 20 modios de pan, 6 mantas, 15 cobertores, y para la iglesia, una Regla de San Benito, 3 cálices, dos de ellos de plata y el otro de piedra; 2 misales, una cruz, leccionario, responsario, pasionario, dialogario y 2 psalterios, es decir, una riqueza mil veces superior a la de cualquiera de los *pobres* y *humildes* conventos modernos...

Allí estaban a nuestra vista la puertecita conventual de tres dobles columnas, perteneciente a los últimos días del período románico, y su fea espadaña de dos campanas, que tantas veces viese desde arriba pasearse por el frontero praderillo de las danzas de las romerías, al extraño, al paradójico Padre Feijóo, quien, allá en su vejez, en Oviedo, no bebiese otra agua que la que se hacía llevar, como el más preciado licor, de la vecina fuente del *Matoro*, para con ella combatir sus dispepsias de escritor, dispepsias causadas, sin duda, por la confección centonesca de los ocho tomos de su *Teatro Crítico* y de los cinco de sus *Cartas eruditas*, en los que no hubo, ¡oh *inquisidor* cruel!, ni una línea siquiera para un tal Miguel de Cervantes Saavedra, quien, entre otros noveluchos que nadie,

© Biblioteca Nacional de España

como es natural, se ha molestado en leer, incurriese en la tontería de escribir las aventuras de un caballero loco y de un villano necio.

—«El señor Hugo falleció ayer a la una y treinta y cinco minutos. Estaba loco desde hacía treinta años»—dije yo, hablando de esto con Miranda y recordando el escueto suelto que con tal frase dió en su periódico un escritor sinceramente católico al noticiar a sus lectores la muerte del autor de *Los Miserables*...

Tras de Obona, Santianes o Santo *Io-Agnes*, que fuése después Santullano o San Julián de Ponte, la Obona segunda, y luego, una interminable serie de Monasterios que nunca pudieron equipararse a la grandeza de los antedichos, y más allá, hacia el Norte partiendo por gala en dos el concejo, los montes de *Fan-Faraón*, los de *L'ouro* y los de *Grulla-mayor* o *Ibis mayor*, como Miranda decía, y, ya en pleno territorio de los Pesgos, rindiendo sus aguas al río *Naraval*, *Narval* o *Arbal*, la rica en oro, que tanto recuerda al *Nara-nari* ofita, como al *Arval*, o *Arba* de los célebres *cantos arbales* de la etrusca prehistoria de Roma.

Caminábamos ya de regreso por la carretera de la Pola de Allande, entre tristones accidentes cambriano-laurentinos, mucho menos bellos que esotros sitios donde impera la cuarcita, dejando atrás a Gera y después a esotra población de griego abolengo, cuenca arriba ya del río que había de llevarnos hasta un puerto de la Sierra de Palos. Ya estábamos efectivamente subiendo las últimas cuestas, con la mayor lentitud posible, con arreglo al pacto otorgado, cuando de repente, en un momento en que nos habíamos detenido para abarcar mejor el panorama, escuchamos hacia la espalda el persistente sonar de la bocina de una bicicleta. Un robusto ciclista nos dió pronto alcance y entregó a Miranda un pliego azul, sin sobre, doblado en tres partes y lacrado al estilo antiguo, pliego que Miranda se apresuró a leer. Noté, al mismo tiempo, que palidecía.

—El santo Padre Alvaro me llama de repente—dijo al fin mi amigo, mostrándome el pliego con la tristeza más profunda—. Sin duda quiere despedirse de mí, haciéndome, antes de morir, otra revelación quizá, que no se atrevió a hacer delante de usted anoche—y dirigiéndose al ciclista, añadió:

—Vuelo a su lado en seguida.

Aconteció entonces la cosa más chocante que en mi vida he visto. Recuerdo, en efecto, cual si fuése ahora, que yo veía bien ante mí al ciclista, al par que Miranda le decía las últimas palabras transcriptas, pero un instante después de haberlas pronunciado, ciclista y bicicleta habían desaparecido, no mediante una marcha veloz con el aparato, sino más bien como

© Biblioteca Nacional de España

si a hombre y máquina se los hubiese tragado la tierra, o si se hubiesen disuelto en el aire, allí, a mi lado mismo.

Quedéme petrificado de estupor, e iba a interrogar a Miranda sobre aquéllo, cuando éste me dijo:

—Mi noble amigo, necesito de vos que me dejéis partir solo en el *auto*. Lago y Berducedo distan de aquí poquísimos kilómetros, muy bien los podéis recorrer a pie, esperándome en cualquiera de ellos hasta el día inmediato. Sin duda el Padre Don Alvaro quiere decirme a solas lo que no se atreviese a decirme delante de usted ayer, o acaso darme alguna orden antes de morir. ¿Me dispensáis, pues?

—De todo corazón. Os esperaré en Lago más bien que en Berducedo cuanto fuere preciso. Partid, pues, sin que os preocupéis de mí poco ni mucho.

Y un momento más tarde, con mi pico minero y mi tercerola al hombro, quedéme solo en medio de aquella naturaleza tristona o más bien imponente, mientras que mi amigo y su coche, a toda velocidad, se perdían carretera abajo entre los robledares.

—¡Pobre Padre Alvaro!—pensé, poseído de los más fúnebres presentimientos—. Sin duda va a morir y quiere legar antes, según uso ocultista, la Palabra Sagrada de la Fraternidad astur, a Miranda su discípulo.

Y sin más, enderecé mis pasos, carretera adelante, hacia el no lejano pueblecito de Lago, aldea perdida entre los salientes cuarcíticos del *Orúa*.

© Biblioteca Nacional de España

V

La sierra de Palos y el Orúa.—El templo del dios Aire-puro.—El busgoso y el Pedrete.—El rey de los Aulnos.—El Nene-Liebe, de Heine.—¡El Misterio se aleja y, a la vez, se acerca!—La mala sombra.—«¡Peregrino serás en tierra extrañal»—Un *lied* de Matilde Wesendonk.—La aventura de un buen mozo.—Minados antiguos.—¡Una pepita de oro de tres libras!—En vías de perdición.—Un émulo de los Pizarro.—¡Bandidos!—Dos nuevos amigos astures.

—¡Me halaga esta soledad!—dije con el *Tenorio*, mientras ganaba las últimas vueltas de la carretera, ya en la altura de Sierra de Palos.

Como no tenía prisa ninguna, pues, al igual de tantas gentes que andan por el mundo, no iba a ninguna parte, me senté tranquilamente sobre un murete de contención de la carretera y me puse a soñar en aquella altura, que bautizada quedó desde entonces por mí con el nombre de «Templo del dios Aire-puro», como aquel de los Profetas Fernández Vial y Fernández Peña, de San José de Maipo, cantado por Claudio de Alas, el chileno simpático, en su *Leyenda bíblica, referida por una bruja de las montañas*, templo donde, a falta de la *Vaca de las cinco patas*, no faltó, no, el simpático *gato de las cuatro orejas*, templo, en fin, del que los Profetas habían hablado así:

«El dios Aire-puro me ha ordenado alzar su Templo, y este es el sitio en que he decidido alzarlo.

»Deciros he, pues, los Mandamientos del dios. Ellos serán cumplidos por vosotros y por vuestras mujeres, y por vuestros hijos, y por los hijos de vuestros hijos hasta la última generación.

»Y quien no los cumpliere, falto de aire será, y por ende de vida y alegría.

»Y quien las palabras del dios Aire-puro no escuchare, castigado ha de ser en él y en todos los suyos, hasta el que mea en la pared.

»Y cuantos no prediquen o no practiquen sus Mandamientos, malditos serán en sus pulmones y en sus gargantas.

© Biblioteca Nacional de España

»Porque escrito está que el que no respirase aire puro, y aguas puras sean su bebida única, y puro sea el fuego de su Amor, morirán de muerte.

»Y estos son los Mandamientos del dios excelso que se asienta en estos picachos sobre trono de nubes, y bajo el cielo todo luz...»

Y por no sé qué asociación de ideas nacidas al calor de mis conversaciones con Miranda, pensé en los *busgosos, pedretes y atalayas* que allí también tendrían su asiento. Ciertamente que yo carecía todavía de la visión etérea, aunque ya empezase a columbrar esos diminutos *discos flotantes* y *luminosos* de la atmósfera, que es lo primero con que ella apunta, como es sabido, pero a falta del medio para poder ver a esos seres del mito astur, comencé a remembrar aquella preciosa balada de Víctor Hugo, que fuése *lied* en el dulcísimo Schumann:

«—Hijo mío, ¿por qué ocultas tu mirada que me hace tan feliz?— dice el padre a su hijo, a lo largo del sendero, mientras temeroso le oprime contra su corazón.

—Padre mío, ¿no ves al *Rey de los Aulnos*, que viene hacia nosotros?

—Es, hijo, la sombra de la niebla.

—«¡Ven conmigo, niño querido! Yo te enseñaré encantadores juegos en un mundo más feliz; las florecillas nacerán sobre nuestras huellas, y mi madre *la hilandera* tejerá para ti vestidos de seda y oro!»

—Padre mío, ¿no oyes al *Rey de los Aulnos?*

—Hijo mío, ¡cálmate!; es tan sólo el céfiro que murmura entre las hojas.

—«¿Quieres, niño amado, venir a mis palacios de alabastro y nácar? Tras sus muros te aguardan placeres y esplendores inauditos; todas las noches vendrán mis hijas a danzar contigo la santa *danza prima;* a mecerte y a arrullarte en sus brazos amorosos...»

—¡Padre, padre querido, ¿no sientes llegar las hijas del *Rey de los Aulnos?*

—¡Hijo de mi corazón!; en las sombras de la noche sólo columbro el perfilarse dudoso de las ramas de los sauces.

—«Te amo, niño querido, encanto de mis ojos... ¡Esta misma noche, pese a todos, habré de llevarte conmigo a mi etéreo paraíso!»

—¡Padre, padre, que me llevan...! ¡El *Rey de los Aulnos* me hiere en el corazón!...

El infeliz padre se estremece de horror, y cabalga más rápido sobre el corcel que por el bosque lleva a entrambos. Su angustiado brazo oprime al hijo de su sangre que gime débilmente, cual el cordero hacia el sa-

© Biblioteca Nacional de España

crificio. Llegan ya al término ansiado de su viaje; mas ¡ay! el hijito yace exánime entre sus brazos... ¡Fuése al palacio del bosque con el *Rey de los Aulnos!*»

—Este *Rey de los Aulnos* o de los *olmos y sauces*, céltico, acaso es, en Asturias, el *busgoso*—me dijera en cierta ocasión Miranda—, el propio *busgoso*, que con estas palabras nos define el inevitable Jove y Bravo en su luminosísimo estudio sobre *Mitología asturiana*, de la *Asturias* de Canellas y de Bellmunt:

«El busgoso es el fauno del paganismo. En la mitología de los vascos hay un mito igual: el del *hombre de los bosques*, en eúscaro *basojan* transformación del *baso-jaun* o señor del bosque—para mí, añadía Miranda, *vasco-jaln* o *jaln de los vascos*—. Como el *ourisk* celta de quien habla Walter-Scott, el *busgoso* es inofensivo y se limita a pasear su melancolía por las soledades de la selva. De vez en cuando se aparece a los que penetran en lo más enmarañado del bosque para enseñarles el camino. Su cabeza está coronada por espesa cabellera de la que brotan dos cuernos retorcidos, como de cabra; el rostro, el torso y los brazos, son humanos; sus piernas son también como de cabra, y terminan con pezuñas hendidas. En algunas regiones les acusan de perseguir a las mujeres y llevarlas a su caverna, como el sátiro de la mitología griega. Distrae sus ocios fabricando armas encantadas, como su congénere el *meming* escandinavo, si no es vigilando los rincones de la selva, protegiendo a los animales perseguidos por los hombres, y poniendo obstáculos al pasar éstos. Es, pues, el protector de los bosques y de los seres que en ellos habitan; tiene mala voluntad a los cazadores y a los leñadores, y procura espantarlos o extraviarlos; pero no les ataca, sin duda porque reconoce su inferioridad. Si se le encuentra, es inútil perseguirle, porque no se le alcanza jamás, y si se le irrita, puede hacerles caer en una cortadura o estrellarse en el fondo de un barranco.»

—El *busgoso*, como todos los dioses de la antigüedad—me había dicho también mi guía—, tiene una bellísima e irresistible compañera, cuyo nombre asturiano se ha perdido, por desgracia, como tantos otros, sin duda porque no hay ya en Asturias labio de poeta digno de enaltecerla. Pocos mortales han visto a tan excelsa mujer que diese a las creencias semíticas el prototipo para sus *sequinales* misteriosas. Enrique Heine, el poeta inmortal predilecto de Frassinelli, vióla, sin embargo, y prueba de ello es su dulcísima poesía del *Nene liebe o nuevo amor*, que tan maravillosamente instrumentara Mendelssohnn, el también semita. En tal *lied*, una de cuyas imitaciones hemos visto asimismo entre los papeles de nuestro *maestro*

© Biblioteca Nacional de España

de los Montes Herbáceos, el poeta de la eterna melancolía de su raza cantó su encuentro así:

«En el bosque, a la luz de la luna, vi no ha mucho una cabalgata de silfos; oí sus guerreras trompas y el tintineo de las invisibles campanas que, en la selva impenetrable, anuncian sus cacerías. Sus blancos corceles ostentan dorados cuernos de ciervo; cual cisnes salvajes hienden ellos los aires; su Reina los preside y conduce. Ella, la Reina, se ha fijado en mí, y, maliciosa, me ha sonreído. ¿Qué me anunciáis?, ¡oh, diosa! ¿Acaso la muerte? ¿Acaso un nuevo y más terrible amor...?»

—«Lo más real es el ver visiones — me dije con mi paisano Urbano González Serrano, el filósofo, en el prólogo a las *Supersticiones extremeñas*, de mi también paisano el ático Publio Hurtado, y con Víctor Hugo añadí:—«el Misterio se aleja, y a la vez se acerca», aludiendo a lo cerca que está de admitirlo otra vez nuestra cacareada incredulidad positivista; ¿quién, en efecto, no ha sentido al *busgoso*, esto es, al *alma del bosque* y de cada uno de sus árboles, cuando ha penetrado en su seno huyendo de la perfidia o de las frivolidades de los hombres?; ¿quién no tiene aquí o allá, en el mundo que recorriese, un rinconcito predilecto, donde su imaginación, cansada ya de luchas y mentiras, busca la Paz del ensueño y del olvido entre árboles, plantas y peñascos amigos, cuya desaparición ulterior nos llena de tristeza como la de cualquier otro sér querido?; ¿quién, en fin, no ha huído, siempre que le ha sido factible, de las gentes de *mala sombra*, que dicen los andaluces, gentes de *mal alma* quizá, como hay también árboles de *mal alma*, árboles funestos y vampirizadores, de la clase del manzanillo, en los que habita sin duda un *espíritu* natural de índole perversa que únicamente trata de dañar al hombre? Como Don Tristán, como el Mio-Cid, como Don Quijote, el Doctor Fausto y tantos otros seres que jamás han existido, y, sin embargo, son *reales*, hay árboles simbólicos dotados también de verdadero *espíritu:* el árbol *Godgar*, el *Igdrasil*, el del *Conocimiento*, el de *Bodhi*, el de la *Sabiduría*, el del *Paraíso*, el de la *Cruz*, el de *Guernica*, el de la *Constitución*, la *higuera Ruminal* romana, la *Palmera* de los Abderramanes, los *Arboles* genealógicos y tantos otros, árboles todos con alma, ni más ni menos que los del bosque. Nuestras almas están verdaderamente tan ligadas con las almas de los árboles sobre las que reina el *busgoso*, que se cuentan cien casos extraordinarios de *lazo astral* entre cada hombre grande y su árbol favorito, hasta el punto de que, al morir el uno, ha languidecido o se ha secado el otro, hecho intuído de un modo incomparable por Matilde Wesendonk, la amada ideal de Wag-

© Biblioteca Nacional de España

ner, en aquel celebérrimo *lied* titulado *Im Treibhaus* (en el invernadero), cuando canta:

«Altas bóvedas, coronadas de hojas; baldaquinos de esmeralda; hijos tropicales de lejanas zonas, ¿por qué os quejáis, por qué languidecéis?... En silencio inclináis al suelo vuestras ramas, trazando en el aire misteriosos signos. Mudos prototipos del sufrimiento, eleváis a lo alto vuestro dulce aroma. Hacia lo lejos tratáis, en vano, de extender vuestros brazos como una estéril súplica a lo infinito, y en vuestra impotencia abrazáis con ilusión la nada gris del desierto vacío... Bien lo sé, pobres plantas; vuestro sino es idéntico a mi tristísimo sino... Aunque rodeados de luz y de esplendores, ¡nuestra Patria no está aquí!» ¿Qué de extrañar tiene que sobre las buídas espinas de ese terrible *lied* que vale por toda una *Suma Teológica* fuese alzado después por el titán de Wagner el acto tercero de aquel desgarrador lamento de la suprema angustia del hombre en la tierra que se llama *Tristán e Iseo*, drama en el que nos abruma la enseñanza oculta de todas las edades resumida en esta frase bíblica de «¡Peregrino serás en tierra extraña!», ya que resulta incuestionable a los ojos del simple buen sentido, que la Tierra que temporalmente hollamos, es la exclusiva morada de aquellos seres naturales del bosque, de las aguas, del aire..., cuyo retiro archisecular hemos venido a profanar bajo harto discutibles títulos?

—Consanguíneo del *busgoso*—me había dicho también Miranda en Altamira—es el *Pedrete* o sea el *Pedrito*, barbudo gnomo, que acaso me iba yo a encontrar a poco que merodease por aquellas soledades auríferas, pues no parecía si no que acababa de pasar a la sazón con su gorro colorado. Homúnculo travieso, como aquel de Paracelso o como el otro *químicamente* obtenido, sin intervención femenina, en las alquímicas manipulaciones diabólicas del Doctor Fausto, me parecía que de un momento a otro me iba a jugar alguna de sus habituales travesuras, puesto que es excelente camarada de las gentes llanas y de buen humor, todo cuanto detesta a los señores graves, y más si son «graves autores y falsos pietistas». El es —seguía diciéndome Miranda en aquella ocasión—quien amedrenta a los rezagados nocturnos y medio borrachos que regresan de las romerías, poniéndolos en aterrada fuga, cuando no hace con ellos lo que hiciese con un buen mozo de Ponteviella, quien después de cortejar con la novia, se había bebido unas botellejas de sidra y fué a tropezar al regreso con el propio *Pedrete* junto a los riscos de faedal. A vuelta de esos dimes y diretes inacabables, tan típicos entre gentes bebidas, el *Pedrete* persuadió al buen mozo de que montase en cierto caballo blanco que allí se presentaría *y*

© Biblioteca Nacional de España

que no era sino uno de tantos proteísmos del pícaro gnomo. Así éste, metamorfoseado en singular caballo, le llevó por riscos y valles sin fin, mostrándole mil maravillas. Al acabar el viaje y apearse, el buen mozo, que no sería muy bien nacido, quiso burlarse de él diciéndole entre otras lindezas:—¡A caballo vine en ti, gran bestia!—; a lo que el *Pedrete* le respondiera irónico:—¡Sí, pero yo te quemé los calzones!—En efecto, un vivo escozor en cierta parte advirtió al fanfarrón bien pronto que el improvisado *caballo* le había quemado los calzones, y algo más que los calzones mismos.

En fin, que con tales remembranzas y soliloquios se me iba a pasar la tarde, que yo pensaba consagrar, sin las congojas del *auto*, a una somera exploración del río Orúa en sus propias fuentes cuarcíticas, no cuando caudaloso entra ya por la derecha en el río Navia, al norte, precisamente, del cordal que del otro lado cobija al célebre pueblo de Hermes, nuevo jalón egipcio, gemelo del otro nombre del *Hermo* de Sequeiros, que ya conocíamos.

Una senda a la izquierda de la carretera, quien dejaba ya la cuenca del Narcea para descender rápida hacia la cuenca del Navia, me introdujo por las faldas de unos picachos abruptos que revelaban doquiera haber sido objeto de trabajos mineros. Pronto tropecé, en efecto, con uno de ellos, el *Montefurado*, que estaba perforado de parte a parte, igual que su homónimo del río Sil en Galicia. Los romanos habían desviado así uno de los arroyuelos que forman el Orúa para beneficiar el oro del que tan codiciosos se mostraran siempre, pues, con cargo sólo al noroeste de España, es fama sacaban anualmente más de veinte mil libras del preciado metal, cuya mayor parte procedía de las Asturias que recorríamos.

Todavía pude apreciar hacia la altura las galerías de donde extrajesen a pico la cuarcita que contenía las pajuelas, y hasta me encontré una *luciérnaga* y varias teas con las que se alumbrasen los mineros; una piedra con agujeros que parecían ógmicos y donde fueran martilleados los pedazos para el escogido o *trioje;* huellas claras de copelaciones y amalgamas y, sobre todo, restos de los lavados que, como es sabido, se practicaban poniendo la cuarcita triturada en la corriente de un río para que las aguas por sí mismas arrancasen y arrastrasen las pajuelas y pepitas que, por su mayor densidad, eran luego remansadas y detenidas más abajo por el ramaje de brezo, piorno, urce, etc., que dejaba pasar sólo el agua. Quemados, más tarde, estos vegetales, quedaban entre las cenizas las pajuelas, que luego eran amalgamadas por el mercurio, metal raro, explotado asimismo en Asturias. Tan primitivos procedimientos codiciosos deben,

© Biblioteca Nacional de España

pues, haber llevado a las desembocaduras del Nalón y del Navia cantidades enormes de oro, que yacen bajo las aguas del Cantábrico.

Fuíme más abajo aún, allí hacia donde los minados antiguos son menos numerosos, pensando, según caminaba, en la monotonía de todo aquel paisaje roquero, rudo, durísimo como las labores a las que la codicia arrastrase en él a los hombres de todos los tiempos y, al par, acordándome de mi buen Miranda, quien, en su fértil imaginación y honda cultura, habría sabido sacar partido de cada coloración de las cuarcitas aquellas, teñidas unas por el oro y la mica amarilla, otras por los óxidos de hierro y de manganeso con toda la policromía del iris. ¿Qué escena estaría acaeciendo a la sazón entre él y el prodigioso anciano que de manera tan mágica le había llamado para algo más de eso que califica de último adiós el mundo? Yo me acordaba entonces de aquellos pasajes de *Isis sin Velo* de Blavatsky y de esotros del *Zanoni* de Bulwer-Litton, en los que el hierofante, poseedor de la *Palabra Perdida*, la transmitía, antes de morir, al discípulo que había de sustituirle.

Súbito, un escalofrío, ya para mí bien conocido, recorrió cabrilleando por todos mis nervios: el mismo efluvio astral que experimentase ante los papeles del tesoro, en el hipogeo de Sequeiros después y, finalmente, ante el exclaustrado de Corias, y hasta me pareció como si la sombra del propio Padre Don Alvaro hubiese perfilado un momento a mi lado, dándome su despedida.

No sé lo que me aconteció entonces. Me figuro como que di una gran encogida de terror. Sólo sé que, bajo el esfuerzo de mis piernas para huir o acaso para afirmarme sobre la pendiente en que me hallaba, advertí que el suelo me faltaba y como que caía. Di así, presumo, un resbalón como de medio metro, arrastrando tras mí una regular porción de aquella arenisca cuarzosa depositada por los elementos hacia la hondonada de un poco más abajo, y al ir a sacudirme de la tierra con que me había manchado, se escapó de mi pecho un grito al par de asombro y de alegría. ¡En la tierra así removida, acababa de brillar el amarillo infalsificable de una pepita de oro!

Con las uñas mismas, como el más villano mortal, y sin pensar en emplear el zapapico, según era la emoción que me embargaba, tuve pronto la pepita en mis manos, quienes se resentían ante su gran peso. ¡Como que a mi cálculo no era él de menos de tres libras!

—He aquí—me dije—un ejemplar, el más hermoso que ha producido la sierra del Orúa, porque la misma pepita del Naraval de Tineo, de que me hablase Miranda, pepita adquirida por Cánovas para el Museo Nacio-

© Biblioteca Nacional de España

nal por cinco mil pesetas, pesó sólo treinta y nueve onzas y ésta se acerca a las cincuenta. ¡Para mí, al menos, el tesoro que buscamos no puede ya ser ningún mito! —Y, menos evolucionado y generoso que Miranda, pensaba en la benéfica acción que en mi no muy sobrado hogar podría ejercer mi indiscutible mitad en el hallazgo. Tenía, en efecto, con el precio corriente sólo del oro, mis buenas cuatro mil pesetas en perspectiva.

Inútil es añadir que aquello puso fin y remate a mi exploración. Sentí temor al verme solo, cual si acabara de robar la tal pepita, *mi Señora Doña Josefa,* como debiera, en verdad, de llamarla; y emprendí, al instante, el camino que creyese más directo para ir a la aldeíta de Lagos antes de que se me hiciera de noche por las escabrosas soledades aquellas, donde había encontrado, tan sin esfuerzo, semejante premio de lotería.

Pero mi misma turbación y ansiedad me hizo equivocar el camino. El sol se había puesto hacía un poco, y los valles del Orúa comenzaban a agigantarse de un modo imponente con las sombras de la noche. Yo, roto, destrozado por los resbalones y la maleza, pero con mi pepita siempre en el bolsillo de la americana, parecía, ¡extremeño al fin!, la propia estampa de aquellos codiciosos pero heroicos buscadores de oro, paisanos míos, que se llamaron Pizarros, y quienes, allá por las montañas ingentes del Ecuador y del Perú, se morían casi de hambre y de abandono sobre sus sacos de esmeraldas y sus bolsones de oro. El pobre bolsillo de la americana amenazaba romperse bajo el peso, nunca más liviano sin embargo, de la colosal pepita, y la desorientación astral comenzaba al mismo tiempo a querer enseñorearse de mí, obstinándome en llevarme hacia el Este y sierra arriba, por otros afluentes del Orúa, cuando yo sabía bien, no obstante, que Lagos se hallaba hacia abajo y al Oeste. En fin, gracias a que me hice fuerte y a que la noche estaba despejada, pude orientarme bien, sin despeñarme ni tener que pasarla entre los precipicios; y cuando ella había cerrado por completo, con un pequeño creciente lunar que hacía casi más pavorosas las agrestes tinieblas, me hallé entre un bosquecillo de robles, desde el que divisé a lo lejos las lucecitas del pueblo.

Estaba ya en lugar seguro. Pero súbitamente resonaron cerca de mí estas palabras, dichas del modo más enérgico y como si saliesen de un hombre vigoroso:

—¡Te aseguro que podemos cogerle bien, yendo yo por abajo y tú por arriba!

—¡Cielos!—exclamé para mi capote—. Estoy ya perdido. ¡Voy a ser robado, despojado de mi pepita y muerto además por estos bandidos!

Y arrimándome contra el tronco de un roble, descolgué mi tercerola,

© Biblioteca Nacional de España

dispuesto ya a hacer fuego sobre aquellos dos desalmados malhechores, defendiendo así, más que mi propia vida, a mi amada *Doña Josefa*.

¡Cuán largos se nos hacen siempre los momentos de peligro! Desde aquella mi improvisada ciudadela, vi avanzar en la sombra dos grandes bultos de dos apuestos mocetones, pero, al par, advertí con extrañeza, que, en lugar de separarse cautelosos para darme el ¡alto!, con arreglo al «yo por abajo y tú por arriba» que me helase la sangre, seguían juntos tranquilamente, y el segundo de ellos respondía:

—No debemos ir así, porque es un cerro casi inaccesible por arriba.

¡Qué necio y qué cobarde que era! Buena la hubiese hecho si llego a disparar contra aquellos inofensivos mineros, pues que mineros me parecieron, cuando al dudoso resplandor de los cigarros y de un furtivo rayo de luna, creí notar que llevaban al hombro sendos picos.

Dejéles pasar, ya tranquilo, y forzando luego el paso así que hube comprendido lo pueril de mis terrores, les di alcance, en la carretera, y con esa noble familiaridad añeja, que por fortuna no se ha acabado de perder en los pueblos astures, me incorporé a ellos, saludándoles cortés y siendo más cortésmente aún correspondido.

El cigarro hizo la presentación, y los tres mineros entramos triunfalmente en la gran ciudad de Lagos: es, a saber, el valentón de la pepita, y los dos terribles bandidos, quienes resultaron ser nada menos que Clodomiro Menes Viescas, prohombre de Soto de los Infantes, de quien Miranda me hablase como de un célebre compañero de su infancia al par que de Narcés, y *Falón del Naraval*, el discípulo predilecto y émulo del gran *Pinón de la Feita*, éste, a su vez, el mejor poeta bable de nuestra época, conocido ya en el mundo entero por esotro apelativo de *El Contramaestre Trincadura, antiguo oficial de Mar en la Marina Federal de Andorra*, y como autor incomparable de unos *Retazos bíblicos y verdades de la Religión al alcance de los vecinos de Salas*, que no había más que decir. Clodomiro y *Falón*, eran, en suma, dos honrados y tranquilos hombres, metidos recientemente a buscadores de minas, «por mor de lo poco que producen las letras en esta época de mercantilismo», como hubo de decirme al punto aquel continuador de la obra bable de Jesús Pérez Castro, el Teodoro Cuesta de nuestros días.

La invocación del nombre de *Piñón de la Feita*, cuyos versos admirase en Madrid, y la del de mi ausente compañero Miranda, venerado en toda Asturias, me hizo en el acto ser su amigo.

© Biblioteca Nacional de España

VI

Un singular inválido.—Falón de Naraval y Clodomiro Menes Viescas.—El niño Conradino.—El arcón de mi tesoro.—Cena asturiana.—Un Don Juan Tenorio modernista.—El vino y la sidra.—Sátiras a porrillo.—El discípulo del gran Pinón de la Feita.—Cómo se duerme en las Asturias.—Mis nervios y la pila de Volta.

¡Qué contraste ofrecía yo, con mi mediana estatura, entre aquellos dos fornidos mocetones, carretera abajo, aspeado, encogido y sin querer soltar mi mano izquierda de debajo del bolsillo de la americana, donde llevaba mi tesoro, para que éste no me la desgarrase! Clodomiro, que iba a mi izquierda, acabó por notarlo, y como al encender una cerilla me viese todo aquel lado manchado de tierra, hubo de decirme, cariñoso, advirtiendo mi embarazo:

—Sin duda os habéis caído y os habéis hecho gran daño en el brazo. ¿Necesitáis que os auxilie?

Nada más de agradecer ni de aprovechar, si de lesión se hubiese tratado, porque conviene advertir que el eximio Clodomiro Menes Viescas, a falta de todo profesional, ejercía en Soto de veterinario, aunque sin título, y sus conocimientos quirúrgicos, valiosos sin duda en aquellas soledades, más de una vez habían salvado muchos brazos y no menos piernas magulladas por las caídas en sierras y faedales abruptos.

—No, gracias, no es nada; ved que puedo mover bien el brazo—le dije, haciendo un movimiento rápido con éste y volviéndole no menos rápido a su posición primitiva.

Pronto llegamos a los primeros hórreos del simpático pueblecito, y mis nuevos amigos me arrastraron con ellos a su alojamiento, o sea a una de esas *chavolas*, tabernas, tiendas, estancos, administración de correos, agencias, casas de huéspedes y otros excesos del país, donde nos aguardaba una *cena frugal* que decía *Falón del Naraval*, como después se vió, a base de borona, pote asturiano, en vez del *guecho* del *gurupo* y las *farrapas* vaqueiras; *lacón* de *braco* ahumado, con *arbejos;* leche agria, y truchas pescadas con *meruca* o con *atarraya* en los *cánceres* y *caraxes* del río por

© Biblioteca Nacional de España

un tercer personaje, menudo y vivaracho sobre toda ponderación, que nos aguardaba en la casa; es a saber Conradino Narcés, *el Niño*, como le decía su señor hermano el abogado Don Pepitón Narcés, en cuya busca íbamos camino de Castropol, como va dicho.

—Aquí tenéis—exclamó *Falón*—al pollo de Conradino Narcés, terror de las bellas mocinas de Salas, Belmonte, Cudillero y veinte parroquias más a la redonda. Tierno niño de treinta y dos años, por cuya educación y crianza, iba a decir, se desvive el bueno de Don Pepitón Narcés y Entrambasaguas, su respetable hermano, hasta el punto de que no le deja ni respirar siquiera por temor a que se le pierda un día... ¡Es tan joven la criatura!—terminó *Falón* soltando una carcajada que repercutió por la *antojana* o patio frontero.

Se me olvidaba decir, que antes de que se *entamase* o empezase la *corrobla* me había escapado, como pude, so pretexto de conocer la habitación que me destinaban, pero con la intención que es de comprender, de verme libre del adorado peso que me abrumaba, si para él lograba un sitio medianamente seguro en aquel camaranchón lleno de carcomas o *bícaros* que por todo cierre tenía un mero *piecho* o pestillo. El sitio en cuestión fué un monumental arcón denegrido que la fortuna me deparó junto a la que iba a ser mi cama; un arcón de *carbayo* o roble, viejo y lleno de agujeros, idéntico a aquel otro donde el canónigo del *Lazarillo de Tormes* guardase sus mendrugos codiciados. Si ello no era lo mejor, parecióme lo menos inseguro. Allí deposité, pues, mi preciosa cuanto pesada carga, y echándome al bolsillo la llave del arcón que pesaba casi otro tanto que la pepita y abultaba mucho más, torné entre mis compañeros, quienes, para abrir boca, ya habían vaciado dos botellas de vino de Cangas.

Nunca había comido el pote astur, pero confieso que de él consumí dos grandes platos. Sus judías, coles, costillares y otras *hierbas* salutíferas integradoras de tan compleja mixtura, resultaron de perlas a mi apetito, que hambre de tres días pareciera más bien. Jamón de York, más que de Montánchez, parecióme el lacón ahumado; pero en cuanto a la *cuaxada*, a pesar de sus altas virtudes medicinales, no pude con ella; era un alimento tártaro superior a las resistencias de mi acorazado estómago extremeño. Estas hubieron de agotarse ya ante el sabroso gusto de las truchas a las que el propio Brillat-Savarin habría rendido honores. No comí mal que digamos, pero juro que nunca viese comer tanto a tres hombres, como a mis acompañantes, en especial, al menudo Conradino.

—¡El postre, el postre!—reclamó éste, sin embargo, cual si no hubiese quedado satisfecho.

© Biblioteca Nacional de España

—Yo te daré a ti el postre, bardino, con una velada poético-musical —replicó Clodomiro—, mientras que la Maritornes de rojo *rodao* nos traía *meruéndanos* o fresas silvestres y una *gosía* o cesta que era casi un *prasio* de frescas manzanas tempranas, de esas riquísimas manzanas astures de *reineta, repinaldo, balsain, balbona* y otras clases hasta componer casi las treinta y seis variedades del riquísimo fruto del que la sidra se elabora.

—¡Está en la edad de comer, como niño que es!—dijo *Falón*, volviendo a la cantilena— ¡Libre como la avecilla que por vez primera deja el materno nido de su hermano, quien por él desvive, y volando feliz a estas regiones del oro, arrastrado por el oro también de unos cabellos de *xana* que le deslumbrasen en el pueblo de Campoamor el otro día, viene con sus juegos a alegrar «la soledad de dos en compañía», de estos dos mineros infelices...! —terminó el vate con el acento más lírico, al par que apuraba el *enésimo* vaso de sidra.

Y luego, suelta ya la espita, continuó aquel discípulo de Roque el de *El Carbayón* y del fúlgido Pinón de la Feita, cantándole, cual nuevo Tenorio, estos no sé si improvisados versos que copiara, por lo gráficamente descriptivos que me pareciesen, pidiendo perdón al lector por ello:

«¿No es verdad, dulce ilusión,
que en esta apartada orilla,
el que tranquilo la pilla,
goza como un verderón
y con mágica canción,
tan dulce como la miel,
a Baco con su laurel
ardientes preces envía...?
¿No es cierto, pichona mía,
que el que la pilla es *pa* él?

—

¿No es verdad, ángel de amor,
encantadora Benigna,
que yo, cual persona digna
del emporio bebedor,
espantando el mal humor,
yo, que del mundo sonrío,
junto a la orilla del río
que al pueblo de Lagos cruza
me cojo alguna merluza
de padre y muy señor mío?

—

El asno torpe y cerril
que en Ouría está paciendo,
el gocho que está comiendo
muy tranquilo en su cubil,
la niña del alguacil
y el corro murmurador,
y hasta el perro sin rubor
que alza la pata y orina...
¿No es verdad *xana Benina*
que están respirando amor?

—

La perrilla de Candás
que alegre menea el rabo,
el lagar de casa Chavo
y la criada de Blas;
la niña del tío Colás
muerta por ti su amador;
«Pata Larga» el rezador
que canta en su galería...
¿No es cierto, pichona mía,
que están respirando amor?

—

Y esa flor primaveral,
nacida en astur jardín
que espera que Conradín
se la ponga en el ojal,

© Biblioteca Nacional de España

y esa materia especial,
germen fertilizador,
que esparciendo rico olor
a Cobo sirve de abono...
¿No es cierto divino icono,
que están respirando amor?

—Qué *estaferio* me estás, *Falón*—respondió tímidamente Conradino, entre la carcajada general que acogió los últimos versos, rimas en las que se daba, con la frescura de una probable improvisación, típica en aquel genial poeta obscurecido, pelos y señales acerca de una serie de cosas y de personajes, que yo no podía adivinar por grande que fuése mi intuición, personajes de alguna pasional novela vivida por el *infantil* Conradino y que, según me pintase Miranda el carácter de su señor hermano, traería al buen Don Pepitón completamente de cabeza.

—Échame otro vaso de sidra, travieso niño—exclamaba el poeta, tan sereno como si no hubiese tomado aún ninguno.

—No será así, si no repites a este señor, que ya te admira, los versos de la sidra que improvisaste el otro día ¿Te acuerdas? —dijo Conradino, por quitársele, sin duda, de encima.

—¡Hijos de la más excelsa inspiración, yo me acuerdo siempre de todos mis versos!—dijo con orgullo, y comenzó al punto:

Sidra, sidra traidora,
¡qué mal llegas pagar a quien te adora!
Empiezas con engaños sin iguales
hasta hacerlas pescar ¡fenomenales!
y ¡oh, ficticia alegría!
¡oh fugaz ilusión!, al otro día
no basta que un volcán sea mi frente:
tiene que hablar la gente,
y me aguardan atroces mujerzuelas
murmurando a la puerta de Candelas.
Por no dar qué decir a esos silbantes,
tan de mala intención como ignorantes,
voy a ser más que héroe y ver propicio,
si triunfa la razón o triunfa el vicio!

Y cambiando de metro seguía:

¡Adiós, pues, néctar divino...!
Inclinémonos al vino
que la sidra no me llena:
¡Llevas nombre femenino
para que puedas ser buena!

Ante aquel torrente de inspiración báquica, mi lápiz no pudo seguir copiando, y fué lástima, porque me perdí todo un poema que a otro céle-

© Biblioteca Nacional de España

bre y *perfumado* de Barcelona y a las terribles coplas contra el Novoa de Cabecalos habrían dejado en mantillas.

—¡Ahora me toca a mí!—gritó Clodomiro, sacando de no sé dónde el más raro de los instrumentos musicales que en mi vida he visto: el célebre *pandeiro* asturiano, bastidor cuadrado y grande, con dos pieles de ovejas curtidas en Cangas, siglos hacía, y cosidas y tensas sobre el bastidor a guisa de extraña caja de resonancia para las vibraciones de tres a cuatro cuerdas de tripa tensas también como sobre una guitarra o *lira* de viejísimo cuño y de no menos extraña vibración, a la que se acercan un tanto las trepidaciones del moderno timbal de orquesta y las *astrales* gangosidades gaitescas del *oboe*. Aquello era un descubrimiento más raro que el de un fósil antediluviano y que por sí solo me hubiese recompensado de las molestias todas de mi viaje. Él hacía honor al excelente Covarrubias, que le cita, como común en tiempos a toda España, en su *Tesoro de la Lengua Castellana*. Tomólo Clodomiro con entrambas manos y empezó a sacar de él aquellos mismos sones extraños que al filólogo admirasen, con un aire vaqueril como de seis por ocho, más bien que de tres por cuatro, cual el acompasado caminar de la *Vaca* astral *de cinco patas* por la montaña; que acaso ha inspirado a Borodín su poema sinfónico, *Por las estepas del Asia Central*. En tono menor, mezclado, y con una cadencia final prolongadísima, cual una añoranza de dulce recuerdo a lo Jorge Manrique, cantó Clodomiro algunas canciones vaqueiras, y luego dijo a *Falón:*

—Voy a hacer honor a tu sátira quevedesca y juvenalesca, como tú mismo dices, cantando, con música exclusivamente mía, las semblanzas de algunos de esos buenos señores que se dan tono por aquí, olvidando lo que antes fuesen en Madrid o en *las Américas*—y sin más preámbulo, con *vozajón* más sonoro que afinado, comenzó a lanzar a diestro y siniestro, entre las risotadas homéricas de *Falón*, sátiras y semblanzas como esta:

El mayor de los silbantes
que calentó el sol de España,
nació en la casa Degaña
de Soto de los Infantes.
Fué un tipo muy campechano
entre la gente cristiana,
y aunque hijo fué de *la Urbana*
no tuvo nada de urbano.

Y de otro buen indiano de Berducedo, que, después de rico, pretendía ser ilustrado:

A Simón, por corrupción
le llamaban Si-meón

© Biblioteca Nacional de España

en el universo entero.
Grande fué su ilustración:
¡cómo que fué carretero!
De tipo despampanante,
es hoy ricacho feliz,
que se gasta por nariz
¡la trompa de un elefante!

y de un cierto truhán, muy conocido en la tierra:

No sé si fué pescador
el *gocho* de quien os hablo,
más lo cierto es que fué Pablo
un *pez* de marca mayor.

y hasta del propio *Xuanón*, el dueño de la casa, que nos servía la sidra:

Es tabernero muy fino,
y persona más que lista:
lo llamamos Juan Bautista
por *bautizar* siempre el vino.

Cosas todas que la asamblea, conocedora de aquellos satirizados personajes de la *fauna* de su tierra, reía de bonísima gana, coreándola con mil sandeces. Y en verdad que, en punto a sátira acerada, podría el gran discípulo de *Pinón de la Feita* codearse con el propio Don Francisco de Quevedo.

En suma, que la sesión llevaba trazas de no acabar en toda la noche, y como aquella alegría, pese también al contento de mi hallazgo, contrastaba cruelmente con la tristeza de mi corazón al acordarme del santo anciano de Cangas, que para mí había ya muerto, puse punto final en aquellas canciones de danza picaresca que, sin duda alguna, se entonarían bien pronto en las rondas romeriles, y me retiré al camaranchón de mi aposento.

La broma y el jaleo continuaron, mejor aún en mi ausencia, hasta bien avanzada la noche.

¡La noche del tren, la noche de la cueva, la noche de la entrevista con Don Alvaro y la noche aquella!...

Decididamente no se podía dormir en la tranquila Asturias.

Y menos quien, como yo, se veía sometido a las sensaciones de placer, por mi pepita; de dolor, por el que también estaría sufriendo mi amigo Miranda, y de curiosidad, en fin, ante aquella región cada vez más admirable y paradójica a mis ojos... ¡Zinc, cobre y paño humedecido para la pila de Volta de mis nervios excitadísimos!

© Biblioteca Nacional de España

VII

Velando por mi tesoro.—Una fuga en toda regla.—Las mañanas de Junio en Asturias.—El nuevo Aristodemo.—Un número *ene* de personas en un *auto*. Salime y Pesoz.—Falón del Naraval y la poesía asturiana.—Andalucía y Asturias.—Baladas inimitables.—Recuerdos del tiempo viejo.—El amor a la tierruca.—Los vascos del territorio de Oscos.—Un ateneísta incomprendido.—Camino de la Bovia.—¡Bienaventurados los que mueren en el Señor!

Mi primera mirada matutina fué para el monumental arcón, tosco vargueño casi, donde yacía mi tesoro, mi *ayalga*, acostado entre panes de *boronas* sobre sacos de los que servían para la recolección de diversos frutos, y las faldas y *rodaos* de estameña de la tabernera, estanquera y hostelera. ¿Cómo iba a justificar ante los héroes de la víspera y en plena luz del día—pensé—la nueva parálisis de mi brazo izquierdo que libremente manejase durante la cena, si había de evitar que la ya desgarrada americana dejase pasar mi tesoro por la rotura?

—Decididamente hay que partir, que huir, antes que mis nuevos camaradas se desaturdan de su sidra—me dije.

Y pagando a la hostelera, dejé recado a Miranda de que caminaba despacio, carretera adelante, hacia Berducedo.

Las mañanas de Junio en Asturias son como las de Abril en las mesetas centrales: dulces, tibias, perfumadas, a trechos con sol y a trechos con nubes que sueltan gratas *orbayas* o lloviznas, neblinas refrescantes y fecundas que ponen un diamante en la punta de cada hoja y que transmiten el placer de vivir a pulmones y nervios. Ese sentimiento o idea innata que tiene todo hombre respecto a los *Campos Elíseos* de la antigüedad pagana, o bien del *Paraíso terrenal* y de la *Edad de Oro* cantada por todas las religiones y no desmentible por una ciencia seria, tiene en esas mañanas astures la más perfecta de las añoranzas.

Comenzaban su diurna labor las avispas o *griespas;* bandadas de palomos *turcos* o torcaces y de antipáticos *glayos* o grajos cruzaban los aires; alguno que otro viejo *fradaba* o desbrozaba los *sebes* que cercaban aque-

© Biblioteca Nacional de España

llos prados de esmeralda, o *cabruñaba*, es decir, afilaba con martillo el mellado corte de su guadaña; juguetones ternerillos o *tenrales* se *puñaban* o topeteaban ejercitando sus fuerzas, y dos *mocinas* los *llindiaban* o apacentaban; una partida de *gochos* o cerdos *esfuciaban* hozando entre la hierba, buscando las para ellos sabrosas *guyarapas; llagartesas* y *sacabeas*, ínfimos y degenerados sucesores de aquellos terrible saurios de la edad secundaria que midiesen muchos metros de longitud, dormitaban al sol en los salientes de los *veiros* o cuevas, y las *lluecas* o campanillas grandes de las vacas que tiraban de los *forcados* y carretones cargados de olorosa hierba producían ingrato concierto con el chirrido estridente de las ruedas que se oía desde media legua, cual un lamento.

Así, paso tras paso, y con mi brazo izquierdo siempre inmóvil cuanto fatigado ya por el peso, remonté las cuestas fronteras, y fuí cayendo luego hacia el río Silvaneira, *Selva-negra* acaso un día, junto al que se asienta Berducedo. No me faltarían dos kilómetros para llegar al pueblo, cuando la bocina de un automóvil me saludaba alegre.

Volví la cabeza: Miranda, el régulo de las Asturias, no venía solo. ¿Cómo iban a dejarle en paz a él, tan demócrata al par que tan aristócrata y tan bueno, sin que le diesen corte y le rindiesen así pleito-homenaje aquellos simpáticos paisanos de la víspera, que en él idolatraban? Con ellos, el *chauffeur*, el perro, los bagajes y los pedruscos últimamente recogidos—pues los otros caminaban ya por vía directa hacia Salas—, no cabía literalmente un alfiler en el vehículo.

—¡Échese a un lado, señor, que *vamos la cuenta!*—me gritó alegremente Conradino.

—«Métase un número *ene* cualquiera de personas en una diligencia y, a vuelta de media hora, todos los viajeros resultarán holgados y hasta serán ya amigos», ha dicho Vital Aza—exclamó *Falón del Naraval* haciéndome sitio entre Miranda y su enorme persona.

—¡Pobre señor!—añadió compasivo Clodomiro—. ¡La noche ha empeorado vuestro brazo, y yo os curo ahora mismo!

No sé qué clase de disculpa hallé frente a tan solícito curandero, porque estaba en un callejón sin salida. Sólo sé que apelé a una estrategema; y como infería que ninguno de nuestros acompañantes sabría inglés, hube de decir en esta lengua y por lo bajo a Miranda:

—Hacedme lado para dos: para mí y para mi áurea pepita de tres libras.

Miranda, con cara de singular asombro, mostró haberme entendido y, so pretexto de introducir un poco de orden en el abarrotado vehículo, me

© Biblioteca Nacional de España

libró, como el más hábil y disimulado de los prestidigitadores, del adorable peso de mi pepita. Instalados, pues, mal que bien, en aquel carruaje, no tan grande como la voluntad de su dueño, dió éste orden de marcha, mientras que *Falón* volvía a las andadas contra Conradino.

—¡Conradino, mi ángel! Ahora, entre estos señores, sí que no tendrá temor tu hermano de que te extravíes... ¡Así, así, los niños de treinta y dos años han de ser formalitos!

Y Bernardino capeaba el temporal como mejor podía, pues el tal rapaz era más que pícaro. Además llegábamos al límite de las posibilidades automovilistas, porque de Berducedo hasta la Posada de la Garganta en el puerto de la Sierra de la Bovia, no había sino un pésimo camino carretero. Afortunadamente, la siempre sabia previsión de Miranda había hecho que nos tuviesen allí preparado un regular carrillo del país, tirado por vigorosos caballos *asturcones*, de aquellos que ya en su tiempo ponderase Plinio, especie de tartana el vehículo, donde, debiendo haber ido con cierta comodidad Miranda y yo los 25 kilómetros hasta la Bovia, tuvimos que ir pésimamente, como gijonesas sardinas en banasta, los cinco, mientras que el *auto* retrocedía hacia Tineo y Cornellana. Todo lo soportaba y daba por bien empleado Miranda a trueque de servir en algo a sus queridos paisanos, aunque entre ellos y su personalidad eminente mediase, dentro de la ingénita bondad astur común a todos, un verdadero abismo de cultura. En cuanto a mí, añadiré que me habían sido muy simpáticos, y que sentía placer en su compañía, aprendiendo todo un curso de bable en sus modismos, modismos que omitiré en lo sucesivo, para no tener que hacer una obra bilingüe, que sería indigna ni de invocar siquiera las glorias de Don Bruno Fernández Cepeda, el hombre que más ha sabido de esta lengua de su *tierrina*.

Así cruzamos a paso lento, que convenía a las mil maravillas para contemplarlo todo, aquellas alturas del Hospital o *Malatería de leprosos* de Buspol, descendiendo luego hacia el caudaloso Navia, que atravesamos por el puente de Salime, muy por bajo de la confluencia del río Busvidal, y sin detenernos en este Salime o *Selim*, como yo di en decirle, dejamos atrás a su gemelo Grandas de Salime, estratégico poblado que guarda el paso hacia Busmayor y la loma de Pesoz, o sea el clásico y áureo país de los parsis astures o *pésicos*.

—Todos son *bus* o *bueyes* por aquí, acaso por derivación de la palabra vasca correspondiente—dije a Miranda—, y ahora voy aquilatando la enorme transcendencia de aquella su primera lección astur relativa a esta tierra *solar* primitiva; mas, permitidme una objeción, una tan sólo: ¿no podrían

© Biblioteca Nacional de España

en vez de referirse a la famosa *vaca* astral y a su áureo *becerro*, aludir simplemente a las vacas y bueyes del país?

—No tendría incoveniente en admitíroslo, siempre que pudieseis, a vuestra vez, sacarme de la toponimia astur la décima parte siquiera de los nombres que yo os he dado con la radical *bos* o *bus*, y que se refiriesen, verbigracia, al caballo, al jumento, a la mula, a la cabra, a la oveja, que son no menos frecuentes que la vaca en estos prados, y que me expliquéis además cómo han podido llamarse *vaqueiros* o sea *conductores de la vaca*, como Gautama el Buddha, a gentes tradicionalmente consagradas a la conducción de los *machos* mulares de sus arrierías y a las ovejas de sus trashumaciones.

—Tenéis sobrada razón—confesé, mientras empezaba a notar que aquella espina siluriana de la Rañadoiro, iba cediendo el paso a la formación cambriano-hutoniano-laurentina occidental, mucho más antigua, con sus pizarras micáceas, sus arcillas y sus gneis, aurora de la vida.

—¡*Falón*, dinos versos, pero no tuyos, porque son muy malos, sino de Teodoro Cuesta, el maestro de tu maestro Pinón de la Feita, ya que, por respetos a Don Antonín, no podamos beber sidra!—interrumpió Clodomiro, aburrido sin duda por nuestra charla científica, para el incomprensible.

Yo habría querido mejor, hacía rato, el preguntar a mi amigo por el padre Don Álvaro y por lo que con él había acaecido en mi ausencia, aunque para ello hubiésemos tenido que apelar al uso de otra lengua, ya que las cosas santas, como aquellas del asceta sublime, debían ser tratadas santamente, lejos de aquellos buenos bebedores de sidra; pero opté por respetar el silencio de mi amigo, aparte de que su palidez, su tristeza y el sello de majestad que, como nunca ostentara y que parecía haber ya heredado de aquel santo, harto decían a mi intuición todo lo que había ocurrido.

—Yo sin vino no hago nada—replicó *Falón*—, o, por lo menos, sin sidra.

—Si es por eso, ¡alto!, que ahí enfrente hay una *chavola*—dijo complaciente Miranda, haciendo al carretero que pidiese dos botellas—pero no excederos, chicos.

Dos botellas de sidra para aquellos tres héroes no era cosa mayor. Bebiéronselas en el acto, y espoleada ya la dormida musa de *Falón* comenzó solemne:

¿No estuviste hacia Zeviya
arguna vez, camará?
¿Nunca vizte la Giralda
de su hermoza catedrá?

© Biblioteca Nacional de España

Puez no haz contemplao la torre
que hay maz digna d'admirá;
zi te dejaran caer
de lo maz arto, quizá
tardaríaz, y digo poco,
una zemana en bajar...

y así continuó con la más prodigiosa de las memorias, todo aquello que, en loa de Andalucía y en desprecio hacia Asturias, cantase festivamente Diego Torrero en aquel inolvidable *Círculo Mercantil e Industrial* que existía en Oviedo allá por el año 1870, para dar lugar con ello a que el gran Teodoro Cuesta le contestase con las famosas estrofas que empiezan:

Pensatible... plasmau... silenciosu...
como el pitu a la vista del raposu
cuando menos barrunta, quietu, atentu
non perdi una migaya del to cuentu...
Y *cuentu* llamo yo a lo que falaste
por más que llinguateru dispreciaste
esta tierra, del mundo maravilla,
llevantando hasta'l cielu tu Sevilla.
Pos ye bono que sepias, compañeru,
qu' el primu de Pachón el llagareru
que a tierra de Castilla foi más veces,
que pares por un rial te dan de nueces,
estuvo 'n esi pueblu tan nombrau
y por ti 'n esti sitiu ponderau
comiendo cinco meses... ¡probe Pachu!
lo que comen los páxaros... ¡gazpachu!
Esti ricu manxar, qu'en el gargüelo
atascáu se queda, y con anzuelu
hay que sacalu lluego, o vése al punto
convertíu el que lo come en un defuntu,
faise d'esta manera... oyéime atentos,
pos tardaré en cuentalo dos momentos.
«Garitucos de pan endurecíos,
y dalgunos a veces florecíos,
a remoyar los dexen en un platu
sin miéu a que los llamba nunca el gatu,
pos ye'l gatu animal de muches barbes
pa que i fagan ración tan males parves.
Como diba falando, d'isti emplastu
qu'en sales y desvanes dexa un tastu
capaz de atorollar al más valiente,
déxanlu remoyando en platu o fuente;

© Biblioteca Nacional de España

dos güevinos o tres muy recocíos
y en quinientos pedazos repartíos
con pimientu regüeltus, van al trote
en compaña del pan a dar al pote:
faise que fierve aquél, pos la ceniza
llevanta el resoplidu del que atiza
sin que un ascua se vea nunca encesa,
y fríu va el gazpachu pa la mesa».
Esto com' en Sevilla la reciella
y la xente mayor; de la *morciella*
nunca el tufu golieron sus narices,
¡y sin comer morciella, son felicest...

—Bravo, *Falón*, bravo, y *¡madiós*, qué memoria tienes! exclamó entusiasmado Conradino.

—*¡Ijujú!*—rugió Clodomiro, conmoviendo con aquel clásico grito de guerra cántabro-astur los ecos de las montañas vecinas.

Pero aplaudir a *Falón* por versos suyos o de sus maestros, cuando tenía sidra en el cuerpo, equivalía a soltar la presa a una catarata como la de *La Cola del Caballo* en el Narcea. Así que nuestro héroe, perdiendo ya, como todo hombre genial e inspirado, las nociones de espacio y tiempo, no sólo nos recitó cuanto escribiese en bable Teodoro Cuesta, sino cuantos versos y prosas, buenos u óptimos, publicasen en *El Invierno* y en *El Candil*, a mediados del siglo XIX, Gonzalo Castañón, Antonín Arango y Enrique Uría, el por Cuesta celebrado periodista, o los que de cien autores diferentes apareciesen en *El Anunciador* de Morán Caveda, Canella, Ordónez y Amandi y en el *Eco de Asturias*, que a papelazos arrancase al Estado el puerto del Musel para los gijoneses, no sin poner en el preferente lugar a la linda revista *Asturias* en las que colaborasen, amén del eximio Frassinelli, plumas como las de *Clarín*, Félix Aramburo, Canellas, los Palacio Valdés, los Labra, los Fae y cien otros de felice recordación, y, en fin, no sin recordar cuantos periódicos simpáticos, nunca exclusivistas ni agresivos a la Patria común, como los de otras regiones españolas, y alguno dirigido o inspirado por el propio Pinón de la Feita, había dignificado al solar de Argüelles y de Jove-Llanos.

Clodomiro, más tardo siempre, siempre acababa también por contagiarse al lado de *Falón*, y *a voz abierta*, pues no tenía pandero, coronó la *parranda* carretera aquella con coplas de las cantadas en la clásica romería ovetense del *Bollu de Pascua* en la *Balesquida*, por Manolín de la Caleya; coplas de infinita ternura, que no son sino verdaderos *liedes* astures, instrumentados quizá para gaita, como éste de:

© Biblioteca Nacional de España

Escúchame, reitanina,
te lo ruego, hermosa páxara,
avísame con tu canto
la presentación del alba,
porque pasé con la neña
hasta poco ha na esfoyaza
y si el amor puede mucho,
más puede el sueño, reitana.

O como esotro que empieza:

Non toques al ñeriquín—*(nido)*
dondes'tan los paxarinos;
mira que sos padres viven
tan sólo de su cariñu.

O bien como aquella canción que recuerda cierto cuento de *Las mil y una noches*, cuento en el que el hada del Lago, al oir los desgarradores lamentos de los hombres que encantados y enjaulados tiene su padre, el Ogro, sonríe gozosa, creyendo que ellos, al llorar, cantan como pajarillos:

Cuando canta en el árbol
la paxarina
ye que llora sos penes
la provitina;
ye que llora cantando
las sos peninas
que también tienen penas
las probitinas.

con las otoñales nostalgias de la felidad que huyese...

La rosita en el rosal
vase señor deshojando:
Jardinera de mi vida,
¡el agua la va llevando!

Para acabar, con vistas ya a la inestudiada *Danza Prima*, de tan honda raigambre ocultista, con aquel romance musicalmente dialogado que empieza:

¡Ay! un galán d'esta villa,
¡ay! un galán d'esta casa,
¡ay! él por aquí venía,
¡ay! él por aquí llegaba.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Ay! diga lo qu'el quería,
¡ay diga lo que'l buscaba!
—¡Ay! busco la blanca niña,
¡ay! busco la niña blanca,
que tiene voz delgadina,
que tiene la voz delgada,
la que el cabello tejía,
la que el cabello trenzaba...
—¡Ay diga a la blanca niña,
¡ay! diga a la niña blanca,
¡ay! que su amante la espera,
¡ay! que su amante la aguarda
al pie d'una fuente fría,
al pie d'una fuente clara,
que por el oro corría,
que por el oro manaba,
donde canta la culebra,
donde la culebra canta.

y con el romance caballeresco, aquel que empieza:

Camina Don Bueso
mañanita fría
a tierra de moros
a buscar amiga.

y, en fin, con no pocas escenas por el simpático *Falón* pergeñadas a su modo con cargo a los dramas bables de *El Tio Xuan*, *La Emigración* y otros de dulce sabor regional y que nuestra literatura general conoce apenas.

Si el vino de Cangas hay que beberle en Cangas mismo, la poesía asturiana hay que oirla en la propia Asturias y de labios asturianos, sin duda tan perclaros como los de *Falón* y Clodomiro. Hay un dejo provenzal, en efecto, que, digan lo que quieran los doctos, enlaza al *bable* de Cuesta con el gallego de Curros y de Rosalía, con el catalán de Verdaguer, y hasta con el valenciano de Llorente.

Yo no quería con mi conversación distraer a Miranda, porque le veía sumido en dulce amor a su tierra nativa. ¿Qué pensaría aquella mente poderosa, y qué sentiría aquel corazoñazo, al arrullo de las tiernas canciones de su Asturias, terruño que empezaba yo a amar muy hondamente? Casi lo adivinaba ya, según lo al unísono que vibraban hacía semanas nuestras almas. Así que guardé respetuoso silencio, sintiendo, sin embargo, el perder la lección de Historia que de otro modo me habría dado al

© Biblioteca Nacional de España

cruzar aquel severo y sagrado país de los pésicos de la vecina Peroz, de los ríos Agueira, San Martín y Sequeiros, que unos corrían para un lado, y otros para otro, hasta rendir sucesivamente sus aguas al Navia el divino, el *mántico río de la adivinación*, después de fertilizar aquella fiera región de *los Oscos*, en la que San Martín, Santa Eulalia, Santa Eufemia y Villanueva de Oscos me hacían pensar en los vascos aborígenes nuestros. Entonces envidié una vez más también la erudición menospreciada e inagotable de aquel otro hombre santo, de D. Francisco Fernández y González, quien, fuera la que fuése la conversación que se le sacase en el Ateneo, inevitablemente la había de llevar al pueblo vasco ú *osco*, con sus *hoscos* de Huesca, sus *heteroscos* o Etruscos, abuelos maternos del pueblo romano y los *oscos* abisinios, amén de todos los pueblos y nombres de América, que a base de la raíz trilítera *ask*, dan a *Nebraska*, *Alaska*, *traskaltecas*, *asktecas* o aztecas, y otros mil.

¡Lástima grande que aquella región misteriosa carezca de carreteras! De otro modo, en vez del camino que íbamos a seguir hacia Castropol, para unirnos con el gran Don Pepitón Narcés, habríamos tomado quizá por la izquierda de Grandas de Salime, pasando de Santa Eulalia a la gran Taramundi y a San Tirso de Abrés en el Eo, comarca semigallega ya, que ni asturianos ni galaicos han estudiado todavía como se merece. Así, pues entre poesías y coplas, que sentí no poder transcribir, llegamos a Villanueva de Oscos. De dicho pueblo, hasta encontrar nueva carretera en la Garganta de la Bobia, apenas si había siete kilómetros, y en previsión de que en aquella posada de la Garganta no hubiese acomodo para todos, decidimos que el carrito y mis compañeros de la noche anterior en Lagos quedasen en el pueblo hasta la mañana siguiente, en que vendrían a buscarnos, pues que, tanto Miranda como yo, queríamos disfrutar del imponente panorama nocturno de aquel cordal altísimo que separa las cuencas del Navia y el Eo, dejando a los otros tres las discutibles delicias de otra nochecita de canto y verso, como la pasada en el tugurio de Lagos, enaltecido ya por Falón en estrofas casi heroicas.

El Sol caminaba hacia su ocaso, tiñendo de melancolía aquellas agrestes regiones, que son la Cenicienta de Asturias, pues que nada tienen que agradecer al Estado, y no demasiado a la Naturaleza. Los picos cambriano-silurianos de la Serranía de la Bovia se alzaban orgullosos hasta los cielos enfrente de nosotros, que caminábamos sin gran premura, contentos de vernos un momento libres de aquellos tres traviesos chicuelos con cara de hombres, verdaderos *elementales* buenos, que obedecían ciegamente a Miranda, adivinándole sus mejores deseos. Este último había cuidado de

© Biblioteca Nacional de España

echar la pepita, sin que se advirtiese, en su morral de campaña, que nunca desamparaba, para en él recoger minerales y plantas.

—Y bien, ¿qué hay de nuestro Don Álvaro?—le interrogué lleno de ansiedad no bien dejamos atrás al pueblo.

—¡Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor!—respondió Miranda descubriéndose, mientras que por su mejilla resbalara silenciosa lágrima.

—*Et lux perpetua luce ad eis!*—añadí descubriéndome también, lleno de respeto.

La campana de la aldea tocaba a la oración, y allá en las alturas de la Bovia se encendían las primeras estrellas.

© Biblioteca Nacional de España

VIII

La Garganta de la Bovia.—Un poco de Mitología astur.—Paganismo y Cristianismo.—La Santa Compaña o Huestia.—Historia de un valentón.—El tanganito-tángano.—¡Andad de día, que la noche es mía!—La «Buena Gente» y las reliquias.—Miranda vió la Huestia en Corias.—Los que nos esperan allende la tumba.—En provecho de Falón del Naraval.—Otro tesoro.—La Santa Bovia.—Convite inesperado.—¡Bodas de diamante!

Llegamos a la posada de Garganta de la Bovia casi a punto de cerrar la noche, una de esas noches tibias de verano que sólo las hay en Escocia y en Asturias. La simpática posadita del puerto era uno de esos restos de un pasado vaqueiro-arrieril exento de comodidades, pero apto para la sobriedad proverbial de las gentes que la frecuentasen. No faltó, pues, ni una acogida respetuosa al par que amable, ni una aceptable habitación para ambos, ni unas camas limpias, a las que había que subir casi con escalera, según lo altas y rellenas que estaban. La *venta del camino* inmortalizada por Cervantes es un algo que se fué ya, después de haberla honrado el *Hidalgo de la Mancha* y su escudero.

Salimos al exterior mientras nos preparaban una cena frugal, y la conversación recayó en seguida acerca de las leyendas del país, de las que tan rica debía mostrarse el sitio aquel, paso obligado para la ribera del Eo.

Asturias es, sin disputa, la región española más rica en leyendas y mitos. Hermana de Galicia y del incomparable Bierzo, en ninguna otra han perdurado más que en ella las creencias precristianas, a pesar de más de doce siglos de una tiranía monacal casi omnímoda que hiciese cuanto la fuera dable para aniquilarlas en provecho de su fe. Hoy, sin embargo, tales riquezas yacen dispersas, punto menos que perdidas, gracias al escepticismo letal que las Empresas mineras y el ambiente de grosero materialismo de la época, acción que ha podido conseguir en un siglo lo que aquel temido poder no lograse en veinte veces más tiempo.

© Biblioteca Nacional de España

—En vano combatió la Iglesia las viejas creencias, dice Rogelio Jove en su precioso trabajo sobre ello — añadió Miranda —: hasta los sonidos de la campana del templo que anuncian el Avemaría «le parecían» al campesino de las tierras de Don Pelayo el toque de llamada a los genios de la noche para que saliesen de las cavernas, o penetrasen en las obscuras selvas, y su ánimo, libre de preocupaciones durante el día, sentíase abrumado por los terrores de lo desconocido en cuanto veía amontonarse las sombras del crepúsculo como evocadas por el tañido de la campana de la iglesia. Creía con fe viva en los misterios de la religión y en sus bienhechoras enseñanzas; pero creía también en aquellos mitos cuya teogonía sabía de memoria, y cuya presencia parecía adivinar en las armonías de la Naturaleza, en los rumores del río, en las sombras del bosque, o en el silencio imponente de la noche... Hoy todo ha cambiado, pero ese aliento positivista de la vida moderna, que todo lo seca, ha respetado algunos rincones de la montaña, y todavía se oye allí la carcajada del *diaño* burlón, y se ven las cárdenas luces de la *huestia*. En esos rincones se han refugiado los mitos y con ellos las leyendas, los romances, la poesía y, lo que es más, la fe... Allí, donde los mitos han desaparecido, la fe religosa ha padecido notable quebranto; desde que no se cree en las *xanas*, ni en el *trasgu*, apenas si se cree en nada. En cualquier apartado hogar de Asturias, donde se oiga hablar con entusiasmo de nuestra sacrosanta religión y de sus Misterios, es seguro que también hay allí quien ha visto al *busgoso* rondar por el bosque, y quien sabe preparar el agua de la *alicornia*. Por el contrario, allí donde nadie cree en *lavanderas* y *trasgos* no se encontrarán tampoco campesinos piadosos.»

Esta tan ingenua confesión de un buen católico prueba una vez más la acción del *karma* o ley de justicia, a lo largo de la Historia. El cristianismo, que, como sabéis, no es sino una rama de la gran Religión primitiva, al destruir, lleno de emulación, los últimos restos de aquellas leyendas-símbolos, se infirió a sí propio una herida de la que jamás habrá de curar, y sus creencias, o se han de resignar siempre a convivir con aquellas otras, sean nórticas, orientales o mosaicas, o tienen que morir al par que ellas, bajo el frío hálito de un escepticismo desconsolador, que trata de transformarnos en irracionales, al quitarnos, so pretexto de una ciencia, siempre pobre y cambiante, todo cuanto hay de poesía en nuestros vivires. El cronista que logre hoy obtener una leyenda en Asturias, es un héroe digno de la laureada de San Fernando.

—Por cierto—interrumpí—que uno de los mitos que más me han intrigado, entre los pocos que conozco de este prodigioso país, es el de la

© Biblioteca Nacional de España

Huestia o Santa Compaña, al que me aludieseis en el hipogeo de Sequeiros. Recuerdo que no sé dónde oí referir a un arriero muy ladino algo respecto de cierto señor de por Asturias. El tal señor pasaba por descreído en todo cuanto se refiere al mundo hiperfísico, y sabedor de que en una cabaña agonizaba un paciente, quiso una noche observar por sus propios ojos *La Procesión de la Huestia*, esperándola, armado de escopeta y perro y lleno de escepticismo. La noche, silenciosa y obscura, hacía pavorosos aquellos contornos entre rocas que parecían fantasmas, y castaños y nogales, produciendo «un temeroso, manso ruido» con sus hojas movidas por el céfiro. Éste era un tanto frío para ser de Julio, y no obstante la obscuridad, nuestro escéptico creyó notar algo como extrañamente diáfano en el ambiente cercano a la cabaña, como dondequiera que se avecina la majestad de la muerte o bien se derrama sangre. Un no sé qué al modo de aquel pasaje necromante de la Odisea en que el ambiente se hiciese transparente a los ojos espantados de Ulises, cuando vertiera en un hoyo cavado en la tierra la sangre del negro corderillo que en vano pretendían beber legiones de larvas de los muertos despertadas en su inconsciencia *post mortem*, y a duras penas contenidas por los fúlgidos destellos de la espada desenvainada del evocador de Tiresias, el adivino. Pero no fué, no, el errabundo espectro de ningún Tiresias el que cuenta el arriero, que hubo de aparecerse a nuestro valiente, sino una procesión de blancos fantasmas que le helaron la sangre y le erizaron el cabello, mientras que un coro de destempladas voces le gritaban a modo de fúnebre salmodia este pedestre sonsonete:

«¡Cuando estábamos vivos
andábamos a los higos;
y ahora que estamos muertos,
caminamos por estos huertos.»

y mientras otra voz más ronca que las demás les excitaba a transformar su procesión en danza macabra, con el conocido estribillo de

¡Yo soy el tanganito-tángano;
yo soy el tanganito que os guardo!

Mi simpático narrador, por desgracia, no supo decirme a ciencia cierta qué fué del imprudente caballero. Acaso amanecería tieso, por muerto de terror, cual aquel perro de *La Casa Encantada*, de Bulwer-Litton, dando con su última mueca un susto mayúsculo a algún vaqueiro de los contornos. Acaso la *huestia*, con la consabida sugestión que todo lo cambia y

© Biblioteca Nacional de España

trastrueca en los lugares tenebrosos bajo los efluvios traidores del menguante de la luna, se vengase de su escepticismo, despeñándole por algún precipicio, donde, meses después, aparecieran sus huesos hábilmente mondados por los buitres.

—La versión de nuestro arriero—replicó Miranda—es la corriente del siglo diez y siete acá, pues muy por extenso se ha hablado, por ejemplo, de los pícaros frailes de Cornellana, quienes, sintiendo quizá algo pesado de cumplir el segundo de sus tres votos monásticos solían permitirse ciertas libertades contra él, escapándose por salidas subterráneas de esas que todo buen convento tiene, en correrías nocturnas por apartados hórreos y lujuriantes maizales, asegurándose la más segura impunidad supersticiosa mediante la tremebunda aparatosidad de la *huestia*, cosa que no impidió, hace más de un siglo, a la esposa de cierto zapatero, mujer tan hermosa que la apellidaban por antonomasia «la buena hembra», el jugárselas de puño a tres reverendos, con una treta que aquí omito, aunque era digna, en verdad, de figurar entre las mejores muestras de nuestra literatura picaresca. Nada tiene de particular, además, que la antiquísima creencia en la *Santa Compaña* haya sido puesta a contribución y explotada sin escrúpulos por algunos descreídos monjes o seglares, que de ella hiciesen cobijo para sus nocturnas galanterías, espantando a cualquier curioso a quien topasen en el camino, con aquella frase, dicha del modo más *cavernoso* posible, de

¡Andad de día,
que la noche es mía!

que ha pasado a tradición y era capaz, sin duda, dada la entonación y circunstancias, de poner pavor en los nervios mejor templados del infeliz que tropezase con la procesión misteriosa.

—A pretexto también de la *huestia*—continuó Miranda—se organizó en gran escala el escandaloso comercio de reliquias, que fué una de las características en la historia del medioevo. El querido amigo Juan Uría y Ríu, coleccionador de narraciones astures, me ha contado que en Agüera de Grado un matrimonio vió pasar a la *Buena Gente*, y le dijo la mujer al marido: —¡Cuán hermosos hachones llevan; vamos a pedirles uno!— Así lo hicieron; pero, ¿cuál no sería su espanto al encontrarse al otro día con que el blandón se había transformado en un difunto? La mujer, horrorizada, fuése a contárselo al cura, quien la dijo: —¡Tienes que ponerte en contacto con las santas reliquias todas de la iglesia, porque si no mañana te llevan a ti!— Al otro día, en efecto, tornó a pasar la *Buena Gente*, y ella

© Biblioteca Nacional de España

salió a entregarles el difunto: —¡Buena suerte has tenido de armarte, como lo estás, con esas reliquias, porque si no, esta era la hora en que tú también te ibas a venir en nuestra compañía!

—En vista de todo esto, ¿qué pensáis vos de la *Huestia?*—pregunté a mi sabio.

—Que hay tres versiones distintas del mito: la degenerada, la explotadora, que es la que ya conocéis como vulgar o exotérica y la esotérica o *nuestra.*

—Decidme, pues, os ruego, estas dos últimas.

—Como dice acertadamente Jove, la *huestia* o *güestia* es un grupo de fantasmas vestidos con sudarios blancos, sosteniendo en sus manos cárdenas antorchas. Cuando en la aldea hay una persona en trance de muerte, los fantasmas salen del cementerio o de las sombras de la cañada más próxima, y se acercan lentamente en procesión a la casa del agonizante. En medio de las dos largas filas que forman, cuatro espectros llevan un ataúd vacío, y la lúgubre procesión rodea la morada del moribundo, dando tres vueltas en torno de ella. Al terminar la vuelta tercera, el enfermo ha expirado; una reproducción de su cadáver—*el doble etéreo*—aparece dentro del ataúd, y la *huestia* o cohorte funeraria, lanzando ahogados gemidos o cantando con una extraña música, apaga las antorchas y desaparece como viniera, mientras la familia, atribulada, llora, y los perros de la vecindad, que ven la *huestia* con su vista etérea, ahullan tristemente.

En esta forma vulgar y típica, la *Santa Compaña* es un mito que se encuentra en todos los países, desde el *Caballero de la Muerte, de Holbein,* tan magistralmente interpretado por el vidente Alberto Durero, el discípulo de los *trecentistas,* en su célebre *agua fuerte,* hasta el simbólico esqueleto con que la muerte se representa. Espronceda, sin duda, contó con la *huestia* al describir en su *Estudiante de Salamanca* aquella interminable procesión de fantasmas, contra la que se encara el *doble astral* del estudiante, quien, sin darse cuenta de que ha sido muerto en duelo por Don Diego de Pastrana, pronuncia aquellas célebres frases de:

—Diga, señor enlutado,
¿a quién llevan a enterrar?
—Al estudiante endiablado
Don Félix de Montemar—
respondió el encapuchado.

Verdadera *huestia* fué también aquella tremebunda conjunción de encantadores presidida por el archimago de Merlín, que en la obra inmortal

© Biblioteca Nacional de España

de Cervantes viniese a dar a Don Quijote noticias acerca del modo cómo podía ser desencantada Dulcinea, y *huestia* y nada más que *huestia* era asimismo aquella macabra *compaña* de damas y caballeros encantados que acompañaban procesionalmente, cuatro días en semana, a la desventurada señora Belerma, cuando llevaba ante sí, bañándole en lágrimas, el corazón amojamado de su adorable Durandarte en la *Cueva de Montesinos*. En cuanto a que las esforzadas amazonas nórticas llamadas *walkyrias* del gran mito wagneriano, eran una excelsa *huestia* encargada de conducir triunfalmente al Walhalla, o cielo de los héroes, las almas de los guerreros muertos en defensa del Ideal, es cosa tan clara que ni discutirse puede.

—Asombroso es cuanto me decís.

—Y piadoso en el más alto grado de religión—añadió Miranda—. No hay religión alguna en el mundo que no nos consuele hablándonos para el supremo trance de la muerte, que no es sino una liberación, de esas legiones de seres que, para conducirnos a la eternidad, nos aguardan amantes tras los umbrales de la tumba, ora en forma de lares y penates romanos, de huríes coránicas, o de nórticas walkyrias, encargadas de compensar las amarguras que el sucumbir, y más por una causa noble, supone. La venida de la *huestia* también explica todos esos casos premonitorios de muerte en los que se la llega a ver por el paciente, sobre todo por aquellos santos ancianos que tras su laboriosa vida sienten llegar a la mal llamada *intrusa* con la misma dulzura con que se siente llegar el descanso y el sueño tras la jornada fatigosa.

—En suma, ¿qué creéis vos de todo esto?—interrogué a mi amigo.

—Decid más bien, ¿qué he visto de esto?—respondió con ingenuo aplomo el gran Miranda.

—¿Cómo?—exclamé asombrado, dejándome caer sobre el poyo exterior de la posada.

—Lo que oís: ¡Ayer mismo he visto la *huestia!*

—¡Hablad, hablad, por favor!

—La noche había tendido, hacía rato, su manto por la tierra. La población de Cangas se preparaba a dormir, y yo velaba, solitario, el cadáver de nuestro santo, después de haberle cerrado los ojos. Lo que me había él dicho al morir, no es de esta ocasión el decirlo, y parte de ello, tremendo como las revelaciones de la *Mercaba*, debo sepultarlo en mi pecho para siempre. Además, vuestra intuición de aspirante a ocultista os lo puede hacer colegir... Velaba el cadáver, como he dicho—continuó—, cuando en un último rayo de ese creciente lunar, que también ahora se sepulta, parecióme ver unas formas blancas, alargadas, solemnes, como las del Rey Lear,

© Biblioteca Nacional de España

de Shakespeare, que descendían majestuosamente y que, dando siete vueltas en torno de la casita, se llevaban triunfal el luminoso *doble etéreo* de nuestro maestro... ¿Hay algo, en efecto, más consolador ni más hermoso que la inefable certidumbre de que en el borde del más allá han de aguardarnos, en doble procesión, todos nuestros seres queridos, padres, hermanos, amigos ya muertos, que antes nos acompañasen en nuestra triste peregrinación por la tierra, y aquellos otros, aún más augustos, que, a distancia a veces de muchos siglos y sin haberlos físicamente conocido por tanto, han guiado nuestros pasos por la senda salvadora de una religión sinceramente profesada, por la senda florida de un arte, o por la austera senda de una ciencia que al mismo tiempo sea virtud y sacrificio...? Suponiendo que ello no fuése, como es, una verdad de a folio, por tantos comprobada, habría que admitirlo, al menos, por su consoladora belleza. Créalo, pues, amigo mío, mientras tiene la dicha de verlo, como yo lo he visto en vida, o llega la hora, merecida por usted, que es también bueno, que es también artista, de poder experimentarlo al dejar esta vida en la que no somos sino larva de la celeste mariposa... «*¡Morirán en cuerpo material, y resucitarán en cuerpo espiritual!*»—que San Pablo ha dicho.

Y luego, fuera ya de sí, en acto de unción la más fervorosa, Miranda continuó:

—¡Oh *padres* Morales, Cabezón, Victoria, Valdés y Juan Sebastián Bach!, ¡oh tú, fiero león de Beethoven!, ¡oh tú, inabarcable Wagner, sublime resucitador, en nuestros tiempos, de los Misterios iniciáticos antiguos! ¡Oh vosotros, mis pintores trecentistas y cuatrocentistas, todo amorosa inspiración que crease a un Rafael y a un Leonardo de Vinci, y vosotros también, mi Dante, mi Cervantes, mi Shakespeare, y asimismo vosotros, Padres San Benito, San Francisco y Don Alvaro, que por la senda de Jesús, el nazareno discípulo de Buddha y vigésimocuarto de los Tirtankaras jainos, me guiaseis... ¿No habría yo de ser digno, yo que tanto os he amado desde que abrió a la luz del sol de la razón el capullo de mi juventud, de ser conducido un día por vuestras manos protectoras a lo largo del Sendero, triunfal para los buenos, que comienza en la tumba?—cantaba, más que decía, Miranda el bueno; Miranda el noble; Miranda el magnífico, cual si al triunfante Don Alvaro se dirigiese a lo largo del rayo de luna...

—Sí, sí; ¡cierto, certísimo!—exclamaba yo, conmovido a mi vez hasta la más íntima fibra de mi corazón ante aquel himno de fe sincera, en aquella épica al par que lírica evocación con la que mi amigo parecía volar al mundo de lo superliminal en alas de la Religión, del Arte y de la Ciencia.

—Oh *Huestia, Huestia; Divina Compaña* final, de los que son senci-

© Biblioteca Nacional de España

llos, de los que son estudiosos, de los que son artistas: ¡La aureola inmarcesible de la Santa Bovia esplendorosa, nos envuelva siempre—terminó Miranda—por los siglos de los siglos...!

—¿De la Santa Bovia, habéis dicho? ¿De esa misma Bovia que da nombre, acaso, a esos cordales que tenemos encima?—me atreví a preguntar, después de un solemne rato de silencio.

—Sí, sí; ¡la misma!

Decididamente—pensaba—aquello sí que eran misterios tras misterios y el Ocultismo bien entendido, era, sin duda el *Cuerno de la Abundancia*, el cuerno de la Sagrada Vaca, o la *Sagrada Bovia.*

E iba a soltar tres docenas más de preguntas a Miranda, cuando la llamada para cenar, para una refacción que habría, de buen grado, perdonado, vino a interrumpirnos. Durante ella, consagramos un recuerdo cariñoso a nuestros tres compañeros que quedasen en Villanueva de Oscos.

—*Falón del Naraval*—me dijo Miranda durante la cena—es un hombre ilustrado, una muy clara inteligencia, ahogada por los *elementales* del vino y de la sidra.

—Inteligencia y corazón que acaso pudiéramos redimir.

—Adivináis mis deseos; pero, ¿cómo hacerlo? Ya sabéis que se va siempre a los alcoholes en demanda de un alivio para las penas, y de una fuerza, ficticia por momentánea, contra los agotamientos de unos vivires modernos demasiado exigentes y duros. Su mucha familia...

—Sí; un poeta buscador de oro, es un brutal contrasentido—observé.

—¿Y si le diésemos una ayuda pecuniaria? Acaso le salvaríamos.

—Cierto, pero el tesoro que hemos de sacar en breve no puede aplicarse, según habéis dicho, para uno, sino para muchos. Si, pues, permitieseis que le diéramos parte en la venta de nuestra pepita—dije mostrándome generoso, sin darme cuenta, pero de todo corazón.

—Ya pensé—replicó Miranda—en cederle la parte que vos creéis me corresponde en el hallazgo o *ayalga;* pero es mi voluntad, en la que no admito réplica, que sea todo para vos, como es lo justo. Conocéis muy deficientemente aún a la gran trinidad Bach-Beethoven-Wagner, y es mi deseo, casi mi mandato, que tan luego como os veáis de regreso en vuestro hogar, vendáis la pepita para compraros un buen piano mecánico, con adecuado repertorio de aquellos tres *Insuperables.*

—¡Gracias, mi sin igual, mi mejor amigo! Gracias mil por vuestra generosidad, que acepto; pero me habréis de permitir al menos que a *Falón...*

—¡Callad, cui ado!—me replicó cariñosamente—. Pero si tenéis y traéis

© Biblioteca Nacional de España

con vos otro tesoro, que tampoco habéis querido desamparar de vuestras manos, y que puede hacer a *Falón* mucho más rico, proporcionándole, al par, el trabajo, la ocupación que necesita...

—¿Cómo?

—¿No traéis vos mismo, para que no se os pierda, el *Libro Becerro* que el Padre Alvaro os regalase? Pues en él está el secreto. ¡Traed acá el libro, que vais a verlo al punto; pero preparaos —añadió sonriendo—a otra como la de marras, con las *claves del Gaedhil!*

Me quedé un momento suspenso, porque adivinaba lá que se me venía encima.

—No temáis otra semana como la de con el libro del sabio Fita. Nos habrán de bastar dos horas, a lo sumo. Venid.

Y haciéndose traer un derrengado y nada limpio recado de escribir, que acaso no había servido en lustros, y que hubo que sustituir por mi estilográfica y cuaderno de apuntes, me dijo:

—Escribid, pues, lo que os dicte, mi complaciente amigo.

Y comenzó a dictarme partes sueltas del famoso *Becerro*, relativas a cuatro o seis sitios concretos de esa espina cuarcítica que desde Leitariegos y los Ancares va a morir en Luarca, partiendo por gala en dos la comarca que recorríamos. Momentos antes de las doce nuestra tarea había terminado y me dispuse a salir al fresco para fumar un cigarro, mientras Miranda me decía:

—Esta es una positiva riqueza, capaz de redimir a un genio astur de nuestros días.

Con esa felicidad interior del que hace el bien a un semejante suyo en obligado homenaje a la Fraternidad Universal, que es, acaso, la única dicha verdadera dicha en el mundo, nos echamos fuera, a respirar aquel aire purísimo, a cerca de mil metros de altura.

—Solamente una vez he visto un cielo tan excepcionalmente diáfano como éste en los Andes, desde el balneario del Puente del Inca, a tres mil doscientos metros de altitud. En él recuerdo haber visto hasta estrellas de la séptima magnitud—dije.

—No me extraña—añadió Miranda —, los aldeanos de los Urales y de la divisoria entre el *Ienisei* y el *Lena*, se dice que pueden ver a simple vista los satélites de Júpiter en esas noches extrahumanas en las que el termómetro les señala hasta cuarenta grados bajo cero.

—¡Me *paice* que esta noche vamos a tener la Santa Bovia!—interrumpió una cascada voz a nuestro lado mismo.

Volví la cabeza, alarmado, porque la presentación del viejo que tal

© Biblioteca Nacional de España

dijese se me antojó no menos chocante que la desaparición instantánea del ciclista de la carta del Padre Álvaro.

Miranda, al acercársele, como la noche estaba tan clara, debió reconocerle en seguida, porque dijo al punto.

—¡Hola, mi buen *Calzones!* ¿Usted por aquí, a estas horas y con sus ochenta y siete años? ¿A qué es debido esto?

—A que tengo la mujer bastante enferma ahí dentro, y la estoy velando. Como ella reposa ahora un poco y hace calor, me he salido a echar un cigarro al fresco.

—¿Cómo es que ha dejado hace tantos años nuestro pueblo?

Porque se está aquí mejor, por estar más cerca del cielo y más lejos de este mundo pícaro. Además, Colasa y yo nos hemos venido aquí al amparo de los hijos que llevan la posada, para ayudarles a criar los nietos.

—¡Buena ayuda!—me dije para mí—, y cayendo sobre el anciano con mi habitual vehemencia reporteril, me apresuré á preguntarle:

—¿No me podría usted decir, buen anciano, qué es eso de la Santa Bovia que en los cielos espera, y por qué presume que hoy aparezca?

—Diréle a usted, señuritu. Mi mujer, que me lleva dos años, no está nada buena; temo que de un momento a otro venga la *Santa Compaña* por ella: ¡y si siquiera me llevase también a mí...! Anoche mismo, a primera hora, me pareció ver pasar la *Buena Gente* como hacia la parte del Saliente; pero no debió ser ella, la *Huestia*, porque mi mujer está mejor desde entonces.

Miranda y yo, al oirle al viejo, cambiamos un significativo codazo de inteligencia, acordándonos de que el Padre Álvaro moría precisamente á la misma hora aquella.

—Desde entonces—continuó *Calzones* con su bable, que doy traducido aquí—, el cielo está día y noche más claro que nunca. Esta noche se ha puesto la Luna en una cosa como de color ceniza, que no era ninguna nube, sino claridad cuando aún había resplandor de día allá a la parte de la marina, resplandor que no se ha quitado quizá, porque ahora parece querer volver ahí por cima, donde las estrellas brillan como ascuas mucho más que en las noches más frías del invierno, y por todo eso pienso si irá a venir la Santa Bovia.

—¿La habéis vos visto, pues, otras veces?

—Non, señuritu, solamente una; y esa de mozangón. Como que lo más que se presenta es una vez cada siete años, cuando ha muerto o va a morir alguna persona santa y de valía. Aquella vez habíamos perdido en Soto

© Biblioteca Nacional de España

al Padre Don Benito Briones, el que fué abad de Corias. ¿No le alcanzó usted, Don Antonio, verdad? Pues bueno, a las dos noches, me acuerdo como si fuése ahora, yo tenía ido a higos serondos, bastante antes de la madrugada, con *Pericón* el de Castañedo, junto a la Fuente Tomía, la de la *xana* grande, y sin *sutripar* el árbol, porque non se *vía*, estábamos *encaramaos* en la higuera atracándonos de higos, cuando de repente me gritó Perico: «—*¡Chaval*, ésta *ye* buena; mira, mira hacia arriba!—Miré; ya no había tampoco Luna; pero mis ojos quedaron cegados por un resplandor atroz: una ráfaga como de ancho de dos carreteras, de parte a parte del cielo. Llenos de miedo ante aquello, nos tiramos de la higuera abajo y escapamos más de prisa que si hubiésemos visto al *diañu*... y ninguna otra cosa más vide, sino lo que he dicho.

—Pero ¿corrían las estrellas?

—Non señor, non corrían estrellas.

—¿Y era por la parte del Norte?

—Non sino por la de Soto, del Courio para arriba.

—¿Hacía mucho que se había puesto la Luna?

—Más de cuatro horas.

—¿Y comenzaba a querer ser ya de madrugada?

—Dos horas faltaban, cuando menos, para que hiciese ceja el día.

—¿Y no lo confundiría usted con el *Camino de Santiago?*

—El *Camino de Santiago* no vale *na* al *lao* de eso, y non va por donde yo la vide.

—El resplandor ese, ¿se parecía a algo que usted hubiese visto, más o menos, otras veces?

—Non; yo no vide sino como que el cielo de par en par se abría, como cuenta de Nuestra Señora del Buen Suceso de la Bovia, en Onís.

—¡Es chocante—exclamé—, pero no lo entiendo ni poco ni mucho!

Intervino Miranda diciéndome solemne:

—Ni podría entenderlo jamás, tratando de explicarse un fenómeno hiperfísico tan sólo por nuestra Astronomía de Occidente, como deduzco por sus propias preguntas. No piense, no, en ningún fenómeno, de los por ella conocidos, para explicar la Santa Bovia: ni en estrellas fugaces, ni en bólidos, ni en lluvia de estrellas, ni en arcos crepusculares tardíos ni prematuros, ni en luz zodiacal, ni en Vía-Láctea, ni en colas de cometas, ni en dobles refracciones, ni en otra cosa alguna corriente, repito. La misma superstición relativa al lábaro de Constantino; aquellas walkyrias nórticas o huríes coránicas, aquel Santiago cabalgando en blanco caballo contra la morisma, y hasta la preocupación universal ante la súbita aparición de los

© Biblioteca Nacional de España

cometas, errantes peregrinos de los cielos, acaso derivó de aquí y de aquella otra supervivencia sabia de que con la muerte de los seres propiamente grandes coincidir suelen también grandes conmociones de los tiempos. Ved si no la última y pavorosa catástrofe atlante coincidiendo con la muerte del *avatar* Krishna, y a cielos y tierra conmoviéndose se dice, a la muerte de Jesús; ved el rayo de Simeón Ben Jocay, el autor del Zohar o *Libro del Esplendor*, con el que volase al cielo dejando espantados a sus doce discípulos; recordad aquel vendaval que dejara solo y sin amigos que le acompañasen al cadáver de Mozart, cuya tumba vienesa no se ha podido determinar, por eso, a punto fijo; o aquel extemporáneo relámpago y terrible trueno frente al que el *sordo* Beethoven se irguiera moribundo, cual si en mero cuerpo astral ya, fuése a dirigir con su batuta mágica aquel hórrido concierto de los elementos, no tan desencadenados, sin embargo, como en vida lo estuviesen en su pecho de Titán; recordad la transfiguración de Krishna ante Arjuna su discípulo, o la de Jesús en el Tabor; o aquel estremecerse del Sinaí entero cantado por el memorable discurso de Castelar, al ser dadas a Moisés las Tablas de la Ley; aquel *abrirse los cielos* del sueño de Suero para descargar, sobre áspero erial y pendiente de cadenas de oro, la fábrica pristina del santo monasterio cauriense... Todo esto, dicho así, en montón, y mucho más que, sin esfuerzo podría recordar, os prueba que lo de la Santa Bovia es algo inefable, algo augusto que no se puede explicar con palabras, sino que ha de dejarse a la intuición de cada uno de nosotros, meros aspirantes a aprendices de ocultismo...

Y luego, penetrando en la inestricable selva de las mitologías y etimologías, añadió magnífico:

—*Bovia* viene del Βός, Βοὸς y del Βόσκω griego; el *Bos*, *bovis* latino, cuyo genitivo plural hace *boum* y su dativo y hablativo *bobus*, por síncopa, o *bubus* en el estilo antiguo, según Calepinus y como ambiguo se aplica por igual al *toro* que a la *vaca*. *Bos lucas elephas* se llamaron por los romanos a los primeros elefantes que trajo Pirro: *Bosphorus*, es «el camino de los *bueyes* sagrados» o más bien el de su conductor de Europa a Asia primitivas por los dos Bósforos, el cimeriano y el tracio, como indica Valerio Flaco en el libro cuarto de sus *Argonautas*, al decir «Fabulatur IO puellan in *vaccam* commutatan per hasce angustias in Asiam transisse», o aquello otro relativo al Bósforo Cimerio de: «Os vel Fauces Moeotidis, Patares angustiae» y lo de «Est angustia maris inter Tauricam Chersonesum in Europa et Sarmatiam in Asia, sed inter Meotiden Paludem et Pontum Euxinum», Bosforo al que los cimerios llamasen *Bospho-*

© Biblioteca Nacional de España

rani o *Bosphor-annas* y los alemanes de la Franconia *Ochsenfurt*, el poblado misterioso entre Herbipolim y Rotemburgo. Por todo ello Silvio Itálico, hacia el verso, si no recuerdo mal, quinientos sesenta y cinco de su libro octavo, nos habla de *Boviantus-Bovianta-Boviantum* «ut Bovianía lustra» o sea «silvae circa *Bovianum*», y tenemos en la toponimia universal a *Bova*, el antiguo *Boa;* a *Bovillae-Bovillarum*, ciudad de la Campania en la vía Apia y célebre por las romanas hecatombes hechas en odio a la vaca de IO, al modo de los semitas; a *Boa* en Noya, de Santiago de Galicia; a *Boada del Campo* en *Nueve Villas* y *Boadilla del Camino* (Palencia); a *Boadilla del Río-Seco*, en Carrión, junto a *Toro;* a *Boadilla del Monte*, en la provincia de Madrid, con su ermita de San *Bovilés* o San *Babilés;* a *Bobadela* el célebre monasterio gallego de los benedictinos de Celanova y a *Bobadela* en la Junquera de Ambia de Valladolid; a las *Bobadilla* de Burgos y de Andalucía, a los diez *Bobeda;* a la *Bobenhausen* en la Beterabia junto a Francfort y a *Las Bovias* que inundan el Apenino...

Todo aquello me parecía incontestable y, una nueva luz comenzaba a brotar en mi espíritu ante tan unánime testimonio de los siglos. Pasmado, anonadado, no sabía ya qué pensar, y exclamé:

—¡Estoy en *Babia!*

—No, amigo mío, no estáis en esotra *Bovia* leonesa disfrazada, sino en la sierra de la *Bovia*, porque la *Babia*, patria del *bable*, la *Bovia* de Somiedo, ésta de entre el Navia y el Eo, con otras muchas por Asturias y el mundo repartidas, provienen, en suma, de un mismo secreto símbolo, la inefable realidad oculta tras el nombre de Gauthama, el Buddha. Además, no tenéis por qué esforzaros en querer ver la *Santa Bovia:* por esta vez no la veréis ya... Vila yo, harto clara, ¿me entendéis?, ¡anoche mismo!...

Tales fueron el aplomo, la fe y la firmeza con que Miranda profirió estas palabras, que una convicción profunda de algo que en mi actual estado evolutivo yo no podía alcanzar, se arraigó al par en mi corazón y en mi mente. Profanación y felonía habría sido en mí el pensar entonces con Goethe aquello de: «Nullum magnum ingenium sine quaedam mixture dementiae», antes bien repetíme lo de mi paisano González Serrano, de que «lo más real es el ver visiones», y me preparé para dormir.

Pero antes de que lo hiciese, el buen viejo de *Calzones* se obstinó en obsequiarnos con su más preciado tesoro: un poco de vino que guardaba en un bote verdoso de vidrio de los llamados *primitivos*, y hubo que acceder. A la luz de un maloliente candil, penetramos los tres en el camaranchón o *doble* de la posada, digno de figurar en un capítulo del *Quijote*. Como el que va a descubrir un sagrario, el vejete de las borrascosas bar-

© Biblioteca Nacional de España

bas de plata y la cabeza de estudio abrió misteriosamente un derrengado baúl, donde entre trapos viejos y cosas indescifrables por lo desordenado, que acaso habría pagado regular un anticuario, había, amén del bote, un vasuco de los que se usaron para el agua en el año de la *Nana*, o sea de la diosa *Anaith* de los persas, es decir, de *La Luna*, vaso con el detalle no demasiado infrecuente por aquellas tierras como por las de moros, de conservar todas las nada limpias huellas de cuantas gentes bebiesen anteriormente en él, y poniendo *Calzones* tal y como saliese del arca, le más que medió con vino tinto, dando a beber primero a D. Antonín y luego a mí, como la cosa más natural del mundo...

Sólo dos candidatos a la iniciación, como nosotros, podíamos soportar la *ruda prueba* aquella, sin revelarnos ni reirnos en las propias barbas de plata del *anciano-niño*. Aquello fué para mí una prueba como la del veneno de los Médicis... ¡Oh, hombres prácticos en el vivir, no creáis, al menos en Asturias, de hoy más en esa fábula de los microbios, fábula inventada para nuestro tormento!... El vinillo pasó, no sé bien cómo, y el vaso volvió sin más trámites a su escondrijo, en espera de otra generación de ulteriores bebedores, y nosotros bajamos del camaranchón, pasando por la infeliz alcoba de la enferma: una anciana que parecía de mármol, medio sorda, casi ciega y momificada, entre unas sábanas *de color de Isabel*, como antaño se dijo de aquella célebre camisa de la princesa de Farnesio, que no se quitó, por voto, hasta que fuése tomada Ostende.

Diríase que la anciana estaba ya muerta, pero no era así; antes bien, al sentir que se le acercaba su dulce compañero; el que la enamorase antaño setenta años hacía; el que con ella celebrase sucesivamente las bodas de carne, las de plata y las de oro, pareció despertar de su letargo, y dibujándose en sus labios una que quiso ser sonrisa, y mueca más bien parecía, le dijo con ternura infinita, mientras él le arreglaba el embozo de la cama:

—¿Eres tú, mi Pancho? ¿Non as dormido todavía?

Una oleada de ternura agitó mi pecho ante la escena aquella: ¡bodas, más que de oro, en las que el carbono de la carne había cristalizado en el diamante purísimo de una fraternidad conyugal, toda abnegaciones silenciosas y digno remate de setenta o más años de sacrificio!

© Biblioteca Nacional de España

IX

Conversaciones de minería.—Los tesoros de Simancas.—La gratitud de Falón.—Un místico-práctico.—García, el militar inmortal.—¡Treinta batallas, diez estocadas y nueve balazos!—La ribera del Eo.—Castropol y su historia.—*Inter flumine*.—El pasado de Narcés y la *Guaxa*.—Los vampiros en Asturias y en el mundo.—El Hades o Hella.—Amphiteatri Sapientiae Aeternae.—La Cueva de la Blanca, en Luarca, y su *guaxa*.—Parasitismo universal y vampirismo psíquico.—Trasgus, diañus, familiares y somicius.—La salvadora diosa Hygea.

Desperté tardísimo. Había dormido como nunca hasta entonces en Asturias, siete horas seguidas, y me vestí de prisa, temiendo que me esperasen los amigos para seguir nuestro comodísimo viaje en el carrillo. ¡Que si quieres! Eran ya casi las once, y los bravos campeones de Villanueva de Oscos no habían parecido todavía.

Miranda esperaba con paciencia de santo a los tres turbulentos chiquillos, quienes después de las once aparecieron al fin, echándose unos a otros la culpa de la tardanza, cuando la verdadera culpable era la sidra.

Acomodados, pues, en el vehículo cual cigarros en cajetilla, me temía otra de versos como la pasada; pero no fué así, sino que al interrogar yo a Miranda acerca de si aquellas alturas que, bajando por la carretera eran las de Paramios, *Falón* repuso:

—Sí, señor; y más allá el Ouría, San Tirso y Taramundi en el confín de Asturias.

—¿Otro Ouría más, tras el centenar de nombres auríferos de valles, montes, pueblos y ríos como llevamos vistos?

—Sí, otro Ouría, donde yo, que le he recorrido dos veces por cuenta de la Compañía bilbaína que me manda ahora, no he hallado vestigios de oro en parte alguna.

—¿Estáis bien seguro de lo que decís?—le objetó Miranda guiñándome el ojo.

—Segurísimo.

© Biblioteca Nacional de España

—Pero habéis mirado en la escarpada de... y en la de...—aquí unos nombres que no retuve.

—¿Cómo sabéis vos eso?—replicó el inteligente *Falón* con mirada vivísima.

—Porque bebo en mejores fuentes que usted, que sólo ha leído a Schultz, Fuertes Acevedo y demás geólogos modernos.

—Os equivocáis, que me he leído las *Gacetas* de tesoros por docenas, sin dejarme atrás las tan raras de los Veiros de Gaudeño, el pico de la Cervera, la fuente de Pruneda y la de Riegas con sus becerros de bronce. Además, hasta me costeé un viaje a Simancas para buscar en su archivo histórico las referencias, entre históricas y legendarias, de cuantas minas y *yalgas* sirviesen de antecedentes para el gran *Catálogo de Minería* que se hizo en tiempos del rey Carlos tercero. Por cierto que años antes me dijeron que un tal Fernández, alias *Balborra*, se había traído de un pueblecito vecino a Simancas un viejo mamotreto para no sé qué alemán que andaba por Covadonga, libro que valía por muchos y que no era sino un trozo de aquel famoso *Libro Becerro* que...

Miranda me iba subrayando con los ojos las palabras de aquel astuto *jina*. Indudablemente que era buen perdiguero el tal *Falón*, porque estaba sobre la pista.

—Yo no he tenido la suerte de hojear ese último libro que decís—interrumpió—, y hasta sabría pagarle, si se hallase, a peso de oro. En cambio, y por si podían ser útiles a alguien, tomé días pasados, no sé dónde, estos pequeños apuntes, que tengo el honor de regalaros.

Falón tomó ansiosamente los papeles, la noche anterior escritos como es sabido, y, devorándolos con la mirada, dijo de allí a poco:

—¡Vive Dios...! ¡Esto es precisamente lo que yo buscaba, en vano, dos semanas antes por estos andurriales! ¡Gracias, sinceras gracias, Don Antonín!

Faltábale poco al del *Naraval* para besar a éste las manos, rebosando gratitud. Indudablemente, aquel hombre era muy noble, y por tanto, redimible.

—Agradecédselo a este señor—, dijo modestamente Miranda, señalándome.

—Este *Falón*, que parece no saber sino versos, conoce bien dónde le aprieta el zapato—interrumpió Clodomiro.

—Sí, pero es muy atroz conmigo—, murmuró entre dientes el infantil Conradino, hostigándole como al mastín el falderillo que se ve en seguro.

—Soy, como Cronwell, un místico práctico, que decía el cura de mi

© Biblioteca Nacional de España

lugar, feroz cabecilla carlista,—replicó *Falón* con todo el orgullo de quien sabía había de ser entendido por nosotros dos y no por sus dos colegas.

—Tienes, *ye verdad*, más suerte que Don Antonio García, el del vecino pueblo de Presno—insistió Clodomiro.

—¿Quién fué ese señor?—interrogué, lápiz en ristre, como de costumbre.

—Yo no lo sé—contestó Clodomiro—, es *un decir que se dice*.

—Se trata, en efecto, de un personaje célebre en todo el Principado —dijo Miranda—, pues tenía, como los gatos, siete vidas, y por eso hubo de ser llamado *el Inmortal*. Ved sino un *espécimen* de su biografía, que podéis leer en ASTURIAS. Este héroe de la Independencia se halló, hecho todavía un niño, en la acción de Balmaseda, y allí recibió un primer balazo; luego, en la de Oviedo, donde le dieron una estocada; en la de Mondoñedo, si mi memoria no me es infiel, otro balazo, y tres estocadas más en la de Lugo; una cuchillada en Betanzos; otra herida, muy grave, en la frente, ante Coruña o Santiago, y un balazo en el muslo, en Villafranca del Bierzo. Prisionero de los franceses, más tarde en Llerena, fué conducido, con otros dos, a un monte, para ser pasado por las armas, al negarse a ser alistado en las filas del intruso rey José primero. Lo del fusilamiento no fué broma, que digamos, pues que con los cuatro balazos que recibió, los ejecutores le dejaron por muerto y él hubo de permanecer allí treinta y seis horas, tendido y casi moribundo, hasta que acertó a pasar cerca un pastor, que le socorrió y curó las heridas. Firme, sin embargo, como un roble, *el Inmortal* volvió a presentarse en la División del general Ballesteros y se halló nuevamente en las acciones de los Castillejos y Fregenal, en la que recibió otro balazo más y dos estocadas; en las de la Higuera de Fregenal y la Palma; en la de Albuera, en que recibió otra estocada, y, tras otras cuatro o seis batallas más, en la de Murviedro, donde recibió, casi a la par, un balazo en el pecho, y en el muslo otra estocada; y, por último, en lucha solo contra diecisiete, en la sorpresa de Murcia, mereció el grado de alférez y quinientos reales mensuales de pensión a más de la laureada de San Fernando. Total, treinta acciones de guerra, nueve balazos y diez estocadas, y no atribuyáis, señores, a buena memoria mía, tan fieles recuerdos. Es que en mi casa de Soto, procedente de mis abuelos, hay todavía una gran estampa de la época, que le representa de cuerpo entero, con su uniforme de *húsar* y detrás las escenas del pastor y del fusilamiento, que de niño me causaban pesadillas.

—Y luego nos reímos cuando oimos decir que los atlantes eran de complexión más resistente y menos refinada que la de los arios, y sus he-

© Biblioteca Nacional de España

ridas cicatrizaban más pronto, cual hoy acontece con las de casi todos los salvajes—dije, encantado de la historieta.

—Así es, en efecto—repuso Miranda.

Con estas y otras conversaciones íbamos entreteniendo el camino, camino que, por otra parte, era cada vez más rico y pintoresco, según descendíamos por las cuestas que nos acercaban a la magnífica Vega de Rivadeo, una de las mejores de Asturias y de Galicia, con sus campos cultivadísimos, exornados por blancos y rojos caseríos, algunos ya opulentos y que no permitían casi deslindar dónde empezaba una aldea y acababa otra. En las praderas de fondo verde intenso y matizadas por flores multicolores, pastaban ubérrimas *vaquinas*, al cuidado, casi siempre, de chicos, o de mujeres con sus zapatones y madreñas; sus refajos de vivos colores y demás prendas del vestuario regional, en el que las chambras de percal, las faldas de lana o bayeta y los pañolones de hierbas van sustituyendo al típico traje femenino que viese hacia la sierra: o sea el manteo a diario de la castellana vieja y el dengue; cual el masculino fuése allá, todavía, el del calzón, con *calcin*, del que saliesen por debajo dos dedos o más de los calzoncillos de blanca estopa, aparte de la consabida montera, abarcas, y una piel de carnero o *zamarra*, que, atada en los bombros y en la cintura, les cubría toda la parte posterior del cuerpo, desde el cogote hasta la corva.

La tarde ya caía, pero tuvimos la suerte de atrapar un coche de línea, que, a los últimos rayos del sol y a lo largo de la ría, nos hizo entrar triunfalmente por una de las alamedas más hermosas que he visto en Asturias, hasta llegar a la plaza de Castropol la blanca, la griega, la linda, mirándose por Oriente en el Cantábrico y por Occidente en la amplísima ensenada de la Linera, ría por medio de la Rivadeo gallega: dos palomas, Castropol y Rivadeo, nacidas en el mismo nido y que, amorosas, se arrullan...

—¡Castropol!... del *polis* griego y el *castrum* latino. Bien se ve—me dijo Miranda— que tenemos ya enfrente a la Galo-Grecia o Galicia, aquella que escribió en griego la aun conservada inscripción de Veguiña. Los romanos conquistadores fueron conquistados a su vez, por los encantos sin fin de estas rías y las riquezas sin cuento de sus fértiles orillas. Henos aquí también continuó nuestro sabio—en la vieja *Olina* celtibérica, en la ciudad que fuése incendiada por los ingleses en mil quinientos ochenta y siete y saqueada dos o tres veces por las gentes de Napoleón, henos ya en la patria de Don Juan Rosendo Acebedo, el divino inválido militar que estuvo a punto de ir a los calabozos de la Santa Inquisición nada menos que por haber fundado la primera Academia filarmónica en Asturias, encendiendo un fuego sagrado que, al cabo de los años, aun perdura.

© Biblioteca Nacional de España

Y, cambiando de tono, añadió mientras bajaba del coche a la fonda: donde los dueños, conocidos de antaño, le acogieron como a un príncipe,

—¿Dónde está Narcés? ¿Dónde está Don Pepito?

—Vino esta misma mañana y hace unas horas que partió para Tapia, Caridad y Navia buscando al señorito Conradino que creyera hallar aquí—dijo la dueña.

—¿Pero en cuál de éstos tres pueblos encontrarle?

—Díjome, señor, que en Navia pararía.

¿Qué hacer? El coche de línea había partido. Nos acomodamos, pues, lo mejor posible, para emprender de buena hora al día siguiente el viaje marítimo proyectado, en uno de los vaporcitos costeros que hacen el cabotaje de Coruña a Bilbao y que tocaría en Navia al siguiente mediodía. Los *chicos* se despidieron cariñosos pensando llegar allí por tierra antes que nosotros, esperando a los ingenieros bilbaínos a quienes pensaban acompañar hacia Oviedo y no sé qué otro sitio minero de más arriba.

Mientras llegaba la hora de la cena, dimos una vuelta por la población a la luz de un crepúsculo maravilloso que, como caía del lado del mar y era de Junio, me pareció de más altas latitudes, durando hasta cerca de las diez.

Nada quedaba en la población que pudiese recordar sus siglos de poderío *inter flumine*, del Navia al Ove, ni siquiera la antigua torre, señera de la autoridad jurisdiccional que sobre la ciudad tuviese la Silla de Oviedo, según reza su célebre Fuero que aún se conserva. La gran iglesia de Santiago aparece rodeada de blancos edificios, como una gallina por sus polluelos; la alameda es casi un parque y hay cosas tan esmeradas aquí y allí que traen a la imaginación un como anticipo de la frontera Inglaterra de allí mar adentro y, cuya *Cornuailles* acaso se viese desde su alto hemeróscopo antiguamente no menos que la leyenda cuenta se viese desde la *Torre de Hércules* de La Coruña. Era, en fin, una *Albión* blanca como la nieve, llena de alegría, de vida y de luz, entre verduras de esmeralda, sobre una roca arcillosa que es una verdadera península entre el mar y la ría.

Cenamos Miranda y yo solos, y luego, de sobremesa en la ya desierta terraza de la fonda, empezamos a hablar de Narcés, personaje que ya me tenía intrigadísimo por la viva pintura que de él me hiciese mi compañero. Las travesuras del chico Narcés en la aldea, son estudios de Derecho en Oviedo, sus diversos amores, luego, siempre terminados en ruptura, eran en labios de aquel gran narrador, que le amaba cual a un hermano, toda una epopeya de aquel jurista astur, que, pudiendo haber sido magistrado, político u otra cosa análoga, fuera de la *tierrina*, había preferido

© Biblioteca Nacional de España

seguir en su pueblo natal, como si fuése él el *único lugar habitado*, ¡y no pasaba de sesenta casas aquel mundo!

—Hay que ver a Narcés en Soto, en las noches de invierno, cuando los huracanes amenazan sepultar al pueblo bajo las sierras que harto sepultado ya la tienen; hay que ver a un hombre que no bebe, que no ama, que entonces ya casi no fuma, acometido por el *esplín* astur, la terrible *morriña* de esos días del solsticio invernal en que el Sol sale por el Courio a la una en punto de la tarde, para ocultarse a las tres; hay que verle, repito, meterse en la cama un lunes con los expedientes del Ayuntamiento de Salas, o los autos de los pleitos que defiende en distintos juzgados, o con tomos de sentencias del Alcubilla y números atrasados de *El Carbayón*, para no dejar la cama hasta el siguiente viernes, y eso para prepararse para la sesión municipal del domingo; hay que verle y oirle ponderar, sin embargo, los encantos de aquel su retiro monacal, y es de notar cómo se pone, en fin, cuando algún amigo bromista como Clodomiro le nombra a destiempo a *la Guaxa*.

—Pero ¿qué es la *Guaxa*, y de dónde le viene ese horror a nuestro amigo?—pregunté.

—Diréle a usted. Todavía muy niño nuestro Narcés, tuvo su madre un descuido con él en la colgante cuna de corcho que hasta hace poco era frecuente en el país. Una rata descomunal, un *ratu* de esos que en la reciente revolución rusa han llegado hasta a comerse a infelices encarcelados, discípulos de Gorki y de Bakounine, y que son una verdadera plaga en Asturias, se descolgó cuerda abajo de la cunita, emprendiéndola contra el niño, a quien llegó casi a destrozar la primera falange del meñique izquierdo. No faltó después vieja chismosa que en las consejas del invierno amedrentase al niño con el relato horripilante de la *Guaxa*, que chupa la sangre a las criaturas, y asociadas desde entonces entrambas ideas, la de la rata y la de la *Guaxa*, han formado en la mente de Narcés una preocupación imposible ya de combatir. Nombrarle a Narcés la *Guaxa*, es peor que mentarle a la gitana la *bicha*.

—¿Y qué es la *guaxa*?

—El más terrible vampiro de la Mitología astur, que tiene más de nórtica que de grecorromana. Jove y Bravo nos dice de ella, que «el niño que languidece; el joven que siente su salud minada por un mal desconocido, sin dolores ni angustias; la muchacha que pierde los hermosos colores de sus mejillas, y se siente morir en un agotamiento lento sin causa, ya se sabe de qué mal mueren. La vida se agota poco a poco en ellos y la sangre se retira de sus venas, porque se los come la *Guaxa*. Es, pues,

© Biblioteca Nacional de España

la *Guaxa* una vieja seca, arrugada, con ojos en cuyo fondo parecen brillar chispas de fuego del infierno. Donde hay un niño rollizo, un mancebo robusto, una muchacha hermosa y fuerte, penetra la *Guaxa* por la noche, y con el único diente que tiene les abre una arteria, durante el sueño, y chupa su sangre con delicia. No hay obstáculo para ella; por allí por donde pase un soplo de aire, ella pasará también, porque es el *vampiro* de las leyendas del norte; es la *lamia* griega, transformada por la imaginación sombría de los pueblos septentrionales. Los *elfos* escandinavos se limitan a chupar los dedos de los niños, para que no crezcan; pero la *Guaxa* no los deja hasta acabar con ellos, si a tiempo no la ahuyentan un amuleto, un exorcismo o un milagro, y cuando un individuo desparece sin dejar rastro, es inútil el buscarle. ¡Le comió la *Guaxa!*—dicen.»

—Me voy figurando, después de lo que tengo leído en Blavatsky—dije—, que los mitólogos occidentales pecan, como siempre, por timidez, frente a estos serios problemas del vampirismo. La maestra nos enseña «que el espíritu del hombre es su fuerza centrífuga, y su alma la centrípeta». La menor perturbación de tal armonía resulta un perjuicio, y cuando ella es rota, dichas fuerzas se separan sin remisión, y la forma va aniquilándose gradualmente. Después de la muerte de los perversos llega el momento crítico. El alma entonces obedece a sus atracciones terrenas y se hunde más y más, hasta recobrar la conciencia de sí misma en el *Hades* o *Hella*. La aniquilación de tales almas no es jamás instantánea; puede durar quizá siglos, porque la naturaleza no procede por saltos, y estando el alma astral formada de elementos, la ley de evolución necesita su tiempo, y entonces es cuando empieza a cumplirse la tremenda ley kármica de compensación: el *yin-yuan* de los buddhistas, transformando a aquellos seres infelices en *elementarios* terrestres o, como dicen en Oriente, en *hermanos de la sombra*, quienes se tornan astutos, ruines, vengativos, sin desperdiciar ocasión de mortificar a la Humanidad para desquitarse de sus sufrimientos, convirtiéndose, antes de su final aniquilamiento, en vampiros, *ghouls*, *gulas larvas* o *guaxa*, al par que en eminentes actores con fenómenos de «materializaciones», llevados a cabo con el auxilio de las más inteligentes criaturas *elementales* o genuinos *espíritus de la naturaleza*, quienes sienten vivo placer en darles buena acogida en sus propias esferas. Enrique Kunrath, el gran cabalista alemán, en una lámina de su rara obra *Amphitheatri-Sapientiae Aeternae*, dejó representadas las cuatro clases de estos *espíritus elementarios* humanos, y Alberto de Rochas, en sus tremebundos avances al hipnotismo clásico, nos habla de esas terribles larvas vistas por los sujetos sometidos a su experimentación, cuanto por los febri-

© Biblioteca Nacional de España

citantes y los borrachos en su *delirium tremens*, y cuyo contacto es espantosamente repugnante, como el de la *Guaxa*.

—Exactísimo—replicó Miranda—, y por eso la familia de vampiros astures es más numerosa de lo que pudiera creerse: ahí corre todavía en «pliego de cordel» la aventura de hace tres siglos (1) en la Cueva de la

---

(1) Por si interesa a los curiosos sobre cosas de Asturias, reproduciré el *romance* en cuestión, que más tarde me enseñase Miranda. Dice así:

«Hace ya más de tres siglos,
reinando Carlos primero,
que tuvo lugar en Luarca
un horrendo suceso,
del cual, en libros e historias
todavía anda el recuerdo
amedrentando a los niños
y dando espanto a los viejos.
Corría tranquilamente
el siglo décimosexto
siendo la villa de Luarca
en la fecha que refiero
una población más bella
que León y que Toledo,
con plazas, calles, jardines,
teatros, circos, paseos,
palacios, grandes calzadas,
obeliscos, monumentos,
pues era del Mar Cantábrico
el más conocido puerto,
por donde Aldín y Fontoria,
Barcia, Almuña y Concillero,
exportaban los productos
que iban para el Extranjero.
Tranquilamente corría
como os iba antes diciendo,
el siglo de Carlos de Austria,
cuando se observó en el pueblo
que de un día para otro,
había gente de menos
y uno a uno y cuatro a cuatro
iban desapareciendo,
sin que nadie adivinase
en dónde se iban metiendo.
Un día faltaba un cura,
otro día un zapatero,
otro día un estudiante,
un sastre, un picapedrero,
un médico, un boticario,
un abogado, un tendero.
En fin, que en cosa de un año,
aquello quedó un desierto,
quedando Luarca más triste
que una noche de Febrero.
¿Qué desgracia está pasando?
¿Pero, Dios mío, qué es esto?,
decían las pobres viudas
y los desgraciados huérfanos
y los padres sin sus hijos,
y, en fin, el contorno entero.
¿Adónde estará mi padre?
¿Qué habrá sido de mi abuelo?
¿Qué de mis pobres hermanos,
de mi tío, y de mi yerno?
Lo extraordinario del caso
era que nadie había muerto,
al menos que se supiese,
ni en la playa ni en el puerto,
aparecían cadáveres
y sí sólo algún chaleco,
algún par de calzoncillos,
tal cual zapato o sombrero,
pero ni una sola vez
apareció un esqueleto.
Los que quedaban en Luarca,
que cada día eran menos,
en averiguar la causa
se devanaban los sesos,
hasta que la Virgen pura,
Madre del Dios del Carmelo,
tuvo piedad de la villa
y les explicó el misterio

© Biblioteca Nacional de España

Blanca, en Luarca, donde una terrible *Guaxa* iba haciendo desaparecer, unos tras otros, a todos los vecinos del pueblo, hasta que fué ella conjurada, hecho que recuerda al acaecido en la aldea de Hamel, en la Baja Sajonia, en 1284, con multitud de niños, hasta que un elevado sér del Kareol, que diríamos parafraseando al tercer acto de *Tristán e Iseo*, conjurase al vampiro alemán con los *pánicos* sones de su encantada flauta, y es fama que desde entonces subsiste en Hamel la costumbre de contar los años «desde el rescate de los niños» así salvados. Los anales de Transilvania han aprovechado este cuento, y añaden que por aquel tiempo llegaron

---

hablando desde el altar
un día a misa del pueblo:
«Devota Luarca, dijo,
basta ya de sufrimientos;
quien roba la gente toda
que fué desapareciendo,
es una *guaxa* maldita
arrojada del infierno
que en la Cueva de la Blanca
se cobija hace ya tiempo.
Si queréis que marche pronto
de su infernal agujero
y quedaros libres de ella,
y para siempre contentos
llevadme a mí en procesión
por detrás de So-Riveiro
hasta el Pico la Atalaya
por el Penedín subiendo.
Bajad después el camino
o más bien despeñadero
que hacia las Reas conduce;
vosotros, con fe en el pecho,
con capa de coro el cura
y con hisopos el clero,
entremos sin vacilar
al espantoso agujero
cantando la letanía
y rezando el *Padre Nuestro*
y diciendo: ¡marcha *guaxa*,
deja ya en paz a este pueblo!
Así se verificó
con un esplendor inmenso,
pues acudieron en masa
las parroquias y su clero,
con cruces y ciriales,
con los pendones más nuevos
y engalanada la gente
cual lo pedía el suceso.
Salió al fin la procesión
siguiendo el mismo trayecto
que la Virgen indicara,
y al llegar todo el cortejo
a la boca de la cueva,
mujeres, niños y viejos
entonan la letanía
y se dirigen adentro.
La cueva que estaba obscura,
cual boca de lobo hambriento,
de pronto se iluminó
con celestiales reflejos,
y un silbido penetrante
con relámpagos y truenos
y un estrépito horroroso
oyóse hacia el otro extremo.
Era que la indina *guaxa*
sorprendida en su aposento,
para siempre abandonaba
su palacio de misterios,
pero sin poder llevarse
por no haber tenido tiempo,
nada de lo que allí había,
que era curioso en extremo,
y que sólo al recordarlo,
siento espanto, tengo miedo:
Las paredes de la cueva,
y creedme, pues no miento,
estaban empapeladas
con pedazos del pellejo

© Biblioteca Nacional de España

unos niños cuya lengua resultaba para los demás perfectamente ininteligible, y que habiéndose establecido en Transilvania, perpetuaron allí aquel su idioma, de la suerte que aun hoy se habla, cosas todas paradójicamente enlazadas con el mágico «Árbol de los niños o de *la leche*» de los códices mayas, cuanto con la «Matanza de los Inocentes», del Evangelio.

—Además, ¿qué más *guaxa* que la anemia, avanzada de tantas enfer-

---

de las gentes que matase
y que faltaban del pueblo.
Como lámparas colgaban
de aquel fantástico techo,
oscilando en el espacio,
veintisiete cráneos huecos.
Las sillas y los *sofases*
tenían como pies, huesos,
y en todas partes había
piernas, manos, ojos, dedos,
costillas y calaveras,
y, en fin, otros muchos restos
de las infelices víctimas
que sirviera de alimento
a la maldecida *guaxa*
durante muy largo tiempo.
Horror causa el recordar
aquel arsenal inmenso
de desolación y muerte,
de descoyuntados miembros,
de pantorrillas roídas,
de brazos, muslos y pechos.
Por mandato de la Virgen
se desalojó al momento
la horripilante caverna
sitio del atroz suceso:
se repartieron reliquias
entre la gente del pueblo:
uno lleva una costilla,
otro un mechón de cabellos,
algunos unas narices,
otros lenguas y otros dedos
que se conservan aún,
a pesar del mucho tiempo,
en casi todas las casas
de Barcia y de Concillero,
de Otur, de Riva de Cima,
de Santiago y Portezuelo,
que, en virtud de su poder
de milagro y de misterio,
sirven para el mal de ojo,
para el flato y el histérico,
para dolores de muelas,
para aberturas del pecho,
para destetar los niños
y reanimar a los viejos,
para que el ganado medre,
para ahuyentar el mal tiempo,
para librar de pedriscos
los trigos y los centenos
y para otras muchas cosas
que ni astrólogos ni médicos
saben curar a las gentes
llevándolas el dinero.
La villa y alrededores,
sin duda gracias a esto,
disfrutan buena salud,
tienen el ganado bueno
y cogen pingües cosechas
y las protegen los cielos.
Hoy, ya cerrada la cueva
y conocido el misterio
y despeñada la *guaxa*
en los profundos infiernos,
¡todavía óyense a veces
salir ayes lastimeros
de las entrañas del monte,
dando al más valiente miedo!

Leyenda análoga es la del *Horno del Drago*, en la Bardera y la del *Callejón de la Cava* o *de la Vaca*, en Torrejón del Rubio de Extremadura.

© Biblioteca Nacional de España

medades, o que las preocupaciones, los temores, las masturbaciones y los misoneísmos de todo género, proteo terrible de los elementarios *incubos* y *súcubos* que a veces nos dominan?—dije.

—Tenéis razón—replicó Miranda—, el vampirismo físico o psíquico es una tristísima realidad de la vida, y hay muchos modos de beber sangre, sin físicamente absorberla: el usurero, el negociante sin conciencia, el que a título religioso, doctoral, de amistad o de seducción, priva a otro de sus bienes, de su honra, de su libertad, o de su conciencia autónoma por naturaleza. Todos ellos y otros muchos más, son *guaxas* temibles, que impiden a la primitiva *Edad de Oro* el tornar a la Tierra. Aparte de esto la ley del *parasitismo universal*, es una ley física, que horrorizase al joven Buddha cuando su padre tratara de hacerle admirar las bellezas de la primavera; porque, en efecto, nuestro planeta vive *placentariamente*, o cual un feto, de los efluvios que sobre él derrama el Sol, y sobre su superficie, el más grande de los campos de Agramante (el *agra-mántica*, que podríamos decir), árboles y plantas chupan, cual verdaderos parásitos, los líquidos disueltos en el agua; es decir, la *sangre* de la Madre-Tierra. Cada vegetal, por ínfimo que sea, tiene miriadas de parásitos, sin contar con que flores y frutos son considerados también por la moderna Embriología, como verdaderos parásitos del tallo que los sustenta. Del jugo o *sangre* de las plantas viven los animales, cuando no unos de otros en terribles canibalismos, y de todos sin distinción se alimenta el hombre, añadiendo luego el otro transformismo parasitario que suponen sus industrias, artes y ciencias. La correlación, en fin, de las fuerzas físicas, unas siempre a costa de otras acaban todas por cristalizar en vida, y estas vidas de vidas, en las que se metamorfosea una Esencia Unica—la del Logos—, forman la verdadera Escala de Jacob, cuya base se asienta en los cimientos de la tierra, para alzarse titánica hasta los mismos cielos...

—Sí—observé—, la creencia en los vampiros es universal. Según Blavatsky, las castas inferiores de la India creen en buenos y malos *espíritus*, tanto de la Naturaleza como humanos; pero no admiten al diablo ortodoxo, especie de *Deus inversus*, porque como indica Max Müller, las naciones arias no tienen diablo, que es creación funesta e impía de gentes semito-camitas, quienes han gustado siempre, en su inferioridad moral y en su grosero criterio antiartístico, estar en buenas amistades con esos espíritus elementarios, a quienes ofrecieran tortas, frutas y otros alimentos, cuando no hasta horrendas libaciones de sangre humana, para no ser molestados ni experimentar la maldad de estos desencarnados, cuyas persecuciones contra los débiles y los perversos son a veces terribles.

© Biblioteca Nacional de España

—Sí, y de aquí los *damovoys* del Dnieper, los *pullam*, fantasmas o *duendes*, los *lemures*, los *pey* o *pesasu*, y nuestros asturianos *somiciu*, *familiares*, *trasgu*, *diañu*, el *coco*, la *caragontia* y otros a quienes las gentes *solares* o arias despreciaron y dominaron, mientras que las gentes meramente lunares o semito-camitas que decís, los llamaron *buenos vecinos*, con quienes podía hacerse pacto, en triste inversión de los *daimones* buenos de que nos habla Platón, con referencia al *espíritu* familiar de Sócrates. Walter Scott dice que las familias principales de Escocia tenían también sus *banshee* o *familiares* que les ayudaban y protegían con sus fuerzas misteriosas. Mefistófeles no era sino el *daimon familiar* de Fausto; pero la mitología asturiana, más aria siempre que semítica, no lleva a sus protegidos por los *familiares* a su eterna condenación, sino que, como dice Jove, les sirven desinteresadamente, apartando todo obstáculo de su camino y facilitándoles el logro de sus buenos deseos. El campesino no conoce audacia, destreza, ni fortuna mayores que las por los familiares aportadas, y en ellos precisamente se distinguen de otros genios de la demopedia gaélica. «En Escocia, en Bretaña existe dicho mito de los *familiares*, pero éstos no son ya legión, sino uno solo—el deva protector—bajo el techo de cada casa. Carlos Nodier, en su preciosa novelita *Trylby, o el duende de Argail*, ha descrito primorosamente al familiar escocés oculto en el hogar, asomando su cabecita encantadora entre las llamas, saliendo de su escondite cuando nadie pueda verle, resistiendo vigorosamente los conjuros y exorcismos de un monje que trata de expulsarle de la cabaña que habita y en la cual el enamorado familiar derrama la dicha a manos llenas. A diferencia de los romanos que tenían estatuas de los dioses lares—como hoy tenemos también nosotros los retratos de familia—, y que los encadenaban, si así puede decirse, en un ara, ofreciéndoles sacrificios con fórmulas rituarias, los celtas en su vida nómada de la región del Dnieper y del bajo Danubio no tenían lares, pero sí el culto del *clan* o tribu. Al emprender ellos su peregrinación al mediodía no podían erigir altares en sus moradas cambiantes, y como sin el altar no existe rito, los tales familiares vagaron libremente en el interior de la cabaña céltica y cumplieron su misión, sin necesidad de que se les invocase con palabras consagradas por la tradición, o por los formularismos herdticos. Ellos no siempre son invisibles, y es frecuente el verlos encarnados de diversos modos. Para los soldados celtíberos de Sertorio el *espíritu* familiar del general romano encarnaba en la cierva que le seguía. Los pretendidos hechiceros y adivinadores de otras edades, para herir la imaginación de los crédulos tenían cuervos, buhos o serpientes domesticadas—como el *cuelebre* fan-

© Biblioteca Nacional de España

tástico y la *lechuza* de Corao, a los que tan oportunamente se refiere Pidal al ocuparse de nuestro Frassinelli—, animales *totémicos*, en los que se supone encarnado el *daimon* familiar. En la mitología asturiana esto no ocurre; ni aun el que tiene los familiares los ve jamás. Son, pues, ellos protectores generosos y discretos que no se prestan a recibir las muestras de agradecimiento de sus protegidos, ni a reclamar recompensa alguna. Precursores de una escuela filosófica muy conocida, los *familiares* hacen el bien por el bien o—añade picarescamente Jove—porque no tienen otra cosa que hacer.»

—A lo que yo creo—repuse—estas pequeñas e incoercibles derivaciones del Loge o Proteo wagneriano, son más de una vez la *sombra protectora de nuestros muertos queridos*, y cuando no es así, la intervención de ellos no conduce finalmente sino a la ruina y al suplicio a sus protegidos, cual se viese en Sócrates, Numa-Pompilio, Sertorio, Juana de Arco y cien otros personajes históricos, porque escrito está en las leyes que al hombre rigen y nuestro maestro no me dejará mentir, que él no debe esperar en este bajo mundo protección de nadie, que no sea la de ese Dios Interior o *Cristo en nosotros*, que diría San Pablo, divina Chispa de nuestro Ego Supremo que arde más o menos vivamente en el fondo de nuestro Inconsciente guiándonos siempre, especialmente en los momentos de peligro en la inconfundible forma que *voz de la conciencia* se ha llamado.

—Esa es la fija—añadió Miranda—, y hacer otra cosa, llegando hasta evocar a tales entidades, como lo vienen haciendo necromantemente en todos los tiempos millares de incautos, es correr mayor peligro que cuando se entra con una vela en un repleto polvorín. Díganlo sino los mismos Padres de la Iglesia, Orígenes, Tertuliano y San Clemente de Alejandría, verdaderos teósofos, gnósticos o neoplatónicos, que sabían de esto mucho más que lo que jamás pueden conocer nuestros queridos espiritistas. Atended también a las propias palabras de Clemente el alejandrino, citado por Blavatsky: Este gran discípulo de Plotino, en su obra *De los sacrificios a los Dioses y a los Demonios*, dice: «Tales invisibles han recibido de los hombres honores divinos...: la creencia universal los juzga capaces de transformarse en seres muy maléficos, lo cual prueba que su cólera se excita, haciendo blanco de sus iras a todos aquellos que no se cuidan de tributarles la adoración que exigen... Aunque invisibles, saben la manera de revestirse de formas sujetas a múltiples variaciones, lo cual puede explicarse por su naturaleza que tiene mucho de corpórea es sí misma. Su mansión está próxima a la tierra... y cuando pueden burlar la vigilancia de los demonios buenos, no hay maldad que no se atrevan ellos a cometer.»

© Biblioteca Nacional de España

Unas veces apelan a la fuerza bruta, otras a la astucia, y es para ellos un juego de niños el excitar en nosotros las malas pasiones, inculcar en las naciones y sociedades doctrinas turbulentas, provocando guerras, sediciones y otras calamidades públicas, y diciéndonos luego que todo ello es obra de los dioses... Estos espíritus se pasan el tiempo engañando a los mortales y produciendo a su alrededor ilusiones y prodigios. Pero su mayor ilusión es la de hacerse pasar por *dioses protectores* y por *almas de los muertos.*

—¡Cuán hermosas enseñanzas!—exclamé—; seguid.

«—De este género de peligrosos familiares, sabéis—añade Blavatsky—, es el temible *diakka* que A. T. Davis, espiritista norteamericano, pretendía haber visto cierto día en el propio *Summer-land, tierra de verano* o paraíso inferior de los espiritistas no reencarnacionistas. Semejante *diakka*, homónimo del *diañu* asturiano y aun del *demonio* católico, está descripto por Davis en estos pintorescos términos, y decidme luego si hay o no *diakkas* por el mundo.

»Un *diakka* es un sér que experimenta el más loco placer en representar papeles, en hacer trampas y en personificar los caracteres más opuestos; un sér (1) para quien las oraciones y las expresiones profanas tienen el mismo valor. Apasionado por las narraciones líricas, y moralmente muy imperfecto sin embargo, el *diakka* (o *diañu*) carece de todo sentimiento esencial de justicia, filantropía y afectos tiernos, sinceramente sentidos. Tampoco tiene la menor idea de lo que los hombres llaman sentimientos de gratitud. Igual son para él las resoluciones de amor que las de odio, porque su divisa espantosa y terrible se reduce *a sí mismo*, y el fin de toda vida particular es para él un sublime aniquilamiento... Con el auxilio directo de tales entes inferiores y perversos de lo astral es como se llevan a cabo toda clase de hechicerías—dice Porfirio, el gnóstico judío—. Cuando una persona aparece de repente más alargada o más gruesa, o es levantada en el aire—añade—es que está poseída por tan nefastos espíritus.»

—¿Así que todos los *espíritus* domésticos son temibles?

—Cabe en ellos confusión; pero no son temibles todos, antes bien, el *trasgu* y el *somiciu* son hasta buenos. Jove y Bravo dice, que «entre los mitos germánicos hay un duende parecido al *trasgu:* el *klabber*, como él,

(1) Notará el lector que nos seguimos permitiendo acentuar le palabra *sér*, substantivo, para distinguirla del *ser*, verbo, en contra de la Academia, pues «un sér bueno», hay que expresarlo, no como ella, sino como nosotros.

© Biblioteca Nacional de España

pequeño y vestido de rojo. Entrambos son *duendes del hogar*, pero ni uno ni otro están *amortizados* en una casa, sino que las recorre todas según les acomoda, y ambos penetran en ellas por la chimenea. Se parecen también en que exigen que el fuego del hogar esté encendido. A veces, por agradecimiento se entretienen en hacer las labores de la casa, terminar las que están pendientes y poner las cosas en su sitio—y de ello en la *Historia de la Sociedad Teosófica*, tenéis una prueba en el festoneado de las famosas servilletas de que habla Olcott—. Pero en este punto, el duende asturiano, más travieso y maleante que su colega del norte, antes suele entretenerse en romper la vajilla, en revolver la ropa de los armarios, esconder las cosas para que las gentes de la casa se calienten los cascos buscándolas al otro día, alborotar el corral, soltar las reses en el establo, y hacer otras diabluras por el estilo, si es que no les da por derribar muebles y lanzar gritos pavorosos que obligan a las gentes a temblar de miedo... Sin embargo, no resulta tan interesado como sus colegas el *nis* dinamarqués, o el *kobold* bávaro, pues al primero es preciso convidarle el día de Navidad y hacerle un buen plato de *grod* (harina cocida con manteca), y al *kobold* hay que dejarle algo de la cena, cuando la familia se retira a descansar. El *trasgu* nada pide, y se contenta sólo con que en el hogar haya un poco de fuego... y sus bromas hacen recordar las que un duende cuenta a Oberón en *El Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare. Gonzalo Castañón, el malogrado periodista asturiano, creyó verlo también cierta noche, y ha hecho el relato de aquella aventura en un precioso artículo.»

—Aunque el gran Jove y Bravo no lo diga—repliqué sonriendo—, yo sé por casera experiencia que en el hogar tiene el *trasgu* unos auxiliares tremebundos en esas entidades *no humanas aún*, mitad *ángel*, mitad *bestia*, que llamamos *chicos*. ¿Quién no ha recordado con placer alguna vez al rey Herodes, frente a sus feroces travesuras?... Verdaderamente que hay un *trasgu*, y no de los mejores, dentro de cada chico, cuando atormentan a infelices animales, tronchan arbolitos, exasperan a sus pobres madres, rompen las chucherías predilectas de *papá* o se hacen un gorro de papel con el documento más precioso, al menor descuido, o, en fin, se romperían piernas, brazos y cabeza a diario si el propio *trasgu*, protector de todos sus estropicios, no se preocupase, al par, solícito, por la integridad física del rapaz, con el plausible fin, según oyera un día en estas tierras, de que llegue incólume a mayor edad, y con sus aún peores estropicios en el orden moral, se haga digno de ser llevado por el *diañu* a los infiernos mismos.

© Biblioteca Nacional de España

—Sí, los chicos son, en efecto—dijo Miranda festivamente—, el mayor de los caseros *somicius*. Y pues que *somiciu* viene del *sumere* latino, aprovechemos su grato recuerdo de nuestra infantil edad, ya no poco remota, para *sumirnos* en un sueño tranquilo, ya que hemos hablado con exceso esta noche y habremos de madrugar.

—Os ruego que antes me digáis qué remedios demopédicos hay en Asturias contra toda esa canalla menuda.

—Para las víctimas del vampirismo, o sea de la consunción o *mal de filo*, porque literalmente al paciente «está que se va por un hilo», la mejor y más recomendada es el *agua de la Alicornia, Licornia*, o *Corni-ali* que yo diría, agua que se ha dejado al sereno nueve noches seguidas, y en la que antes se han introducido pedazos de asta de ciervo, amuletos de plata —el metal de la luna—, y otras cosas que no recuerdo, después de pronunciar sobre el agua ciertos *mantras* secretos que no están consignados en el *Dogma* y *ritual de la Alta Magia* de Eliphas Levi, el cabalista-cristiano. Se mide luego exactamente con un hilo negro y fuerte (el hilo de los duendes) la estatura del paciente, y en el tal hilo se hacen nueve nudos pequeños y otro mayor, y este ya improvisado rosario se le cuelga al paciente en el cuello, con una bolsita que contenga diez gramos de trigo, cuyo amuleto debe llevar así varios días, cuidando de hacer una vida nueva, activa y sin preocupaciones, y pisar además, descalzo, el rocío de los campos todas las mañanas. Siguen otros consejos más, morales y por ende terapéuticos, que no desdecirían de ningún tratado de higiene, y luego que el paciente se ve sano, tiene que buscar a la *guaxa* en cuestión y matarla... matarla en su propio pecho, fuente de las concupiscencias que a la *guaxa* dieran albergue, quieren sin duda decir, porque la anemia física, corolario inevitable de la anemia moral, es la secuela obligada de nuestros errores, perezas y demás vicios. *El Sol y la vida según natura* son sus remedios únicos. ¿Qué más *guaxa*, real o simbólica, vampirizadora de nuestra sangre, que la de ese nuestro vivir hacinado en lugares estrechos, sin luz, aire ni alegría, agitados siempre por la sed de oro y de vanos placeres, creyéndonos además lobos contra lobos—*homo, hominis lupo*—en lugar de hermanos de nuestros semejantes, a cuya cooperación civilizada debemos el no estar aún habitando con el oso en las cavernas? ¿Qué más *guaxa* que la vida antinatural de nuestra época, en la que en honor de esa *guaxa* sin rival que llamamos *guerra*, o de esotras que denominamos taller, mina, cárcel, hospital, burdel o tugurio, en los que consentimos hipócritas que el hombre se agote o caiga, para luego darnos el hipócrita placer de *socorrer al caído*, en lugar de evitar, previsores, su caída misma?

© Biblioteca Nacional de España

¡Cuántos pobres ojos no se ciegan, y crímenes sangrientos no se cometen, y brazos vigorosos no se rinden para vestir, enaltecer y cubrir de afeites y de joyas a las modernas *hetairas!*... ¡Se los comió la *guaxa*, diremos, pues desde hoy en adelante los verdaderos adoradores de la diosa Hygea, cuando veamos pasar a nuestro lado, sin socorro posible, la macabra procesión de anémicos como, por nuestros pecados, pululan por el mundo!

© Biblioteca Nacional de España

X

En pleno Cantábrico.—El hórreo de Tapia.—Las lamias.—Recuerdos orientales, griegos y latinos.—La catástrofe atlante y el poema de Festo Avieno.—La ría de Navia y la historia de su nombre.—Narcés, aparece.—Una broma pesada de Clodomiro.—¡Perdido!—El mejor nadador de Asturias.—Un contramaestre improvisado.—Comida en cubierta.—Controversia jurídica.—El buque-fantasma y su vela blanca y negra.

¡Qué contraste tan brutal el de verme mecido en pleno Cantábrico a bordo de un vaporcillo costero, de no mala marcha, después de recorrer, a pie a veces, la parte más abrupta de las Asturias durante mortales cinco días. Aquel descanso, sabiamente dispuesto, como todo, por el previsor Miranda, parecióme de perlas, y estaba yo radioso y contento cual un chico.

Habíamos dejado al amanecer la ría, y el Sol, saliendo por el promontorio de Tapia rielaba esplendoroso sobre un mar de plata que parecía mentira hubiese nunca devorado con sus galernas pavorosas a tantos infelices consagrados a proporcionarnos el pescado, precio a veces de sangre, que con frívola displicencia consumimos en nuestras mesas cortesanas. Los célebres bajos de Peñarronda y Castro quedaban ya atrás con sus férvidas espumas y por la proa se acercaba de prisa aquel edificio roquero, gráficamente bautizado con el nombre de Hórreo de Tapia, frente a la Punta de Corantes o *Coribantes* que decía mi guía, y las de la Cruz, Rumeles o *Ruminales* y la Rubia. Pronto la romana Atalaya de la Porcia u Olga Mourina, literalmente *la Vieja Mourias* se perfiló en el horizonte para abrir ante nosotros la ensenada de Pormenande y del Castelo que, con los Gavieros o *Lamias* vigilan la bellísima ría de Navia hacia la que nos dirigíamos.

—¡Cuánto nombre oriental, griego y latino!—dije a Miranda que permanecía a mi lado absorto ante aquella costa bravía y poética al par como pocas en el mundo, entre rocas acantiladas, casitas blancas y cielo azul jironado de gris y verduras imarcesibles. Luego, saliendo de su éxtasis, me dijo:

© Biblioteca Nacional de España

—¡Ese picacho, el más lejano entre la bruma, lleva en el mapa el nombre de las *guaxas* griegas: las *Lamosas* o *Lamias* terribles, y hacia más allá cae el arenal de Freijulfe; *el Turán*, Vigo y Santa María la Blanca, sirviendo de antemural potente a las sonrientes ciudades costeras de Barces, Serantes, Tapia, Salaves, Valdepares, Cartavio, Mahías, Navia, Andés, Santa María y Luarca. Créame, la toponimia comparada de Asturias está por hacer: acaso la intente yo algún día.

—A todo el noroeste de España—añadió—como límite que fué de la catástrofe atlante, le acontece en gea, flora, fauna y toponimia lo que ya apreciasen Darwin, Lamarck y Russell-Wallace con cargo a los restos de la Lemuria en el Pacífico. El número y variedad de las especies de los tres reinos excede aquí a cuanto se podría buenamente esperar de una región pequeña, compendio, sin embargo, de aquel inmenso continente sumergido. Díganlo si no los admirables estudios y publicaciones del jesuíta Baltasar Merino; en Galicia, las investigaciones recientes de media docena de geólogos ingleses y alemanes que han ido determinando las más extrechas concomitancias entre nuestras fauna y flora y las del otro lado atlántico en Canadá y Estados Unidos. En cuanto a la gea, recordad, tan sólo, el poema clásico de Festo Avieno, *Orae Maritima* respecto al terrible pleito del emplazamiento real de las Islas Casitérides, donde, desde tiempos muy prehistóricos sacasen el estaño, para su aleación con el cobre, egipcios, sidonios y pelasgos. Los unos ponen las Casitérides en las Islas Británicas de ahí enfrente; los otros, como Cornide y el célebre Don Celso García de la Riega, pretenden emplazarlas en Galicia o en Asturias, ya que en ellas abunda el estaño; pero delirio sería el pretender, no obstante, el hallar en todo el noroeste ibérico las diez islas vecinas en el alto mar del Septentrión del puerto de Artabros que el poema exige.

—Enseñadme, si no os molesta, algo de lo mucho que sin duda sabéis acerca de tan sugestivo asunto—dije.

—Cuestión es esta con la que tendríamos materia para tres días. Sólo os diré, pues, en resumen, que en estos últimos tiempos el señor de la Riega, ya muy conocido por sus esfuerzos para demostrar que Colón fué de Pontevedra, ha puesto de nuevo la cuestión sobre el tapete con la publicación de su *Oestrymnis-Ophiusa. Geografía antigua de Galicia.* La obra merece estudio atento, por ser muy erudita y por el esfuerzo imaginativo y sabio que supone el querer identificar con Finisterre y su península, la península y el cabo *Oestrimnio* de Avieno; el río *Pelagia* con el Miño, las islas *Inhospitas*, *Agonidas* y *Cautes* con ínfimos islotes de junto al Limia, algo así, en fin, como cuando yo en mi infancia, proyectaba

© Biblioteca Nacional de España

imaginativamente todas las escenas del Quijote en las vecindades de mi país natal. Causa verdadera pena el ver a nuestros sabios arqueólogos hacerse literalmente polvo el cerebro buscando la manera de componer este o aquel *mosaico* prehistórico faltándole nada menos que la mitad de los pedazos sepultados bajo el mar. Este es el caso de todos y también el de De la Riega, obstinados en negar que Festo Avieno, como tantos otros romanos ilustres iniciados en los *Misterios menores* de Eleusis, Roma, Tarragona o Gades, conocía por ellos la historia y geografía de la Atlántida; pero, ligado por el juramento de sigilo, sólo pudo tratar de ella *more poeticae*, igual que Platón para describirla idease la hermosa fábula de su *República*.

—¡Oh, qué ideas tan nuevas, tan peregrinas!

—Vos sabéis ya por los estudios teosóficos, que después de la primera catástrofe atlante de hace ochocientos mil años, quedaron las dos colosales islas de Rutha y de Daythia, por hacia donde ahora se alzan todavía sus cumbres respectivas de las Azores y de las Canarias. No ignoráis tampoco que tras el segundo hundimiento de hace unos doscientos mil años, sólo quedó sobre las aguas la hermosa Poseidonis, frente a Gades, desapareciendo aquellas dos islas de las que Plinio había dicho en su libro cuarto, capítulo veintidós: Aliqui dicunt, duas insulas esse, majorem Erythian dictan distare fretum gaditanum 700 pedum a continente; minorem huic adjacere unius tantum stadii Euripo interlabente, in qua mira est pabuli laetitia,» y en otro lugar del libro tercero, añade: «Hinc addunt, Gadis nomen fingo dici pro alterutra harum insularum et in Gadibus Geryon reguasse fertur, et in majorem insula habitasse, vel Strabo dicit» y, añade Calepinus, «in minore». Desde Gades, pues, podía pasarse a Poseidón por una guirnalda de islas más pequeñas, y dentro del alcance olcultista del poema que los doctos están muy lejos de conocer, el cabo Oestrymnio, no es sino el de Roca o el de Trafalgar; mientras que las demás regiones contadas por Avieno, Casitérides inclusive, y cuya enumeración agotaría vuestra paciencia, no son sino los elementos de aquel precioso archipiélago, verdadero Jardín de las Hespérides, adivinado en los tiempos modernos por el incomprendido mártir Mosén Jacinto Verdaguer, jardín paradisíaco cuyo *Árbol* fuése traslado, según el poema del divino intuitivo, a nuestros campos tartesios, desde dicho archipiélago que se sepultase hace sólo unos once mil años y del cual hablasen luego los sacerdotes de Sais, *Isa* o *Isis* al griego Sonón, según el conocido diálogo de Platón. De la Riega, como Costa y como Sánchez Calvo, ha prestado, sin embargo, un verdadero favor a la cultura patria, aunque no fuése más que por las largas listas de

© Biblioteca Nacional de España

nombres griegos, orientales y vascos que unos y otros aportaran al caudal de nuestra toponimia galaico-asturiana, de este nuestro *Littore Noega* que diría Pomponio Mela, en el que tenéis ahí enfrente mismo un *Nahar-Tarón*, completamente pérsico; un río Buddhu, completamente búddhico, unos pésicos, lancenses, zoelas y morenos siluros o giguros de Plinio, de los que es un notable ejemplar la muchacha de enorme y ondulada *mata* de pelo negro que anoche, en Castropol, nos sirviese a la mesa.

—¡En verdad, que tenéis razón!—le repliqué, recordando la arrogantísima morena prototipo de la raza indígena española a la llegada de los rubios celtas, que había llamado mi atención en la fonda, más que por su arrogancia escultórica por aquel su pelo que, a soltarse de sus trenzas le habría pasado mucho de la cintura.

Era la muchacha, en verdad, uno de esos tipos clásicos trigueños de ibero-siluros dolicocéfalos y casi etíopes, cada vez menos puros en el país, hombres y mujeres *lunares*, diametralmente opuestos al tipo rubio, braquicéfalo y celto-tártaro de la raza solar de la sierra, que ya conocíamos y de cuyo cruce ulterior con los obscuros iberos dió ese tipo moreno de pelo castaño, meso o dolicocéfalo atenuado, de ojos, ora pardos, ora azules y no pocas veces también negros, tipo celtibérico característico de la raza castaña española que, a la manera del caballo peninsular, es una transición entre el tipo galo-celta de Francia e Inglaterra occidentales y el tipo genuinamente atlante-berberisco.

—Hay mucho parentesco en este país Gales e Irlanda—dije.

—No lo sabéis bien, ni nadie se ha molestado en estudiarlo como el propio Richard Rolt Bralh, el de nuestro famoso libro de marras—observó Miranda—. Yo no sé qué pudo tener de cierto la leyenda de que desde Castropol o desde la Torre de Hércules en La Coruña se viese en días despejados, antaño, el cabo York a la Punta de Cornuailles; pero es lo cierto que de aquí fueron gentes a colonizar aquellos países y de que todo nombre de allá con la radical *bra*, o *brig* es ibérico, como ibéricos son aquellos cantos secretamente alusivos a la emigración desde la Atlántida, con los que, en su aparente insulsez, recordaban a este continente las gentes del Gaedhil, sin temor a sufrir del sectarismo cristiano la persecución con que, desde los tiempos de San Patricio, tratara éste de raer todo recuerdo atlante y todo canto rímico de los bardos.

—¿Qué cantos son estos?

—No los recuerdo bien, pero son algo así como «Cuando yo fuí marinero:—cuando yo fuí marinero... ¡marinero yo fuí!...», cantos que así, en

© Biblioteca Nacional de España

seco, no dicen nada, pero que atentamente estudiados son un recuerdo atlante y todo un mundo de Ocultismo—dijo Miranda.

—Seguramente que, como no dijese más, ni la propia Santa Inquisición habría podido meterse con ellos - repliqué sonriendo, luego añadí: —Observo que la costa se dobla como hacia dentro.

—Sí, es que nos acercamos a la ría de Navia.

—Navia es un nombre que me resulta muy misterioso y más después de vuestras alusiones a él, otras veces.

—Ciertamente, y nadie le ha estudiado mejor que Acevedo en su trabajo de igual nombre que, como folletín publicase *El Carbayón*, de Oviedo, hacia Junio de mil novecientos.

«Es singular la coincidencia—dice Acevedo—de que un río llamado *Navia*, nazca en una población de igual nombre: *Navia*, y muera en otro pueblo llamado *Navia* también, teniendo este nombre, lo mismo que los de *Navi-lulio* y *Flavio-navia*, de Ptolomeo, su raíz en *Nabius*, nombre de otro río cercano al Eo, según el testimonio del autor de *Los Primitivos habitantes de España*. Pero no es menos singular otro detalle: el de que *Nabius*, cambió su nombre en *Eube*, *Eu* y *Eo*, y este nombre de río, cual la ciudad de *Eu* en Normandía, deriva de la palabra latina *Angaearum*, de donde, a su vez, proviene la francesa de *auge*, que significa *pila* o *artesa*, del bretón *ange*, vasos hemisféricos tallados en piedra, que fuesen en los ritos druídas algo así como las pilas del agua bendita en la religión cristiana, y por eso en toda la Bretaña, Auvernia, etcétera, existen muchas fuentes cubiertas con tales vasos, que aún son objeto de veneración. Y he aquí que *Navia*, en el viejo latín, significa igualmente pila o depósito y que algunos manantiales que contribuyen a formar el río Navia llevan el nombre propio de *fuente sagrada*, bañando, por otra parte, el río a la comarca de *Fonsagrada*, antes de hacer su segunda entrada en Asturias. Hay más, cerca del Eo hay dos pueblos llamados *Obe* y *Lastobe*, y cerca del *Eu* normando hay también villas llamadas *Lexobio*, acaso por aquel culto. Existió, pues, parentesco muy íntimo, según Acevedo, entre las palabras *Nabius*, *Navia*, *Eo*, *Eu*, *Obe*, *Lestobe* y *Lexobio*, y en la significación de todas ellas flota la idea de *vaso*, *nave* y *agua*, como también, en mi opinión, flota sobre todos ellos el del dios *Nebo*, el de la adivinación por el terafín lunar, que diese nombre a tantos pueblos y lugares en todo el planeta, desde los *nahoas* o *nauoas* mexicanos, hasta los *nabateanos* del gran libro de *Qu-tami*, el caldeo del siglo trece antes de Jesucristo, libro que, traducido luego al árabe, ha sido uno de los pilares más sólidos sobre los que Blavatsky alzase su libro *La Doctrina Secreta*, pues que Masdeu afirma

© Biblioteca Nacional de España

que se llamó *Nabia* o *Nabi*, una divinidad primitiva ibérica, que no era sino dicho dios *Nebo;* y Costa señala tres Navias como divinidades anteromanas, que deben su apoteosis al brotar de los manantiales. El álveo de este río, que ya tenéis ahí enfrente, nos trae, pues, agua nacida de fuentes sagradas, y nada de extraño tiene el que se llamase al cauce que le contiene *pila santa*, es decir, *Navia*, ni que de ella tomasen su nombre los dos pueblos».

—Pero, ¿hay también documentos en piedra sobre ello?

—Sí. Existió una inscripción, conservada por Muratori, que reza: *Botius Antubelici ex deo Nabisae, votum solvit libens mérito*, y «sospechamos, de acuerdo con Pérez Pastor—dice el simpático Murgio en su *Historia de Galicia*—, que por su nombre fué personificación de alguna deidad o río del país gallego, donde se conservan hoy *Nabis, Nebis, Nebio* y *Nabilubion* o *Nabilulia*... y no hay que olvidar la costumbre céltica de personificar en un dios un río». Además, en la inscripción citada aparecen en verdad dos dioses el *Nabis, Nibuar* o *Nebo*, y *Antubel*, el *Baal* atlante, que después pasó a ser el *Belus* babilónico y el Baal fenicio. Tenemos, en suma, ahora y siempre, en Asturias los dos cultos primitivamente unidos, del Sol: *Baal, Bel, Beder*, etcétera, y de la Luna o las Aguas, la pila, el vaso o para hablar sin ambajes, la *matriz*, como símbolo, de la fecundidad, más que de la generación, del sánscrito *Navya*, que quiere decir corriente de agua fertilizadora, corriente lunar lo mismo en el sentido físico, que en el metafísico o *divinatorio* operado por el *terafín de la Luna*.

—Todo esto es muy singular, y yo sospecho, no sé por qué, que algo interesante sobre el particular hemos de tropezar en nuestro viaje.

—Yo tengo una premonición idéntica a la suya—respondió Miranda.

Con estas conversaciones tan interesantes, apenas si nos dimos cuenta de que entrábamos en la ría de Navia y que en ella el inconmensurable Narcés nos aguardaba con los brazos abiertos. En efecto, minutos después el vapor se internaba en el embarcadero, mientras que una gran barcaza, abarrotada de cargamento y con algunas personas en la popa, se nos acercaba a toda fuerza de remos. En la proa venía el corpulento Narcés, esplendoroso, magnífico.

—¡Antonín, Antoñito!—decía a voces agitando los brazos, a la vista ya de su eterno amigo.

—¡Pepe, Pepe, seas bien venido!—éste le respondía.

El vapor largó una amarra que, con sus hercúleas manazas, antaño mordidas por *el rato*, atrapó antes que nadie el gran Don Pepitón, tirando fuertemente de ella, hasta tocar así a la escala del barco.

© Biblioteca Nacional de España

—*¡Ijujú...!*—gritó estentóreo Clodomiro, encaramado en un saliente de la ribera vecina.

Y luego, en el momento en que Narcés soltaba pie de la barcaza para ponerle en la escala, añadió aún más alto, envidioso, sin duda, de que por esperar allí a sus ingenieros bilbaínos buscadores de minas, no podía disfrutar de la suerte de su rival Don Pepito:

—*Chacho, rapaz...* ¡La Guaxa!

Lo que entonces acaeció no acertaré a decirlo. Fuése porque Narcés sentó mal un pie y no se había agarrado bien, fuése porque comenzase esa alteración marítima que allí se llama *malina*, aumentada por la marea, y que la barca diese un mal bandazo, o acaso, acaso, ante la acción del para él terrible conjuro, es lo cierto que el corpulento amigo cayó de plano, sin saber cómo, entre la barcaza y la borda, zambulléndose cuan largo era, en las aguas de la ría. Las escasas mujeres que venían en el barco lanzaron un agudo grito de angustia.

—¡Ahogado; perdido...!

Varios marineros se arrojaron sin titubear al agua, para salvar al náufrago de una muerte segura.

—¡Retirad la barcaza. Podéis herirle!—rugió aterrado Miranda, y más cuando, al cabo de unos segundos de angustia, que a todos parecieran siglos, vió que aquél, no obstante ser buen nadador, no parecía por parte alguna. Le había dado un ataque, sin duda, que ponía en peligro su vida.

El mismo Clodomiro, espantado ante el no previsto éxito de su broma, venía hacia el barco, nadando como un delfín, en socorro de su víctima.

Lector: si has presenciado alguna vez escenas de terror entre las locas multitudes, te harás perfecto cargo de la trágica que se desarrolló entonces. Todos gritaban, todos se movían, pero nadie en verdad, excepto Miranda, hacían nada de provecho. Yo estaba como fuera de mí mismo.

Cuando mayores eran, sin embargo, el terror, la baraúnda y la angustia, resonó una risotada homérica por el otro lado del barco, seguidas de estas palabras:

—¡Pero si estoy aquí, Antonín, Antoñito!

Era la poderosa voz de Narcés, quien, viéndose en el agua por aquel accidente fortuito, nos quiso brindar, a guisa de presentación ante mí, una de las mayores habilidades suyas, frecuentemente ejercitadas en las claras linfas del Narcea. Arrojéle entonces uno de los salvavidas que estaba a mi alcance, y trepando por su cuerda con la agilidad del mejor gimnasta, subió a bordo por sí mismo.

—¡Era por dar un susto a Don Antonín de Miranda!—decía al pisar

© Biblioteca Nacional de España

cubierta y recibir los parabienes de todos por el feliz desenlace de lo que catástrofe parecía. —¡Creía él que no era yo capaz de pasar de parte a parte el barco por debajo de su quilla!

Ante la algarada de a bordo por el *difícil* salvamento, Clodomiro el terrible había virado en redondo, volviendo a la ribera en demanda de fuego que le secase de su merecida mojadura, o acaso temiendo una *trompada* de gratitud de su siempre rival y amigo, quien fuera recibido por el pasaje con todos los honores que, como nadador, le eran debidos.

Miranda le llevó en seguida solícito, al vecino camarote del capitán que, con otras dependencias, las mejores de todo el barco, le habían sido cedidas por éste en homenaje a su personalidad ilustre, por todo asturiano reconocida. Allí, por no haber llegado su equipaje, si es que alguno traía, se le proporcionó ropa interior y exterior del contramaestre, hombre casi tan corpulento como él, aunque de mucha menor estatura, y era de ver al excelso, con el uniforme de la compañía naviera bilbaína, uniforme cuyo pantalón no le pasaba del tobillo y cuyo levitón remedaba en él un largo chaleco de fantasía. Vale que los botones dorados y la típica gorra suplían tales deficiencias a maravilla, realzando con su azul obscuro la lechosa palidez inveterada del rostro de nuestro amigo.

La comida, retrasada con todas aquellas peripecias, nos fué servida con esplendidez a los tres, allí mismo, sobre cubierta, y durante ella pude comenzar a conocer que no había exagerado Miranda en el apasionado y afectuoso retrato que cien veces me hiciese de las idiosincrasias sin igualles de aquel hombre representativo.

—Tiene Narcés siete puntos cardinales en el nada estrecho ambiente de su vida—me decía Miranda sonriendo—. Su norte es el Derecho; su oriente, la Política; su punto sur, son sus bienes ya cuantiosos, aumentados con un trabajo jurídico y agrícola continuo, y su occidente, su ciego amor paternal al *niño* Conradino. Antes no tenía sino estos cuatro puntos, pero desde que su experiencia ha enriquecido, ha agregado otros tres: el cénit del *karma;* el nadir de alguna marrullería de las de reciente importación a Asturias, y el centro, alma y remate de los otros seis puntos cardinales, es su persona misma, que en su retiro casi monacal de Soto de los Infantes se va haciendo comodona cual un abad y sibarita como un epicúreo.

—¿Cómo el cénit del *karma*?—pregunté, sorprendido ante aquella adaptación festiva de la célebre parábola del Buddha.

—El *karma*, el *karma*... ¡ya lo creo!—replicó Narcés, guiñándome un ojo con maliciosa inocencia—; como que es la única verdad que he visto en eso de la Teosofía que trae a mal traer a mi Antonín de Miranda. Este

© Biblioteca Nacional de España

hombre, a quien todos llaman sabio y que yo tengo poco menos que como un loco sublime, no ha logrado convencerme nunca de la cosa más nimia en ese su lenguaje lioso de *manvantaras* y *pralayas, gnosis* y *reencarnaciones,* pero lo del *karma* es otra cosa.

—El año pasado—continuó—los *melquiadistas* dieron pucherazo en Salas, apelando a mil miserias, y... perdieron la elección. *¡Karma!,* me dije parodiando a nuestro amigo. El otoño anterior, la tía Ambrosia, la del Pontigo, intentaba ponerme un pleito por el prado del Lleiroso, valiéndose de añagazas y malos testigos, y a los quince días moría. *¡Karma, karma!* ¡El que la hace la paga, y ojo por ojo y diente por diente!, repetíme. Ayer mismo acababa mi correría buscando en tonto por todos los pueblos costeros, como se me ordenó por este hombre, unas huellas de no sé qué alemán para no sé qué tesoro, y mientras, ese niño de Conradino me hacía una de las suyas en compañía de Clodomiro y de un discípulo de *Pinón de la Feita,* que Dios confunda. *¡Karma, karma;* por hacerme caso de locos!, me dije.

No pude menos de reir de bonísima gana ante las ocurrencias de mi nuevo amigo.

Y después de aquellos aparentes alardes de independencia y de escepticismo frente a la existencia de un tesoro en el que puede que creyese y soñase, como nadie, empezó a dar cuenta de las pesquisas que acabara de practicar por orden de Miranda, de su Antonín, como decía, y en quien tuviese más fe si cabe que en el propio Don Antonio Maura, cuya política fervoroso seguía, porque conviene advertir que era la característica de su amistad, desde niños, con el Señor de Altamira, la de una subordinación, una fidelidad hacia él, absoluta en el fondo, pero con unos alardes de independencia más grandes que los de un *boer* moderno o un celtíbero antiguo. Sobre todo gozaba lo indecible con exasperarle en sus ideas teosóficas, cosa que, como es natural, rara vez conseguía, cuando la enormidad soltada por aquellos *jurídicos* labios era de las de calibre.

—Sólo he podido averiguar, en resumen—dijo—, que en Cudillero hay un hombre, el viejo farmacéutico, que de joven conoció al alemán ese que buscáis; pero habla creo, de él, con tanta reserva como respeto y diciendo unas cosas de él—*¡ja, ja, ja...!*—en las que no puedo creer, aunque moro me vuelva.

—¿Qué cosas son esas, buen Narcés, qué cosas?—pregunté.

—Las cosas esas no me las ha dicho a mí; pero se dice que entre dientes, las dice.

—Hablad vos, sin reserva, al menos.

© Biblioteca Nacional de España

—Cuéntase—y yo repito que no lo creo—que tres días después de su muerte en Corao, le vieron al alemán en Cudillero, donde era muy conocido, tomar, a la luz del plenilunio, un barco fantástico con vela blanca y negra, y hacer rumbo como hacia la Irlanda.

—¿Es posible?

—¡Como lo oís!

—¿Y qué os ha dicho el farmacéutico sobre ello?

—Calló; pero se ha sonreído de una manera que me escama mucho.

—¡Ah! Luego vos comenzáis a creer que...

—¡Líbreme Dios!; pero pasan unas cosas tan extraordinarias de poco tiempo a esta parte en estas Asturias...

—¿Cuáles, cuáles?

—Nada, cosas del *karma*, como os he dicho, pero que parecen milagrosas.

—¿Podéis decirme alguna?

—No, porque este hombre sabio me va a creer ya de los suyos.

—Yo lo soy, al menos, desde que le conocí—le dije con el más sincero acento.

—Pues hacéis mal, a fe mía, porque nadie hay más bobo quelos sabios, y si yo quiero acompañar a ustedes a Somiedo, no es por el tesoro, en el que no creo, sino por reirme luego de ustedes, por su inocencia.

—*Il rira bien qui rira le dernier*—repuso Miranda.

—No entiendo el francés; dímelo si quieres en latín, que le sé como cualquier buen cura—replicaba pavoneándose de la aplastante superioridad que su treintena de aforismos latinos jurídicos le dieran sobre todos sus vecinos del concejo de Salas.

—¿Que nuestras presunciones sobre el tesoro son de una evidencia jurídica harto discutible: unas presunciones *juris tantum*, no *juris de jure*?—replicó Miranda.

—Calla, chico, ¿también sabes tú esto del Derecho y de las presunciones por las que a mí me dieron sobresaliente en *Civil*, en Oviedo, en mil ochocientos noventa?—exclamó, contemplándole de hito en hito, con esa interna veneración que hacia él sentía, como hemos dicho.

Y luego reaccionando y como reconviniéndose, añadía en nuevo alarde de independencia:

—Las presunciones no son admisibles en Derecho, sino cuando el hecho del que han de deducirse esté completamente acreditado, y éste dista mucho de estarlo, a juicio de varones prudentes, a más que para que la presunción de cosa juzgada surta el debido efecto, es preciso que concu-

© Biblioteca Nacional de España

rra la identidad más perfecta entre las cosas, las personas ,las calidades y las causas, según la sección sexta, del capítulo quinto del libro cuarto del Código Civil, en armonía con la ley octava, título catorce, Partida tercera, porque aquello de *pater est quod justae nuptiae demostrat*, prueba que...

—¿Qué tienen que ver estas citas que ensartas, con nuestro alto negocio, empecatado picapleitos?—reconvino Miranda sonriente.

—Pues sencillamente que el hecho ese del tesoro no está adecuadamente comprobado; que carece de la debida falencia, y, toda vez que *onus probandi incumbit actore*, y *actor non probandi reus absolvendi*...

—¡Basta, basta! ¿Acaso sabes tú lo que nosotros sabemos ya acerca del tesoro?

—Pues por ahí debiste empezar, gran pícaro —respondió el ilustre jurista de Salas-Belmonte, confundido.

Y mientras nos servían un exquisito café en la toldilla a la vista del delicioso panorama costero, Miranda informó muy al pormenor a Narcés de todo lo relativo al documento; de la entrevista con el Padre Álvaro y de las claves escriturarias *gaedhélicas* que ya poseíamos. A cada frase de Miranda, Narcés abría desmesuradamente sus grandes ojos azules, sintiéndose, a su pesar, vencido y conmovido.

—¡Tendría que ver que resultase, diantre!—Pero ¿cómo aquel alemán de barba de cobre y mirada de fuego iba, después de muerto, a embarcarse para Irlanda en un barco con la vela blanca y negra? Eso sería el *summum*.

© Biblioteca Nacional de España

XI

Un litoral de ensueño.—Luarca y el río Negro.—La fuente del Brujo.—Una escultura singular.—Piedra lunisolar más que preciosa.—Los hermanos rierenses de la Escuela de Cristo.—Ruskin y sus Siete Lámparas de la Arquitectura.—Luarcenses ilustres.—Un crepúsculo frente a la ría de Canero.—Panoramas costeros a la luz de la luna.—Un lobo marino.—El misterio de los Bajos de Loxanin.—Mareas superequinocciales.—Una cripta que sólo se abre diez minutos cada diez años.—Otra vez la vela blanca y negra.

La conversación de Miranda y Narcés giró luego hacia sus asuntos particulares de Soto de los Infantes, y yo, sin escucharlos, me entregué mientras, con el mapa por delante, a la contemplación insaciable de la costa, que, en cinematógrafo sin igual, se iba desarrollando ante mis ojos. Dejamos atrás, primero al pueblo de Campoamor, cuyas poesías serían el conocimiento más perfecto de la humanidad y de la vida si ellas no respirasen el más terrible escepticismo. Luego a la Punta de Santa María, y ya íbamos doblando la de la Camágina, extraño nombre en el que mi imaginación veía al *kamas*, pasión, y a los *jina* de Oriente. Más allá el arenal de *Ar-neva*, otro nombre típico, y las aldeítas de *Tourán* y de *Chano* o *Jano*, desinencias no menos ocultistas, vecinos ya al *Río Negro*, que arrancando allá que desde tierra arriba de la célebre sierra de *Buseco*, entraba caudaloso por Luarca, ciudad cuyas casitas iban una después de otra apareciendo entre verdura, tras la Punta de las Mujeres y la alta ermita de Santa María la Blanca. Mi única pena era el no visitar allá tierra adentro, hacia Boal y Coana, a la típica zona del Castro celtibérico de El Castellón, del que tan sabiamente nos habla en *Los vaqueiros de Alzada* en Asturias, el cultísimo Acevedo y Huelves, al par que de los otros de Pendía, de los Mazos, de la Escrita, y de la Piedras Oscilantes que antaño existiesen, como en Montánchez de Extremadura, en regiones de *ayalgas*, por la Vaca de las cinco patas favorecidas.

Todavía había bastante sol cuando el barco echó anclas en Luarca, y como su carga y descarga allí, dada la importancia de la población, iba a

© Biblioteca Nacional de España

llevar tres horas, el capitán nos lo advirtió por si queríamos consagrarlas a una rápida visita de la villa.

Narcés, orgulloso con su Asturias, de la que Luarca es uno de los puertos más lindos y ricos, quiso recabar de Miranda «el alto honor de ser mi *cicerone*», llevándome al barrio principal para que viese el Juzgado, la cárcel, la Casa-Ayuntamiento, el casino, los opulentos hoteles, entre naranjos, de indianos enriquecidos, algunos, amigos políticos suyos, título el de mayor obligación para con aquel simpático Vázquez Mella belmontino, y, en fin, visitar todo cuanto suelen visitar tantos adocenados excursionistas como andan por el mundo. Pero Miranda, siempre sabio y perfecto conocedor de la identidad entre sus respectivos gustos y los míos, nos hizo tomar, previa la protesta de Narcés, por frente al Paseo de Gómez y por el Puente Viejo, uno de los seis que tiene la señorial villa sobre el Río-Negro, cuesta arriba de los más pobres barrios de Malabrigo y Peñas, en la salida del camino para Galicia.

—¿Estás tonto, Antonín? ¿Llévasle al amigo acaso a la *Fuente del Brujo?*—objetó Narcés, indignado de lo que él creía un pésimo gusto de Miranda.

—No—replicó éste—, porque la Fuente del Brujo, como todo lo que huela a ocultismo en Asturias, está ya falsificado y escarnecido de consuno por desdichados escritores y funestos arquitectos, y ya que no contemos con el tiempo suficiente para que admire el panorama frontero de la Atalaya, o *de las atalayas* mitológicas, y su ermita santificada por aquel San Juan de la Cruz, que se llamó Juan de la Riera en el siglo dieciocho, quiero, al menos, que vea lo que acaso no haya visto nunca.—Y, mostrándome en un descuidado altozanillo una linda cruz de piedra, añadió:

—Este es el célebre *Crucero*, donde podéis advertir que a la imagen del Crucificado, en bella escultura, se le ha agregado por detrás la imagen de la Virgen con el Niño.

—Yo vi otro Cristo igual, meses pasados, en la entrada de Miraflores, uno de los aledaños de Segovia—dije.

—Y ¿qué tiene de particular esto para que nos hayamos molestado en subir hasta aquí?—replicó Narcés.

—Tiénelo muy grande—respondió Miranda—, porque, como nuestro amigo comprenderá, sin duda que aquí se encierra un gran significado oculto: un medio acaso que los *chelas* laicos de los siglos de entonces en Asturias tuvieran de aludir al culto egipcio secreto de Isis, Osiris y Horus en las propias barbas de la Santa Inquisición, y un medio de volver a los dioses doble-sexuados o andróginos de todos los pueblos primitivos: al

© Biblioteca Nacional de España

Zamá, al *Quetralcoatl*, al *Tezcalipoca*, y a tantos otros de la otra orilla del Atlántico: varones por el anverso y hembras por el reverso.

—Os voy a denunciar como herejes al Obispo.

—Somos aquí de jurisdicción exenta, ya que no de *in partibus infidelium*, Narcés querido.

Y por no hacer esperar al barco o exponernos a quedar en tierra, íbamos a desandar el camino, cuando Miranda, que se había separado unos metros hacia los sillares de un derribo inmediato, lanzó una exclamación de alegría.

Acababa de encontrar una piedra notable, semejante a la hoy conocida entre los arqueólogos con el nombre de Peña *Tú* en Rivadesella. Era, en efecto, una especie de cipo, al modo de los tan conocidos de otras partes; pero que en lugar de inscripción, tenía en su parte superior tallado en relieve un hermosísimo sol y debajo varias líneas angulosas, pero paralelas entre sí:

—*Peña Tú* es contracción de *Peña-Túbal*, el nieto del Noé que escapase al *diluvio* de la Atlántida, velado en la leyenda mosaica. Esta piedra, pues, es un tesoro arqueológico que hay que recoger y que lanzar *a los cuatro vientos* de la publicidad, como demostración la más elocuente e irrebatible del culto luni-solar primitivo de todo este país: el divino *Helios* o *Surya* (el Sol) y *Arga, Nari, el mar, las Aguas*, símbolo del astro de las noches. Hay que estudiarlo muy detenidamente. ¡Por de pronto, llevémosle!

Y sin parar mientes en el espanto de Narcés y en el mío, porque a bien decir en mi nueva americana no cabía aquella desmesurada *pepita* de un buen medio metro de longitud por algo menos de anchura, bajó hacia unas obras próximas, y vino bien pronto acompañado de dos robustos mocetones, uno de los cuales, sin requerir el auxilio del otro, se la echó lindamente al hombro, y comenzó a descender por la cuesta, como si llevase una pluma, para en breve izarla a bordo con más cuidado que si se tratase de una frágil *luna* de Venecia. Ya a bordo con ella, Miranda les dió una buena propina, y les entregó además una carta para el dueño, en la que, a guisa de indemnización, había introducido algunos billetes.

Narcés, que iba detrás, al ver que lo del regreso iba en serio, cuando aún faltaba más de media hora del permiso, protestó cual lo hubiese hecho ante el Juzgado, de que aquello no era visitar su Luarca, y que, si alguien se enteraba, podrían resentirse sus amigos políticos de que nada les hubiera dicho.

—¿Hubo, pues, por aquí hermanos nuestros en ideas?—había yo pre-

© Biblioteca Nacional de España

guntado a Miranda, por lo bajo, con motivo de lo del extraño *crucero*, mientras descendíamos hacia la marina.

—¡Y tanto que los hubo, hay y habrá siempre en Asturias, aunque ignorados por el mundo!—repuso—. Ese Juan de la Riera, a quien mencioné antes, era un verdadero templario rezagado más de seis siglos, cual el de la tabla de la *Quinta Angustia*, y se crió entre las ruinas del templario hospital de ahí enfrente, fundando más tarde en la meseta de *las atalayas, la Santa Hermandad de la Escuela de Cristo*, fraternidad cristiana que, para no incurrir en los inmensos defectos y peligros de los últimos institutos religiosos que traían escandalizado al siglo, dispuso no pasasen nunca de ciento los adscriptos, ni de doce los *hermanos perfectos*, encargados, no de la vigilancia de las doce cruces del Calvario, sino de las doce disciplinas de arte, religión y estudio de cuatro clases cada uno, y por cuyas disciplinas orientaban a sus discípulos según sus aptitudes.

—¡Este santo es todo un Ruskín asturiano, con sus *Siete Lámparas de la Arquitectura*, un hombre a quien nuestro hermano Viriato Díaz Pérez Director del Archivo Nacional de Asunción del Paraguay, consagraría otro libro tan lindo por lo menos como el que ha consagrado al gran inglés revolucionario del arte!—dije.

Regresamos a bordo con mucha anticipación, y todavía pudimos saborear a las bellas tintas del crepúsculo, que se iniciara cuando salíamos, el panorama de los lugares aquellos de allá arriba santificados por el asceta incomprendido y la entrada de la ría de Canero aprisionada entre los últimos taludes silúricos de aquella formación que, más o menos, desde Leitariegos habíamos seguido. Mientras, desaparecían tras los acantilados abruptos las últimas luces de la ciudad del controvertido Don Areste, del no menos controvertido *Rico* que en las germanas etimologías de Trelles figura, y del filólogo Don Juan Antonio González Valdés, el de la *Ortopeya Universal* o *Arte de pronunciar bien todas las lenguas según los principios físicos elementales*, que fuera maestro del Toreno cronista de la Guerra de la Independencia. Miranda me habló también de Jacinto Avella, el cosmógrafo, autor del mapa de Asturias que guiase a Coello y a Schultz, y de Juan Avella, el modesto marino que nos legase un completo *Tratado de todos los nombres y cosas concernientes a los navíos*, de aquellos navíos heroicos que acaso tocaron alguna vez en América en la Edad Media y que, sin disputa, persiguieron mil veces a la ballena y el bacalao hasta las costas de Islandia y de Noruega, mientras que otros *Abellos* de Treves enaltecían las mieles de la cultura seria llevando hasta su escudo aquel *oso* y aquel castaño florido cobijando a un *truévano* o colmena que el oso

© Biblioteca Nacional de España

pretendía en vano devorar impidiéndoselo desde el árbol—*árbol de la ciencia y de la vida*—un vigilante centinela.

—Esta es una variante del símbolo del *León de Sansón*, en cuya boca anidase, después de desquijarado por aquel Hércules hebreo, una *dulce* colmena—me había dicho nuestro Miranda asimismo.

Para dejar a éste y a Narcés tratar más libremente de sus particulares asuntos pendientes, pues llevaban bastante tiempo sin verse, les abandoné a entrambos en el saloncillo después de la cena y yo me pasé hasta bien avanzada la noche sobre cubierta, adivinando, más que viendo, en la lontananza el Cabo Bustos y su bajo de la Moura; el antiguo puerto de *Valle-Narán*, otro nombre *ophita* y toda la ensenada de Cadavedo, donde tocamos también ya bastante avanzada la noche.

Como todavía hacía una hermosa luna y no tenía gran sueño, quise abarcar bajo los fantásticos rayos del astro de las noches, el panorama entero de mar y costa, subiéndome a la toldilla, donde a la sazón sólo estaba, cuidando de su timón y su bitácora, un anciano piloto, recio como el esparto, un verdadero lobo de mar de esos que sólo hay en Inglaterra y en nuestra costa Cantábrica. Me había mantenido a respetuosa distancia de él un buen rato, temiendo interrumpirle, pero él, hospitalario y comunicativo, venció mis reparos diciéndome, con voz curtida por el mascar del tabaco:

—Acérquese, señor, sin temor a molestarme. ¿Qué noche más espléndida, verdad? El barco marcha por sí solo y ya hemos dejado atrás hace un rato las *Cruces de San Cristóbal*, el *Loval de Cadavedo* y las puntas de la *Hondada*, *Ricabo*, *Vallota* y *Santa Marina* y ahí tenéis ahora la de la *Sarna* y los *Islotes Negros* de la *Punta de la Barquera* que están antes de que doblemos el *Cabo Vindio* y los traidores *bajos de Loxanin*.

—¡Qué nombres tan raros!—dije, y pensando para mí solo—¡qué nombres tan ocultistas!

—Más raras son todavía las cosas que ellos tienen—replicó misteriosamente el lobo marino.

—¿A qué os referís?

—A que todos estos islotes y bajos tan pronto son del mar como de la tierra. Las pleamares los anegan y las bajamares los descubren, pero estos bajos de Loxanín, como los *Bajos Anuales* detrás la *Punta Cogollo* y la *Isla Deva*, allende la ría del Nalón, tienen la singularidad de no descubrirse aflorando sobre las olas, más que en dos días del año, cuando las grandes mareas de los equinoccios o sea en la luna nueva de Marzo y de Septiembre. Como sé que es usted astrónomo, por eso se lo cuento.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Según eso—repliqué—, los tales bajos deberán estar a una profundidad media de unos diez metros?

—De once a catorce que es la mayor hondura de la bajamar equinoccial ordinaria en estas costas atlánticas, pero a veces las aguas bajan dos metros más y ya podéis colegir cuándo.

—Sí—contesté—, será, supongo, en aquellos equinoccios en que el nodo ascendente o descendente de la órbita de la luna esté ocupado por el sol en el momento del plenilunio equinoccial, cosa que sólo ocurre cada nueve o diez años.

—Exactamente—contestó complacidísimo el buen piloto, viendo que eran entendidas sus enseñanzas—. Pero.., ahí está el toque—añadió.

—¿Qué queréis decir?

—No os voy a hablar de los *espumeros* y *ventolines* que decía mi abuelo—un marino que pelease en Trafalgar y fuése preso por los ingleses—, gentes invisibles que alguna vez a la luz de una luna como ésta se dejan ver y que yo he visto dos o tres veces juguetear entre las rompientes y ocultarse traviesos en las cavernas de los peñascos fronteros tocando sus trompas marinas hechas de grandes caracoles vacíos y siguiendo con sus cabelleras de algas la estela de los buques. No os voy a hablar, no, de cómo, cabalgando ellos unas veces sobre la cresta de las olas, van a sus fiestas nocturnas, sobre todo, la de la noche de San Juan, o sea mañana, cuando ya las tempestades que los aterran, no menos que a nosotros, no son ya de esperar, y en las que sucumbirían sino les ayudasen a volver a la costa los amables *ventolines*, cuyas alas de gasa los traen y llevan a su capricho envueltos en jirones de niebla. Quiero revelaros únicamente, por saber ya que es usted persona digna de ello y gran amigo de nuestro Don Antonín de Miranda, un secreto que yo sé, y casi ningún otro en el mundo sabe, a no ser quizá ese señor que lo sabe todo.

—¡Decid, que soy todo oídos!

—Pues es el caso que cuando todas las circunstancias que habéis dicho concurren en la marea equinoccial, la marea desciende durante sólo media hora a unos catorce a lo más dieciséis metros del nivel de la pleamar el tal bajo de *Loxanín* o para mejor decir de *la xana* o *xanina* marítima que vigila como una diosa por este promontorio sagrado del Cabo Vindio y deja en descubierto la entrada de un hermosísimo palacio marino, pero, ¡ay del infeliz botero que atraído y engañado con aquella maravilla se aventure a acercarse y penetrar aguas adentro por aquel encantado pórtico!... Puede contar con *que no lo cuenta*, pues, por poco que se distraiga,

© Biblioteca Nacional de España

él y su bote, con el alza repentina de la marea, quedarán aprisionados dentro y se estrellarán contra la bóveda que corona dicha cripta.

—Lo aseguráis de un modo...

—Como aquel que habla por haberlo visto.

—¿De veras?

—Como lo oís. Era yo un muchacho de veinte años, y con esa temeridad rayana en la locura que a esa edad caracterizar suele, me metí en un bote con otro compañero por la boca de la cripta. Pero si tardamos cinco minutos más en salir, allí hubiésemos quedado, porque la marea subió en seguida y la bocana aquella quedó cerrada hasta otro momento análogo de diez años después.

—¿Pudistéis ver algo dentro?

—No tuvimos tiempo de ver más que el que la caverna se engrandaba y fosforecían allá dentro en la obscuridad unas lucecitas movibles como de almas en pena. También recuerdo haber visto en una como chapa de oro que encima brillaba con el reflejo de las aguas un sello como otros que viese yo en la India cuando era piloto en el *Darmstadt*. Se parecía a un ochavo moruno.

—Y, apropósito, ¿sabéis de una leyenda de Cudillero en la que se cuenta que hace cerca de treinta años un hombre fantástico se embarcó con dirección a Irlanda en una noche de luna como ésta y en un esquife no menos fantástico con una vela blanca y negra?

—Señor. No sé qué decirle. A mí me pareció ver una cosa así cierta noche en que cruzaba aquende la ría del Nalón, pero no estoy seguro de que no soñase. Quien debe saber de esto son tres solas personas en el mundo: el Señor de Miranda, el farmacéutico de Cudillero y el noble prócer Don Hermógenes de Fae y Bentivoglio, que en Peña-Aullán habita.

No pudo decir más el bravo piloto, porque la ronda del capitán se acercaba, y yo, para no cometer inconveniencia permaneciendo allí, descendí al camarote tratando de dormir hasta que llegase el día. Dormir, no; sino soñar con todos aquellos encantos que mi exacervada imaginación me había ido representando a la luz de la luna bajo la mágica palabra de aquel lobo marino que recordaré eternamente por sus revelaciones maravillosas, alguna de las cuales omito, porque por grande que sea la credulidad del lector, no llegaría nunca a ser por él creído.

© Biblioteca Nacional de España

XII

El escondite de Cu dillero.—El más singular de los alijos de contrabando.—«A lluecas tapadas».—Un alquimista de los tiempos modernos.—El retiro del sabio y la «Grieta del Azufre».- Un personaje de Swiff.- Un discípulo de Frassinelli.—El Oro y el Sol.—Pater Omnipotens Aether.- El *prana* solar y el *prana* terrestre.—Catabolismo alquímico de la Naturaleza.—Un émulo de Sendivoxius.—«Sal, azufre y mercurio».—Biología alquímica del organismo terrestre.—La Scenopegia macabea.—Las obras de Alderete.—Curiosa manera de consultar los libros de la Biblioteca Nacional.- Prodigios sobre prodigios.- Mi primera lección ocultista.

Dormí intensamente, aunque por pocas horas; durante mi sueño habíamos doblado el Cabo Vindio con su célebres bajos de Loxanín, exornados por la leyenda del piloto, y pasando frente a la monísima *Concha de Artedo*, que deploré sinceramente no haber visto, embocamos hacia el escondido Cudillero, antiguo refugio de normandos y de contrabandistas, que no pudimos ver a la luz ya del alba, hasta que estuvimos materialmente junto a su minúsculo puerto, que no daba calado bastante casi para nuestro voporcito.

Habíamosle tomado tanto gusto al viaje marítimo, en el que uno anda con la casa, sin moverse no obstante, que casi iba a suplicar a nuestro jefe Miranda que me permitiese seguir costa adelante, hasta Avilés, por lo menos, para ver mejor la barra del Nalón desde fuera por aquellos *Bajos Anuales* de que me hablase el piloto, y sólo renuncié a ello ante la promesa de que sería indemnizado más tarde con una rápida visita a Avilés y su ría.

En aquella madrugada serena, parecíamos piratas del propio Eurico el Rojo, que íbamos a sorprender al pueblo pescador mientras reposaba de sus fatigas, o contrabandistas dispuestos a esconder allí un *alijo*, que *alijo* y no pequeño era el de nuestros herbarios y pedruscos, con la *piedra lunisolar* y mi nunca olvidada *pepita*, que con las otras piedras iban. Digo todo esto porque entramos en la población silenciosos los tres amigos y casi

© Biblioteca Nacional de España

sin que nadie nos viese, o sea, *a lluecas tapadas*, según con feliz frase vaqueira Narcés había dicho, porque eran tantos los amigos que Miranda y él tenían allí, que no nos dejarían respirar así que nos echasen la vista encima.

Por eso nuestro primer cuidado, después de posar un rato en una linda fonda y tomar en ella un militar desayuno, fué el de visitar a la persona más sabia de toda aquella comarca, al farmacéutico Don Augusto Vera y Brieva, el hombre, físicamente hablando, más diminuto del mundo, hasta el extremo de que entre él y Rovés, decía Miranda, que cabía la Humanidad entera en punto a estatura; un mínimo y un máximo de tallas humanas con los que el bueno de Swiff, el creador de Gulliver, no había contado para su inmortal novela. Además, el bondadoso, pero siempre temido Don Augusto, tenía en todas las Asturias la más extraordinaria fama de cabalista y alquimista que hombre alguno, y era el mismo, en fin, a quien *Don Pepitón* aludiese, al hablar del barquito-fantasma que hiciese rumbo a Irlanda, con su vela blanca y negra. Sin duda estaría ya aquel habitante de *Liliput* en disposición de recibirnos a Miranda y a mí—Narcés había pasado, él sabría por qué, a casa de su tía, o quizá a visitar de mañana a los inevitables y consabidos *amigos políticos*—, porque sabíamos que Don Augusto, como buen ocultista, veía salir el sol todos los días.

Calle arriba, pues—la única calle, en verdad, de aquel paradójico pueblo cuyas casitas se alzan aparentemente las unas sobre el tejado de las otras y así en cuatro o cinco líneas hasta lo alto de la serrezuela de la izquierda—, llegamos al fin, a una casa, aislada y pequeña como su dueño, pero infinitamente más alegre que las demás, con la oficina de farmacia a mano derecha, en cuya tabla de despacho, en lugar de los acostumbrados esferoides en rojo y azul que transparentan de noche las luces de la botica, llamó mi atención una enorme gardenia con una flor bastante mayor que la palma de mi mano. Detrás de la casita había un jardín delicioso, con bajos tapiales, cubiertos de hiedra y floridas campanillas, que daban vista a los altos que separan al pueblo de la marina, y a la torrentera que va contorneando al pueblo, hasta meterse parte de ella por la *Grieta del Azufre*, tan picarescamente traída a colación por la esposa de Miranda en apostilla célebre a una carta, grieta que no era en realidad sino un túnel que derivaba parte de aquellas aguas en derechura hacia el mar, sin pasar, como las demás, por el pueblo. El sitio aquel, como es fácil colegir, convidaba al estudio tranquilo, a la meditación y a cierta convivencia con la naturaleza, y más en aquella bellísima mañana en que nosotros franqueábamos sus umbrales, yo pensando en las reveladoras frases de nuestra Blavatsky

© Biblioteca Nacional de España

que dicen poco más o menos: «La Naturaleza tiene lugares escondidos para sus favoritos, los que saben amarla por encima de la vulgaridad de las gentes; y muy lejos, al par que muy cerca a veces de la humanidad, es donde pueden prestarla homenaje y convivir con ella, como nuestros padres lo hacían.»

Recibiónos con toda cordialidad un hombre como de sesenta años, menudo y vivaracho sobre toda ponderación, un hombre que sería un gnomo a no ser la más admirable miniatura, con su cara perfecta y nobilísima, surcada toda de un verdadero laberinto de arrugas, cada una de las cuales reflejaba un dolor, una idea o un sacrificio, laberinto capaz de poner a prueba al mejor pintor de retratos: longitudinales y profundas las unas rayas; trasversas y de finísimo reticulado las otras, arborizadas y oblicuas muchas de ellas. Allí estaban sin duda las rayas fisognomónicas típicas de Júpiter y de Saturno, indicando, saber por estudio las unas y saber por ultra-estudio vivido las otras; amén de la raya de Venus, pero no la Venus Médica, ni la Venus Mylita, ni la Fricatrix, ni ninguna de las otras de que nos hablan los griegos, esos adorables malvados que hicieron arte eterno, quemando una cultura *ario-pelasga*, sino la *Venus afrodita* de una castidad ultra-heroica, propia del más sacrificado cenobita, una castidad en la que se habían transformado en *ojas* u *hojas*, al decir del ocultísimo oriental, todas las potencialidades sexuales inferiores de su *hipófisis* y de su cerebelo. Con sus barba toda plata y su pelo de plata y de oro habría podido servir de modelo para un dije de los orfebres trecentistas y cuatrocentistas; de esos orfebres que no conoce bien ni mal el mundo, porque todos ellos fueran ocultistas que trabajaron en silencio para *un mañana resplandeciente*, ¡ay!, que ni llegó con el siglo XV, ni ha llegado todavía.

Miranda me había hecho, mientras, una rápida semblanza de aquel hombre tan pequeño de cuerpo como grande de espíritu. Aficionado a la Química y a la Botánica desde su juventud, se vió considerado a los veintitrés años como el mejor farmacéutico de todo el Principado. Él salvaba con sus medicamentos estupendos, no incluídos en farmacopea oficial alguna, a los más desahuciados enfermos, y sus preparados arsenicales sobre todo, a dosis y en condiciones tales que a veces se obligaba a firmar las recetas a los pacientes cuando iban a boticas extrañas con ellas, se hicieron célebres por todo lo contrario de lo que célebres también se hiciesen los de Borgias y Médicis. De niño se contaba de D. Augusto, además, que inopinadamente habían echado a arder las ropas del cura mientras le bautizase, y que luego, de mayorzuelo, inmóvil como esfinge sobre los peñascos de la costa, hablaba con *los invisibles*, frente al mar embravecido,

© Biblioteca Nacional de España

y con las *xanas* y *lavanderas* de la comarca en las noches de luna del estío. Hasta en cierta ocasión fué llevado por su alarmadísima familia ante el inolvidable prior de Cangas, el Padre Briones de Soto de los Infantes, temerosa aquélla de que tuviese los *malinos* en el cuerpo el niño, porque en Oviedo, la primera vez que entró en el histórico Monasterio de Santo Domingo, donde había aquel misterioso dragón domesticado que la tradición cuenta, se había puesto a juguetear y como a quererse montar a horcajadas sobre aquel ente imaginario que otro nadie que él veía, y más de una vez en su casa, cual antaño en Rochester, los muebles se habían puesto a danzar sin causa aparente, al él aproximárseles, y se habían escuchado unos golpes raros todo a lo largo de los muros. Aquel santo Varón de Dios, del Padre Briones, en lugar de exorcizar aparatosamente al chico, como otro habría hecho, llenándole de terror, reprendió severamente a la madre por su cobardía, mientras que, amoroso y solemne, le decía al niño:

—¡Sigue, sigue, hijo mío, tu senda de estudio y de virtud, y no temas jamás por cosas que están por encima de la comprensión ordinaria, y en cuya producción inconsciente tú no tienes culpa!

Así que—terminó Miranda—tras unos amores desdichadísimos, que podrían dar argumento para una gran novela, y en los que no jugó poca parte su ínfima estatura, este hombre extraño sepultó su juventud en Cudillero, de donde no se ha movido luego nunca, mas que para acompañar dos o tres veces, que se sepa, a nuestro Frassinelli, y aprender de él, al decir de las hablillas de las gentes, el lenguaje de los animales, que cuentan poseyese Frassinelli a maravilla no se sabe cómo.

Sorprendimos al alquimista junto a una mesita de piedra de lumaquelas de Covadonga, que tenía en el jardín con unos viejos infolios encima, infolios a los que aludió varias veces en el curso de su conversación con Miranda acerca de múltiples problemas de ocultismo y alquimia. Aquellos dos verdaderos sabios se habían enfrascado, a poco de la llegada, en una conversación de tal altura, que más de dos veces no alcanzara a comprenderlos. Sólo recuerdo que el *Gulliver* de Cudillero decía:

—Sí, este autor español del siglo dieciséis tenía razón en afirmar que el elemento de la vida universal o *prana*, nos viene de los rayos del sol, corazón prodigioso del sistema que refleja en sí la transcendente e invisible luz, luz negra por ultraluminosa, de los otros tres soles superiores que, por llamarlos de algún modo, los llamamos *Sol ecuatorial, Sol polar* y *Sol central* en Oriente. De los rayos solares hay, pues, que aprender a extraerle a este verdadero y único *Elixir de la Vida*.

© Biblioteca Nacional de España

—Podéis hablar con toda confianza, pues este señor es de los nuestros—observó, bondadoso, Miranda.

—A él le diré, pues, dado que usted bien lo sabe ya hace tiempo, que en el origen de cada universo el Movimiento perpetuo se convierte en Aliento, del que procede la Luz primordial, en cuyas radiaciones se manifiesta el Pensamiento-Eterno, oculto en tinieblas, y que llega a expresarse en la Palabra o *Mantra*. De esta Palabra Inefable surge el Universo a la existencia. La Vida imperecedera es, pues, el Movimiento equilibrado por alternativas manifestaciones de la Fuerza; pero este Movimiento está muy por encima en sí mismo de las Fuerzas operantes en que alternativamente se manifiesta. La Materia, es Substancia primordial tan sólo en los comienzos de cada nueva reconstrucción o manifestación del Universo: es el *Akasha* primitivo, el *Pater Omnipotens Aether* de los antiguos, y su grado más grosero e inferior, aunque el más alto sin duda para nosotros los hombres, es ese rayo de sol blanco y puro que recibimos; *prana*, aliento universal de todo cuanto en nuestra Tierra vive y palpita. Este rayo de Sol —continuó, ya enardecido, aquel sabio, cuya estatura, a medida que iba hablando parecía agigantarse—, lo es todo para nosotros. Él tiñe con su nítida blancura del alba la más alta capa atmosférica, rompiendo las negruras de la noche y dando vida ya allí a seres hiperfísicos; él luego tiñe en violeta las primeras nubes de la lontananza, por Oriente, y aquel su violeta inicial va insensiblemente pasando a púrpura, a rojo vivo, y, en fin, a *oro*, al primer *oro* de los cielos, que forma su regio trono al punto de ir a asomar la redonda faz del astro por el horizonte... Las nubes entonces son, durante unos momentos, *de oro* puro. Luego, estas mismas nubes se disipan ante la amorosa caricia de su calor fecundo y el áureo rayo incide directo sobre la Tierra, quien, ansiosa de su fecundidad, le recibe con los infinitos joyeles del rocío que la madrugada depositase en las hojas más gallardas como en la más humilde y tímida hierbecilla... El hombre que ese matinal rocío pise con sus pies desnudos, recibe con su contacto el *prana*, la fuerza vital empezada a aprisionar en el rocío, bajo la caricia del dorado rayo, que es más que oro para la higidez y alegría de su organismo. El rayo sigue calentando luego a la tierra a medida que avanza el día, y al evaporar los diamantes del rocío, satura la atmósfera con sus frescuras, con el *oro* y más que *oro* de su *aura*, dando vida a las tráqueas, bronquios o pulmones sedientos de las plantas, de los animales y del hombre... Cae ya directo e intenso después el rayo sobre el suelo, y las raíces vegetales, sintiendo la caricia de su *prana*, restauran sus vigores, al activar, mediante él, las acciones químicas que ellas operan en el seno de los flúi-

© Biblioteca Nacional de España

dos del suelo, por el hálito del rayo de sol, sobreexcitadas. Excitada también la clorófila de las partes verdes, *verde hemoglobina* que es la propia sangre de los vegetales, ellas inician, a su vez, sus reacciones reductoras de aldehidos que pasan a azúcares, de azúcares que son *oro respiratorio* en los organismos superiores y de los que salen luego, por desdoblamiento, esos alcoholes prodigiosos del catabolismo vegetal, que en vano se han querido substituir con esotros procedentes de las fermentaciones vínicas o de las destilaciones más funestas... El divino rayo solar penetra también en el seno de los mares, dando vida a cuantos seres en el mar habitan, y penetra, asimismo, en el aun más profundo seno de la tierra, queien, si bien es opaca para sus rayos actínicos, no es sino absolutamente transparente para los otros rayos infra y supraluminosos, que se abisman hasta lo más hondo de sus entrañas. Allí ya, en los nitratos y cloruros nada conocidos en su acción alquímica aunque otra cosa se crea por la química contemporánea, encierra el *prana* de su fecundidad, que sólo puede ser extraído después por el alquimista, genuino conocedor de tamaño secreto con el que, en una Humanidad mejor y menos egoísta, podría revolucionarse todo el planeta, aportando de nuevo la *Edad de Oro* para los hombres... Y, en fin, almacenado el sobrante de las solares energías, menos conocidas ya aun para el mejor de los alquimistas, sufren el rayo de sol el más supremo, el más prodigioso metabolismo, transformándose en oro, en *oro puro*, en el núcleo de la Tierra, en ese mismo oro que, aflorado hasta la superficie por los trastornos geológicos de otro tiempo, es luego entre los mortales el más perfecto símbolo de la Fuerza y el más poderoso despertador de las actividades cuanto de las pasiones más funestas de los hombres, de esos hombres que aman el oro y no conocen *el verdadero y único oro real de la virtud sin mancha;* que venden por el oro material, el Oro de su riqueza intelectiva y de esotras facultades superiores, únicas capaces de darle, como a un Dios, la posesión de todos los poderes de la Tierra, que a la Magia Natural se rinden sumisos...

Miranda escuchaba aquella celeste catarata de ideas del alquimista, cayendo del empíreo al abismo y retornando titánica del abismo al empíreo, con el más religioso de los respetos, estimulándole con la mirada a seguir, como, en efecto, lo hizo, añadiendo:

—De la famosa trinidad de la *sal* ya dicha; del *mercurio* o agua y del *prana* o *sulphur*, deriva por entero la Alquimia, pero vano intento será el de querer obtener ni el *Disolvente universal*, ni la roja *Piedra filosofal*, ni el augusto *Elixir de Vida*, por otros medios que por el propio sacrificio de las pasiones inferiores todas, y de ese ego animal que todos lleva-

© Biblioteca Nacional de España

mos en nosotros. Semejante *Alquimia* no significa otra cosa sino la reforma radical de nuestra mente turbulenta, hasta llegar a reflejar, cual se refleja el cielo en las tranquilas aguas del lago, las realidades de los Mundos Superiores, que marchan a las alturas del Adeptado. Este mismo autor español que aquí tenemos, a pesar de haber obtenido una *medicina universal* según decía, deja traslucir al final de su libro su fracaso material en cuantas pesquisas practicara para obtener en sus retortas una Piedra Filosofal que sólo puede obtenerse en la Retorta Interior de nuestro sér, cuando ya se ha cumplido antes con aquel incomparable precepto del librito ocultista *Luz en el Sendero* que dice: «Antes de que los ojos puedan ver, deben ser incapaces para llorar; antes de que el oído pueda oír, tiene que haber perdido la sensibilidad; antes de que la voz del discípulo pueda hablar en presencia de los Maestros, debe haber perdido toda potencialidad de lastimar o herir...; antes de que el alma pueda erguirse en la presencia de Ellos, es indispensable que los pies que caminan por el Sendero se hayan lavado en la sangre del corazón.» A ello, y no a otra cosa, se refería el incomprendido Sendivoxio en su *Diálogo entre Sulphur y el Alquimista*, aludiendo a ese corazón siempre activo de la Tierra que al astro hiciese pasar bajo la acción del *sulphur* solar, de luminoso sol condensado a expensas de su anillo nebuloso, a planeta obscuro cual hoy le conocemos, y esta nuestra *Madre-Bhumi, Vaca nutridora* o simplemente *La Tierra* y el Espíritu Planetario que a la Tierra preside, dan a cuantos seres parasitariamente en la Tierra habitan, el *prana* vital que del sol ha recibido ella determinando así una Biología transcendente de la que ni una palabra conocen todavía nuestros más sabios académicos.

—Entonces—observó respetuosamente Miranda—, esa *Biología alquímica*, de la que la Astronomía moderna no es sino un como ensayo de celeste Anatomía, presupone un continuo cambio vital entre astro y astro y también entre cada astro y el medio sideral en el que, con su rotación y translación continuas, el astro entra como a tornillo, y semejante cambio vital supone en la Tierra, como organismo vivo, verdaderos fenómenos de alimentación y respiración por el *prana;* de asimilación del *quimo-prana* elaborado en sus entrañas mismas, y hasta de secreciones, que muy bien pueden dar lugar a esos fenómenos electromagnético-vitales de las auroras polares, ya que los sistemas nervioso, sanguíneo y linfático del planeta están dados respectivamente por sus corrientes electrotelúricas; por el circular *arterial* del vapor de agua del mar las nubes y el *venoso* de las fuentes, arroyos y ríos hasta el mar, sin contar con fenómenos como las caídas meteoríticas, continuo alimento del sol y de la tierra, y con otros

© Biblioteca Nacional de España

fenómenos como los de las mareas, por las que las aguas de los mares terrestres, en diario latido de *sístole* y *diástole*, pretender quieren, aunque en vano, retornar hacia esa misma Luna que las diese origen.

—Nada más cierto—replicó el sabio alquimista—, y esa misma oleada de entrada del *sulphur*, o fecundo hálito vital del Sol, en el cuerpo o masa de la tierra, y la oleada recíproca del *sulphur* solar ya transformado en *sulphur* terrestre, a nada es comparable mejor que a la entrada del oxígeno puro en el pulmón y a la salida de este mismo oxígeno transformado en anhídrido carbónico y vapor acuoso, porque la vida entera de nuestro planeta no es sino una especie de *hematosis* o combustión interorgánica, por virtud de la cual las *oxidasas* y *reductasas* constituídas por cada sér vivo, de sus profundidades o de su superficie, transforman de mil maneras el primitivo *prana* o *sulphur* recibido, bajado del Sol a la Tierra, y devuelto, ya secretoriamente transformado, al espacio. La teoría alquimista de los manantiales de altura se explica también por el vapor de agua que sube de las profundidades por verdadera transpiración terrestre y que luego se condensa, gracias a ciertas sales intermediarias, en forma de rocío, o al modo de sudor en los animales superiores y en el hombre, y de aquí también sus propiedades radioactivas. El fenómeno de la Scenopegia o *día del fuego* hebreo no tiene tampoco otra explicación posible.

—Perdonad, señor—me atreví a preguntar lleno de curiosidad a aquel prodigio—; no sé en qué consiste el fenómeno que decís.

—El capítulo primero, libro segundo de los Macabeos, nos enseña —contestóme el Señor Vera con paternal afecto—que, después del triunfo de Nehemías sobre Antíoco, se procedió a celebrar con toda solemnidad la Scenopegia, o sea la preparación del nuevo Fuego Sagrado purificador, tras la restauración del Templo, y nos añade que cuando los antepasados hebreos fueran llevados cautivos a la Persia los sacerdotes tomaron ocultamente fuego del altar; lo escondieron en un valle en donde había un pozo profundo y seco, y lo guardaron allí, sin que nadie supiese el lugar. Luego, cuando fueron pasados muchos años, el rey persa envió a Nehemías y a los nietos de aquéllos para que lo buscasen, pero no hallaron sino un *agua crasa*, una especie de pasta negruzca. Nehemías ordenó que fuése ésta sacada, y con ella roció las víctimas propiciatorias expuestas sobre el altar; y al descubrirse el Sol tras unas nubes e incidir un rayo sobre aquella substancia, se produjo por ella un gran fuego que consumió las víctimas, y después hasta hizo arder las piedras mismas sobre las que se echase. El rey persa, maravillado con todo aquello, mandó erigir en conmemoración un nuevo templo.

© Biblioteca Nacional de España

—Todo ello es admirable—dijo Miranda—e incalculables son las consecuencias que pueden deducirse, hasta el punto de que todas las ciencias podrían ser definidas en función del *prana* solar, diciendo, verbigracia: «Química agrícola es el arte mágico de atrapar el *prana* solar y ligarle con el *prana* terrestre»; «Mecánica aplicada es arte mágico de utilizar hoy el *prana* solar almacenado hace millones de años en las plantas fósiles del terreno carbonífero y utilizar mañana la fuerza de las olas, del viento, de las corrientes telúricas, de la electricidad atmosférica, etcétera»; «Higiene médica, es el arte mágico de poner nuestro sistema físico, intelectual y moral en perfecta sintonía con el *prana* solar-terrestre del que vivimos»; «Higiene social es este mismo arte aplicado a la vida de los pueblos», *«et sic de coeteris...* La gallina del cuento que tropezó con la pepita de oro en el muladar no pudo dar a ésta sino el valor de metal, que es como no darle ninguno. El hombre, sobre el valor efectivo del oro como elemento metálico dotado de preciosas aplicaciones industriales, le ha adjudicado, además, un valor psicológico como medida o patrón de los valores; un símbolo astral del humano esfuerzo y no pocas, ¡ay!, de la humana perfidia; por su belleza, por su color, por su brillo, por su gran densidad, por su ductilidad, maleabilidad, etcétera, es, en el reino mineral, el prototipo de lo perfecto, de la energía cósmica en su grado máximo de entropía o *de sacrificio*. El Adepto y el Oro, en esta última y más alta acepción, son una cosa misma. Pues no es, como dice Blavatsky, el fabricar el oro la *Opera Magna*, sino el hacerse uno a sí propio *Oro divino*, o sea uno con Él, con el Logos Planetario o Espíritu del Sol que vibra en el fondo de todo cuanto existe...

—A todo esto, señor—dije dirigiéndome respetuoso al alquimista—, yo no me he atrevido a preguntaros qué obras son ésas a que os referís desde el principio y que tenéis sobre la mesa. ¿Sería yo imprudente si...?

—¡De ningún modo!—se adelantó a decirme aquél—; ved las tres obras cuyas repectivas portadas rezan: *Explicación de las profecías de San Malaquías, de acuerdo con las de San Vicente Ferrer sobre la sucesión de los reyes de España; Filosofía cristiana y Medicina universal con las objeciones y respuestas del Agua de la Vida*, y la tercera, *Defensa de la Astrología y Conjeturas de la secta mahometana*. Estas, pues, son las célebres obras de Luis de Alderete y Soto, alquimista del siglo dieciséis y alguacil mayor, al par, de la Santa Inquisición de Granada.

—Señor—le dije entonces lleno de extrañeza—, yo he visto estas mismas obras, y hasta juraría que estos mismos infolios, en la Biblioteca Nacional de Madrid, paseo de Recoletos.

© Biblioteca Nacional de España

—Sí—dijo naturalísimamente Don Augusto, cambiando con Miranda una sonrisa de inteligencia—; ved, en efecto, si reconocéis esta signatura y estos sellos.

Me pasé entonces la mano por los ojos como si soñase, porque en los tres legajos había leído efectivamente la signatura: Indice 26. N. M. número 3.125. La misma que en la Biblioteca Nacional tenían los preciosos mamotretos.

—¿Dónde estoy?—me preguntaba a mí mismo—. ¿Estaré siendo juguete de una aberración, de una fantasmagoría, o este sér, tan diminuto en lo físico, como inconmensurable en lo mental, tiene más astucia que mil Serlock Holmes juntos?

Y pensando así, advertí que el librito de mis apuntes, que yo pusiese momentos antes sobre mis rodillas, había desaparecido.

Inquieto, comencé a buscar con la vista por todos lados, hasta que, al fin, el Señor Vera me dijo con palabra que pareciera más bien puñal bruñido penetrando en mi corazón:

—¡Buscáis vuestro cuaderno, acaso? Perder un buen cronista su cuaderno, es casi perder la brújula... ¿Cómo sin él vais a poder estampar vuestros *certeros* juicios?

Un rubor intenso coloreó mis mejillas. Sentí vergüenza y asco de mí mismo, como si por vez primera me hubiese visto por dentro con los defectos y faltas todas de mi vida; y gustoso me habría arrojado a sus pies en demanda de perdón, si mi amigo Miranda, con una mirada de severa reconvención, no me hubiera contenido.

—Sabiendo que veníais, *he traído* estos libros para mostrarle a mi *dilecto* Miranda el sentido literal e ignorado que encierran las frases del autor acerca del elemento universal de Vida y que...

Yo di un salto como si acabase de tocar una batería eléctrica: allí mismo, del ámbito perfumado del jardín, con luz de un día de Junio, vi bajar del espacio, cual una mariposa grande que se me posase encima, mi libro de apuntes, sobre el que, sin caerse, aparecía el lápiz oblicuamente, puesto de punta.

—Ahora me permitiréis hablar un instante, aparte, con el señor Miranda—añadió Don Augusto—, porque tenemos pendientes algunos pequeños asuntos.

Iba a retirarme respetuoso hacia el fondo del jardín, cuando me detuvo este último, diciéndome:

—No, no es necesario que os alejéis, podéis entreteneros con los libros de Alderete, mientras.

© Biblioteca Nacional de España

Y se puso a hablar con Miranda en una lengua de acento bien extraño, lengua que parecía más bien de Oriente; algo así como una música. ¿Sería, acaso, el propio y sagrado Zenzar, el origen del celeste sánscrito?

Semejante conversación no duraría cuatro minutos. En ella se mostraba Miranda deferente y sumiso hacia aquel hombre, como si fuése discípulo del mismo, y no sé por qué me parece como si el nombre del Alemán de Corao, jugase en la conversación, entre referencias, a los libros de Alderete. Al cabo, Don Augusto nos invitó a tomar algo y a dar una vuelta por el laboratorio, donde nada vi que pudiese extrañarnos, fuera de lo habitual en tales sitios, nada de lo que las gentes necias suponen en los laboratorios de los doctores Fausto más o menos auténticos.

Pero algo, y no de laboratorio, puso en tensión mis nervios, ya de suyo excitadísimos, y fué que el sabio consultó su reloj, y, como la cosa más natural del mundo, dijo alto, con la indudable intención de que yo le oyese:

—Son las nueve y cuarenta y cinco, y a las diez se abre la Biblioteca...

Y diciendo esto metió los infolios de Alderete, que consigo había traído, en una cámara o estufa de desecación, que yacía aislada en medio de la marmórea tabla del laboratorio, y cerrando, aunque sin llave, la portezuela, dijo dirigiéndose a mí:

—*Oni soit qui mal y pense...* ¡Volvamos las cosas a sus dueños y a su sitio!

Y otro instante después, la portezuela de la estufa se abría por sí misma, dejándome ver la patina de su fondo y paredes:

¡Estaba, ya, perfectamente vacía!

. . . . . .

Al despedirnos aquel discípulo de Paracelso y Van Helmoltz, paternalmente a mí, y fraternalmente a Miranda, me dijo dándome un golpecito en la cara, que bofetón de mi confirmación teosófica me pareciese:

—Y otra vez, gran pícaro, pensad mejor, como hacer deben los sinceros discípulos que, en la maya de la vida, no siempre son las cosas aquello que parecen.

Yo le di las gracias a aquel Maestro, más que con palabras, con el corazón y con los ojos.

Tuve y tendré, en efecto, lección para lo que me reste de vida.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

© Biblioteca Nacional de España

TERCERA PARTE

HACIA EL BORDE DE LA SIMA

I

Recuerdos del alquimista.—Una visita a la Fundación de Selgas.—El palacio de El Pito y sus preciosidades.—Una visita al mar por la Grieta del Azufre.—No aparece señal alguna del tesoro.—*Espumerus*, *ñuberus* y *ventolines*.—El himno de Miranda a los védicos *maruts*.—Las danzas de la noche de San Juan.—*Perlindangos* y *ten-perendengues*.—Añoranzas de la Danza Prima.

Aquella hermosa tarde que siguiese a la memorable entrevista nuestra con el alquimista de Cudillero, Miranda me había invitado a que visitase con Narcés el palacio y fundación de Selgas en el vecino pueblo de *El Pito*, mientras él evacuaba acaso otras diligencias de índole ocultista con aquel sabio maestro del Liliput astur.

Así lo hicimos, y a las dos de la tarde, cosa que en Junio sólo puede hacerse en Asturias, arrancando al gran *Don Pepitón* de las garras de sus admiradores y amigos políticos quienes desde bien de mañana no le daban tregua ni descanso con sus visitas, remontamos como cosa de dos kilómetros por la carretera que hacia San Esteban conduce.

—El palacio de *El Pito*—me decía Narcés—es todo un monumento en arte y en riqueza. Los señores de Selgas han hecho de aquellos maizales un emporio de preciosidades artísticas, atesoradas, con el esmero de un sabio y la esplendidez de un Creso, por el ya célebre Don Fortunato de Selgas: el Mecenas asturiano, que ha dado a este pueblo una fundación escolar que es de lo mejor de España. ¡Qué diferencia entre este hombre moderno y aquellos de otros tiempos en que los ricachos de San Juan y

© Biblioteca Nacional de España

Santa María de Piñero, de allá atrás, frente a la marina, ponían pleito a Cudillero para que no fundase su iglesia independiente, o de aquellos otros feudales tiránicos que prohibían encender luz y fuego antes de que lo hiciese el señor!

—Efectivamente—convine—que no todo es malo en la moderna plutocracia, suplantadora ya de nuestra aristocracia de sangre, sobre todo en Asturias. Aunque no fuera más que por eso habría que bendecir mil veces a esa riquísima América, que parece la encargada de redimirnos.

Pronto nos vimos en lo alto de la carretera, en una amplia meseta que nos presentaba a la derecha una iglesia moderna, con una Virgen en su frontispicio y a la izquierda los edificios escolares a los que Narcés había aludido. Allí no faltaba nada de cuanto pueda exigir la mejor pedagogía en punto a mapas, aparatos, libros, carteles y demás elementos del material escolar más perfecto. Físicamente nada más podía pedirse, y la alabanza más leal brotó de nuestros labios. Pero, no sé por qué, yo, que empezaba hacía unos días a sentirme telépata, y pese a la estricta enseñanza científico-religiosa allí dada, creí advertir allí dentro ese mismo frío moral que, ¿por qué ocultarlo?, se advierte en los más opulentos centros de su índole... La santa y divina Imaginación, alma de la magia natural y vida de los hombres mismos que de ella maldicen sin embargo, parecióme no menos alejada de aquel centro que de otro. Claro que hablo de un modo simbólico, porque estas cosas no pueden ser sentidas y explicadas sino por artistas a lo Ruskin, rebeldes desde luego al amanerado y prosaico yugo actual, lecho de Procusto en el que la verdadera Religión y la verdadera Ciencia yacen aherrojadas en nuestro siglo.

Recorrimos gustosos todo el extenso parque, que nada tendría que envidiar al Parque del Oeste o al Retiro madrileños, y el palacio, al que subimos por amplia escalera, que tras una gran terraza nos franqueó la entrada con tres puertas de aquella construcción moderna que, con sus tres pisos y cinco huecos por piso, recuerda los macizos edificios de la época de Carlos III.

Dentro no tenían cuento las preciosidades. El salón de tapices con sus muebles de época, que parecía la antecámara de un trono; las colecciones arqueológicas, verdadero museo astur, en el que había para estudiar no poco, sobre todo en la sección de Prehistoria, que es una de las especialidades de Don Fortunato. Ya en los jardines, nos pareció que estábamos en La Granja o en Versalles, recordados por su gruta, su *acuarium* y sus árboles exóticos, sin contar con la ventaja de un panorama sobre el mar que igualaba o superaba a los más ponderados de la abrupta costa cantábrica

© Biblioteca Nacional de España

en los que mar y montaña, bosques y poblados se aunan para darnos un trasunto fiel de los paraísos del ensueño. Frío y tristón, casi escorialesco resultónos, en cambio, el panteón de familia y su templo.

—¿Qué os ha parecido el conjunto, en suma?—me preguntó Narcés cuando hubimos salido.

—Cuerpo hermosísimo. Espíritu discutible..., como el de tantas otras cosas que hoy deputamos por supremas en nuestros días.

En las primeras casas del pueblo, al regresar a Cudillero, nos esperaba Miranda, quien, al exponerle Narcés con extrañeza el juicio que poco antes había emitido, le completó diciendo:

—Sí; aunque hay hoy día gentes muy generosas, muy bien intencionadas y muy buenas, nuestra piedad moderna no me sabe a Piedad, ni a Ciencia su ciencia, ni a Belleza lo que por bello tenemos. Hemos caído muy hondo sin que lo advirtamos y aún caemos más y más hacia el abismo...

Lejos estaba de sospechar que dos años después una guerra espantosa, sin precedentes en la historia de la Humanidad, confirmase la predición de Miranda el intuitivo.

Ya en el pueblo, tomamos por una calleja de cercados que era más bien el borde de la torrentera, y, tras un viejo puente lleno de hiedra y malezas y unas casucas misteriosas por bajo de las bardas del jardín del alquimista, penetramos en la ponderada *Grieta del Azufre*, caminando, a lo largo de estrecha acera a cuyo lado corrían las aguas, un buen trecho en la obscuridad de aquel túnel artificial que nos desembocó frente por frente del mar, en una de las playas más austeras y solitarias que por el Cantábrico he visto. Después de empaparme un rato en aquella serenidad de cielo, mar y rocas, que hablaban con místico lenguaje a mi espíritu, me puse con la mejor voluntad del mundo a registrar los peñascos de la costa y hasta llamé a un pobre pescador que apareció con su bote allá lejos.

—¿Qué váis a hacer?—me interrogó alarmado Miranda.

—Me extraña que me lo preguntéis—repuse—. Puesto que este socavón y no otro debe ser la *Aliata transforacione inveniente* que reza la primera indicación del documento del tesoro, busco por aquí la señal que me lo confirme.

Narcés, al oirme, soltó la más franca de las carcajadas homéricas, mientras que Miranda me decía sonriendo ante mi fe, pero sin hacer por acompañarme en mis pesquisas, cosa que no pudo menos de extrañarme:

—Tenéis razón en creer que en este Cudillero está el primer jalón de nuestras pesquisas, como lo muestran las palabras aquellas del documen-

© Biblioteca Nacional de España

to, que dicen: «Frente al mar, más allá de las bocas del Nalón y a su izquierda, junto a la perforación aconsejada, encontrarás el principio»; porque ésta es, efectivamente, la perforación que el compasivo *maestro de los Montes Herbáceos* aconsejó en vida al vecindario que la hiciese para acabar con la epidemia tífica que, merced al estancamiento de estas aguas junto al puerto y por bajo de la iglesia, amenazó en mil ochocientos y tantos, con ir a acabar con su laboriosa población pescadora. Derivadas así por el Ayuntamiento las aguas de la torrentera años después, mediante este desagüe, Cudillero es, pese a su poco sol y aún deficiente limpieza, una de las poblaciones más sanas de Asturias. Pero—añadió—... No os debéis molestar demasiado, creo, en buscar ni roca ni piedra alguna, otras señales más ostensibles, porque...

Yo, sin embargo, terco y quizá algo materialista, como buen extremeño, pese a mi teosofía, no acepté el consejo, y me di una buena de buscar por todo aquello, entre las *pullas* de Narcés y las inexplicables sonrisas de Miranda; y como no podía renunciar a mi primera idea de que el documento se refería muy claramente a señales ostensibles, no dejé rincón de por allí sin revisar y aun me di mi correspondiente paseo en bote por los peñascos aislados hasta entrar por mar en el puerto con mi Caronte, mientras que mis dos amigos cortaban por tierra. La fotografía que a contraluz crepuscular me hiciese entonces Miranda, no tiene desperdicio.

—Qué, ¿y la señal?—me interrogó con sorna Narcés el terrible—. ¡Como no hayáis encontrado alguna estrella de mar, algún calamar seco, alguna medusa o *tritón astral*, de esos en los que dice creer Antonín...!

—¿Cómo; hay *tritones* de esos por aquí?—pregunté a Miranda—. Habladme de ellos aunque sonría este escéptico.

—¿Y por qué no ha de haberlos?—replicó Miranda—. Si la *xana* o *chana* es la *naya* o *náyade* grecorromana que vela por la pureza de la fuente y de sus límpidos cristales, cual la *nereida* lo hace por los torrentes y ríos, por fuerza ha de encontrarse en nuestra Asturias el equivalente mítico de aquellos traviesos *tritones* marinos que, cantando himnos heroicos, acompañaban al carro del dios Neptuno tirado por marinos caballos, o entonaban sus endechas muellemente amorosas en derredor de la incomparable *Venus Anfitrite*, cuando la diosa, radiante de hermosura y acompañadas por las tres Gracias y por Cupido, el dios del Deseo su hijo, iluminaba, con los efluvios de la más amorosa magia, la llanura inmensa de los mares y las blancas velas de los navíos. Estos entes singulares son los *espumeros*, de los que os hablé el otro día.

© Biblioteca Nacional de España

—Sí, pero os quedasteis sin decirnos nada de sus amigos y auxiliares los *escolares* y *ventolines*.

—Los *ventolines*, como dice Jove, son los *céfiros* de la mitología, cuyas alas, al rozar con las olas, levantan esas neblinas blancas y transparentes a través de las cuales suelen verlos los niños. Otras veces vuelan ellos tierra adentro, sacudiendo sobre los surcos sedientos sus alas empapadas de rocío, y de noche hasta penetran ellos en las casas, y si alguna doncella enamorada suspira por su amante ausente, ellos recogen, cuando todo duerme, esos suspiros que, a través del espacio, son llevados por ellos hasta donde el afortunado doncel yace pensativo. «Los *ventolines*, pues, son las divinas *Auras* grecorromanas; la hueste colectiva encargada de llevar, del uno al otro confín» todo efluvio amoroso, efluvio que algo tiene de *hálito divino*. *Ahura-maya*, el primer astrólogo atlante, fué tambien el primer brujo bueno que aprendió a dominar a estas y otras potencialidades del aire, y por ello fué después venerado por los iranios bajo el nombre simbólico de *Ormuth*, *Oromaces* y *Ahura Mazda*. *Auras* y *ventolines*, también son esos pícaros entes traviesos que enredan por el mundo las madejas de amor más dramáticas, por encima de las rutinas y tiranías sociales, haciendo exclamar a la demopedia castellana aquello de «¡Amor loco: yo por ti y tú por otro!» *Auras ventolines*, en fin, son los personajes más inevitables en multitud de cuentos de *Las mil y una noches*, cuando astralmente llevan la bella princesa china o inda a los enamorados brazos del príncipe parsi o muslín, obligándole luego a penosísimos éxodos físicos hasta poder encontrar aquel ensoñado objeto de su amor, que le recompensa de todas sus pasadas amarguras en un cielo de felicidad, como no puede haberle igual en la tierra. Un *ventolín*, suave e invisible también, fuera la forma que adoptase el divino *Heros* para unirse a su esposa *Psiquis* en el maravilloso cuento de Apuleyo *El Asno de Oro*. Un aura es la forma adoptada asimismo por la diosa *Inspiración* cuando posa su fresca mano piadosa sobre la caldeada frente del artista que la invoca para sus creaciones, y *ventolines* y *auras* son las avanzadas precursoras del Hada Primavera y los compasivos seres que, desde las quebrajas de las rocas, descienden bajo el follaje de los árboles y las orillas del arroyo, mitigando los ardores caniculares y consolando al hombre de la amargura del vivir...

—Y los *ñuberus*, ¿qué son?—añadí.

—El *ñuberu* para Jove, Uría y otros mitólogos, es el espíritu de la tempestad. «Mora en las cumbres más elevadas de nuestras montañas, y en los más agudos picos se sienta a esperar el paso de las nubes, cuando no

© Biblioteca Nacional de España

se pone él mismo a formarlas. El es un hombrecillo pequeño, anciano, de tez casi negra y surcada por profundas arrugas, con una rasgada boca que parece dividir en dos su cara, y con sus ojos como brasas rojas en el fondo de dos agujeros obscuros. Vístese él con pieles de carnero, y usa un zurrón como los que llevan los pastores. Cuando necesita trasladarse de un punto a otro, cabalga en una nube. Él las empuja a las nubes o las detiene; él las hace chocar unas contra otras para que estalle el trueno y las desgarre el rayo; él las precipita sobre el valle o las empuja por los flancos del monte, o las hace rodar sobre las olas. Alumbrado por la luz del relámpago, que convierte en lluvia de brillantes el espeso granizo, vese más de una vez al *ñuberu* durante la tormenta, sentado en el peñasco más eminente, con el ceño fruncido, sombrío y meditabundo como si creyera escuchar una melodía lúgubre en el fragor de los elementos. Llevando la lluvia a los áridos campos, colma al labrador de beneficios; pero si el campesino que le encuentra no le mira sino con desdén, o no le agradece la buena cosecha, ya puede contar la primera por perdida, se salvarán acaso del granizo las fincas de los demás, pero no las suyas. El *ñuberu* le vigilará, y cuando le vea lejos de todo albergue, le echará encima el primer chaparrón que encuentre a mano para calarle hasta los huesos; pero si por casualidad le hacéis un favor o tenéis con él una deferencia, él cuidará de vuestros campos y vuestros frutos y si el fuego los incendiase, lo apagará con el agua de las nubes o llamará a sus amigas las *lavanderas* para que lo apaguen.»

—¿Hay algo en el mito oriental que se parezca a todo esto que indica nuestro mitólogo astur?—interrogué.

—Sí—respondió Miranda—. Multitud de himnos del Sama Veda indostánico están consagrados a dar los medios por los que la Humanidad puede captarse la protección de los *ñuberus* y los *ventolines*, que aquél llama *Maruts*, y a quienes acata, en unión de las *silfides*, los reyes del aire; pero, bien a diferencia de éstas que desearían destruir a la Humanidad entera como un solo hombre, ellos son pródigos con ésta en toda clase de beneficios, desde el barrido matutino de los miasmas nocturnos de las grandes ciudades, hasta la fecundación artificial de las flores, llevando al lejano pistilo el polen fecundante de los estambres, encarnando luego muchos de ellos en el tálamo floral y realizando en él ese quíntuple milagro de la bellísima coloración y absoluta forma geométrica de la corola, hasta el perfume embriagador del vorticilo floral y las propiedades, ora nutritivas, ora medicamentosas y alcohólicas, del sazonado fruto. A tanto lleva su magia prodigiosa el sublime *marut*, que, agradecido a los cuidados del

© Biblioteca Nacional de España

jardinero, cambia en pétalos numerosos, para más hermosearla, los estambres de la rosa; cruza unas flores con otras de diferente variedad, aumentando su belleza o mejorando las condiciones de su fruto, y hace que algunas especies como la *mimosa púdica* y el *atrapamoscas*, gocen ya de ciertas facultades de orden superior animal, que los ciegos botánicos atribuyen a mera irritabilidad de los tejidos, retornando, en suma, prodigiosamente hacia los perdidos paraísos terciarios de la Lemuria, al premiar aquellos cultivos inteligentes y solícitos. El *marut*, en fin, perfuma el aliento de la mujer amada; borda de sueltos pétalos las aguas de junto a la margen del arroyuelo; canta dulces melodías en las liras de las hojas, cual aquella intuída por Wagner para su *Sigfredo;* ayuda al vuelo de las aves cuanto a la vivificación iónica del aire que respiramos; hace bajar el oxígeno disuelto hasta la branquia del pez en el seno de las aguas, sin olvidar tampoco al pulmón del minero que allá en el fondo del antro arranca el oro de nuestras codicias, y suministra también a los más ínfimos animáculos que operan la nitrogenación vital del suelo laborable, todos los elementos químicos de la atmósfera en sus catabolismos. Asimismo moldea del modo más geométrico y más ajustado a las inmutables leyes de la mecánica, las vesículas o celulillas del vapor de agua de la nube, hasta obtener en ellas la gota de lluvia, o labra esotro dechado de habilidad, que prototipo fuése de todos los bordados y labores femeniles cuanto de los propios alicatados de la Alhambra, dechado al que llamamos *copo de nieve*, cuando baja del negro seno de la nube en forma de misteriosa pavesita.

Sin los *maruts* o *ñuberus*—continuó entusiasmado aquel inmenso poeta—el mundo entero perecería de sed, o más bien de asfixia. Cuando ellos en legiones infinitas, que los sabios de Oriente clasifican en trescientos treinta millones de especies, cayesen de la Luna a la Tierra con el épico estrépito que alcanzase a recordar, inconsciente, el genio de Milton en *El Paraíso Perdido*, el astro de las noches quedó muerto; las erupciones volcánicas hicieron el suelo lunar añicos, y todo el aire, y tras él el agua de aquel viejo astro, pasó por entero a enriquecer la Tierra recién nacida... Hoy, en fin, debemos gratitud a los *maruts*, porque, tras los antedichos beneficios, y cien otros que no enumero, nos ha venido de ellos uno sin igual, que quiera Dios no le profanemos sacrílegos empleándole bien pronto como anarquista arma de guerra, es a saber: el de hacer posible la aviación o navegación aérea, empresa que, desde los últimos tiempos atlantes en los que también fuése profanada la aviación, envidiosas, no nos la habían permitido realizar las sílfides. Un *marut* invisible, esclavizado por el hombre, palpita en el motor del aeroplano para que lleve adelante su

© Biblioteca Nacional de España

raudo vuelo etéreo, como desde años antes palpitan otros tales en la caldera de la locomotora, en la bodega del buque movido por vapor y en la entraña del automóvil. Más de una desgracia, tenida por inevitable en nuestras inopias pseudo-inteligentes, se ha debido, sin duda, a un momento de inhibición en que el *marut* dormía, o bien a los vicios e ingratitudes del aviador, quien se olvidase de alzar hasta él con el pensamiento su oración de partida, o emplease mal en pasiones egoístas un don tan sagrado como el de volar, que considerar debiéramos como el más precioso regalo celeste, regalo equivalente a los primitivos de la rueda, la palanca, el plano inclinado, etcétera que nos diesen los Reyes Divinos primitivos, regalo, en fin, que ha dado un mentís rotundo al poeta español que, escéptico, cantase un día aquello de:

Mariposa: tú y yo somos pequeños;
menguados son mis sueños y tus galas:
Tú, que puedes volar, no tienes sueños:
¡Yo, que puedo soñar, no tengo alas ..!

A esta sublime cumbre de nuestra excursión mitológica llegábamos en alas de la prodigiosa imaginación creadora de Miranda, cuando nos vimos interrumpidos por el estampido alegre de varios cohetes disparados del lado de la población.

—Hoy es Noche de San Juan, y Cudillero se prepara a celebrarla, aunque no con tanto aparato como las de San Pedro y San Pablo—dijo Narcés.

Y a la luz de una hermosa luna que apenas sobresalía de los acantilados del puerto, nos encaminamos hacia la fiesta.

Cruzamos el solitario muelle, y, por entre docenas de barcazas pescadoras entibadas en la arena de la orilla, nos metimos en aquella angostura donde, por la parte de la marina, comienza la «Villa del Sain», el pueblo de los *pixuetos* con caras de normandos, curtidos por las brisas del Cantábrico. A la izquierda, en un talud inverosímil, aparecían unas tras otras las casas, sin dejar adivinar cómo ni por dónde se podía subir a ellas. A la derecha y a la vuelta había un ensanche, frontero con la iglesia, donde un centenar de muy bulliciosos jóvenes, con otro centenar de gente más vieja, se aprestaban a gozar de las danzas que tanta celebridad han dado al pueblo. La descripción de tales fiestas hay que leerla en clásicos escritores astures, como el gran Armando Palacio Valdés, el autor de *La aldea perdida* y de *José*, obra esta última en la que se habla de ciertos curiosos papeles de un *Doctor Angélico* encontrados en Cudillero y que acaso no

© Biblioteca Nacional de España

fuesen otros que los nuestros de nuestro Frassinelli... Dos o tres cafetines, amacizados hasta lo indecible de rudos pero nobles marineros, con sus boínas, sus camisetas de rayas y sus trajes de fiesta, hervían de ruido, de humo de tabaco y de calor de rebaño en redil.

Por lo que Narcés me dijo, acababa de bailarse un *perlindango*, o sea una danza local antiquísima, que era la especialidad de las viejas: una a modo de *giraldilla*, que se baila agarradas las parejas mientras dura *la copla*, para luego soltarse éstas al cantar el estribillo, que es acompañado por *ellas* moviendo el delantal al compás de las canciones y de la gaita.

La etimología de *perlindango* es la de «delantal del seda», que en siglos anteriores era, con el *dengue* de terciopelo, una de las más caras y ostentosas prendas de la indumentaria femenina.

Vivan los alfileteros,
las agujas y dedales;
vivan también las tijeras
que saben romper ojales,

habíamos oído cantar a lo lejos, en ritmo que obscuramente me recordase el zortzico y que creo pertenecía al famoso *Ten-perendengue:*

¿Qué tenías anoche,
María mía,
que llamabas al Cristo
de la agonía?;

cantó, en efecto, otra voz después, seguida del estribillo de:

Al *ten-perendengue*,
allá voy con mi *serendengue*...;

y después, el otro, tan atrozmente picaresco, de:

Tú, que me diste las zapatillas,
ayudáimelas a calzar.
¡Váyase al *diañu* el gran *sarnoso*,
que conmigo quería casar!

y aquel otro de:

La mujer que sea mala
ni reñirla ni pegarla:
sino alzarla en la Garita (1)
y desde allí despeñarla.

(1). Acantilado de Caudillero, por bajo del faro.

© Biblioteca Nacional de España

sin faltar tampoco sus correspondientes nostalgias americanas, como aquella que reza:

Buenos Aires, Buenos Aires;
buenos aires, buen querer...
¡Cuántos van a Buenos Aires,
que non parecen volver!

Artísticamente emocionados, contemplábamos desde el balcón del Casino el corro de diferentes edades y sexo bailando a la luz de las teas que antaño fuesen, sin duda, fogatas de San Juan, todos vestidos con sus mejores galas, respirando la más sana y franca de las alegrías sus ya morenos, ya blancos rostros, mezcla de sangre de cien pueblos diferentes, pero todos nobles, todos sufridos y curtidos en las luchas contra la galerna los unos; en las contra el duro terruño los otros, y contra una penosa vida de afanes todos. ¡Y si siquiera estuviesen unidas las familias...! Pero no, que el uno emigró a Cuba, el otro a la Argentina o más lejos; ésta sirve en Madrid, los otros luchan repartidos por otros pueblos, aunque en noche como ésta, pasada cuál en clima frío, cuál en ardorosas latitudes, sienten todos en su pecho entristecido las mismas añoranzas, idénticas nostalgias de un pasado que fuer sin duda mejor, porque, a lo largo de siglos sin cuento, entroncaran allí en la penumbra hispánica con las danzas solsticiales en que sus antecesores druídicos, coronados de hiedra y muérdago danzasen de análogo modo en el claro del bosque, a los rayos de la luna y bajo la estrellada bóveda, único templo del Desconocido Dios celta e ibero, sin Nombre, sin culto y sin cruentos sacrificios.

Había deseado poder impresionar allí mismo varios discos de gramófono con aquellas notas lánguidas de la gaita; aquellas sus *gammas* extrañas, en nada semejantes a las de la moderna música, y que son una de las características atlantes de todos los cantos populares primitivos.

—No lo sintáis—me dijo Miranda—, las oiréis, y mucho mejores aún, por la sierra algún día.

—Sí—añadió Narcés—; esto, aunque otra cosa creáis quizá, no es ya ni sombra de la clásica *Danza prima*.

—Cierto—confirmó Miranda—. La Danza prima o astronómico-religiosa, murió en la Edad Media, sino antes con los romanos, y apenas si podréis atrapar ya algún detalle de clásico perfil en alguna perdida aldeíta de la raza solar en la montaña.

—Me basta con lo que *he oído* y visto—les dije, al par que nos retirábamos a descansar.

© Biblioteca Nacional de España

II

Por la izquierda del Nalón.—Pravia la linda.—Los ábacos de la magia y la Corte de Don Silo.—Misterios tras misterios.—La cadena humana.—«Soy de Pravia, soy de Pravia».—Un poco de vieja heráldica.—Fábricas de jabón que no logro encontrar.—Una riqueza perdida por nuestras concupiscencias.—El idilio de Nalo y Damianti.—Los viejos pueblos astures del Nalón.—La roca de Peña Aullán.—Tristes recuerdos.—En busca de algo muy extraordinario.—Un ruskiniano inconmensurable.—Don Hermógenes de Fae y Bentivoglio.—Silencio de silencios.—El Nuevo Evangelio de la Arquitectura.

Volvimos a ocupar nuestro tan querido automóvil que nos esperase al siguiente día, aunque con la condición previa, por mí exigida, de que, ya que no caminásemos a pie, cual debiéramos, en respeto y para el mejor goce de aquellos panoramas sencillamente divinos, lo hiciésemos a la mínima de las velocidades, a despecho de nuestro amable conductor Tomías, a quien le pareciera humillante para su probada pericia tamaño *paso de carreta.*

Dejando atrás la posesión de Selgas, y a la izquierda el majestuoso Muros, bajamos por las cuestas de más allá de Somao—el número ciento uno de los *Somas* astures—hasta frente a la estación-límite del ferrocarril vasco-asturiano en San Esteban de Pravia. Un buen almuerzo en casa de *«Brillante»*, y henos ya carretera arriba, después de haber admirado el nuevo puerto de San Esteban, remontando la imponente ría del Nalón, que antaño no fuése sino mar hasta más allá de Pravia y de Cornellana pues consta que aún se hallasen no ha mucho en esta última población, célebre por su monasterio benedictino, documentos de embarques, restos de postes, y cadenas cual las de las *Peñas de Mirabeche* y *Mirasancha*, y prado de *la Meredal*, a los que se amarrasen las naves de aquel Sexto Apuleyo, almirante de Augusto, que hizo por mar la campaña contra los astures trasmontanos, cosa que acaso durase hasta el terremoto del año 1300.

Allá abajo quedaban las Arenas; el castillo-juguete de Soto del Barco, con su puente de hierro prodigioso, mirándose en unas aguas negras como los espejos de obsidiana usados por los magos incaicos, gracias a los la-

© Biblioteca Nacional de España

vados carboneros del alto Nalón, que tiran anualmente al mar millares de toneladas de combustible, en la más codiciosa de las explotaciones suicidas. Los boscajes; las casitas de campo de mil especies; las poblaciones, que juguetes de Navidad parecían; los maizales en todo su apogeo; las tablas de escanda, el *triticum spleae* de Linneo; los oteros, los vallecillos misteriosos, las lejanas sierras y el mar del otro lado, determinaban un conjunto de variedad tan prodigiosa y de tan excepcionales atractivos, que ni hablar queríamos para no perder nada de aquella riqueza asombrosa, de aquella policromía sugestiva. Aún no mediara la tarde, y ya estábamos, sin habernos dado cuenta, en Pravia la regia, en Pravia la linda.

—¡Hay que hacer honor a la corte de Don Silo, durmiendo esta noche aquí!—dijo solemnemente Miranda.

La orden pareció bien, y fué acogida sin protesta.

Pravia es un juguete; uno de esos pueblecillos sonrientes y dispersos, con más nombre que casas; adormecido sobre las aguas del Nalón caudaloso; recostado con sus edificios, quintanas y hórreos en las faldas del Cueto, no lejos de la alta sierra de San Damías. El turista más docto y más hecho a admirar bellezas queda intrigado cuando lee en las célebres *Antigüedades y cosas memorables del Principado de Asturias*, obra enorme del P. Luis Alonso de Carvallo en el siglo XVI, aquello de que Pravia fuera Corte de tres reyes astures: Aurelio, Silo y Mauregato, y más cuando tropieza en el libro con las referencias de Morales, que trae dicho autor, acerca de la fundación de la iglesia matriz de San Juan, en Santiañes, o *Sancti-IO-agnes*, por el propio Don Silo, y el pétreo documento *abracadabrante*, que se dice estar cubierto bajo el crucero, con la sentencia de *Silo Princeps fecit*, que puede leerse de multitud de modos, a partir de la S central, cual en un verdadero *ábaco* pitagórico, probando hasta qué punto fueran cabalistas los tales reyes primeros de Asturias, o más bien los pícaros monjes ulteriores que a ellos atribuyesen el documento, y no a un *Silo* cualquiera de su monasterio.

© Biblioteca Nacional de España

Miranda nos enseñó una copia del tal documento, que es como sigue:

T I C E F S P E C N C E P S F E C I T
I C E F S P E C N I N C E P S F E C I
C E F S P E C N I R I N C E P S F E C
E F S P E C N I R P R I N C E P S F E
F S P E C N I R P O P R I N C E P S F
S P E C N I R P O L O P R I N C E P S
P E C N I R P O L I L O P R I N C E P
E C N I R P O L I **S** I L O P R I N C E
P E C N I R P O L I L O P R I N C E P
S P E C N I R P O L O P R I N C E P S
F S P E C N I R P O P R I N C E P S F
E F S P E C N I R P R I N C E P S F E
C E F S P E C N I R I N C E P S F E C
I C E F S P E C N I N C E P S F E C I
T I C E F S P E C N C E P S F E C I T

Luego añadió:

—Todo este laberinto—dice Carvallo—se comienza a leer por la *ese* grande que está en medio, y así en uno u otro sentido puede leerse, según indican Baseo y Morales, más de doscientas cincuenta veces. Morales llama a estas letras cúbicas—*¿cúficas* quiso acaso decir, en recuerdo de los misteriosos ábacos pitagóricos, que algunos estuviesen hasta en caracteres cuneiformes?—Ellas se dieron en usar mucho en Castilla y se hallan también en muchos libros antiguos.

—¿Y vos qué pensáis de esto?—pregunté.

—¿Qué he de pensar? Que la Asturias del medioevo estuvo plagada de cabalistas constructores de ábacos literales, numéricos y simbólicos del Sol, la Luna y los planetas; cabalistas, se entiende, a la sombra y bajo el manto mismo de la Iglesia, que no odia a la Magia sino cuando ésta quiere hacerse independiente de ella volviendo los ojos hacia la única luz mágica, de Oriente. La cábala cristiana, la judaica, su antecesora, y la atlante, abuela de las dos, están admirablemente patentizadas en las obras de nuestra Blavatsky, en notorio contraste con la verdadera Enseñanza Secreta de Oriente, que es la que nosotros seguimos. La abracadabra que os he mostrado no es sino el más sencillo de los ábacos literales en losange, o sea

© Biblioteca Nacional de España

con la letra inicial colocada en medio, y las demás de la frase colocadas por su respectivo orden en torno de aquella inicial, formando sucesivos y crecientes rombos, hasta venir a morir en la *te* final, que cae, como es natural, en los cuatro vértices del ábaco.

—¡Ah, qué revelación! ¿Luego esto puede relacionarse con el estudio de los *ábacos* o *determinantes mayas*, del Códice Costesiano, que yo tuve la suerte de hacer el año pasado?

—Sin duda, y ello quizá os haya acarreado el buen *karma* de poder estudiar la Asturias ocultista como lo estáis haciendo.

—Gracias a vos...

—Gracias a la Humanidad, en la que todos formamos cadena.

—Tan evidente es ello, que ahora recuerdo un buen trabajo de nuestro amigo Don Manuel Treviño acerca de los tan curiosos ábacos o cuadrados llamados mágicos, que pueden verse, por él estudiados, en las medallas y monedas de la Biblioteca Nacional, y en donde, con el jesuíta padre Kircher de la mano, podemos ver los signos respectivos de la inteligencia del *demonio* o *daimon* de Saturno, el de Júpiter, y, en suma, el de los siete sagrados planetas.

—Sí—replicó Miranda—; he estudiado el trabajo del señor Treviño en la revista *Sophia* de Madrid, año de mil novecientos ocho, y aunque el trabajo es meritísimo, tengo que hacer ciertas reservas sobre él, las que patentizaré en ulterior estudio, ya que ni Riollot mismo, ni Duhalde, ni Dupuys a los que cita, los han estudiado bien, y los únicos que sabían toda la verdad como Cornelius Agrippa en su *Arithmologia de Occulta Philosophia*, y Athanasius Kircher en su *Polygraphia Nova*, tampoco han querido o podido decir lo que sabían, ni darnos la efectiva *Nomina divina respondencia numeris*, que es una de las siete Claves del Ocultismo. Tienen, pues, que quedarse, por lo de ahora, en meros talismanes o amuletos cabalistas tamaños documentos de la primitiva matemática perdida, que en los todavía no bien estudiados códices mayas tienen su más genuina demostración, como vos mismo, en vuestro trabajo exegético habéis intuído.

Tras la iglesia, que no sé si por el ábaco o por qué, me supo algo a templaria y cabalista, recorrimos la población toda, admirando sus casas nobiliarias, cuyas fachadas son un curso de heráldica cada una que habrían enriquecido a la colosal obra de Palliot acerca de las figuras quiméricas de los blasones, porque poco habría costado el encontrar allí como en cualquiera otra parte de Asturias, *centauros* de Arot, *sirenas*, de la Sesquière; *arpías* de Tolosa; *licornios*, de los Chabanes; *pelícanos*, de Polig-

© Biblioteca Nacional de España

ny, *fenix*, de los Savaleltes; *salamandras*, de Francisco I; *basiliscos* de Flandes; *dragones alados* de los O'Neylán; *grifos*, de los Esterhary, *anfisbenios* de Brescia y hasta *vacas de cinco patas*, como la que mutilada se ve en el hallazgo de Mr. Piette, que con el número 3 y el vago título de «Rennes, saumons et signes geométriques», aparece en la lámina de la página 226 del tomo I del *Manuel D'Archeologie préhistorique celtique et gallo-romaine*, de Joseph Déchelette.

Tal vez de tanto escudo nobiliario, que empezase con nobles timbres de virtud y acabasen en cieno, cual todo acaba en el mundo, naciese aquel cantar tan célebre que dice:

Soy de Pravia, soy de Pravia;
mi madre es una praviana,
y por eso en mi no cabe
ninguna acción que sea mala,

o bien esotro en que ya apunta la triste manera con que en ciertas regiones de la grande y única España de mar a mar, se entienden, míseros, el patriotismo del hoy y el regionalismo de un ayer que ya pasó:

Lo mejor del mundo, Europa;
lo mejor de Europa, España;
lo mejor de España, Asturias;
lo mejor de Asturias, ¡Pravia!

Sentados un rato a descansar en el lindo rinconcito del que fuera hasta hace poco juego de bolos de la población, aspirando el perfume de heno de los prados recién regados, le pregunté, festivamente, a Narcés que hacia dónde caían las, sin duda, famosas *fábricas de jabón «Heno de Pravia»*, de las que quisiera cierto día hablarme un gran madrileño de esos que pasan su vida entre el café, el teatro y la oficina, dando lugar a que el buen astur se riese de bonísima gana ante mi pregunta.

—Las fábricas en cuestión—repuso Narcés, entre festivo y elegíaco—se han transformado todas, ¡ay!, en máquinas Duhart, para robarnos criminalmente la pesca, a ciencia y paciencia de mal llamadas autoridades que, dentro de la concupiscencia caciquil, consienten su funcionamiento. ¡Como si no fuése ya bastante lo del carbón, viene a morir en ellas el último resto de una riqueza tan enorme, que es fama suministrase aquí antaño, y en un año solo, cuarenta y cinco mil salmones, sin contar las truchas y otros peces, en abundancia tal, que los obreros, hartos ya de tanto pescado como les daban a comer sus amos, llegaron a poner por condición para su trabajo, que éstos no les diesen salmón más de tres días a la se-

© Biblioteca Nacional de España

mana... Era la época en que aún se apedreaban con huevos las gentes los días de Pascua... Como ahora; ¡a bien que el maurismo ha de poner coto a todos estos desafueros...!—terminó, entonando después un himno al naciente partido político, en el que militaba.

Nuestra conversación tomó luego el acostumbrado giro ocultista, diciendo Miranda:

—Aquí tenéis al Nalón o *Nalo*, y allá enfrente a *Damias* o *Damianti*, dos personajes inmortalizados por aquel pasaje idílico del Mahabharata, en el que, como dice César Cantú, resplandece esa fuerza invencible y superior a toda ilusión eterna que llamamos intuición femenina.

—Contádnosla, que yo, por mí, no la recuerdo.

—Ni yo la sé—replicó Narcés.

—Os la diré en resumen. Nalo, rey de Nisia, se había enamorado, de oídas sólo, de Damianti, hija de Bina, rey de *Vid'arba*. Un cisne de alas de oro se brinda como mensajero de su amor: —Si le adoptases por esposo, ¡oh princesa de los hechizos sin rival, serían tus hijos nobles y hermosos como su padre, y como tú misma!—dice el cisne a Damianti—. Hemos visto a los *Devas*, a los *Ghandarvas*, a los *Hombres*, a las *Serpientes de la Sabiduría* y a los *Rishis;* pero, para ti, no hay nada que pueda compararse a Nalo...: ¡oh, tú, la más encantadora de las mujeres; Nalo es el orgullo de los hombres!—Indra y otros dioses toman la figura de Nalo para engañarla: la doncella tiembla y vacila, y sospechando instintivamente contra el engaño de sus sentidos, exclama: ¡Oh dioses, pura está mi alma, e inocente es mi vida; por ellas, pues, os conjuro de que os presentéis sin disfraces, cada uno como lo que seáis! El conjuro, que, como el Destino, es superior hasta a los mismos dioses, surte su efecto. Los tentadores tienen que mostrarse al fin como inmortales, y Nalo con toda su humana debilidad. Púdica entonces la virgen áurea de ojos de cielo, tímidamente la orla del manto de Nalo... Dos *raichiasas*, o demonios, intentan sin embargo romper tal unión, infundiendo en Nalo la terrible pasión del juego, y Damianti queda por él abandonada. Viene luego una serie de aventuras como las entre nosotros inmortalizadas por la leyenda de *Blanca-Flor*, hasta que el príncipe Nalo triunfa en sus siete y luego en sus doce trabajos hercúleos, y se hace acreedor de nuevo al amor de Damianti, transfigurada como él en diosa de Inmortalidad.

—Hermosa leyenda—dije al concluir—, y base de infinitas otras de Occidente.

—Sí—repuso Miranda—, y nada más lógico que recordar con ella el carácter marcadamente oriental que *ab initio* tuviese toda esta región.

© Biblioteca Nacional de España

Quien haya hojeado, en efecto, el simpático mamotreto del sabio jesuíta de Entrambasaguas, se convencerá de que la verdadera historia de la Asturias anterromana está todavía por hacer. Hay que saber a ciencia cierta, por una Filología y una Antropología más libres de prejuicios positivistas que las de hoy, quiénes fueran los *pésicos* de una de las orillas del Nalón; quién los *zoelos*, *celenos* o *selenos* de la otra, pobladores de la vecina Avilés; quién los *tamaracos* o *tamar-ascos* parientes de los oscos o vascos, quiénes los *guiguros* o *siluros* adoradores de *Ares* o Marte, los *orotrevas* o *aurotrevas* y sus «Aras del Sol», los *maliacos*, los *civaracos* o *sivar-ascos*, los *nerios*, los *céporos*, los *io-danas* y los *presamaracos* astures de Pomponio Mela, Ptolomeo y Plinio; los *mearos* de la parte de Rivadeo, los *numa-arianos* en fin, o *nomarinos* y averiguar de paso el por qué mismo de estos dos nombres eminentes de Nalo, Nalón, Nilón o Nilo, que de todas estas maneras se ha escrito o podido escribir este río, y del *Narcés*, *Narsea*, *Narcea* o *Naharcea*, de su gemelo río tributario de ahí por cima. La misma radical *brig*, que aun hoy en inglés significa puente—y de *puente* Pontífice, el *enviado* que construye indestructibles *puentes* entre las dos orillas de este mundo y *del otro*—, nos sume en un abismo de perplejidades, viéndola repartida no ya por Asturias sólo sino por todo el noroeste ibérico hasta Portugal, y en ello no me dejarán mentir las luminosas hojas que Rolt Brash, el de nuestros *ogams* famosos, la consagra. Radical *brig*, del *brig*, brillar sanscritánico, raíz del propio nombre del *Brahma* de los cielos, y que corre parejas con esotra raíz de *Asti* o *Hasti*, radical de los *Astires* o *astures* del personaje que según Silio Itálico, viniese con el Hércules-Osiris egipcio; de los también *Astures* de Lucia, al oriente de Cartago o sea hacia la prodigiosa Cirenaica y las Sirtes; del asimismo *Astir* eólico del libro quinto, capítulo treinta, de Plinio, que no era a su vez sino un recuerdo de la Atenas primitiva, llamada *Asti*, en añoranza quizá de la mítica y aun no ubicuada *Hastinapura* del Mahabharata, todo hasta llegar de grado en grado a precisar concretamente las dos invasiones protohistóricas de celtas nórticos del bronce y del cobre, frente a iberos meridionales o libio-iberos o *rifeos* (Firbolgs) invadiendo uno tras otro al primitivo país de *cromagnones* y *ligures*... y nunca se ha dicho mejor que con ocasión de todo esto, que los escritores de los siglos dieciséis al diecinueve fueron creídos como artículo de fe, que los de este último siglo, en cambio, exageraron la reacción con un santo horror a todo lo fabuloso, haciendo tabla rasa con los inmensos siglos de prehistoria antefenicia encerrados en los mitos, mitos que son, como Platón decía, vehículos de grandes verdades bien dignas de ser esclarecidas, ya que en ellos se suele ocultar la

© Biblioteca Nacional de España

Historia cual se oculta en la pérula invernal del árbol la yema que ha de brotar esplendorosa con la nueva primavera de una más integral cultura.

Tras conversación tan atrayente nos fuimos a comer, y luego Narcés hubo de separarse de nosotros para hacer sus acostumbradas visitas. Siempre recordaré con grata emoción aquella tarde fresca y nebulosa del mes de Junio en que salimos a pie de Pravia para dirigirnos a la frontera Peña Aullán, atravesando el enorme puente de hierro de más de cuatrocientos metros que separa entrambos pueblos.

La roca de Peña Aullán es un picacho tajado que vuela sobre las aguas del río: negro y sucio allí, cual el Aqueronte mitológico; lastimero en el rodar y chocar de sus aguas contra las rocas, como el Cocito; feo y pavoroso con aquella su enorme tabla de agua, como la laguna Estigia, por la que juraran hasta los dioses mismos. Desde su altura de más de cuarenta metros, es fama que despeñaban y ahogaban a los condenados a muerte, víctimas quizá de la venganza de algún señor feudal como aquel maldito Conde la Nava en Tiraña, que despeñaba, según la tradición, a cuantas jóvenes se resistían a sus lúbricos instintos. Los espectros de los sacrificados vagaban luego por aquellos alrededores gruñendo como osos o *aullando* como lobos hasta que se les decían los necesarios sufragios reparadores en la ermita románica de más arriba de la peña siniestra, ermitita que, como tantas otras, no ha podido resistir los estragos del tiempo aunados con las devastaciones de los hombres.

Aunque embobados con el bellísimo panorama que desde allí ofrecía la vega praviana, nuestro espíritu de investigación no estaba satisfecho. La muda Naturaleza, aunque habla más alto, no siempre habla tan claro como los hombres. Había, pues, que buscar al poeta nato que, allá para sus adentros y ocultándolo casi como un crimen por moderno temor al ridículo, creyese todavía en *brujas* y *xanas*, *amuletos* y *conjuros*, no al minero joven, semiandaluz, «escupiendo por un colmillo» blasfemias contra lo más viejo, santo y poético; contra el alma pagana de esa eterna Asturias a la que se habrá podido sepultar bajo escépticos escombros de *minería amoral*, o cave las fosas monacales del estéril medioevo, pero que está siempre pronta a surgir al conjuro del investigador desapasionado, porque es la entraña misma de la tierra de Don Pelayo. Había, en fin, que buscar, con la linterna de Diógenes, a aquel sublime quijote de Don César de las Matas de Arbín, aquel enamorado de todo clasicismo que de mano maestra nos pinta Palacio Valdés, sabio personaje incapaz de transigir, tanto con la moderna barbarie, como con la vieja del dorado siglo de Pericles, en el que, cual hoy, los conocimientos y las aparatosidades acaso

© Biblioteca Nacional de España

ganasen, pero las virtudes, vida de los pueblos, iban quedando positivamente perdidas.

Así se lo comuniqué a Miranda, quien encontró razonable mi deseo, y me propuso que esperase anochecido en la especie de fonducha del cruce de las carreteras que hay a la entrada de Peña Aullán, al célebre Miguelón el Vaqueiro, al *poeta* del pueblo, que él sabía que se regalaba allí con la mejor sidra, a las oraciones. Mientras, él haría, pocas casas más allá, una visita a cierto filósofo y matemático estupendo, gran amigo de su padre y a quien hacía tiempo no veía.

Pero como aún faltaban más de tres horas para que llegase la noche, decidimos visitar juntos al matemático, al austero Don Hermógenes de Fae y Bentivoglio, que vivía en un verdadero palacio de construcción moderna, obra de sus propias manos, y en el que había seguido estrictamente, para construirle, los preceptos de las *Siete lámparas de la Arquitectura*, de Ruskin, y aún, según Miranda, ciertas otras del perdido canon de proporción que dicen comunicase después con su *alter-ego* D. Arturo Soria y Mata, el fundador de la Ciudad Lineal en Madrid y autor de *El origen poliédrico de las especies*. Así, que el edificio por fuera respiraba *Fuerza;* se exornaba con robustas reproducciones roqueras y vegetales de la naturaleza, dentro de la más sobria e imitativa *Belleza*, que a pura *Verdad* natural transcendía, y fruto maduro fuése de un prolongado *Sacrificio*, moral e intelectivo. La *Vida*, pues, que de aquella creación de la *Nueva Edad* surgía, era un pleno y redivivo *Recuerdo*, o *racconto*, de todas las bellezas más preciadas de Asturias, en *Obediencia* a los cánones sagrados de su suelo en la roca abrupta de la altura; en el boscaje umbroso; en el misterioso valle; en el río cristalino o en el mar bravío.

Ruskin, el revolucionario-reaccionario, Ruskin el teósofo, hablaba a mundo por boca de Don Hermógenes de Fae, con aquel edificio, único en Asturias y aun en el mundo, llamado *La Quintana de las Rosas*, porque en todo tiempo tenía rosales floridos, y que no era sino un poema de la piedra repitiendo eternamente con el maestro los sabios principios de l arte futuro, tales como aquellos que dicen: «No *edificamos* nada durable y bello porque desconocemos toda abnegación y toda fe, trabajando para salir del paso, con la atención puesta en el amigo y en el enemigo, en la economía y en el interés, cuando ninguna obra grande puede ser engendrada con tamaña mojigatería». «Nos irritamos contra la calumnia, la hipocresía y la perfidia porque nos hacen daño, cuando sólo deberíamos irritarnos contra ellas *por lo contrarias que son a la Verdad*, ya que quien arroja el más negro misterio o velo sobre nosotros es la Mentira, dulce y

© Biblioteca Nacional de España

brillante a la vez, la falsedad amable; el engaño patriótico del historiador; la añagaza calculadora del político..., la mentira, en fin, de cada uno de nosotros para consigo mismo.» «Las grandes obras humanas, luego que, por el tiempo, las ha rodeado el *Desierto del Recuerdo*, nos muestran una sorprendente superioridad, una extraña duración y un vigor que apenas habíamos sospechado, desarrollando nuevos elementos que el juicio en un principio no pudo descubrir, porque *Fuerza* es aquella misteriosa virtud mediante la cual la misma majestad de la Naturaleza no se consideraría desdorada aceptando un legado de las manos del hombre, como las Pirámides en el desierto, o como aquella sencilla aldea del valle, que puede destronar con sus bellezas a toda una dinastía de montañas...» «Las más bellas líneas arquitectónicas que conocemos no son sino adaptaciones de las líneas más repartidas en la creación: la estría de la columna griega es un recuerdo de la corteza del árbol y el capitel una imitación de su copa; en la columna egipcia, base, fuste y capitel recuerdan las vegetaciones acuáticas del padre Nilo; el arco romano es redondo como el semicírculo que describe la envoltura del cielo en el horizonte; la ojiva es la cardina, es la hoja, y los lobulados arcos y esbeltas columnatas de las mezquitas reproducen los bosques de palmeras orientales en los que fueran primitivamente ensoñadas».

Abriónos la puerta del primoroso jardín, lleno de enormes rosales floridos que rodeaban a aquella arquitectónica joya, un negro colosal, que era toda una escultura nubia prototipo de la estatuaria griega, y arriba, en la balaustrada, el Señor de Fae nos recibió con zalemas profundas a la oriental que cuadraban admirablemente con las de aquellos *chattriyas* de la *Rajaputana* que en el Penjab tienen su asiento, por encima, en sus cualidades morales que son sencillamente heroicas, de lo que nosotros llamamos valor, caballerosidad y demás virtudes románticas, del medioevo, que allí se han hecho eternas casi desde el principio del mundo.

El majestuoso Don Hermógenes de Fae y Bentivoglio era, por su nombre, un hombre reservado, casi hermético; por su primer apellido, el continuador de las nunca interrumpidas glorias astures de la casa de Fae, o de Hae, cuyos bosques inmensos de hacia *las Arriondas de Covadonga*, solapan aun hoy todos los secretos cóncanos y vadinios, que una tímida y sectaria investigación prehistórica comienza a pretender explorar, profanándolos al trabajar a obscuras, sin la luz siquiera de una de las siete *lámparas* de Ruskin. El noble y querido asturiano D. Rafael de Labra, actual presidente de nuestro Ateneo, hame después hecho de las glorias de la Casa de Fae—con la que quizá él esté algo emparentado—, panegíricos tales,

© Biblioteca Nacional de España

que me darían tema para un libro. En fin, por su línea materna de los Bentivoglios, era Don Hermógenes otro italiano a la misteriosa manera de nuestro Frassinelli. Como que la dinastía de aquellos gibelinos, señores soberanos de Bolonia, arrancó de Enzio, el hijo natural del emperador Federico II, íntimo de los siempre rebeldes Visconti, y continuó con verdaderos ocultistas, tales como Juan Bautista Bentivoglio, el héroe contra el ultramontanismo güelfo, y con sus no estudiados sucesores, quienes desataron sobre sus cabezas las iras del papa Julio II, que acabó con ellos, apoyándose en Luis XII y en la Liga Santa. El papa les obligó a los Bentivoglios a dispersarse, refugiándose en Mantua y Ferrara aquella rama de los Bentivoglios que se sometiese al Pontífice, y pasando quizá a Alsacia y luego a España la otra rama rebelde, ramas que, a su vez, diesen, la primera a Hércules Bentivoglio, el poeta émulo de Ariosto; a Lucrecia, la primorosa poetisa; a Guido, cardenal *papable;* a Alejandro, a Cornelio, el defensor de la Bula *Unigénitus*, etc., mientras la segunda se perdiese entera en unas secretas derivaciones ocultistas muy dignas de ser estudiadas algún día en Italia o en España.

Yo os quisiera relatar punto por punto cuanto me acaeció y cuanto me pasmó, durante veinticuatro fugaces horas, en el interior de aquel palacio, verdaderamente encantado; la manera fidelísima y prodigiosa con que en él está hecho piedra, y hecho muebles, y hecho vida, el canon redentor de Ruskin, y cuanto nos enseñase aquel prodigio de hombre superhumano, física, intelectual y moralmente gigantesco, casi divino; pero me lo veda la promesa, el solemne juramento que tuve que hacer en manos de Miranda de que no revelaría nada de cuanto allí dentro viese, razón por la cual el lector tiene que perdonarme por esta vez de que nada le cuente, decepción de la que sólo puedo desquitarle en mínima parte, copiándole unas cuantas sentencias más de las que avaloran la obra del teósofo inglés, bien amado de Don Hermógenes, como aquellas que dicen: «Todo trabajo artístico es, en último análisis, un epítome del Cosmos, porque el arte verdadero es microscómico. El sol brilla desde hace millares de años, y sólo algunos espíritus han visto en él algo más que una masa ígnea que nos calienta. Ni aún el deseo noble y elevado es suficiente para tornarnos dignos de recibir determinados legados, y es difícil llevar a cabo el gran descubrimiento de que las más sublimes maravillas y enseñanzas de la vida, de la bondad y de la belleza, nos rodean, nos cercan, están al alcance de nuestras propias manos, esperando nuestra visita, y, sin embargo, no las conocemos, porque nos desorientan con su propia sencillez. Amamos lo enrevesado, lo antinatural, lo extraordinario, porque no sabemos ver la

© Biblioteca Nacional de España

belleza sencilla, severa y tranquila. Hemos perdido el don de apreciar la diáfana gloria de los esplendorosos primitivos, y de error en error, vamos llenando nuestro pobre *idearium* de pueriles baratijas», según nos dice el gran ruskiniano y teósofo Viriato Díaz-Pérez.

El lector me agradecerá le diga la curiosa manera que tuvo, a su vez, el señor de Fae, aquel Maestro con turbante y barba partida a la moda *rajaputana*, de exigirme también el silencio, como Miranda.

—¡*Joven* cronista!—me dijo con voz y ademán los más solemnes—. En nombre de vuestros más altos deberes de conciencia, como discípulo de Ocultismo que aún no sois casi, sólo os exijo que, al tomar mañana la pluma y recordar con vuestra obra aquel amor inefable hacia la Humanidad que crease con Schiller y Beethoven la *Novena Sinfonía*, tengáis muy presente, bajo las más severas sanciones kármicas para vuestro futuro, que aquel su *scherzo* o tiempo tercero, tan divino, tiene tres silencios memorables, silencios que en vuestra modesta *sinfonía* o crónica habrán de ser, a su vez: uno sobre lo que os dijese acerca de nuestra Fraternidad el Padre Don Alvaro; el segundo, lo que sobre *magia alquímica* os revelase Don Augusto de Vera y Brieva, y el tercero y más largo, el de las cosas increíbles que aquí, en veinticuatro horas, os han acaecido. Sois buen entendedor, y ello basta, pues.

Pero, dado que mi juramento de sigilo sólo reza con lo visto y pasado de puertas adentro del encantado recinto, puedo cometer la pequeña indiscreción de añadir, lectores, que al acompañarnos hasta la verja exterior el inconmensurable Don Hermógenes y despedirnos con sus acostumbradas zalemas orientales, yo, aturdido y vulgar siempre como buen extremeño-madrileño, cometí, sin darme cuenta, la irreverencia de alargarle la mano a aquel semidiós, quien sonriente, y faltando quizá con ello a su ascético canon ocultista, me alargó solemne, y siguiendo la tradición de muchos Faes... ¡un solo dedo de su diestra!

Al par me dijo:

—Reparad, joven espíritu, en mis altos timbres de nobleza, por el escudo de mis mayores reflejados.

Yo alcé la cabeza buscando en el maravilloso frontispicio el escudo a que aludiera; pero él, sonriente, aunque solemne e hierático siempre, me dijo, señalando enérgico al suelo, al umbral mismo, con el dedo que antes me había dado:

—¡Vedle en su verdadero sitio! ¡En el suelo de nuestros benditos mayores, santificado por su sangre! ¡Vedle a los pies de las generaciones futuras que, atravesando estos umbrales, han de venir a buscar la única luz:

© Biblioteca Nacional de España

la Luz de Oriente, después que una horrible catástrofe guerrera las desengañe de sus locuras de ciencia sin religión y de religión sin ciencia!

. . . . . .

Lo dicho, pues, es lo solo que puedo decir de aquellas para mí memorabilísimas veinticuatro horas justas que pasase con Miranda dentro de la encantada *Quinta de las Rosas* y en la que, cual antaño acaeciese en el palacio misterioso de Don Pedro López de Grado, y en otras muchas casas linajudas de Asturias, habíamos comido con platos y demás servicio todo de oro, y habíamos sido asistidos por criados *siluros* o morenos, cual los de la Nubia o los del indostánico Nilgiri y con gentes de razas ¡ay! ya extinguidas por el mundo.

© Biblioteca Nacional de España

III

Otra vez la roca de Peña-Aullán.—El país de Doña Paya y de Doña Controda de Pelungano.—La quintana de las rosas.—Cosas de magia blanca y negra.—Brujos y hechiceras.—¡Por arriba de artos y por bajo de carbayos!—Los espíritus de los crepúculos.—El celebérrimo Miguelón Raposa.—Prodigios de la aguja femenina.—¡A peseta por palabra!—Milagroso poder de unas botellas de vino.—La vieja de Peña Ubiña y los arrieros del chaleco encarnado.—El argadillo.—El mal del güeyo.—La enfermedad de «los abiertos de pecho».—Retorno hacia Pravia.—Súbitos terrores.—El doble astral de Don Hermógenes de Fae.—El más impensado de los viajes.

Como aún faltaba mucho rato para la busca y captura de Miguelón el vaqueiro-poeta, proyectada el día anterior, y no teníamos cosa mejor que hacer, tornamos a la acantilada roca, comentando en voz baja la maravilla humana que habíamos visto, maravilla mágicamente oculta quizá para otros ojos que para los nuestros, a la manera de aquella «quinta de las rosas» cerca de Bombay de que nos habla Olcott en su *Historia auténtica de la Sociedad Teosófica*, y pues que el medroso ambiente de la roca a la luz de los últimos rayos de sol, la daba cierto sabor como brujesco, la conversación recayó pronto sobre el tema de las brujas, uno de los más curiosos temas del mito astur.

—En esta comarca célebre antaño por sus vascos aquelarres o «prados del macho cabrío», y por las hazañas de la reina Doña Controda y su castillo de Pelungano de que nos habla el poema leyenda de Don Valentín de Lillo y Hevia, y de Doña Palla, Paya o Pelaya, lo es asimismo por sus brujas. Una bruja o, para hablar con más propiedad, una hechicera, es para el vulgo una mujer casi siempre vieja, a quien los excesos del amor en su juventud, llevados hasta los más bajos confines de lo archiprohibido, la han conducido a un estado de inferioridad moral, cuanto de envidiosa impotencia, que deja, sin embargo, intactas, y hasta las agiganta para su mal, las facultades mentales, creando ese tristísimo tipo humano, más frecuente de lo que pudiera creerse, en el que la mentalidad puede ser po

© Biblioteca Nacional de España

derosa, pero la espiritualidad ha muerto por completo: cadáveres vivientes; gentes sin alma; seres malditos; *magos negros* incipientes, en una palabra, en los que la *doctrina del ojo*, o de la mente, ha sacado en flor a la *doctrina del corazón*, o sea al puro y desinteresado amor hacia la Humanidad, sin distinción de raza, credo, sexo, casta o color, que es el alma de todas las doctrinas verdaderamente religiosas, sin egoísmos ni hipocresías.

Por eso el hechicero o hechicera es siempre el prototipo del egoísmo más impío. Retraídos ellos del mundo, viven ignorados de él, por fortuna, y el perverso que para su perdición se arriesgue a demandar sus servicios necesita, casi siempre, hacer un serio esfuerzo de investigación para hallar a dicho falso apóstol, tal y como lo hiciese en su tiempo el cobarde rey Saúl a fin de hallar a la pitonisa de Endor para que le evocase el espectro del poeta Samuel, según nos cuenta el bíblico *Libro tercero de los Reyes*. El retiro del hechicero es siempre un antro, de donde está desterrado todo rayo de sol y de verdad, toda luz, toda alegría, ilusión y poesía. En cambio, no es raro el ver a tal retiro pálidamente iluminado a deshora por el frío y clorótico rayo del menguante de la luna, el instrumento astral por excelencia para todas sus maniobras de mentida astrología, funesta cartomancia y peligrosa alquimia, ciencias malditas cuyos tratados amarillentos suelen hojear a la luz de algún maloliente candil. Huyen al par ellos de la justicia humana, cuanto de la divina justicia, y por sus malas artes, a costa siempre de la perdición de su alma, que es lo único precioso que podemos perder en esta vida, el hechicero ha aprendido todos los secretos del mundo astral inferior, y adquirido en *su doble* el don del más perfecto proteísmo, don funesto que les permite cambiar de forma según sus conveniencias del momento; trasladarse y trasladar a sus víctimas a los puntos más lejanos e inaccesibles mediante ciertos untos y fórmulas mágicas de conjuro, para someter a su voluntad a aquellos seres que Orígenes y Tertuliano llamasen los *Poderes del Aire*, y *Elementarios* de hombres perversos fallecidos.

—Entonces—observé—de ello provienen la multitud de casos de bicorporeidad de que nos hablan las leyendas.

—Sí, pero estos no son sobrenaturales, como se cree, porque nada puede haber de sobrenatural en la Madre-Naturaleza, cuyas altas leyes ignoramos e ignoraremos durante mucho tiempo, Naturaleza que ha encendido en la psiquis hasta del más atrasado e inepto de los hombres un divino fuego llamado imaginación que le permite evocar los recuerdos y escenas más lejanas, cual si acaeciesen en aquel momento mismo, y trasladarse en un *cuerpo* que no es ya el grosero cuerpo físico, a las regiones más aparta-

© Biblioteca Nacional de España

das, instantáneamente y con sólo quererlo... Intensifíquese esta facultad mediante una voluntad *dúctil* y *maleable* al par que absolutamente enérgica, y tendremos la Magia, la Gran Ciencia tradicional, que aplicada al servicio de la Humanidad o sea para altruísmo, es *Magia blanca*, pues que hace del hombre un verdadero *brujo* o taumaturgo bueno, y empleada en egoísmos bajos de personalidad y aun en esotros egoísmos de familia, institución y hasta Patria, con odio o daño hacia las demás patrias, instituciones o familias, es *Magia negra*, o sea la hechicería propiamente dicha. Postrado por todo género de bebedizos, fórmulas hipnóticas y esfuerzos volitivos, el hechicero consigue manejar su *doble* y emplearle en sus perversos fines. Así en Vega de Palos, aldeíta rayana con Galicia, aun se conserva la fórmula tradicional que aquél daba a su *doble* en el momento de partir, de

¡Por arriba de *artos*
y por bajo de *carbayos!*

precisando así las mejores condiciones del vuelo, que había de ser por encima de zarzas y rocas, y por bajo de los robles o *carbayos*, para que el *doble*, que puede ser herido cual el *cuerpo físico*, no se apartase demasiado del suelo ni de la protectora negrura nocturna de los árboles...

—Ahora caigo en el por qué de ese malestar astral y de frío en el alma que producen en soledad y de noche todas las espesuras, cual de mano maestra nos pinta Wagner en las escenas de entre Minno, el Nibelungo, y Sigfredo y Fafner, escenas que preceden a esa asombrosa página musical conocida por *Los Murmullos de la Selva*... ¿Qué hay de noche, en efecto, bajo el sombrío follaje de los árboles, para que el ritmo del corazón se acelere en el más valiente, y acudan a su imaginación las más desagradables fantasmagorías? Si ello es un hecho, y no hay efecto sin causa, ¿por qué frente a él enmudece nuestra infatuada ciencia?

—Sí, más de una vez—continuó Miranda—es que tropezamos, sin saberlo, con esas proyecciones conscientes o insconscientes *de dobles astrales* o etéreos llamados *Scin-leccas*, y también con esotros a quienes nuestras Blavatsky llama *Vurdaloki*, o espectros del ambiente de los crepúsculos, a la luz del *lucero* Venus, y que inutilizan todas las influencias magnéticas; o asimismo los *Maha-shan* hechiceros de los chinos y los *Shen* o *Shain*, proteos que, ora espían aquí abajo sus culpas, ora se avecindan ya a la categoría de verdaderos *Thi*, de ropaje amarillo que habitan en los subterráneos y lugares apartados de los hombres, comiendo sólo *sésamo*, *coriandro* y otras flores y frutos del árbol de la vida, estudiando la alquimia, la botánica médica y la piedra filosofal, al par que

© Biblioteca Nacional de España

practican las virtudes más austeras y ya que casi todos han vivido en el mundo como grandes filósofos y bienhechores.

Obscurecía, y el paisaje iba adquiriendo, desde aquella atalaya, un sabor brujesco, bien en armonía con la conversación mantenida. El molino, o lo que fuése, de allí al lado, iba tomando un tinte misterioso cual toda casuca de su índole en tales sitios. La hora de buscar a Miguelón había llegado; y como Miranda tenía que hacer no sé qué en Pravia, me separé de él doscientos metros más abajo, encaminándome yo a la encrucijada y su *chavola*.

Entré en aquel medio cafetucho, y no tardé en hallarme frente a frente de mi héroe: un sér enjuto de carnes; de mediana estatura; vistiendo uno de esos trajes-mosaico, en piezas y colores, que son todo un poema casero de habilidad tal de aguja que, como obra artística, merecerían figurar en una Exposición de labores, y aún deberían ganar el premio sobre esas laborzuelas de mal bordado que tanto se admiran, estando, sin embargo, lejos de ser, como aquéllas, un prodigio de adaptación y corte, un trofeo augusto de la lucha por la vida y contra la miseria; un blasón, en fin, de la paciencia y demás virtudes femeninas...

Por el chaleco abierto y de cien piezas, se veía un buen pedazo de la entreabierta camisa de lino crudo, de ese lino astur irrompible y fino que tanto encarecieron los clásicos romanos y que es fama que hasta hace un siglo compitiera con el de Holanda. Los mechones entrecanos del bronceado pecho, se enlazaban con la ya cana barba. Las facciones de nuestro héroe eran duras, su cráneo, superbraquicéfalo; sus pómulos, salientes; los ojuelos, picarescos y de intenso cuanto astuto mirar: era, en fin, un vaqueiro de los de buena planta, y por si algo le faltaba, no dejaron de asomar sus puntas y ribetes de codicia, pues tan luego como me hubieron presentado a él como «*periodista* que buscaba leyendas», me dijo, con desenfado casi soez, que para ello tenía que darle ¡por cada palabra una peseta!...

Más barato ni los nueve libros sibilinos que la pitonisa de Cumas ofreciese al rey Tarquino; pero la codicia de mi *caro* informador cedió al yo decirle, de *tú* y todo, como él me trataba:

—¡Ya te contentarás con un par de vasos de vino o de sidra por todas las que me digas!

—Pues hecho el trato, y venga el vino, que me has sido tú simpático, y de Miguelón *Raposa* no has de tener nunca nada malo que decir...

Y echándose al coleto, sin pestañear, media botella del de Cangas, no quedó palillo que no tocase ni detalle brujesco que no me diese, pues era

© Biblioteca Nacional de España

su especialidad, según me decía, y para él no había bruja que le resistiese.

—La bruja, mi amigo, es muy astuta—me decía—; pero hay un gran medio de amarrarlas en la propia iglesia cuando vienen en forma de lechuzas a beberse el aceite de las lámparas de los altares, no tanto para alimentarse con el aceite, cuanto por dejar la iglesia a obscuras y poder robar así a mansalva las Hostias consagradas que luego emplean en sus misas negras. El procedimiento consiste en untar con tocino la cerradura de la puerta, o bien meter una moneda de *dos cuartos*, hoy una *perrona*, en la pila del agua bendita, con lo que las muy sinvergüenzas quedan sin podersalir; pero ¡pobre del que se vea sorprendido por la hechicera con las manos en la masa, porque queda encantado por un buen puñado de años, sin remedio!

—Pero ¿tú has visto a las brujas, *Raposa?*

—Más de veinte veces he visto, cuando he ido de viaje o a coger higos, de madrugada, plantificarse en la *carrilona* a las brujas, o más bien *encantadas*, con su mantón azul floreado, llamando a los tontos, que si se dejan engañar quedan encantados también para más de un siglo, mientras ellas se escapan volando sobre sus escobas o en un rayo de la luna.

—Y ¿dónde van así las brujas y sus víctimas?

—A muchas partes; pero sobre todo, a los altos de la sierra y a la Peña Ubiña de frente al Puerto de Pajares, y hubo una *buena pieza* de éstas, más vieja que la sarna, que antes de morirse... de risa, pidió como un gran favor, para salvar su alma, que la llevasen hasta la misma peña, para enseñarles allí—decía—una cosa muy importante. Unos cuantos tontos la llevaron en hombros hasta el risco, y al verse ya allí, la muy pécora, levantó los brazos en alto, como la mejor comedianta, diciendo:

Peña Ubiña, Peña Ubiña,
canto pelao...
¡Qué guapos mis arrieritos
del chaleco coloraol

y entonces los bobalicones, que se habían dejado engañar así, la tiraron del risco a abajo...

—¿Y emplean las brujas algún instrumento para sus maleficios?

—Vaya si emplean. ¡Muchísimos! Sobre todo, el *argadillo* o devanadera, con cuyos hilos enredan a muchos, de tal modo, que no se pueden desenredar. Muchas veces en el argadillo tejen sus redes de amor en forma de cintas para los justillos que después las *mocinas* suelen entregar al galán que las festeja, y por ello se ha dicho:

© Biblioteca Nacional de España

Llegó el tiempo de castañas:
tú conmigo no las comes,
que a Madrid fuiste y *veniste*
sin traxerme tus cordones.

Además hacen a los hombres otras mil perrerías, dando a las novias que las van a consultar, los medios de bien amarrarles con *bebedizos* y que no se escapen, y a todo el que las paga bien los echan las cartas de la baraja, como la Rosalía de Logrezana, de la que se canta:

Si quieres echar las cartas
vete a ver a Rosalía,
que se pasea de noche
igual que si fuése dia.

—¿Y cuál es la peor hazaña de la hechicera?

—La peor, el *mal de ojo* o mal del *güeyo*, que se lo hacen, sin sentir, a todo el que les da la gana, con sólo mirarles fijo, fijo, con el ojo izquierdo, sobre todo, a los hombres jóvenes y a toda clase de ganados, a los que dejan secos y estériles. Pero contra ese mal hay el remedio de ponerse al cuello el enfermo una taleguita con nueve hojas de *trelda* y nueve granos de trigo, que se hayan mojado antes en agua puesta al sereno con asta de buey o de ciervo, y plata, escapulario sobre el que se hayan dicho ciertas oraciones...

Al llegar aquí el buen *Raposa*, se desató en toda una farmacopea que dejaría tamañita a la no menos célebre que aún se puede estudiar en la Farmacia regia de la Granja de San Ildefonso, con porquerías tales que aquí no pueden escribirse, y a base siempre de cosas relacionadas con el sexo, de metales *lunares* como la plata, cuernos de *onagro*, *cigúas* de coral, y demás elementos *ciprianescos* de las saludadoras y las curanderas, aprendidos quizá en libros cual los del Aretino y en su célebre y *caritativa Santa Nefisa*. Llamóme sobre todo la atención la curiosa enfermedad de que me hablase Miguelón, enfermedad nominada de *los abiertos de pecho*, especie de torcedura quizá de la espina dorsal, que se aprecia, ni más ni menos que lo haría un fisioterapeuta, viendo cómo desigualan las manos o los dedos, mal contra el que se emplea el emplasto de ortigas, sin duda por el mucho ácido fórmico que éstas contienen. Por fin me hizo la más acabada descripción brujesca que darse puede de la cueva de San Román de Candamo, junto a Pravia, y cuya profundidad era para *Raposa* tan grande, que «llegaba hasta el otro mundo», en opinión suya.

Escuchando aquellos singulares relatos del vaqueiro, en medio de nu-

© Biblioteca Nacional de España

merosa concurrencia, en la que sobre todo las mujeres daban inequívocas muestras de aprobación, se me hizo tan tarde que, cuando consulté el reloj, vi que eran las diez muy pasadas. Al punto, dando cinco pesetas al buen Miguelón para que siguiera remojando el gaznate, salí camino de Pravia para unirme con Miranda. De no ser así, es seguro que el interminable relato de Miguelón habría dejado tamañito al célebre *Discurso sobre las Brujas y la Magia*, que allá en el siglo XVI elevase al Cardenal Arzobispo de Toledo, mi gran paisano Fray Pedro de Valencia.

Emprendí, pues, el regreso solo y con una verdadera olla de grillos en la cabeza, en la que danzaban las impresiones de la no descripta visita a la *granja de las rosas* y las cosas de las brujas y de sus aquelarres. Mis pequeños y viejos escrúpulos positivistas sobre el particular de la existencia de brujas buenas y funestas hechiceras se habían desvanecido, tanto por lo que oyese como por lo que había visto por mis propios ojos, dejándome la convicción firmísima que ya conservaré siempre, de que en Asturias hay todo eso y mucho más y mejor que todo eso: Sequeiros; el P. Alvaro; la Santa Bovia; Vera y Brieva, el liliputiense alquimista; el mismo Frassinelli, y, sobre todo, Don Hermógenes de Fae y Bentivoglio, y hasta el propio Miranda, en medio de su modestia, no me permitían, no, felizmente, ningún género de necio escepticismo.

Pensando, o mejor dicho, ensoñando con estas cosas, llegué al alto de la carretera y comencé a bajar más que de prisa hacia el puente. Nadie transitaba a la sazón por aquellos típicos sitios, más astrales que físicos. Ni una luz, ni un mal rayo de luna me alumbraba en mi camino. La noche, que había cerrado horas hacía, era una de esas noches tan frecuentes, aun en el verano, en Asturias, noches en las que la niebla se acuesta sobre la tierra como en Diciembre en Castilla, envolviéndolo todo entre el esfumado de sus pliegues. Hasta comenzaba a *orbayar* o lloviznar un poco, y el ambiente tenía un sabor extraño de misterio y de frío. Mis pasos resonaban sobre el macadamizado de la carretera solitaria de un modo típicamente brujesco, y en la negrura de hacia mi izquierda se dibujaban, en gris como fosforescente, la silueta del peñasco y su molino.—¡Por encima de *artos* y por bajo de *carbayos!*—parecían repetirme intimidadores en mi propio oído mis pasos acompasados y duros.

—¿Qué es ésto?—me pregunté alarmado repentinamente y procurando, en vano, conservar el dominio de mí mismo ante no sé qué vaga luminosidad o fuego fatuo que, en mi excitación, creyese ver fluctuando por entre el molino y la peña.

El temeroso ruido de los árboles y matorrales a quienes empezaba a

© Biblioteca Nacional de España

azotar la lluvia, pareció responderme de un modo siniestro, y el informe seno del Nalón comentaba allá abajo, en las negras profundidades de su corriente, mi creciente miedo, con un sordo, prolongado, inacable gruñido.

Apreté el paso, sin atreverme a mirar lo que azulada y violácea luz me pareciese y, envuelto en verdaderas tinieblas, comencé a cruzar por entre el enrejado del puente de hierro, que, inacabable en su longitud, subrayaba mis pisadas cual una caja sonora... Un instante después volví a ver la pavorosa fosforescencia, pero esta vez ya real, efectiva, casi tangible, de un blanco azulado oval, metálico, cruzado de irisaciones bellísimas y palpitantes de infinitos colores, que, con altura de un hombre, se deslizaba hacia mí sin tocar en el suelo, desde el extremo contrario del puente, mientras que el frío astral, mucho más intenso que cuando la cueva de Sequeiros y cuando la pepita, tornó a asaltarme irresistible.

—¡Alguien pone en este instante el pie en el lugar que ha de ser mi tumba!—pensé, recordando con fatal oportunidad, la célebre frase que, sobre tal frío, tiene Bulwer-Lilton en *Zanoni*, y me agarré con crispada mano a un travesaño del puente, dispuesto hasta a tirarme de cabeza al río si fuése preciso.

El espectro—pues ya no me cabía duda alguna de que de un espectro se trataba—cruzó rozándome con la fimbra de su ropaje que parecía hecho con iríseos jirones de niebla luminosa tejidos.

Mi terror entonces se cambió súbitamente en un bienestar inefable, divino, e iba a arrojarme a sus pies, después de haber visto su cara prodigiosa, pero él pasó rápido, sonriente, cual si no pisase en la tierra, y se deshizo al punto entre el fondo de la niebla, después de hacerme una profunda zalema.

Tuve tiempo, sin embargo, de ver un momento más su rostro maravilloso: ¡era el propio Don Hermógenes de Fae y Bentivoglio en persona, pero infinitamente más ennoblecido, si cabe, que pocas horas antes, cuando, alargándome un solo dedo, me despidiese protector en la *Quinta de las Rosas...!*

Un par de minutos después terminaba de cruzar el puente y, guiado por las luces de la población, que aparecían fantásticamente envueltas en el halo irisado de la niebla, no tardé en estar en nuestro hospedaje preguntando si estaba ya en él el Señor Miranda.

—Ahí ha estado solo, trabajando toda la tarde, pues ni Don Pepito ha venido todavía—me dijo una de las domésticas.

—¿Con que solo, solo toda la noche y por culpa mía?—le dije a Miranda, penetrando en el salón donde escribía a la familia.

—¿Solo? Todo lo contrario. Antes bien he tenido durante dos horas,

© Biblioteca Nacional de España

y hasta hace unos momentos, la mejor compañía del mundo... ¡Ya os figuraréis de quién hablo!

—¡El mismo; el del puente!—exclamé asombrado—. ¡El propio Don Hermógenes que le ha devuelto en cuerpo astral la visita de la tarde!

Miranda, modesto siempre, dió por toda contestación una sonrisa, que valía por un mundo.

En aquel instante entraba Narcés en el salón como una tromba.

—¡Les parece a ustedes el rapaz!—exclamó tirándose exacervadísimo sobre uno de los divanes que, bajo su gran peso, crujió *lamentándose*—¿pues no se ha escapado una vez más con esos bandidos...? Yo creí que estaría con ustedes en estas veinticuatro horas que han faltado tan extrañamente de casa.

Y añadió al punto:

—Es el *Karma*, el *Karma*. ¡Está visto!

Acudimos ambos a tranquilizarle. Miranda le alargó un cigarro, preguntándole cariñosamente qué le ocuría.

—¡Y además, se llevó todo el importe de una gran minuta!—seguía rugiendo Don Pepito.

A vuelta de cien apóstrofes y de doscientos rodeos, conseguimos sacar en síntesis la historia o drama aquel que tan excitado tenía a nuestro excelente amigo. Es a saber: que el *niño* Conradino había pasado por allí con los otros dos compadres a quienes ya conocemos y había hecho una de las suyas cobrando una minuta de dos mil quinientas pesetas que un cliente de Pravia adeudase a su señor hermano, con la sana intención sin duda de divertirse de lo lindo en las próximas fiestas de San Pedro y San Pablo.

Sólo un Ulises como Miranda, pudo acallar al fin a aquel Aquiles enfurecido, demostrándole que no debía ser la cosa como pensaba y que el chico acaso no había hecho mal en irse, o al menos no se le podría condenar sin antes oirle. Además, había un medio de conciliarlo todo y era que al día siguiente Narcés y yo partiésemos para Oviedo, no sólo con el propósito de que éste diese alcance a su *niño*, sino de que ambos fuésemos portadores de una carta para traernos a la casona de Soto al gran Don Félix de Belda y Flórez-Estrada.

—Es el llamado rey-chico de Somiedo; el hombre quizá más sabio de las Asturias—había dicho Miranda—. Buscándole, cumplo con órdenes superiores—añadió no sin cierto misterio—ya que sin él yo no podría ni sabría hacer nada en lo relativo a los lagos, y no voy yo mismo en persona a buscarle, porque, cerrada tiempo hace, la casona de Soto, debo disponer en ella lo necesario para dignamente recibirle y recibiros. Tomad, pues,

© Biblioteca Nacional de España

esta carta y aprestaos ambos a salir mañana en el primer tren, camino de Oviedo, para donde, desde la Pola de Somiedo, su habitual residencia, me dicen que él ha salido hace dos días.

Diciendo esto Miranda, puso en manos de Narcés una carta, no con sobre ordinario, sino doblada en las tres dobleces mismas del pliego del ciclista de marras que le llevasen en nombre del Padre Álvaro, y escrita en el mismo papel azul característico.

Preparéme, sin réplica, para obedecer, descansando de allí hasta el amanecer. Narcés, dócil siempre ante los menores deseos de su amigo, después de regruñir y protestar por puro capricho, cogió la carta y se despidió de entrambos hasta el siguiente día.

© Biblioteca Nacional de España

IV

En marcha hacia Oviedo.—Grado y *los moscones*.—Hazañas de extranjeros.—La maldición de nuestra política.—La dislocación cambriana de Miraflores.—El *metropolitano* ovetense.—La casa de la Rúa.—¡Volaron los pájaros!—Paciencia casi de santo.—La *morriña*.—La espléndida Catedral y sus tesoros.—Otros históricos edificios.—El Fontán y la Escandalera.—Nadie diga «de este agua no beberé».—En plena campaña electoral.—El Doctor Alvarez y sus *vegueros*.—Mi fuga hacia el Monte Naranco.—Hospitalidad tradicional.—Dos joyas arquitectónicas.—De regreso.

Antes de las ocho de la mañana, Narcés y yo, obedientes a nuestro jefe, que, al par, se encaminaba en su *auto* hacia su retiro de Soto de los Infantes, tomábamos el lindo tren-juguete vascoasturiano, camino de la ciudad de Don Fruela, la principesca Oviedo, en la más extraordinaria de las embajadas, cerca de Don Félix de Belda Flores-Estrada y Palacios de Olmedo, el segundo de los príncipes simbólicos de Asturias, como le llamaba respetuosamente Miranda, con residencia inmemorial en la Pola de Somiedo.

Nos alejamos, pues, de la gentil Pravia, aromada por el heno de sus prados empezados ya a segar, y, Nalón arriba, por su margen izquierda, seguimos a lo largo de San Román y San-diche, donde ya comenzaran otra vez las montañas cambrianas, antemural de los cordales de Quirós y del Áramo, parando en Grado, la tierra de *los moscones*, según mi nuevo guía, quien, aunque no tan sabio como el antiguo, no dejaba de estar documentado en historia del medioevo, y sobre todo en Derecho, aquel su *polo norte*, según Miranda, con frase feliz, decía.

—Esta es la señorial Grado, la segunda Oviedo, émulo de Gijón y de Avilés; la llave del Nalón y de la sierra; la ciudad de los eternos pleitos con los Miranda, célebre por antiguos gremios liberales y behetrías, esas mismas que, en el más sano de los tradicionalismos, quiere resucitar en nuestros días de vano atomismo francés el más grande de los españoles:

© Biblioteca Nacional de España

Don Antonio Maura y Montaner, mi ilustre jefe—dijo Narcés, con tono sincero, casi descubriéndose.

Luego añadió:

—Hacia aquí, la antigua iglesia que Miranda dice que es románica; hacia allí, la capilla de los de Valdecarzana, emparentados con nuestro amigo, y a esotro lado, la casa-palacio del Marqués de la Vega de Anzo, correligionario y amigo mío.

No sé si acerté a ver desde el tren, que arrancó pronto, cuanto aquel conspicuo político de Soto de los Infantes pretendía que viese; sólo sé que continuaba él su discurso mientras me mostraba a la derecha unos preciosos caseríos continuados a lo largo de un afluente del Nalón, entre lujurientes verduras y con hasta cinco ramales distintos de vía férrea; el que traíamos, el que íbamos a seguir, el minero que le cruzaba viniendo de Oviedo, por Soto a Barzana, para los arrastres carboneros de Quirós y de Teverga y la línea general de vía ancha, que es la que el servicio oficial de la Fundición y Fábrica Nacional de Armas utiliza. Todo estaba materialmente negro de carbón, cual si nos hallásemos en el centro más fabril de Inglaterra o Bélgica: el suelo, el río y los edificios, entre los que descollaban las chimeneas de las fábricas, mezclando con la neblina sus abundantes humos.

—Verdaderamente que Asturias es una zona industrial y minera capaz de honrar a España, y no me explico, más que por nuestras eternas desventuras, la emigración que sale de tan rico país—dije.

—Esos pícaros franceses y esos belgas nos la tienen perdida. Sus explotaciones son todas codiciosas; y, no estos políticos débiles que padecemos, sino un buen Gobierno, atento sólo a los intereses de nuestro rico suelo, es el llamado a impedirlas—continuó Narcés, arrimando el ascua a su sardina.

—Sin embargo, mi caro amigo—repliqué—, temo que exageréis en vuestro maurismo. Precisamente acabo de leer las quejas que «un praviano» formula ayer en *El Noroeste*, en nombre de la *Sociedad de Caza y Pesca*, contra la política de sus amigos de usted, los caciques de Pravia, a quienes acusa enérgico de que protegen los prohibidos artefactos Duhart de cierto extranjero que en el Nalón está haciendo su negocio, aunque acabando con las pocas truchas y salmones que quedan aún.

El golpe había sido certero, pues que mi excelente guía rugió indignado:

—¡*El Noroeste*, el órgano de Don Melquiades, el papelucho con el que me está dando la tabarra a todas horas el ácrata de Clodomiro Menes Viescas! Pues ved lo que de esa misma Sociedad dice *El Carbayón*, el único

© Biblioteca Nacional de España

periódico serio de la provincia; ved qué recuerdo tan oportuno acerca de que la pesca sólo podría rendir una cuarta parte más que todos nuestros montes juntos.

Y tirando a su vez de *su papel*, me mostró sueltos contrarios, por los que los mauristas de Pravia colgaban *el santo* a los del bando opuesto.

No quise insistir, que tal es nuestro infeliz estado de desidia, codicia e incultura. Las inculpaciones recíprocas de tirios y troyanos dejan bien al descubierto la llaga horrible en la que caza, pesca, arbolado, minería, fe, ciencia e historia astures agonizan. En vez de estos dimes y diretes estériles—pensé—, valdría más que adquiriesen todos una más clara idea de deber, de renunciación y de sacrificio propio, sin cuidarse tanto del vecino dentro del más desconsolador, no ya de los caciquismos, sino de los cabilismos.

—¡Cuánto nos enseñaría Miranda—dije, llevando a otra parte la conversación—, frente a estos taludes que son la más completa de las dislocaciones cambrianas en su transición al siluriano, antes de llegar a los cordales calizos de allá arriba, hacia Pajares y Quirós!

—Como que es de ver el cruzar a pie por estos sitios de Caces, Miraflores, Puerto y Fuso. Al igual de lo que pronto veréis en el concejo de Miranda, camino de Somiedo, no se puede poner un pie fuera de las carreteras, ceñidas contra los ríos. Los demás caminos no son sino precipicios, y el suelo entero parece destrozado por antiquísimos terremotos, como aquel que en el siglo diecisiete se sintiese en Cornellana y Pravia, retirándose el mar bastante trecho. Créalo usted. Hasta hoy mismo, en la zona de entre nuestro pueblo y Tuña, se han sentido, más de un invierno, ruidos subterráneos y algunos movimientos en el suelo.

Con estas conversaciones, a la continua interrumpidas para asomarme a una y otra ventanilla, viendo tan pronto un talud, como un precipicio, pasamos el Nalón por el imponente puente de Fuso da Reina, bifurcación de Ujo, y comenzamos a contornear el terreno cretáceo de Oviedo, del discutido *Ovietum, Jovetanum* o *Monte Wedo, de la Britonia*, hasta descender del simpático ferrocarril en una verdadera estación subterránea de Metropolitano parisino, no muy lejos de otras dos estaciones: la general y la del ferrocarril de la costa, que estaba bien ajeno de creer habría de tener seguirle también por uno de tantos azares de la vida.

Narcés, hombre atento y espléndido, a pesar de su vida pueblerina, quiso hacerme todo honor, llevándome al lujoso hotel de París, de donde, aseados un poco, partimos para el antiguo caserón de la Rúa, residencia transitoria de aquel inconmensurable latinista, bibliófilo y arqueólogo prin-

© Biblioteca Nacional de España

cipesco, en cuya busca veníamos. Aquí, sin embargo, comenzó mi calvario, porque preocupado siempre Narcés por la ruta probable del joven Conradino y de sus pesetas, parecióle bien a él, hombre calmoso como nadie, preguntar *de paso*, en las cinco o seis fondas de segundo orden, donde él presumía pudiese haber posado, sin que en ninguna de ellas nos diesen la menor noticia.

En diligencias tales, que agotaron mi paciencia, porque comprendía que estábamos faltando a nuestro deber, hubimos de emplear dos buenas horas hasta que, a vueltas de rodar por media población, llegamos, creo, a la plateresca *casa de la Rúa*, al antiguo portón señorial de aquellos próceres, Marqueses de Santa Cruz de Marcenado, emparentados con el Señor de Belda, y descendientes de aquel héroe, defensor de Orán contra los corsarios turcos, autor de unas *Reflexiones Militares*, que, por lo visto, según me enseñase días antes Miranda, fueron el alma de toda la reforma militar prusiana, hasta el punto de que Felipe V, creo, cierta vez envió una Comisión técnica a estudiar esta táctica, pasando por la vergüenza *kármica* de que el gran Federico II respondiese sencillamente:

—Hemos seguido al pie de la letra, las enseñanzas de las *Reflexiones Militares de Marcenado*, y... ¡regaló a la comisión un ejemplar español de aquel libro *que en España nadie había leído!*

—Acaba de salir Don Félix, no hace media hora, para Covadonga—nos dijeron.

Dirigí entonces una significativa mirada a mi calmoso amigo, quien, sobre su mal color característico, se puso lívido.

—¿Qué hacerle ya? ¡Paciencia!—repuso—. Esperaremos su vuelta que... ¿Será pronto?—añadió, dirigiéndose al criado.

—No sé decirle al señor—repuso el de la librea—; pero le he oído decir que estará en Covadonga, por lo menos dos días.

—¡A Covadonga al instante!—exclamé deseoso de cumplir como bueno la misión que se nos confiara.

—¡Calma, calma, amigo mío! Esto hasta resulta mejor para vos, pues que os permitirá visitar unas joyas arquitectónicas que no conocéis aún. —Y como pasásemos a la ventura, por delante de una casa de huéspedes, añadió:

—¡Esperad un momento, que puede que esté aquí!

—¿Quién, Don Félix?

—No, no... *el chico*—y penetró majestuoso, mientras yo me quedaba fuera, renegando del castigo, en forma de compañero de viaje, que me había caído, y recordando a tal propósito, los festivos versos de Carlos Mi-

© Biblioteca Nacional de España

randa que, aplicables al caso, leyese de no sé qué *yanqui* extravagante quien había ofrecido una cantidad fabulosa al que le presentase una cebra blanca, en el término de un año. El inglés que lo leyó—cuenta el poeta—fletó al punto un barco, y sin más trámites, partió para el Africa ecuatorial; el alemán partió de allí a poco, llevándose un arsenal espantoso, de diccionarios, instrumentos y cosas las más inverosímiles para dar con la cebra, mientras que el español que el anuncio leyese en el café, exclamaba: —La cosa es hecha; pero ¡mira que de aquí a un año!..., y pensando que ello no corría maldita la prisa, añadió: —... partiré dentro de diez meses—y... encendía una tagarnina, tan seguro como nadie de sí mismo y de su triunfo.

Tal pasó, sin variar un ápice. Vi bajar esta vez a mi Narcés, muy nervioso, diciéndome:

—¿Lo ve usted y cuánta razón tenía?

—¿Acaso no tenemos ya hoy tren ni coche para Covadonga?

—Lo que tenemos es que se ha marchado a la fiesta de Sama... ¡cómo yo me lo temía!

—¿El señor de Belda?

—No, hombre, no; está usted en Babia. ¡Conradino!

—¡Déjele, que ya a sus treinta y dos años sabrá andar por el mundo!

—¿Cómo se atreve usted a decirme eso, mal amigo? ¿Y ese *Falón del Naraval*, y ese Clodomiro y... sobre todo, mis quinientos duros?

—Luego de Covadonga, iremos a Sama.

—No, al contrario; a Covadonga iremos luego. Ya sabe que Don Félix estará allí por lo menos dos días y, caso contrario, aquí ha de dar el golpe a la vuelta.

El golpe quien me lo daba era Narcés a mí. Comprendí, con mi conocimiento de gentes y el que ya iba teniendo acerca de la terquedad astur, que aquel cántabro indomable no había de cambiar de resolución por más que yo le dijese, que antes se quiebra que se dobla un asturiano bueno, de esos que al Fontán no fuesen nunca. Resignéme, pues, con mi *karma*, aunque con sordo disgusto. Además, como había *pesetas* de por medio, el hacer más resistencia parecióme impolítico. Miranda, cuya ausencia deploraba, ya me lo perdonaría.

—Vamos, pues, en seguida a Sama.

—¡Mil rayos!—rugió Narcés—. Hasta mañana ya no tenemos tren.

—Entonces, visitemos la población.

—Sí; vamos a ver al nuevo candidato maurista para la Diputación y a los amigos políticos.

© Biblioteca Nacional de España

Aquello colmaba mi paciencia, y protesté de que se me tuviese en Oviedo, sin poder visitar la catedral y sus demás admirables edificios.

—Haced lo que gustéis: mi norma es la libertad *bien entendida*—me dijo en el colmo de la tolerancia aquel bondadoso tirano. Id donde gustéis, pero yo necesito visitar a los que he nombrado. ¿Qué diría de mí el partido si supiese que he estado en la capital y que...

—¡Libertad, pues, a cada uno!—repuse, y antes de que se torciesen más las cosas, dejéle subiendo por la regia escalinata de la diputación, mientras yo, calle San Francisco adelante, me encaminaba hacia la catedral, poco menos que a la ventura.

Entré en la prodigiosa fábrica de los siglos XIV al XVI, heredera de la silla de Britonia, completamente aturdido. El cielo se venía abajo en pura lluvia, y yo veíame solo, prisionero de guerra del más calmoso de los hombres al par que el mejor hermano y el más tremebundo de los políticos; agotado por la mala noche anterior, en que las brujas, el espectro del puente, o lo que fuése, apenas me dejaran dormir, y en busca, la más tortuosa posible, de un tesoro que se decía perfectamente señalado, pero del que, no obstante, no había podido ver señal efectiva alguna. Sentí entonces una mezcla indefinible de enojo, desilusión y decaimiento tales, que poco me faltó para no dar con todo al traste, tomando el tren para Madrid. Sólo el cariño, la ciega veneración hacia Miranda y la fe inconmovible que en él tenía, pudieron disuadirme... ¡Ya sabía, empero, desde aquel momento, cómo era la fatal morriña de Asturias!

Excusado es añadir que, pese a mis aficiones, apenas me di cuenta de la alta torre gótica, bordada arriba por el Renacimiento; ni de sus arcos torales y sus flamencas vidrieras polícromas; ni de la ojiva y el arte corintio de la capilla del Rey Casto; ni de la florida explosión de su claustro conventual; ni del tesoro del templo; ni de la románica capillita de Santa Leocadia; ni de la churrigueresca de Santa Eulalia la emeritense; ni del panteón de los primeros reyes de Asturias; ni de la Cruz primitiva, que tuviera á los Ángeles por sus orífices; ni de los miniados códices; ni de nada, en fin, de lo que, en otro estado de ánimo, me habría pasmado de asombro. Y si esto me aconteciese con la catedral, ¿qué añadir de las demás bellezas de Oviedo, tal como la austera Santo Domingo, la del *cuelebre* de nuestro alquimista y refugio del Oviedo tradicional en artes y ciencias, durante tiempos calamitosos; la ajimezada San Tirso; la capilla del Salvador, de Santa Clara y la lejana San Juan del Priorio; la casa de la Rúa y el horrible caserón benedictino de San Pelayo; la Fábrica de

© Biblioteca Nacional de España

Armas, el Fontán, los restos del viejo teatro que hubo enfrente; el nuevo teatro de Campoamor, Cimadevilla y la Escandalera?

—Para *escandalera*—pensaba—la de los políticos como mi amigo, que lo posponen todo a su pasión. ¡Con cuánta razón había reído uno de ellos, gobernador de Oviedo, al ver cómo tenían que doblegar la espina dorsal los que en el Fontán pretendiesen beber!: Ningún político diga «de este agua no beberé», exclamaba aquel gran satírico, quien dijese también que la *cazuela* del teatro viejo «se había volcado sobre las butacas» con los indianos enriquecidos.

El Parque de San Francisco, con su calle de Uría y su hermoso paseo de Bombé, refrescó algo mi cabeza, templando mis nervios, y a la una en punto me sentaba a la mesa del hotel, en espera de mi *tirano*, quien hubo de presentarse a las dos y cuarto con otros tres convidados, entre ellos ¡el candidato de allí a pocos días!

No tengo por qué añadir, acostumbrado yo a las sabias pláticas de Miranda, y sin saber palabra de política asturiana, ni no asturiana, la comida que me darían. Sólo sé que a las tres y media aún no habíamos concluído de semejante matraca, porque era de tener muy en cuenta que la elección vecina se presentaba ya más enconada que una guerra civil, y que, al acabar, cogiéndoseme del brazo cariñosamente aquel *hermano-terrible*, que veía en mí y en mi docilidad a su segundo Conradino, me dijo:

—Pues que ya visitó lo principal de la ciudad, vamos a tomar el café con el Doctor Alvarez, en su propia Clínica, que es la más célebre de Asturias. Conoceréis una de las instalaciones mejores de España, y de paso... veré si puedo convencerle de que su abstención en la próxima lucha electoral es, sencillamente, suicida.

No había resistencia posible, y, como un autómata, me dejé llevar calle de Uría adelante, subiendo en seguida hacia el barrio del Hospicio y el Museo Arqueológico, cerca de los que se hallaba el grandioso Sanatorio.

Un hombre joven, fino, limpio, y con cara de sabio alemán, nos recibía en el rellano de la escalera, exclamando cariñosamente:

—¿Usted por aquí, mi gran político? ¿Es el señor también, quizá, uno de los suyos, que... fumará, sin duda?

Y, sin más dar tiempo a la respuesta, casi sin estrechar mi mano y pese a mis protestas de cortesía, ya me había llenado la mano de puros. ¡Cinco *águilas* habanas, cinco *vegueros* de los de gran calibre, que, cual si barras de oro fuesen, atrapé agradecido!

Y después de esta *criolla* presentación del archisimpático médico,

© Biblioteca Nacional de España

vino la obligada visita a la Clínica-sanatorio, que, por lo limpia, por lo opulenta y por lo concurrida, hubo de dejarme suspenso. Tras la visita, y al punto, mientras nos servían el café en la marquesina que daba al jardín, la, no por prevista, menos temible acometida política.

Pero esta vez me pasé de listo, pues, no bien hubo Narcés empezado el más brillante, el más capcioso de sus exordios—esos discursos de palabras sin ideas, o *eucolálicos*, que constituyen la no envidiable especialidad de todo buen político—, cuando apuré de un trago aquel *moka*, excelente como de médico, y le dije a éste, por lo bajo y en francés, lengua por Narcés no muy conocida, que, harto ya de política, yo me escapaba a ver algo que valía más, es a saber: Santa María de Naranco y San Miguel de Lillo.

Entendióme el doctor a maravilla y, cual si fuera a evacuar otra diligencia precisa, me escapé sin que Narcés lo notase, entusiasmado como ya estaba, con su propia peroración y el seguro éxito que esperase de ella.

Vime ya en la calle, cual si hubiese roto una cadena y, aunque diluviaba, encendí uno de los vegueros regalados y tiré calle abajo, muy animoso ya, y dispuesto a visitar aquellos dos monumentos nacionales que no tienen pareja en toda la Península. Bien a diferencia de la mujer de Lot, no me atreví a volver la vista atrás por si Narcés venía.

—Mucho cuesta lo que mucho vale—me decía yo, viendo que seguía diluviando, sin encontrar un mal vehículo que se prestase a llevarme a la falda del Monte Naranco, donde se asientan esas dos preciosidades de San Miguel de Lillo y Santa María.

Educado ya en la escuela energética de Miranda, no quise desistir sin embargo, recordando lo que en análoga ocasión él me había dicho:

—El hombre es el soberano de esa misma Naturaleza que para engrandecerle, pretende esclavizarle, y por eso, cuando él afronta sereno los obstáculos, al parecer más invencibles, esos mismos obstáculos acaban por servirle sumisos... ¡Y cuánta falta no me estaba haciendo la sabia compañía de mi amigo, una de cuyas especialidades era precisamente ese arte romano-bizantino de Asturias, sobre el que tenía escrito un revolucionario libro, demostrando que semejante arte respondía a una orientación iniciática y ocultista ignorada por el mundo!

Literalmente metido en barro, eché camino arriba, amparándome como podía con mi impermeable contra la lluvia, la que, con arreglo a citada ley, había cedido un tanto no bien empezase a seguir la vía del ferrocarril minero que explota las antiguas minas romanas del Naranco, hasta el

© Biblioteca Nacional de España

punto donde, por transformarse aquél en funicular, tuve que cortar a campotraviesa.

Cuando el buen párroco, custodio de entrambos monumentos, me viese ante él, no podía creer que fuése yo un sér de este planeta, al así afrontar aquella tarde de agua y ventisca. Cristiano viejo sin duda, me recibió como a un personaje, pues que a sus ojos debí resultar uno de esos técnicos *rabiosos*, medio locos, que no retroceden ante nada con tal de consumar un estudio de interés, y como interesante, ¡vaya si lo era aquella anciana iglesita, dominando el valle entero de Oviedo y viendo reflejarse en él todas las vicisitudes de los tiempos desde hacía once siglos!

Aquellos monumentos del primero y más puro de los períodos románicos, se dicen fundados por Don Ramiro I rey de Asturias, hacia los años de 848 a 886, y no sabré reflejar con mi tosca pluma la hondísima impresión que me produjesen; más, mil veces más que la más ostentosa de las catedrales góticas del mundo, porque éstas, a la manera de una joven en la plenitud de su hermosura, no hubieran existido sin el precedente ocultista de aquellos otros templitos de los castos misterios, como el de Naranco que delante tenía.

El buen sacerdote me fué mostrando todo, detalle por detalle. Primero, desde el pradito del norte, la fábrica larga y estrecha, divina fábrica, en la que siglos ulteriores y pecadores habían velado la primitiva esbeltez de los descubiertos arcos del templo, so pretexto de conservarle o restaurarle. Luego las tres escaleritas de acceso por el prado, escaleras de las cuales la del centro tapaba una de las entradas de la cripta. Visitamos esta cripta por el lado contrario o de la ladera abajo, viendo en ella una bóveda de cañón con cinco arcos, de toba caliza y pilastras de granito, apta, cual un dolmen, para los misterios iniciáticos que los adeptos orientales de Bizancio trajesen a España al verse perseguidos por la intolerancia de los primeros Concilios.

Dentro ya del templo, mi emoción rayó en asombro ante aquella nave rectangular y única, soportada por columnas estriadas en doble cordoncillo, que a mí me pareciera mexicano *quipo*. Las tales columnas terminaban en complicados capiteles floridos, sin precedentes escultóricos, salvo en su dejo egipcio, de a cuatro cuarteles cada uno. En los cuarteles aquellos, origen quizá hasta de la cardina gótica, campeaban las figulinas más extrañas de caballeros y niños, o bien otros simbolismos que, a mi ignorancia parecieran—¡perdón, arqueólogos!—algo así como figuras de baraja, con sus cuatro palos de oros, copas, espadas y bastos, sobre todo en los medallones intercalares, festoneados por trenzada

© Biblioteca Nacional de España

greca, marcos romboidales encuadrando a aves y otros fantásticos bichos, y hojas alicatadas que flores de loto parecían.

La nave única, de doce arcos, mostraba frente a frente en sus dos costados, sendos testeros de a tres arcos por lado, que eran originariamente los pórticos de entrada y salida sin duda, por cuanto las escalerillas de entrada del costado, que tanto carácter le dan hoy, no fueron sino agregaciones ulteriores que ocultaran la entrada de la cripta. El pórtico del lado oriental ha sido transformado en sacristía, y sus tres arcos torales adaptados a la construcción del altar latino, pues es sabido que semejantes templitos que aún conservan el aroma de los primeros tiempos de la Reconquista, solían tener, ni más ni menos que después muchos templos masónicos y otros, su altar en el centro, razón por la cual, el buen Padre Carvallo pudo decir en sus *Antigüedades*, que era fórmula rituaria al entonar el sacerdote el *dominus vobiscum*, el que éste se volviese hacia los fieles, si celebraba como hoy en *rito romano* la Misa, y siguiese, en cambio, cara al pueblo, al pronunciar aquella frase, si el altar estaba interpuesto, como primitivamente, entre el oficiante y el pueblo mismo.

Al ver aquello, y mientras leía la inscripción más moderna del altar de madera de la sacristía, pensaba que aquel detalle, al parecer insignificante, de Carvallo, había dado harto qué pensar a Miranda, pues un oficiante cara al altar antiguo y al pueblo le pareciese a él un hierofante verdadero, que, en nombre de la Divinidad, otorga a éste sus Tesoros, mientras que un oficiante entre el altar y el pueblo, ya no parece que otorga, sino que suplica, lo que no es lo mismo.

La pila del agua bendita en forma de cáliz, las cruces y demás caprichos de algunos escusones, el tableado exterior de las pilastras, el conjunto, en fin, y los más nimios detalles del divino edificio, me transportaron largo rato hasta aquella época inocente y austera, en la que los reyes alzaban miniaturas de palacios para su Dios, viviendo ellos casi en chozas. El buen *pater* estaba encantado viendo mi entusiasmo, y con llaneza genuinamente astur, que acepté con todo mi corazón agradecido, invitóme a tomar con él el chocolate. Mientras éste se preparaba, puso en mis manos, como prueba de confianza y porque él tenía que hacer no sé qué en el templo, la llave del vecino San Martín de Lillo. Yo, con ella en las manos, cuesta arriba por una calleja solitaria, me creía investido de no sé qué poderes, y temblando de emoción, trescientes metros más allá, sin pensar en si llovía, ni en si me llenaba de barro hasta los ojos, abrí, en medio de sepulcral silencio, cual nuevo ermitaño de otros tiempos, el basto portón recién puesto que cierra la entrada a la ex iglesia de San Miguel de Lino o

© Biblioteca Nacional de España

de Lillo, no sin antes quedarme extático frente a las cuatro joyas engastadas en el singular frontispicio, o sean, el rosetón del caballete y las tres ventanitas de doble arco y roseta octofolia, que parecía una anticipación secular de los alicatados de la Alhambra, en aquél el más primieval de los estilos bizantinos.

Ya dentro, no sé por qué asociación de ideas afines, me parecía hallarme, como días antes, en la Cueva de Sequeiros, ante aquellos *elementales* tallados junto a la puerta de entrada, que parecen arrancados, más que a un bajo relieve egipcio o asirio, a un códice maya como los de nuestro Museo Nacional, y habría dado algunos años de vida por saber el significado efectivo de ciertas labores del coro y de aquel simbolismo chocante, en el que, no lejos de una mujer—una doncella acaso de las del *Tributo*—alzada sobre rosetones, aparecen dos entes monstruosos que mantienen, cabeza abajo, a un sér humano, cuyas piernas están dobladas hacia arriba y horizontalmente, mientras que de su cráneo salen, cual intuitivos efluvios *pineales*, las más complicadas grecas.

Verdaderamente, había más que estudiar de lo que podía creerse en el no bien conservado templito, y propuse en mi corazón no marchar del Principado sin consagrarle, en unión de Miranda, todo un día—¡maldito reloj, y cómo andaba aún en aquel sitio que sólo de eternidad y fe hablara a mi espíritu!—; no podía hacer esperar más su chocolate al excelente cura, quien, por su espíritu hospitalario, bien merecía ser considerado el sucesor más legítimo de aquella Doña Balsequida Giráldez, que, allá hacia el año 1232, reinando el rey-iniciado de Don Alfonso el Sabio, donase a la Hermandad ovetense de *Alfayates* sastres y *otros buenos vecinos* aquel hospital para necesitados, que luego fuése el celebérrimo punto de cita de la *Romería del Bollu* en Pascuas, porque *bollu*, bollo riquísimo acompañó en aquel mi ágape del Naranco al delicioso soconusco del tan caritativo párroco, con quien tuve que cortar bien pronto, ya que se me hacía, dolorosamente, tarde, una conversación más sabrosa que el chocolate mismo.

Apretando el paso, descendí como pude hasta frente de la estación, y luego, por calles desusadas, fuí a dar frente a la Fábrica de Armas y carretera de Gijón. Acerté así a llegar a Santullano cuando ya declinaba el día, para ver aún más restos románicos de la antiquísima iglesia, hermana gemela de las dos que había visto, y asimismo de Santa Cristina, de Lena; Priesca, de Villaviciosa; San Antolín, de Bedón; Serrapio, de Aller; Colegiata de Salas; Santa María de la Vega; San Julián de los Prados; Santa Eulalia de Ujo, en Mires; San Bartolomé de Nava; Santa María de Narza-

© Biblioteca Nacional de España

na, en Sariego; San Salvador, de Cornellana; San Juan del Priorio; San Pedro, de Villanueva; San Salvador, de Valdediós, y su vecina San Juan de Amandi, en Villaviciosa, restaurada por el noble arqueólogo Don Fortunato de Selgas.

Rendido por el esfuerzo, regresé a la fonda, donde todos me tomasen por un extranjero al ver mi extravagancia, que ya corriese por todo Oviedo, de andar en tales expediciones con semejante día. Sólo Narcés, en pleno fuego de sus sin cesar renovadas entrevistas políticas, no se había dado cuenta de mi ausencia, y halléle radiante en el comedor, sin acordarse más que de sus tatarabuelos de aquel Don Félix de Belda, ni aun casi de su Conradino y de sus pesetas... ¡Cómo que había triunfado de la abstención del Doctor, y ello suponía una aportación de casi un millar de sufragios para la reñida lucha vecina!

© Biblioteca Nacional de España

V

Camino hacia Sama y Langreo.—La *Aldea Perdida* y mis remordimientos.—Discusión sobre el tesoro.—El pleito ganado por el escepticismo de Narcés.—«Mi corazón con Orestes; mis votos con Pirro».—Hazaña de Conradino.—Narcés llena de billetes de Banco su cartera.—Un gran corazón, por el Derecho, torcido.—Visita a la cuenca carbonera.—El pozo del Molinuco.—El himno a Ceres y a la Agricultura.

A la mañana siguiente tomamos el tren para Sama, la capital del consejo de Langreo y antigua obispalía, a orillas del Nalón, y sobre cuyo nombre sánscrito, relacionado con *Soma* o la Luna, radical de tantos otros nombres astures, ya me habría dado la oportuna lección Miranda, si con nosotros hubiese visitado aquella cuenca carbonífera que es, sin disputa, la mejor de España, pues que abarca toda la parte del medio y alto Nalón, hasta su fuente Nalona, frente a los picachos de Tarna.

La guía nos decía cosas estupendas acerca de la riqueza de aquel subsuelo, parangonable sólo con los mejores de la zona de Cardiff, Newcastle, Valenciennes y Lieja, y la guía no exageraba, porque a la vista tuvimos bien pronto el bosque de chimeneas de los Altos Hornos de la Felguera y de Langreo, que ya forman con Sama una sola población, lindísima por sus quintas, su parque, su Ayuntamiento, su teatro Vital Aza y sus aguas sulfurosas de Lada; populosa con sus aledaños mineros e industriales, que parecen no acabarse nunca, y con seguridades, en fin, de mayor crecimiento todavía por cuanto entonces mismo seguíamos las huellas de los dos representantes, industrial y técnico, de poderosa Casa bilbaína, con los que, al parecer, iban nuestros *Falón*, Clodomiro y Conradino, hombres, ¡ay!, que tampoco resultaron estar en Sama, ni en Ciaño, ni en Oscura; por donde sucesivamente los fuímos buscando, ni aun en la Pola de Laviana, de cinco kilómetros más allá, sino en el Coto de Tiraña, en la antigua aldeíta de los señores de Nava, que esconde las trescientas casas y hórreos de su vecindario a lo largo del arroyito que aprisionan las sierras de Carvajal y Ferrera en su anguloso entronque con la imponente Peña Mayor,

© Biblioteca Nacional de España

derivación, a su vez, de los Montes de la Muriosa, Rosellón, Gamonal y la Trapa, a cuyo otro lado corren el río de Mon, y el de la Cueva que va a pasar por Infiesto.

A pesar del sordo remordimiento que sentía al estar faltando, por debilidad de carácter, a mis deberes *diplomáticos* cerca del gran Don Félix de Belda, sentía al par cierto gozo visitando aquella cuenca carbonífera que habla aún más para el futuro que para el presente de Asturias, y evocando, en su tierra natal, aquellas siluetas queridas de Don César de las Matas de Arbín, Don Félix Cantalicio, Nolo de la Braña Firmo de Rivota y demás héroes de *La Aldea Perdida*, que allá en los fronteros Lorio, Condado, Villota y demás deliciosos rinconcitos, realizasen sus épicas hazañas frente a un futuro que les relegara pronto a la categoría ancestral de caballeros andantes aplastados por la locomotora y el automóvil, o llevados por el aeroplano a los mismísimos cuernos de la Luna. Yo no podía decir, no, con Palacio Valdés, su *Et in Arcadia ego*, porque la industria más impía halos ya aniquilado, y porque siendo los paisajes, según Amiel, meros estados de alma, en la mía arañaba el remordimiento, como ya he dicho, afrentándome poco antes al pasar por frente a nobiliaria casa entre Oviedo y Sama y recordar a aquel profesor de energía que se llamó Don Juan Prim, cuando, llevado allí mismo por la magnanimidad de un prócer, nada liberal por cierto, aguantó impasible su destierro antes que ceder a tiranías cual la que a mí me traía de acá para allá, faltando a mis compromisos.

Tal pensaba, durante nuestro silencioso viaje, hasta que al fin, no pudiendo más, dije a mi querido Narcés:

—Estamos faltando abiertamente a nuestros deberes, y yo protesto, terrible amigo. Si fuése el portador, y no vos, de la carta para Don Félix, solo o acompañado, estaría ya en Covadonga.

—*Distincio tempora concordavit jura*—replicó aquel impenitente, siempre a caballo sobre sus latines jurídicos—. Ya sabéis que aún tenemos dos días por delante y que tengo además derecho a salvar entretanto mis quinientos duros y velar por ese chiquillo... Esta es la fija, porque además, bien mirado el asunto, yo me figuro de que, por culpa de la excesiva imaginación de Miranda, estamos haciendo, o vamos hacer, una gran locura.

—¿Cómo?; ¿os atrevéis a dudar de que el tesoro...?

—Yo, por lo menos, no lo afirmo tan a ciegas como usted. Faltan pruebas, y el fallo tiene, pues, que ser adverso para el demandante.

—¿Cómo que faltan pruebas? Pues ¿y el documento?

—¡Donoso documento! Un documento que no está firmado por nadie, y en el que tampoco se ha hecho el debido cotejo o compulsa de letras. Un

© Biblioteca Nacional de España

papel suelto, denegrido, en un legajo, que tampoco se ha probado fuése del alemán dichoso, de un ente puramente fantástico, pues que dicen se embarcó, muerto ya y todo, para Irlanda, en un barquito con la vela blanca y negra, y, en fin, un documento con unos latines bastante macarrónicos, llenos de erratas y de ningún modo, pues, atribuíbles a un sabio como el Señor Frassinelli, de quien se dice que fuése un latinista consumado. Vos mismo, que conoceréis como yo al menos, la lengua de la Iglesia y del Derecho, lo deberíais haber notado—añadió aquel gran abogado, arreciando en sus acusaciones.

—¿Yo?, ¡pobre de mí!—repuse—si apenas deletreo la lengua de Horacio, y estoy temiendo el cometer las más graves faltas, que el público me perdonará, cuando, por orden de Miranda, escriba la crónica de nuestro viaje...

—No, no, —continuó con mayor viveza—. Este Miranda, a quien tanto quiero, se nos va a perturbar con tamañas locuras y hay que no apoyarle, y hasta que contradecirle por el bien suyo y... el de usted...

—Sin embargo, las señales del tesoro...

—¡Ahí está la gorda, y en donde os tengo ya cogido! Venid acá, soñadores infelices, ¿qué señales, de las que en el dichoso papel constan, habéis comprobado hasta aquí?

Quedéme petrificado, porque el tiro había dado en el blanco, y el abogado iba a ganar el pleito con las costas.

—Fijaos bien, y puntualicemos los hechos de autos: ¿No es cierto que yo he buscado por tierra y ustedes a lo largo de la costa, sin hallar nada positivo?

—Sí; pero la primera señal correspondía, según los cálculos, a Cudillero.

—¡Los cálculos, valientes locuras! Y ¿qué habéis encontrado, pues, en Cudillero, a pesar de que os estuvisteis desojando una tarde entera frente a la *Grieta del Azufre?*

—En efecto, nada hallé, lo confieso. El mismo alquimista nada nos dijo.

—Bien; sigamos. ¿Qué vió usted luego en Peña-Aullán, junto al Nalón, donde correspondía que estuviese la señal segunda?

—Nada, nada efectivamente—e iba a añadir—: como no fuése el espectro o *doble* del Señor Bentivoglio.

—Pues, aun falta lo mejor; la prueba definitiva.

—¡Decid, decid!—exclamé, notando que ante aquel fiscal terrible vacilaban mis convicciones.

—¡Casi nada!: que yo vivo desde niño en Soto, donde reza el documen-

© Biblioteca Nacional de España

to que hay otra señal, y nunca la he visto en mis pescas, excursiones ni cacerías y ¡estoy por los cuarenta años!

—Ya sabéis que una señal sobre una roca, un talud o cosa así, puede borrarse, o pasar inadvertida para todo el mundo.

—Mucho decir es, pero, aunque os lo concediese, notad también que soy concejal en Salas; que de niño y de hombre he visitado la torre y palacio de los Valdés, desde la época en que la habitase el Padre Álvaro, y allí, ¡os apuesto mil duros!, no existe señal alguna, como os podréis convencer por vuestros propios ojos muy en breve.

La cosa era terrible. Yo mismo me iba a desengañar de allí a poco. El pleito estaba casi perdido, e iba a formular una última defensa, pero me la cortó Narcés, añadiendo triunfante:

—El mismo Antonín está convencido de todo esto quizá, y por eso recurre a Don Félix, el reyezuelo sabio de Somiedo. ¿Le habéis visto, además, preocuparse de las señales esas, ni poco ni mucho?

El argumento no tenía réplica. Miranda, en efecto, no parecía haberse preocupado nada de pesquisas ni de señales, desde el día de Cudillero mismo, y hasta creí sorprender en sus finos labios, cuando yo buscaba, no sé qué clase de extraña sonrisa.

Sin embargo, leal siempre hacia quien tan merecida confianza me inspirase, le dije a Narcés, al par que hacía el firmísimo propósito de buscar hasta lo imposible las señales, cuando en Salas y en Soto me viese.

—Mis votos con Pirro; pero mi corazón con Orestes. Quiero decir, que temo tenga usted razón, pero que a Miranda me atengo—repuse.

El pleito terminó por entonces, porque llegábamos a Tiraña.

Allí, en una alegre casa de la izquierda, casi frente a la iglesita del pueblo y su prado, encontramos por fin al joven Conradino, con sus dos inseparables y con los dos mineros bilbaínos.

La presencia de estos últimos evitó quizá entre los dos hermanos una escena violenta, o más bien la evitó el que Conradino dijese al punto:

—No te esperaba, Pepe, y acaso hayas pensado mal de mí. Ven, que me descargues de dinero.

E incontinenti, sobre su propia cama, el simpático Conradino empezó a largar a su asombrado hermano, billetes tras billetes, todos de cien pesetas.

—Toma: estos son los honorarios cobrados, que tomé, por si necesitaba dinero con los de Bilbao. Toma, además de los quinientos pesos que no he tenido necesidad de tocar, otros seiscientos duros que me entregaron hace poco esos señores para ti, como previsión de fondos, porque te

© Biblioteca Nacional de España

han nombrado, por mí, abogado-consultor de la Compañía carbonera que va a dar impulso a las explotaciones de esta zona.

Narcés estaba asombrado. Yo le castigué en sus anteriores desconfianzas, diciéndole impío:

—El *niño*, es mil veces mejor que usted, y ya puede andar solo por el mundo.

—¿Pero sería así, si no le hubiese yo educado y guiado como un padre verdadero?—replicó conmovido aquel corazonazo astur de Narcés, uno de los hombres de mejor fondo que he tratado en mi vida, y a quien, solamente en aquella ocasión, el Derecho había *torcido*.

Después de comer, los bilbaínos nos invitaron a visitar las explotaciones. No deseaba yo otra cosa. Narcés, que, tras lo acaecido, estaba de buenas, a todo se avino.

Partimos, pues, en el cochecito de aquéllos, desandando en gran parte el camino. Las célebres explotaciones del Duque de Rianzares; las de Herrero y Compañía; las de Entralgo, Figaredo, Caudín, la Mosquitera, los *cokes* de Delbroukc y de Gándara, la Metalúrgica belga y algunas más de aquel Langreo o *Langüeyo*, «lugar apacible», fueron pasadas en más o menos rápida visita. Todos los honores los guardaban para *La Señorita*, *La Colasa*, *El Carbonero* y *El Molinuco*, las capas más célebres en la historia de aquella cuenca típica, que han dado más del 60 por 100 de *cok* en los ensayos de nuestra Marina.

—Aquí hay hullas secas y hullas crasas, mejores que las de Newcastle —me decía el ingeniero—. Los carbones del Nalón son de buenos como los de cualquier otro sitio, pero el *triaje* o escogido...

—Sé, señor, lo que vais a decir—repliqué, recordando algo que en tiempos me dijese Miranda—. En la eterna lucha que los elementos del bien y los del mal mantienen de antiguo en nuestra patria, al perder nuestras típicas cualidades idealistas, nos hemos transformado en los más vulgares Sanchos, y nuestra grosería moral corre parejas con nuestro abandono físico, porque el cuerpo y la obra del hombre siguen fatalmente la evolución de su espíritu. La verdadera selección, el *triaje* a que aludís, triste es decirlo, se viene operando en España a la inversa, desde los tristes días en que sus ideas religiosas murieron a manos de una hipocresía de sepulcros blanqueados, intolerante, egoísta e impía. ¡Sí, sí, la selección moral es algo indispensable para la selección física! No puede escoger bien los carbones, separándolos de su ganga, el pueblo, que no sabe ya distinguir el divino oro de su pasado, de las escorias ulteriores de nuestra

© Biblioteca Nacional de España

decadencia de casi cuatro siglos, porque en nuestra hermosa historia lo viejo es la libertad y lo nuevo la servidumbre.

—No acierto a explicarme—dijo el otro bilbaíno—, cómo una región no peor que la cuenca carbonífera del norte de Francia, sostenga una emigración enorme a América y esté por ello despoblada, teniendo bajo sus piés tamaña riqueza mineralógica.

—Como que en los últimos diez años—añadió Narcés—, el total de los desertores de quintas ha llegado al sesenta por ciento de los alistados, y, ¡cosa rara, que pinta a la nobleza astur!, jamás los quintos perjudicados por las deserciones de otros los han denunciado nunca.

Mientras tomábamos el té junto a una de las perforaciones, el ingeniero nos hizo una completa historia de la minería asturiana, en especial de sus carbones, desde la época en que el tan admirable Jove-Llanos elevara al rey su famoso *Informe sobre el beneficio del carbón de piedra y utilidad de su comercio*, proponiendo la construcción de un camino de hierro de tracción animal, semejante a los primitivos de Escocia, sin conseguir otra cosa más que el que durmiera su trabajo en los archivos, y de que aún en 1825, cuando ya tomasen vuelo las explotaciones en otros países, sólo la aprovechaban todavía los vecinos pobres de Langreo y Pola de Siero. Luego nos dió completa enseñanza acerca de la cuenca central de los viejos y casi agotados criaderos devónicos de Arnao, Teverga y Ferroñes de Avilés; los tan típicos de Aller, los de Pola de Lena en el río Caudal, afluente del Nalón por su izquierda; los de Mieres, en Turón, las Coruxas y Figaredo, que siguen en sus capas hasta el cordal de Quirós, mientras nosotros ocupábamos a la sazón el broche central de Langreo. Las antracitas de la pizarra de Cangas, Tineo y Truébano que me enseñase Miranda, merecieron al bilbaíno no pocas esperanzas para un más remoto futuro, cuando la hulla escasee ya y aumenten las vías en Asturias.

Luego descendimos al pozo principal del *Molinuco*, completamente despojados de ropas, sustituídas por sendos trajes de mineros y lámparas de seguridad, fijadas en la copa de nuestros sombreros de caucho, para poder tener entrambas manos libres.

Son impresiones que no se olvidan fácilmente las de tales minas. Primero, la angustia del descenso, tragados por un pozo negrísimo, en el que las aristas de las rocas brillaban como obsidianas heridas por fulgores de relámpagos, pared arriba. Después, la triste impresión de aquellos caballos infelices de las vagonetas, llevados por verdaderos diablos y condenados allá abajo a perpetua noche, con la que los ojos se les ponen al fin abultosos, sin sensibilidad y dibujando congestivamente en su fondo los

© Biblioteca Nacional de España

más finos capilares sanguíneos, y las estruendosas detonaciones, en fin, de los barrenos de la galería de por cima, con la sensación perfecta del enterrado en vida, cuesta arriba de los agujeros de no más de un metro de ancho por otro tanto de altura de la canal, por donde el carbón cae sobre las vagonetas, desde la cavidad aquella de más arriba, cavidad en la que, medio tendido, medio de rodillas, arranca, noche y día el carbón de la lustrosa capa, el zapapico del obrero.

—¡Oh, santa, oh divina Agricultura!—hube de exclamar cuando me vi ya fuera de aquel infierno dantesco, en plena luz de un sol que iba ya a ocultarse—con razón os han cantado los poetas y bendecido los fundadores de religiones, porque tú sola eres la casta, la pura, la sencilla adoración de Ceres, la diosa coronada de pámpanos y espigas. ¿Tendría razón Mahoma, al prohibir que el hombre arañe, desgarre así las entrañas de la Madre-Tierra? No lo creía, pero yo al menos no sería minero por nada del mundo.

A la luz del crepúsculo más hermoso, tras los pasados días de lluvia, regresamos a Tiraña todos, menos nuestros dos simpáticos amigos bilbaínos.

© Biblioteca Nacional de España

VI

Laviana y la víspera de San Pablo.—Miel sobre hojuelas.—Un joven émulo del inconmensurable Miranda.—Por los campos de la Antropología.—Un chino en la braña de Buspol.—Las adivinaciones de Don Federico Olóriz.—Dolicocefalía y braquicefalía.—La raza futura.—El gran mitólogo Don Juan Menéndez Pidal.—Las Vacas Celestes.—Los Vedas astures.—Saburnín-Saturno.—Costumbres de suprema pureza y de idealidad divina.—Roldanes y Beltenebros.—Un precioso detalle del primer romance bable.—La Danza prima y la Astronomía.—Leyendas sobre leyendas.—El *karma* de Narcés.—¿Mi existencia anterior en Asturias?

Por lo visto habíamos caído en la comarca de Laviana en vísperas de San Pedro y San Pablo, o sea en el momento más propicio para admirar de cerca la famosa *Danza Prima*, menos desnaturalizada allí que en los pueblos de la Marina. Además, aquel día se había celebrado una boda de rumbo en Tiraña, que era como añadir miel sobre hojuelas a mi afán de investigar las extrañas supervivencias ancestrales del país.

Merced a esta doble causa podía asegurarse que, desde el Pico de Mea, en Pinacrespa, más acá de los concejos de Caso y de Sobrescobio, hasta Peña Corvera, San Mamés, Ferrera y Peñamayor, no había aldehuela que no estuviese representada en el pradillo frontero a la iglesia por algún gentil danzarín o alguna hermosa *mocina*, dispuestos a desquitarse en tales fiestas de sus ingratas tareas campestres o mineras. La famosa *Vía-Ana* romana que a la Pola de Laviana diese el nombre, hacía tiempo que no viese pasar caravana más lucida que la que había traído de su pueblo el novio, mancebo que, de cumplirse el aforismo astur de «así debe el hombre ser como debe parecer», tenía que ser una persona excelente.

Para colmo de mi ventura, momentos después que nosotros, descendía de su caballo asturcón en la puerta de la fonda, un gallardo joven, de aspecto simpático y vivo, con traje de deportista, y tras de él, un criado con un estuche característico, idéntico a la *caja Topinard*, para mediciones antropométricas que viese también en casa de Miranda, en Altamira. No

© Biblioteca Nacional de España

me cabía duda: aquel joven era un antropólogo, *rara avis* todavía, no ya en Asturias, sino en el resto de la Península.

Pero lo que estaba muy lejos de pensar era que el recién llegado fuése ya desde hacía varias semanas un amigo, un hermano espiritual mío. ¡Como que se trataba nada menos que del laboriosísimo Juan Uría y Ríu, el investigador aquel de antropología y de prehistoria, cuyo nombre no se le caía a Miranda de la boca tantas veces como me hablase acerca de la mitología del Principado! Deputé aquella coincidencia, pues, como un don celeste, y me presenté a él yo mismo, así que confirmé la exactitud de mis sospechas. No tuve por qué arrepentirme de ello, porque astur más franco, joven más inteligente que Uría, no le había tropezado en todo el Principado. Con decir que era casi un segundo Miranda, de sólo veintidós años, está dicho todo de él.

Nadie como Uría conocía aquellos misteriosos Concejos de la Asturias central, desde Quirós hasta Peña Mea, y no digamos nada de la parte occidental que traíamos recorrida. ¡Como que se pasaba buena parte del año en Agüerina, en aquel pueblo que había ya dado en otras épocas glorias bien preclaras a la tierra de Pelayo!

Cien veces, a pie, o a caballo en su potro de la pura raza alabada por Plinio, se había recorrido todo el Principado, con los aparatos antropométricos Topinard siempre a la mano, y en la cabeza, cuantas obras clásicas de Antropología se conocen, en especial la de nuestro Don Federico Olóriz, *Distribución geográfica del índice cefálico en España*, obra cuyas admirables conclusiones sacadas midiendo sólo 113 individuos había ampliado el joven antropólogo en un mapa aún inédito, pero que está llamado a tener resonancia científica. Los índices cefálico, nasal, frontal, facial, occipital, y los diámetros anteroposterior y transverso, medidos en centenares de casos por Uría, junto con el estudio que había hecho de los demás detalles antropométricos de coloración de piel, pelo y ojos, anchura bicigomática, altura nasio-sinfísica, curva glabelo-iniaca, etc., según fuí apreciando en el curso de la conversación con él, permitían ya formular muy serios avances para el estudio de una antropología asturiana harto curiosa, que diese formato científico a las prodigiosas intuiciones de nuestro Miranda, por entrambos tan querido.

—Decidme, pues—le interrogué a Uría, así que había tomado vuelo nuestra científica conversación—, ¿podemos ya determinar con certeza las razas más típicas de Asturias con vista a la Antropología?

—En mis investigaciones antropométricas encuentro muy mezclados ya los tipos primitivos, a base de los dos más abundantes, que son el do-

© Biblioteca Nacional de España

licocéfalo moreno, de estatura variable, más bien alta, ojos castaño-verdosos y cara alargada, al que ustedes llaman *anquo* o *anco ibero*, y el braquicéfalo celta, rubio para ustedes, y para mí moreno también, de redonda cara y buena estatura. Este último tipo abunda sobre todo y es más puro entre los célebres *Vaqueiros de Alzada*. Días pasados, en la braña de Buspol (Salas), pude observar un raro caso de vaqueiro atavismo, pues que sin duda alguna, no se trataba de ningún caso de *mogoloide* o de raquitismo. Era un hombre como de treinta años, bajo, moreno, braquicéfalo, de pómulos salientes, nariz anchísima y con ojos castaños, de tal manera oblicuos, que los de un chino parecían. Semejante caso se repite algunas veces en los Concejos de la montaña, donde los braquicéfalos abundan, pues, al cruzarse elementos del mismo tipo, resultan sucesores que nos retornan, por atavismo, a la pura raza troncal primitiva.

—Según eso—dije—, os habéis visto, como por ensalmo, frente a un verdadero mogol, y no *mongol*, como, por afrancesamiento, decimos.

—Ciertamente, señor; como que la raza braquicéfala alpina es considerada, en general, como de origen mogol o asiático. El etnólogo alemán Wirth, sostiene, a mi juicio con fundamento, que hubo una época en que el turanio siberiano se extendía desde el Tibet hasta el Pirineo, y así lo dijo en la sesión décima tercera del Congreso Internacional de Antropología y Arqueología prehistóricas, donde hubo sabios, como el gran antropólogo italiano Giufrida Buggieri, que sostuvieron asimismo que semejante tipo es autóctono en Europa, apoyándose para ello en la braquicefalia del cráneo paleolítico de Krapina, hallado en los Kárpatos austriacos, si bien el francés Rivet tiene por dudosa tal braquicefalia. Semejante problema ha hecho decir a Chantre que nos hallamos frente a dos diferentes braquicefalias: la de cráneo más alto, a la que llaman *armenoide*, venida del Oriente, por mar, hasta Europa, y la de más bajo o aplastado cráneo, demarcada por las cordilleras sucesivas de la Europa Central hasta Asturias, pues, ya dijo antaño Topinard, que la raza braquicéfala no era sino una mera desmembración del gran tronco amarillo asiático.

—Es verdaderamente sugestivo todo eso que me decís.

—Sí. El propio G. Hervé ha encontrado asimismo que el cinco o diez por ciento, al menos, de la población montañesa de Francia, presenta iguales caracteres mogoloides que los del vaqueiro de Buspol que acabo de medir.

—¿Y qué representa para usted psicológicamente semejante tipo?

—Es demasiado grave en sí, como sabéis, el establecer así de plano la relación entre el tipo antropológico y su probable psicología; pero para

© Biblioteca Nacional de España

Topinard, el citado tipo representa el espíritu de paz, de honestidad, orden, patriotismo y economía, doquiera que se encuentra.

—Así me explico el por qué el astur, como el piamontés y el saboyano, retornan a su tierra, por muchos países que hayan recorrido.

—Aún dice mucho más Topinard, pues asegura que a esta raza admirable pertenece por entero el porvenir, y así se explica el que las gentes de nuestro noroeste, igual en Madrid que en América, han sido los preferidos por su abnegada fidelidad para todos los puestos de confianza, y cómo ellos han reunido capitales considerables y montado espléndidas industrias.

—¿De modo que la antropología nos da tipos bien opuestos en el Principado desde la dolicocefalia ibera, con índice a veces, aún por bajo de setenta, hasta la misma suprabraquicefalia celta de aún ochenta y cuatro; es decir, un mundo de razas cual sólo existe en los Balkanes y en especial en la India?

—Sí; y cuando visite usted conmigo las cuencas de los ríos Pajares y Huerma, más acá del Áramo, tropezará con verdaderos tártaros vaqueiros, pues ya lo ha dicho nuestro Juan Menéndez Pidal.

—¿Podéis repetirme por extenso lo que este señor dice?

—Con el mayor gusto. Para Pidal, como para tantos otros que conocen a fondo estos problemas, «los pueblos arios vivían en diálogo perpetuo con la agreste soledad; interrogaban siempre al cielo, observando sus mudanzas, que les anunciaban, ora pastos abundantes para sus rebaños, ora estériles sequías. El galardón del beneficio era obra de *Agni*, del próvido y fecundo Sol, y de un tenebroso genio rival suyo, el azote cruel contra quien en Aller se ponía el talismán del *achu*, por eso el bien y el mal estaban simbolizados en la luz y en las sombras. Para la poesía védica, la luz del astro que se oculta por la noche o que es entenebrecida por las nubes, la lluvia aguardada por las sedientas campiñas suelen ser robadas a los hombres por el genio maligno; pero Indra, el dios armado con su brillante rayo, le vence libertando a las aguas y a la luz. Esas tribus de guerreros-pastores no vieron sino héroes y rebaños en los campos azules del firmamento, y para ellos las nubes no eran sino *vacas celestes;* leche, el agua que encerraban sus senos ubérrimos; mugidos de tales vacas, los truenos, y establo donde ellas se refugiaran juntas, las imponentes lobrogueces de la tormenta.»

—¡Qué Arcadia tan sublime!

«—Oyendo el rezongar, ya próximo, ya lejano de los truenos—sigue enseñándonos Menéndez Pidal—, un pastor de Pajares en cuya choza me

© Biblioteca Nacional de España

guareciese contra la tempestad, me propuso esta *cosadiella* o adivinanza, que en su sencillez primitiva, es todo un mito ariano y cuyo sentido oculto no fuése otro sino la misma tormenta que escuchábamos:

Tras de aquel quetu
tras d' aquel utru
retsintsa la yegua,
non paer el putru (1).

La conversación con Uría continuó, con gran provecho mío, en la cena y aún después, mezclando en ella los nombres ilustres de los Campo-Sagrados, Ovelayos de Lorío y Quintanas de Quirós y de Río Montan, con los de benedictinos del siglo IX en San Emeterio, de Villaverde, barajados con cien nombres de hijos preclaros de la comarca cual Fray Ceferino González, de Villoria; Valdés Noriega, rector de los agustinos del Escorial, Octavio Picón y los Palacios Valdés, de Entralgo, etc. etc., hasta caer otra vez en las citas que de Pidal me iba recordando Uría, quien siguió diciendo:

—Algunos recuerdos más—añade el repetido señor—subsisten respecto de la mitología védica en otros enigmas populares que he olvidado, cuanto en tradiciones y cuentos del país. Las nubes cautivas del mito ariano—las celestes vacas—son a veces tesoros ocultos, y la amada o la esposa del héroe; con cuyos elementos se formara en las naciones de raza aria todo un ciclo de leyendas. Su germinación y desarrollo han sido explicados, con maestría no exenta en ocasiones de exageración sistemática, por Don Joaquín Costa en su *Mitología y Literatura celto-hispanas,* a quien seguimos. Él ha relacionado directamente con aquel ciclo la tradición asturiana del *cuélebre* guardián de tesoros ocultos en cuevas, y de la Reina Mora, encantada, con sus ahorcas, anillos y joyeles, en palacios subterráneos. En estas narraciones cíclicas se localiza y circunscribe, pues, a una época histórica el mito del Rig-Veda en que las vacas aprisionadas por Paní y custodiadas por una serpiente, son rescatadas por Indra, e igual filiación puede atribuirse a las consejas del vulgo sobre la cueva del Saburnín, en término de Pajares, y también sobre la que en Campomanes llaman *El Pozo del Lago.*

—Ese *Saburnín* de la cueva de Pajares, no es sino *Saturnín, Saturio* o *Saturno,* que vemos en otras partes de España, arias también, cual la

(1) «Tras de aquel collado—tras de aquel otro—relincha la yegua (la nube) —no aparece el potro» (el Sol). La palabra *putru* o *putra,* recuerda al río *Brahma-putra,* indio. La versión nuestra, más *vaqueira,* sin duda, que ésta, se permite substituir respectivamente estas palabras de *yegua* y *potro,* por las genuinas primitivas de *vaca* y *choto,* en alusión siempre a la *Vaca* famosa.

© Biblioteca Nacional de España

Cueva de *San Saturio*, en el Duero, junto a Soria—dije—, y Miranda me ha enseñado que las más antiguas costumbres de León, Asturias y Galicia tienen el sabor ario más puro. Leyéndolas en los autores parece que lee uno los divinos preceptos del Código del Manú, o que se ha tropezado con los primitivos nahoas mexicanos, arios también, cual arios son asimismo, según él, los robledares druídicos de Valgrande, Peña Ubiña y la Segada; la fértil *Villayana* o *Villajaina;* los llanos del Somerión o *Soma-Orionis;* las dos astures Lenas *de suso* o *suyo* y de *yuso*, hermanas del Lena siberiano y del Lena del norte de Irlanda, y en las que aún se conserva puro, según Hübner, el culto parsi del Toro de Mythra; el monte *Vindio* astur, los Vindios de Ptolomeo, del Bierzo al Pisuerga, y la cordillera indostánica de los montes Vindya, que separan a los dos ríos sagrados del Ganges y el Indo.

—Sí—me interrumpió Uría—, Miranda es un hombre a quien, dentro de nuestras cerradas disciplinas científicas, no hemos podido abarcar ni comprender todavía. En cuanto a lo que dice usted de las antiguas costumbres de nuestras gentes *solares*, no puedo menos de recomendarle, por lo curiosísima, la Memoria de Don Elías López Morán, premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, bajo el título de *Derecho consuetudinario y Economía popular de la provincia de León*. En ella se dice que «las Ordenanzas de Cármenes, capital de la Mediana de Argüello, mandaban, bajo severa pena, que cada vecino plantase por lo menos seis árboles, durante el creciente de la luna de Marzo. El pueblo se regía, como Israel, Cartago y todos los demás anterromanos, por un Consejo de ancianos del que emanaban todos los poderes. El Consejo declaraba las costumbres con plena autoridad legislativa y judicial; dirimía las contiendas todas, e investía a los regidores del símbolo patriarcal de mando, que era un remedo de otros tantos ramos de avellano o de otros *árboles*, como vemos en las costumbres de los druídas y demás primitivos; consagraban *llaves* contra la hidrofobia, sin que jamás se diese el caso, dicen, de que los mordidos y atacados luego por ella rabiaran; celebraban, como aquellos pueblos, la *danza prima* en las *Noches de San Juan* y, en tales días, les era permitido a los jóvenes tomar en brazos a sus prometidas y con ellas zambullirse en las aguas sagradas de los arroyuelos». No os añadiré al detalle lo relativo a sus conocimientos médicos, tales como la aplicación del rocío matutino contra las enfermedades cutáneas, sin duda por sus propiedades radioactivas que acabamos nosotros de descubrir, ni tampoco os hablaré de aquella manera vaqueira de amamantar los niños atados a una tabla, como dice Elíseo Reclus en su Geografía respecto de los tcherkeses

© Biblioteca Nacional de España

asiáticos, para que se criasen erguidos y sin escoliosis; ni de aquella especie de iniciación previa por la que tenían que pasar los muchachos «antes de meterse a mozos» y poder cortejar a solas a las mocinas, acostadas ellas, y sentados ellos en el pico de la cama, y de tener puesto asimismo en aquellas terribles batallas, como las de los zamarrones de Piloña, según aquel cantar de Vargas, que dice:

Roldanes y Beltenebros
son gallegos y asturianos,
cuando a la orilla del río
lanzan al viento sus palos,
pues al nombre de Pilonga
y de su señor Santiago,
para mayor diversión
se saludan a estacazos,

o *vardascazos*, que ha dicho Palacio Valdés, al describrir gráficamente aquellas luchas homéricas en su *Aldea Perdida*, y que nos recuerda también a Alcalde del Río en su Memoria sobre la *Cueva de Altamira*, hablándonos de la fiesta de la *viejaneta*, en la que se disfrazan totémicamente muchos con pieles de animales y campanillos.

—El cortejado de las *mocinas* tiene, dice López-Morán—añadió Uría—, un precedente curioso a saber, que «en *La Braña de Encinedo*, el día de *las Mayas*, o sea uno de los primeros del florido Mayo, a toque de campana, se reúnen ambos sexos y bailan la *danza prima*. Luego ellas se marchan a los pajares y ellos las siguen; ya allí entrambos sexos se aparean como las aves y aun duermen todo el verano juntos hasta San Miguel, día en que, a toque de campana, vuelven a bailar, separándose, y, cosa rara, apenas si hay que lamentar deslices de consecuencias... Mucho han trabajado los párrocos para desterrar semejante costumbre, pero poco o nada consiguieron contra esta práctica que nos recuerda aquella época caballeresca en que dama y caballero podían dormir juntos, con una espada por medio, espada simbólica, celebrada en mil romances, y que impedía entre los amantes aquello que los ojos de cien vigilantes Argos hoy no alcanzarían acaso a impedir.»

—Todo esto, así dicho en montón abruma, espanta, porque nos dibuja una serie de edades prehistóricas de inmensa cultura, contra lo que la ciencia nos ha querido decir al hablarnos de necios *totemismos* que, de existir, es hoy con nuestras vulgaridades endiosadas y nuestros ídolos de oro con barro por pies—exclamé, lleno de entusiasmo ante las revelaciones del cultísimo Uría.

© Biblioteca Nacional de España

Mientras así hablábamos, el alboroto de la fiesta había ido en aumento, y tuvimos que suspender nuestra grata conversación que casi no nos dejaban ya oir los sonoros cantares de la fiesta, cantares entonados al son de la gaita, del *pandeiro* y de la *payecha* por aquellos verdaderos *juglares guirrios:*

La noche de San Pablo
te puse el ramo:
la de San Juan no pude,
que estuve malo.

oímos cantar a un buen mozo, mientras otra no menos jayana *mocina* le respondía satírica, coreada por las risas de las demás:

Ya non voy al esfoyón,
que me tiran panochadas,
nin puedu subir la cuesta
sin que m'allumen con pallas.

mientras una tercera cantaba aún más alto, festejando el enorme ramo, traído con la mayor reserva y sin que nadie supiese la procedencia, y exornado de panes, rosquillas, cintas y otras fruslerías:

Gloriosa Santa *Lucietcha*
aquí traemos el ramo;
perdona por lo moreno
qu'era la escanda de *bravo* (1).

y una cuarta *mocina* empalmaba con aquel bello romance que empieza y acaba con el estribillo de:

¡Conde Olinos, Conde Olinos,
fué *niño* y pasó la mar!

romance del que cierta vez me dijese Miranda que, si tuviese tiempo, algún día podría quizá demostrar que está enlazado con el mito mexicano de Quetzalcoatl o la *Culebra luminosa*, que Chavero diría. Me acordé también de aquello que tanto chocase a nuestro Narcés, de la ida de nuestro héroe de los Montes Herbáceos, hacia Irlanda, pasando asimismo la mar en su barquito con la vela blanca y negra.

Fuimos, pues, hacia la fiesta, y, cuando llegábamos, aún pude oir el final de una poesía extraña que mi nuevo amigo quedó en darme algún día: el famoso *Romance de Logrezana*, que a mí me interesaba doble-

(1) *Lucietcha* Lucía; *escanda de bravo*, trigo de terreno recién roturado.

© Biblioteca Nacional de España

mente: lo uno, por saber que es acaso la primera poesía en bable; lo segundo, por datar de aquel pueblo de junto a Avilés y Candás de cuyo nombre sospecho hubo de formarse en otra *braña* o *glaciar* siluriano de las Sierras de Guadalupe el extraño nombre de mi pueblo natal: *Logrosán*, o Logrezán, en plena Extremadura *vaqueira*. Los detalles que hasta entonces había visto, tales como el tremolar de una bandera de cien losanjes de colores, en la fiesta mayor; el juego brutal de *el ajo-molido;* el *ijujú* famoso; los consabidos *vardascazos* y demás barbaridades de los mozos por Carnestolendas, etc., me confirmaban en mi hipótesis. Era, pues, yo, todo un astur-extremeño, cual aquellos gloriosos trashumantes que pasaban de Laciana y la Babia a las *Extremaduras* o *lugares extremos de la trashumación*, y en verano, a la inversa, según ha estudiado en sus *Framontanos celtiberos* mi llorado amigo D. Vicente Paredes Guillén.

Por cierto que, antes de llegar a la fiesta, en la esquina de un vallado, tropezamos con un enfermo solitario y sentado.

—Es todavía—dijo Uría—uno de los que antaño, según Estrabón, ponían en los caminos con arreglo a la costumbre egipcia y con arreglo a la costumbre *hetea*, que tan absorbente importancia concede al sexo; mañana podréis ver también «la sábana de la recién-casada», como ahí mismo tenéis, dispuesta para la rifa y para el sacrificio, la clásica *chotina* o ternera, en simbolismo religioso, del que ya os habrá hablado el Señor Miranda con motivo de su tan famosa *vaca astral de las cinco patas*.

—Así es, y me ha dicho también que esta extraña *danza prima* guarda estrecha relación con la *danza circular* a la que aluden los poemas homéricos—repuse, acercándome al grupo de los danzarines.

—En efecto—añadió Uría, mientras que yo observaba con intensa emoción—, Eduardo Torner, el joven maestro de Oviedo, tiene razón al querer restaurar en toda su pureza pristina el *Cancionero popular de Asturias*, pues aquí podéis apreciar toda clase de canciones: báquicas, sagradas, de alivio de caminantes, de ronda, de gesta, de faena, de cuna, coreográfico-vocales, melodías instrumentales, epitalamios, romances misteriosos e históricos, hermanos de los más viejos que integrasen al Romancero del Cid, coros de tragedia griegos, y de inmensa riqueza temática, toda una policromía, una polifonía musical que me tiene confuso. Aquí hay, pues, un inmenso fondo que no hemos sondado aún... En cuanto a danzas—continuó—, aún hay aquí vestigios de cuantas danzas se conocen en el planeta: danza de arcos, de espadas; de cintas; de las estaciones; mímicas; melodramáticas; de mojigangas; tibetanas contra malos *espíritus*, de gigantes y cabezudos; de hogueras; macabras, o de la muerte; primitivos mimodra-

© Biblioteca Nacional de España

mas; pseudogitanas del *aurrescu* vasco; pírrica, o de los dáctilos; de curetas; báquica; menfítica; funeraria; de inocentes; sálica; de ánimas; de lapitas; de antorchas; de osos, y, en fin, las otras muchas que concienzudamente estudiasen Wallace y Ponsoin en Ruan, Dijon, Angers, Amiens, Londres, etcétera, o cuantas inmortalizara en Alemania la divina mano de Alberto Durero, con cargo a esas leyendas de astrología pagana que, bajo la bufonesca apariencia de *Danza de la Muerte* y *Macabra de Strasburgo*, fué conservada en abadías, catedrales y conventos, tal como en el de Inocentes, de París; el Crucero de Klingenthal inglés; el de Kleim Stadt Basel, de Basilea; el de las catedrales de Sevilla y Toledo, con sus *seises* y ritos mozárabes, y en toda nuestra Península, en fin.

—Sí. Todas ellas se vienen a resumir en las dos formas—repuse—que el Señor Miranda denomina *solar* y *lunar* primievales, pues que en Cudillero hubo de enseñarme que en dicha *Danza Macabra*, como en la *Chorea Machabacorum* y en la *Danza mántica* de las sibilas, reina una entonación valiente, un gran espíritu religioso y un innegable amor.

—Es muy cierto. Nuestra gaita, pandero, payecha, rabeles y demás instrumentos, están emparentados quizá con los *rebekes, darbucas, cornamusas, sistros, guitarras* y *atabales* egipcios. Ved ahora mismo la canción que aquel buen mozo acaba de entonar, respondida por el coro en estribillo, cual en las maravillosas obras de Beethoven, donde no es raro ver, como en las sinfonías quinta, séptima y novena, sobre todo, esa lucha entre el motivo ideal, comentado en variaciones infinitas por los instrumentos que lleven el canto, y combatido, escarnecido casi, por los bajos, a guisa de coro, con su estrambote como de *dos versos*.

—Ahora comprendo —exclamé—el por qué cierta vez llamó Miranda a la *Danza de la Muerte*, la *danza de la iniciación*, y recuerdo que asimismo me dijo: «—¿Veis a ese personaje venerable que en algunos sitios es llamado *bordonero*, sin duda por su bordón, lanza, cetro de dominio, o *batuta?*» —Pues él, emplazado entre la constelación de danzarines, representa al Sol, rodeado de su cortejo planetario que en *danza eterna* giran en torno suyo. Fuera de los danzadores se sitúan doce parejas que no bailan, representando a los doce signos o *dioses mayores bisexuados* del zodíaco, presidiendo desde fuera, desde «El Anillo infranqueable» de los poemas arios, todas las evoluciones de los que bailan, quienes, por su parte, representan a los planetas; ved, en fin, cómo queda bailando una sola pareja, que representa ya al par conjugado sideral formado por la Luna con la Tierra.

—Esto último es extraordinariamente curioso y revelador; pero necesito estudiarlo más despacio para comprenderlo—repuso Uría y, obse-

© Biblioteca Nacional de España

quioso como buen astur, me invitó a tomar un refresco en una de esas instalaciones que se improvisan en tales fiestas.

Acepté, para continuar la conversación que sobre los trabajos de Menéndez Pidal dejásemos cortada. A ruegos míos, el complaciente amigo me dijo:

—Para Menéndez Pidal, otra de las manifestaciones del culto solar fué la veneración a las fuentes, en especial a las termales, como puede verse en el *Corpus Inscriptionum*, por multitud de ex votos dedicados a las ninfas de los manantiales o *xanas*. Ya en el siglo sexto, San Martín, Abad dumiense, prohibía los idolátricos ritos de *in fontibus nimphas*, a las que encendiesen cirios y ofrendasen pan y vino. En el canon primero del décimosexto concilio de Toledo, se condenaron también tales ceremonias de panteísmo, naturalista céltico, a pesar de lo cual ellas perduraron en los pueblos de Lena, donde en la mañana de San Juan—*Io-anas*, que diría Miranda, o sea *el agua, la Luna*—, consumidas ya las hogueras tradicionales, que son otro rito de la misma especie, van las mozas vestidas de fiesta a poner guirnaldas de ramaje florido en las fuentes, y a buscar en ellas la *flor del agua*, o la *flor de las maravillas*, que conserva la hermosura y da la felicidad, amén de un buen marido, a la venturosa doncella que acierta a cogerla.

También contamos—añade Pidal—con la estruendosa mojigata de los *zamarrones* de Navidad en Erías, Malvedo, Casorvida, la Fecha, etc., mojigata en la que los mozos se disfrazan de vacas con cencerros. Esta singular costumbre se corresponde con la *Fiesta del Ciervo*, que hasta fines del siglo pasado se celebró en el mediodía de Francia, como derivación acaso del culto de la Luna, representada por el ciervo de Diana, y de aquí el festival de la *Blemula Ceroula* de las gentes del norte de España, de la que se ocupó en el siglo cuarto el santo obispo autor de *Paraenesis ad poenitentiam*, obra, a su vez de la que el Sr. Menéndez y Pelayo dice: «¡Lástima grande que se haya perdido el libro intitulado *Cerous* o *Kerbos*, escrito por San Pauciano de Barcelona contra la costumbre que tenían sus diocesanos de disfrazarse en las kalendas de Enero con pieles de ciervo, para correr las calles pidiendo *estrenas* o aguinaldos y cometer mil abominaciones!»

—Algo he leído—observé—acerca de los banquetes fúnebres con los que, según Herodoto, honraban a los suyos los tracios y los isendones.

—Sí, Pidal habla también del extraño ceremonial luctuoso, usado todavía en nuestros lugares de montaña, donde, el día de un entierro, parientes y amigos del finado ya sepultado éste, se congregan en la casa mor-

© Biblioteca Nacional de España

tuoria, sentándose en torno de suntuoso banquete fúnebre, cual si para ellos fuése motivo de alegría la muerte, camino de un mundo mejor, y motivo de pena el nacimiento. Pero lo más ario es, sin duda, la supervivencia del *clan* astur, revelado por ciertas costumbres de colectivismo agrario, observadas por Pidal en la comarca de Pajares y en los *veiros* o cuevas del Aramo, cual la de Ioanni y de *Fo-i* o *Fo-ios*, de típico sabor de Oriente, donde se ha explotado el cobre, y se ha tallado la jaina cruz *svástica*. La Cueva del Notario, el Pozo Fúneres, la de Monsacro, estudiada por Arturo Sandoval, y, en fin, la Cueva del Lago son arias también.

—¿Hay un lago en esta cueva?

—No, que yo sepa—contestó Uría—. La Cueva del Lago, según repetido autor, es un palacio hecho de mármol transparente y de oro purísimo, donde hay amplias galerías, estancias primorosas, en fin, todo un recinto de *Las mil y una noches*. El rey moro que le habitase, dejó en secreto lugar «la piel de un buey pinto, perfectamente cosida y rellena de monedas de oro, siete mil diamantes de colosal tamaño, infinidad de barras de oro y plata de gran peso y un número incalculable de piedras preciosas, con más un juego de bolos de oro, juego con el cual, al amanecer del día de San Juan, salen a solazarse en la pradera o meseta de la Cobertoria, ocho *xanas* bellísimas, jóvenes que serán desencantadas el año en que el día del Bautista amanezca nevado y sea, además, día del Corpus, por una vaquera que aquel día cumpla veintidós años, sea rubia, con ojos negros y se llame Sol. Para esta vaqueira serán todas las riquezas del Pozo del Lago, casándose además con un príncipe, hermoso también, rubio y de ojos azules. Volviendo a la leyenda de la *vaca*—continuó Uría—le diré que ella se me ha presentado en Aller, cuyos habitantes son llamados *gobetos*, porque se cuenta que una yegua y una vaca de cierto vecino de Bello parieron en una misma noche, muriendo en seguida la yegua y la cría de la vaca, por lo que el buen vecino se obstinó en que la vaca criase al potrito, para lo cual untó a éste con *cenoyo* y manteca fresca, y para persuadir a la vaca, la cantaba:

¡Quiérelu, gobeta,
que to *fichu* yé;
tiene las patas chargues
y val paqué,
el pescuiyu rollizu
y el reu matuche...
Gobeta, eh!

—¡Donosa leyenda!—hube de exclamar—. Estoy bien seguro de que si entre nosotros se hallase Miranda, habría de sacarla *punta* teosófica, pues

© Biblioteca Nacional de España

yo mismo, que no sé nada en comparación de él, creo ver en la yegua muerta a la sepultada Atlántida, en su potro, a los muchos atlantes perversos que en el mundo aun imperan; en la vaca, a la consabida Vaca lunisolar, y en su ternera, a la sacrificada ternera de Parvati, símbolo de la Tierra, o mejor dicho, a las gentes de la Buena Ley primitiva que han casi desaparecido del mundo.

—Convengo con usted, al menos—indicó respetuosamente Uría—, en que hasta las mismas leyendas cristianizadas conservan cierto sabor oriental y aunque es ya tarde, no quiero dejar de referirle las dos leyendas del pozo de Fúneres y del Padre Adulfo.

—¡Oh, gracias, incansable amigo!

—Junto a Entralgo—dijo Uría—se ven aún las ruinas del palacio de los Alvarez de las Asturias. El Conde que le habitaba era un tirano feroz, por el estilo del señor del castillo de Bellver al que se refiere la célebre leyenda de Gustavo Bécquer. El vecino que de él no huyese a lejanas tierras, sufría la más negra de las esclavitudes; su hacienda era saqueada y mancilladas sus hijas. Hasta llegó a ahogar con sus propias manos al asceta que se atreviese a echarle en cara su atroz conducta. Así, odiado de todos, y a mal consigo mismo, acabó por recibir del Monarca el condigno castigo. Su cadáver fué pasto de los cuervos de Peña Corbera y arrojados sus huesos al Pozo Fúneres, y su perro favorito, único sér a quien pareció profesar algún cariño en vida, siguió ladrando lastimeramente al espectro de su amo en torno de la temerosa boca y, por el pradillo que desde entonces se llamó *el mayadin del Conde*. Tiempos después, cayó en el pozo cierto infeliz *que seguía a unas vacas*, y como quedó con vida, se trató de salvarle, pero él hubo de negarse a ello diciendo: «—Son tantas las *gafuras*—larvas, culebrones—que me acompañan, que, si saliese, emponzoñaría a medio mundo—.» En la *Asturias*, de Canella, encontraréis esta leyenda. En cuanto a la leyenda del Padre Adulfo de Caso—continuó Uría—, es como sigue: «Érase el Padre Adulfo un joven ermitaño que moraba en el estrecho tronco de un árbol y tenía fama de santo en el país, por sus austeridades. Cierta noche en que regresaba de encender la lámpara del próximo santuario, halló un mancebo ricamente vestido y una bellísima joven.

—Padre mío—le dijo el mancebo—, vos que sois el amparo de los huérfanos, socorred a esta hermosa virgen, hermana mía, a quien os entrego para que la suministréis el bautismo y la instruyáis en vuestra religión, pues yo parto para la guerra.

Y, dicho esto, montó en su caballo negro, y, salvando precipicios, torrentes y peñascos, desapareció.

© Biblioteca Nacional de España

No hay que decir sino que el tal joven era Satanás en persona, y su fingida hermana, una diablesa o *súcubo*, que aquél dejase al lado del Padre Adulfo para tentarle. Dios había permitido la tentación en castigo de la vanidad del ermitaño, que se tenía por fuerte contra las infernales asechanzas.

El Padre, al lado de la hermosa, olvidó todas sus virtudes pronto: abandonó su sayal y su ermita para irse con su manceba a un roquero castillo, donde entrambos siguiesen más y más encenagados en el vicio, y, como fruto de tales amores de perdición, nació luego un perverso *incubo* que llegó luego a ser un terrible guerrero contra la Cruz.

Cierta noche en que Adulfo tenía un banquete en su palacio, su hijo, que estaba privado por el vino, quiso asestar una estocada a un caballero a quien odiaba; pero, equivocándose, fué a su propio padre a quien dió muerte. Un rayo cayó en aquel instante sobre el castillo, que se desplomó sobre todos, llevándoselos al infierno.

La hora era ya avanzada, con todas estas sabrosas conversaciones, y levantamos el campo, pues que la asamblea de la fiesta empezaba a disolverse, entre las risotadas y charlas de *ellas* y los *ijujús* estruendosos de *ellos*, acompañando a los novios a su casa, no muy alejada de la nuestra, y precedidos de un homónimo del célebre *Cachiculo el gaitero*, tocando incansablemente entre las antorchas lo mejor de su repertorio.

Al cruzar el cortejo, vi a nuestro Narcés, del que poco o nada me había ocupado, en muy animada conversación con una hermosísima joven, y él hubo de decirme, sonriente y con razón sobrada:

—*¡Karma, karma;* bien os desquitáis ahora de las que yo os hiciese con la política de Oviedo!

Me acosté, y como si todavía no fuése bastante la lección asturiana que tomase durante el laborioso día, aun pude escuchar, en medio del bullicio de los grupos que daban serenata a los novios, lindas canciones, como estas, que copiar pude, continuación del Gerineldo, el Trébol, la Delgadina, la Buena Pesca y demás del inacabable repertorio demopédico:

Con el sí que dió la niña
en la puerta de la iglesia,
con el sí que dió la niña
entró suelta y salió presa.

—

Casadina, bien llegada,
serás bien arrecibida.
¡Bien venida, la casada;
la casada, bien venida!

© Biblioteca Nacional de España

Adiós, casa de mis padres,
ventanas y corredores;
adiós, hermanos del alma,
que me voy con mis amores.

—

Casadina, pon bandera,
que es tiempo de caminar,
y la casa de tus padres
ya la puedes olvidar.

Al llegar a esos dudosos confines entre la vigilia y el ensueño, arrullado por las cadencias de aquella música primitiva y empapado en primitivas leyendas, me parecía cual si de las capas más profundas de la *geología* de mi inconsciente resurgiesen en mí los recuerdos ancestrales de un pasado druída, acaso vivido por mi Ego transcendente en anteriores existencias entre aquellas *foces* y *tierrinas* astures.

© Biblioteca Nacional de España

VII

Tren especial hacia Covadonga.—La Peña el Uncín y sus *utres*.—La hermana de Don Pelayo.—Un ilustre sobrino del *Príncipe de Somiedo*.—Don José de Belda y Campo-Sagrado y su conversión al Ocultismo.—Lo que por nuestra ignorancia se roba a Asturias.—Infiesto y las Arriondas.—Una acuarela de D. Antonio Maura.—Concania y Vadinia.—Monasterio de San Pedro de Villanueva.—Una hermosa lección de Historia.—La región cóncana y la Arqueología.—En tierra doblemente sagrada.—Abania y Corao de Abania.

Aquello sí que era un tren especial formado en Sama para los recién casados, para nosotros y para los demás convidados, camino de Covadonga. Narcés y yo seguíamos juntos hacia este sagrado rincón, cuna de la Patria española, cumpliendo el deber de buscar, ya sin obstáculos, al Príncipe de Somiedo Don Félix de Belda; pero, ¡cuán distanciados íbamos, a pesar de ir juntos! Él, porque desde la víspera, sin preocuparse de amigo político alguno, platicaba con gran interés con la hermosa morena a cuyo lado le viésemos la noche anterior en la fiesta, como prima que era de la novia, a la que ciertamente habría quitado de su velo de desposada los siete alfileres consabidos que aseguran también a la que tal hiciese el casarse dentro del año; y yo, porque, aprovechando los cortos momentos que me quedaban de ir con el joven Uría, no quería, no, perderlos para mi estudio de Asturias, pues este estudioso antropólogo había de quedarse en Infiesto, por cuyo territorio buscaba restos casi borrados de otras *brañas* orientales que ya han desaparecido con el progreso, como desaparecieses las medioevales extremeñas.

Mientras, por el ferrocarril minero, llegábamos a empalmar en Noreña con el tren costero de Oviedo a Santander y a Bilbao, Uría me fué contando, en el más solitario rincón de un departamento, la *leyenda de la Peña el Uncín*, que igual se puede aplicar al picacho de Peña Ubiña que a los de Coriza, Piedra Fita, Vegarada, San Isidro, Tarma, Ventanillo, Arcedonio, Beza o Altiba, que, seriados entre Somiedo y los Picos de Europa y separando a Asturias de León, alcanzan alturas que oscilan entre

© Biblioteca Nacional de España

los 1.200 y 1.800 metros. Me interesó doblemente la tal leyenda por haber yo publicado pocos años antes otra casi idéntica, bajo el título de *Blanca-Flor*, con cargo a una versión oral que recogiera en Extremadura. Mi narrador comenzó así la suya, recogida, dijo, de labios de María Méndez, de Bellonga:

—¿Hacia dónde caerá la *Peña el Uncín?*—preguntaba en el monte un buen hombre a tres *utres* que ante él misteriosamente desfilasen—. La primera *utre*, o monstruo, le contestó que ella no lo sabía. La segunda dió una respuesta análoga; pero la tercera, que era coja, contestó que no sólo lo sabía, sino que se comprometía a llevar a nuestro hombre hasta allí, siempre que le matase una vaca—que yo supongo no sería la de Morata, ni su extraño becerro, de la leyenda del Bajo Aragón—. Ciertamente que la montaña en cuestión estaba algo lejos, y no menos provisiones que una vaca necesitaba la coja *utre*. Ésta, al punto, se echó a hombre y a vaca sobre las espaldas y se los llevó como si tal cosa por los aires y los más empinados riscos, comiéndose poco a poco la carne de la vaca por el camino. Cuando ni la más ínfima piltrafa quedaba de ésta última, aún no habían soñado con llegar, y se quejaba la *utre* del hambre atroz que tenía, tanto, que el porfiado héroe la decía que le fuese cortando a él mismo carne de una nalga para seguir tirando y llegar al sitio, lo que rehusó la *utre*.

De allí a poco, vieron los viajeros a tres lindas jóvenes que se estaban bañando en un río, y la *utre* ordenó al mancebo que se bajase de su espalda y cogiese la ropa de la joven del medio, para que, cuando ésta fuése por ella para vestirse, el mancebo la dijese: «Yo quiero ser tu esclavo, y tú me tienes que enseñar y sacar adelante en todos los aprietos y compromisos en que me haya de poner tu padre». Así se cumplió puntualmente, caminando juntos el mancebo y la joven, mientras que la *utre* desaparecía. Llegaron así a la casa del ogro, padre de ella, y antes de llegar le dijo ésta al mancebo:

—Mira, mi padre nos va a atar a mis dos hermanas y a mí en la cuadra, y te mandará que nos apalees como a tres caballerías; pero yo te daré mi mano para que me reconozcas por mi dedo meñique y me pegues poco.

—¿Qué, los dejaste bien domados a los potros?—preguntóle a seguida el ogro—respondiendo que sí, el joven—. Pues ahora—replicó aquél—me vas a cavar una boronada de tierra, sembrarla, recoger el grano, hacerme una torta y cocerla para que yo la coma, todo de aquí a mañana, sin faltar un punto.—La joven acudió luego al instante en socorro del galán, diciéndole:—Toma este anillo, y con sólo restregarlo tendrás a tus

© Biblioteca Nacional de España

órdenes cuanta gente necesites para la empresa—. Así que, cuando pudo acordar el ogro, ya estaba todo hecho, como por encantamiento, y exclamó: «—¡Oh! *xo, xo*, aquí d'alfin anda, quien manda más que yo—». Vino luego el darle a escoger pareja al joven entre las tres hermanas; pero por su dedo meñique «designao», bien pronto conoció a su protectora, con quien se casó aquel día mismo. A la noche, empero, cuando ya ambos se iban a meter en la cama, la mujer dijo: —No nos acostemos, que será nuestra perdición; antes bien, escapemos al instante, tomando tú, no el caballo del viento, sino el del pensamiento. Mientras, para tomar delantera, la joven echó una saliva que, cuando les llamasen para ver si ya dormían, contestara por ella. Según que el salivazo se iba secando y respondiendo más débilmente, el padre, que venía para matarlos, decía: —¡Ya se van quedando dormidos!—hasta que ya nada se oyó. Entonces el ogro y la madrastra, dejaron caer una gran maza de hierro sobre la cama; pero viendo que habían errado el golpe, se fué la madrastra a tomar un caballo a la cuadra, y como el joven se había equivocado tomando el caballo del viento y no el del pensamiento, aquélla tomó este último caballo, dando con ello pronto alcance a los fugitivos. —Tenemos que transformarnos, dijo la hija, en un monte muy espinoso y espeso, que mi madrastra no pueda atravesar.—¡Elvira, ya sé que sois vosotros—decía esta mala pécora—, podéis volveros, que estáis perdonados!—Pero no hicieron caso y siguieron. Volvióse entonces la madrastra, y el ogro, cogiendo el caballo los alcanzó otra vez, mas no pudo atraparlos, porque se transformaron, por encanto, el caballo en una iglesia, ella en el cura y él en la imagen, a quien el ogro preguntó en vano por los fugitivos. Al volverse el ogro a casa, la mujer le reconvino por su torpeza, y ella, la fiera, tornó a perseguirlos con más saña que nunca, hasta que se convirtieron en brazo de mar, nave y piloto, no sin que, impotente aquélla, les echase una maldición. Llegaron, sin embargo, con toda felicidad al palacio de la Peña Uncín; pero la joven tuvo que quedarse en un bosque de las afueras, previniendo al mancebo que no se dejase abrazar allí por nadie, pues que entonces la olvidaría. Cumplió el mancebo con el encargo; pero no pudo evitar que una perra se le tirase por detrás, abrazándole, con lo cual cayó sobre él el olvido más completo de su compañera y se casó con otra; pero como al separarse ambos habían partido el anillo para recíproco recuerdo, todos los días venía un pájaro al corredor, cantando:—¡Hasta la nieta del rey!, etcétera. La mora con quien el joven había casado, le decía: —¿Sabes que no me gusta nada ese pájaro, y que debemos cogerle?—Echaron liga, y le cogieron; pero el joven, al acariciarle, le encontró un alfiler negro clavado en la cabeza, y, al sa-

© Biblioteca Nacional de España

cársele, el pájaro se convirtió en su amante compañera: se reconocieron por el anillo, y abrazándose, mataron a la mora y fueron de allí para en adelante los más felices del mundo.

—Hermosa leyenda—dije, cuando Uría hubo concluído—; pero debo advertiros que la que yo publiqué en la revista *Sophia* de Madrid, bajo el título de Blanca Flor, oralmente tomada en mi pueblo natal, aunque idénticas en el fondo, tiene detalles más completos, como podéis verlo, e indudablemente que, por su teosófico simbolismo, se acerca mucho a las de *Las mil y una noches*.

—No lo dudo, pero convendréis conmigo en que es hermosísima, más aún que las que en *Asturias*, de Canella, han aparecido, tales como la Cueva del Notario y la que justifica históricamente el dicho aquel de «si la fecistes en Pajares, pagarásla en Campomanes», alusiva al castigo que tuvo, por su perfidia en Asturias, Sancho, el rey de Navarra. También debo narraros, antes de que nos separemos, la no menos curiosa leyenda del célebre Monasticón, que sirviese de base, si no recuerdo mal, a un poema de Don Valentín de Lillo y Hevia.

—Narrádmela, os lo ruego.

—No la recuerdo muy bien, pero en lo substancial os diré, que en ella el protagonista es un prócer que está enamorado de la hermana de Don Pelayo, quien, despechado de ella, no sé bien por qué causa, se había ordenado sacerdote y había compuesto, en sus soledades monacales, hermosísimos salmos, que con gaita se acompañan aún. Él había sido el famoso *jinete negro*, único nombre con el que se le conociese en Guadalete y luego en Covadonga, peleando como una fiera contra la morisma. En ulteriores peleas contra ésta, averigua al fin que su antigua amada, a quien creyese muerta, estaba en rehenes del infiel. Parte, llega disfrazado hasta la cautiva, a quien se da a conocer; la arrebata, incendiando el campamento, y los infieles se lanzan en persecución de los fugitivos, sin lograr alcanzarlos. Riñe el prócer con sus perseguidores, no sé si junto a las Foces de Aller, una desigual pelea, hasta que los ahuyenta a todos y restituye a Pelayo su querida hermana, quien, al enterarse de lo imposible de su unión con su amante, por ser ya sacerdote, muere de tristeza, y su espíritu, desde entonces, quedó vagando por mucho tiempo entre aquellos riscos cóncanos, en busca de su desgraciado amor.

Mientras así hablábamos, un tercer personaje se acercó a nosotros, saludando cariñoso al joven Uría.

—Aquí tenéis, señor—me dijo éste—, al tío y padrino de los novios: al por muchos títulos respetable médico y arqueólogo Don José de Belda y

© Biblioteca Nacional de España

Campo-Sagrado, sobrino a su vez del ínclito Don Félix, a quien decís buscar, y gran amigo del Señor Miranda. Ya no siento tanto, añadió, el dejaros dentro de breves minutos, porque salís ganando en el cambio, si este señor se presta a ser en Covadonga vuestro *cicerone.*

—Con el mayor gusto, y gracias por vuestros injustos elogios, mi siempre admirado Uría—contestó bondadoso nuestro nuevo amigo, saludándome con la naturalidad del que siempre me hubiese conocido.

Acabábamos de cruzar los concejos de Siero, Vega, Nava y Piloña, y el tren se detuvo, al poco, en una depresión sombría, entre dos montañas, donde el terreno parecía cambiar, de cretáceo, como en carbonífero. Estábamos, pues, en Infiesto, en las márgenes del río Piloña y en medio de una vegetación espléndida; y de buena gana, a ser posible, hubiese cruzado aquel romano puente de Triana, que en nada se parece a su homónimo de Sevilla, y paseado unos minutos por la población no hacía muchos años ensangrentada por los cabilismos políticos, cosa que Narcés no me habría dicho si hubiese estado para ello, que no lo estaba seguramente, a juzgar por las muestras de su ya evidente enamoramiento, en buena parte puesto sin disputa. Las aguas de añil de aquel río y de los que antes pasásemos, me entristecieron, y después de un abrazo de gratitud y de despedida a Uría, que descendió allí, con su caja Topinard por supuesto, hube de decir al Señor Belda:

—¡Cuánta poesía y cuánta riqueza, señor, no roban estas aguas al bendito suelo astur!

—No os lo imagináis bien, amigo mío. Entre el carbón que ellas arrebatan al mar y que habría medios de no tirarle; la madera que gastan y la pesca que destruyen, un balance serio sacaría muchos millones de pesetas de daño anualmente, y más de una vez me he preguntado yo, con Palacios Valdés, qué pensarían de ello aquellos nuestros antecesores, parsis o *güebros,* adoradores del Fuego como símbolo de fuerza y de pureza, quienes no consentían por nada del mundo que se machacasen y profanasen las corrientes de agua con género alguno de impurezas, dándose habilidad a lograrlo con prácticas de higiene privada y pública que ni en tres siglos más habremos de conseguir nosotros.

Y variando de tema anadió:

—¿Luego sois vos el compañero de mi dueño y señor Don Antonín de Miranda, según Narcés me ha dicho? Deploro en verdad que personalidad tan excelsa, sólo parangonable con la de mi tío Don Félix a quien vamos a ver pronto en Covadonga, no nos acompañe por estas Concania y Valdinia, para él tan queridas.

© Biblioteca Nacional de España

—Decís muy bien, y no cedo ya ante vos ni ante nadie en adhesión casi filial a esa gloria de las Asturias.

—¡Ah!—dijo en tono confidencial el Señor Belda—. Si conocieseis la historia de nuestra ya antigua amistad quizá no os atreveríais a decir tanto.

—Señor, yo no sería osado de preguntaros nada acerca de ello, pero si gustaseis...

—Aunque no parezca ello muy propio tras la presentación nuestra de hace no más unos minutos, la común confianza que entrambos veo tenemos con aquel incomparable, me disculpará cerca de usted por mi franqueza.

—Antes bien, soy yo el que por ella os deberé gratitud.

—Escuchad, pues, que la cosa lo merece—continuó diciendo el Señor Belda, cual si siempre me hubiese conocido, y añadió: —Si yo os dijese cuánto debo a ese hombre incomprendido; si os añadiese que le debo hasta la vida...

—¡Qué asombro!

—Lo que oís. Había yo salido de San Carlos, doctorado en Medicina, con la cabeza llena de ideas sabias, pero seco el corazón. Ante la dura alternativa moderna de una fe, más o menos mojigata y egoísta pero sin ciencia y bien distinta de la sublime y tolerante fe de nuestros mayores, y asimismo de una ciencia sin fe, que se ríe de la imaginación y del sentimiento, considerándolas debilidades, cuando no locuras, opté por esta última, como tantos otros. Con Büchner yo no veía, en la propia edad de la santa ilusión juvenil, sino en Fuerza y Materia y, cual los mal llamados discípulos de Lamarck, Wallace y Darwin, no veía tampoco más allá de los primeros hombres, sino los últimos platirrinos o catirrinos simiescos. Lógicamente pensando, adoré con el desdichado y envidioso Nietzche al dios Fuerza-bruta, con la crueldad por él recomendada y con cuantas pasiones animales más se dice por algunos, que hacen más fuerte al hombre, cuando mal pueden hacerle más fuerte al hacerle más desdichado.—¡Moral!—me decía—; ¡ridícula y mentida cosa, visto que no la cacareada libertad moral sino el determinismo de la más fatal necesidad es el que rige en el mundo, un mundo nacido sólo del inconsciente choque de los átomos, sin otro conocido origen, ni otra finalidad cognoscible! Lógico, pues, conmigo mismo, no adoré sino al dios, *placer sensual*, y a la diosa del más frío escepticismo, y mi vida se iba pareciendo cada vez más a la de un animal sano y fuerte, pero huyendo siempre de verme cara a cara con el Misterio y conmigo mismo. Las enseñanzas y ejemplos de mi tío nada podían en mí. En esta situación, tuve, cual siempre quiere el Destino que acaezca para

© Biblioteca Nacional de España

con su trallazo salvador sacarnos del pantano, una inmensa contrariedad, cuyo relato omito. Bástele saber que fué una de esas crueles lecciones que me puso al borde del suicidio, pues me decía, y no sin cierta lógica: ¿a qué vivir en un mundo donde sólo reina una ley fatal, sin otra transcendencia que la de esta fugaz vida, ley que, digámoslo de una vez, hace segregar pensamientos al cerebro, como al hígado bilis?

En tan triste estado conocí a Miranda en mi casa de la Pola de Somiedo. Recuerdo aún con emoción que, en una interesante sobremesa, mis ideas positivistas chocaron con las suyas, acerca, precisamente, del origen simiesco del hombre.

—Pensad cómo gustéis, señor—me dijo—, que yo pensaré siempre con Blavatsky, con el gran antropólogo argentino Ameguino y con ese joven alemán de Hugo Hobermaier, que en estos momentos visita los picos de Europa. La ciencia podrá haber establecido la conexión *física solo*, entre el simio y el hombre: el segmento *AB*, que diríamos en Geometría, pero tal segmento puede haber sido recorrido lo mismo de A o B o del mono al hombre, en sentido progresivo, que de B a A en el regresivo, o del hombre al mono, que también hay caídas tanto como progresos en la Naturaleza. El hecho de la conexión es cierto, y falsa la consecuencia que deducís. Si no decidme si, dentro del justo paralelo que establecéis entre la filogenia y la ontogenia; entre la evolución del feto en la matriz humana y de los seres todos en la matriz de la Naturaleza, el antecesor de cada uno de nosotros ha sido un niño, ¿por qué la antecesora de esta Humanidad, ya adulta, no lo ha de ser también una Humanidad infantil, sin raciocinio, *una Humanidad niña en el Paraíso de su Padre celeste*, cual enseñan todas las religiones del planeta? Vos, que sois médico, ¿os atreveréis a sostener que el simio se parece al *niño antecesor*, más que al *hombre regresivo*, al hombre degradado, degenerado por los vicios? ¿Pretenderéis que la *alta torre* del humano esqueleto estuviese torcida, oblicua como el mono, antes de estar majestuosamente arrogante y bípeda como en el hombre?...

—Esto ya me hizo vacilar, pero faltaba lo mejor: lo que atravesase mi corazón, cual un puñal buído—terminó Belda—, porque no hay por qué añadir, sin ambajes, que Miranda es un mago, como mago también es mi tío Félix. Es, a saber, que como yo le objetase no sé qué cosa, remachó *el clavo* con estas palabras:

—¡Como gustéis, señor; pero perdonadme el que deplore que, siendo yo *todo un hijo de los dioses*, como usted y como todos, según la universal leyenda confirmada por dos testigos de la calidad de Platón y de Jesús, tenga que acceder, por complacerle, a descubrirme, respetuoso,

© Biblioteca Nacional de España

ante vuestro progenitor simiesco, chimpancé o gorila, con igual o mayor respeto que me descubro ante ese retrato de vuestro sabio padre, el excelso pintor, poeta y músico, hermano de Don Félix, el sublime...

Y mientras así hablaba Miranda, dando a sus palabras un acento extraño, que literalmente causaba frío cual si evocase a *los Poderes del Aire*, yo miré involuntariameute hacia el retrato del autor de mis días, y hube de quedarme horrorizado. No esa ilusión, no. El ceño del retrato se había fruncido en un tremendo pliegue, mientras tomaba su mirada ese brillo fosforescente y duro que yo le viese en algún rarísimo momento en que le dominase la ira... ¡No, padre mío, no; no, padres de los padres de mis padres; vosotros, mal que lo crea mi vana ciencia, no podéis descender del grosero cuadrumano, y ser, por tanto, verdaderos simios, en vez de *hombres divinos*...

... Y caí en brazos de Miranda, vencido, convencido. Desde entonces soy más que su amigo, su discípulo, y gracias a ello empiezo a vislumbrar un algo de la infinita grandeza de mi tío, de cuyas pretendidas teorías y rarezas, hasta entonces me había reído.

El Señor Belda enmudeció: llegábamos a la sazón a *Las Arriondas de Parres* y de los Fae, Faes o Haes, de los antecesores paternos de nuestro Don Hermógenes. Del tren pasamos, con todos los de la boda, a un lindo tranvía de vapor, recién instalado, que, dejando atrás ya las regiones donde se alza entre verduras la Virgen de la Cueva, cueva hermana de las de Contraquil, Corao, Covadonga y cien otras de la caliza dolomítica, nos empezó a subir hacia el Santuario patrio por una de las carreteras más poéticas que he visto en mi vida.

Primero vimos el río Sella, gemelo del Güeña, entre un laberinto delicioso de árboles, casitas, plantaciones y riscos; luego un simpático hórreo, exornado por obscura y lustrosa hiedra, frente al cual no pudo menos Narcés de interrumpir su amorosa conversación para decirme con orgullo que aquel hórreo había merecido los honores de una acuarela de su D. Antonio Maura. Después vino la imponente aparición, allí, en el fondo, de los Picos de Europa, cuya Peña Santa aún tenía algo de nieve; más arriba del camino, la célebre *Peña de los Rayos*, así llamada por la acción atractiva que su masa metálica de hierro manganesífero ejerce sobre las tormentas; luego la gentil San Pedro de Villanueva, con su ex monasterio, hoy Monumento Nacional, donde hubiera querido parar para contemplar su portada y su capilla románica que reproducidas veía en la Guía, con sus figuras grotescas de verdaderos *elementales*, tan frecuentes en los capiteles de aquellas obras en las que el severo y espiritual estilo gótico tre-

© Biblioteca Nacional de España

centista no había apuntado todavía, y en las que muchos creen se conmemora asimismo el triste fin de Favila o Fafeila, el segundo monarca astur, bajo las garras del oso, el oso aquel de quien dijo el romance castellano:

«De los osos seas comido
como Favila el nombrado»,

que se nos recuerda en *Don Quijote*. Por cima, finalmente, asomaban los cuetos de Don Opas y de la Mariña, mientras que el tranvía, dando otra curva, se detenía en Cangas de Onís, la primera corte de Don Pelayo al iniciarse la Reconquista, con su mercado que parece un zoco árabe, su palacio que un día fuése *Audiencia de perro chico*, y su precioso puente que se dice ser romano, y yo no sé si creerlo, reproducido doquiera, por el pincel y la fotografía, al frente de su intenso y solemne paisaje con sus revestidos de hiedra, delante del misterioso valle del Sella que remonta, en gris obscuro, de genuino fiordo noruego, hasta la Peña de Ponga, allá en la lontananza.

Nos hallábamos, pues, en una región doblemente santa para mí: lo uno, por los augustos recuerdos patrios de aquel Infante Pelayo, Duque de Cantabria, quien en el año 718, siete después de la rota de la Janda, Guadalete o Guadi-beca, al decir de los cronicones del Albeldense (883), del Monje de Silos y de Sebastián de Salamanca, destrúyese, allí por cima, en el Campo de la Jura que aún se llama del *Re-Pelao*, o Rey Pelayo según piadosos etimologistas, a los 70.000 invasores agarenos, comandados por el legendario Obispo traidor Don Opas, y por el jeque Alkhaman, nombrado en las crónicas árabes de Abu-Hayan y de Abdalah-ben-Abdelrahaman, no contradichas por los sabios autores Conde y Dozy. Doble encanto tenían, además, para mí aquellos sitios, repito, porque en ellos había morado durante más de treinta años el prodigioso Don Roberto Frassinelli, el sabio de Corao, quien parecía acompañarme en espíritu, pese a todas las aserciones de Narcés, desde que pisase el suelo de Asturias.

En cuanto a lo primero, yo carecía de la suficiente competencia científica para resolver acertadamente el pleito crítico entablado, de una parte, entre Masdeu, Pellicer y Noguera, y de otra, por Trelles, Villademoro, Micheli, Yepes y Carvallo, si bien no es nada favorable a estos últimos el silencio que sobre tamaño suceso guardasen los cronistas contemporáneos al hecho y las circunstancias verdaderamente milagrosas que parecen envolver la batalla de Covadonga, batalla en la que se cuenta que hasta las flechas arrojadas por los invasores se volvían contra ellos. Esto recuerda

© Biblioteca Nacional de España

muy de cerca las circunstancias análogas que de la ermita de San Juan de la Peña y de García Jiménez, de Sobrarbe—otro Pelayo y otro Covadonga navarros—, se cuentan, y asimismo aquel asalto de los galos contra Roma mientras los romanos celebraban la fiesta sibilina del Cinco de Julio, asalto en que los romanos ni siquiera empuñasen las armas para defenderse, sino que siguieron impávidos celebrando su fiesta del Dios Uno y sin Nombre, mientras que las mismas armas empleadas por los sitiadores se volvían mágicamente contra ellos.

En cuanto a lo segundo, a mi alemán incomparable, me veía ante el dilema de ir directo a Covadonga, donde debía encontrar al tío de mi nuevo amigo el Señor Belda, o ir antes a Corao, para lo que se me brindaba la gran comodidad de aquella carretera que, en dirección del valle, río y pueblo de Onís, arrancaba por la izquierda allí mismo. Como, además, el verdadero embajador era Narcés, por ser el portador de la carta de Miranda, le dejé que se anticipase a cumplir sus deberes diplomáticos, mientras que yo seguí hacia Corao, acompañado por el Señor Belda, quien ya conocía también la silueta de Frassinelli por habérsela ponderado hasta las nubes su tío, y ardía, por tanto, en deseos, como yo, de visitar la casa solariega del *Mago-artista de los Montes Herbáceos*.

—El retraso en llegar a Covadonga no será de más de seis horas—me dijo el Señor Belda—, pues que de aquí a Corao de Abamia, por Felguera y Perluces, hay un recorrido en coche no más que de unos doce kilómetros, y después, cortando por el alto de la Priena, podemos ir a dormir cabe la protección augusta de la Basílica.

—Aceptado—le dije.

Y nos dimos prisa a dejar el tranvía y tomar un cochecillo que para mí fué como un aula universitaria, pues que el culto médico hubo de dar me en él una preciosa lección de Historia, mezclada con inapreciables anécdotas relativas a nuestro héroe.

—Enrique y Victoriano G. Ceñal, en su meritísimo trabajo sobre Cangas de Onís, incluído en la monumental ASTURIAS—me decía Belda—, nos presentan a los pueblos más memorables de la historia astur rodeando a la región *cóncana* en la que ahora penetramos. Al norte, en toda la zona costera, ponen, con perfecta lógica, a los *selenos*—que diría mi tío—de Riva de Sella, Llanes, Onís, Tresano y Taraño, hasta el Porro de la Torre, de Socastiello, como dos leguas al saliente de Covadonga, gentes helenas quizá que viniesen por mar y se estableciesen hacia la marina. Al oeste, sitúan a los astures tramontanos—o *solares*—de Piedras Negras, Torazo, Torín, Tanes, Taranes y Tarna. Al sur, los tamaricos—armóricos quizá—,

© Biblioteca Nacional de España

y al este, los vadinenses—dravidas obscuros, del Vindya indo, según mi tío, como los ibero-siluros o vascos, que diesen nombre a nuestro monte Vindio—y los orgomescos—*arganonascos*, vascos lunares, efectivos—como los zoelas de Gijón, del Nalón y de Avilés. Cóncana en sánscrito equivale, según Guerra y Orbe en su Cantabria, a Kan-Kana; en lituano, Kan-Kava, y en polaco, Kol-Kol, que significa otro tanto que el *virias* o *brazalete*, que, según Hübner, diese el nombre romano a los *Viriatos* defensores de nuestra independencia, gentes que también usasen turbante cual los masagetas y gelones tártaros.

—Los celtas asturicones del Güeña—continuó aquel gran profesor que mi buena suerte me había deparado—nos dejaron aquí numerosos monumentos inestudiados todavía, pero que guardan relación estrecha con esas *gentes del bronce* de que nos hablan, de un modo harto discutible al decir de mi sabio tío, autores que, hombres cultísimos cual nuestro querido Uría, pero todavía desprovistos de la divina luz que del Oriente irradia, son seguidos al pie de la letra en su positivismo disculpable. Tales son el *Manuel D'Archeologie prehistorique celtique et gallo-romaine*, de Joseph Dechelette con sus célebres períodos sucesivos neolítico, aziliano-paleolítico, magdaleniano, solutreano, aurignaciano, mousteriano medio, acheuliano y chelleano inferior; las *Questions de Chronologie et D'Ethnographie iberiques*, de Louis Siret; *Les iberes*, de E. Philipon; *Les celtes depuis les temps les plus cloignés*, de D'Arvois; *Les Druides et la Druidisme*, de Alexandre Bertrand y la obra de Pierre Paris, para no citar sino los autores franceses que nos son más familiares. Aquí, en Asturias, tenemos dos arqueólogos de gran nota: Don Fortunato de Selgas, cuyo palacio decís conocer, y el infatigable conde de Vega del Sella, que no quiere oir hablar sino de sílex y de dólmenes, de los que tiene hechos estudios notabilísimos, tales como el de la *Pintura prehistórica de la Peña Tú*, pero tuvimos otro, superior a todos, como sabéis, en nuestro Alemán de Corao, pues que era ocultista y mago de la Buena Ley.

—Os prevengo—interrumpí—que nuestro Miranda acaba de encontrar en Luarca una piedra que me figuro es semejante a ésta.

—¿De verás?—preguntó maravillado el Señor Belda—. Si es así, la demostración epigráfico-pictórica del culto luni-solar primitivo que ensalza constantemente mi tío, va a quedar establecida. Hoy mismo escribiré a Miranda pidiéndole para vos calcos y fotografías, porque el gran problema es el de saber si antes fueron en España los celtas o los iberos, problema que, a decir verdad, sospecho que es muy complejo, pues nos hallamos frente a dos o tres oleadas sucesivas, sobre nuestra península, de indo-parsis y de

© Biblioteca Nacional de España

heteos o camito-egipcios, cayendo sobre atlantes civilizaciones autóctonas de la célebre Raza Roja de las que nos habla el argentino e indostánico arqueólogo Basaldúa, civilizaciones de la piedra pulimentada o, a lo más, del cobre, bien análogas a la que nosotros destruyésemos en aztecas e incas.

—Sea de esto lo que quiera—continuó mi amigo—, es lo cierto que ésta es la región, por excelencia, de los túmulos. Ahí tenéis el de Corao, descubierto por nuestro Frassinelli, los dos de Llenín, los de Villaverde, Gamonedo, Soto, Coraín; la Cueva de Contraquil, neolítica y del cobre, el célebre túmulo de Dovidena, sepultado bajo el templo de Astemo y Fafeila, y el de Santa Cruz, en la confluencia del Sella y el Güeña, estudiado antes que por el conde de la Vega del Sella, por Cortés y Llanos, Rada Delgado y Frassinelli, con sus extraños sillares aportados de tierras lejanas, y que son una prueba más del carácter *solar* de esta región notable, considerada como el último baluarte contra los romanos y el primero contra los moros, formando aquellas siete regiones y nueve ciudades cántabras de que nos hablan los clásicos, alguna de las cuales, como Vada o Bada, se hiciese después célebre por los arrianos vadinenses en ella perseguidos y cuya capital Vadinia, quizá por contracción *Vindya*, es emplazada por unos hacia Roblecedo, de Santander, por otros en San Martín de Bada, y, en fin, según mi tío, en Venia o Corao, porque Corao, con su castillo, su cueva neolítica y del cobre, sus túmulos ya indicados por Jove-Llanos, su vecina iglesita románica de Santa Eulalia de Abamia, sus sepulcros de Don Pelayo y de Gaudiosa, su mujer; su monasterio primitivo del Císter, sus vecinas minas de cobre de Con, sus dos largas docenas de lápidas con animales y *svásticas*, y, en fin, con el curioso museo que formase Don Sebastián de Soto y Cortés, merece, por sí solo, un estudio de años.

Aquí llegaba en su sabia disertación el Señor Belda, cuando nuestro coche se detuvo en las afueras de Corao, junto a la dulce casita consagrada por nuestro Frassinelli.

Descendimos, pisando como debe pisarse en los lugares santos, consagrados por el sacrificio de un hombre que, desde luengas tierras y sin obligación de ello, vino a honrarnos, para que nosotros, ingratos siempre con todos los verdaderamente grandes, cuanto ensalzadores de las más vulgares medianías, hayamos relegado su memoria y, lo que es peor, sus obras, al más censurable olvido.

© Biblioteca Nacional de España

VIII

La casita de Corao.—Recuerdos de valor precioso.—La silueta de nuestro héroe.—Sus maestros Heine, Schopenhauer y Trueba.—Su religioso espíritu de artista y la Basílica de Covadonga.—Un salvador de los tesoros astures. Gustos aristocráticos.—El lenguaje de los perros y de los pájaros.—Su amigo Pidal y una historieta italiana.—Grandezas del alma astur.—Don Pepito Quirós.—El Soto del Escorial.—El alto de la Priena.—Maravillas de la flora astur.—El panorama de Onís.—¡Voló otra vez el pájaro!—La Fuente del Matrimonio.—El Santuario de la Patria y sus delicias.

Después de consagrar un rato largo a la visita y luego a la contemplación, desde allí cerca, de la linda casita de casas afuera de Corao, que durante tantos años albergase a uno de los hombres más prodigiosos que han pisado Asturias, me dijo el Señor Belda emocionado:

—Sólo otra vez en mi vida he experimentado sensación semejante a la de ahora, y fué visitando en Bonn la casa natal de Beethoven, el coloso, recinto transformado, no como aquí, en templo de todos los recuerdos de su dueño, y ante cuyo busto del salón central más de dos y más de dos docenas de lindas obreras dejan, al marchar para su taller, su ofrenda de flores frescas, homenaje mil veces de seguro más grato que los oficiales, a los ojos del Maestro.

—¿Le parece a usted bien—le dije—que penetremos en la aldeíta en busca de alguien que nos dé informes acerca del gran hombre?

—Lo juzgo por completo inútil, amigo mío—opuso Belda—. No obtendríais sino vaguedades, frivolidades y reticencias, ya que, como dice mi tío, la Asturias de hoy, contaminada con el materialismo ambiente y con la mojigatería hipócrita, no es ya la Asturias de Jove-Llanos, ni siquiera la de Frassinelli. Yo mismo, que quisiera saber aún más de este hombre, incomprendido por su época cual los genios de todos los tiempos, os puedo decir, con cargo a mis respetados ascendientes y a mi tío, que le conocieron, mucho más de lo que aquí acertarían a deciros.

—Decidme, pues, algo de lo que de él sabéis.

© Biblioteca Nacional de España

—Don Roberto—añadió Belda—dicen que era de estatura elevada, delgado, vigoroso y rubio. Cuando vino por primera vez aquí, no se sabe, ni se sabrá jamás de dónde vino. Hacia el año cincuenta y cuatro, usaba barba corrida, que se afeitó luego, cuando hubo encanecido en la exploración hasta de los últimos rincones de la provincia. Recto y justo como el mejor de los príncipes, jamás dió motivo de murmuración ni de queja a estas gentes sencillas para quien era casi siempre una segunda Providencia, con sus consejos sanos y sabios, cuanto con su caridad inagotable.

Era distinguidísimo sobre toda ponderación; pero la eterna vulgaridad psicológica, o *por dentro* de la mayoría de los sabios oficiales, académicos y no académicos, nunca llegó a ahondar en el fondo ocultista de toda aquella distinción y sabiduría que él se preocupase siempre de velar ante los ojos de todos, cual dicen hacen los discípulos de las escuelas orientales y gnósticas. Su cultura era sencillamente maravillosa y de verdadero polígrafo; su mirada tan penetrante y viva, que casi no se podía afrontar directamente, y su don de gentes tan extraordinario, que quien le viese por primera vez ya se sentía atraído a él, sin embargo, por la más honda e inexplicable de las simpatías. Aunque llegase con cartas diplomáticas procedentes de las Embajadas de Alemania, Italia y Austria, siempre guardó acerca de su origen una reserva tan absoluta como extraña. Cual Schopenhauer y otros, no amaba gran cosa a la Alemania de su tiempo, acaso por verla tan militarista; pero era entusiasta por sus grandes hombres, en especial por Enrique Heine, con cuya psicología artística tenía no pocas semejanzas, y muy frecuentemente, ante la vulgaridad que doquiera veía, solía recitar aquellos versos *heinianos* que, poco más o menos, dicen: «Si he de morir, dejad que sea en ancho y noble campo: no permitáis que me ahogue en el cieno del mezquino mundo de los que comercian con la virtud.» Los *Cuentos fantásticos* de nuestro Don Antonio de Trueba eran sus favoritos.

Sobrio, activísimo, todo su corazón le llenaba con el culto más ferviente al Arte y a la Naturaleza. Probablemente no sería lo que hoy se llama, con tan pobre como estrecho criterio, un católico apostólico y romano, sino más bien un cristiano verdadero, por encima de evangélicos, anglicanos, romanos, ni griegos; un hombre de religión interior, un místico más bien de esos que en todas partes y tiempos han existido, honrando, por igual, a la Idea Religiosa. Sin embargo, sé positivamente que más de una vez se viese resbalar una lágrima por su mejilla, oyendo, no en catedrales, sino en perdidos rinconcitos que aún se conservasen puros en sus tradiciones gloriosas, aquel *canto fermo o llano* astur, acompañado por la

© Biblioteca Nacional de España

gaita en primitivas solemnidades, y ya muy borrado o desnaturalizado aun en aquellos rinconcitos. Los himnos religiosos del *Misserere, Magnificat, Tantum-ergo, Te Deum* y, sobre todo, el lacrimoso *Dies-irae*, le sumían en éxtasis artísticos verdaderos. Hay a más otra prueba de su religiosidad, en los enormes legajos de las cartas que se cambiasen entre él y el noble prelado ovetense Sanz y Forés, para conseguir la erección frente a la agreste Cueva de Covadonga, de la basílica actual, que puede decirse se debe por entero—y esto se ha cuidado de ocultarlo—a sus generosas iniciativas artísticas. Don Fermín Canella y Secades (1), el ilustre senador y escritor asturiano, sé que posee dicho legajo, procedente de la esposa de Frassinelli.

Humanista completo, tenía la especialidad del latín de los siglos medios, cosa que le sirvió a maravilla en la busca y conservación de rarísimos libros procedentes de las bibliotecas de los conventos del Principado, que a la sazón se deshacían bajo *el incendio* de las poco maduradas y peor ejecutadas leyes desamortizadoras del cincuenta y cinco y cincuenta y seis; libros que hoy, al no aparecer en la Biblioteca Nacional ni en ninguna otra parte, diríase que han ido a enriquecer, como por arte mágico, esas bibliotecas ocultas de que me habla muchas veces mi tío con cargo a *La Doctrina Secreta*, de madame Blavatsky, que en el Tibet y en tantos otros sitios, inaccesibles a nosotros los profanos, guardan íntegros, hasta el tesoro de la *Biblioteca de Alejandría*, que se cree quemado. Muchos incunables que aún existen en casas solariegas astures, por él fueron donados, cosa rara en un hombre que ya sabía el valor de estos extraños libros y que acerca su silueta a la de aquellas gentes tibetanas y a la de personajes superhumanos como Zanoni y Mejnur, de la célebre novela ocultista de Bulwer-Litton.

Los gustos de Frassinelli eran los del más refinado *gentleman* dentro de su austeridad ordinaria característica. Más de una vez mi tío Don Félix se hospedó en esta casita recibiendo de su dueño una hospitalidad tan fraternal y tan por encima de los moldes corrientes, que yo sospecho era más bien el vínculo de una como Hermandad oculta que yo voy sospechando existe en Asturias inadvertida del mundo, porque yo le he oído a mi deudo ponderar el lindo jardincillo y su pomarada con las treinta y seis clases distintas de manzanos con que en tiempos contaşe Asturias. Solían asistirle en la casa un criado y una mujer vieja, antes de casarse en el país, según pare-

(1) Tirados los pliegos anteriores, notamos sustituido varias veces por el apellido *Canellas* el de este eximio cronista Sr. Canella y Secades, quien, generoso, habrá de perdonarnos tan enojosa errata.

© Biblioteca Nacional de España

ce. Como el mejor de los orientales, deparaba en la planta baja de la casita cómodo alojamiento a cuantos trasponían sus umbrales; les obsequiaba con pollos, truchas, huevos, queso de Cabrales y las demás cosas más selectas del país, sin dejar de añadir nunca, como último postre, unas confituras sencillamente maravillosas, de factura inglesa, preparadas, al parecer, por él mismo. Tenía también un anteojo astronómico Zeiss, y en su despacho de la planta alta una porción de otras cosas desusadas en Asturias: animales disecados, raras pieles, cuadros, incunables, armas antiquísimas y cosas mil, por el estilo.

Otro señor, amigo de mi tío, que varias veces se bañó, en unión suya, bajo las frías cascadas de por bajo del templo, me dijo, confidencialmente, que siempre le observó pendiente del cuello, por cadena de platino, un medallón de oro, talismán del que se ignoró su origen como su contenido.

Las gentes de por aquí cuentan que dió en decir, en esfoyazas y amagüestos que Frassinelli entendía el lenguaje de los animales, en especial el de los perros, y como este último amigo se atreviese a decírselo en su misma cara, el alemán sonrió con la más indefinible de las sonrisas y sin afirmarlo ni negarlo, sólo dijo que, en ocasiones, efectivamente, se entretenía en averiguar el nombre de los perros, pues que como son tan inteligentes y a veces mejores y más nobles que ciertos hombres, pronunciando frente a ellos sílabas a base de las cinco vocales, verbigracia: *an, en, in, on, un,* a poco que se les observase, se les vería estremecerse, como prueba de inteligencia, ante la vocal, y más al coincidir al par en la vocal y consonante respectiva, pues todos los perros suelen tener nombres cortos, no imposibles de descubrir así con paciencia apurando la matemática coordinatoria, cosa que, yo tengo para mí, no le era necesaria, dado que la intuición genial de nuestro sabio no necesitaba de tanto, para ser de los irracionales comprendido.

Uno de sus mejores y más fieles amigos lo fué Don Ildefonso Noriega, hombre célebre en la comarca por su ciencia y sus virtudes. Otro tanto le acaecía con el llorado canónigo de Covadonga *Don Máximo Vega* que tanto se desvelase por la conservación del templo antiguo y la erección del nuevo y en la revista *Asturias*, cuyos primeros tomos hasta el noventa y siete no hay medio de hallarlos ni aun en la Biblioteca Nacional, con prodigiosos artículos, al lado de los Clarín, los Félix Aramburo, Palacio Valdés, Canella, Balbín de Unquera y otros. Don Alejandro Pidal y Mon, en fin, le adoraba, como puede verse por el elogio que de él hace en sus *Discursos*, pues que este señor, tenido por retardatario, era en el fondo de su corazón un espíritu más abierto al ocultismo de lo que la gente cree, díga-

© Biblioteca Nacional de España

lo sino lo que a mi tío refiriese de él el propio Duque de Rivas. Os referiré este caso último. Viajando Pidal con su señora por Italia, en silla de postas para mejor admirar los divinos relicarios aquellos, cierta noche se hubieron de hospedar los dos consortes en una posada modesta. Por cierto que no pudieron pegar el ojo durante toda la noche dentro de la misma habitación entrambos aunque en camas separados. Cuando al día siguiente se habían ya alejado, la señora reveló a su esposo que había creído estar viendo, horrorizada, durante toda la noche *el espectro* de un hombre joven, guapo, de aspecto distinguido y con una herida de proyectil en la frente, de la que manaba sangre. Como quiera que el marido, a su vez, había tenido análoga visión, volvieron a la posada y, a reiteradas averiguaciones cerca del dueño, éste acabó por confesarle que, por ser la mejor de la casa, les habían dado una habitación donde año o meses hacía se había suicidado un tenor ilustre, cuyo espectro o *doble* vagase por allí.

Con estos motivos Belda se extendió en hermosas consideraciones acerca de los Campo-Sagrados, sus parientes, y parientes, creo también, de los Mon y los Pidales, recordando aquel D. Alejandro Mon que amparó a Prim junto a Sama, y aquel otro Marqués que en épocas del más intolerante y peligroso absolutismo, se hacía tocar en la gaita el Himno de Riego, «sólo para que Narváez rabiase», o aquellos tan liberales descendientes de D. Antonio Miyar, el librero liberal fusilado en 1831; aquel D. Ramón Posada y Soto, primer presidente del Tribunal Supremo de Justicia, y aquellos Labra, descendientes del D. Ramón, caudillo de la Independencia y cuyo último glorioso vástago lo es aun hoy el gran político republicano y autonomista cubano D. Rafael María de Labra, mi amigo querido, que también conociese a Frassinelli, y, en fin, el incomparable don José Bernaldo de Quirós, diputado en las Cortes Constituyentes, que jamás consintió a ningún asturiano que le llamase «*señor Marqués*», sino simple y cariñosamente «*Don Pepito*».

En el curso de toda esta conversación ya habíamos dejado a Corao, después de comer en una limpia casa, en la que nos faltó poco para poner *otro cubierto* para nuestro Frassinelli, quien sin duda estaba a nuestro lado en espíritu, y sentimos pena de no poder visitar a la *románica* Abamia, inmortalizada por aquel estúpido cantar que dice:

En la parroquia de Abamia
amores nunca los quise;
porque tienen una mancha
que no hay agua que la quite,

© Biblioteca Nacional de España

ya que en punto a heterodoxos, sin hablar del resto del mundo, ellos han sido en Asturias bastante mejores que los por *ortodoxos* tenidos.

Tomamos, pues, carretera de Onís arriba, hasta dejarla frente al Soto del Escorial, por una de cuyas torrenteras fuímos remontando, en penosa senda, hasta vernos, hacia las cinco de la tarde, sobre el enhiesto picacho de *La Priena*, punto trigonométrico desde donde se domina un panorama sencillamente colosal. Atrás, hacia los sitíos de donde veníamos, se presentaba, cual en un mapa de relieve, el centenar de hondos sotos y altos oteros que forman la preciosa región de Onís, camino de las alturas que sirven de antemural a los Picos de Europa, que apenas se divisaban hacia el sur, entre la bruma. Al poniente, y al pie, la profunda cortadura del valle de Covadonga, por donde corre el Auseba, nacido en la misma gruta que allí, enfrente, ya veíamos, contorneada por abajo con un centenar de casitas, que, desde aquella altura nuestra de quinientos metros sobre las enhiestas alturas de la Basílica, parecían ínfimos juguetes de *nacimiento*, rodeando a una construcción tan gallarda como severa, de estilo renacimiento español el más puro, y más allá los sitios hacia donde cayera el castillo de la Porra de Socastiello; la pradería del Portiello y la calzada romana que cruza la pradería del Miradorio, y no sé si el Castro de Margolles y las Caldas de Tormín, con otras muchas aldeas, pintorescas y célebres, al decir de Belda, las unas por sus tradicionales *árboles*, tales como el de *La Espinera* que se menciona en una carta-puebla; las otras por los recuerdos que aún existen en ellas relativos a una democracia, ¡ay!, que no reina ya en España y en la que regidores, jueces, procuradores, etcétera, eran elegidos por todos los habitantes en *sufragio indirecto* o *referendum suizo*, o cosa así, que hoy sólo para elegir Papa se practica. Hacia el lejano norte, en fin, se sucedían los valles, más y más anchos gradualmente, cerrándose a trechos por la perspectiva de sendas montañas interpuestas, y allá, en el fondo de una penumbra gris, algo indefinible, que, según la excelente vista de mi compañero, auxiliada por sus prismáticos, no era sino un trozo del lejano Cantábrico.

Ante la extraña vegetación de la montaña aquella, coreado por el canto de algunos pajarillos y por el chirrido de una increíble cantidad de grillos, invité a Belda a que nos consagrásemos un poco a la Botánica, contando con que luego Miranda completaría con su saber poligráfico, todas mis inexcusables deficiencias, y así, en confuso desorden, reuní cuatro o seis variedades de helechos, alguna como de sigilarias carboníferas; otras tantas de brezos leñosos y herbáceos; *bocas de dragón*—del *dragón* maldecido en Pigüeña—, con flores blanco-amarillentas y blanco-violáceas; margaritas

© Biblioteca Nacional de España

blancas, gigantescas, otras amarillas y aun verdaderas micro-margaritas que, vistas al microscopio, presentarían cada una millares de florecitas compuestas; cardos con floraciones de intenso color violeta; labiadas o *mejoranas* con creosotados perfumes; rosas silvestres, pentafolias de pálida coloración; claveles naturales, rizados en violeta claro; corimbos diminutos de diversas especies; crucíferas también violetas, en forma de parasol; borragíneas de fuerte color azul; panojas de mil tintas; heno de montaña, de intenso perfume; dos variedades de adelfas; hongos parasolados, diminutos; *espuelas de caballero*, no tan vistosas como las de jardín; docenas de plantas floridas más, para mí indefinibles, entre las que resaltaban blancas umbelíferas; minúsculas florecillas pentagonales; malváceas o malvaviscos; corolas gamopétalas, para mi ignorancia inclasificables, y otras exagonales perfectas, cual sellos salomónicos.

—Hay, entre infinitas, dos cosas que me maravillan en esta flora—dije a mi compañero cuando ya descendíamos, después de haber fumado un par de cigarros, sentados en la casa de *la Cruz de la Priena* y en el poste planimétrico de la cumbre—: una es la increíble variedad de esta flora, pues sospecho que en estas sierras se han dado cita la flora peninsular, la anglo-francesa y la de Norteamérica; la otra cosa que me pasma es la extraordinaria preponderancia que en la coloración de las flores de estas zonas tienen los tintes más o menos violetas.

—Igual observación se me estaba ocurriendo a mí—replicóme Belda—y acaso ello se deba, por leyes del mimetismo natural, a la gran riqueza de estas alturas en rayos violetas y ultravioletas.

—Idea, en verdad, tan peregrina como plausible.

Descendíamos por un ancho, aunque pedregoso camino en ziszás que entre helechos naturales y pinos plantados por el Cuerpo de Ingenieros de Montes, nos condujo, con algún sol aún, al fondo de la torrentera del Auseba. En el primero de los puentecillos, frente a una deleitosa corriente de aguas, nos aguardaba Narcés, desolado, confuso. ¡En el tranvía que nos cruzara frente a San Pedro de Villanueva, había partido para Gijón el buscado Don Félix, tío de nuestro amigo!

—¿Qué hacer, pues?—me preguntó contrariadísimo.

—Ved—le dije en cariñosa reconvención—,a lo que nos ha conducido nuestra calma. En ocultismo, según Miranda, hay que proceder siempre con esa misma celeridad de que nos hablan los mitos, como aquel de Blanca-Flor, en el que el Príncipe tiene que sacar de una cuadra de mármol el *caballo del pensamiento*, mientras dan las doce campanadas de la medianoche, y aún así y todo, al salir con el caballo por la puerta, abierta única-

© Biblioteca Nacional de España

mente entonces, todavía se cierra ésta con la última campanada de la repetición cogiendo entre sus dos hojas cerdas de la cola del caballo...

—No es la ocasión ahora, amigo, de estériles reconvenciones, sino de obrar con más actividad que hasta aquí y ganar el tiempo perdido, saliendo para Gijón en seguida. Y cuidado si hago con ello sacrificio—añadió nuestro encantador Narcés—, porque...

Hubo tal sinceridad y emoción en aquellas últimas palabras, que Belda y yo cambiamos una sonrisa de inteligencia. Sin disputa, la hermosa prima de la novia había herido con certera flecha de amor el hasta entonces diamantino corazón de nuestro camarada, y contra ello nada podían su Derecho, su política, ni su latín, porque era *su karma*, sin duda, como él apuntaba ya.

Iba a responder dispuesto a que partiésemos inmediatamente, cuando Belda intervino y dijo:

—Mi tío, sin duda, ha anticipado un día, contra lo que yo esperaba, su viaje, porque habrá tenido que ultimar algún asunto imprevisto en Gijón, antes de embarcar no sé bien si para Dublín o para Londres, a fin de asistir al *Congreso Anual de las Ramas teosóficas*. De otro modo, su propósito era el asistir a la velación de los recién casados en la gruta de Covadonga, pero, a más de que ya no hay otro tren hasta mañana, saliendo de aquí mañana en el de la tarde que empalma con el para Gijón, tenéis tiempo de estar con él todo un día, por lo menos.

Narcés respiró ya tranquilo, añadiendo sonriente y como el que habla a discretos:

—Entonces, con vuestro permiso...

—Sí, buen Narcés, id con Dios, y... ¡que sea enhorabuena!

—«¡Húndase Isoba, menos la casa del cura y la de la pecadora!»—exclamó Narces, con franca sonrisa de gratitud, glosando el famoso dicho de Isoba, aldehuela del Riaño leonés, y partiendo carretera abajo a reunirse con las gentes de la boda, mientras Belda y yo nos disponíamos a subir por las regias rampas y luego por las escaleras que conducen hasta la divina gruta.

Sin duda alguna que Narcés, al beber sediento las frías aguas milagrosas de la *Fuente del Matrimonio*, cuya pilita se muestra bajo la doble cascada que brota de la gruta, iba a poner fin, aún no tardío pero si cierto, a su hasta allí impenitente soltería cuanto a su dañoso ostracismo en Soto, que fuése el mayor enemigo de sus positivos méritos de político y jurista.

Covadonga, a decir verdad, es única en España, y quizá en el mundo.

© Biblioteca Nacional de España

Yo al menos, en mis múltiples viajes, no he visto, ni en Suiza, ni en Italia, ni en los Andes, nada más emocionante, más sublime.

Descender del tranvía en un alto balcón natural, sobre rumoroso valle lleno de verdura prodigiosa y de alegres casitas y hórreos que, pese a su pobreza, son la encarnación del arte mismo, lamiendo sus muros y pegollos las linfas purísimas del Auseba, de la gruta y sus cascadas nacido; verse uno, así, tan en alto sobre el valle, y sentirse al par, sin embargo hundido entre el coloso de la Priena a la izquierda, y a la derecha, allá en la altura también, la cristiana y *gentil* Basílica, cuyas dos agujas, de puro arte español, remedan los brazos de un gigante de piedra alzados para abrazar el infinito, y detrás de la Basílica, los taludes que realzan con su fondo gris el intenso cuadro; ver, en fin, que entre montes y montes de aquel cerrado anfiteatro se roban al cielo más de treinta grados de su bóveda de intenso azul, con los peñascos enhiestos y umbrías frondas de castaños, es sentir en lo más hondo del alma el choque brutal, aplastante, neantista, de una naturaleza gigante, sirviendo de augusto marco titánico al más sagrado de los Monumentos de la Patria...

¿Qué importa a nadie, frente a tamaño SÍMBOLO, ni la discutida victoria sobre Alhakán, ni la no menos discutida figura mítica de Don Pelayo, que sensatos historiadores abonan; ni las mil tonterías de *el Salto de la Mula;* la muerte del traidor Don Opas; etc., que un mal entendido pietismo haya podido decir, si por encima de todo hay y habrá siempre en aquel Santo Lugar dos realidades a cual más indiscutible: la de que Covadonga la excelsa, Covadonga la solitaria, Covadonga la divina es el doble símbolo religioso astur, *tan pagano como cristiano,* allá entre sus imponentes riscos, y de la Patria ibera *de mar* a *mar,* contra romanos, contra godos, contra árabes y berberiscos, contra napoleónicos y también contra los malos españoles que, so pretexto de engrandecerla, la esquilman, la engañan y la mienten una falsa piedad cretina, explotadora, intolerante, egoísta; un no menos falso patriotismo agresivo que a nadie que no piense igual deja vivir, y que es hostil siempre, por la cuenta que le tiene, contra pueblos que serán siempre nuestros hermanos, y contra ideas primitivas orientales, que fueran, sin embargo, tronco del mismo Cristianismo?

¡Oh tú, Basílica cristiana, que desde arriba reinas con tu mole airosa sobre el egregio conjunto de rocas, valles, árboles y cielo! recuerda siempre a los buenos españoles: astures, catalanes, castellanos, o como, *para* sólo *andar por casa,* se llamen, que te alzaste sobre las ruinas de otros pueblos y otra fe, no menos grande que la fe que acaba de consagrarte, ya que todas las religiones son divinas cuando están sentidas y

© Biblioteca Nacional de España

practicadas con el corazón, otro tanto que son criminales y malditas cuando sirven ellas de protesta y de careta contra el supremo precepto de Amor entre los hombres por todos los Redentores predicado; piensa, digo, oh divina Basílica, que así como aquellas otras fes murieran para que tú nacieses, llegará quizás un día en que mueras tú, por esa misma ley natural o *kármica* que alzó el templo ibero sobre el hipogeo prehistórico, y el templo romano sobre el templo ibero, y la mezquita árabe sobre el templo visigodo, lo cual te obligue, sin perder tu filiación ni tus glorias cristianas, a que seas al par, como ya para mí lo eres, templo integral de la Religión-Sabiduría, de la Religión-Síntesis, que alborase tras el célebre Congreso de las Religiones, de Chicago, templo que cobije bajo supremo Manto de Amor a todos los hombres, cual, con Schiller cantase Beethoven en la *Novena Sinfonía* y como hubiese cantado aun más éste en su *Sinfonía Décima*, a no haberle sorprendido *la Intrusa* en su labor de concordia entre el principio Cristiano y el espíritu de la Antigüedad!—me dije.

Y caminando silenciosos, respetuosos y descubiertos, como quien pisa en un templo, subimos lentamente, sin saber hacia qué lado dirigir la vista, pues la solicitaban por todas partes las casitas de la derecha, que parecían irse hundiendo a medida que nosotros ascendíamos; la falda de la Priena, por donde acabáramos de descender; las arboledas de todo el contorno; la espléndida terraza-atrio de la Colegiata y la Basílica; los puentes sobre el Auseba y, más que nada, el enorme chaflán de la roca de la Gruta donde aparece, cual juguete cobijado bajo el peñasco, el feo templito, a cuyos pies brotan dos caños gigantescos de agua cayendo en gallarda parábola de una altura como de diez metros, y deshaciéndose en espuma.

Tras dos o tres amplias explanadas, subimos el centenar de escalones que conducen hasta la gruta bajo el pórtico que sobresale en su cúpula cual inmensa tienda, y da acceso, por la izquierda, al templito, templito que, con decir que es de madera y de gusto del siglo XVIII y moderno, ya tiene hecha su crítica. La venerada imagen de la Virgen no resulta en él, ni mucho menos, con el relieve que merecería, como tampoco el sepulcro de Don Pelayo, que, lleno de tarjetas de los numerosos visitantes, unas todavía blancas por recientes, y otras ya manchadas y amarillas, producen—perdóneseme la ingenuidad, en aras del noble deseo de que tal tontería desaparezca—esa misma impresión de ciertos nada gratos, por demasiado visitados, *lugares comunes* donde también los papeles abundan. Semejante profanación de un lugar venerando produjo en mi amigo y en mí la más irritada de las protestas.

Retrocedimos en la cueva, y, siguiendo por el lado derecho de la esca-

© Biblioteca Nacional de España

lera de subida, continuamos por una larga galería artificial, en cuyas paredes se ven diversos sepulcros con sus inscripciones, cuya fealdad, que hoy se quiere volver a implantar en ciertas iglesias, acusa la pobreza de nuestro espíritu religioso, por más que nos creamos otra cosa. Salimos así hasta la explanada más alta del cerro, donde se alzan los edificios de la Colegiata y el atrio sin par de la Basílica.

En el pórtico de tres arcos de ésta, hubo de recibirnos uno de los canónigos, amable e instruído, íntimo de mi querido amigo el también dignísimo canónigo Don Domingo Bueno, y quien, a lo largo de la tan severa como limpia nave, nos fué explicando la historia de la Gruta, que sirviese de albergue, se dice, a un santo asceta compañero de Pelayo, y de refugio de los perseguidos cristianos que se salvaran de las hordas de Tarik y de Muza; después la consagración de aquélla al doble culto de la religión y de la patria por los doce primitivos monjes de San Benito, sin omitir el incendio que en tiempos de Carlos III destruyese la primitiva iglesia de la Gruta, ni los esfuerzos y desalientos que desde entonces se vinieron sucediendo en lo relativo al proyecto de erección de la Basílica, desde los tiempos de Sanz y Forés, hasta Frassinelli, hombres a quienes principalmente debemos, en unión de otros nobles astures ulteriores, el ver convertido en pasmosa realidad aquel ensueño meritísimo.

Después entramos en la Sala Capitular y estampamos nuestros nombres en el álbum de ella, donde se atesoran las más prestigiosas firmas, las frases más bellas y alguna que otra inevitable tontería de visitantes, sin duda mejores personas que escritores ni artistas.

Despedímonos agradecidos de nuestro ilustre cicerone, y nos quedamos «a hacer nuestra muda oración interior» en el atrio terraza, donde sólo puedo decir que he sentido las más inefables emociones de mi viaje, viendo ocultarse el sol y caer majestuosamente el crepúsculo, con esas sucesivas tintas de montaña que son sencillamente indescriptibles, y venir por el otro lado el crepúsculo lunar tras las alturas del sudeste. Un alborear originalísimo, en el que la Luna, a la sazón en el signo más bajo del zodíaco, y a más en su máxima latitud austral, no llegó a salir sino un momento, y eso dos horas después, cuando allá abajo llevase ya esfumando desde la primera hora de la noche, la región del norte, con las vaguedades de su clorótica luz, sobre el fondo verdoso-negruzco de las masas del boscaje.

Una larga hora llevamos así de muda contemplación, ora sentados como chicos sobre el pretil septentrional, colgado a pico sobre el abismo;

© Biblioteca Nacional de España

ora sobre la solitaria puerta oriental; ora sobre la balaustrada sur, que vuela sobre seis largos tramos de escalinata.

Al fin, deplorando el apartarnos de aquel estado de espiritual liberación y de ensueño, descendimos a la también elevada terraza del Hotel Pelayo, donde el gran Víctor Hero, leal como el mejor astur y finísimo como el mejor hostelero francés conocedor de las excelencias de su cargo, nos dió una comida tan abundante, tan selecta, en aquel su comedor regio, que, sin exageración, afirmamos a una todos los de la boda que nos creíamos en el mejor de los hoteles cortesanos. ¡Como que en mi vida he tratado con *maître d' hotel* más instruído, pues que nos tuvo embobados durante toda la cena con su erudición químico-culinaria, que, texto en mano de los de su biblioteca, abarcaba desde el clásico de Brillat-Savarin en su *Fisiología del Gusto*, hasta los modernísimos de Edmond Richardin: *L'Art du bien manger;* del Dottore-Cavallero Alberto Cognet *L' Arte Cucinaria in Italia* y otros de la vieja cocina española, madre de todas, según demostró Angel Muro..., y como la memoria de Hero resultaba ser felicísima, él nos recordó aquellos aforismos famosos del maestro francés, que dicen: «Dime lo que comes, y decirte he quién eres»; «Los animales pacen, el hombre come, pero sólo sabe hacerlo el que tiene talento»; «De la manera como las naciones se alimentan depende su destino»; «Quien se embriaga o indigesta, no sabe comer ni beber»; «Mesa sin queso, es como una hermosa tuerta»; etc., etc.

Dejamos a nuestro Narcés con la gente joven de la boda y tornamos a la gran terraza de la basílica, para continuar nuestra contemplación nocturna y ver cómo el paisaje cambiaba y se engrandecía a medida que las horas avanzaban y el silencio más superhumano se entronizaba sobre aquel mágico ambiente, dejando resonar grave, *insonoro*, augusto e inenarrable, el *fa* natural de la *Sexta Sinfonía* beethoveniana, o el de tantos otros *paisajes* de Wagner, en las hojas mecidas por las auras; en las aguas rumorosas de los fondos y quién sabe también si hasta en el titilar de las estrellas, entre las que resplandecían, Júpiter sobre el corazón del Escorpión, que apenas tramontaba la sierra; Arcturo, Vega y Altair, hacia las alturas del cénit, en un azul blanquecino cual manto de Inmaculada.

Tanto perdimos la noción del tiempo, primero en la terraza; luego por el pie de la gruta y la cascada, más mágicas de noche que de día, y, en fin, por las primeras curvas de la carretera, fantásticamente empezadas a iluminar por la luna que, cuando fuimos a acordar, señalaban nuestros relojes la una de la madrugada.

Ya presumiréis, lectores, lo que tenía que ocurrir. Inadvertidos de

© Biblioteca Nacional de España

nuestra ausencia los del hotel, nos habían dejado lindamente fuera, sin que los criados, sorprendidos en el primer sueño, nos hiciesen más caso que si no existiésemos. Reímos de bonísima gana ante lo chusco de la situación y, convencidos de que en tamaña *fortaleza* no teníamos ya acceso por aquella noche, buscamos ansiosos una luz que denunciase algún otro alojamiento abierto.

De repente, la luz deseada surgió allá medio en el abismo, y tras la luz una más que regular escandalera, producida por un puñado de buenas gentes que acababan de llegar, no sé de dónde diablos. El dilema, pues, se nos presentaba terrible, y hubimos de acercarnos allá, más silenciosos que malhechores, ante lo que resultó ser una fonda. Ya íbamos a entrar, cuando una destemplada voz, desde arriba, nos dijo, creyendo que éramos de la partida:

—¡Si os acercáis un paso más, veréis la vasija que os tiro, buenos mozos!

Y como, según todas las señas, se acababa *el héroe* de levantar en ropas ligeras de la cama, no nos paramos a considerar qué sería lo que, de cumplir su amenaza, podría, en efecto, tirarnos. Desandamos, en su virtud, lo andado, en demanda, al menos, de los cómodos bancos de la explanada del hotel, a guisa de golfos madrileños, o bien para dar guardia de honor, cual Don Quijote, a las bellezas que en aquella venta-castillo dormían.

Pero como también hay Providencia para incautos distraídos, otro Don Quijote auténtico, que, sin duda, velaba por causa de sus amores, vino en nuestro auxilio, y una llave, pendiente de una cuerda, bajó oscilando desde la ventana más alta de las 36 de la fachada, cayendo salvadora sobre el hombro de mi amigo.

—¡Oh, buen Narcés, sea el insomnio de tu amor, bendito!—clamamos a una, y rendida así la fortaleza, «sin esperar para ello a que el sol estuviese tendido por los campos», como rezan las ordenanzas caballerescas, bien pronto nos vimos descansando dulcemente en nuestros lechos.

© Biblioteca Nacional de España

IX

Camino del lago Enol.—El lago cantábrico y *Los Doce Césares* de Suetonio.—Un pastor extraño.—La flauta del *Kareol* en el *Tristán* y en Iago.—La alegre tocata del pastor y su barco templario.—¡Vuélveseme del revés hasta el tiempo!—Regreso a Covadonga y despedida.—De Arriondas a Pola de Siero, Noreña y Gijón.—Como en las carreras de caballos...—Dos vapores en regatas, camino del Musel.—El indiano Don Pancho y su Corte.—Narcés se embarca para donde no quisiera.—*Quid pro quo* memorable.—El pasajero del segundo barco.

A las seis de la mañana ya estábamos en pie, gozando de las sonrisas del paisaje, en esa primavera de Junio en las altas regiones de Asturias.

Como me quedaban pocas horas de estancia en aquel encantador recinto, no quise desaprovechar la ocasión que se me ofrecía de visitar el lago Enol, a once kilómetros carretera arriba, aunque desgraciadamente para mí tuviese que hacer el recorrido a pie, porque dos caravanas de excursionistas, la una a Onís y los Picos de Europa y la otra a Peña Mea, habían barrido con toda clase de cabalgaduras.

Rogué a Belda que me disculpase con los de la ceremonia, y antes de las siete ya estaba, paso tras paso, caminando hacia el lago, deseoso de extasiarme ante el claro espejo de sus aguas diáfanas, y ver de cerca el lugar de aquel prodigio que había leído antaño en *Los Doce Césares* del romano Suetonio, de que, al ir Galba a tomar posesión de la prefectura Tarraconense, cayó del cielo un rayo en el lago Cantábrico o Enol y aparecieron doce hachas de piedra, señal inequívoca, decían, de estar llamado el nuevo gobernador a vestir la púrpura de los Césares. ¿Por qué esta superstición—me preguntaba—de relacionar con aquel fenómeno meteorológico y llamarlas *piedras del rayo,* a las hachas de diorita y de otras substancias, que hoy la Antropología considera como las armas primitivas de las edades paleolítica y neolítica? No lo sabía, a no ser que por *rayo,* rayo de ira o de guerra, se tuviese al golpe descargado por estas armas, ora sobre la *pelta* del enemigo, ora sobre la palpitante entraña de la víctima en

© Biblioteca Nacional de España

el sacrificio, y se considerase, pues, al rayo, merced a una asociación de ideas afines, como el arma de venganza de los dioses irritados contra los hombres.

No se da uno cuenta de lo que anda cuando va por caminos tan poéticos. Primero el soto de espesos castaños; luego el prado, fresco y oloroso; después los pedregales molestos, donde, frente a un portezuelo de la sierra de Biforcos estaba sin terminar la carretera, y, en fin, las llanadas de Comeya, que caen del otro lado hacia Sierra Bermeja y Picos de Cornión, en dirección sur, y las cuevas de Teyeres y Oxania, gemelas de aquellas otras de Maesca y Panales, que se abren frente a Sames, manteniendo quizá larga y secreta comunicación con la de Covadonga, según la noche anterior me contase Belda, con referencia a exploraciones de Frassinelli. Por aquellos sitios y por el Lago de la Encina, uno de tantos *lagos ermitaños* astures, que diría Galdós, hicieran, si no estoy mal informado, estudios simpáticos Ventura Rodríguez en 1780 y después Juan Aceval y Gutiérrez Zuloaga y Félix Aramburo.

A las nueve en punto de mi reloj, hice el primer descanso en la penosa subida, junto a una fuente, en la que apagase mi sed, no lejos de un pastor de imponente estatura, quien sentado poco por cima, sobre un risco, contestó majestuoso y amable a mi saludo.

Seguí caminando, volviéndome de trecho en trecho para tomar aliento y contemplar el montuoso panorama, y pensando en que por aquellos mismos lugares más de una vez subiera también nuestro alemán admirable.

¡Y cuánto no se me agigantaba en aquel paisaje, cien veces santificado por su planta, la figura de Frassinelli. A veces me parecía estarle viendo tras el saliente de una peña; otras en la obscura sombra de un castaño, y, ya en el lago, caminando majestuoso sobre las tranquilas aguas y viniendo hacia mí para recibirme por el más indigno de sus discípulos en los antros pavorosos de aquellas cuevas, que acaso no formen sino una en la entraña de la roca caliza, cual las célebres de Mallorca.

Saqué el reloj al llegar al lago: eran las once menos cuatro minutos. La contemplación de las desiertas orillas de éste y de sus tristes taludes vecinos que iban a morir en piedra y arena sin la más pobre planta en sus orillas; un poco de cansancio quizá tras tantos días de viajes e impresiones ininterrumpidas, y, más que nada seguramente la lucha atroz que desde el día de la conversación con Narcés acerca del tesoro, venían sosteniendo mi corazón y mi cabeza, me hicieron recostarme caviloso sobre un saliente del peñasco que avanzaba sobre las aguas diáfanas. Mirándome en las

© Biblioteca Nacional de España

linfas de las aguas de duros tonos violeta, verdoso y azul, no sabré decir si soñaba o si estaba despierto.

De repente sentí que todo mi cuerpo se estremecía cual bajo un extraño y brusco despertar. A lo lejos, hacia mi derecha, una como darbuca egipcia había dejado caer, lánguida, dulce, una tocata sugestiva que, por no sé qué rara asociación de ideas, pareciérome aquella *sonata triste* que, en el comienzo del tercer acto de *Tristán e Iseo*, entona el *pastor* del astral reino del Kareol, allá desde el alto parapeto.

¡Desierto está el mar, como desierta está mi alma! —me dije, parafraseando al héroe wagneriano—. ¿Estoy, acaso, en Kareol, en el antiguo lugar de mis mayores, de donde todos, antes de bajar a este mundo miserable, partiésemos...? Y este mágico sonido que acaba de herir mi alma, ¿será, tal vez, aquel que se dice oyese mi Maestra Blavatsky, camino de la tibetana Tzungaria? ¿Acaso la legendaria flauta del dios Pan, o sea del *dios-todo*, habrá de ser, pese a nuestra ceguera, la más divina de las realidades bajo la pérula de un mito...?

Miré entonces hacia el lado donde parecían haber sonado las inefables notas, y el ambiente se había transformado: el aire era ultradiáfano y su coloración blanco-violácea suavísima, no era, no, algo inerte, sino que más bien latía animado de energía salvadora, cual si en sus ondas me diese a beber vida de Vida.

Un Kurwenal, un *Kaurio* o *Kurú* invisible, parecía entretanto que me inspiraba al oído, cual un susurro del viento en la fronda, aquellas palabras sagradas, que en su boca pusiera Wagner: «—Despierta, señor, despierta, que estás en el Kareol. Mira, pues, en derredor tuyo y contemplarás el viejo Sol que sigue alumbrando el *castillo* de tus padres desde el día en que tú le dejaras, triste, para nacer en el mundo de los terrestres muertos que se creen vivos. Busca aquí si quieres, puesto que aquí moran felices, a tus padres y a los padres de tus padres, dotados de la inmarcesible juventud de los inmortales en el Elíseo, porque ésta es—¡despierta, señor, despierta—...! la sola región donde reina soberano el único, el eterno, el primitivo olvido...»

Y como al conjuro de aquellas mágicas palabras, de insonoro sonido íntimo, la tocata del pastor resonó más cerca, ¡más cerca!; pero esta vez intensa y alegre, cual la que a Tristán notificase gozoso la llegada de la nave, conduciendo hasta él a la Nueva Iseo, la del Amor puro, inmanente y transcendido. Fuera ya de mí, a través de las aguas mismas y a riesgo de una muerte segura, quise en el acto acercarme, unirme, disolverme en la suprema melodía de aquellas notas últimas, que no eran meras notas, sino

© Biblioteca Nacional de España

palabras mágicas de una lengua primitiva de aves, desconocida, irresistible... cual la del pájaro de *Sigfredo* en el bosque... Mis pies, empero, todo mi cuerpo, yacía inmóvil, como petrificado, y nada pude.

Pero sí creí alcanzar a columbrar hacia la fontananza de la derecha, que el lago se alargaba, se dilataba hasta lo infinito, uniéndose al fin con el cielo en un no sé qué de vago, de caótico, que era al modo de una densa niebla para mi razón más que para mi vista. Por aquellas aguas adelante, tocando el inefable caramillo, sobre una barquichuela fantástica que, ¡oh suprema visión!, también llevase vela blanca y negra, con el estandarte templario allá arriba, se alejaba un *Pastor*, que algo se pareciese sin duda a Frassinelli: ¡El Pastor con quien antes hablase; uno de los más fieles discípulos sin duda de la Fraternidad astúrica!

. . . . . .

¿Qué tiempo había durado aquella visión o, mejor dicho, aquella realidad celeste? No sabré decirlo. Unicamente sé que mi reloj, al consultarle de nuevo, no sólo no había marchado, sino que parecía haber retrocedido, pues en vez de marcar las once menos cuatro minutos, no señalaba sino las nueve y tres minutos, que sería próximamente la hora del encuentro del pastor, encuentro al que no concediese importancia, junto a la fuente de la subida.

Esto me sumergía en un dédalo de confusiones. Recordaba, sí, haber leído en *La Sugestión*, de Berhein, el caso de aquel soldado, quien, rendido de fatiga, entrase en el tren y cayese instantáneamente dormido, soñando al punto que había llegado a su casa, que se había enamorado y casado, que había después entrado en política activa y, a consecuencia de no sé qué conspiración, le habían condenado a ser pasado por las armas, siendo el ruido de los disparos, los golpes dados por el empleado, cerrando tras de él, siete segundos después, la portezuela del coche. Un tiempo vuelto sencillamente del revés, era para mí algo incomprensible, sin embargo, como no fuése por aquella ignorada ley que hace a los náufragos y a otros seres en peligro de muerte, pero salvados luego por circunstancias fortuitas, recordar retrospectivamente toda su vida en breves momentos, que a ser agónicos empiezan, o bien también aquellos personajes de novelas fantásticas a lo Flammarion, quienes, caminando con el caballo del pensamiento, a doble velocidad de la inaudita del rayo de luz, podían ver en el rayo de sol toda la historia retrospectiva de nuestro mismo sistema planetario.

Emprendí en seguida, cual un embriagado, el regreso a Covadonga, y sólo cuando las vagonetas del ferrocarril aéreo de la mina inglesa de por

© Biblioteca Nacional de España

cima de Comeya pasaran crujiendo sobre mi cabeza con sus pedruscos ferromanganesíferos, volví completamente en mí, y, tras una rápida comida, despidiéndome de los de la boda, y con un abrazo de Belda, el nobilísimo, tomé, en unión del entristecido Narcés, por aquellas pendientes abajo de la carretera. Cómodamente instalados en el tranvía, una hora después estábamos en Arriondas, casi sin cambiar palabra: meditabundo él por sus proyectos, respecto a una pronta vida conyugal con la admirable morenita, y yo sin poderme explicar poco ni mucho el fenómeno que en el lago me acaeciese, número mil y uno de los que en aquella tierra del perpetuo encanto experimentando venía.

Atrás dejamos bien pronto con el tren toda la comarca de Onís, y más atrás aún los últimos picachos de la región de Cabrales y Peñamellera, separados de la marítima de Llanes por la cordillera de Cuero o *Caurio*, y tras las alturas del norte se dibujaron, un momento no más, el cordal de Bustamal, con su pico y poblados de Toraño; la sierra del Calabrés, que avecina con la zona de Ribadesella, y más a la izquierda aún, el puerto de Sueve y la Sama, que da vista ya a la ría de Villaviciosa, ría célebre por haber desembarcado en ella, por un error de sus pilotos, el día 1.º de Septiembre de 1517, y con gran riesgo de ser tomado por turco corsario, el césar Carlos I de España y V de Alemania, al venir a posesionarse de la corona de su madre: Doña Juana, la *loca*-cuerda.

No sabiendo cómo distraer a Narcés de sus nostalgias, le empecé a dar bromas, leyéndole en mis apuntes uno que había tomado del cancionero del Llanes, del Llanes de la Torre divina declarada Monumento Nacional, del Llanes riquísimo en leyendas, tales como la de *Pan y flores*, *El bufón de Vidiago* y otras, en las que bebiese inspiración Zorrilla para su célebre *Canto del Romero*. Dile, pues, cariñosa *matraca* con aquello de:

El campano de la vaca
de to madre qu'esté en gloria,
tengo ponémelo al cuello
pa traerte en la memoria.

A lo que el coro responde con aquello otro que canta:

Ya non vas Nela, ya non vas, non,
ni a tu ventana, ni a tu balcón,

sin olvidar el grotesco añadido de:

¡Oh, quien fuese vacá o güey
o animalitos menores,

© Biblioteca Nacional de España

para beber en el pozo
donde beben mis amores!

tornando, en fin, al estribillo de:

Ya non vas Nela, ya non vas, non...

Muy viva era también la simpatía que sentía hacia aquella Villaviciosa, la ciudad de los fueros, cual el antiquísimo de la Brañosera (824); la sultana de bajo el Pico del Arbazal, la de las típicas calles *luni-solares* del Agua y del Sol, la de la rica sidra del Gaitero, la de los tocados femeninos que han hecho exclamar al poeta:

Villaviciosa hermosa,
¿qué tienes dentro,
que me robas el alma
y el pensamiento?

Con pena me quedaba, en efecto, de visitar en la linda ciudad de Villaviciosa su castillo romano de Morion, o de *Orión*, y de San Esteban de Miralles; su romería de San Blas y sus célebres amagüestos y las diversas parroquias de su Concejo, a las que habría que declarar Monumento Nacional en conjunto, siquiera fuése por las bizantinas y gótico-primitivas joyas de Santa María de Sariego, la Virgen de Sebrayo y del Arbazal, todas tres del siglo IX al XI, como la de Bedón, de Llanes; San Sadornín, o *San Saturnín*, émula también del Naranco y de Lillo; el divino San Juan de Amandi, que Cuadrado deputa del siglo XII o acaso del XIII; Santa Eulalia de la Loraza; *El Conventín*, del Monasterio de San Salvador, cantado por el sabio Amador de los Ríos, y *El Conventón*, de Santa María de Valdediós, la más pura, la más seductora joya del Císter; San Salvador de Briesca, que es otra maravilla; Santa María de Lugás, Santo Tomás de Coro, y las reliquias, más o menos templarias, de Santa María de Celada y San Andrés de Valdebárcena, digno de especial estudio en sus astrognósticos simbolismos de los signos del Zodíaco, sin que falten tampoco sus cuevas pavorosas, ni otros misterios típicos astures, sin contar las cosas históricas de la Espumera de Naveda y la casa de los Hevias que hospedase al César.

Una breve parada en Siero me dió a conocer cuán fuerte le había entrado el amor a Narcés, porque me hizo tan viva pintura del pueblo y de sus habitantes, que nada había mejor para él ni en Asturias ni en el mundo. ¡Como que la hermosa que así se había apoderado, algo a deshora

© Biblioteca Nacional de España

quizá ya, de su corazón, viese allí la luz, para hacer verdad el famoso cantar que dice:

Para cantar... ¡viva Pravia!;
para bailar, Cudillero.
¡Para muchachas bonitas,
las de la Pola de Siero!

Más joven que él, era de él digna por todos conceptos, casi superior a los muchos méritos de Narcés, pese a sus «siete puntos cardinales» que en él me evidenciase Miranda. Huérfana de un militar glorioso, se había educado en la gran escuela de la desgracia y de la abnegación, con ese desinterés de la mujer astur, quien, rica, no se envanece de su riqueza, y pobre, sabe suplir con prodigiosa actividad al marido, o al padre, ausentes en América, labrando la *tierrina* y cuidando como un hada del hogar por los que quedan.

De Noreña caminábamos ya hacia Gijón, la *Gigia* de Gerión, según Silio Itálico, pero, ¡ay!, que no tenía allí a mi lado al gran Miranda, para que me hablase de aquel *Orón*, *Orión* o *Gerión*, dueño sin duda de los áureos bueyes, cuanto del no menos áureo Toisón o Vellocino; aquel personaje de indudable abolengo solar, robado en sus tesoros de arcaico y oculto saber, por el líbico y luego por el griego Hércules; de aquel caldeo *Deabo*, es decir extranjero, peregrino, en fin, como todos los buenos en el mundo, que diese nombre, tanto al río *Gera* de Tineo, como a la *Gerona* catalana, a la *Garona* bordolesa, y al Monte Oria, de Soria, y cuyo *oriónico imperio*, si bien pudo ser acaso deshecho y repartido aquí abajo por los *lunares* helenos, no lo ha sido ni lo será jamás allá arriba, donde su soberana constelación refulge esplendorosa con las más hermosas estrellas del firmameuto, al lado del Toro de Myttra, Vaca o Becerro celeste.

Parecíame mentira, en mi ya antiguo y nunca realizado deseo, que iba a conocer a Gijón, a la propia *Setubalia* antefenicia, encarecida por Miranda, y que, al decir de él, tiene su homónima en Setúbal, por bajo de Lisboa, y su abolengo en Tubal o *Baal-Tú, el Dios de la Piedra Tú*, que acababa de ser descubierta por el Conde de Vega de Sella, a pocas leguas más, al Oriente, de *Tú* o Tubal, que al ser nieto de *Noé* (que es *Noai*, *Jano* o *Jaino)* fuera sin duda, como indica la Biblia, para quien sabe leerla entre líneas, el caudillo semito-atlante que condujese a sus gentes hasta España salvándola de la catástrofe, como después hubo un *Hibero*, caudillo de una tribu libia, y antes quizá un *Ida-Veda* y un *Brigo* orientales, en clara alusión a gentes que derivasen tal palabra y los centenares de sus

© Biblioteca Nacional de España

derivadas hispánicas e inglesas, del *brig* o brillar «sanscritánico, todos adoradores del Dios Sin Nombre» venerado aún antes de alzarse las Pirámides Sextianas gijonesas, y del que Carrasco en su Mitología Universal dice: «Con razón se asegura que los primitivos españoles tuvieron su culto originario e indígena, distinto del importado por celtas, tirios, cartagineses, griegos y romanos. Eforo, hablando de España, dice que en su tiempo (338 años antes de J.-C.) *no había aún templo de Dios alguno en Turdetania*, y que, en vez de éstos, se hallaban piedras amontonadas de tres en tres o de cuatro en cuatro (dólmenes). Tampoco hacían sacrificios. Según Estrabón, los celtíberos y sus comarcanos *adoraban a un* dios *sin nombre*. San Agustín afirma que los españoles, por ser sabios y filósofos, adoraron a un solo Dios, autor de lo manifestado; incorpóreo, incorruptible, nuestro origen y nuestro bien. Duplex se expresa así: «Es cosa harto admirable que estando las otras naciones del mundo sumergidas en la idolatría y en el culto de diversas divinidades con nombres diferentes, los celtíberos *adorasen a un dios de ignorado nombre*... Los Padres Mohedanos añaden: Preciso nos es confesar que apenas si quedan vestigios de la idolatría de España antes de la venida de los fenicios. El culto y la religión de los naturales, *si alguna tenían*, no era tan abominable y supersticiosa como la de algunos pueblos de Oriente... En las naciones tenidas entonces por cultas floreció la idolatría multiplicando las deidades hasta lo infinito, mas en las incultas no se multiplicaron ellas tanto. Su propia barbarie las preservó largo tiempo de esta desgracia. Su religión, a la verdad, era falsa, diminuta y más grosera que en los pueblos civilizados; pero al mismo tiempo más sencilla, menos absurda y no tan supersticiosa. Masdeu dice que hay que convenir en que la religión revelada (¿la primitiva?) se introdujo en España juntamente con los primeros hombres, y que se mantuvo constantemente por medio de la tradición hasta que los fenicios trajeron la muchedumbre de sus deidades. Según Erro, en fin, los españoles, por el rito simplicísimo de aquellos tiempos no conocían templos ni altares: unas piedras amontonadas eran las únicas aras que usaban, y en las que ofrecían a la Deidad las primicias de sus frutos: el mundo entero era para ellos templo del Señor. Añade que los primeros templos que se vieron en España, fueron los de las colonias fenicias; pero sus ridículos dioses penetraron en muy pocas partes de la Celtiberia, sin alcanzar jamás a las naciones septentrionales, donde conservaron pura la primitiva religión hasta que fué anunciado el Evangelio.»

Pero esto se ignora o se quiere ignorar hoy en España, y la guía sólo

© Biblioteca Nacional de España

me decía, y no era poco, que Melafón, doscientos años antes de J.-C., describió a *Gijia* en estos términos:

«Entre la tierra llana y la costa septentrional hay una cuerda de muy altos y nevados montes, habitación de fieras; pero, costeando la ribera del mar del Norte, se ven fértiles valles, y en ellos, algunas poblaciones. De éstas, es la más conocida la ciudad de Gijia, colocada sobre la eminencia de un cerro, casi rodeada de mar, en el centro de una ensenada que éste forma entre dos puntas. Al Oriente es una costa inquieta y brava, pero al Occidente es una playa pacífica; una concha segura y un abrigado fondeadero, donde se afianzan las naves de Cartago y de otras naciones que comercian con aquella ciudad, quien, por la parte del Mediodía, domina una campiña muy fértil y deliciosa, más frondosa y llana que todo lo demás de aquella tierra.» Tal era entonces, como hoy, la ciudad quizá de aquel *Gisjón* cartaginés, célebre por su periplo marítimo, y aquella *Giján*, donde siglos después desembarcara Sexto Apuleyo con su primera legión augusta, que contribuyese más que las fuerzas mismas de Antistio, Carisio y Furio, a acabar con la libertad de la indómita comarca. Tal era Gijón, por último, que a fines de la Edad Media fuése el baluarte de las rebeldías de Don Enrique de Trastamara, de Elvira Iñiguez, *la Corita*, de Doña Juana, la madre del sapientísimo brujo Don Enrique, Marqués de Villena, cosas que acarreasen a Gijón hondos disgustos, terribles asedios terrestres y marítimos y hasta uno o dos incendios, de los que resurgiese, como un fénix, más hermosa, más gallarda y rica.

Pero nosotros no podíamos detenernos en aquellos momentos en que llegábamos a contemplar nada, ni a considerar nada, nada que no fuése el escapar, llenos de impaciencia, hacia el Hotel Malet, donde, según su sobrino, se había hospedado, antes de partir para Irlanda, el venerable señor Don Félix de Belda, régulo de Somiedo y aun de toda Asturias. ¡Cuál sería nuestra sorpresa, nuestra angustia y nuestra impotente rabia contra nosotros mismos, cuando, juguetes sin duda de una fatalidad extraña cuando no de toda una legión de *elementales* o diablejos burlones, nos encontramos con que aquel señor acababa de partir, para instalarse a bordo con toda calma... «en aquel instante mismo»!

Nos miramos recíprocamente entrambos, sin saber qué hacer, y prontos a reirnos de nosotros mismos, cuanto de nuestra diplomática impericia. Mas, como lo importante era obrar sin demora, escapamos corriendo hacia el muelle de allí al lado, donde caímos, como dos trombas, en una lanchita de vapor, llena de pasajeros, y que arrancaba para el Musel

© Biblioteca Nacional de España

en aquel momento mismo. ¡No era, pues, posible que se nos escapase ya el pájaro, al menos sin entregarle la carta.

Dentro de la angustia y premura que nos dominaba, cambiamos una rápida impresión relativa al cómo era posible, que Belda tío, hubiese anticipado su viaje un día, contra lo terminantemente dicho por Belda sobrino, de que la salida de aquél sería «dos días después de la ceremonia», cuando la verificada en Covadonga, no hacía ni siquiera un día...

—¡Horror de horrores!—dije—¡la ceremonia a que aquél se refiriese, no era la de la velación en Covadonga, sino la de la boda en Tiraña, hace precisamente dos días...!

Por fortuna Don Félix debía ir en aquella otra lancha sobre cuya estela seguíamos.

Tranquilos relativamente, tendí una rápida ojeada sobre el interesante grupo de nuestros compañeros de vapor: dos o tres familias con acento astur-habanero, entre los que descollaba, cual rey entre vasallos, un señor *Don Pancho*, indiano él, magnífico él, con sus aires de completísima suficiencia en todo y por todo, y de mundana autoridad de hombre corrido y viejo que había hecho su medio millón de pesos en su *boliche* de Buenos Aires, o en su *bodega* de la capital de Cuba; esplendente él, cual un sol, con los brillantes de la pechera, del alfiler de la corbata, de la doble cadena maciza de oro de su chaleco, y de cuatro de los diez dedos de sus manos nada finas. Una sola vez se dignó mirarnos *Don Pancho*, entre dos chupadas soberanas de la boquilla de ámbar ribeteada en oro donde ardía un veguero de casi una cuarta, con fajín rojo de *águila de Vuelta de Abajo*. Sin duda que desde su altura se compadecía sinceramente de nuestra insignificancia de modestos turistas, que no seríamos tan ínfimos si hubiésemos tenido allende los mares una *chavola* o un *trapiche* como *Don Pancho*.

Pronto la vapora, sustituyendo a la anterior en su puesto, tocó a la escala del buque inglés, que ya había dado las tres sacramentales y roncas llamadas de su silbato. Narcés, valido de su vigor de acróbata, saltó el primero, con la más irreverente agilidad, por sobre el mismísimo *Don Pancho*, y subiendo de dos zancadas la escala, cayó como un alud sobre la cubierta del buque, para alcanzar a Don Félix y entregarle la carta antes de que el barco partiese. Yo iba a seguirle, cuando la solemne y lenta majestad de *Don Pancho*, que ya sabía bien lo que era tomar un barco, y sus veintitantos súbditos, se interpusieron con todos sus maletines, sombrereras, portamantas y demás chirimbolos. Al fin, cuando toda aquella avalancha hubo vaciado sobre cubierta, yo ponía el pie en la escala; pero el ma-

© Biblioteca Nacional de España

rinero que la vigilaba, comprendiendo, por mi traje, que no era pasajero, me observó con viveza:

—Advierto al caballero, por si no fuere del pasaje, que el barco ha largado ya la última amarra, y que comienza a marchar en este instante mismo.

Ante la premura del momento y lo imperativo de la orden, no titubeé, tornando rápido a la vapora, y seguro de que Narcés, de un instante a otro, iba a hacer lo mismo; pero, ¡que si quieres!, el costado del barco rozó casi las rojas y negras chapas de su casco, majestuosamente, mientras mi vapora le volvía gallarda su popa, dejándome a poco en el puerto.

Con la premura de semejante escena, no me di cabal cuenta de lo ocurrido. Esperaba que Narcés, advertido igual que yo, habría hecho lo mismo, y ahora que me veía solo sobre el enlosado del Musel, mientras el transatlántico inglés se alejaba a buena marcha, temía que aquel hombre, enérgico también, a su modo, hiciese parar el barco para restituirse al puerto, ya que no saliese con otra como la de marras en Navia, echándose a nado como la cosa más natural del mundo.

Ninguna de estas cosas acaecieron, desgraciadamente, y yo, decidido a esperar, según era mi deber, hasta el último momento en que viera perderse el buque en alta mar al par que el crepúsculo caía, seguí firme en mi puesto. Sólo cuando hube de estar seguro de que no veía ya al barco y de que por tanto mi excelente cuanto enamorado amigo iba a hacer en Southampton una visita a las inglesas, me dispuse a regresar, más o menos a tientas, por el grandioso puerto, mientras que otro transatlántico, inglés también y de mucho mayor tonelaje que el primero, se hacía a su vez a la mar con muy pocos pasajeros, uno de los cuales era un solitario *sui generis*, con longuísima barba blanca partida a la moda *rajaputana* y con otros detalles más cuyo conjunto, a la indecisa luz crespuscular, ofrecía ese infalsificable sello de los más altos ocultistas, al modo del señor Don Hermógenes de Fae y Bentivoglio, con quien el desconocido tenía no poco parecido, desconocido, ¡ay!, que no se limitase como éste a darme un solo dedo de su mano por toda despedida, sino la más interesante, adivinadora y benévola de las sonrisas de inteligencia. ¡Sin duda que, telepáticamente, me había conocido, y me miraba con todo el cariño de un viejo sabio a un inocente niño!

Una intuición, vivísima como un relámpago, fulguró entonces en mi mente hasta entonces confundida.

—¡Aquel, y no otro, debía de ser el régulo de Somiedo, el venerabilísimo señor Don Félix de Belda Flores-Estrada y Palacios de Olmedo, camino realmente de Irlanda más que de Inglaterra!

© Biblioteca Nacional de España

No tardé efectivamente en convencerme de que no me había engañado. Un cabo de mar a quien preguntase el destino del buque aquel, me dijo:

—Este barco, señor, va para Irlanda, y a Santander e Inglaterra el que salió hace una hora.

Al menos—me dije, echándome yo mis cuentas para luego—mi incomparable enamorado podrá tomar mañana el tren de regreso en Santander y reunirse conmigo en Grado o en Salas.

Tranquilo, pues, por esta parte, tomé el tranvía del Musel que, por junto al pueblecito de Jove, el de las Aras Sextianas, conduce hasta Gijón en menos de media hora. Pude así telegrafiar aquella misma noche «al señor Don José Narcés, pasajero del *Clyde*», y compañero, iba a decir, de *Don Pancho de N. y X.*, mi resolución de esperarle en Grado, en la mañana de allí a dos días, visitando yo así en el intérvalo a Gijón y Avilés, los dos puertos mejores de las Asturias.

© Biblioteca Nacional de España

X

Vida de un ocioso en Gijón.—El hombre más grande que la ciudad ha tenido.—Un poco de bibliografía de Jove-Llanos.—Cómo hubieron de enseñarle en Mallorca el Catecismo.—Aras sextianas.—Fano y Jove.—Somió y su americanismo. Cambio más que de tren en Villabona.—El gnomo braquisquélico del valle de Villardebeya.—El primer feo de Asturias y su pequeña lección de Criptología.—Rodando por y bajo todo el mundo.—La terrestre criatura se esfuma ante mi propia vista.—El regalo de una pipa.

Nunca hombre alguno tuvo menos obligaciones que yo en Gijón, durante aquella noche y el siguiente día, hasta tomar el tren de las dos de la tarde, que indiferentemente podía llevarme hasta Oviedo o hasta Avilés. Opté por este último, pues que aún no conocía la patria del conquistador de la Florida y de otros gloriosos astures, y donde con toda comodidad podía pasar la noche del otro día, para esperar luego al siguiente, en Grado a Narcés, mi asendereado amigo.

Después de una buena cena en Malet, el inevitable paseo por la calle Corrida, *boulevard* que nada tiene que envidiar al de cualquiera capital de primer orden y a cuyo final se alza atrayente la estatua de aquel Don Gaspar Melchor de Jove-Llanos, el polígrafo que es, sin disputa, la figura más noble, más abnegada y más profética en sus intuiciones, de todas las de Asturias. Como muy bien dice Don Fermín Canella, sus conocimientos abarcaron los ramos más diferentes. Las Academias de la Historia, de la Lengua, de San Fernando, de Cánones y de Derecho público en Madrid con la de San Carlos de Valencia, se honraron franqueándole sus recintos, y las Sociedades Económicas de Amigos del País, de Sevilla, Madrid, Oviedo, Galicia, Granada, Cantabria, Mallorca, etc., se distinguieron contándole entre sus miembros, y para los diversos estudios de estas asambleas tuvo múltiples escritos que serán por siempre ornamento de las letras patrias. La sola enumeración de sus obras más notables, pasma, y de ellas las más célebres fueron las siguientes: *Necesidad de unir el estudio de la legislación al de la Historia y antigüedades; Lenguaje y estilo de un Diccionario Geográfico;*

© Biblioteca Nacional de España

Sobre las leyes visigodas; Legislación de España sobre sepulturas dentro y fuera de las iglesias (que aún hoy en que, pese a la higiene, se está tornando a enterrar en las iglesias y en millares de conventos sitos en poblado, tendría gran utilidad, al cabo de más de un siglo); *Policía de espectáculos y diversiones públicas; Antigüedades de Mallorca; Manuscritos de la Crónica del Rey Don Jaime y de Juan de Herrera; Historia de la Cartuja de Valdemuza; Ilustraciones al testamento y codicilo de Alfonso X; Estudio de las lenguas para conocer el espíritu de la legislación; Felicitación a Carlos III; Manifestaciones en la sátira contra los malos poetas; Cartas a Trigueros sobre literatura; Censura de obras dramáticas; Observaciones sobre la inmoralidad del teatro antiguo; Poesías castellanas de Sánchez; Proyecto de un Diccionario radical de la Lengua castellana; Composiciones juveniles; Sátiras y epístolas; El Delincuente honrado;* la tragedia *Pelayo; Elogio de las Bellas Artes; Monumentos de Granada y Córdoba; El Castillo de Bellver; Conventos de Santo Domingo y San Francisco; Lonja y Catedral de Palma; Arquitectura gótica e inglesa; Cartas a Bayen sobre la Pintura; Situación y división interior de los hospicios; Pesquerías de Ayamonte; la Agricultura andaluza; Elogios del Marqués de los Llanos, de Carlos III y de Don Ventura Rodríguez; Montepío de Nobles; Admisión de señoras en la Corporación; Decadencia de las Sociedades Económicas; Fomento de las excavaciones del carbón de piedra y su comercio; Medios para promover la felicidad del Principado y necesidad de cultivar en él las ciencias útiles; Extracción del aceite; Montepío de Sevilla; Proyecto de un Banco Nacional; Fabricación de gorros tunecinos* (los famosísimos colocotrones antiguos); *Memoria económica; Abastos de Madrid; Diálogo sobre el trabajo y el lujo; Erarios públicos; Deuda pública; Posadas secretas; Sobre las riquezas de las naciones de Adán Smith; Economía civil y política; Fomento de la marina mercante; Libre ejercicio de las artes; Las muselinas; Hilanza de la seda; Embarque de paños extranjeros para nuestras colonias; Compañías de Seguros; Instrucción a la Junta de Hacienda; Introducción al escrito forense de la familia de Colón; Indultos generales; Jurisdicción temporal del Supremo Consejo de las Ordenes; Método de estudio del Derecho* y *Origen y autoridad de nuestros Códigos; Legislación mercantil; Práctica criminal; Disciplina eclesiástica; Derecho español; Abolición de la prueba de tormento; Interrogatorio de los reos; Constitución, leyes y costumbres de España; Fuero-Juzgo, de León* y de otras muchas localidades; *Instrucción para el estudio de la Zoología; Sociedad médico-hispalense; Colegio de Calatrava; Instituto Asturiano; Humanidades castellanas; Gramáticas*

© Biblioteca Nacional de España

francesa e inglesa; Necesidad de unir el estudio de la Literatura al de las Ciencias; Geografía histórica; Disertación sobre las Ciencias naturales; Tratado de la Enseñanza; Plan de Instrucción pública; Apuntamientos del dialecto bable e Instrucción para su Diccionario; El Blasón de Asturias; El Castillo de Gauzón; Cartas a Ponz; Obras del pueblo de Gijón y plan de mejoras, y, en fin, con algunos otros trabajos no menos meritísimos, su magistral *Informe sobre la ley Agraria,* que pudo y podría aún ser la salvación de España, de esta España que no dejara de ser con él ingrata, pues que de él se burlase el majadero canónigo Escoiquiz, aquel que perpetrase la traducción mutilada, y ¡en verso!, del *Paraíso Perdido,* y casi ni mencionaron a Jove-Llanos en sus historias de la enseñanza nacional, ni Gil de Zárate, ni Sánchez Campa, ni Lafuente. Hasta se hizo más por nuestro eterno espíritu de ultramontanismo que ha metido dentro de cada español un fraile, y fué el perseguirle como a un criminal y encerrarle en las prisiones de Mallorca «*¡para que en ellas aprendiese el Catecismo!*»

Al día siguiente, muy de mañana, la visita a Feara y a las *Aras sextianas de Jove,* únicos restos romanos de un templo primitivo que, allá en el cabo de Torres, álzase, según la tradición, unas extrañas pirámides que acaso guardarán parentesco con las de Akké y Palenque, en México. Luego, el paseo por entre las repletas dársenas de Oriente y el Fomento; la visita al severo palacio de Revillagigedo; estatua de Pelayo e iglesia de San Pedro de Bígaro, en el entronque de la población moderna con la chiquitita antigua del cerrete de Santa Catalina, torre de vigía hoy y antaño fuerte castillo, del que se cuentan mil leyendas, y que rechazase a los normandos, bajo Alfonso III, y al propio Don Pedro de Castilla, bajo Enrique de Trastamara, el sucesor adoptivo del prócer Don Rodrigo Álvarez de las Asturias. El castillo fué, a raíz del asalto de los castellanos, el único edificio no incendiado, al par que a su defensora, la Condesa Isabel, se la declaraba traidora merced al arbitraje del rey de Francia.

A falta de las enseñanzas de Miranda, mi visita después a la alegre playa de San Lorenzo tantas veces atacada por los ingleses y holandeses y puerto de salida, antaño, para la pesca de la ballena en los mares árticos. Luego de pasmarme ante el creciente progreso de su urbe, en todos los órdenes de la actividad, no pude menos de exclamar a guisa de síntesis:

¡Gijón no es Gijón, sino Jove-Llanos!

Y visitando, en fin, los lindísimos *chalets* de Somió, allá arriba, respondíme:

¡Gijón es España y también un poco Francia e Inglaterra; pero Gijón es, sobre todo, América!

© Biblioteca Nacional de España

Tal importancia ha tomado en los últimos años por su tráfico carbonero, desde su colosal Musel, y por sus escalas navieras hacia Europa y América, como que acaso no tiene rival en el litoral cantábrico.

Y mientras consagraba un recuerdo a los festivos *Julianón* y *Pachín de Melás*, émulos de *Pinón de la Feita*, y otro a *El Gaitero de Gijón*, campoamorino, torné hacia el correo de Madrid, que dejara ha poco para coger en Villabona el otro tren que me había de conducir a Avilés.

Este nuevo tren llevaba muy poca gente, tanto, que me vi solo en mi modesto departamento de segunda. Inmediatamente que arrancamos, fuíme hacia la ventanilla para ver si podía atisbar un momento el antiguo palacio señorial de la villa, que es del siglo XVII, y lograr tener alguna idea de cómo se presentan allí los terrenos del trías y el lías, los de más moderna formación en toda Asturias.

Cuando volví a mi asiento, vime sorprendido por la presencia de un ente extraordinario, por demás chocante, que jamás acertaré a explicarme cómo había entrado, pues que la otra portezuela no se había abierto, y, por otra parte, yo estaba bien seguro de haber arrancado solo del valle de Villardebeyo.

El personaje en cuestión era un perfecto enano, más bien que un hombre de pequeña estatura, y a más, un enano enormemente *braquisquelo*, que diría mi gran amigo el profesor médico escolar Joaquín Sanz-Blanco; en resumen: un *dije* y casi sin piernas, que bien pudo ser incluído por el ocultista Enediel Sahiah en su *Goecia*, con su limpio traje *azul minero* de inteligente cajista de imprenta; su boína roja, sus enormes cigomas, sus pómulos progmatizados y rojos hasta lo indecible; un botón de timbre eléctrico por nariz, la cual, además, estaba partida por gala en dos en sentido transverso; una barbilla rala y oblicuos ojos picarescos, que brillaban como dos ascuas de fuego, en contraste con el rojo mate de aquel rostro, por el carbón ennegrecido. Era, sin duda, un gallardo mozo aquel *primer feo de las Asturias*, más que por la eterna mueca estereotipada en su semblante picaresco, por sus dos orejas, literalmente enormes, que me recordaban, cayendo sobre sus hombros escoliósicos, las de aquel anuncio de lápices Faber, en los que el oficinista lleva sobre el apéndice auricular un lápiz-tranca, que en ella semeja ínfimo mondadientes.

Al fijar asombrado mi vista sobre aquella prodigiosa criatura, ella me saludó respetuosísima, aunque con esa oblicua mirada, tan propia de su tipo nibelungo. Era todo un Alberico o, más bien, un Mimer, capaz de extraer de la entraña asturiana todo un tesoro como el del Rhin, y aun de forjar un yelmo mágico para mí, allí mismo.

© Biblioteca Nacional de España

En la conversación que pronto entablamos, fumando yo el último *chicote* del Doctor Álvarez, y él su pipa, se mostró bien pronto mi gnomo el hombre más listo y más comunicativo del mundo. Era minero, hijo y nieto de mineros hasta la más remota generación, aquella generación que, con Juan de Herrera, viniese a explorar los minerales del Principado, en tiempos de Felipe II. Su abuelo, que, según su propia frase, había sido un verdadero rey de los gnomos marnuetos, fué quien llevó de la mano, sin éste darse cuenta, al genial geólogo Guillermo Schultz por todas las Asturias, dándole pie para que luego hiciese sus obras insuperables y estupendas.

—Yo, para servirle, vivo en la mina como en mi elemento propio—me había dicho—. Si paso fuera de ella más de una semana, enfermo. En ella dicen que me dió mi madre a luz; por sus obscuras galerías estalactíticas corrí sin tregua en mis juegos infantiles; ella es mi amor y mi esperanza toda; ella, en fin, es toda mi vida, con sus temperaturas iguales y dulces, donde no hay verano ni invierno; donde no deslumbran los rayos actínicos del Sol, ni soplan jamás los vientos, ni azotan molestas las lluvias. La palpitante entraña de la Madre-Tierra me alimenta; sus coloraciones infinitas, que el ojo vulgar no puede apreciar debidamente, son mis risueños iris, realzados por la policromía de las filtraciones, y aquel silencio; aquella obscuridad, que acaba, créame, por hacerse luminosa con no sé qué suerte de rayos infraxilopeanos o *equis* del Sol, cuanto con la difusa luz astral de toda caverna, los deputo preferibles a cualquier templo de los hombres. La misma gota de agua, en fin, que cae isócrona de las estalactitas de sus bóvedas sobre el lago interior, me arrulla en mi sueño con su argentina melodía...

En su sincero entusiasmo, aquel homúnculo parecía transfigurarse, cantando, sin darse cuenta, el poema de la mina.

—Yo le conozco a usted—continuó—: no sé si desde la Cueva de Sequeiros o bien desde el otro día, cuando descendió con los bilbaínos en la cuenca de Langreo al *agujero* donde yo trabajaba... ¡Bah!; con tales gentes ingenieriles, tan excesivamente científicas, poco podríais ver de verdadero provecho espiritual... La ciencia de estos hombres, sin arte, nada puede decir, en verdad, a un artista, como vos parecéis ser. ¡Si al menos hubieseis ido conmigo!

Subrayó de un modo tal estas últimas palabras, que me atreví a decirle:

—Temo, amigo mío, que tenga usted razón. Para bien saber, es indispensable antes amar. Aquellos son industriales, pero usted ama al mundo misterioso donde ha nacido y... ¡á más amor, más sabiduría!

—Gracias, señor—replicó emocionado el gnomo—; presiento que me

© Biblioteca Nacional de España

comprendéis, y no os habéis equivocado desde luego al sospechar que mis conocimientos respecto a la entraña de mi terrestre Madre no son dignos de ser profanados por la ciencia ingenieril, torpe y fría. ¡Si supieseis algo siquiera de la minera tradición de mi familia!

—¡Oh, contádmela, por favor, amigo mío!—exclamé ansiosamente.

—Si os la contase toda, no acabaríamos ni en siete días, y además llegaríamos a terrenos en que usted acaso sonreiría con escepticismo.

—No os pase ello siquiera por las mientes—repliqué con sincera viveza—. Soy teósofo, y nada extrahumano puede ya sorprenderme.

—¡Ah, teósofo, como aquellos sublimes mineros del corazón y de la naturaleza, que se llamaron alquimistas! ¡Teósofo como el inconmensurable Don Antonín de Miranda, mi amigo y dueño, cuyo nombre venerando os oí pronunciar el otro día!

—El mismo; el mismo.

—Pues bien, ya sí que no siento recelo alguno de hablaros con franqueza. Voy a las viejas minas de junto a Avilés, y como habré de dejaros pronto, sólo os diré que vuestro amigo, aleccionado ya por su maestro Don Hermógenes de Fae y Bentivoglio, el mago de la Quintana de las Rosas en Peña Aullán, y de quien soy yo criado humilde, no ignora ya el detalle más nimio de la red minera y cavernaria que enlaza a toda Asturias con el resto del mundo.

—¿Os referís, sin duda, a la topografía del subsuelo astur?

—No, sino a la red de galerías inmensas que comunican a unas con otras las mineras y las no mineras cuencas.

—¿Es posible?

—Lo que oís. Sabed, pues que venís de Gijón, que en las propias aldeítas de Jove y de Fano, Jano antaño, consagradas a los dioses Júpiter y Saturno, Jano o *Jina*, comienza la galería de un tremendo hipogeo prehistórico, de la época de mayor esplendor de la Atlántida o sea de hace un millón de años, hipogeo que sigue luego bajo el Musel a Candás y a la célebre Vaca de Luanco, allí hacia nuestra derecha, y también a los *Bajos Anuales...*

—¿De veras? ¿Y después?...

—Después—añadió el gnomo del modo más misterioso y aplicando su bocaza a mi oído, como si temiese que alguno otro le escuchase—, después la galería se bifurca allí mismo, bajo el mar, según poco antes de morir me juró a mí mi abuelo. Una rama retrocede tierra adentro por la cuenca de Avilés y va a buscar el Áramo y las grutas de Somiedo, desde donde se reparte hacia Sequeiros, Galicia y Portugal por Occidente, y por

© Biblioteca Nacional de España

Oriente hacia Aller y Sama, para perderse hacia Santillana en la célebre cueva de Altamira, cuyas pinturas religiosas, parientes de las mexicanas, empiezan ahora ridículamente a querer deletrear unos sabios tontos que, para poder saber algo cierto de ella, tenían que empezar por hacerse ocultistas como usted y el Señor Miranda. Pero no acaba aquello, no, en Altamira, sino que un ramal sigue el Pirineo y otro baja, cordillera ibérica abajo, hacia Torralba, la del Marqués de Cerralbo, y se hace francamente mediterránea, pues que se liga por un lado con las islas Pythiusas, en especial con Mallorca, de donde datan mis mayores por línea paterna: los reyes de las cuevas del *Drach* o del murciélago, los constructores, bajo las órdenes de superhombres como el Señor de Fae y *el Veneciano*, de la divina gruta de Artá, que es obra de gigantes, de cíclopes, mientras que nosotros, física y moralmente somos pigmeos despreciables. Yo adoro aquellos encantados recintos, porque allí tuve mi primer amor en el *Lago de las maravillas* del *Drach*, que sólo el Doctor Escuder ha sabido verlas, y, ¡ay!, mi primer desengaño también en aquellos otros seis lagos en anfiteatro, sus compañeros, que el vulgo mortal, inepto siempre para estas sublimes cosas, ha bautizado con los nombres de *el lago negro*, junto a la *cascada de los diamantes*; el de *Covadonga*, junto a las criptas de *Belén* y *Jericó*, el *estrecho de Gibraltar*, la *cueva de las Cabras* y la *de los Arabes*; el del *Teatro* junto al *trono de David* y la *Cibeles*; el *lago de las delicias*; el de la *Gran Duquesa*, el *golfo de la reina Esther*, etcétera.

—¡Sublime; divino! ¿Y después?

—Después—añadió que casi no se le oía y como haciéndome penosamente una revelación peligrosa—, después la galería o galerías pasan al suelo africano por donde se derraman en verdadero laberinto, yendo la occidental a Sekelmesa, a Tafilete, y por hacia donde estuviese la atlántica *Ciudad de las Puertas de Oro*, mientras que la más oriental enlaza unos con otros todos los hipogeos de las Sirtes, la Cirenaica y Egipto hasta la Nubia; la Abisinia, las Cataratas del Nilo y Cabo de Buena Esperaza. A más—y ésto me tenéis que jurar no revelarlo sin maduro estudio—la galería del Bierzo sigue hacia la cuenca del río Limia en Galicia y penetra del modo más imponente a diez o quince mil metros bajo el Atlántico, y se encamina hacia las Azores, por cerca de donde antaño se juntaban en uno sobre la llanura Atlante los cuatros ríos Duero, Tajo, Guadiana y Guadalquivir, hasta salir en derechura hacia la célebre e inexplorada cueva del Mamuth o más bien del *Manú* que decimos nosotros, en el Kentucky norteamericano. Del Kentucky arranca todo un laberinto hacia la región canadiense de los lagos y una vía subterránea directa hacia las Montañas Roco-

© Biblioteca Nacional de España

sas, que luego, con más o menos ramificaciones, que yo no he visitado todavía, continúa por la Sonora californiana y por la América Central, teniendo otra red maravillosa por Bolivia y el Cuzco, red que los reyes Incas conocían a maravilla y en donde yace sepultado su tesoro, pero cuya revelación era castigada con la muerte, red, añado, que no termina, ni aún en la ignota *Ciudad del Sol*, lemúrica, de lo más oculto que hay allende el cabo de Hornos, en la Tierra del Fuego, sino que va al continente antártico, a pueblos muy extraños que jamás descubrirán los escépticos europeos. El ramal que dejamos en la Sonora, sigue por Alaska a enlazar, bajo el Japón y Filipinas, con la red central o matriz de todas ellas que arranca bajo los eternos macizos del *Altink-tag, Kuenlun, Pamir, Kara-Korum* y todas las mesetas del Tibet del Turquestán, la Tzungaria, Armenia, el Cáucaso, los Kárpatos, Balkanes, Alpes y Apeninos, con cuantas islas grandes y chicas tiene el Mediterráneo...

—¡Oh, me enloquecéis, gnomo sublime, prodigioso gnomo! Ya no me resta que saber sino la dirección de la bifurcación avilesina de los Bajos Anuales...

—Es también una maravilla. Como que se encamina bajo el Cantábrico hacia Cornuailles, Gales, lagos de Irlanda y de Escocia, llegando a la divina gruta de Fingall, en la isla Staffa de las Hébridas—¡un resto, señor, de los más pobres, de la riqueza atlante!—Luego sigue por bajo todos los fiordos noruegos, y por Spitzberg y Francisco José a la Secreta y Sagrada Isla Blanca del polo, que ni aún a nosotros se nos permite visitar, descendiendo luego, bajo el mar Glacial, por Taymur, hacia el Tibet...

—¡Esto me asombra, esto me anonada, y sería capaz hasta de dar la vida por conocer bien todo ello!

—Tened calma, señor, que a los hombres buenos como usted y que han buscado el Ideal en todo, les aguarda esta visita iniciática cuando se ven despojados ya del grosero lastre físico, cosa que la tradición ha recordado siempre con aquellas bajadas de Orfeo, Perseo, Pitágoras, Jesús, Dante y, en general, de todos los iniciados a las regiones inferiores o *Infiernos*... Y no os figuréis ni por un momento que os he señalado la centésima parte de lo que en la realidad hay en nuestra Santa Madre Tierra, porque la pasmosa red que no he hecho sino esbozaros, abarca entre sus mallas infinitas toda la corteza del planeta, y luego, por conductos ignorados hasta de los más sabios, se encamina por siete grandes troncos, relacionados, no sé si con los continentes o con los grandes mares, hasta la región más interior de la Tierra, esa que yace bajo la cáscara terrestre en la cual los mares son meros lagos de montaña, y bajo el mar de fuego que,

© Biblioteca Nacional de España

de vez en cuando, rompe por los volcanes: mar de fuego, que no es sino la atmósfera de ese tartárico mundo subterráneo, santo corazón de la Tierra, corazón *todo oro, platino* y *metales* aún más pesados, con sus siete *auriculas* y siete *ventriculos* que reparten el *prana vital solar* por todo el globo y que...

Jamás podré explicarme al llegar aquí lo que me pasó entonces, ni el tiempo que en tal estado yaciese. Sólo sé que, absorto, embobado, arrullado dulcemente por aquella revelación sublime que no podía venir, no, del gnomo, sino acaso del propio Maestro peñaullanense, sumergiéndome embriagado en el más hondo de los sopores, creíame ya conducido a la inaudita velocidad mágica de la imaginación—hermana de los *jinas* también—por todas aquellas sublimes galerías-templos, según las iba oyendo enunciar; y para dar, sin duda, facilidad completa a aquél, tremendo viaje astral, mi cuerpo físico se había quedado dormido.

Un choque brusco me despertó al fin, precisamente cuando en mi ensueño, realidad, o lo que fuése, me creyera transportado, por no sé qué asociación de ideas entre Logrezana y Logrosán, a éste mi querido pueblo natal y a sus célebres minas de *fosforita*...

En aquellos precisos momentos en que la máquina silbaba y la velocidad disminuía, advertí claramente que estaba bien despierto, y que el minero, o por mejor decir, el gnomo prodigioso, se desvanecía gradualmente ante mí como la neblina de un lago, o como el ciclista de Sierra Palos, hasta quedar sólo el asiento en la más perfecta de las magias.

Pero, por si todavía me restase algún escrúpulo acerca de la estupenda índole del fenómeno, hete aquí que se abre dificultosamente la portezuela contraria y que penetra por ella el revisor, diciéndome en alegre tono:

—¿Me hace el favor del billete, señor, para que le revise?

Y añadió:

—Estamos ya llegando a Avilés, y no he querido hacerlo antes para no molestaros, viéndoos solo y como adormecido las tres veces que me he asomado por la ventanilla...

¡Tableau...! Las cosas que me venían sucediendo en la tierra de Pelayo eran para volver loco a cualquiera que no fuése teósofo, que no hubiese sabido entender el sublime y no leído tratado de Erasmo *Elogio de la Locura* ni tuviese un pálido vislumbre de las cosas de Ocultismo.

Aquello, sin embargo, parecíame algo así como el comienzo de una *ordalia*, de una iniciación en toda regla, antecámara quizá, al par, de algún serio y desconocido peligro, contra el que tenía que estar prevenido.

© Biblioteca Nacional de España

Pero aún faltaba lo mejor: pues, al tiempo que el revisor se marchaba y el tren golpeaba estruendoso en las plataformas de la estación de Avilés, yo me incorporé para recoger mi modesto equipaje de mano, y al hacerlo, ¡asombroso encuentro!, vi allí mismo, sobre el asiento que ocupara el gnomo-minero, una enorme pipa, limpia y cargada de amarillento tabaco egipcio.

¡Recuerdo imperecedero será para mí éste del valle avilesino de Valparaíso, frente adonde mi gnomo ha desaparecido!—me dije.

Y guardé la alhaja como vivo testimonio de una escena que no podía calificar plenamente ni como real ni como soñada, según las mezcladas e indescriptibles circunstancias que la habían acompañado.

¡El misterio, el misterio siempre! ¿Podría explicarme aquello Miranda?

Por momentos ansiaba volverme a encontrar a su lado, después de tan asombrosas peripecias, en las que parecía haber vivido un siglo.

© Biblioteca Nacional de España

XI

Avilés y su gloriosa Historia.—Rápido recorrido.—La más hermosa mujer de las Asturias: su vestido verde-hiedra.—Problema caballeresco.—Con rumbos desconocidos.—El libro de Jesús Ceballos y su teoría *dosamantística*.—Descanso al borde de la fontina.—La comida de la torta misteriosa: sus fatales consecuencias para mi virtud.—Por senderos de perdición.—La Maga-Elena y la poesía de Teodoro Cuesta.—El banquete de Platón y los panoramas dosamánticos.—Todo en la clave del sexo.—El más integral de los lirismos amorosos.—Desmayo oportuno.—Dos terribles horas de espera para cenar.—Añoranzas ocultistas.—Una salvadora pipa.—Mi huída.—Lo que quedase de todo ello al siguiente día.

Estaba, pues, en la histórica Avilés, la *Abilies* ibérica, émula de la segunda de las Columnas de Hércules, derivada acaso de la misma palabra que la romana *ávula* o *avecilla*, o más bien de algún desconocido nombre *zoela*, que diría Fernández Guerra; la ciudad de las primitivas leyes estampadas en *tesseras* de bronce y, siglos más tarde, del famoso Fuero Municipal, que data nada menos que de 1085 y fuése confirmado en 1155 por Alfonso VII, *el Emperador*. Estaba en la ciudad de una de las cinco Urracas astures-castellanas; en la modelo y baluarte perpetuo de las libertades concejiles, contra los abusos de los reyes, la nobleza y el clero, según consta en aquel amarillento pergamino foral, tantas veces teñido en sangre generosa por el estado llano, alma de la época moderna con las sacrosantas prerrogativas del trabajo y de las virtudes cívicas, frente a las ambiciones insaciables de los Condes de Gijón, los Quiñones, Quirós, Alas, Valdecarzana, Camposagrado y tantos otros, no menos que contra la Mitra ovetense y los ambiciosos y degenerados monasterios, como el de San Pelayo y Vega que, a la caída del Císter, extendieron su garra sobre Asturias. Estaba, digo, en la ciudad que llegara en su libérrima y patriótica autonomía a llamarse *república* en sus acuerdos municipales, y tuviese a grandísima gala el que sus vecinos, según Fuero, no pagasen desde el mar hasta León portazgo ni pontazgo.

Así pensaba, dando unos paseos por su grandioso Bombé, el parque

© Biblioteca Nacional de España

mejor de todo el Principado robado a la duna que va por el Espartal, caminoyo de la célebre ría de *Neba* y *Noega*, o San Juan de Nieva, dominada por el roquero castillo de Gauzón. Mientras, organizaba mi pequeño programa de visita al Archivo Municipal para ver el discutido pergamino del Fuero; las iglesias bizantinas y gótico-primitivas de *Baragaña, Santo Tomás de Sabugo, Capilla de los Alas, el ex convento de San Francisco*, cuanto a media docena de casonas nobiliarias y a otras varias bellezas arquitectónicas, minuciosamente descriptas en la *Historia* inédita de David Arias, sin olvidar tampoco los *Caños*, el *Hospital de San Juan*, la *Malatería de la Magdalena, Puente de San Nicolás* y el *Cristo de Galiana*, patrono de la villa, bajo el que tantas veces se congregasen las famosas *Juntas de Resistencia* de los siglos XIV al XVI, juntas que, herederas, sin duda, de otras organizaciones semi-anseáticas, semi-republicanas medioevales, sirvieran luego de modelo de las organizadas contra el déspota francés, tras los horribles escarmientos de Marcognel, el asesinato de Don Ramón Robés y de tantos otros patriotas.

Después tomé el tranvía que lleva al final de la ría, o sea al puerto de San Juan de Nieva y a los pinares de la playa de Salinas. Allí gocé de una hermosa puesta de Sol cara a cara del Cantábrico, tranquilo a la sazón cual una luna veneciana, desde el alto de la Peñona, no lejos de donde Plinio emplazase el promontorio y hemerosco *Seythtco*, que es para algunos nuestro actual *Cabo de Peñas*.

Mi hotel tenía a la sazón bastante gente, y estaba cerca de la iglesia de San Nicolás, donde antes había visto el sepulcro de D. Pedro Méndez de Avilés, conquistador de la Florida, que siguiera las huellas de mi paisano Ponce de León. Esperé, pues, para cenar, a que fuése más tarde y sólo quedasen en el comedor un grupo de toreros que se disponían, creo, a inaugurar al otro día una plazucha de madera en Grado, y dos o tres personajes más, perfectamente anodinos, mientras yo me iba al otro lado. Allí, a poco de haberme sentado, reparé en una mujer, solitaria también, y la que, no sólo no era

«Como el milagro de la tía Andrea,
que es de Avilés, y, sin embargo, es fea»,

que dijo el *picaro* de D. Ramón de Campoamor, sino que me pareció tan maravillosamente hermosa, como ninguna de las hijas de Eva que tenía vistas en mi vida: una verdadora ondina, y digo poco, ante la que habrían palidecido los más perfectos tipos de belleza de un concurso, con su arrogante estatura, su cara de *xana* y su traje primoroso de seda *verde-hiedra*,

© Biblioteca Nacional de España

de adornos negros, reflejos metálicos y crujiente *frou-frou*, que los franceses dicen. Apenas tuve tiempo, sin embargo, de admirar, como habría deseado, sus indescriptibles perfecciones, pues que ella, haciéndome un respetuoso saludo, de exquisito sabor oriental o morisco, en el que se evidenciase aún más a mis ojos su aire principesco de odalisca, salió del comedor momentos después de yo haber en ella reparado.

—Es una señora bien rara—me dijo al oído el camarero—. Ha llegado, no sé de dónde, esta misma tarde, sola y arrogante como la veis. Aunque su tipo es bien astur, hay algo en ella y en su porte que desconcierta al más pintado.

—¿Por qué decís eso?—interrogué, lleno de curiosidad.

—Porque, aunque se ha sentado en el comedor un momento, con gran sorpresa mía, y más aún de mi amo, no ha probado plato alguno... ¡Solamente un vaso de agua con azúcar!—dijo, espantado, el camarero, acostumbrado, sin duda, a los estragos de tantos otros comensales de buen apetito.

—Eso nada tiene de extraño, si bien se mira—observé—. Acaso había comido antes y...

—Bueno; pero es que llueve sobre mojado, porque, a pesar de toda su muchísima elegancia y su automóvil, trae por todo equipaje una cestita de palma, tamaña como un libro grande de misa, y una sombrilla, y eso, en una señora de estos tiempos que corren, es una cosa increíble. Si no lo hubiese visto... Pared por medio de usted, tiene sus habitaciones—terminó el camarero, santiguándose—, yo no sé qué pensar de su nacionalidad: no es portuguesa, ni francesa, ni inglesa o alemana; yo conozco bien todos esos tipos. Además, no tiene un adorno inútil en su traje de seda, ni viene peinada a la moda, ni siquiera usa tacón alto, como las demás mujeres del día. ¡Le aseguro que nunca más guapa la viese, y que sólo una verdadera *xana* de una fuente... ¡Dios me libre, amén!

Comí, poco, de prisa, y sin saber por qué, completamente ajeno desde luego a pretender entrarme en aventura alguna, impropia de mis cuarenta años y de mi estado, empecé a sentir, no obstante, una curiosidad rara, de la que ni yo mismo acertaba a darme cuenta. Y, si poco comí, aún dormí menos, impresionado todavía con la estupenda escena del nibelungo de la pipa, y acaso, acaso, ¿por qué no decirlo?, con un vago presentimiento de algo, superior a mis fuerzas, que la fatalidad parecía ponerme en mi camino.

Pese a mi desvelo, nada noté de extraño durante toda la noche, en la pieza vecina, ni yo traté, por otra parte, de cometer indiscreción ninguna.

© Biblioteca Nacional de España

Sólo sí creí advertir, sin saber de dónde venía, un perfume embriagador de azahar o de nardo, más intenso aún que el que se observa en los naranjales de los cármenes sevillanos en las tibias noches de primavera, y sin que nada tuviese que ver con el aroma de los segados prados avilesinos. O no había inquilino alguno allí, contra lo que me anunciase el pícaro camarero, o ello no era *cosa de este mundo*, o, por lo menos, cumplía quien la pieza ocupase, uno de aquellos notabilísimos aforismos del bable astur, es a saber aquel que dice:

Faluca despaciquín
que non l' oya el to vecín.

En suma, que acabé por no preocuparme del asunto y, ya de madrugada, por quedarme dormido, o, por mejor decir, embriagado bajo el inexplicable perfume y con ensueños más dulces que una noche de San Juan en plena danza prima de *xanas* maravillosas.

Mi única preocupación era la de levantarme temprano para constituirme lo más pronto posible en Grado y esperar allí a Narcés, quien, según mi aproximado cálculo, dejando su intempestivo buque en Santander, y la honrosísima compañía de *Don Pancho* el indiano, podía, por el ferrocarril de la costa, estar a mi lado, a lo sumo, anochecido.

Pero no conté con que, siendo al día siguiente la corrida de Grado, todo el mundo de toreros, monos sabios, aficionados rabiosos, caprichosos aburridos y demás gentes de la bullanga, había captado toda clase de medios de transporte desde la víspera.

Renegaba, pues, sordamente de mi mala estrella, habiendo empleado la mañana entera en vanas diligencias, cuando una arpada voz, de acento irresistible, me dijo melodiosa hacia mi espalda:

—Señor: adivino en vos a un hombre serio y de toda confianza para mí. Comprendo además vuestra congoja, y como cristiana y asturiana que soy, debo hospitalidad al forastero. ¿Queréis, pues, honrarme, aceptando un puesto en mi coche, en el que parto para Grado ahora mismo?

Quedéme perplejo; más que perplejo, convertido en estatua, ante aquella belleza peregrina, cuyos rasgos maravillosos hoy mismo yo no os sabría pintar, y que, a más, me embriagaba con su perfume de azahares y sus modales de diosa. Iba, sin embargo, a musitar una disculpa atenta, cuando ella añadió sugestiva, dando al traste con mi vacilación:

—Además podríais acaso, como caballero, prestarme un señaladísimo favor, que habré de pediros si me honráis con aceptar mi ingenuo ofrecimiento, tan por encima de las ridículas rutinas sociales, que desprecio.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Soy todo vuestro, hermosa señora—le dije entonces, con la más delicada galantería—; y si un caballero honrado puede serviros en justicia, sin daño para nada o para nadie, ese caballero debo ser yo!

Momentos después, no sin espanto del camarero, que era, sin duda, cristiano viejo, vime cómodamente instalado en un buen automóvil, frente de aquella beldad vestida de seda verde-hiedra que se plegaba a sus formas de escultura griega realzándolas todas de un modo capaz de tentar a un anacoreta. Al partir, el dueño me habia repetido al oído, picarescamente, aquello de Campoamor, cuando dice:

¡Ay del que va en el mundo a alguna parte
y se encuentra a una rubia en el camino!

Nuevo Don Quijote de las Asturias, partía, pues, veloz para la más extraña de las aventuras, e iba a dar de nuevo las gracias por su atención a mi deslumbradora compañera, cuando ella, con principesco continente, me opuso:

—En buena ley, soy yo la que os debo gratitud, y más os deberé si, aprovechando estos momentos en que estamos solos, tenéis a bien contestarme a una pregunta: ¿No sois vos, aquel señor que, días pasados, viajaba a bordo de un vapor costero con el Señor Miranda, por frente a Navia y Luarca? Yo creí veros desde un peñasco de la costa.

—El mismo soy, señora,—respondí sin acertar con la finalidad de la pregunta y asombrado, además, de la vista tan perspicaz que con ella mostraba tener mi admirabilísima amiga.

—¿Y sois vos, por acaso—perdonad si os resulto indiscreta—, de sus mismas ideas ocultistas?

—Lo soy, señora mía; pero en el grado más ínfimo.

—¿Podríais, entonces, aclararme algunas dudas que me ha sugerido la lectura de este librito?

Y uniendo la acción a la palabra, puso en mis manos un libro como de cuatrocientas páginas, en octavo, cuyo largo título rezaba: «*El Dosamantismo es la religión científica, en oposición al ocultismo semita, que es una liga de internacional anarquismo, o sea, la síntesis religioso-científica del Maestro Jesús Ceballos Dosamantes.*»

—Permitidme pasar antes la vista un instante por este extraño libro —repliqué.

—No tenéis por qué molestaros, basta con que paséis la vista por esos registros.

© Biblioteca Nacional de España

Y abriendo por el primero de ellos, leí, poco más o menos, esta síntesis *dosamantística*:

«I. La evolución parte de la Materia increada, la cual es primordialmente éter:

»II. Coexistiendo con ella estaba el Arquetipo Fundamental; el Ente Eterno, constituyendo un Núcleo sexuado y polarizado con su Eternal Esposa, que es la Isis en la antigüedad egipcia, o en nuestros días el Espíritu...

»III. La polaridad sexual es universal en el Átomo y en el Cosmos, completándose siempre consigo misma, y constituyendo por ende la Suprema Unidad Psíquica Fundamental que nos hace dioses por la polarización que supone la conjugación contrapuesta del sexo y que...»

—Vos, como ocultista, no debéis ignorar este hecho—insinuó bellísima mi compañera.

—Yo, señora—la dije sin falsa modestia—, estoy en ayunas de todas estas cosas. Sé, sí, por los libros de Blavatsky, mi única maestra, que la clave sexual es la más inferior de las siete del Misterio, y que, como tal, fué conocida por hebreos, egipcios y sufis, a diferencia de los Maestros arios de la Logia Blanca, que las conocen las siete. A bien poco más que a esto llegan mis conocimientos.

—Los míos—opuso, sonriendo picarescamente y mostrándome por dientes una doble hilera de perlas—van un poco más lejos, y pues que nos sobra tiempo, ¿queréis oirlas descansando un rato junto a esa fuente umbrosa de más abajo del camino? Allí también podríamos tomar un refrigerio—añadió de un modo que yo no hubiera sabido resistir.

Sacó entonces del vehículo la hermosa una aérea cestita de palma, y con ella en una mano y una coquetona sombrilla en la otra, descendió de un salto gentil sin tocar la mano que la ofrecía; abrió la sombrilla, que a contrasol nimbaba en rojo complementario el blanco nacarado de su cara, el verde-hiedra y los negros adornos de su vestido, y con un paso menudito, que subrayaba las ondulaciones cadenciosas de su cuerpo de bayadera, al compás del crujir de su sedería, caminó delante de mí, como un hada, hasta el pradecillo entoldado de junto a la fresca fuente. Aunque mujer, y más que mujer, en todas sus prendas inenarrables, parecía una *xana*, allí, junto al cristal de la fuente rumorosa.

Extasiado yo, más como artista que como hombre, ante aquella figura de ensueño de oro y rosa, iba parangonando, una a una, todas sus perfecciones venustas de verdadera maga con el retrato de Magdalena o, mejor dicho, *de la Maga Elena*, que Teodoro Cuesta nos dejase con pinceladas maestras en su poesía *La Danza*:

© Biblioteca Nacional de España

Ye blanca como la lleche,
nidia como la mantega,
son sus güeyos dos lluceros,
y su boca una cereza.
Tuércese como una blima
cuando el vientu la solmena,
y ensiña, al falar, los dientes
tan blancos como la perla.
Fai pociños al reirse
en los dos papos, y al vela
non hay home nisti mundu
que non quixera mordella.
Ye llista como una xana
trabayadora y artera
ye una paya la fesoria
en sos manines de cera.
Canta como una xiblata
la bendita Madalena.
Si un roble podies oilla
ponse tiernu y empapiella.
. . . . . .

Aquel prodigio de mujer que tenía delante superando al retrato del poeta, en proporción de mil a uno, me despertó bien pronto de mi muda admiración sacando una torta extraña del canastillo, y, poniéndola sobre el tapiz florido, la partió con sus manitas de un modo misterioso, es a saber, al modo de cómo siempre se partiese el bendito pan en las Asturias, pues que cortó primero como un tercio en sentido de la cuerda del círculo, tercio que puso sobre la peña como en homenaje a los espíritus de la Naturaleza que nos rodeaba con sus encantos; después los otros dos tercios los partió perpendicularmente alargándome el uno y quedándose con el otro. Una división, en fin, algo al modo de la del sacerdote con la Hostia y que venía a ser así como la señal de la *tau* sobre la torta.

—Es obra de mis propias manos—añadió con inocente pero sugestiva coquetería, más espontánea aún en ella que el sonreir o el respirar—. Como no ha de negarme el placer de cenar pronto conmigo, un ligero refrigerio como éste no ha de sentarnos mal a los dos.

Fué un «*a los dos*» tan singular, tan *dosamántico* y tan lindamente expresado, que el no comer la torta, aunque veneno fuése, me habría parecido un crimen de lesa belleza.

Además no hay monjil golosina, ni reposteril preparación toledana, gijonesa, sevillana ni alcarreña que competir pudiese con tamaña golosina.

© Biblioteca Nacional de España

Una torta así bien pudo adormecer al Cancerbero guardador de las moradas infernales, y volver el juicio a cualquier caballero de aquellos que en *Las mil y una noches* quedaban encantados como piedras al sólo probar semejante delicia. La tal torta, en efecto, parecía amasada con gotas del propio *elixir de vida*, pues que sentí al poco de comerla una diafanidad gallarda en mi mente y un vigor desconocido en mi corazón, que irradiaba a lo largo de todo mi sistema nervioso, dándome una juventud jamás sentida ni aun en mis años más floridos, sobre todo así que hubo echado no sé qué gotas verdes en un vaso con agua y dádome a beber después que ella hubo bebido.

Yo, sin embargo, en mi creciente ceguera, me dí a creer que aquella metamorfosis de mi sér, aquel super-rejuvenecimiento a lo Doctor Fausto, provenía, más que de la torta, del elixir o de su dueña, del anillo que lucía de un modo sencillamente imponente en el dedo izquierdo del corazón, porque yo no sé, ni aun hoy mismo, qué podría tener aquel anillo grueso, de oro, en el que brillaban muy juntitos, como dos enamorados, una esmeralda y un rubí cobijados por un gran diamante, ¡otro símbolo de *tau*, amén de *dosamántico!*

—¿Os choca mi anillo?, ¡eh!... Tomadle, os lo ruego, como recuerdo de este viaje feliz. No creáis, sin embargo, que os le regalo, es simplemente que os le cambio por ese vuestro pequeño aro en forma de dragón que me ha chocado en vuestro dedo y que sin duda tiene en vos algún teosófico significado, para tener yo de vos un recuerdo también. Además, si queréis, y para obligaros más, os diré la frase sacramental de las hadas, de «¡Dame tu pobreza y toma mi riqueza!»—¿Vaciláis, *perverso?*

—¡Vacilar yo!... A vuestro lado no vacilaría ante la muerte misma—ya desatado, dije.

Y tomé el anillo, añadiendo, fuera ya de mí, sin disputa:

—¡Señora, diosa, o lo que seáis; no sé si amaros como a mortal, o si veneraros cual a celeste ninfa!... Si hay xanas en las fuentes astures, vos lo sois de esta fuente, sin duda, y no sé, ni quiero saber, si para desgracia o por fortuna mía. ¡Hablad, pues; decid cuanto gustéis, que todo en vuestros labios me sabrá a delicias!

—Decía—añadió como sin darse cuenta de mi exaltación creciente, ya quizá más de hombre que de artista—, decía que yo, en medio de mi desgracia, de mi soledad eterna, he averiguado algo más de lo que vos decís saber acerca de esa clave del sexo, y yo os hablaría de ello días enteros, porque, sin tales aditamentos de convicción transcendente, yo no sabría, no

© Biblioteca Nacional de España

podría amar..., ¡por eso no he amado a nadie, porque nadie me ha sabido aún resolver el dosamantístico enigma.

—¡Oh, oh, hablad! ¡Hablad días y siglos, que habrán de parecer a mi ilusión, con vos, breves minutos!

—Para ello, volvamos, si os parece, a nuestro coche—objetó con gracioso mohín, alarmada quizá por mis anteriores palabras, un si es no es equívocas.

Y tomando naturalísima e ingrávidamente mi brazo, comenzamos a subir pendiente arriba, pendiente que parecía que me iba hundiendo no sé dónde a medida que la subía, al modo de las escalas que hay en la entrada de la *Séptima Sinfonía*, escalas que, siendo musicalmente ascendentes, nos sepultan más y más en el abismo infernal de los elementales terrestres, en una macabra danza que da frío.

Ya dentro del carruaje, que parecía, en su lento marchar y en su dulce vaivén, nido de amores o cuna de niños, tuve todavía poder mental bastante para comunicar a mi compañera lo poco que sobre aquel problema dosamántico se me ocurría.

—Lo que me decís—objetó ella—son particulares que tampoco ignoro, y más de una vez los he comparado con aquel pasaje del *Banquete*, de Platón, el griego divino, en el que se nos enseña que, primitivamente, los seres humanos eran bisexuados, y causaban, con aquel su feliz estado glorioso, la envidia hasta de los dioses, quienes para hacerlos caer, donde hoy yacen titánicamente encadenados, los dividieran en mitades opuestas: masculina y femenina, que se buscan siempre sin encontrarse nunca...—terminó, envolviéndome con una mirada indefinible de sus ojos insondables de xana, ojos que tan pronto me parecían verdes, como azules y hasta violetas, según el extraño cambiar de sus efluvios.

—Es un asunto sobre el que no tengo, en verdad, firmeza alguna—contesté, haciendo apelación a la poca y caballeresca firmeza moral que ya, me quedaba, por lo visto.

—Pues yo sí la tengo, y algunas de mis ideas las veo confirmadas en este libro. ¿Me llamaríais pedante si os dijese que la doctrina dosamántica me parece, en efecto, confirmada por la Historia como por la Ciencia?

—Mi admirable—la dije entusiasmado—. En una criatura tan maravillosamente completa como vos, nada más lógico que el que rivalicen en perfección lo moral, lo intelectual y lo físico.

—Gracias por la galantería—replicó—; pero no se trata ahora de eso, sino de que me contestéis en buena hora y en serio. ¿No habéis observado que en la célula, que es todo un mundo con su cubierta, su protoplasma y

© Biblioteca Nacional de España

su núcleo, al empezar el misterioso poema creador que los sabios denominan cariocinesis, aparece un *aster*, un astro, que en seguida, despolarizado, se divide en dos opuestos, mientras la célula se transforma en doble, dejando de ser ya una?

—Certísimo.

—¿Y no observáis en el fenómeno de la fecundación de las flores... —añadió cruzando fugaz ráfaga de rubor por sus mejillas—, algo contrario y recíproco, que cierra sexualmente el ciclo antisexual abierto por la cariocinesis?

—Jamás, mi bella amiga, oyera explicación más sabia en labios de un biólogo: Cajal mismo os la envidiaría.

—Aún no he acabado. Digo, pues, que si la hermética ley de analogía entre lo de arriba y lo de abajo ha de cumplirse en el Cosmos, cual en el átomo, ¿por qué con esotros *astros* que llamamos *almas humanas* no se ha de dar esa ley, ley indiscutible en las células todas de su cuerpo, e indiscutible también macrobiológicamente, o por entero, en sus cuerpos recíprocos?

Yo me sentía ya fascinado moral e intelectualmente, como momentos hacía lo estuviese en lo físico, ante aquella criatura celestial que parecía reunir en sí todas las perfecciones posibles.

—De este modo todo se explicaría—continuó—, y la teoría dosamántica de las *almas gemelas*, que yo deduzco en todo el universo, mire donde mire, constituiría la apetecida clave a que antes aludisteis. El *anfiaster* celular, sería lo que, en la flor, el estambre y el pistilo; iones y electrones, metaloides y metales, álcalis y ácidos, hidrógenos y oxidrilos conjugables en la química; mientras que en animales y humanos lo sería todo, a partir de lo más inferior del sexo hasta el amor más puro, abnegado y sublime, ese que es el único capaz de llevarnos hacia todos los sacrificios, desde el del héroe que se hace matar por su amada hasta el de la madre que se sacrifica por su hijo... Y el arado rasgando la entraña de la tierra para depositar en ella fecunda semilla, y la ley de montes y valles, fuertes y pianos, bien y mal, luz y tinieblas, verdad y mentira, muerte y vida, Sol y Luna, la ley, en fin, de los contrarios sexuados, que por su unión, que es lucha, aspiran a una suprema síntesis, ¿qué son sino la proclamación universal de la ley de las *almas gemelas*, pues que *almas gemelas, medias almas, medias naranjas*, del dicho popular, que se complementan, son esas parejas ciclópeas de los astros en el firmamento, bailando con armónica majestad, no inadvertida por el oído transcendente de Pitágoras, esas ce-

© Biblioteca Nacional de España

lestes *danzas sagradas*,cuyo reflejo, ya casi perdido aún, podéis todavía alcanzar en la danza prima de Asturias?

Y hasta en el campo de la Historia—continuó—, ¿qué son sino *almas gemelas* de un solo y único Espíritu, esas parejas sublimes, por su amor inmortalizadas, que se han llamado Hero y Leandro, Dafnis y Cloe, Nalo y Damianti, Psiquis y Heros, Abelardo y Eloísa, Dante y Beatriz, Laura y Petrarca, Isabel y Mansilla y otros mil divinos amantes, que así alcanzasen la revelación estupenda, revelación que yo he ansiado tener durante toda mi vida, de quién era y dónde estaba su respectiva alma o contraparte *gemela*, alma perseguida quizá siglos y más siglos por la otra alma conjugada en esa interminable cadena de rigodón de múltiples y siempre equivocados enlaces a través de no menos múltiples reencarnaciones, hasta dar con esa contraparte ¡única!, ese sér que es desde la eternidad complementario del sér suyo; esa vida recíproca de nuestra vida misma, con la que antes se constituyese aquel solo *Todo* causante de la envidia de los dioses, y en un futuro iniciático, acaso bien próximo aquende o allende la tumba, habrá de constituir la Mónada triunfal masculino-femenina, como síntesis de semejante Duada?

Yo me sentía enloquecer, y más cuando oí que seguía, arrebatadora ya en su lirismo.

—¡Sí! La Tierra es la esposa, el *alma gemela* de la Luna, con la que forma ese par sexuado que, en sánscrito, se ha llamado *Soma*. Los soles dobles, que son la ley general, no la excepción, del cielo, pares copulados resultan también; y, como lo son los astros, los dioses, los hombres, los irracionales, las flores, las células y las moléculas, lo son también los átomos, con sus iones—pistilos de su planetaria flor, soles de sus sistemas, óvulos de su ovario—, y con sus electrones, que son estambres, que son planetas, que son protozoarios, que son viriles héroes, que son hombres, en fin, capaces de comprender el Amor verdad, el Amor integral, el AMOR UNO!, que encierra en su seno prolífico los altos y los bajos mundos en esa suprema Realidad que Cosmos se llamase por su amorosa y conjugada ARMONÍA... ¿Seré yo, infeliz de mí—añadió, cayendo sollozante en mis brazos—; el *alma gemela* vuestra, pues, que el Azar, que es la Divinidad misma, nos ha deparado esta oportunidad dichosa para hablarnos de este modo tan por encima de las mentiras del mundo, ya que, hasta ahora, sólo vos me habéis verdaderamente comprendido?...

Dijo, y reclinó su cabeza de ángel sobre mi hombro, desmayada.

Y no sabía ya ni si soñaba ni si vivía, pues emoción como aquella, persona alguna la ha sentido en el mundo. Ignoraba dónde estaba, ni lo

© Biblioteca Nacional de España

que hacía, ni quién yo era. ¡Sólo sabía que aquel perfume de azahar, de jardín, de nardo, de paraíso, me había enloquecido, y que el automóvil, loco ya, como yo también, parecía llevarnos a entrambos con velocidad infinita por una carretera de los cielos, sin rumbo ni fin conocido, eterno, cual el rodar de un astro; dulce en su balanceo, como cantar de cuna; feliz en su rumbo sin rumbo, cual la más prodigiosa ilusión de liberación y de armonía... y que al recibir en mis brazos aquel peso ingrávido que tenía el contraste del frío y el fuego, la luz y las tinieblas y todos los demás contrarios, me jugaba definitivamente, a aquella sola carta, todos, todos mis ulteriores destinos.

Al fin, paró el automóvil en su loco delirio de velocidad ultrafísica, al par que anochecía, frente a un boscaje extraño, como de algas o lianas y rocas, no sabría yo decir si terrestres o acuáticas, alzando un palacio vistoso, contra la pendiente de una obscura montaña, todavía no alumbrada por el menguante de la Luna. Palacio, sin duda, hermosísimo, como su dueña; palacio transparente, al par que opaco, paradoja que no sabré aclararte, lector, sino poniéndote por símil las cosas vistas en un cristal que por transparencia, al par que por reflexión, sobrepone cosas reflejadas a cosas vistas a su través, con esa caótica extrañeza de los *clichés* fotográficos en los que se han sobrepuesto dos o tres panoramas sucesivos en diferentes exposiciones, y en los que resulta luego, al revelarlos, que aparece un río por lo alto de una montaña, o bien corriendo tranquilo por entre las humaredas de un incendio, sin que se afecten, sin embargo, en nada recíprocamente el agua y el fuego. En suma, un palacio que era a un tiempo roca y no roca, edificio y no edificio, pero en el cual me vi extravagantemente instalado, por sirvientas no menos chocantes, aunque sí menos bellas que su dueña, en una hermosa pieza que era un gabinete con columnas, y detrás un lecho suntuosísimo, como para el mejor de los príncipes de *Las mil y una noches*.

Por pronto que me quise hacer cargo de la escena, ya ellas, las sirvientas-ninfas, habían también introducido en el palacio a su dueña, a punto de recobrar el sentido, y de allí a poco la más hermosa se me acercó para decirme que la señora había vuelto en sí de su desmayo, y que la enviaba para decirme de su parte que tuviese a bien permitirla el tomar un descanso de dos horas, a lo sumo, para que luego la pudiera yo acompañar a cenar, y que aceptase, además, su sencilla hospitalidad por aquella noche, vista la hora y la distancia a que se hallaba el poblado vecino.

Yo respondí, como buen caballero andante dispuesto a llevar hasta el fin la aventura, que aceptaba reconocidísimo tamaños honores y que sólo

© Biblioteca Nacional de España

aguardaba sus órdenes. Bien mirado, tampoco podía hacer otra cosa en aquellas circunstancias y con la palabra empeñada al comenzar el viaje, de servirla en una empresa de la que nada me había dicho aún.

Teniendo, sin embargo, dos aburridas horas por delante hasta la cena, traté de entretener el tiempo lo mejor posible. Curioseé entonces toda la habitación, que, exornada como por sedería de lianas y sargazos, era verdaderamente suntuosa, sin que mi mente, exaltada por las impresiones del viaje y las que aun presentía me aguardaban, me permita hoy recordar sus detalles maravillosos. Sólo sí parece me veo ahora, como entonces, asomado a la balaustrada de un balcón, que era más bien puerta de terraza a dos o tres metros a lo sumo sobre un jardín cuyos sombríos macizos floridos se dibujaban cual fantasmas amables y simpáticos en la clara fosforescencia exterior de aquella tibia y perfumada noche astur. Lo de perfumada no es figura retórica, porque era tal el húmedo ambiente balsámico que allí se respiraba, que el propio Baudelaire le habría ensalzado denominándole «una sinfonía de aromas», «un cuadro olfativo» que, más que por la nariz, parecía sentirse en lo más interno del vástago pituitario y de la hipófisis. Bajo su lánguida caricia invisible, el amor era una necesidad más grande que la del vivir.

Sí—me decía a mí mismo—. Jamás un sentimiento tal, como es éste, has experimentado en tu vida. Albricias, sí. Eres feliz, pues ya acabas de encontrar para toda la eternidad tu alma gemela, con la que, al identificarte dentro quizá de breves horas, has de lograr la suprema iniciación y sentirte envidiado hasta por los mismos dioses. Buscabas, ¿quién te lo había de decir?, un tesoro en Asturias, y has encontrado, cuando menos podías imaginarlo, el tesoro de los tesoros: la inmortalidad en el Amor; el Fuego Divino en un beso...

Semejantes ideas pasaban por mi mente y se robustecían titilantes en mi propio corazón, pronunciadas, a mi oído mismo, por una voz toda pictóricas armonías dulcísimas; una *voz de perfume musical de nardo y azahares...*: ella, ¡Ella!

Pero, al mismo tiempo, por no sé qué asociación de ideas, nacidas del tesoro que me trajese a Asturias, viniéronme a la mente, cual susurro de hojas, aquellas mágicas palabras que, en ocasión solemne de su despedida, oyese de labios de aquel santo asceta del Padre Alvaro, el bendito benedictino, y que decían: «... ¡os encontraréis con lo que no esperáis, pues hay tesoros reales y tesoros imaginarios...!»

Semejante recuerdo tan a destiempo, traspasó como un puñal mi corazón; fué algo así como una ducha de agua helada, en plena medula espinal

© Biblioteca Nacional de España

recibida; aguda nota, en fin, de clarín guerrero, señalando el comienzo de una lucha cruel, *ipso facto* entablada entre el corazón y la cabeza, mientras que por mi imaginación comenzaban a desfilar caóticas, las perspectivas del eclipse; las de la gruta del Graal santísimo; el recuerdo del Padre cauriense; el de su santa Bovia; el del alquimista y, en especial, el de Don Hermógenes de Fae y Bentivoglio, el hermético maestro, al par que una música extraña, parecida a la de *Rosamunda*, de Schubert, comenzaba a entonar aquel inefable *lied* que entre los papeles de Frassinelli viese, aquella *heiniana* poesía que empezaba, según recordará el lector:

«Vi una vez sola tus ojos de esmeralda, hermosa xana, y quedé ciego, ¡ciego de amor! Como la yedra al árbol corpulento, me ceñiste con tus dulces brazos, y en ellos resulté preso, ¡preso cual el pajarillo en les redes del cazador!... Luego, en el cristal de tus ojos, dichoso vi reflejarse el cielo; ¡ay! y equivoqué el camino, porque, engañado por tu espejismo mágico, le buscaba abajo, hacia el abismo de la tierra, en lugar de buscarle hacia arriba, hacia las regiones donde brilla el sol...»

No podía materialmente tenerme en pie, y me tendí sobre una perezosa, allí mismo junto a la balaustrada. Mi mano, al caer, dió con la célebre pipa del gnomo, que yacía sobre mi saco de viaje, llena aún de tabaco egipcio, cual aquél me la dejase.

Tomé la pipa, encendíla maquinalmente y di dos o tres chupadas hambrientas, seguidas de otras tantas olímpicas bocanadas de humo, de aquel tabaco incomparable que de otro planeta parecía venido. Mi mente, al punto, adquirió pasmosa lucidez astral, pareja, y con eso está dicho todo, del amoroso ardimiento de mi corazón, y, por vez primera, sentí tremolar mi Espíritu sobre entrambos rivales de corazón y cabeza, cual severo juez que va a fallar, entre ambos, el más arduo de los pleitos. Yo, pues, chupaba..., chupaba, mientras se destrozaba entero todo mi sér. Acabarse el tabaco parecióme como que el ambiente se me obscurecía, y que caía fatalmente en los brazos de aquella mujer, de aquella *xana*, de aquella diosa que, en ellos, hasta ahogarme, me apretaba... Más lejos veía a mi fiel esposa, llorosa y moribunda; a mi hijo abandonado, cayendo veloz por la pendiente del vicio que lleva hasta el hospital y hasta a la cárcel, y a mi hija... no sé cómo, mientras segunda vez resonaban fatídicas las palabras del asceta. «¡Hay tesoros reales y tesoros imaginarios!...»

Di entonces un grito de horror que debió conmover aquel encantado palacio hasta sus cimientos, y sin titubear, salvé de un salto la balaustrada, lanzándome al jardín, y luego, echando a todo correr cuesta abajo, sin atreverme ni a volver la cabeza.

© Biblioteca Nacional de España

Corrí, corrí no sé cuánto, ni por dónde. Al final de mi horrorizada carrera, vime, no acierto a saber cómo, en las afueras de una población, bien iluminada, en la que no lograba identificar a Grado, por más que hacía. Avancé, calle principal arriba, y me vi frente a un antiguo palacio señorial en el que, a la luz del primer rayo del menguante lunar, reconocí, al fin, el *Palazón* de Salas y su torre—la célebre torre de la tercera señal que rezara el documento del tesoro—. Daban a la sazón las campanadas de las once de la noche: ¡la hora exacta de mi temible cita!

Por fortuna, para mí, aún había allí cerca una fonda que en aquel punto iba a cerrarse y en la que me instalé, no para dormir, sino para reponerme un tanto de la terrible agitación de aquel día en que creyese haber vivido un siglo.

Efectivamente; al salir, horas después, el sol, y ya bastante más tranquilo, quise, antes que nada, informarme del lugar y palacio de mi peligrosísima ondina. Busqué solícito por los sitios en que, más o menos, calculaba haber estado aquella noche memorable, remontando la sierrecilla del norte de Salas bastante por cima de la capilla románica de San Martín, y sentía que aquel paisaje, aunque era el mismo en sus líneas generales, había sufrido, sin embargo, modificaciones las más profundas. Del risco imponente, del palacio opulento de las lianas y del perfumado bosquecillo quedaba, por todo resto, una ínfima fuentecita... Por todo resto, digo mal, pues que en el pradezuelo que a la fuente rodease, vi abandonados mi maletín, mi portamantas ¡y mi pipa!

¿Habéis visto, lectores, reaparecer alguna vez con el deshielo los objetos sueltos que la nieve sepultó? Pues así reaparecieron los míos, una vez fundido en el mundo astral de los ensueños *de cuarta dimensión*, el palacio de ilusiones, de ambrosía, de segura perdición y falso ocultismo, en el que yo pude encontrar la muerte de mi alma, juntamente con la de mi cuerpo físico.

¡Hay, sí, tesoros reales: los logrados cumpliendo el deber: hay también tesoros imaginarios, de segura ruina ulterior, al desoir la Voz del Deber, engañados por nuestras pasiones y nuestro egoísmo...!

¡Oh, Padre Alvaro, Vera, Frassinelli, Fae, Miranda, mis salvadores! ¡Sed por siempre benditos...!

© Biblioteca Nacional de España

XII

Huyendo del peligro aún.—El más funesto de los *enguedeyamientos*.—Los dos turistas de San Martín de Salas.—Uría y su caja Topinard.—Visita a las grandezas históricas de la villa de Valdés.—Recorrido de la parroquia de Santa María.—Tallas exquisitas y romanas esculturas.—La torre y Palacio de los Mirandas-Mortijo.—Minuciosas pesquisas.—¡No hay ya del tesoro señal alguna!—Desaliento.—Cómo había caminado hacia el abismo en meros siete días.—Mi única salvación posible.

Bajaba a buen paso por la ladera, como si alguien invisible me persiguiese de muerte, porque, al dirigir una furtiva mirada a la fuente de mi *xana*, mientras presuroso recogía mis trebejos, había creído adivinar la verdosa sombra adorable de ella, entre blancas florecillas como aquellas que dieron lugar en San Luis del Monte, de Posada de Rengos, a un ruidoso proceso brujesco, en el que hubo de mediar con su triste escepticismo Feijóo, el terrible Lope de Vega astur, por creer las gentes, como yo también lo creo, que las tales florecillas procedían de algo hiperfísico, relacionado con una *xana* análoga, que fuése acaso gran amiga o fiel servidora del santo, antes de ser tal santo, o sea en los tumultuosos días de su juventud, pues siempre he creído, más que en Feijóo, que en esto no sabía «de la misa la media», en el simpático obispo Don Abello Castrillón y en los entonces Padre Guardián de Tineo y Párroco de Gedrez, que me lo atestiguan.

Mis pasos presurosos despertaban los dormidos ecos de la ladera, que unas veces parecían maldiciones lanzadas contra mí por mi dulce enemiga, otras suplicantes lamentos como los de Dido a Eneas o Calipso a Ulises, teniendo que armarme de toda mi escasa energía moral para no retornar a la fuente, y, de rodillas, evocar desesperado a mi dueña para que tornase a mis brazos perdonándome mi felonía.

Súbita una voz, la de un zagalejo sin duda, que apacentaba unas vacas por aquellos sitios, cantó el siguiente logogrifo astur, que para mí, tras lo que me había acaecido y me acaecía, no era tal logogrifo, sino una clara

© Biblioteca Nacional de España

alusión a lo de la tarde y noche pasadas, y también algo así como una fatídica profecía de lo que estaba ya condenado a sufrir en lo sucesivo, acaso por toda una eternidad, pues noté que intencionadísimamente decía:

Enguedeyeime junto a aquel *bardial*,
enguedeyeime con una de quince;
¡Nunca más me pude *desenguedeyar!*

Llenóme aquello más y más de terror aún, porque sonaba en mi oído cual una amenaza de muerte por el sacrilegio cometido comiendo con la ondina la maldita torta, y cambiando, a más, con ella los anillos, y tanta fué mi turbación, que iba ya a arrojar el valiosísimo que brillaba todavía en mi dedo, pero me contuve hasta consultar todos los escrúpulos de mi conciencia perturbada con el único que podía entenderme, con Miranda mismo, con el que pensaba hallarme ya de regreso aquella tarde, pues sabía que su *casona* de Soto de los Infantes, donde me aguardaba, impaciente sin duda por mi tardanza, apenas dista ocho kilómetros de Salas, su capital concejil. En cuanto a Narcés, ya resultaría cuando bien le pareciese.

Llegué así a un altozanito, último de las faldas de la sierra del Viso, donde es fama se asentaran, mejor soleadas por cierto que las actuales, las más antiguas casas de la aristocrática Salas, por bajo de una de esas típicas iglesitas románicas del siglo XI, reformadas luego, y por tanto profanadas, que tan frecuentes son en el país. Por allí parece que estuvo, si no un templo romano, por lo menos el primitivo templo y palacio de San Martín, donde aún eleva su copa airosa un tejo secular que parece todo un símbolo de grandeza perdida.

Dos caballeros se veían en la puerta, lápiz y cámara fotográfica en ristre, entusiasmados con las divinas filigranas orientales del estilo románico que, en puertas, ventanales, cornisas y columnas, matizan el templito. Uno de aquellos señores me era desconocido, no así el otro, en quien identifiqué con alegría al joven Uría y Río, de quien me separase en Infiesto, y que, por las muestras, tornaba hacia Buspol en busca de más gentes de cráneos mogoloides, con su *asturcón*, su traje de deportista y su inevitable estuche de Topinard, que formaban parte de su personalidad distinguidísima.

—¡Hola! ¿Usted por aquí, mi buen amigo?—me dijo así que me reconoció, cambiando un fuerte apretón de manos conmigo—. ¿Viene usted, acaso—añadió como en broma—, de visitar las *xanas* de estas sierras del Viso y de Camuño?

Sentí, al nombrarme así a mi tormento del día anterior, un fuerte escalofrío, pero me repuse bien pronto, considerando que el joven, como

© Biblioteca Nacional de España

sereno hombre de ciencia y sin grandes experiencias pasionales aún, se reiría de tales cosas, deputándolas, cual tantos otros, supersticiones absurdas.

—¿Acaso creéis vos en las *xanas?*—le pregunté aparentando displicencia.

—Como creer..., ¡líbreme Dios!, no creo.—Y luego, aplicando sus labios a mi oído musitó:—¡No creo!; pero... ¡son verdad!

—¡Dígamelo usted a mí!—iba a responder contándole ce por be la espeluznante y maravillosa escena, pero me contuve. Las primicias de tal revelación correspondía que las hiciese, antes que a nadie, a Miranda, quien ya me diría lo que debía pensar y hacer. Era además criminal, casi, hablar de esas cosas a un joven de veinte años... Valía más dejarle tranquilo en sus sabias mediciones antropométricas, sin levantarle la punta del velo de un misterio y de un peligro, con el que raro es el hombre que no roza en su vida, sobre todo, según Miranda, en la *edad de los Cristos;* es decir, entre los veintiocho y los treinta y cinco años. Tiempo, pues, tendría de saberlo, como yo, por tristísima experiencia personal, aquel joven cuyo nombre y apellidos eran todo un símbolo de la religión lunisolar primitiva astur, puesto que, por Juan era *Io-annas* o *Io-agnus* (el corderillo, o mas bien el ternerillo, de la Vaca Io), por su primer apellido *Ur-ía*, un símbolo del Fuego primitivo, el *Ur* caldeo o el *Urias* vasco, *fuego acuoso-lunar*, de *Ur-io*, cuyo apellido astur casi se volvía luego del revés, con el tan catalán apellido materno de *Riu*, o *Rio*, que es casi el bustréfodo o el anagrama de *Uria*. Todo esto, bien entendido, no se me ocurrió a mí, sino a Miranda, cuando del encuentro le hablase, añadiendo que el porvenir de semejante joven sería glorioso si sabía salir triunfante de aquel temible escollo de la *edad de los Cristos*, en el que cayesen Espronceda, Larra, Gabriel y Galán, Mozart, Balmes, y tantos otros genios que erraron, al llegar a ella, su camino, y por ello, con arreglo al canon ocultista, tenían forzosamente que morir en la temprana edad, como *malogrados*, que dice luego el mundo.

Despidiéndose entonces el otro señor, que tiró camino adelante en su alazán, como hacia Camuño o Cudillero, comenzamos a descender despacio hacia la nobiliaria villa, y como aún le quedaban unas horas a mi amigo para emprender su camino hacia las brañas del concejo, se brindó, siempre obsequioso, a ser mi *cicerone* en Salas, mostrándome, cultísimo, la iglesia parroquial, antes colegiata de Santa María, erigida por Don Fernando de Valdés, el mismo que fundase la Universidad de Oviedo. En

© Biblioteca Nacional de España

esta última se alza la estatua del gran hombre, como en aquélla se ostenta, en rico alabastro de Ateas de Guadalajara, su sepulcro.

—Fué, sin duda, un hombre de gran mérito este Inquisidor general, arzobispo de Sevilla, obispo antes en Orense, Oviedo y León, Señor de la Casa de Salas y perseguidor de la herética parvedad—dijo Uría—; pero Pompeyo Leoni, el Miguel Angel de Asturias, el escultor impecable del Escorial, le hizo más grande aún, tallando, para recoger sus cenizas, este mausoleo ostentoso del arte final del siglo dieciséis.

—Tan cierto debe de ser esto—respondí—que yo, al entrar y ver del primer golpe esa estatua de la Maternidad o de la Caridad al lado de las de la Fe y la Esperanza, creí hallarme ante una estatua romana exhumada en excavaciones arqueológicas.

—Tenéis razón, que romanas y griegas estatuas fueran los modelos italianos de Leoni.

Me entretenía en tomar un apunte del león, castillo, cruces, aspas, flores de lís y espadas de su escudo, cuando me arrastró Uría a la capilla lateral de San Lorenzo, panteón de los Cienfuegos y los Malleza, caballeros de Santiago, según reza su escudo de cinco lunas o soles, tres montañas, dos llaves y un árbol, hoy llevado, creo, por los Condes de Toreno.

—Venid—me dijo—a ver unas preciosas tallas-miniaturas como las que no habéis visto, quizá, ni en la célebre capilla de Santa Leocadia en la catedral ovetense.

En efecto, allí en el friso del retablo, sobre el altar, se mostraban atrayentes medias tallas en madera con los pasajes más notables de la vida de Jesús, tales como la Circuncisión, la Huída a Egipto, etc., en esos típicos y fuertes colores rojo, azul y oro de la época. Eran todo un idilio, no de Siria, sino de Asturias, porque astures y requeteastures eran sin duda las mofletudas, sonrosadas y bellísimas caritas de las figuras.

—Nada he visto más infantil y mejor en tallas—repuse.

—Henos ya frente por frente de la antigua torre de la casa de Miranda-Montijo—exclamó de allí a poco mi amigo Uría, mostrándome el vetusto edificio, con el que la noche anterior topase primero en mi huída.

—Por cierto, mi buen amigo—le dije acordándome del tesoro de Somiedo—, que me vais a hablar con la más absoluta franqueza. ¿Conocéis bien esa torre y su palacio?

—Como mi misma casa. Le frecuenté de niño, y de estudiante la consagré largas horas de estudio para una extensa Memoria que quería escribir sobre ella uno de mis catedráticos de Oviedo.

—Y ¿visteis entonces, por ventura, algo raro en ella, que hubiese de

© Biblioteca Nacional de España

extrañaros? ¿Algo así como una inscripción, ora borrada, ora más o menos legible, alguna señal rara, algo, en fin, que pudiese llamar la atención de un arqueólogo?

—En verdad que no. Seguramente no, y por cierto que me intrigáis y alarmáis con la pregunta.

—¿No podríamos, sin embargo, recorrer minuciosa y concienzudamente de arriba abajo el palacio y la torre?

—Todo cuanto gustéis, pues que nos sobra el tiempo, pero es inútil.

—Vamos allá, sin embargo, y perdonad, bondadoso, mi capricho, cuya causa os explicaré más al pormenoralgún día—dije, y constituyéndo no en el glorioso palacio de los mayores de mi inolvidable maestro y amigo Don Antonín de Miranda, quienes de Navia viniesen, le revisamos de alto abajo, durante dos largas horas, sin dejar de explorar sitio, piedra ni rincón alguno por obscuro que estuviese. Al final, después que hubimos visto la torre en sus seis pisos, y, desde la calle y balcones vecinos la hubimos fotografiado por sus cuatro vientos, llegamos a convenir emtrambos con certidumbre o evidencia superior a todo, en que en la torre, cual venía sosteniendo Narcés con toda firmeza, no existía rastro ni señal alguna de la que en ella decía estar el célebre documento del tesoro que veníamos buscando, y cuya existencia, por consiguiente, se iba haciendo más que problemática, por tanto, según Narcés también decía y repetía.

Dimos una vuelta por las afueras de la población, y allí Uría me mostró una de sus habilidades, que en punto a entender el lenguaje de las aves, le hacían digno discípulo del misteriosísimo Frassinelli. En efecto, con maravillosa propiedad silbó como los ruiseñores, haciendo cantar a todos los de cien metros a la redonda; imitó el croar de las ranas, alborotando verdaderamente aquellos charcos, y yo creo que, a querer, el propio pájaro de Sigfredo habría respondido a su reclamo.

Comimos después en grata conversación, y acompañado casi todo el camino por el amigo querido, quien hubo de cederme el otro caballo que llevaba su criado, emprendí con él el agradable recorrido hasta cerca ya de la Ablaneda y de Godán, nombre de una excelsa deidad escandinava, pueblo donde nos separamos, citándonos para el Ateneo, en el invierno, si antes no teníamos la dicha de otra vez encontrarnos. Godán, la Ablaneda, los prados de Cobos, el mítico Pozo de Cillericos y demás detalles pintorescos y de sabor romano que fuera viendo por el camino, no bastaban, no, a distraerme de mi preocupación terrible, cuanto de mi viva ansia por caer cuanto antes en los brazos paternales de Miranda, a quien parecía no había visto en un siglo.

© Biblioteca Nacional de España

El pico del Courio, último contrafuerte del Cordal de la Serrantina, que domina a Soto de los Infantes, dibujaba allí en frente su redondeada cumbre cambriana por sobre aquel «valle hondo y obscuro, con soledad y gloria», que parafraseando a Fray Luis de León solíamos decir Miranda y yo, siempre que de él hablásemos. Pero, ¡en cuán diferente estado de ánimo volvía al lado de mi mágico amigo, respecto de como de él me separase!

Al dejarle en Pravia, acabábamos de tener en la divina *Quintana de las Rosas* la más misteriosísima y tremebunda de las escenas iniciáticas, durante veinticuatro horas justas en manos y bajo el poder taumatúrgico de aquel Señor Don Hermógenes de Fae y Bentivoglio, que valía más que hombre cualquiera en el mundo, escena que había sublimado mi espíritu hasta un grado más inefable aún que el de la escena de Sequeiros y su bendito Graal astur, y sobre la que antes se me exigiese, como ya he dicho, el solemne juramento de no hacer a nadie revelación alguna que conducir pudiese a los profanos hacia el descubrimiento de sus tan inefables Misterios. A más de ello, la perspectiva de hallar un inmenso tesoro en Somiedo, me sonreía.

Al tornar siete días después, en cambio, al lado de Miranda, en Soto, imposible me resultaba seguir creyendo cierto tamaño sueño de ventura, pues que ni en Cudillero, ni en Peña Aullán, ni en Salas, ni en parte alguna existían señales que me demostrasen la realidad de aquel ensueño, que Narcés además me había destruído a los golpes de ariete de su jurídica e inflexible lógica demoledora. Por añadidura, habíame separado de un modo desagradable de este compañero amable, a quien podría haberle ocurrido algo nada bueno en su intempestivo embarque, no sabía bien para dónde, y había perdido además, por reprensibles debilidades de carácter, faltando a mis deberes, la ocasión de tratar y recibir análogas enseñanzas que las del Señor De Fae adquiridas, bajo las órdenes de aquel régulo de Somiedo, a quien sólo viese un momento fugaz cuando partía en su buque, acaso de vela blanca y negra también como el de Frassinelli, pero que, por ser casi de noche, yo no había visto.

Y después de todo esto, como si ello en sí fuera poco todavía para llenarme de vergüenza, he aquí que siete días después retornaba hacia mi amigo en un estado de funesta ceguera pasional, de reprensible pasión amorosa, con la que el día y la noche anteriores emprendiese desde Avilés, Illas y no sé cuántos sitios más, la más vertiginosa carrera hacia el abismo en un automóvil fantástico, guiado por un tremebundo *diaka*, en brazos de la más hermosa y más peligrosa de las *ondinas silfides* hasta

© Biblioteca Nacional de España

topar con un palacio, en el que mi pérfido tormento aguardaba sólo la salida del menguante de la Luna para precipitar en la más segura de las perdiciones a mi cuerpo cuanto a mi alma...

Esto pensaba, esto lloraba casi, transido de dolor y de remordimientos, cuando empecé a descender yo solo una rapidísima pendiente que parecía conducir a un verdadero precipicio, pendiente, sin embargo, no tan funesta como aquella otra por la que, siete días hacía, venía moralmente despeñándome, puesto que ella, al menos como iris de ventura, dejó ver bien pronto en la lontananza de su fondo la *casona* de Miranda, rodeada de inmensos castañares, ceñida por la cintura de plata del Narcea y contorneada, como una reina por su corte, por rojas e infinitas casitas del pueblo y por su iglesita entre verduras...

¡Allí, sin duda, se hallaba mi amigo esperándome; allí también se hallaba, por tanto, el único remedio humano quizá, para mi dolencia irresistible!

. . . . . .

FIN DE LA TERCERA PARTE

© Biblioteca Nacional de España

CUARTA PARTE

EL TRIUNFO DEL OCULTISMO

I

En la Casona de Soto.—El más retirado monasterio laico y sus alrededores bellísimos.—El pueblo de Miranda y de Narcés.—Los demás vecinos del mismo.—Paradojas astronómicas y climatéricas de aquel nuestro retiro.—Mi confesión general con Miranda.—Ridiculez y peligros del dosamantismo.—La *Octava Esfera* y *La Ciudad dantesca* del Dite.—A los hermanos extraviados.—Coincidencias entre las dos clases de Magia y peligros del Sendero Siniestro.—Enseñanzas de Blavatsky.—Las Elenas blanca y negra.—El poder de *Kriyasakti*.—Aplicaciones científicas.

La *casona* de Don Antonín de Miranda, en Soto de los Infantes, de Salas, es uno de los edificios típicos de Asturias que merecen el nombre de verdaderas casonas por su exterior nada arquitectónico, y el de palacios, por la amplitud y número de sus habitaciones, cuanto por la comodidad patriarcal de que se goza en ellas.

No tenía por qué envidiar a ninguna en este punto la de mi amigo, pues que era un edificio de cuatro pisos, con sótanos y bodegas, en la poética orilla izquierda del cristalino Narcea, río no profanado aún por los lavados mineros, y en el que las truchas, los salmones y las anguilas corren por sus fondos de cuarcita como vuelan las bandadas de pájaros en la imponente selva de castaños y nogales frontera. En torno de la casona, además, hay una prodigiosa huerta, donde el naranjo y el limonero, milagro palmario de la flora astur, ostentan sus frutos con abundancia digna de más cálidos climas, entre almendros, avellanos, nogales, perales, manzanos, ciruelos, cerezos y endrinos, amén de otros muchos árboles de la flora nórtica y entre macizos de flores, planteles de hortaliza, *treldas*, hiedras y lianas trepadoras, que recubren los muros con su verde-metálico

© Biblioteca Nacional de España

tapiz y extienden bajo el fértil suelo sus raíces hasta beber, metros más allá, en las puras linfas del río.

Del lado opuesto de la huerta, todo un pueblecito de dependencias; hórreo para los cereales, sobre todo del *escanda o triticum splea*, de Linneo, y las gruesas panojas de maíz, hórreo de perfil claramente griego, y que allí, al lado del Narcea, no parece sobre sus pegollos, sino una vivienda lacustre; bodega, para los vinos cangueses, que aún se dan en corta cantidad por aquellos abrigados valles, y también para la riquísima sidra de la pomarada vecina; establos, para las vacas; cuadras, para los caballos; colmenas; horno, para cocer el pan y la *boroña;* carretería y depósito de los objetos de labranza, y, en fin, toda una abigarrada y desordenada agrupación de viviendas para la dependencia.

Decir, pues, «la casona de Soto» equivale a decir todo el pueblo, porque apenas si quedan fuera de ella y de sus dominios otros seis grupos dispersos de casas, tenadas y hórreos; es a saber, el grupo en el que descuella la morada solariega de nuestro gran *Don Pepitón,* morada que es la que a la *casona* sigue en categoría; el en donde está la vivienda del señor cura, que viene después, y, en fin, la solitaria casita de Clodomiro Menes Viescas, personaje a quien también tuvimos ya el honor de conocer en sus triples funciones de médico *in partibus*, veterinario sin título y diligente buscador de minas, amén de la Casa-casino y comercio de *Xuanin de la Muroca, alias Bodastoret,* quien, con los tres señores antedichos, forman las cuatro únicas personas que viven con holgura en medio de aquella antigua aldea señorial de Mirandas y Valdecarzanas, donde todos los demás son infelices que mal viven de sus brazos, de su pradito, de su castañal y de sus vaquiñas, cuando no de lo que la hija les gana sirviendo en Madrid u Oviedo, y de lo que el hijo les envía desde la *Habana*, o desde *Buenos Aires,* pueblos que ellos tornan por América toda, y se los envían, digo, en pesos contantes y sonantes, que vienen a ser, casi, la única moneda oficial del país.

En el rellano de la amplia escalera, tan pronto como sintiera mi llamada desde abajo, me esperaba mi nunca olvidado Miranda, con los brazos abiertos.

—¡Bien venido seáis a este dulce retiro, capaz de haceros olvidar todas vuestras fatigas y hasta al mismo y perverso mundo!

—¡Falta me hace, mi noble amigo!—dije, y me dejé caer inerte en uno de los cómodos sillones-perezosas del gabinete íntimo, o *fumoir*, que tan importantísimo papel juega siempre en los momentos de cordialidad y de fatiga.

© Biblioteca Nacional de España

Sirviéronme, al punto, un reconfortante té con leche, pastas y riquísimas frutas acabadas de coger en la huerta, y con éste y otros tales agasajos vi que me encontraba como en mi propia casa en aquella estancia, espaciosa, cual todas las de la casona, y que tenía dobles vistas hacia el Norte, sobre el pueblo y hacia el Este, sobre la huerta y el río. Al calor, pues, de aquel mi hogar astur para el reposo de algunos días, me sentía inundar de felicidad, en medio de las anteriores tempestades que me combatiesen, y con un excelente tabaco egipcio que me deparó mi huésped, llené mi pipa, la regalada por el gnomo de Avilés, y entre frases recíprocas de sincero afecto le fuí contando a Miranda lo más saliente de nuestras desventuradas aventuras, hasta llegar a la tragicómina en el Musel acaecida, y que me privase de Narcés, camino él no sabía a punto fijo, si de Santander, o de Inglaterra, porque aún no había dado trazas de haber llegado el muy pícaro.

—¡No se preocupe de lo de Narcés! —replicó Miranda—, es, como él diría, *karma* suyo, o *calma* suya. Pero... advierto en vos, desde que os dejé, el más bizarro cambio—añadió—. Antes usabáis modestas tenacillas de pitillo y ¡ahora fumáis como un bajá, en regia pipa!

—Sí—dije, sonriendo—. Yendo con vos no me encuentro en mi camino sino santos, monjes, misteriosísimos Adeptos y prodigiosos alquimistas; pero tan luego como me veo solo, en este *pais de los encantos*, de los encantos efectivos y de los simbólicos, los *gnomos* se burlan de mi ignorancia ocultista, dejándome, como tarjeta de identidad contra mis escepticismos, esta espléndida pipa, mientras que las *xanas* más hermosas, de muerte me persiguen. Sólo, pues, bajo la protectora sombra de usted puedo prometerme ya el vivir tranquilo. ¡Oh, del que a buen árbol, como el vuestro se arrima...!

—¡Peregrinas cosas son las que me anunciáis! Contadme, pues.

—No. Ahora no quiero. Es cosa muy seria y para más despacio. Ya he descansado y os ruego me enseñéis este vuestro palacio, jaula demasiado grande para sólo dos *pájaros* de tan exiguas exigencias como nosotros.

Y una por una fuimos recorriendo todas las estancias de la casona, desde el gabinete del piso segundo, donde por más alegre estábamos, a través del comedor íntimo, a mis tres habitaciones con sendos balcones al Oriente y al Sur, o sea al Narcea, y luego a las que, del otro lado del gabinete o sea al Norte y al Oeste, se reservase Miranda y desde donde admiré, por vez primera, la pavorosa torrentera del *Lleiroso*, bien ajeno del papel que de allí a poco iba a representar ella para mí. El piso principal, que poco usáramos, pues nos sobraba con el segundo, se componía de otras muchas

© Biblioteca Nacional de España

piezas, tales como el salón, con su piano mecánico, la biblioteca atestada de libros antiguos de la más inaudita selección; el comedor *oficial*, que no desdeciría del de ningún príncipe y otros muchos departamentos, hasta sumar los buenos sesenta metros o más por lado que el cuadrado edificio tendría. Las habitaciones de más arriba y las de la planta baja se consagraban a menesteres domésticos y a la servidumbre, con arreglo a la distribución inglesa que tan cómoda y práctica resulta. Una amplia terraza en la altura, completaba en las comodidades insuperables de aquel soñado retiro, monacal y nobiliario a la vez, que tan excepcional papel había de jugar en el curso de esta historia verídica.

El espectáculo que desde la terraza se me ofrecía a la vista era imponente. Un madrileño frívolo, de esos que no salen de su rutina de oficina, café y teatro, habría, sin duda, sentido allí pavor, e *ipso facto* habría tomado el camino de regreso, si es que acertaba a encontrarle entre aquel laberinto de montañas enhiestas, que encerraban como en una grieta inmensa, hondísima, el tortuoso valle del clásico Soto. Los buenos quince o veinte metros a que nos hallábamos sobre el río, eran mera insignificancia frente a las alturas del contorno y, sobre todo, frente al talud, casi cortado a pico, y allí encima del ciclópeo Courío. Acostumbrado yo a la llanura castellana y a las abiertas perspectivas de su cielo, dije a Miranda espantado:

—¡Dónde estamos, Mentor mío...! El Sol no alumbra ya aquí y son las siete de una tarde de Julio. Si, pues, no calculo mal, en el mes de Diciembre aquél debería salir aquí hacia las once de la mañana, para ocultarse a las tres de la tarde.

—Y aún os excedéis, pues que no sale entonces, sino a la una, para ocultarse antes de las dos y media...

—¡Oh! una Noruega en España; una Noruega en Sevilla, dado que hay naranjos, limoneros y hayas, robledares y palmeras, y con una temperatura, decís, igual de noche que de día.

—Sí, la mínima fué ayer de dieciséis grados y de diecinueve la máxima, y esto ¡en Julio! En Diciembre, en cambio, la nieve y el hielo no alcanzan casi aquí.

—Estamos, pues, en un verdadero paraíso.

—Y sin serpiente alguna, por añadidura.

El crepúsculo de los últimos días de Junio, dura efectivamente allí hasta mucho después de las nueve, por lo que pudimos comer después de las ocho, entre dos luces, en un silencio y una calma, más que monacales, extramundanas, con la galería de cristales abierta, por donde penetraba a oleadas el balsámico perfume de la huerta.

© Biblioteca Nacional de España

Una vez levantados manteles, creí llegada la ocasión de *confesarme* con Miranda; y como si aún estuviese experimentando las mismas impresiones de veinticuatro horas hacía, precisamente también con las mismas dudosas tintas del crepúsculo moribundo, referí extensamente al fraternal amigo mi visión crepuscular tres días hacía de la silueta mágica de Don Félix de Belda, el encuentro luego con el gnomo avilesino y, en fin, todas las escenas, punto por punto, que con la *xana*, mujer, diosa, o lo que fuése, me habían acaecido.

Escuchábame Miranda con la más profunda atención y el mayor de los silencios; a veces alarmado, a veces sonriente, Fuíle así haciendo minuciosa relación de todo, pintándole con excepcional colorido la inocencia con que me había dejado enredar o *enguedeyar* en las redes de la pérfida, aceptando un puesto en su fantástico vehículo y saliendo con ella de Avilés entre los vaticinios del dueño del hotel y el espanto del camarero. Contéle en seguida la conversación que mi dulce enemiga iniciase acerca de la singular teoría *dosamántica*, apoyándola nada menos que en Platón, amén de en multitud de variadas disciplinas; la bajada después hacia la fuente; la comida allí de la torta y el cambio de mi anillo con el de la ondina; la maravillosa y, al parecer, irrefutable teoría de ésta acerca de las *almas gemelas;* la locura de amor y el vértigo de velocidad que a consecuencia de todo aquello sobrevino; el desmayo de la hermosa sobre mis brazos; la llegada al bosquecillo de junto al risco con la entrada en el fantástico palacio acuático; la invitación de la *xana* para que de allí a poco, al salir del menguante de la Luna, fuése a cenar con ella; la fumada de la pipa encantada que, con la visión astral, me diese la quimérica visión de todos los horrores que tras de mi ya vecino pecado iban a seguirse, juntamente con el recuerdo de la frase del bendito Padre Alvaro sobre los tesoros reales y los imaginarios, y el escucharse, cual campanas astrales, de aquel *lied* de Frassinelli, a otra *xana* alusivo sin disputa, y, en fin, mi oportuna huída cuando ya la Luna iba a salir señalando con ello el momento preciso de mi perdición definitiva...

—Habéis ido demasiado lejos—me dijo severísimamente Miranda, cuando hube concluído—. No dudo de que el feliz recuerdo de vuestros deberes, percibido bajo los efluvios narcóticos de la *cannabis indica* o *aschish*, que contenia por fortuna, sin duda, el tabaco del gnomo, os haya sido inspirado por *Ellos*, por nuestros augustos Protectores invisibles, algunos de cuyos discípulos habéis tenido en este viaje la dicha de conocer, y haya podido salvaros así de vuestra ruina moral y física. Pero notad bien, sin embargo, que habéis cometido un sacrilegio, un enormísimo pe-

© Biblioteca Nacional de España

cado ocultista, en el que también zozobrase, a las puertas mismas de la iniciación, multitud de hermanos nuestros: teósofos, espiritistas, mentalistas y artistas, en fin, de todo género, que a ellos precisamente, ¡ay!, a los que estuviesen ya a punto de caer en la terrible *octava esfera* o *ciudad del Dite*, se refiere aquella incomprendida inscripción de la iglesita templaria de junto al Eresma segoviano, consagrada reza: «*A los Hermanos extraviados*», como a los mismos también se refiere estotra sentencia ocultista que trae Blavatsky en *Isis sin Velo*, copiándola de los *Preceptos mágicos y filosóficos* de Psellus, de:

«¡No desciendas, porque bajo la tierra hay un precipicio, al cual conducen *Siete peldaños de sucesiva caída*, y al pie de los cuales, se alza pavoroso el trono de la terrible *fatalidad!*»

—¿Habéis hojeado, por ventura—continuó—, la obra de Robert H. Fryer sobre los seres sub-humanos de la Cábala «de la clásica *Physio-Astro-Mitic*» del Abate Villar, en la que se ocupa de las necromancias del viejo Conde de Gabalis? «Hay algo, dice Blavatsky hablando de ello, que suena de una manera siniestra en los joviales sarcasmos de este último autor, cual si presintiese la llegada del acelerado *karma* de su asesinato, acaecido en mil seiscientos setenta y cinco, pocos años después de la publicación de su obra... Estos misterios de la Cábala son cosas demasiado serias y peligrosas para ser tratadas en burla. *Verbum sat sapienti*», y nada más cierto que el que «la magia blanca difiere muy poco de la negra o *hechicería*, excepto en *los efectos y resultados, consistiendo toda su disparidad en si la intención es buena o mala.* Muchas, en efecto, de las reglas y condiciones preliminares para entrar en Sociedades de *adeptos*, ya sean del *Sendero de la Derecha* o del de la *Izquierda*, son también idénticas en tales cosas. Por eso dice Gabalis al autor: «Los sabios jamás os admitirán en su sociedad si antes no renunciáis a toda relación sexual con las mujeres.» Esta es condición *sine qua non* para los ocultistas prácticos, ya sean rosacruces europeos o yogis asiáticos, pero lo es también, desgraciadamente, para los *duppas* y *Sadús* del Bután y de la India; para los *vudús y nagales*, de Nueva Orleans y de México, pues que todos estos últimos tienen la terrible cláusula adicional de que han de mantener relaciones sexuales con *djins, elementales, daimones*, o llámeseles como se quiera, íncubos o súcubos, es decir, varones o hembras, según el sexo. «*Monstrum horrendum informe cui lumem ademptum...* ¿Sabéis, por ventura, lo que significa ese conversar juntos y amorosos que habéis tenido sobre *almas gemelas;* ese cambio de anillos; ese beber en la misma *copa de la ilusión* un falsificado *licor Soma*, y, sobre todo, ese comer juntos de la torta nefasta, en forma

© Biblioteca Nacional de España

de *tau*, partida por las blancas manos de una supuesta ondina, ondina que no es sino una mujer real y efectiva, al estilo de las Kundry y las Kala-yoni mágicas: una hechicera que os quería perder, en suma?

—No, por cierto.

—Pues, sencillamente, significa que os habéis desposado con ella, según la forma más primitiva del sacramento matrimonial, como podéis ver en el *Código del Manú:* la célebre *confarreacio* romana o comida en común de la *torta*, anterior a las otras formas vulgares de la *coemptio* o compra, y el *usus*... y que sois, por consecuencia, ante la ley, si no rompéis en seguida ese lazo, ¡el más perfecto de los bígamos!

—¡Horror! ¿qué es lo que me decís?

—Que hay que romper con toda urgencia ese malvado y para vos nefasto vínculo: ¡Traed acá ese anillo!

Dile inmediatamente a Miranda la joya, que él depositó en seguida en uno de los secretos del valiosísimo bargueño de allí enfrente, bargueño en el que guardaba, cual santas reliquias, todos los recuerdos y papeles del Padre Briones, de bendita recordación.

— Y sabed—añadió Miranda—que, a no ser por vuestra oportuna huída, momentos antes de aparecer en los cielos el menguante de la Luna, ya no os habría vuelto a ver en la vida.

—¡Me dejáis frío! Y, ¿por qué lo de la Luna?

—Porque la salida de su menguante es el momento más terriblemente propicio para consumar las más nefastas operaciones hechiceras. Por ello fué el retraso de la cena de la pretendida *xana*, y, a cuyo final, vuestra muerte era segura en los brazos de la *bella*, que habría arrastrado vuestra alma hacia desconocidos senderos de perdición, mientras que vuestro cuerpo físico habría aparecido al otro día junto a la fuente, como apareciesen vuestro maletín y vuestra *pipa*, para que la Ciencia hubiese dicho luego, al haceros la autopsia, que habíais muerto repentinamente de una embolia o de un colapso cardíaco, mientras que de vuestra alma...

—¿Mi alma dijisteis?

—Sí, de su alma, de la que habría sido lo que de tantas otras que yacen *encantadas*, al decir del vulgo, o sea que habría sufrido en su evolución ese terrible retraso simbolizado en leyendas, cual la de aquel fraile que, seducido por el canto de una *silfide* que el creyese un pajarillo, la siguió *un momento*, según él creyera, y así que regresase el monje de su pequeña escapada, se halló con la *novedad* de que el monasterio estaba derruído desde siglos hacía y ya casi no conservaba nadie memoria de él en el pueblo; o bien como aquel otro *yogui* a quien la ninfa *Pran-locha*,

© Biblioteca Nacional de España

la más terrible de las *Asparas*, sedujese y mantuviese bajo su poder los cientos de años, meses y días de cierta cifra secreta, al cabo de lo cual el *yogui* lo maldijo.

—¡Asombroso, prodigiosísimo!

—Sí, mi incauto amigo. Os ha podido pasar algo de lo del Padre Aldulfo de Caso, quien...

—¡Perdonad, conozco la leyenda, porque días antes casualmente me la contara Belda en Tiraña.

—*¡Casualmente...!* Decid piadosamente más bien. ¿No acabáis de aprender, cuitado, que en Ocultismo la casualidad no existe? ¿Os atrevéis a creer casual aquel ejemplo, con el que se os previniese contra el peligro, como se os previene asimismo mediante el *lied* de Frassinelli y por tantos otros medios?

—Entonces el *gnomo* del tren...

—No hay tal *gnomo*, ni tal nada. Ponedle al lado de las formas de pensamiento proyectadas por vuestro Maestro, cual aquella otra del ciclista del Padre Alvaro. ¿Su pipa?—Un medio de que tuvieseis lucidez mental por lo que acaso no fué siquiera *aschih*, sino un extraño afrodisíaco el que...

—Entonces la *xana*.

—No hay tal *xana*, os repito. Hay otra cosa peor sobre la que a mí me está prohibido hablar, no menos que a usted le está prohibido el hablar de todo lo relativo a la Quintana de las rosas, y a las veinticuatro horas justas allí pasadas por ambos. Lo sabréis ello, cuando hayáis estudiado a fondo toda la parte mágica que hay detrás de lo que conocen y practican nuestros queridos, pero equivocados espiritistas, quienes juegan más de una vez con pólvora en eso de la *medimunidad*, según Blavatsky dice. Leed línea tras línea el capítulo, tomo primero de *Isis sin Velo*.

—¿Pues, qué hay, en fin, sobre lo de las *almas gemelas?*

—Hay el mayor de los engaños funestos. Sí—añadió Miranda, animándose por grados—. Hay que el riesgo de una pasión criminal nos aguarda siempre en la antecámara del verdadero Ocultismo, aun del meramente teórico, como es el nuestro; verdadero y mucho más terrible peligro que el ensoñado por el cura Constand o *Eliphas-Levi*, y por su genial discípulo Bulwer Litton, bajo el nombre de *El Habitante del Umbral*. ¿No recordáis asimismo haber leído en *Zanoni*, la caída de Glyndon en brazos de otra mujer-*xana*, en las puertas mismas del iniciático castillo de Mejnour? ¿Habéis, también, olvidado las tentaciones de todos los ascetas en el desierto; las danzas de los Herodías; los vanos ataques de las *Gopis* de Nichdali y

© Biblioteca Nacional de España

Sarasvati a la pureza celestial de Krishna, momentos antes de dar comienzo a su misión redentora, y aquel otro final de Krishna y la terrible maga Nysumba o Kali, la de la serpiente Kalayeni, en el que diríase que había calcado *Padre-Wagner* sus portentosas escenas musicales del mago negro de Klingsor, sus *mujeres-flores* y la irrestible seducción de Kundry...?

¡Cuántos ocultistas malogrados y despeñados por los senderos de la necromancia, al querer penetrar en el Mundo del Misterio, que es todo pureza de Pureza! ¡Pureza *blanca* y *negra*, como la vela templaria de nuestro Frassinelli, ya que sin soltar el lastre animal, aunque hermoso, del sexo, no se puede ni se debe entre nosotros ir más allá del santo hogar y del sacrosanto matrimonio, so pena de verse uno pervertido bajo mil aberraciones, justa sanción a la ridiculez de querer transcenderle bajo la fatal sensibilería dosamántica de las *almas gemelas!*

—¡Oh, Miranda, Miranda—dije—, y cuán grande sois en vuestra sabiduría! Son vuestras palabras dulce música en mi oído y bálsamo salutífero en mi asendereado corazón... ¡Completad, pues, esa vuestra enseñanza salvadora, hablándome de la engañosa teoría dosamántica, porque, os lo confieso, que no poca parte de mi caída se debió a los razonamientos de la pérfida, razonamientos que, como científicos, no parecían tener réplica.

—Lo que no tienen es defensa alguna. Los símiles que aquélla os pusiese, el del anfiaster celular, por ejemplo, no pertenecen, no, al sexo, sino a la eterna *ley de los contrarios*, o sea de la *Mónada*, transformándose en *Dúada*, de los pitagóricos, y aunque así no fuera, una cosa es la ley universal del sexo, que es, en efecto, la más inferior de las siete Claves del Misterio, y otra muy distinta es la ley de la pasión con la que entre nosotros tamaña ley se cumple, pasión que jamás debe saltar por encima de las leyes del Deber, del Orden y de la Justicia, que son las que rigen por entero al Universo. ¿Recordáis a este propósito, la perfidia con que los fariseos hubieron de interrogar oblicuamente a Jesús respecto del asunto, proponiéndole aquella cuestión del marido de las siete sucesivas mujeres? Jesús desató la necia dificultad, respondiendo que ellas vivirían con él como los ángeles en el cielo, añadiendo: «Si cuando os hablara de las cosas de la tierra no me entendisteis, ¿cómo queréis entender estotras cosas tan celestes?»

—Una verdadera Neith; un temible espectro de la amable *Chemi*, es, pues, que no una *xana*, lo que se os ha interpuesto así en vuestro Sendero hacia lo Oculto; ¿no recordáis acaso las escenas iniciáticas que se verificaban en el viejo Egipto, con el obligado final de la tentación de una ninfa, piedra de toque, en suma, para el neófito, cual aún hoy se emplea todavía en las iniciaciones drusas de los monjes nestorianos del Athos del Líbano? Bla-

© Biblioteca Nacional de España

vatsky tiene sobre estos asuntos los párrafos más sugestivos, pero ninguno tan decisivo como estos del tercer tomo de *La Doctrina Secreta*, que os quiero leer ahora mismo, para vuestra completa curación:

Y sacando el libro de la biblioteca vecina, me leyó en sus páginas 389 y 410, de la edición española, lo que sigue:

«La Magia es coetánea de la tercera Raza-Raíz (la Lemúrica), cuyos individuos procrearon al principio por *Kriyashakti* (la Voluntad y la Meditación o Yoga; algo así como el que escribe un libro, divino hijo, a bien decir, de su espíritu); acabando luego por engendrar como al presente... En el antiguo Egipto la mujer debía ser «la señora del señor», y su verdadera dominadora (matriarcalismo primitivo), y el marido se comprometía «a obedecer a su esposa», para la producción de resultados alquímicos, tales como el *elixir de la vida* y la *piedra filosofal*, pues que los alquimistas necesitaban al efecto de la ayuda espiritual de la mujer. Pero, ¡ay del alquimista que tomara este auxilio en su muerto sentido de unión sexual! Semejante sacrilegio le arrastraría a la magia negra, y fuera irremediable su fracaso. Los verdaderos alquimistas de la antigüedad se ayudaban con mujeres *viejas*, evitando toda relación con las jóvenes, y si, por acaso, alguno de ellos fuése casado, trataba a su propia esposa como hermana algunos meses antes de proceder a la operación alquímica, y mientras la llevaba a cabo!»

Y más adelante, hablando de las *Helenas* de todos los Iniciados: la de Troya, la de Apolonio de Tyana, la del Fausto, etc., decía:

«La fuente de la Magia está en el Espíritu y en el Pensamiento, ya en plano puramente divino, ya en el terrestre. Los que conocen la verdadera historia de Simón Mago pueden escoger entre las dos versiones de Magia blanca y Magia negra que se dan respecto a la unión de Simón con su Elena, por él llamada su *Espinoia* o Pensamiento. Los que, como los cristianos, tenían interés en desacreditar a su peligroso émulo, dijeron que Elena era una hermosa mujer, de carne y hueso, a quien Simón había encontrado en un lupanar de Tiro, y que, según opinaban sus biógrafos, era la reencarnación de la Elena griega. ¿Cómo podía, pues, ser el Pensamiento Divino? En el *Filosofumena*, se atribuye a Simón Mago la afirmación de que en los ángeles inferiores o *terceros Aeones*, había aún elementos de mal, a causa de su materialidad, y que el hombre, como procedente de ellos, adolecía de este vicio de origen... Los principales ritos de la Magia negra se basan sobre la repugnante interpretación literal de mitos tan nobles como el ideado por Simón para simbolizar sus enseñanzas secretas. Quienes lo comprendieron perfectamente supieron que Elena significaba el

© Biblioteca Nacional de España

enlace de *Nous* o el Espíritu (Atma-Buddhi) con *Manas*, la unión mediante la cual se identifican la Voluntad y el Pensamiento, surgiendo de su consorcio todo género de divinos poderes mágicos, por ser este el único y eterno *Masculino-femenino*... De aquí, que Elena simbolice, no ya mujer alguna, sino la unión o potencia masculino-femenina del hombre interno.»

—A esto queda reducida, en puridad—terminó Miranda—, la teoría famosa de tales *almas gemelas* que puede perder a muchos con su sensibilería pseudo-científica. No hay, pues, más clave sexual sino que en el mundo todo es, no *macho* o *hembra*, sino *luminoso* o *tenebroso*, y no hay tampoco más *almas gemelas* que la Mente y el Espíritu de cada uno de nosotros; del Heros Divino y de la humana Psiquis, y el Hombre, que es por sí mismo completo y *sin sexo* en las esferas transcendentales, no tiene, no, necesidad de completarse físicamente con persona de contrario sexo para realizar en sí el Supremo Ideal de su iniciación oculta.

—Entonces, decidme: ¿qué son las tales *sílfides* y *ondinas* de que nos hablan los cabalistas?

—No son sino lo que fuése el espectro de Katie King, obsesionador de Florencia Cook, que nos ha pintado con divina paleta el gran físico Williams Cookes en su obrita *Medida de la fuerza psíquica*. En los misterios de la *Hebdómada* ellas son las que despiertan las pasiones tempestuosas desencadenadas en el pecho de cada candidato cuando se prepara para la vida ascética, y también las potencias ocultas del *Akasha* o éter inferior, cuyo mundo es la atmósfera misma que respiramos. El verdadero nombre védico es el de *Maruts*, los hijos de *Diti* y de *Rudra* (y de ahí el nombre de *Dite* asignado a la región dantesca). Ellas son legiones, y, por otro lado, hablando ya mundanamente, ¿detrás de cuántas *hetairas* y mujeres de mundo no está una de estas sílfides u ondinas, y cuántos infelices no tropiezan con ellas, no ya al borde de ninguna fuente, sino en los dorados salones, más aún que en la inocente campiña...? Porque no hay que olvidar que estos seres venustos del mundo inferior de la pasión han llevado a infinitos cuitados hasta la embriaguez, el hospital, la cárcel, la mesa de juego y, en definitiva, hasta el suicidio.

—Me llenáis de horror. ¡Esas cosas debieran explicarse en las Universidades!

—Id con semejante pretensión a la Ciencia sin Fe y a la Fe sin Ciencia de nuestros pedantescos cuanto ignorantes días... ¡Veréis cómo os reciben!

—¡Oh, pobre Humanidad, nativamente buena, pero en eterna lucha de unos contra otros hombres, por culpa de éstos y de otros entes de lo astral, quienes después de desencadenar entre ellos esas tempestades que

© Biblioteca Nacional de España

se llaman guerras, pleitos, luchas sociales o políticas, se ríen de su hazaña, allá en su invisible mundo! ¿Hasta cuándo ignorará, asimismo, estas verdades el Derecho Penal moderno?

—Como que quienes sostuvieran que el criminal es un loco o un enfermo, no se hallaban tan lejos de estas verdades, cual pudiera creerse. El hombre, en su estado natural o *hígido* cuenta con todo género de defensas naturales contra aquéllos, entre ellas la de no verles. Estas defensas estriban, principalmente, aparte de superiores protecciones, cual las por usted mismo experimentadas, en acogerse bajo la *Ley del Deber*, nacida en la Conciencia al calor del genuino *gnosce te ipsum;* en proscribir el alcohol y otros venenos; en seguir, en fin, esa *Higiene Integral* del *mens sana in corpore sano*, cuyo principio único es el proclamado por la Teosofía de la *Fraternidad Universal de la Humanidad* sin distinción de razas, sexo, credo, casta ni color.

—¡Bendito seáis, amigo sin par, por vuestras revelaciones salvadoras! Ya creo estar curado por completo.

—No lo dudo; pero, de todos modos, la herida está reciente aún y los Poderes del Mal guardan rencor eterno a los que una vez se burlasen de ellos escapando de sus garras. Vivid, pues, unos días más sobre aviso.

Así terminó aquella sesión memorable, tras la cual, al arrullo del Narcea, allá en el más apartado rincón de las Asturias, hube de dormir el sueño más profundo y reparador de toda mi vida.

© Biblioteca Nacional de España

II

La visita a la gran capital de Soto.—¡Una población donde sólo mueren dos personas por año!—La ermita de la Fuen-Clara.—El Palazón señorial.—Los buenos tiempos de Don Suero de Vistrario.—Glorias que fueron.—La pesca al trayente.—El pradón de Don Pepito.—Comida al aire libre.—La prudente Prudencia Perfecta.—El Río Malo y el pavoroso Lleiroso.—El más espantoso de los trastornos geológicos.—Sitios infernales y malditos.—La garita de Arbodas y el muerto que mató a cuatro.—El castaño del eremita poliglota.—Las turriadas del diañu.—Bodastoret y el Círculo de los Eremitas.—Lluvia de estrellas.—El mejor café de Asturias.

Consagramos el día siguiente, desde bien temprano, a *la visita de la población*, como yo había dado pomposamente en decir, con gran gusto de Miranda, que tenía por aquel rinconcito, feudo de sus nobles mayores, una veneración sin límites, cual si él mismo, en anteriores existencias, hubiese sido «señor de pendón y caldera» allá arriba, en el Palacio cuyos paredones en ruinas se alzaban aún grandiosos y cubiertos de hiedra, a la derecha del camino de Salas, por donde el día anterior había venido.

Inútil es decir que el pueblo estuvo pronto visto. Ausentes los dos hermanos Narcés y el gran Clodomiro, sólo quedaba visible el señor cura quien, por su edad y sus achaques, no estaba ya en este mundo. Así que pasamos de largo por la *avenida principal*, formada por una fragua, dos pajares, cinco viviendas, nueve o diez paneras, otras tantas chozas y el semi-palacio de los Narcés, donde saludásemos a su hermana, dándola noticias de aquéllos. Después las bardas de un corral-huerta, tres casas más y la iglesia, que fué románica y ya no lo era por obra y gracia de *oportunos* blanqueos y en la que un rosal florido, encuadrando la puertecita, era todo cuanto quedase de su antigua poesía. Frente a la iglesia, el cementerio de ¡16 metros cuadrados!, con otro rosal no menos lindo a la entrada, y donde por las rotas tablas no vi ni una tumba, sino un verdadero forrajal de media vara de altura.

—¿Pero, es esto cementerio?—pregunté a Miranda.

—Lo es, aunque no lo parece, pues que en tiempos normales, como

© Biblioteca Nacional de España

ahora, ausente la flor de la juventud de sus sesenta vecinos, lo más que suelen morir son una o dos personas por año, pues la longevidad es proverbial en este pueblo, que, como véis, no tiene ferrocarril, ni carretera, ni caminos para carros, ni botica, ni médico, y donde hay, sin embargo, media docena de nonagenarios.

Subimos una empinada calle, entre paredes de cercados, hasta la linda ermita de la Fuen-Clara, de 1679, y pasando por delante de la casa de Clodomiro, que era la tercera del pueblo en lujo, con sus ocho habitaciones en dos pisos, para él, su esposa, y sus ocho chiquillos, penetramos en el altozanito que forman los copiosos escombros del que fuera en tiempos Castillo feudal de Mirandas-Valdecarzana y otras familias, con ellos enlazadas cual los Fuenclara, los Valdés y los Vallehermoso, y frente al lienzo del Sur, que aún conserva una de sus ventanas ajimezadas del piso alto y arranques del artesonado, le rogué a mi amigo, quien parecía transformarse allí bebiendo las auras de otros tiempos, que me hablase algo sobre el tal castillo.

—Lo que os podría contar—respondió Miranda sonriendo—, pertenecería todo a la parte más irrefragable de la historia del medioevo. Como que estaría sacado de la *Crónica general de España*, de Ambrosio Morales; del fidedigno Fray Prudencio de Sandoval, obispo de Tuy, y puntualísimo definidor de eso del *tributo de las cien doncellas* y de la aparición del Santo Apóstol compostelano, o del *campus-stellae*, en la batalla de Clavijo, aparición a guisa de walkyria nórtica protegiendo al Sigfredo de Don Ramiro primero. Además, lo que os podría parecer un tanto fantástico e inverosímil está también, si se lee entre líneas, en el insustituíble cronista *el Maestro de Yepes*, en su puntualísima crónica de San Benito y de los ciento ocho monasterios que tenia sólo en Asturias esa primitiva y *única orden* que diese al mundo quince mil escritores, trescientos santos y casi una docena de papas.

Este angosto y misterioso valle de Soto, que arrancando de la encrucijada de *Lodón*, hoy Puente de San Martín, va a morir entretallado, por bajo de Tuña, llama la atención por sus cuarcitas y sus calizas, que llaman de Ludlow y de Benlow los sabios, cuanto por su linajudo abolengo. Legajos a cargas podéis ver en nuestro archivo, con cargo al sapientísimo Padre Briones, que lo escudriñó todo y que deshizo no pocos errores de aquellos autores nada escrupulosos, seguidos por Carvallo. Días pasados entretuve mis ocios nada menos que con el «legajo de Don Judas Thadeo Fernández de Miranda, Quirós, Ponce de León, Villacis la Cueva, Manrique de Lara, Quijada, Hurtado de Mendoza, Cabrera y Bovadilla, etcétera,

© Biblioteca Nacional de España

Marqués de Valdecarzana, Rucandiu, Torralba, Bonnanaro, Boruta, Cañete y Taracena, etcétera, Conde de las Amatuelas, de Escalante, Talú y Villamor, Vizconde de Centenera, del Infantazgo y de Trezeño, Barón de Sot de Ferrer y de Payporta, Señor de las Villas y Cotos de Muros, Villagarcía de Campos, etcétera, Grande de España de primera clase, Caballero de la Insigne Orden del Toisón de Oro, Gran Cruz de la Real y Distinguida orden española de Carlos Tercero y Sumiller de Corps de Su Majestad etcétera, etcétera, etcétera», que ni un tilde menos tiene la cabecera de, primer documento del siglo diez y ocho en el legajo en cuestión, consagrado a Soto de los Infantes y al nombramiento de sus justicias, su curato y sus lindes con la Casa de la Torre. ¡Mucho ruido para nada!, como reza la famosa obra de Shakespeare.

En otros anteriores legajos he tropezado con peregrinas historias relativas a este *Palazón*, que fuése incendiado por aquella época y acabado de destrozar por los franceses. De ellas os hago gracia, porque no terminaríamos en dos días, además podéis leerlas en casa y reconstituir así por entre estos nogales y melancólicas hiedras un edificio gallardo, análogo al Alcázar de Segovia, o a los castillos de la Mota, de Dueñas o de Luna, con sus torreones, barbacanas y almenas, su regio portalón señorial que, bajado el rastrillo y traspuesto el foso, da acceso al patio de honor del corte gótico más primitivo, con algún que otro fantástico detalle románico en los capiteles, de grifos alados, leones rampantes, voladoras harpías con cabeza y pechos de mujer y otros ensueños macabros, que doctos tenidos por indoctos pretenden hacer remontar hasta esos animales monstruosos, procedentes de las creaciones anteriores a la nuestra, que en lo astral vieron y a lo físico copiaron los astutos sacerdotes egipcios. En el patio, enlosado con grandes piezas del mármol-lumaquela del país, cubiertas de verdín, rendirían armas al señor, a su regreso de la algarada contra la morisma, los celosos guardianes de su honra, de su dama y de su hacienda. Junto a la cisterna central se depositarían a cargas los tributos y primicias pechadas por los fieles encomenderos en diez leguas a la redonda, y los más ricos frutos del botín, sacado tras mil peligros en fértiles tierras de Badajoz y Córdoba, y hasta se celebraría en su ámbito la misa de partida, cantada al son de la gaita, el pandero y el estrépito de las armas.

—Sé, en efecto, que aqueste territorio de Soto de los Infantes fué dado por el propio Alfonso VI a su sobrino.

—Sí, este sobrino fué el fidelísimo antecesor mío, Don Suero de Vistrario, si bien ya sabéis que hago de mis timbres heredados igual caso que vistéis hacia el Señor de Fae, poniendo su escudo en su umbral para que

© Biblioteca Nacional de España

le pisaran cuantos en la *Quintana de la Rosa* penetrasen. El jesuíta Padre Carvallo habla extensamente del tal Don Suero, cuando, en recompensa de haber sojuzgado al rebelde Gonzalo Peláez, Señor de Alba, Quirós, Precaza y Buango, del que descienden los Girones, fué confirmado como encomendero del fuerte Castillo de Luna, y recibió el señorío de Cornellana, Salas, Soto de los Infantes y Vega de Arango...; pero no perdamos el tiempo en estas cosas históricas, sobre las que habría no poco que decir, pues que hay todavía necias gentes que por su engreimiento con méritos ajenos, a falta de los propios, tienen la cabeza vuelta del revés, cual aquellos condenados del infierno dantesco; y sigamos nuestro camino.

Así lo hicimos, descendiendo del castillo por el borde de la aldeíta llamado de Sorribeiro, cerca de donde las calizas antiguas, con afloramientos graníticos, establecen la transición al cambriano del Courío.

Era de ver, en verdad, el *guapo* valle de Soto, debido todo a una secular desviación del Narcea hacia aquel monte, con el alegre pieceado de sus labores, en el que alternaban, cual tablero de ajedrez, los maizales, patatales, pimentales y tablas de escanda, con las pomaradas y demás árboles frutales, que morían en los arranques de la ladera, donde a su vez reinaban soberanos el nogal y el castaño, sustituídos más arriba por la estéril braña vaqueira de Buspol y Pevidal, mientras que nosotros, trinchera adelante de una carretera, que llevaba trazas de no construirse nunca, recogimos muestras de cobre verde y buena porción de granates grosularios para nuestro Museo.

—¿Qué hace ahí ese hombre en la orilla del río?—pregunté a Miranda al ver a cierto súbdito de Neptuno armado de un curioso tridente.

—Ese es su futuro amigo de usted: *Xuanín de la Fresona* o *del Meruéndano*, el más afamado pescador, de los que ya no quedan en la comarca, porque en lugar de realizar su pesca de salmones por la docena de procedimientos al uso, no emplea sino los tres modos clásicos de hacerlo: o sea el de zambullirse en el río y atraparlos en su carrera bajo las aguas; o bien herirlos con flechas, como pájaros que son, al fin, del agua; o bien, lanzando su trayente, cual ahora mismo lo verifica.

En efecto: vímosle arrojar el *tridente* en alto, como si contra un ave le dirigiese, y el arma, describiendo una airosa parábola, fué a caer a plomo sobre el agua, y luego junto a la orilla con un hermoso salmón pinchado por sus puntas.

—Esta destreza—dije asombrado—es puramente primitiva y me recuerda la de los indios de la pampa argentina, con sus lazos y bolos célebres.

—Así es—respondió Miranda—; y dirigiéndose más arriba, sin moles-

© Biblioteca Nacional de España

tar al pescador, por junto al cercado de un pintoresco molino, añadió sonriendo:

—En ausencia de ese pícaro Narcés, a quien no sé ya si llorar perdido física o moralmente, os haré los honores de su castañar, prado, establo y barca, una verdadera *barca de Caronte*, como vais a ver.

Y uniendo la acción a la palabra, desató una *chalana* que estaba amarrada en un pequeño estero, y, haciendo palanca mediante un largo palo en los multicolores rollos del diáfano río, de dos empellones vigorosos hizo describir a la *chalana* otra parábola contra la corriente, y en un instante nos vimos en la orilla opuesta.

—¡Hola!—le dije admirado de su destreza—. ¿También sois vos de los del *trayente?*

—¡Dejaría de ser buen astur!—respondió Miranda agradeciendo el cumplido, que no era sino estricta justicia.

El pradón de *Don Pepito* era lindo y valioso, con su hierba acabada de segar y su vacada, que pacía tranquila entre los castaños del talud del Courío, con todo un abismo bajo sus patas y bocas. Luego continuamos por bajo un toldo de seculares castaños, alguno de los cuales se habrían podido medir en su altura con las torres de cualquier iglesia grande; y al llegar al arroyito de la *Papida*, junto a las ruinas de un batán, dióme mi huésped la sorpresa de tenerme allí a Prudencia con la comida dispuesta bajo aquel bosque sagrado, donde, por no haber puente alguno, apenas si pisaban ni los mismos vecinos del pueblo para coger en Diciembre las castañas.

La cocinera, Prudencia Perfecta, bien merecería por sí sola un capítulo especial. Mujer de unos cuarenta años, aparentaba muchos más, y era nada agraciada, de cabeza redonda y *descogotada*, mártir del deber que se sacrificase por su minero marido y por sus ocho hijos, a la sazón repartidos, como ella decía, por las ocho partes del mundo; mujer limpia, buena y que guisaba muy bien; pero con un defecto, para mí terrible: el de quererse siempre meter en todo. La caridad sin límites de Miranda era la única capaz de tolerar a la infeliz criatura, que empezó por exasperarme y acabó por hacerme reir y por conquistar beligerancia.

—Ahí, más arriba—me decía Miranda—, el viejo *Calzones* decía que estaba la *xana de la Aireúsa*, a quien él, en su niñez...

—¡Señuritu, créume yo que no está demás de cuaxada la tortilla!—interrumpió, sin más excusa, Prudencia.

—A quien él, en su niñez, tomara un miedo terrible, y que...—continuaba Miranda.

© Biblioteca Nacional de España

—Digo yo, señor, que procuré mondar bien las papas, porque ya, como eran de la cosecha vieja, muchas yemas tenían.

—Sí, Prudencia, ya se conoce, porque está muy rica la tortilla.

—Digo que *Calzones* tomó miedo a la *xana*, porque llegando una madrugada con las vacas, cuando mozo, para que bebiesen en la fuente... .

—¡El señuritu nuevo es también muy buenu, como el otru de mi señor, porque dice que está rica la tortilla y non sirvióse de ella sino dos veces!

—Es que me reservo, gran Prudencia.

—... cuando oyó decir allá dentro, bajo la roca: «¡Mariquita, machaca ajos, que hoy vamos a tener carne fresca!», a cuya voz *Calzones*...

—¡Ay, señuritu, que oilo yo también contar eso, y aunque el cura del nuestro lugar diga ser pecado creer en las *hilanderas*, yo en ellas creo, porque una de la Ablaneda que, por misericordia de Dios, vivía en la parroquia entre cristianos siendo ella una perra judía, sorbió la sesera de tal modo a mi muchacho el pequeño, que si non le mandu a tiempo a Buenos Aires...

—¿No podríamos también mandar a Buenos Aires a esta vuestra Prudencia Perfecta?—dije en francés a mi amigo, para que ella no me entendiese.

Éste no pudo menos de reirse ante mi exasperación creciente, mientras que ella, impertérrita, decía:

—Hable, hable, señuritu, en galiparla, que a mí me gusta mucho desde que serví en las minas a unos amos franceses, también muy buenos, sin agraviar a los presentes.

No había remedio: o matarla o dejarla.

Miranda, compadecido de mí, aunque él en punto a llaneza era otro Marqués de Campo-Sagrado, su ascendiente materno, aquel que se hacía llamar siempre *Don Pepito*, me salvó de semejante tormento, diciéndola:

—Prudencia, es preciso que nos deje y se vaya a preparar el cordero de esta noche, porque queremos cenar pronto. Luego recogerá esto.

—En seguida voime, señuritu; pero non pase cuidado por ello. Ya les esperaré a que tomen los postres, para llevármelo todo, no sea que venga algún malo y...

No había sino apurar el cáliz hasta las heces. Apresuramos, pues, la comida y largamos a la *prudente* Prudencia hacia la barca con su cesto de platos y cacharros a la cabeza. Todavía, cuando ella se alejaba, la oímos, sin embargo, decir, hablando consigo misma y aludiendo a nosotros:

—¡Válame el Señor benditu, y cuánto talento tienen metido algunas

© Biblioteca Nacional de España

personas en esas cabezas...!—y así siguió hasta desaparecer tras los humeiros y salgueiros del río.

Descansados ya, continuamos castañar adelante por la derecha del río, que luego dejamos, atravesando al lado opuesto por otra barca de maroma y cayendo junto a Río Malo y las Minas del Mouro, donde es histórico que se hallase una *ayalga* o tesoro de todo un juego de bolos de oro, con sus dos bolas de 27 onzas, cosa que dió no poco qué decir, allá por la época de la gran riada de 1868, en la que el Narcea había corrido por entrambos lados de la Casona. Después seguimos por el camino de Arbodas, aprovechando, como únicos pasos practicables, los primeros desmontes de la futura carretera, hasta embocar frente a un pavoroso *faedal*, fría *grieta del azufre*, por donde se precipita en el Narcea el hórrido torrente del Lleiroso.

A partir de tales sitios no hay ya pluma capaz de describir la tremebunda dislocación geológica que muestran aquellas oquedades, por donde apenas se puede sentar la planta sin riesgo de despeñarse uno.

—Estos son unos sitios infernales y como malditos—me dijo Miranda—. Aquí comienzan, en efecto, esas espantosas dislocaciones cámbrico-silurianas que siguen Narcea arriba hasta la región de Tuña, donde llegamos días pasados. Ved esa espina cuarcítica de la espalda cómo aparece rota y hundida por el Lleiroso, resbalando y preparando el suelo, para lo que quizá, en esa curva del Narcea, haya de ser un lago algún día como en terremotos, los ya sentidos otras veces y que acaso en tiempos retirasen el mar desde Cornellana. Este es un laberinto geológico y un rincón último ya del mundo, donde sólo pueden llegar privilegiados cual nosotros. Aquí la roca es la soberana, hasta llegar a Somiedo y a la Serrantina; el hombre es su esclavo y no puede dar un paso sin que le ronde la muerte. Sólo los dioses, cual los del Anillo del Nibelungo, pueden tender un puente desde los picachos que tenemos a cuatrocientos metros sobre nuestras cabezas y el Walhalla aquel del Courío o el de Peña Manteca de la Serrantina, más adentro.

Y luego, evocando el capítulo de recuerdos tristes, único en verdad que encuadraba en tal marco, añadió:

—¿Véis esa trinchera abandonada? Pues ahí se corrió el año pasado una capa cuarcítica sepultando a seis de los obreros que a su lado trabajaban. ¿Véis la cortadura de allá arriba? Pues de ella se arrojó años atrás un pobre cabrero, enloquecido por no sé qué cosas de amor, y ahí mismo, cerca de esa casuca de tablas, que es la *chavola de Xuanín*, tenéis el terrible paso llamado *la Garita de Arbodas*, donde es fama que «un muerto

© Biblioteca Nacional de España

mató a cuatro», pues que, al conducir cuatro robustos vecinos un féretro, camino de Soto, hubo de resbalar uno de aquellos y despeñarse, arrastrando tras sí al muerto y a los otros tres vivos, hasta ese abismo de tan abajo, donde veis ahora a varios obreros de los que, allende esas bocas de viejos minados de cobre y grafito, perforan el túnel de *Civiellos*, único paso posible de la futura carretera al puente de La Florida. Semejante nombre de Civiellos, se debe a las varas torcidas en cuerda que se emplean en cien útiles del país.

—En verdad que es un sitio que da frío—repuse, aterrado a la vista de los inverosímiles peñascos que parecían oscilar sobre nuestras cabezas, y los más pavorosos aún de la otra orilla, verdadero paisaje lunar, desnudo de toda vegetación y en los que todo eran grietas, fallas, oquedades, grutas, voladizos y precipicios, literalmente pulverizados, en un a modo de caos de amarillentos pedazos de ladrillos—. Sólo las águilas pueden posar su planta aquí, entre el abismo y las cimas—dije.

Los obreros estaban parados ante una curiosa piedra, en cuyas graciosas y reticuladas curvas, con sección transversal en forma de ocho, bien pronto reconoció Miranda a una espléndida *cruciana* o *bilobites silúrico*, fósil medio vegetal, medio coralífero, característico de aquella formación, y que no hay que decir tomó bien pronto el camino para el museo de la Casona.

—Venid un poco más acá, pero con gran cuidado no caigáis—dijo a poco Miranda—, y veréis la *Peña de las Turriadas*, así llamada por las *turriadas* o calabazadas que dicen se dió contra ellas el *diaño* o diablo, al verse vencido al intentar la seducción de cierta hermosa de Arbodas, que era todo un ángel.

En efecto: allá arriba, entre castaños y maleza, aparecía una roca toda abullonada, en la que hubimos de reconer la impresión o *molde* de otra gran roca de bilobites ya despeñada hacia el río.

—¿Véis ese castaño secular, que parece una ermita?—me dijo a poco—pues de casa ha servido, por cierto, a un excéntrico solitario, a *Polo*, el *presidiario*, por otro nombre *el poliglota del Lleiroso*, y a quien yo, de joven, conocí. Era un valenciano de raras aptitudes, que, escapado de presidio y después de correr medio mundo y de aprender cerca de una docena de lenguas entre orientales y occidentales, cuando se vió olvidado y viejo, se retiró al tronco de ese castaño, nunca se supo por qué, y en estas regiones, donde ni pájaros hay, vivió solitario, sin saber cómo y sin molestar a nadie, el resto de sus días.

Inútil es añadir, dado lo caprichoso y excéntrico que me había vuelto

© Biblioteca Nacional de España

desde que pisase las Asturias, que allí mismo, metido dentro del castaño del políglota, me hice sacar por Miranda la centésima fotografía. Dando luego varios peligrosos traspiés en aquellos cortantes pedruscos de cuarzo, pizarra y carbonato de hierro, que amenazaban dejarme descalzo, emprendimos el regreso a la *Casona*, por la alquería y prados del Pontigo.

—Como véis—dijo Miranda satisfecho—, hemos cerrado ya el circuito de *mis dominios* de Soto. Ellos están por entero a vuestra disposición, y seáis en ellos bien venido. Ahora, pues que es la hora del té, permitidme os ofrezca éste, no en casa, sino en el *Círculo de los Eremitas*, por otro nombre *Taberna de Bodastoret*, el de Cabiria, *tenida*, que diría un francés, por el propio *Xuanín de la Fresona* y su respetable mamá, en el sitio principal de esta gran urbe.

—Pero, ¿es posible que, para que nade falte a nuestra altísima felicidad, contemos también aquí con tamaño Casino?—respondíle admirado—. ¿Vivimos, pues, en el mejor de los mundos posibles?

—Sin disputa.

—¿Y habrá billares y biblioteca y tertulias?

—Hay de todo, vais a verlo ahora mismo.

Y atrochando por delante de la pomarada de Narcés, llegamos a un codo de la calle única, recorrida a nuestra salida, y allí, entre dos carretas, una docena de *gochos* dormitando en sendos charcos cenagosos y tres docenas de palos de nogal recien cortados, por donde merodeaban un emjambre de gallinas y otro de chiquillos astrosos, acerté a divisar una casamata de dos pisos, con la altura de sólo uno, casa donde, tras una puerta cuadrada, pintada de rabioso azul, divisamos la exigua figura del dueño *Xuanín*, despidiendo a unas compradoras de arbejos y alpargatas, mientras que desde los cristalejos, nada transparentes, de una derrengada galería, una voz cascada de vieja, que hilaba en compañía de la madre de Xuanín, gritaba:

—¡Pos si es Don Antonín, que viene con un madrileño!... ¡Chacho, chacho, corre en seguida!

Al alzar la cabeza y ver la brujesca figura de la vecina, con su avinagrada cara de lechuza y un solo diente en su mandíbula superior, del que parecía hacer ostentación y gala, no pude menos de decir a Miranda en voz baja:

—¡Creo en Dios Padre, en el *Pedrete y en la Guaxa...!* Narcés aquí no entraría.

—¿Cómo que no entraría, si es su retiro de invierno, su biblioteca y su *sporting-club*, donde recibe a todos los embajadores políticos de los cuatro

© Biblioteca Nacional de España

puntos cardinales de Asturias y donde ha dado muerte a más de dos *morriñas...?* Vos mismo, que hoy os espantáis porque aún no sabéis apreciar cuán mínima es la vida máxima y cuán máxima es la vida mínima, llegará un día en que sintáis la nostalgia de este rinconcito, como la sintiese el Doctor Fausto, de aquel otro pedazo de terreno que por su esfuerzo robase al mar, o como Carlos, el César español, la sintiese en Yuste.

Pese a tales elogios, el interior no abonaba, que digamos, los vaticinios de mi amigo. Un suelo desigual de tierra viva; unas paredes ventrudas y de color no definido; un bajo y negruzco artesonado de castaño, y tantos clavos como docenas de cosas colgadas de ellos, es, a saber: haces de escobas de palma, de no demasiado uso, por cierto, en el limpio pueblo; cordelería de todos los tamaños; sartas de pimientos en secazón; zapatillas, alpargatas y zuecos o madreñas de todos los tamaños, amenazando caer sobre la cabeza de los tranquilos compradores. En el frente una derrengada y apontonada anaquelería con media pieza de indiana, otras de cretonas, alpacas, pintadillos y demás géneros del país, que se despachaba con todo esmero en el rincón de allá del corto mostrador de nogal de una sola pieza, pues que en el lado de acá, junto a la escalera de acceso al verdadero casino, se despachaba el aceite de la garrafona aposentada encima, mientras que el centro quedaba consagrado a la venta de la quincalla, el tabaco, los efectos timbrados y la ferretería.

—Aún tenéis más que ver—añadió Miranda, riéndose de mi espanto—. Es verdad que a este lado tenéis los sacos de garbanzos, arbejos, judías, habas y demás cosas de ultramarinos; pero, en cambio, en estotro lado podéis escribir vuestras cartas y telefonemas y radiotelegramas, depositando aquéllas en el buzón que tenéis detrás, ahí mismo.

Y me mostraba, sardónico, un viejo cajón de tabaco pegado contra el muro, con una raja arriba para echar las cartas y una portezuela con aldabilla al costado para recogerlas después.

—Y, sobre todo, qué seguridad y qué limpieza. ¡Esto es verdaderamente arcadiano, amigo mío!

—Sí; es todo un inestudiado portento de la biología de Soto y de sus aledaños. Ved, en efecto, un organismo social *protozoario* que, sin embargo, tiene ya especializadas múltiples funciones de aquellas mismas que en una capital requieren millares de hombres y docenas de edificios para, a veces, resultar uno a la postre mal servido.

—Cierto. Todo está en todo: tras el átomo, como en el Cosmos, se halla Dios, y a los ojos del mismo picaresco *Loge*, el *fuego errante*, la *llama ardiente*, que acompañase a Wotan para robar el Tesoro del Nibe-

© Biblioteca Nacional de España

lungo, le era mucho más difícil a cualquier mago, estilo Alberico, el transformarse en el sér más pequeño que en el más grande y tremebundo... ¡La eterna fábula del león y la pulga!

Subimos por la negrísima escalera, que crujía bajo nuestro peso, y pasando por la cocina, donde la madre y la *Guaxa* preparaban los candiles para luego, cocina ante la que resultaría pálida toda ponderación, penetramos en el salón principal, aquel de la cristalera, donde, con rapidez celosa que mostraba a las claras que éramos para ellos como dos dioses bajados del Olimpo, nos sirvieron un excelentísimo café, para el que habrían gastado un cuarto de kilo de Moka auténtico.

—En sitios bien aparatosos de Madrid—confirmó Miranda—, de tantos en los que el fondo es nada y la apariencia el todo, acaso nos habrían dado achicoria o cualquiera otro veneno, mientras que éste es café puro, y lo que vale infinitamente más: amorosamente servido.

—Así es—añadí yo con líricos acentos—. Complicada hasta la locura la vida contemporánea, caminamos hacia el abismo, y hay que volver a la sencillez y a la vida patriarcal, si no queremos caer en el agotamiento y la locura.

Y en esto, una roja estrella, cayendo sobre la mesa de nogal, seguida de otras dos mayores más allá, interrumpió mi discurso, que amenazaba ser largo y de alto emocionalismo. Alcé la vista y mi alarma cesó. Provenían las líquidas estrellas rojas de unos manojos de chorizos y morcillas colgados encima.

—¿Hay sino retirar un poco la taza?—me dije.

Y corriendo la mesa y la silla contra la pared, fuí advertido por Miranda a tiempo, de que no lo hiciese con tanta brusquedad, porque iba a aplastar un colosal tocino que, adosado a la pared, yo no había visto.

Dime cuenta entonces de cuán exacto era el nombre con el que Miranda bautizase al paradójico recinto, en recuerdo de aquel otro antro de Cartago, en el que el héroe de Gabriel D'Annunzio se salva de una muerte segura, y exclamé gozoso, alzando en alto mi copa de buen coñac, porque también allí había buen coñac para los buenos:

—¡Hurra por Bodastoret!

—¡Hurra, hurra!

. . . . . .

Al retirarnos a casa, para cenar, di mi palabra de honor a Miranda que no había tomado mejor café quince años hacía.

© Biblioteca Nacional de España

III

A caza de la quinta señal del tesoro.—El Lleiroso tremebundo.—Fuego entre cenizas.—El más heroico de los esfuerzos salvadores.—Sierra arriba hasta el nido de buitres.—Horripilante caída.—Penoso regreso hacia la *Casona*.—La cata de mis *feridas*.—El mal del estornudo y sus presagios felices.—Una mirada hacia mi pepita.—¡Anillo devuelto por encanto!—Recuerdo de talismanes célebres.—Las *piedras-movibles* indicadoras.—Sorpresas, para mí, inauditas.—Maravillas tras maravillas.

Llevaba casi dos días en Soto, y ni Miranda ni yo habíamos hecho la menor alusión al tesoro de Somiedo. El, sin duda, porque jamás había desconfiado del éxito y preparaba su busca con la serena calma que le caracterizase para todas las cosas; yo porque, triste me es confesarlo, ya no creía en aquél, tras el ataque a fondo del terrible abogado Narcés, y más con la seguridad absoluta de que no exitían las tales señales que indicara el documento, principalmente la famosa de la torre de Salas, con tanta minuciosidad recorrida. Así que aguardaba un momento propicio para abordar a Miranda, sin producirle demasiado disgusto, y, a mayor abundamiento, quería convencerme asimismo de que, cual afirmase Narcés, no existía tampoco la quinta señal emplazada en el torrente del Lleiroso, frente al Courío.

La ocasión se me presentó aquel día mismo, 5 de Julio, día para mí de sagrados recuerdos astronómicos y también de la sibilina fiesta romana, en la que éstos conmemorasen esotro día en el que los galos fuesen rechazados en su ataque a Roma, sin que los sitiados tuviesen que disparar ni una sola flecha. Un Covadonga itálico, semejante al querido Covadonga astur, como en otro lugar llevamos dicho.

Miranda, en efecto, me había indicado muy de mañana, que precisaba ir a Salas para ultimar los preparativos de nuestra expedición a Somiedo, y que me dejaba en libertad completa de acompañarle o de quedar descansando en la *Casona*.

Cauteloso, opté por esto último, y no bien mi amigo hubo partido

© Biblioteca Nacional de España

temprano, me encaminé solo al pavoroso Lleiroso, sin noticiar a nadie mi salida.

Pasados los prados y alquería del Postigo, interném por la cortadura adentro, que el día anterior habíamos visto, no tardando en encontrarme en una verdadera cripta natural de taludes inaccesibles y de umbrosos castaños, cubriendo un verde pradito y una serie de charcos diáfanos, en cuyo fondo se dibujaban a trechos y más imponentes aún que en las alturas, las dislocadas cuarcitas, que apenas si dejaban entre sí 20 o 30 grados de cielo.

Aunque se crea niñería, afirmo que se necesita cierto valor para abismarse solo un hombre por entre aquel desconocido laberinto, sin más paso practicable a medias, que los resbaladizos riscos del río. Muchos valentones en mi lugar habrían percibido por lo menos esa sensación de indefinible malestar que se experimenta durante la noche bajo árboles en la soledad del campo, y que no es, en puridad, sino recelo hacia algo que no se ve, pero que se siente, miedo efectivo, que se suele disfrazar con los más benévolos eufemismos. Wagner se diera perfecta cuenta de ello al escribirnos esa inspiradísima página musical de *Los Murmullos de la Selva*, momentos antes de ser atacado Sigfredo por el monstruo pavoroso. Para ombatir semejante sensación no hallé cosa mejor que el templar mis nervios dándome un baño en aquellas aguas purísimas.

Pero no bien saliese del baño y empezase a experimentar la sedación subsiguiente, cuando toda mi fatal pasión hacia la hermosa nefasta, resurgió, más poderosa que nunca, pese a cuanto ya sabía. Durante las horas que llevaba en la *Casona*, semejante pasión parecía definitivamente muerta; pero, por lo que vi, no era sino fuego cruel, sepultado entre cenizas. Me hacía cargo, con perfecta claridad de las razones aplastantes, sin réplica, que Miranda me diese; pero quien alguna vez se haya visto en trances tales, podrá excusarme en mi ceguera y comprender la desgarradora lucha contra lo imposible trabada entre mi corazón y mi cabeza. El contacto de aquel agua mágica me retornaba a mi lamentable estado anterior de la fuente memorable, al lado de mi tormento.

La lucha fué corta, pero horrible. Evoqué todas las fuerzas de mí inconsciente, todos los recuerdos de mis protectores augustos, que no tengo por qué nombrar, y cerrando los ojos para no ver aquello mismo que a ver volvía para mi definitiva ruina entre las vagas tintas de bajo un toldo de arbustos, al pie de un gigantesco tilo, me puse en pie, con energía sobrehumana y me sentí al punto más fuerte que nunca, segunda vez vencedor de mí mismo.

© Biblioteca Nacional de España

Transfigurado a partir de aquel momento en mis facultades de resistencia, la dudosa visión se desvaneció muy pronto, como por ensalmo, y yo continué quebrada adentro, revestido de un valor que me habría parecido increíble. Así fuí dejando atrás los mil recodos peligrosos de la titánica falla, teniendo a veces que descalzarme, porque no había más sitio practicable que por el lecho de la torrentera, y mirando, siempre que podía, a los grandes frontispicios cuarcíticos de la altura, buscando en vano alguna señal que pudiera chocarme.

Nada vi, sin embargo, y ya iba a regresar, cuando en la lisa superficie de un *piniecho*, más alto que los demás, me pareció advertir, como en blanco o en relieve, unos signos parecidos a los del documento de Frassinelli y del libro del Gaedhil que copiásemos en Madrid. No necesité más para arriesgarme lleno de ardimiento por un penosísimo calvero de riscos triturados por las descargas eléctricas, hasta subir a la la base del picacho que yo creyese se enlazaría detrás con la meseta formada arriba por el terreno de braña del Lleiroso.

Llegado allí, y merced a mi inexperiencia en punto a sierras tan peligrosísimas como aquélla, no tuve en cuenta el aforismo turista que reza: «no trepes jamás por riscos en tus excursiones, pues en ellos la subida suele ser relativamente fácil y la bajada imposible». Trepé, digo, en mala hora por el risco, no sin que una fatídica pareja de buitres, espantada por mis pasos, comenzase a describir, a 30 ó 40 metros sobre mi cabeza, esas lentas espirales con las que se preparan para dejarse caer luego a plomo sobre su presa. Al poner pie en la altura, mi desencanto fué enorme, porque las pretendidas señales no eran sino las chorreaduras blancuzcas del nido de buitres acomodado en la cima.

Al despecho sucedió en el acto una intensa sensación de terror: la de verme, contra lo que esperaba, completamente aislado en la estrecha cúspide de un risco inaccesible, cercado en redondo por el abismo, cuyo fondo obscuro no alcanzaría a menos de 500 metros. Traté, infeliz, de evocar entonces toda mi serenidad para emprender el descenso; pero no bien hube dado tres pasos, cuando sentí que ambos pies me fallaban a un tiempo, resbalando por la cortadura, y que mi cuerpo se comenzaba a deslizar en movimiento acelerado hacia las fauces de la profunda sima...

¡Estoy perdido, despeñado sin remedio! fué el instintivo relámpago que fulguró instantáneamente en mi imaginación en el momento mismo en que sentí dar «la vuelta de campana» a mi cuerpo, echando ya mi cabeza risco abajo delante de mis pies...

© Biblioteca Nacional de España

Perdí entonces de vista la realidad toda, y cuando empezaba a recibir golpes y esperaba hallar de un instante a otro una de las muertes más horribles contra las cortantes aristas del fondo, héte aquí que experimento algo así como un tirón brusco y brutal de mi chaleco, cuyos botones saltaron todos menos uno, y que me encuentro sentado, recostado como niño en cuna, en un rellano de medio metro, al borde mismo del inevitable abismo.

¿Quién había podido, invisible, cogerme así en aquel angustioso trance? No confío jamás en saberlo, porque en verdad que a nadie vi, ni nadie podía humanamente estar allí. Por otro lado, ¿cómo explicar sin una intervención extraña y protectora el hecho de haber resultado sentado después de haber dado la «vuelta de campana», vuelta que me vació todos, absolutamente todos, los bolsillos, perdiendo con ello a una el reloj, el dinero, el tabaco, la cartera, y, ¡ay!, lo que era más sensible aún: ¡mi queridísima pipa!

A los breves instantes de estupor, al verme así salvado milagrosamente de una caída mortal de lo menos veinte metros desde la cúspide al saliente roquizo, siguióme una sensación de terror indescriptible. Me encontraba algo herido en cabeza, brazo, pierna y pie izquierdos, amén de un general magullamiento, cada vez más sensible a medida que me enfriaba del golpe y del susto, y un estremecimiento mortal recorrió mis nervios al verme en aquel voladizo imponente, todavía con el abismo a los pies y expuesto, si perdía la facultad del moverme, a tener que pasar allí quién sabe el tiempo sin socorro alguno, pues que nadie sabía mi ausencia, y hasta morir quizá de hambre, si es que no me acometían los buitres, que volaban cada vez más bajos acariciando su presa, ya segura.

Cerrando, pues, los ojos, y arrastrándome como pude, recorrí los doce o catorce metros del voladizo e hice al fin pie con gran dificultad en la pedrera por donde ascendiese. Mi magullamiento general apenas me permitía sostenerme, tambaleándome sobre mis piernas. A vivo brazo, pues, y asiéndome a los cortantes pedruscos, descendí como mejor pude; y falto de la agilidad necesaria, hube de añadir la apostilla de tres bravas mojaduras antes de llegar al camino de la tarde anterior. Estaría herido de gravedad acaso, aunque no lo creía, pero mi corazón latía más gallardo que nunca, con una pasión nueva y santa: la de un odio a muerte contra los engaños de lo astral y sus nefandos ocultismos... Si en vez de triunfar hubiese caído en las redes que se me tendiesen por los negros Poderes en forma de mujer, el resbalón del picacho habría sido la causa física aparente de mi muerte, mientras que la causa oculta no habría sido otra que la de haber olvidado un instante, en brazos de una criatura funesta, mis deberes

© Biblioteca Nacional de España

de conciencia más sagrados. La fiera astral quedaba pues vencida, y yo debía bendecir aquel mi magullamiento; pero, ¡ah!, de mis invisibles Protectores que me echasen tan a tiempo su mano de misericordia, y, ¡ah!, también de aquel sabio Miranda, quien me diese aquel consejo por mi inexperiencia desoído: «¡Los Poderes del Mal guardan rencor eterno hacia los buenos, y no estará demás que durante unos días viváis muy sobre aviso!»

. . . . . .

Llegué a la Casona que ya no podía más, y poniendo en alarma a la bondadosa Prudencia y demás servidumbre, me acostaron sobre cama blanda y caliente, cual al niño más mimado, y como poco después llegase Miranda y «me catase las feridas», tuve la satisfacción de oír de labios de éste que no tenía sino un magullamiento general y unos rasguños insignificantes, cosas de las que estaría curado con unas fricciones y un par de días de reposo, amén de unas tisanas de flor de tila, tila cogida, ¡oh sarcasmo del *similia similibus!*, en aquel mismo árbol bajo el que mi funesto recuerdo se había para siempre desvanecido.

Por cierto que en medio del susto más que regular que había dado a Miranda con mi imprudencia, no faltó un detalle cómico para hacer verdad la ley de los contrastes, con la que lo festivo y lo trágico andan siempre del brazo por el mundo, y fué que al día siguiente, después de una noche relativamente buena, cuando entró a verme Miranda, el médico de mi cuerpo y de mi espíritu, di comienzo a una serie de estornudos tan seguidos, que movían a risa.

—¡Buen catarro pesqué...! Era lo menos que sucederme podía—le dije soltando la carcajada—. Ni que hubiese tomado rapé.

—No está mal rapé, que digamos—replicó Miranda—. Bien se conoce que ignoráis lo relativo al famoso *mal del estornudo*, que es fama acometiese, hace unos treinta años, a los habitantes de Quirós, la Llanera, Somiedo y otros sitios, y que habéis olvidado, *madiós*, aquel *¡Ab Jove!* o «por Júpiter», que en sustitución de la palabra *¡salve!* y como precursor de la nuestra de ¡Jesús! empleaban los romanos cuando alguien estornudaba, cosa que para ellos y los griegos era cosa prepternatural y de presagio bonísimo. Tanto, que Homero, según la *Historia de las creencias supersticiosas*, de Fernando Nicolai, no se desdeñó de hablar de él y de tenerle por augurio feliz, por lo cual, cuando Penélope, en la *Odisea*, oye estornudar a Telémaco, se alegra pensando que van a ser colmados sus deseos de volver a ver a su errante esposo, y para ponderar, en fin, el encanto, la gracia o la belleza de una persona, empleaban algunas veces los

© Biblioteca Nacional de España

poetas la expresión consagrada de que «¡Los genios del Amor estornudaran cuando nació!» Os digo esto, porque en los mismos pueblos de Oriente se cree que un espíritu, un *tiki*, sale por la nariz del que estornuda, y en verdad que no es mal *tiki* el que de la cabeza y del corazón os ha salido, ¡gran pícaro!

—Gracias siempre a *Ellos* y a vos.

—A Ellos sólo, a nuestros Maestros, que velan sobre nuestra ignorancia todo cuanto nuestro *karma*, en el que no pueden mezclarse, lo permite.

—Y hablando de todo un poco—le dije cuando me hube levantado e ido hacia el comedor—. ¿Qué ha sido de mi regia pepita? No hemos vuelto a hablar de ella desde que nos separamos.

—Ahí la tenéis, creo, en el bargueño del Padre Briones, junta, por cierto, con el fatídico anillo. La he pesado y tiene cincuenta y una onza.

—Admirable calibre. ¿Me permitiréis dirigir una mirada de afecto, después de tanto tiempo de ausencia, a ese grato símbolo de mi pianola futura?

—Con sumo gusto.

Abrí, pues, el cajón donde yacía esplendorosa la mi *Doña Josefa* y al instante lancé un grito de asombro: allí mismo, en el lugar del anillo funesto, que había desaparecido, brillaba mi modesto pero querido anillo, que cambiase con el otro en un momento de locura.

—¡Eso para que otra vez dudéis de un sabio tan venerable como nuestro alquimista de Cudillero, cuando mentalmente le ofendisteis pensando que hubiese podido sustraer tres infolios de la Biblioteca Nacional, allá en el Paseo de Recoletos!

El fenómeno, en efecto, era análogo, y equivalía ya al definitivo borrado de mis anteriores culpas, pero no por análogo, menos peregrino.

—Más vale así—dijo Miranda—; no hubiéramos tenido luego con tal alhaja otra leyenda análoga a la de la piedra de cierto funesto anillo real, muy conocida en España, o como el collar de perlas de la Emperatriz Isabel de Austria, o cual el dije oriental de Sadi-Carnot, y el otro talismán que parece jugase muy triste papel en un duelo, en Zaragoza creo, que diera mucho que hablar hace algunos años.

—Conozco todos esos casos—le dije—por haberlos leído, menos el de la Archiduquesa Isabel de Austria.

—Os diré lo que de él se cuenta, pero sin garantizaros su autenticidad. El collar en cuestión parece fué un regalo de boda del emperador. Alguien dijo entonces a la soberana que las perlas significan lágrimas, por

© Biblioteca Nacional de España

las no pocas que cuestan a sus infelices pescadores, y, en efecto, la leyenda no queda desmentida, por desgracia. La Emperatriz, tras los desastres de familia que llovieron sobre ella, advirtió un día, al salir de una grave enfermedad, que las perlas del collar, tasado en cinco millones de coronas, tenían perdidas sus valiosas irisaciones, o sea, que habían enfermado también las perlas. Para que éstas tornasen, acaso, a su pristino estado, fué llevado el collar al retiro marítimo de *Achilleson*, en Corfú, y sumergido en el mar en canastilla de plata, pero, ¿en qué lugar? Se ignora; pues sólo dos personas poseían el secreto: la Archiduquesa, que al ser asesinada se lo llevó a la tumba, y una dama de su confianza, que muy poco tiempo la sobreviviese... ¡Hay, ciertamente, misterios en todas estas cosas capaces de desconcertar al hombre más escéptico y de razón más fría!

Como la tarde, después del café, seguía de vena en punto a ocultismo, me decidí a abordar a Miranda, diciéndole:

—Con la acostumbrada franqueza, que es ley entre nosotros, aún tengo que confesaros otro pecado, del que aun no me siento arrepentido.

—¡Hablad con entera libertad! Ya sabéis que la Verdad es nuestra norma teosófica—repuso.

—Pues, contando con vuestra benevolencia, no sé cómo deciros que he perdido toda confianza en encontrar ese tesoro de nuestro Frassinelli, para cuya empresa decís que vamos pronto a partir. Yo he buscado en vano las señales que se decían existir en Cudillero, Peña-Aullán, Salas y Soto, y, en verdad, que nada he visto, probando que...

—Que jamás os curaréis del escepticismo que, en mala hora, os infiltrase el venenoso ambiente de esta época materialista—replicó Miranda, con aplomo.

—¿Cómo? ¿Os atrevéis a negar que de ellas habla el documento?

—Sí; pero, ¿quién os ha dicho jamás que se trate de señales físicas?

—¿Qué pensar sino de frases como aquéllas de piedra de Peña-Aullán; torre de Salas, etcétera? Narcés mismo me ha covencido.

—Otro que de análogo o peor mal padece: *la abogaditis*, o el afán de probarlo todo, que equivale, según jurídico aforismo a no probar nada. Y bien, ¿acaso vos mismo no habéis visto, por vuestros propios ojos, las señales... sin entenderlas, a lo que colijo, con arreglo al eterno dicho evangélico de: «tienen ojos, y no ven; oídos, y no oyen?»

—Esto me vuelve, sencillamente, loco.

—Pues no es para tanto. Venid acá y decidme: Empezando por Cudillero, ¿no visteis frente a la «perforación aconsejada», aconsejada por Don

© Biblioteca Nacional de España

Roberto Frassinelli, la casita del alquimista Don Augusto de Vera y Brieva, y al alquimista mismo?

—Bien, ¿y qué?

—Que él era el primer jalón, la *primera piedra* indicadora, si no preferís, que la señal lo sean los documentos mismos de Frassinelli, que yo hallase allí cerca, acaso dejados a mi alcance por el propio alquimista.

—¡...!

—En cuanto al jalón o *piedra* de Peña-Aullán que yo, sonriendo, os viese buscar tan solícito, ¿acaso no lo es, con gran exceso, la encantada *quintana de las rosas siempre floridas*, y la persona de su dueño el Señor Don Hermógenes de Fae y Bentivoglio, el más ilustre miembro quizá de de toda la Fraternidad Astur?

—¡Cierto, indiscutible!—exclamé ya, al caer en la cuenta, con más terror, si cabe, que cuando estuve a punto de caer en el Lleiroso.

—...Y en el edificio y torre de Salas, ¿no sabéis que ha vivido hasta hace pocos años ese gran asceta de nuestro Don Alvaro Flores-Queipo y Quirós de Miranda? Y, en fin, respecto de Soto de los Infantes, os olvidáis de que ahí, delante de vos, tenéis el testimonio vivo del bargueño del Padre Briones, con todas sus inefables e inéditas cuartillas, que son mentalmente la continuidad de su propia personalidad sublime, personalidad que honrase como párroco de presentación de la Casa Miranda este mismo techo que nos cobija? ¿Y acertaréis a saber nunca, infeliz catecúmeno, qué clase de lazos ocultos de Maestro a discípulo, pueden mediar entre estos dos hombres y nosotros dos que a Salas y a Soto hemos tan extrañamente venido?

—Permitidme una observación más, una tan sólo, pues que, para mi dicha, estoy movido y convencido: ¿cómo son tan debiles, tan macarrónicos iba a decir, con respeto, los latines del documento, si procediesen de un tan consumado latinista como el señor Frassinelli?

—Los latines no son suyos, sino de algún miembro de nuestra Fraternidad, que acaso en nuestro obsequio los copiase. Por eso la hoja no estaba cosida con el legajo de Frassinelli. Os diré más: Como las tales indicaciones son *piedras humanas*, y son *movibles*, la copia que poseemos y que es muy reciente, nos dan los respectivos *domicilios actuales* de nuestros *Hermanos Mayores*, los custodios del tesoro o tesoros de Somiedo. Otros bien distintos contenía el original mismo del sepulcro de Sequeiros, que no os puedo mostrar, porque, respetuoso, hube de dejarle allí, pero que el Señor De Fae me tradujo, y que dicen... ¡no puedo revelaros lo que dicen!

© Biblioteca Nacional de España

Hice ademán de querer echarme a los pies de Miranda, avergonzado de mi necedad y por demás confuso... ¡Oh insensato de mí, que pretendiera desentenderme del precepto elemental ocultista de que las cosas santas han de ser tratadas santamente, y que pretendiese, necio, someter las cosas de los planos superiores, al lecho de Procusto de un mundo físico en el que los sentidos animales y los del hombre son hermanos gemelos!

Decididamente que en aquel solitario rincón iba a salir a lección por día y sólo esperaba ya la grata sorpresa de conocer las otras *piedras* del *Petra, Petrus* o *Kiffa*, de nuestro Adepto.

—Niño sois y seréis siempre—añadió Miranda—. ¿Tampoco habéis caído en la cuenta de que tras otra *piedra*, y, bien angular para nuestro negocio, habéis corrido, en vano, de Pravia a Oviedo, y de Covadonga a Gijón; esa inefable *piedra* de Don Félix de Belda Flores-Estrada y Palacios de Olmedo? A bien que su sobrino y discípulo el Belda *junior* a quien habéis tratado en vuestro viaje, está en idéntica relación con él que nosotros dos con nuestros dos frailes queridos.

—Esto es sencillamente prodigioso. Esto excede a toda la comprensión del hombre, y estos jalones humanos, indicadores del tesoro de Somiedo, me traen a la memoria aquella linda novelita titulada *La Isla del Tesoro*, por Stevenson, en la que un pirata fuera poniendo, a guisa de flechas de orientación hacia el precioso escondite, los cadáveres alineados de aquellos sus siete marineros que a enterrar su tesoro le ayudasen.

—¡Sí, el Bien y el Mal se parecen algo al integrarse en lo Absoluto!

—¿Cuándo partimos, pues?—pregunté enardecido.

—Todo está dispuesto para cuando regresen Narcés y Clodomiro, a quienes deseo llevar. Entrambos estarán aquí, presumo, para la fiesta de dentro de ocho días.

Un velo de nieblas se corría a la sazón por las sierras, soltando una de esas dulces *orbayas* que son típicas en Asturias, pero un denso velo de tinieblas se había descorrido ante mis ojos maravillados, al impulso de aquel el más prodigioso de mis hermanos y amigos.

© Biblioteca Nacional de España

IV

Los monjes de nuevo cuño y su vida en la *Casona*.—Costumbres pitagóricas.—El paseo matutino.—Los papeles de nuestros santos maestros.—Reformas importantísimas en el Círculo de los Eremitas.—Otras tareas diurnas.—Mi nueva pipa.—Veladas musicales sin público.—El Courío.—La fiesta mayor.—Una misa primitiva.—Recuerdos de los primeros maestros españoles y su influencia en el arte moderno.—El más monstruoso de los banquetes astures.—En la pomarada de los Narcés.—El dolor de una despedida.

Ocho días más transcurrieron para mí en el encantado recinto de Soto y de su *Casona;* ocho días pasados en el más dulce de los embobamientos. Como que habíamos organizado la más envidiable de las vidas monásticas, bajo la férula de los pitagóricos y los del Monte Casino o de Subiaco, algo adaptadas al ambiente moderno por Miranda, que fuése sin duda pitagórico, con Prisciliano, en anteriores existencias.

Nos levantábamos, alegres siempre, poco antes de que el *padre-sol* se tendiese por el valle de Castañedo, reflejando sus rayos de efectivo oro sobre el también efectivo espejo argentino de las lunares aguas del Narcea. Después del aseo, nos lanzábamos a nuestro paseo matutino, a veces río arriba o río abajo; otras por el camino de Buspol, de la Fuen-Clara o de Salas, que son otros tantos balconajes sobre el *guapo valle,* como siempre le nombraran Narcés y Miranda, pues que no le había más lindo en las Asturias todas. La mineralogía, la botánica, la fauna, la leyenda, la historia, en fin, del rinconcito amado, eran siempre la base de nuestras conversaciones ocultistas, en las que, gracias al saber inmenso de mi huésped, yo aprendía en una semana más que en tres años de lecturas. Eran unas escenas cuya descripción puede ahorrarme el lector pasando la vista por las inimitables entre Mejnouz y Gyludon, en el *Zanoni,* y la más selvática naturaleza hacía adecuado marco a nuestra santa vida, vida alejada del mundo y de sus vanidades, cerca, muy cerca de las esferas transcendentales de esa Paz espiritual, donde sólo puede llegarse por el Amor y por el estudio.

Con el mejor de los apetitos, regresábamos a la *Casona,* donde hacía-

© Biblioteca Nacional de España

mos un desayuno discreto, a base principalmente de chocolate, refrescos o frutas, pues conviene advertir, en honor de la verdad, que cuanto va dicho de copas de coñac y demás licores, ha sido en mí—lo confieso—pura licencia poética, ya que los teníamos proscriptos; salvo en alguna ocasión solemnísima y sólo de vez en cuando fumábamos en la terraza, por ser, decía Miranda, «el único vicio que Madame Blavatsky permitiera a sus discípulos». En seguida nos poníamos *rabiosamente* al estudio, para el cual, amén de los no escasos volúmenes de la biblioteca, contábamos, Miranda con los extraños papeles inéditos dejados por el Padre Briones en su bargueño—una segunda parte de los de Frassinelli—, y yo con cuatro gruesos infolios del Padre Alvaro, titulados *Historia interna del Monacato en las Asturias*, donde hube de hallar cosas asombrosas, inefables, que no serían creídas por nadie si se diesen al público, y donde aprendí a distinguir entre buenos, medianos, malos y pésimos institutos religiosos, pues de todo ello hay, por la natural corrupción humana, en la *viña del Señor*, sin que la gente sepa separar en ellos la cizaña del trigo, pues «ni son todos los que están, ni están todos los que son», al bien decir. Alternaba, a más, estos estudios con el poner en limpio mis ya numerosos apuntes ocultistas astures, de los que sólo una parte mínima habrán de pasar a esta sincera *narración*.

A las doce en punto, hora meridiana, nos sentábamos a la mesa, servidos, ¡oh, desgracia!, no por la *perfección* de la discreta Prudencia, que yacía en la cocina, sino por una sobrina suya que había estado en no sé qué asilo, y que, al decir mío, tenía una legión de *elementales* en el cuerpo, porque no había día que no vertiese la sopa, rompiese dos platos o tirase con estrépito los cubiertos. Miranda opinaba que la rapaza, aun con sus elementales capaces de hacer bailar, inconsciente, las mesas como en Rochester, era preferible a la imponderable solicitud de la tía, a quien casi teníamos que pedir permiso para poder hablar algo en la mesa.

Después de un cigarro marchábamos solemnemente, es decir, muy despacio, para hacernos la ilusión de que estaba muy lejos, camino del *Círculo de los Eremitas*, o más propiamente hablando, *Taberna de Bodastoret*, donde el buen *Xuanin*, y cuando éste no podía, la propia *Guaxa* vecina, criada de su madre, nos servía un café *supremo*, es decir, mejor aún que el primer día. Además, en honor exclusivo nuestro se habían realizado grandes reformas en el salón de la cristalera, pues que los *chorizos lacrimógenos* o, mejor dicho, *lacrimosos*, y el gran escusón heráldico del tocino habían sido retirados de allí, y colgados en la tienda, por cima de los sacos de la sal y el azúcar; y como el asunto no diese tiempo a más

© Biblioteca Nacional de España

blanqueos ni ellos serían quizá necesarios, pues que no eran demasiadas las manchas, había tenido *Xuanin de la Fresona*, la benedictina paciencia y genial coquetería artística de tapizar por entero las paredes con pliegos de *Blanco y Negro*, *Nuevo Mundo* y otros, y era bien de admirar el cuadro *panorámico* que ofrecían aquéllas, con la variedad de tipos y asuntos de las revistas; singular museo donde, unos a derechas, otros atravesados, por exigencias de la *adaptación al medio*, había todo un mundo de toreros, soberanos, aeroplanos, buques, fiestas, paisajes, tipos de belleza, o premios de concursos hípicos: un *pandemonium*, en fin, que no dejaba de ser entretenido, y en el que, ¡ay!, entre dos bailarinas y con una linda manchita roja en ojos y nariz, vi mi *vera efigie* en una revista americana, de cuando mis conferencias. Procedía, sin duda, de las revistas que Miranda enviase a Narcés, y Narcés legase a *Xuanin*, en usufructo vitalicio.

Tras del café, gozado plenamente en aquel sitio, único en el mundo, según el fallo nuestro, volvíamos a casa y nos ocupábamos de cosas más ligeras hasta cierto punto, porque no lo fuera nada en verdad, la tarea en la que, dentro de mi torpeza manual, me había empeñado a toda costa, y era la de construirme, con nudosa rama de salgueiro, otra pipa idéntica a la que el buen *gnomo* o *jina* me regalase y que perdiera, como dije, en la que ser pudo catástrofe del Lleiroso. ¡Obra de titán era aquella, y de la que no salí sino con ayuda de Miranda, mas, como en mi impaciencia caprichosa no le dejase operar debidamente, hubo de resultar aquella una cosa la más fantástica del mundo, pues tanto era pipa como parodia de saxafón o de clarinete de un fauno del Lleiroso, cosa que casi me indignaba si se me decía. Pero ¡qué delicia el primer día que puse la mano en su mal ochavado, más que redondeado recipiente, y chupé del tabaco egipcio a lo largo de su tortuoso tubo, donde luego iba a ser obra de romanos lo de extraer la nicotina al limpiarla!

Cuando el sol bajaba un poco, un nuevo paseo, o bien alguna exploración y, al ocultarse aquél, el obligado regreso al atrio leñoso de Bodastoret. Allí, sentados en los tueros, charlábamos en la dulce compañía de los seis u ocho viejos del pueblo, ancianos de Israel de los que aprendiese la mayor parte de las leyendas y consejas que van en este libro. Nadie vulgar y que no haya gustado esas escenas arcadianas alguna vez en la aldea, puede darse cuenta de aquel nuestro solemne sibaritismo, ante el que palidecerían las más gratas tertulias cortesanas, mientras que así esperábamos la llegada del peatón de correos, único lazo que nos ligara con el mundo: ¡el mundo de los muertos vivos, decíamos!

El Praviano, personaje excepcional de Soto, con sus ochenta y nueve

© Biblioteca Nacional de España

años, sus ojos verdes, sus barbas de plata y su rugosa cabeza de estudio era el más asiduo contertulio. Él me hubo de informar muy minuciosamente, bebiendo la sidra con que todas las tardes les obsequiaba Miranda, de cuantas *muracas*, *ayalgas* y demás cosas hay por aquellos montes, mientras el *Praviano* chupaba lentamente en su pipa marinera, encendida con cerillas de cocina sacadas de su montera, como del más seco de sus bolsillos. Aunque marinero en Candás, aguador, después del servicio, en Madrid, y *changador* luego en los muelles del Río de la Plata, no había perdido, no, como tantos otros que por ello se deputan superiores, la fe firmísima en las primitivas creencias pagano-cristianas de su terriña, y nadie con más emoción que él, ni más convencimiento, hablaba de las célebres *ayalgas* de la *Teixera del Castañedo*, en el Courío, donde había una caldera de oro colgada de un humeiro, y un pellejo de toro con las consabidas monedas. Era, además, cosa rara en el país, gran amigacho de los *vaqueiros*, a quienes festivamente llamaba *alpujarristas*, y más de una vez había pasado con *El Fuentes de Pevidal*, noches enteras, cantando con el pandero las más antiguas canciones *vaqueiriles*.

En fin, después de la cena conventual a los últimos fulgores del crepúsculo, una sesión musical, ora con la pianola, comodísimo instrumento indispensable para el estudio no profesional de las obras difíciles, ora acompañando yo, mal que bien, con el piano a los prodigios musicales de Miranda que, violín en mano, era un digno émulo de Sarasate o Paganini.

Así, reconfortado nuestro ánimo con la triple sedación de la música, la Naturaleza y el deber por el trabajo cumplido, conciliábamos bien pronto aquel *sueño sin ensueños* codiciado por la filosofía aria, que era nuestra filosofía.

Uno de aquellos días subimos al monte Courío, y hube de alegrarme de ello muchísimo, porque así pude cerrar todo el plano de mi recorrido de días antes por la Asturia occidental. Hallábase el abrupto picacho a 900 metros sobre el pueblo y el río, que parecía algo subterráneo, emplazado entre aquella cresta cambriana, última de la serrantina, y la ondulada meseta por donde se desarrolla la carretera de Grado, Cornellana, Salas y la Espina hasta Tineo. El panorama de la cima era asturiano típico: todo sierras tras sierras, y entre ellas más de cien poblados esparcidos. Al norte, la linda Salas, rodeada por los pueblecillos entre verduras de Macellín, Godán, Ablaneda, Viescas, Carmoña y muchos otros, lugar hacia donde, con los prismáticos de Miranda, pude aún columbrar los sitios todos de mi tremebunda aventura, como igualmente hacia occidente, delante de Idarga, Rañadorio y el Faedal de Tuña, en el borde de la meseta

© Biblioteca Nacional de España

de Tineo a la Espina, a lo largo de la Corredoria, el altísimo nido de buitres que pudo costarme la vida. En dirección de Cornellana, las aguas de la ría del Nalón, entrando en el Cantábrico, se reflejaron vagamente, mientras que otras cresterías, mayores que las que ocupáramos, sobrepuestas por oriente y sur a las del otro lado del Pigüeña, me impedían ver el camino que en breve recorríamos hacia Belmonte y Somiedo y apenas si dejaban al descubierto por el suroeste la negruzca mole de Peña Manteca, tras la Brueba, allende de la verde meseta de Millera, Antoniana, Villaverde, El Pontigo y Santa Marina, pueblos relacionados con antiguas minerías y flor de las hermosuras de la comarca, si no miente el cantar vaqueiro, que dice:

Michera y Antoñana
son dos *aldetches*:
Villaverde y Pontigo,
flor de *doncetches*.

Los días pasaban así, y Narcés ni escribía ni venía. Por fin, la mañana de la fiesta del pueblo, según profetizase Miranda, cuando nos dirigíamos hacia la dulce iglesita del pueblo, entre grupos de hombres, con sus capas de cuello alto, no obstante el calor, y de mujeres, con sus dengues, mantillas o cobijos, vimos asomar por Sorribeiro al incomparable Narcés, esplendoroso, magnífico, nuevo Santiago con su caballo blanco, que venía, ¡al fin!, no de matar moros, sino de dar un serio avance al transcendental proyecto de matar a tiempo su ya peligrosa soltería. Detrás, en tardo jumentillo, mucho más cómodo que el caballo, y cual un paje de aquel imponente señor feudal, caminaba Conradino.

Después de darles a los recién llegados toda clase de parabienes y de saludar en su casa a Clodomiro, subimos al atrio de la iglesia, donde departían en animados grupos gentes llegadas aquella madrugada de los pueblos de ocho leguas a la redonda, con esa animación y esa sana alegría que yo describiría aquí si antes no lo hubiese descrito, con pluma maestra, el autor de *La aldea perdida*. Ninguno, en efecto, de los personajes de ésta faltaban allí, y Miranda tuvo que hacer no poco para corresponder a las atenciones de todos ellos, sus conocidos, mientras yo me mantenía alejado de los grupos para saborear, nadie sabe hasta qué punto, todo aquello. Los cohetes estallaban rasgando los aires; la única campana daba sus sones más estrepitosos y alegres; los chicos gritaban; las mocinas reían ante la perspectiva de la danza de más tarde, y los hombres graves, se empapaban materialmente de aquel descanso festivo que tan a maravilla les reconfor-

© Biblioteca Nacional de España

¡ase en su ruda y cotidiana labor, mientras que dentro comenzaban a sonar las nostálgicas cadencias de la gaita preludiando la misa.

Penetramos todos en el templo que, a fuer de insuficiente para recibir tal multitud de gentes, tuvo que dejar de par en par sus puertas. Yo me subí al coro de los cantores llegados de Salas, con su director, D. José Fernández, a la cabeza, y no bien me hube instalado en un rincón, cuando el anciano celebrante, con sus diáconos, salía, agachándose, de la angosta sacristía y se arrodillaba para comenzar ese introito admirable del Sacrificio, que es todo un latino poema de Ocultismo.

Acostumbrado a ver tantas veces la hipocresía y la frivolidad con máscara piadosa en muchos templos de las ciudades, mi alma entera se llenó de ternura al ver allí en contraste la fe sincera que conservan aún aquellas gentes sencillas, y mayor fué mi emoción todavía cuando al romper los cantores con su salmodia el silencio del sagrado recinto, sentí dilatarse por él, dominándolo todo, una nota astral, larga, gangosa, inconfundible: el contracanto bajo de la gaita, que hacía pedal a las concertadas voces de cuarteto de los artistas y terminaba siempre todas las grandes frases de la misa, con una sencillez y un candor verdaderamente seráfico.

Mucho había oído ponderar otras veces a Miranda aquella Misa célebre de la catedral de Oviedo, con gaita y *discantus*, pero no creí que ella fuése tan extraordinaria, ni menos que hubiese de tener la dicha de saborear, en aquel recóndito rincón de las Asturias, las armonías primievales de donde la misa aquella saliese.

Eran ellas, me decía Miranda, de ese infalsificable corte que luego Cabezón y Morales cultivase en el siglo XVI, continuados por Vitoria y Valdés en el XVII y que de España pasasen al Colegio Germánico de los jesuítas, en Roma, donde ya a las puertas del XVIII las hallase el gran revolucionador de Juan Sebastián Bach, y de quien, a través también de Palestrina, Cherubini, Clementi, Haydn y Haendel pasasen a florecer esplendorosas en Beethoven y Wagner, pues que no pocas cadencias como la danza prima «¡Ay!, un galán de esta villa», diríanse genuinamente beethovenianas, y acaso el mismo D. Francisco Asensio Barbieri, el no siempre afortunado intérprete de las canciones de los siglos XV y XVI, ni sus continuadores D. Tomás Bretón y D. Jesús Daroca, el émulo de Pablo Fablonara y de su *Cancionero musical y poético del siglo XVII*, habían escuchado en su vida *canto fermo* más purísimo, muy por encima de la misma *Orfeónica Lyra*, de Miguel Fuenllana, en El Escorial, y los *Tratados*, de Diego Pisador y Alfonso Mudarza, o la música, ya más inferior, de Doyague en el Monasterio de Guadalupe.

© Biblioteca Nacional de España

Chocónos no poco también el *Gloria*, basado en la modalidad menor de la nota dominante, pero sin la sexta dórica, característica del modo menor melódico, sustituída ella por la sexta menor natural, con la segunda aumentada de ella a la sensible, modulando a *mi bemol* y *si bemol*, esos dos tonos favoritos de Beethoven.

No era aquello, ya quizá en ciertas modificaciones, todo lo puro que debiese, pero aún podía notarse en ello ese misticismo nórtico característico, en demanda ansiosa de un mundo mejor tras la durísima vida pasada en sus crueles climas, e inútil es el añadir que, musicalmente hablando, aquella misa, con la que tantas veces celebrarían los santos Padres Alvaro y Briones, valió para mí casi tanto como una representación de los propios *misterios wagnerianos* en Bayreuth, y que más de una lágrima furtiva pugnó por escapárseme, y aún se me hubiese escapado a no haberme hecho fuerte recordando la nota puesta por Beethoven al margen de su *sonata 28*, y que poco más o menos dice: «si sientes asomar una lágrima a tus ojos frente a este *adagio*, combátela con energía y te sentirás transfigurado...» ¿Qué frívolo *dilettanti* al uso habría de darme crédito? Que oiga, sin embargo, una misa como aquella si quiere ver confundida para siempre su pedantería.

Tras la misa, la procesión en torno del templo, y luego de ésta, una visita, con su poquito de sidra y bizcochos, en casa del viejo párroco, a los curas forasteros, que eran muy simpáticos, a fuer de buenos astures, y, en fin, la comida solemne, sacramental, en casa de los Narcés, a quien, según orden terminante del queridísimo *Don Pepitón*, pertenecíamos, «de hecho y de derecho», todo aquel día.

La casa de nuestro anfitrión era la de un abad del siglo XIV, en lo negra, en lo grande y en lo cómoda. No faltaban allí, ni la enorme mesa de nogal con tablero de una sola pieza, que hoy valdría él solo más de quinientas pesetas, ni la librería arcaica e historiada, en ébano, caoba y palosanto, con tantos chismes de caza dentro como numerosos libros de Derecho, ni la panoplia de armas raras, cuchillos para las batidas a los jabalíes y osos; trabucos *naranjeros* de chispa, que sirvieran, sin duda, a contrabandistas andaluces; dagas y escarcelas de caballero feudal, y hasta una espingarda moruna con culata de oro y nácar, regalo de un cliente. Pero lo que más tenía que ver era la cocina, donde se afanaba la abnegada hermana de los Narcés, con otras seis sirvientes, para dar a los doce convidados, a manera de cerrada carga de caballería, los siguientes platos de aquel típico *menú* astur: sopa de gachas con *tropiezos* riquísimos de jamón; *fabada* de garbanzos, coles, arbejos y judías cocidas con *lacón;*

© Biblioteca Nacional de España

maza entera de ternera asada; truchas y salmones riquísimos; tortilla de anguilas; arroz con leche; *cabello de ángel* o de cidra; *arrope* de tres clases, fruta de sartén, *bollu* pascual, cuaxada, queso de Cabrales y alguna otra quisicosa, a cuyo solo recuerdo hoy me estremezco de terror pensando que sólo unos estómagos de ogro, como la mayoría de los comensales, podrían resistir un lastre semejante, bien remojado, eso sí, con el mejor vino de Cangas y por la sidra, que aquel día corrió *en arroyos*.

El café resultó algo inverosímil, tras del que la gente tomó guindas en aguardiente y *gloria*, o sea un agradabilísimo veneno hecho creo con arrope destilado o no sé qué. Olvidábaseme consignar que los comensales preferentes estábamos sentados en sendas sillas frailescas, y los demás, la *reciella* de la gente chica, en un largo banco de castaño, cosa donde, como en cien otras, se echaba de ver el primitivo carácter oriental y democrático al par del pueblo asturiano, donde hay respeto siempre entre las diferentes clases sociales, pero al par una fraternidad hospitalaria, sencilla y pura, que rara vez viese en muchas partes del extranjero, donde las clases crean abismos... ¡Y si al menos no fuése el villano dinero la base clasificadora!

Por la tarde juego de bolos, donde lucieran su habilidad los casados, mientras que la gente joven danzaba en la explanada de frente a la casona. Por último a la luz del largo crepúsculo que nimbaba por sobre la braña de Buspol, la obligada terminación del banquete de al mediodía, pero esta vez sobre el verde césped de por cima de la pomarada donde nuestro espléndido anfitrión, con dos enormes pedazos de empanada, uno en cada mano y la boca acaso llena, exclamaba ante aquella perspectiva de imponente majestad al par que de esfumadas y suavísimas tintas, que teníamos delante y con la que antes se había ya identificado mi alma de artista:

—*¡Ye guapo*, de veras, este nuestro valle de Soto!

Todos asentimos a aquella frase sintética entusiasmados, y más de dos, a guisa de brindis, y para poder medio pasar la masa de la empanada, echábanse al coleto sendas botellas de sidra, con la excusa, bien estimable sin duda, de ser de sidra de aquellos manzanos mismos...

A tientas casi, luego; a la vaga luz de un espléndido cielo sin luna, descendimos hacia la *Casona*, arrullados por las alegres canciones astures, cantadas por nuestros queridos compañeros de la pomarada o, para mejor decir, por su sidra.

© Biblioteca Nacional de España

V

En marcha para Somiedo.—Despedida a la *Casona* y al *guapo* valle de Soto.—El viejo y el nuevo Castañedo.—Una catástrofe geológica de hace dos siglos.—Los cielos vistos del revés.—La casa de *el Mexicano*.—Confluencia del Pigüeña con el Narcea.—La casa y biblioteca de *el Valiente*.—Recuerdos de la guerra de la Independencia.—Narcés liba en honor del *padre-río*.—¡El nivel del mar en Alicante!—En camino hacia Belmonte.—Panoramas imponentes.—Belmonte y el simbolismo oculto del juego del tresillo.—La llegada a Almurfe.—El señor Don Lionnel Briton y su esposa Jacinta.—Dramáticas historias.—Cómo muchos ciegos pueden ver por los ojos de otro ciego.—Música de cámara.—El trío del Archiduque.—Las esperanzas para nuestra empresa.

Amaneció un día dulcemente nublado, en el que precedidos de todo el material necesario para la busca del tesoro en los lagos de Somiedo, material que había ido dando la vuelta por Salas, Cornellana y Puente de San Martín de Lodón, arrancó directa hacia este último punto la comitiva de buscadores, compuesta por Miranda, el robusto Clodomiro, mi humilde persona, dos mozos, y a última hora, pese a su impenitente escepticismo, el gran Narcés, que, según su dicho, iba sólo por reirse un poco de Miranda y de mí cuando nos viésemos chasqueados en cuanto al tesoro, al tenor de sus irrebatibles argumentos jurídicos; pero, en realidad, víctima afortunada siempre él de su inconsciente adhesión a Miranda, de quien en el fondo, era más discípulo aún que yo mismo.

Los vaticinios que Miranda me hiciese el día de mi llegada, se cumplían, ¡ay!, punto por punto, en aquel otro de mi partida, y no dejaba él de sonreirme cariñoso al verme volver de cuando en cuando la vista hacia el *guapo* valle de Soto, su *Casona*, las ruinas de su palacio, su iglesita, la *taberna* de Bodastoret imponderable, el Courío y hasta el lejano Lleiroso, pese a su espeluznante memoria para mí. Gustoso habría renunciado al viaje, a trueque de quedarme en aquel ultramundano rincón, días y hasta años, cuando no el resto de mi vida.

© Biblioteca Nacional de España

Teníamos que recorrer, Narcea abajo, ocho kilómetros, y pronto fuimos dejando atrás los restos del viejo puente del Infante, las galerías de los granates y turmalinas, la casa del Americano de la Veiga, personaje que, con Roque Uría—el *mago rojo*, como yo le llamaba, por sus constantes citas del *Ciprianillo* y del *Pequeñó Alberto*—nos acompañase varias veces, en la tertulia vespertina de sobre los troncos de la plazuela frente al *Círculo de los Eremitas*, mientras esperábamos el correo, y en fin, el puente de Castañedo, por cuyas inseguras maderas pasamos al lado opuesto del río.

—Ved aquí—dijo Miranda—, contorneados por este bosque umbroso, al nuevo y al viejo Castañedo. De este último aún quedan las ruinas, bajo los enormes bloques de caliza que un alud desprendiese de la altura. Entre los manuscritos de la Academia de la Historia aún podéis hallar la relación de tal catástrofe en una hoja del tomo ciento cuarenta y tres de los «Papeles de Jesuítas», escrita por el Padre Gaspar de Ibarra, documento que lleva este larguísimo título de *Relación de un caso nuevo y portentoso que sucedió en el Principado de Asturias, en el mes de Marzo, de mil seiscientos cuarenta y cuatro, no lejos de la ciudad de Oviedo. Fué certísimo, y tuvo tantos testigos oculares, como personas tenía aquella comarca y vecindad.* Y, en verdad, que todos estos pueblos de Ovanes, Bárcenas, la Vega y Castañedo tendrán siempre la amenaza de que el caso se repita, porque este suelo no está seguro, y aun en el invierno pasado reinó cierta alarma en esas casas fronteras, porque un rayo de sol cayó sobre su tejado el veintiuno de Diciembre, siendo así que nunca llegara a lucir allí el sol hasta las vísperas de Febrero. O este terreno se levanta, pues, o más probablemente el Courío, lentamente se hunde.

—Sí que es bien singular esta zona de transición—dije—. Astronómicamente es para mí una paradoja, porque, merced a la configuración especial de estas alturas, he visto salir *del revés* las constelaciones zodiacales: Piscis, antes que Acuario; Capricornio, al par que Sagitario, y a buen seguro que aquí mismo el Sol no llegaría a alumbranos ni un solo instante en los dos meses centrales del solsticio de Navidad.

—Para tamaño espectáculo de *fiordo* noruego, os convido, pues, el próximo invierno.

—¡Quién pudiese esperarle aquí!—repliqué con amargura.

—Gracias, amigo querido. Asturias ha entrado ya en vos, bien poco después de haber vos entrado en Asturias.

—¿Qué tallados y pinturas en rombos, círculos, cadenetas y demás caprichos geométricos de *códice maya*, son los que veo en esa fachada de la derecha en los típicos colores simples rojo, amarillo y azul?

© Biblioteca Nacional de España

—Es la casa de *el Mexicano,* quien sin duda, por mimetismo inconsciente ha reproducido ahí con su fértil imaginación cosas que antes viese en México.

—¿Y esas grandes piezas de hierro ahí abandonadas?

—Son para el puente de cuarenta y cinco metros de la nueva carretera que ha de pasar por delante de nuestra *Casona*, camino de Tuña y de la Florida.

El valle del Narcea se ensanchaba, y por nuestra derecha comenzaba a abrirse otro valle no menos imponente: el del Pigüeña. Por cima de la confluencia de entrambos se alzaban las dispersas casitas y huertas del Puente de San Martín, regadas poco más de un siglo hacía, con sangre de franceses invasores, heroicamente contenidos por el coronel Miranda, *el del Bidasoa*, ascendiente de nuestro amigo.

Al pie mismo del Puente sobre el Pigüeña, con habitaciones voladizas sobre el propio río, desde las que con frecuencia pescara con caña su dueño, se alzaba el feudo de *el Valiente*, tendero así llamado, no porque hubiese acompañado al coronel en su hazaña, sino porque solía relatarla en las pavorosas noches del invierno, al amor de la candela, con gran viveza de colorido a los aburridos del contorno, quienes, para matar sus ocios forzados, solían venir a su *biblioteca.* Lo de la biblioteca no era un decir, pues que allí encontré, entre grasientos y destrozados papelotes, tales como el célebre cuento en bable titulado *La Asturianada*, un ejemplar de la obra del Padre Carvallo, que no se halla ya por un ojo de la cara, pero, en honor de la verdad, las obras más consultadas por los visitantes de *el Valiente* eran sus toneles de sidra y pipas de vino, sus riquísimos chorizos extremeños y su siempre bien surtido estanco.

No hay para qué narrar el banquete que nos dimos en la cristalera alta, con el sonoro y espumoso río debajo, y en derredor la alegre perspectiva del viejo sitio del castillo y de las dos vegas. Narcés destapó unas cuantas botellas, cuidando, para dar la matraca a Miranda, de derramar una libación combinada de vino y sidra «en honor del dios-río», y Clodomiro se enredó de chacharela con *el Valiente* sobre aventuras picarescas de su juventud, que era una gloria el oirlos, al par que «subía el nivel del mar en Alicante», como él decía, mientras el nivel de las botellas iba bajando más que de prisa.

Hiciéronse así muy cortas las tres horas de espera al automóvil de Grado a la Riera que había de conducirnos hacia la Pola de Somiedo, con gran protesta mía, que había querido seguir todo a pie, cual correspondiera a la santidad natural de aquellos prodigios naturales.

© Biblioteca Nacional de España

No me pesó, empero, la elección de aquel vehículo, porque era, en verdad, algo macabro y de tremebundas impresiones que no habré de olvidar nunca, el ir a velocidad de 45 kilómetros por hora, por aquellos ziszás de la carretera, bajo los riscos de la derecha y los precipicios hacia el Pigüeña, de la izquierda. Para mejor gozar de aquellas impresiones de tobogán y montaña rusa, me había encaramado en los asientos de arriba, con riesgo manifiesto de salir disparado a cualquier brusca virada del coche o quedar enganchado cual nuevo Absalón, sino por unos cabellos, ¡ay!, que ya no tengo, por la ropa al menos. Clodomiro había querido recabar el honor de ser mi *cicerone* y me iba dando cuenta de toda aquella cinta cinematográfica en la que desfilasen como relámpagos las fábricas de flúido eléctrico de la *Avilesina* y la *Belmontina*, con sus largas presas; el castillo de Lodón, la *Piedra Mala*, los montes de *la casa del Fueyo* y otras cosas más, apenas columbradas cuando perdidas entre arcos fantásticos de las calizas, peñascos pulverizados de cuarcita, árboles de todas clases, quintanas y hórreos en el más suizo de los panoramas españoles.

Momentos después la vega de Belmonte y la parada de nuestro «Castropol» frente al casino de la villa, donde cuatro señores: el juez, el registrador, el notario y el médico forense, sin duda, distraían con el tresillo sus ocios de felices desterrados del mundo.

—¡Qué vida la de estos señores!—le dije a Miranda al oído—. ¡Su única distracción acaso sea esa!

—Y distracción bien profunda, por cierto, pues que, si bien se considera, encierra todo un símbolo de la vida.

—¿Cómo es eso?

—Mirad. El tresillo se ha llamado en Portugal y en otras partes *el juego del hombre*, y, en efecto, en él el jugador es el símbolo del hombre en lucha con los negros poderes del que le lleva la contra, y del vulgar poder de inercia del tercero de los jugadores, que no la lleva. Con la *espada del Conocimiento* y *el basto* de la *fuerza física* o «*corpus sanus*» del aforismo, y también con la *carta mala*, o *malilla*, transformada por elección *del que juega* en la segunda carta en valor de toda la jugada; con el *punto* o *as*, «el primero el uno», del Ocultismo, y, en fin, con *el rey*, o sea «el imperio sobre las pasiones inferiores», logra *los cinco estuches*, y es invencible. Pero, ¡ay de él, si el *perverso* de la contra puede reunir algunos de aquellos *estuches* y hacerle a la postre *el gancho* al jugador, auxiliado por la inercia dañosa del *punto* tercero, quien representa al mundo! En vez de triunfo y *de llevada* para el jugador, para *el hombre*, es funestísima *puesta* y *codillo*, que hacen caer al cuitado, perdiendo él otro tanto de lo que

© Biblioteca Nacional de España

subir o *ganar* pretendiere, y hay que anotar además que, el vulgar *tercero* actúa como de fiel de la balanza entre *el hombre y su adversario*, y que aquél cumple a maravilla su misión de impedir inerte, tanto los triunfos del jugador, cuanto su ruidosa y funesta caída *en codillo*, limitándola a mero *impasse* o *puesta*, con la mera y única *bacita* entre las nueve, que tiene la obligación de hacer a toda costa, imagen fiel de la conducta del vulgo en el mundo entre las gallardías de los héroes y los genios que «tiran hacia arriba», a *llevada*, y los crueles golpes de la mala magia que tiende siempre a hundirlos, a llevarlos *al codillo*... Que no se forje, sin embargo, ilusiones el *hombre*, el de la jugada, respecto a semejante *tercero*, porque en la duda—*«¡antes codillo que llevada!»*—le grita a este *punto* la *kármica*, la inexorable «ley del juego»... Por eso el vulgo, que recibe a los redentores con palmas y olivas, es el primero que luego le sacrifica, ayudando así a los *Poderes Negros* en su cósmica misión retardatriz.

Quedéme pasmado ante la rápida lección de Ocultismo que con tanta gallardía Miranda me diera en aquel sitio, y que prometió de ampliar otro día con ejemplos análogos de los demás juegos, tales como el ajedrez, las damas, la oca, el dominó, etc., de la época del viejo sacerdocio, atlante nacidas, decía; y harto claro vi entonces respecto del tresillo *humano:* que quien dobla las *cinco bazas*, símbolo del pensamiento y de su mágico dominio, triunfa en su penosa evolución; que quien, al igual del de la contra, sólo dobla las *cuatro bazas*, símbolo de la crucifixión en las limitaciones del sexo, *queda en puesta* para una reencarnación nueva, es decir, para otro ciclo de vida, ciclo que, en el limbo de su inercia, está aguardando el cuarto jugador para entrar a su turno en la liza. Miranda, el maravilloso, cerró su lección con una de sus lapidarias frases de siempre, diciéndome:

—Todo juego, incluso el *juego del amor*, son símbolos misteriosos de Ocultismo; y si usted, por ejemplo, hubiese sucumbido bajo la sugestión letal de la supuesta *xana*... ¡menudo *codillo!*

El *Castropol* arrancó estrepitoso para Almurfe, cruzando, casi sin poder verlos, los pintorescos aledaños y alrededores de Belmonte, tales como la *casa de Begega*, con restos romanos; la sierra de la Brueba, con minas de cobre y oro, subterráneos y acueductos; San Julián de Quintana, con su iglesia bizantina y su castillo de los Miranda, desde que lo alzase el primer señor de la casa de Olloniego, Don Ivan Bernaldo de Miranda y Quirós, y lo que más habría querido visitar, o sea el benedictino *monasterio de Lapeda*, del siglo XIII, y ya en ruinas, donde, hacia 1792, profesase en la Orden de Alcántara el eximio Jove-Llanos.

© Biblioteca Nacional de España

Por aquellos sitios ya parecía como que se iba a concluir el mundo o nosotros, al menos, chocando contra algunos de aquellos taludes verticales y ciclópeos, en cuchillas de roca viva, ante los que automóvil, carretera y río eran meros juguetes sin grandeza ni relieve. En una repentina vuelta nos vimos delante de la iglesia de Almurfe y de una regia quintana, donde pensábamos visitar otras dos *señales vivas* del tesoro: el Señor Don Lionnel Briton y su admirable esposa Jacinta, dos piedras angulares del discipulado de la gran Fraternidad astur, quienes de niños jugasen más de una vez juntos sobre las rodillas del *Alemán de Corao,* íntimo amigo y huésped de sus padres, ya difuntos.

No estaban a la sazón en casa aquellos dos hermanos nuestros, sino que habían ido a Belmonte en su visita semanal; mas como se nos dijo que regresarían pronto, decidimos esperarlos unos pasos más allá, hacia la orilla del río, mientras que Clodomiro seguía hasta el Castro para vigilar a mozos y bagajes que delante iban, y Narcés se internaba en otra de las casas de por cima para no perder la costumbre de visitar a un su amigo político.

—Vamos a recibir hoy hospitalidad de dos seres cual no los ha visto usted en su vida. ¡Cuántos dramas en el teatro no son tan emocionantes como el sencillo drama este, desarrollado aquí entre Castro y Almurfe!—me dijo Miranda.

—Figuraos—añadió—a una de las más ilustres familias del Principado venir a menos con la muerte inopinada de su jefe, catedrático, polígrafo y estadista nobilísimo. Representaos luego a su viuda: una santa ancianita, casi ciega, refugiada en Castro-Riera para salvar los restos de su patrimonio, reducido por el hado a la expresión más mínima, y sacar adelante a una hija y a un hijo. Agregad asimismo que el joven sale una bala perdida y que abandona, por vicios que hubieron de matarle bien pronto, a su madre y hermanita, y que esta última consagra sola los postreros años de su niñez y primeros de su juventud a cuidar con la abnegación más silenciosa y heroica de su anciana cieguecita, y, por último, que para colmo de las desgracias, un infame protector, íntimo que fué del padre, les juega una trastada con la mina de carbón de Laviana, recurso último con el que vivían... Figuraos ahora, aquí más abajo, en estotra casa donde pasaremos, a todo un señor feudal de los buenos, con toda la incomprendida gallardía y exquisitez de los tiempos caballerescos: el Señor Briton, de la más rancia nobleza asturiana, cruzado con la no menos prestigiosa escocesa e irlandesa, que había hecho una enorme riqueza en los Estados Unidos y que se retirase aquí, a Almurfe, por razones tan misteriosas o más que las que

© Biblioteca Nacional de España

a Don Roberto Frassinelli, su gran amigo, también trajesen a Asturias, cuidando en su viudez de Lionnel, su hijo único.

Noticioso, pues, el Señor Briton, padre, de la desgracia de aquella madre e hija, las toma generosamente bajo su protección, dándolas, espléndido, todos los medios necesarios para que triunfen en los pleitos promovidos. Mientras así realiza su labor generosa, Lionnel, su hijo, y la huérfana Jacinta, juegan juntos de niños; y jóvenes más tarde, comienzan, sin darse cuenta, a transformar en idílico amor, su inocente amistad infantil. Pero, hete aquí que, cuando ambos se habían juraron amor eterno, y a consecuencia, dijeron los médicos, de no sé qué *amaurosis*, nada rara en el cruce de razas tan disimilares como las suyas, Lionnel comienza a perder la vista, y en cinco años escasos, sus hermosos ojos azules se quedan completamente ciegos por la gota serena, recordando quizá aquel otro misterio, nunca por mí esclarecido, de *la cueva del Ciego*, que existe en uno de esos peñascos de ahí arriba....

No tengo por qué ponderar la pena del padre, émulo de aquel otro padre gallego del «niño de las negras *veixidas*», trágicamente cantado por Curros Enríquez, ni del épico heroísmo del hijo, quien, en lugar de desesperarse, consuela a su padre diciéndole que Beethoven fué sordo y ciegos Homero y Milton, por lo cual, dentro de sus ideas orientales, él sabría sacar partido de su triste situación aquella para beneficio del mundo. Devuelve, pues, gallardo, Lionnel a Jacinta su ya empeñada palabra de casamiento, cosa que ella rechaza, no menos heroica, diciendo que ella no ama tanto por el cuerpo como por el espíritu; y marchando por cinco años a Madrid, cursa, con excepcional aptitud filológica, los estudios de Filosofía y Letras, y aprende a manejar, a maravilla, el sistema de Braille para escritura de ciegos, al par que en sus ojos se va haciendo la noche eterna, día tras día... Si le hubieseis conocido entonces como yo: ¡da frío el oirle describir sus impresiones frente a una hermosa puesta de Sol en los altos de Pajares, última quizá de las que viese en su vida...! Al regresar de la Corte con su título de doctor y ya completamente ciego, su primer cuidado es el de depositarle a los pies de Jacinta, huérfana ya de su madre, que se llevase muy poco tiempo con la muerte del Señor Briton, y tres meses más tarde, el sencillo vecindario de estas aldeítas, que idolatraba en los dos jóvenes, celebra, con inusitada pompa pueblerina, las bodas de entrambos héroes, que deciden pasar en la comarca el resto de sus días.

—¡Asombroso; estupendo; sencillamente increíble!—exclamé conteniendo una lágrima—. ¡Esto sí que es abnegación y amor! ¡Todo lo demás es mentira!

© Biblioteca Nacional de España

—Comprendéis ahora si entrambos consortes son dignos del nombre de teósofos, que ostentan con orgullo, y si nuestro DISCIPULADO no tiene en ellos sus dos piedras angulares más firmes—continuó Miranda—. Y, ¿sabéis cómo tienen reglada su vida? Lo menos que pensaréis es que habrán de aburrirse. Pues nada de eso: Vencedora en los pleitos Jacinta, ambos consortes reúnen un capital considerabilísimo, que les permite tener abiertas las casas solariegas de *El Castro* y de Almurfe. No tienen familia, y casi como dos hermanos viven. Ella cumple con sus labores femeniles y con la protección a los menesterosos del contorno, como una de esas hadas medioevales que ciñesen en Asturias corona nobiliaria, mereciendo llevarla de Emperatriz, y cuida de su esposo cual de un niño, pues que como el amor que le profesa se ha casi transfigurado en lo físico, su esposo es para ella, con vista o sin ella, el mismo que ella amase de joven. ¿Recordáis las escenas, hoy ridiculizadas por no entendidas, de la época caballeresca y *albigense*, en las que un caballero se hacía cruzado sólo en alas del amor que le inspirase la mera descripción de las virtudes de una bella desconocida en Trebizonda o en Túnez? ¿Conocéis la leyenda, creo, del Monasterio de Gratz y del César *Barbarroja?* Pues vedlas reproducidas aquí. ¿Qué le importaba además a una heroína como aquella Jacinta el cuidar de un ciego, si de una viejecita venía cuidando desde niña?

—Vedlos—se interrumpió Miranda—. Ahí vienen cogidos del brazo. Acaso han hecho a pie, con el coche por delante, su regreso semanal de la capital del concejo belmontino.

Yo había quedado anonadado ante el relato, y, con la veneración que se debe a los héroes, los saludé respetuosísimo, correspondiendo a la presentación: él, con franca bondad astur, y ella, con la distinción cortesana y la sencillez al par de una diosa, pues diosa parecía en su triple hermosura intelectual, moral y física.

El recuerdo involuntario de aquella *pérfida* de Salas, hubo de llenarme de vergüenza frente a aquella otra no menos bella *xana*, que no había necesitado hablar de *almas gemelas* ni de teorías *dosamantísticas* para identificarse con su esposo en gratitud, abnegación y sacrificio, las fuentes del verdadero Amor. ¿Qué pretenderá fundarse de real ni de estable, acaso, sobre una pasión meramente animal y física, cuando ella es fugaz, como la flor de un día, a menos que lo moral y lo intelectivo la apoyen y la abonen?

Nos introdujeron, cariñosísimos, en una vasta estancia, al par que anochecía; estancia que servía de íntimo salón de conversación, costurero y escritorio, con tres cristaleras bajas a la terraza de la huerta-jardín.

© Biblioteca Nacional de España

Allí, entre los cuatro, como hermanos espirituales verdaderos que éramos, y mientras tomábamos el té, se entabló una conversación íntima, sobre cosas teosóficas, sobre historias prodigiosas que querría estampar aquí, relativas a sus padres, a Frassinelli y a los Señores Belda, tío y sobrinos, que con frecuencia venían a visitarlos desde la Pola. Finalmente, hablamos, por extenso, de nuestros proyectos acerca del tesoro, y sobre mil detalles más de la vida de los consortes Briton.

Algunos de estos detalles merecerían estamparse en letras de oro para enseñanza y ejemplaridad de muchos, y en especial el invento que Lionnel había realizado de una especie de imprenta que le permitía, auxiliado por Jacinta, tirar hasta un millar de copias de cada pliego de puntuación Braille, por la que es sabido que pueden leer los ciegos. Todas las mañanas, después del desayuno y del pitagórico paseo por el jardín o las carreteras, consagraban cinco horas de trabajo asiduo a la puntuación y tirada de alguna obra maestra en las cuatro lenguas española, francesa, inglesa y alemana, cuyos pliegos luego repartían a diversas *bibliotecas circulantes* para ciegos, amén de todos los Colegios e Instituciones oficiales del mundo, tales como el Nacional de Sordo-mudos y Ciegos de Madrid, del que Lionnel fuera profesor honorario, y los de cien otras capitales, hasta de Bombay, San Francisco de California, Yokohama, Melbourne y El Cabo, cuyos millares de asilados vieron pronto en el prodigioso ciego astur algo así como un sér superior bajado de otro planeta, y que, heroico cual un santo, había sabido transformar aquella la desgracia de su ceguera en felicidad para quién sabe el número de seres, a quienes, con la enseñanza de obras maestras, teosóficamente escogidas y comentadas por el propio Lionnel, daba munificente luz gloriosa a los ojos de sus espíritus y medios honrosos de ganarse el pan, sin tener que apelar a esa mendicidad depresiva para hombres libres—que también lo son los ciegos—, a la que les tiene condenados un ambiente social de mojigata hipocresía, que socorre ignorante las consecuencias fatales de los males sociales, sin cuidarse lo más mínimo de combatir sociológico-médicamente la raíz de aquellos males mismos.

A la cena asistió también Narcés, a quien advertí, sinceramente conmovido, dentro de la grandeza también de su corazón, ante aquel modelo de amor y de hogar, cosa que fué ya, enamoradísimo como seguía estándolo de la bella de Tiraña, el último golpe de muerte asestado contra su soltería.

Los consejos que ambos consortes le dieron para lo futuro, capítulo especial merecerían.

© Biblioteca Nacional de España

—Son ustedes—les dije con la mayor justicia—al modo de los consortes Berthellot, quienes trabajaron unidos toda su vida con inmenso provecho para la Química.

—Y nuestra mayor dicha—respondió Jacinta—sería la de morir casi a un tiempo, como ellos, pues sabéis que en la más gloriosa ancianidad murió ella, y a las pocas horas, de pena, su marido.

—Y vos, Lionnel divino—añadió Miranda—, sois, en vuestra desgracia, la fortuna de muchos, a la manera del desierto de Atacama y de otros países de los nitratos sódicos peruanos y chilenos... ¡Alimento de la Agricultura de ambos continentes y de sus verduras, ellos no tienen la dicha, por su exceso de riqueza misma, de conocer las delicias de la vegetación y de las aguas; quiero decir que por vuestros ojos, que no ven, ve todo un mundo de ciegos infelices...!

Aún faltaba la parte más inesperada: la sesión musical que se improvisó de allí a poco de haber marchado Narcés a dormir a la casa de su amigo politico, y que fué de las que hacen época en mis recuerdos de Asturias.

Primero Jacinta, que era consumada pianista, nos dió audiciones selectas de clásicos como Weber, Mozart, Schubert, Schumann, distinguiéndose especialmente en los tiempos primero y tercero de la amarguísima sonata 29 (opus 106) de Beethoven, que, compuesta en la época de mayor tristura y abandono del teósofo-mártir, es todo un reflejo humano de sus dolores, sus esperanzas, sus ensueños superliminales de redención y de ventura. Más tarde, Miranda y ella ejecutaron, con maestría, la difícil *Sonata a Kreutzer*, de piano y violín, y, por último, cerróse la sesión con el gigantesco trío en *si bemol* (opus 97) del coloso de Bonn, en la que Lionnel, con asombro nuestro, ejecutó bastante bien su parte de violoncello.

Aquel «trío del Archiduque Rodolfo», hermano de la *Misa en Re*, de las sinfonías 7.ª y 9.ª y de los cuartetos últimos, con razón llamado *el toro Farnesio de la música de cámara*, oído allí, en aquellas soledades donde menos podía esperarse oirle, parecía todo un símbolo de nuestra empresa.

¡Qué entrada a solo, en octavas y en *dolce*, aquella con la que comenzara la exposición del tema fundamental el piano y qué diálogo luego en *pizzicato* el del violín con el violoncello!; ¡qué *scherzo* tan juguetón en su comienzo a solo arco, aquel en el que después se *trenzaron* los tres instrumentos en un tema macabro, que parecía canto fugado de los *elementales* en el otro mundo, y qué himno de iglesia en *canto fermo* el del tema de las variaciones subsiguientes en medio de aquel templo de la naturaleza

© Biblioteca Nacional de España

que teníamos allí fuera, tema, cual la naturaleza astur, variado hasta lo infinito!; ¡qué *rondó* triunfal, en fin, camino de la realización de nuestros anhelos!... El Maestro mismo parecía habernos glosado de antemano estos ensueños nuestros, diciendo en el propio comentario de su obra:

«En la primera parte, el alma, henchida de fortaleza y de serenidad, no duda ni vacila un momento, y por eso el segundo *allegro* expresa el colmo de la esperanza, el completo dominio de la felicidad»—tal y como nosotros la experimentásemos dentro del *hipogeo de Hermes*—. «Por el contrario—siguiera diciendo el Maestro—, en el *andante* la calma y la dicha se transforman en emoción, en piedad, en sufrimiento—. Sentimientos todos experimentados después por nosotros y principalmente por mí en tempestuosísimas escenas—. Entonces el alma aspira, tras la tempestad, a un estado de bienaventuranza—cual el gozado también en la *casona* de Soto—, y «triunfante ya, el último *allegro*, levanta su vuelo hacia las regiones excelsas de la eterna Verdad, con idealismo el más sublime, nacido del más íntimo de los sentimientos»...

Nuestra *Fraternidad Astur*, de la que éramos meros «aspirantes a discípulos», era algo ya tan positivo para mí, como inenarrable y desconocido para el mundo:

¡Qué eclipse de tantas consecuencias, el que fuése a observar en el Bierzo, colocándome, sin merecérmelo, en comunión espiritual con aquella teosófica pléyade de Maestros y Discípulos!

No sabía, no, cómo agradecer a mi buen *karma* semejante ventura, que valía para mí más que todos los tesoros del mundo.

© Biblioteca Nacional de España

VI

Las Termópilas del río de la Pola.—Taludes pavorosos y túneles de la carretera.—Los geólogos más ilustres que han estudiado a Asturias.—Cómo la Humanidad ha conquistado aquellos precipicios. — La cueva de la *Vaca figal*.—Agüerina y el cardenal Cienfuegos.—Un *ijujú* oportuno.—Nostalgias del tiempo viejo.—La Riera y el Castro.—La cueva de la infanta Urraca.—El bocio. — José Flores y el poema de la Creación. — Su manera de ver la historia y el mundo.—La Peña del Cuatro-Tres.—Motes de pueblo a pueblo.—El salto de agua del Castro.—Un tesoro de los de Somiedo.—El ingeniero D. Horacio Pacheco de Belda.—El economista Flórez-Estrada, don Félix de Belda y el Cueto de la Vaca.—Misterios y más misterios.

Despidiéndonos con un fraternal «hasta luego» de nuestros dos héroes de Almurfe, y utilizando su propio cochecito, continuamos, a la mañana siguiente, ría de Miranda arriba, caminando despacio con gran gusto mío, por entre aquellas maravillas naturales, que la pluma no alcanza a describir. Una sensación extraña, mezcla de sublimidad y de anonadamiento iba oprimiendo nuestro ánimo a cada curva de la carretera, entre su talud vertical, tallado a fuerza de dinamita en la roca viva de la derecha y los muros de sostenimiento que, por nuestra izquierda, soportaban los embates del río, río aprisionado y sin márgenes entre aquellas tajadas moles de doscientos o más metros de altura, y bajo cuyos socavados basamentos ha labrado el agua verdaderos pozos, pues en aquellas continuadas Termópilas de la carretera algunas veces se abre paso la corriente bajo la misma roca, como se le ha tenido también que labrar la carretera misma, quien, desde la Riera al Salto de agua del Castro, cuenta con cuatro imponentes túneles que parecían ir a hundirse sobre nosotros, castigando nuestra profana marcha por aquellos santuarios recónditos de la Naturaleza, donde, en majestad y silencio ultraterrestres, sólo se escucha, vaga, esfumada, misteriosa, la mágica nota *fa*, la tónica regrave de las aguas, murmurando entre los peñascos rodados de las cumbres, a impulsos de los huracanes y vendavales que con frecuencia conmueven hasta en sus cimientos aquellas fortalezas plutónico-neptúnicas.

© Biblioteca Nacional de España

—No merece, no, el nombre de geólogo—dijo Miranda—el naturalista español que no se sepa palmo a palmo nuestras Asturias, cual se las llegaron a saber el gran alemán Schultz; el químico francés Paillete, nuestros incomparables Luxán, Jove-Llanos, Vilanova, Fuertes Acevedo y docenas de ilustres geólogos ingleses. Cuevas, templetes, arcos fantásticos, túneles naturales, caóticas pizarras cambrianas, cada vez más hondas, cuarcitas cada vez más tajadas a pico, y locas crestería en equilibrio inestable de las calizas devónicas, son aquí a modo de un corte colosal que se hubiese dado por esta parte al asiento mismo de toda nuestra península.

En los concejos de Miranda y Somiedo el accidente natural que se llama *llanura* no existe, ni siquiera para la planta del hombre, pues sólo hay montes que son atalayas inaccesibles, y ríos que son abismos. Cada pueblecito de la comarca, simboliza, pues, el triunfo de sus bravos habitantes sobre una Naturaleza no madre, sino madrastra, que casi no le deja sentar el pie siquiera en sitio alguno, sin riesgo de verse despeñado al punto. Los unos poblados roban a los estrechos ríos y a los selváticos castañares de los taludes sus prados de esmeralda minúsculos; sus casitas medio-fluviales desde cuyas ventanas se puede pescar por un lado y cazar por otro, y cuyos tejados respectivos colindan con los zócalos de la casa de al lado, continuando así, precipicio arriba, con un arte espontáneo que es el encanto de los ojos y el descanillamiento de las piernas del esforzado turista. Otros poblados han dominado, a su vez, las estrechas brañas de las lomas, al borde de los abismos, y una tercera clase de gentes viven solitarias aquí y allá, dondequiera que el caos montañoso ha dejado un ínfimo escalón o un oculto rinconcito.

—Ved allá abajo ya—añadió Narcés—el puente de Bustiesmal y al lado la *Cueva de la Vaca figal*. De ella decía una *Gaceta* que yo leí:

> En esta cueva cavarás y hallarás
> una vaca de oro y su ternero
> que salen a beber en la noche de San Juan.

—Y allí tenemos ya cerca a Agüerina—continuó Miranda—. En ese ínfimo lugarcejo reside largas temporadas nuestro joven antropólogo Uría, y en él nació aquel jesuita y cardenal famoso que se llamó Don Alvaro de Cienfuegos, que salvase de un seguro olvido al simpático *cronicón* del Padre Luis Alonso de Carvallo, titulado *Antigüedades y cosas memorables del Principado de Asturias* que tantas veces os citase y al que tenemos que recurrir todos los estudiosos. Oid—añadió—una anécdota de tan célebre cardenal, que relata ASTURIAS, de Canella:

© Biblioteca Nacional de España

En medio de su pagana pompa de príncipe de la Iglesia en el siglo diecisiete, un paisano del cardenal Cienfuegos necesitó visitarle en Roma para no sé qué asunto: los *suizos*, empero, no le dejaban pasar al buen astur, ni a *su montera*. Exasperado ya, por culpa de éstos, de aguardar la audiencia del purpurado uno y otro día, ocurriósele, al fin, un expediente de resultado infalible como se vió después. Esperó, en efecto, apostado tras una esquina, el paso de una de las procesiones más solemnes, y desde tan estratégico sitio, a tiempo de ir a pasar con la procesión Su Eminencia, lanzó con toda la fuerza de sus pulmones un *¡ijujú...; viva Agüerina!*, que hizo retemblar la calle entera, y que hubo de conmover, al par, al cardenal en su más íntima fibra aldeana. Excusado es añadir que al punto éste se hizo llevar a su palacio al atrevido paisano, colmándole de atenciones, y añade la crónica que hubo de preguntarle inocente al buen astur: —Dime, ¿qué tal resultaría con estos trajes tan guapos de cardenal que uso, si me viesen las *mocinas* de nuestra aldea?...— ¡La vanidad, como el placer de la mesa, que diría Brillat-Savarin, sobrevivían, pues, en aquel ingenuo purpurado a la ruina de todos los demás placeres que en la juventud nos cautivan!

Cuando llegábamos a La Riera, yo creí que estábamos llegando al último confín del mundo y que los taludes iban ya a cortarnos el paso en absoluto. No fué así, sin embargo, y advertí a poco que por la derecha del pobladito seguía, más estrecho aún, el río de la Pola, que en Aguas Mestas de más abajo tiene su confluencia con el Pigüeña. Los taludes llegaban casi a cerrarse uno con otro más allá de aquellos vericuetos, entre los que existen la simbólica Villa-Amor; el vértice geodésico de *Ordalias* u Orderías; la Guardia, donde se peleó contra los franceses; la *Villa-Us*, gemela de la del Naviego, y donde se dice que el sol no llega a las casas durante casi la mitad del año, y, más arriba, junto a Castro Real, el Castillo de Moniellos y la cueva de Doña Urraca.

—Hay cinco princesas asturianas de este nombre—nos dijo Narcés—a más de la esposa de Alfonso séptimo el Emperador, a cuya instancia, o la de su hija Doña Sancha, vinieron de Carucedo del Bierzo los monjes cistercienses que erigieran, bajo la jurisdicción del castillo de los Mirandas, en mil trescientos veintidós, el monasterio de Belmonte, cuyas ruinas viéramos de lejos.

Poco por cima del batán del Torreón y del puente de la Riera se dibujaba una construcción natural muy curiosa, a saber: primero, a guisa de suelo, la rollera del río; luego una calzada, sobre la que se levantaba el original edificio del batán; después un zócalo de peñascos cuajados de ma-

© Biblioteca Nacional de España

leza; unas columnatas de castaño; una cornisa de más piedras, y, en fin, la corona de sus nidos de águilas, marcando el punto donde un momento solo aparece en invierno el astro del día. Poco más allá, las obras de la carretera no dejaban paso, y, antes de despedir el coche, comimos, ya a la vista del Castro.

—¡Mejor estaba antes que ahora ésto, cuando yo era niño y venía por camino real a la Pola!—nos dijo, al pasar, un ágil anciano que llevaba a su lado a una mujer de aspecto imponente, con dos bultos, como dos grandes limones, colgando de su gruesa garganta.

—¡Mirad que horrible ejemplar del *bocio* del país!—me dijo al oído Narcés.

Por compasión hacia el viejo, y con el deseo también de observar mejor a la mujer, los obligamos a que nos acompañasen en nuestra comida.

Parecía mentira que aquel hombre, que dijo llamarse José Flores, tuviese noventa y tres años, dada la agilidad de su espíritu, de sus piernas y, sobre todo, de su lengua, porque en un dos por tres, mientras, sin ansia, comía, nos dió, según la feliz frase de Miranda, toda una cosmogenesis y una antropogenesis del país. Dijo, en efecto, el buen anciano, que «como a él le gustaban las cosas ordenadas», iba a empezar por la Creación, diciendo que, aunque cristiano viejo, él no podía creer que aquellas rocas de las Asturias se hubiesen podido hacer en siete días, sino más bien en siete épocas bien largas, y para eso, contando, añadía, con que Dios, según dijese su bisabuela, a quien quemasen por bruja, después de haber hecho multitud de mundos infinitamente más grandes, hermosos y poblados que éste, cuando acabó su obra, se limpió las manos del barro que las recubría, y arrojándole luego al espacio, quedó así hecha nuestra Tierra, que por eso no está tan sobrada de cosas buenas, que digamos, y en ella siempre habían andado el agua y el fuego a la greña, y las peñas habían salido cocidas como ladrillos.

Con este exordio, nada menos, se arrancó nuestro hombre. Luego, hizo la historia de las *cinco* naciones que, según él, habían dominado sucesivamente en la comarca, poblándola de arriba a abajo, es decir, primero las alturas, *veiros* y *vicos*, en tiempos en que haría más calor, y luego las faldas, sin atreverse a entrar en los ríos, que a la sazón corrían bajo unas malezas imponentes, donde había «toda clase de malos bichos». Él mismo, con las últimas atalayas de los *veiros* o cuevas, robadoras de doncellas, había visto desmoronarse también las postreras pasarelas que antaño servían para cruzar de un lado a otro los precipicios y rieras, por las que hoy no puede pasarse ya, todo esto en época en que los hombres hi-

© Biblioteca Nacional de España

laban y hacían media, y en que todavía podía leerse en la *Cueva de la infanta Urraca* la célebre *piedra de Fruela*, que dicen se llevó a su casa el boticario de Belmonte.

En pleno campo de la Historia después, nos contó el anciano cómo «Pelayo y Santiago», el uno desde Covadonga y el otro desde Tineo, habían atacado a la morisma que estaba hacia la *Sierra de Cabra*, y *llanos de la Vela*, soltando una noche contra ellos, en la cuesta que luego se llamó *de la Matanza*, y prados de *Campo-Sagrado*, en el *Puerto de la Mesa*, un rebaño de cabras con abedules trenzados y ardiendo, lo que les hiciese huir despavoridos, y suicidarse, desde el más alto risco del castillo romano de *Alba*, la giganta mora, que los protegía, leyenda que, con aquella mezcla de fábula y de historia, me trajo a la memoria lo que se cuenta de los primitivos edetanos y del sitio de *Ilice* por el cartaginés Almílcar.

De aquí pasó a la leyenda del tesoro de la *Peña del Cuatro-Tres*, o sea del *Siete*, con tan vivos colores, que por un momento llegué a temer que se tratase de nuestro propio tesoro, por aquel pícaro ya conocido, y a la del famoso viril de la iglesia de Aguino, cuando un imprudente tuvo cuentas con una *xana* de la braña de Ortueda y, por virtud de ésta, se apoderó astuto del tesoro que solapaba la ondina. Perseguido entonces de muerte por ella, se vino corriendo hasta el pueblecillo, y cuando ella le iba ya a los alcances, apenas si tuvo tiempo de gritar: «¡Santiago de Aguino, valme», a cuyo conjuro la pérfida tuvo que retroceder, diciendo: «¡Ese te ha valido!» Conviene añadir que con los restos de tal tesoro se ha hecho el viril de la custodia del pueblo.

Para coronar, en fin, tan sabrosa disertación, el buen viejo nos habló del Villar de Viudas, así llamado por las siete viudas de los siete hombres que murieron peleando contra los moros, añadiendo no sé qué conseja acerca de lo que él llamaba «El entierro de Calderón», en Madrid, y nos dió la lista completa de los apodos que recíprocamente se adjudican los pueblos vecinos, pues que los de Villa eran para él *pétanos;* los de Rebollada, *queimaos;* los de Corés, *rapiegos;* los de Pigüeña, *bardinos* o torcidos; los de Robledo, *tabaninos* o mosquitos; los de Santullano, *papudos;* y los de Valcárcel, *marranos*, por el tributo que tenían que entregar a cambio del *derecho de pernada* de los Señores de Miranda.

—No tiene nada de tonto ese anciano—le dije a Narcés cuando nos despedimos de él para subir al Castro y a la Magdalena del Castro.

—Y sin embargo—me replicó éste—, yo, que le conozco hace tiempo, sé que, cual nuevo Roberto el Diablo, se fingió tonto, librándose así de ir a la guerra de Africa y contra los carlistas, a pesar de que la Comisión

© Biblioteca Nacional de España

provincial le hizo pasar a través de curiosísimas pruebas, cuyo relato sería un gran capítulo de la literatura picaresca que este hombre singular ha vivido siempre.

Del Castro para arriba ya no hay términos hábiles de descripción. Con decir que sólo veíamos una faja azul de cielo, como si estuviésemos en una zanja de cientos de metros, está dicho todo. Viéndome allí, comprendía cuán lógico había estado Wagner en su *Oro del Rhin* al poner, conviviendo a corta distancia unos de otros, a nibelungos, hombres, gigantes y dioses, sin que se mezclasen empero, porque allí por donde caminábamos se necesitaba ser un verdadero gnomo para no caer bajo el peso de la más fuerte sensación de angustia; y, sin embargo, aun vimos en ínfimos rellanos viviendas y hórreos, para mí los postreros del mundo, que acaso ni de seres humanos fuesen, mientras que a 600 metros sobre nuestras cabezas, y por cima de centenares de nidos de golondrinas adosados a los peñascos, columbramos, a falta del Burgo de los dioses, nidos de águilas y buitres.

—La Humanidad, en su poder expansivo, llamado a enseñorearse del planeta—dijo Miranda—, me recuerda aquí a esos moluscos llamados vulgarmente *dátiles*, cuya hembra tiene por ovario un taladro, con el que perfora las piedras calizas del talud de los muelles y, depositando en ellas sus huevecillos, éstos se desarrollan después, *comiéndose* grano a grano la caliza misma, sin poder salir jamás de su pétreo encierro, a no ser que el hombre los extraiga a martillazos de la piedra, para comerlos, pues son más ricos que las propias ostras.

—¡Y tanto! Mirad sino lo que tenemos enfrente—repliqué yo, que iba delante, al salir de un túnel de los de la futura carretera, señalando los muros, de más de 20 metros de altura, de un edificio en construcción, que, a pesar de su imponente mole, no abultaba más, allí en su escondite de contra la roca, que una casita de niños en el mayor de los escaparates de la tienda de juguetes.

—¡Ah!—exclamó Miranda—, hemos llegado antes de lo que me figuré al Salto de agua y fábrica de flúido eléctrico de los Señores Herrero y Compañía, de Oviedo, quienes, antes que nosotros, han encontrado, en verdad, *el tesoro de Somiedo* con semejante salto. Aquí es donde trabaja como ingeniero mi gran amigo Horacio Pacheco de Belda, primo hermano del Don José de Belda, a quien conocisteis en Covadonga, y sobrino, por consiguiente, del Señor Don Félix de Belda Flores-Estrada y Palacios de Olmedo, por cuya estela seguisteis en vano hasta el muelle del Musel.

No bien pronunciara Miranda estas palabras, cuando, bajando del an-

© Biblioteca Nacional de España

damio de la fábrica, se vino a nosotros con los brazos abiertos un hombre arrogante, en la plenitud de su edad y sus vigores, y en cuya mirada, inteligentísima al par que bondadosa, no tardé en identificar la para mí tan grata memoria del Belda su primo y aun del Belda su tío, que me deslumbrase un momento desde la toldilla del barco en que partiese hacia Irlanda.

—¿Vos aquí, Señor de Miranda?—dijo—. ¡Cuánto va a sentir mi primo el no poderos hacer los honores en este destierro, por no haber regresado aún! Pero, en su defecto—añadió—, mi deber más elemental, al par que grato, es el rendíroos los yo mismo.

Y con la mayor exquisitez y llaneza nos fué mostrando detenidamente todo lo construído ya del edificio, o sean su salón de máquinas, de unos 42 metros de largo por 15 de ancho, y parte de la altísima canal de caída para el salto.

—Es, o va a ser, éste—dijo Pacheco—el primer salto de agua de toda España, con sus seiscientos metros de caída y sus treinta mil caballos de fuerza, que a sólo ciento cincuenta pesetas de valor por caballo-año, supone un valor en renta de más de cuatro millones de pesetas. Además, aunque pongamos no más dicho caballo-año, por carbón, a ochocientas pesetas, suponeos qué negocio entraña para sus propietarios la idea que en día feliz les diese mi buen tío, quien, al aconsejarles la empresa, decía, sin embargo, sonriendo, que era ello el más pequeño de los tesoros de Somiedo. Creo que sólo hay otro salto mejor en el mundo, que es el del Tirol, en Austria, con una caída de mil metros.

—¡Oh, qué Asturias tan maravillosa, tan... única!—le dije—. Vos aquí parecéis un titán, y esos vuestros obreros, nibelungos.

—Titánica es al menos la empresa—me respondió, agradeciendo mis frases, Pacheco—, es a saber: tomar con una presa muy por cima del *Cueto de la Buena Madre*, que no sé por qué llama mi tío Don Félix el *Cueto de la Vaca*, las aguas que vienen por el *Valle del Ajo*, salidas del lago de este nombre, y, conduciéndolas varios kilómetros por bajo las crestas de una de las estribaciones de Somiedo, para hacerlas caer desde tamaña altura, antes llamada el *Pico del Gobierno* y hoy *Cerro del Gurugú*, con fuerza tal, que en los ensayos un chorro de agua convenientemente dirigido nos ha perforado una tabla de pino de algunos centímetros, perdiéndose luego en el río casi subterráneo que habéis remontado fantásticamente a pie desde la Riera.

Súbito estalló un barreno, que puso en trepidación de terremoto aquellos, para mí, inseguros principios. Luego, todo quedó en un silencio tal, mientras descansaban los obreros, que, literalmente, daba frío. En aquel

© Biblioteca Nacional de España

contraste absoluto entre la civilización y la Naturaleza bravía, macabramente desposadas por el genio de un hombre como Pacheco, oía luego mezclarse allí dentro, en las obras, el dulce bable astur y el seco castellano de los obreros, con el italiano y el francés de los montadores de máquinas. ¿En qué país del mundo, pues, me encontraba?

Terminada la visita, Pacheco nos obsequió con un espléndido café en un pabelloncito recién construído, y como reparase en unos viejos infolios que tenía sobre la mesa de su despacho.

—Son—me dijo, leyendo—los diez tomos de la famosa obra del «Excelentísimo Ilustrísimo y Venerable Siervo de Dios Don Juan de Palafox y Mendoza, de los Supremos Consejos de Indias y Aragón, Obispo de la Puebla de los Angeles y de Osma, Arzobispo electo de México, Virrey y Capitán General de Nueva España», que creo fué también de sangre astur. Lleva la fecha de mil setecientos sesenta y dos, y, como veis, el tomo octavo, al que pasaba la vista, se consagra, dice, a dar «luz a los vivos por escarmiento de los muertos, y a la vida de San Enrique de Susón». Como mi tío tiene también esa obra, y acaba de saber por Miranda que es usted un estudioso, dadme vuestras señas en Madrid para remitíroslos por correo, pues supongo—añadió con gracejo—que no preferiréis ir cargado con ellos por las cuestas arriba de los lagos de Somiedo.

—En eso quizá os equivoquéis—replicó picarescamente Narcés—, pues no sabéis bien de qué es capaz nuestro amigo en punto a libros. Yo llevaba, viajando con él días pasados, un maletín regular con prendas de uso, y ¿queréis creer que tuve que echarlas fuera, en lío aparte, para poder dar hospitalidad en ella a los que sucesivamente ha ido recogiendo por el camino nuestro amigo?

—Es una debilidad, señores, que espero me sea perdonada—les dije sincero—. Soy bibliómano, ya que no merezca el honor de ser bibliófilo. ¿Quién sabe para quién, que haya de venir después, trabaja uno reuniendo buenos libros?

—Eso mismo dice siempre mi sabio tío Félix, ese inagotable *Pozo de Mimer*, que, para dicha nuestra y desdicha de España, vive aquí desde su edad más florida, sin preocuparse poco ni nada del mundo.

Yo dirigí entonces una mirada de amistosa reconvención a Narcés, único culpable de que no hubiésemos conocido a aquel extraño anciano que cada vez me resultaba más grandioso y más semejante a Frassinelli y a los otros Maestros que en mi viaje tuviese la dicha de conocer. ¡Quién sabe, pensaba, la falta que nos hará aquél ahora para el encuentro del tesoro!

© Biblioteca Nacional de España

—¡Pero hallé mi felicidad!—murmuró el inculpado a mi oído en humilde tono de disculpa.

—Si mi tío se hallase aquí—añadió el ingeniero—, él mismo os haría los honores enseñándoos su casa, la casa solariega de los Florez-Estrada y Revillagigedo. En su defecto, y dado que necesito pernoctar hoy en el Cueto de la Buena Madre para vigilar muy de mañana la presa del valle del Ajo, todo lo que puedo hacer, si vais para La Pola, es el mostrárosla yo mismo.

Aceptamos unánimes la invitación, y como el tiempo apremiaba, nos pusimos en seguida en camino, a pie, como corresponde a caballeros que saben cuán peligroso es andar a caballo por semejantes sitios.

Subimos el enorme repecho, en cuya cúspide se halla la *Cueva de la Malva*, inmortalizada por los vaqueiros que, en extraña promiscuidad de sexos y edades, suelen pernoctar en ella cuando suben en primavera para el puerto, o bajan para San Miguel hacia las brañas de Salas, con arreglo al cantar, que dice:

Los vaqueiros van pa el Puerto;
llevan las sopas en el cuerpo
y las gachas en un caldeiro.
¡Quita allá, puerco vaqueiro!

—Este paisaje no es ya el mismo—exclamé sorprendido con la aparición ante mí de un extenso anfiteatro de montañas, fantásticamente severas, de la divisoria de aguas, que dejaban en el fondo una pradería, amplia ya y deliciosa, entre cuyo uniforme tono de esmeralda lucían opulentas alineaciones de álamos seculares, que sumergían sus raíces en los azules cristales del río de La Pola.

Allí enfrente estaban, de un lado, la Herrería, especie de antiguo martinete para batir los cobres, y restos, modernizados en el siglo XVIII, de unos laboreos romanos, de los que ya no quedan quizá otras huellas que las minas de las Arenas, y las de arsénico y azogue de Valcárcel. De otro lado, la casa solariega, antaño del sabio Don Alvaro Flórez-Estrada, pariente de Omañas, Miranda y Valdecarzana, casa ocupada después por el no menos sabio ocultista Don Félix, su deudo.

La casa, aunque era amplia y cómoda, no tenía nada de extraordinario. No así la biblioteca que Don Alvaro dejase, y donde aparecían en inglés, alemán, francés y español, todas cuantas obras notables de Economía Política y de asuntos americanos existían en su tiempo y, haciendo contraste con ellas, todas las obras del incomprendido matemático y físico Isaac Newton.

© Biblioteca Nacional de España

—España—dijo Miranda—debió a Flórez-Estrada, a este ilustre orador y político de bendita memoria, el ser iniciada en la ciencia de Adán Smith, de Juan Bautista Say y de Ricardo. Emigrado primero a Inglaterra por sus ideas liberales, como tantas otras perseguidas glorias nuestras del siglo pasado, y luego representante de España en el Reino Unido, conoció a los más sabios economistas de su tiempo, o se carteó con ellos, defendiendo, con calor de iluminado, la teoría *fisiocrática*, que consideraba, con razón, a la tierra como la más pura y genuina de las riquezas, frente al viejo *colbertismo* y al naciente industrialismo que hoy nos abruma. Su *Curso de Economía Política*, no menos notable que el ignorado, por inédito, de vuestro abuelo Don Julián de Luna, se hizo notable en todo el mundo, y sus atisbos luminosos acerca de los problemas americanos, acaso nos habrían evitado, si hubiesen sido oídos, la vergüenza de nuestro desastre colonial. Por eso piso hoy estos sus santos lares astures, como quien penetra en un templo—terminó Miranda, descubriéndose con respeto.

El ingeniero, Narcés y yo admirábamos en silencio, una vez más, el espontáneo saber de nuestro prodigioso amigo.

—Sin embargo, Don Félix de Belda, su continuador—indicó Miranda—, ha logrado algo más que hacer reverdecer sus laureles.

—En efecto—replicó el ingeniero—, mi tío es un sér incomprensible. Don Alvaro es lo que se llama un sabio en sus dos especialidades; pero éste es todo un portento poligráfico y un sér tanto más pasmoso en su sublimidad, cuanto más de cerca se le trata. Ahí tenéis, tras esos cristales, las catorce mil o más cuartillas de sus doce tomos inéditos sobre Ocultismo y Poligrafía, tomos que deberán ser a su muerte algo así como lo que las *Etimologías*, de San Isidoro; la *Suma Teológica*, de Santo Tomás; la *Biblioteca Nova*, de Don Nicolás Antonio; o la *Isis sin Velo* y *La Doctrina Secreta*, de Blavatsky, han sido o son para sus respectivos tiempos, y digo que lo serán a su muerte, porque él se ha resistido siempre a publicarlas, y mi primo y yo, que somos sus testamentarios, tenemos empeñada con él nuestra palabra de honor de darlas a la estampa después de su fallecimiento.

—Sin embargo, hay una circunstancia bien extraña en todo esto, que, en confianza, les revelo a ustedes—añadió Pacheco, hablando en voz muy baja—, es a saber, que esas cuartillas, atiborradas de citas de la más varia y peregrina erudición, se han escrito sobre esa mesa de nogal, sin consultar ni un solo libro de los de Don Alvaro ni de otro nadie. Ya véis, yo tengo la llave de tal biblioteca, impropia, por otra parte, dentro de su especialización, para una labor poligráfica como aquella.

© Biblioteca Nacional de España

—Ello es peregrinamente extraño; inquietante casi—prorrumpió emocionado Miranda, y quedando muy pensativo—. ¿Vive siempre aquí Don Félix de Belda?

—Casi siempre, excepto algunas temporadas, de invierno a veces, para mayor asombro, temporadas que suele pasar, sin causa aparente que lo justifique, en el pueblo del Valle del Ajo, entre nieves y ventiscas tremebundas.

—¿Y le han seguido alguna vez en tales excursiones, usted o su primo?

—Nunca. Nos lo tenía terminantemente prohibido, sin darnos razón ninguna para ello. Sólo, sí, hemos sabido, por indiscreciones y chismografías de las escasas familias vaqueiras que moran en el Valle del Ajo cuando la nieve se retira, que alguna vez le vieran salir con gran sigilo y con los ojos irritados como aquel que ha leído mucho, por la boca de un minado antiquísimo que se abre a la izquierda, y por cima del Valle del Ajo, dando frente a la subida del Cueto de la Buena Madre, o *de la Vaca*, como mi tío le llama siempre, no sé por qué. Es el tal minado un peñasco triangular y solitario, de los de las cimas ya de la Bovia de Somiedo, que tiene la boca de entrada muy pendiente, mientras que su cimborrio terminal y fantástico se pierde en la altura, a más de doscientos metros sobre el nivel del Valle y de mil cuatrocientos sobre el del mar. ¡Corren sobre el tal minado, que nadie se atreviese nunca a explorar, tales leyendas!

—¿Cuáles?

—Yo no he tenido tiempo de anotarlas, preocupado, como lo estoy, con la presa del salto, que está frente por frente, y más abajo. Pero ya encontraréis por allí quién os las cuente. Sólo sí recuerdo que se habla de luces fosfóricas vagando alguna vez por las entrañas de la cripta, y de legiones de buenos diablos o *atalayas*, que dicen tienen allí una extraña biblioteca mágica, ¡en libros de piedra!...

—Esto es avasallador, y no puede dejarse así, pues me recuerda lo que tantas veces se ha dicho acerca de los fantasmas blancos de Sagres y del Cabo de San Vicente, de que nos habla Allemany en su *Geografía de la Península Ibérica*, publicada en la *Revista de Archivos de Madrid*, tomo de mil novecientos diez; fantasmas blancos que, con asombro y miedo de las gentes, quienes los deputan dioses, bajan de noche a un promontorio, donde los hombres no pueden jamás subir, y que es, me ha dicho alguien que lo sabe, uno de los restos que aún nos quedan de la gran catástrofe atlante de Poseidón hace unos once mil años. También me recuerda ello a aquellas antiquísimas ruinas sirias de Palmira y egipcias de

© Biblioteca Nacional de España

Ismomia, por las que se ven vagar igualmente luces misteriosas y que en sepultados hipogeos albergan millares de *jinas*, lectores asiduos de sus riquísimas bibliotecas... En fin, que temo, con no poco fundamento, que nos aguarda alguna sorpresa más que la del tesoro que buscamos—dijo Miranda con el más extraño de los acentos.

Con todo esto nos despedimos, hasta el día siguiente, del ingeniero, quien quedó en esperarnos en el *Cueto de la Vaca*, y caminamos, ya con poco sol, hacia la simpática Pola, capital del concejo de Somiedo, que es alma y vida del vaqueril rebaño humano de las sierras de por cima, en sitios tales de fríos, nieves y ventiscas, que sólo unos esquimales como ellos pueden habitarlos una corta parte del año.

La vega de *La Pola*, es una relativamente ancha zona, con mucha luz mucha verdura y un emplazamiento saludable a cerca de 700 metros ya sobre el nivel del mar, dominando estratégicamente todos aquellos difíciles pasos hacia la tierra leonesa.

© Biblioteca Nacional de España

VII

En la Pola de Somiedo.—Encuentro con un sabio canónigo.—«En Somoza con la maza».—Una inscripción y un escudo curiosos.—El tributo de las cien doncellas.—Recuerdos de los Mirandas y de otros ilustres varones.—La Vaca astral y los Vaqueiros de Alzada.—La hermosa obra de Acevedo y Huelves.—El fenómeno de la porfirización de las razas, según Miranda.—Vaqueiros, xaldos y marnuetos.—Gauthama el Buddha y los vaqueiros.—Nuevas luces para el problema.—El odio tradicional a esta dulce raza y sus cantares de gallardía.—El «au clair de la lune» y el «nous n'irons plus au boi» franceses.—El fresno vaqueiro.—Las serpientes.—Luz para lo futuro

Entramos en la Pola, capital del concejo de Somiedo, a los gangosos acordes de una charanga militar reproducida por un gramófono en el interior de una de las casas del pueblo, casa habitada en el verano por un bondadoso canónigo de León que conocía a Narcés, ya que Narcés, entendiendo a su modo el dogma de la Fraternidad Universal, conocía a todo el mundo y de todo el mundo recibía las más cordiales simpatías, porque, como bueno, era muy bueno el jurista.

El canónigo nos mostró solícito toda la población, que estuvo pronto vista, y luego nos llevó hacia un cerrete contiguo, sobre el que se alza solitaria una simpática iglesita. Allí, en la fachada norte de ella, con luz ya escasa, pude medio leer una inscripción curiosa, que, poco más o menos, decía:

«A Francia fué un caballero de los Flórez de Pradra. Allí, peleando contra una culebra, sacó una doncella culebrona...»

Al lado de dicha inscripción, con un escudo por medio, aparecía en caracteres cursivos, o no latinos, otra ya ilegible.

—Este escudo entre las dos inscripciones—nos dijo el canónigo—parece de los Mirandas, gentes de nuestro más rancio solar, enlazadas, acaso con la familia italiana de los Flórez-Estrada, y en él campea, como veis, un castillo sobre cinco flores de lis y por bajo de ellas dos *befantes* o pechos de mujer. Ello tal vez está relacionado con la famosa leyenda del escudo de Teverga, que dice:

© Biblioteca Nacional de España

En Somoza, con la maza,
con los moros, se enmelena;
muchos de ellos despedaza
y a la doncella despena.

—Yo estoy haciendo sobre ello—continuó el canónigo—un particular estudio. Investigando, en efecto, acerca de las genealogías astures, tropecé con el escudo de los Mirandas, de que nos habla Vilches, escudo que lleva, en campo de gules, cinco bustos de mujer con una enorme serpiente alrededor, y este autor añade, después de relacionar lo de los cinco bustos con lo del famoso tributo de las cien doncellas, que la serpiente fué agregada a la insignia de los Miranda por haber dado uno de ellos muerte a una descomunal serpiente que asolaba la comarca.

—En efecto—observó Miranda—; el padre Carvallo, al que hay que consultar siempre que de cosas de Asturias se trate, nos habla del famoso *pleito burdelo*, en el que interviniesen los gallegos Figueroa o Figueredos, causantes del Ducado de Feria; nos habla también del raro y no interpretado contenido jeroglífico de la enigmática Pieiro, y después de la hazaña de Don Alvar Fernández de Quirós, tronco de los Miranda con las mismas cinco doncellas y su serpiente, y al anotar, en fin, el buen Padre el desafío entre Gutierre Fernández de Miranda y Garci-Pérez Valdés, éste no halla mayor insulto que arrojar a la cara de su rival sino el decirle aquellas frases famosas de «Non tutendo la vondad del vuesso gentío, veniente del von Alvar Fernández, que acorrió a las cinco doncellas», y antes, el historiador de Entrambasaguas, al referirse al discutido tributo impuesto por los moros a Mauregato, nos habla asimismo de los Toros de la Vega Carrión, quienes un día acometiesen a los portadores del tributo y, matándolos, pusieron en libertad a las cien consabidas doncellas. ¡La Vaca libertadora, la Vaca de las cinco patas, siempre!

No deja de ser extraño, por otra parte—continuó—, la concordancia de tal leyenda astur-galaica con la nórtica del Sir Morold, el Mauregato tristánico, cuya fábula sirviera de base a la colosal obra wagneriana del *Tristán e Iseo*, y en la que el *Don Tristán* es reconvenido por Iseo de haberse llamado antes *Natris* o *Tantris* (lectura bustréfoda), cuando *tantris* es la perversa magia *tántrica* indostánica y *Natris* es la terrible *Hidra de Lerma*, la de las siete cabezas de mujer, muerta por Hércules en uno de sus más penosos *Trabajos*, y no menos extraño es, asimismo, el que el ilustre arqueólogo Tabor nos hable de ese tributo de doncellas, como existente entre los kafires de Asia, y el que Ratzel, en la página doscientas cuarenta y nueve de su tomo segundo, aluda al tributo anual de cuarenta

© Biblioteca Nacional de España

vírgenes pagado a los negros por los *Tuaregs* o *Tuhatha* de la cuenca de *Essuk*, aunque recibiendo de éstos, en cambio, otras cuarenta vírgenes, negras. Esto, y mucho más que omito, en cuanto al tributo de las doncellas, tributo del que tampoco es raro el ver alusiones en *Las mil* y *una noches*.

El canónigo y yo cambiamos una significativa sonrisa de inteligencia, que reflejaba la admiración que a entrambos nos producía la inagotable sabiduría de Miranda, quien hubo de continuar así:

—Respecto de la tal culebra, la cosa es harto obscura, porque el enorme alcance de la raza y religión *ofita* o siriaca entre nosotros, raza brahmánica enemiga de la religión solar de IO o *la Vaca*, es aún una *terra-incógnita* para nuestros positivistas arqueólogos, que, cuando no son escépticos, se aferran lamentablemente a la letra muerta de la Biblia sin penetrar en su estupendo sentido ocultista, más enlazado con la historia de la Atlántida y con el éxodo semita, *desde la Atlántida a Europa*, de lo que pudiera creerse a primera vista. El poema de Festo Avieno y su *Oestrimnis-Ophiusa* no puede estudiarse sin levantar una punta del velo que a las misteriosísimas iniciaciones celtibéricas encubre, y sin ahondar también en ese *misterium magnum* peninsular, no astur, que se llama de los Vaqueiros de Alzada, problema abordado con la mayor de las gallardías por un asturiano sabio y bueno, mi amigo Don Bernardo Acevedo y Huelves.

—Me hacéis pensar más de lo que os figuráis—replicó el canónigo—. Seguid.

Entonces Miranda, con la más genial de las inspiraciones, endilgó al buen canónigo algo de lo que ya a mí me enseñase desde el principio, desde cuando el eclipse, sobre la raza solar primieva o *vaqueira de alzada*, la más antigua y peregrina de las razas primitivas, con los 154 pueblos de su radical *bus* que han quedado porfirizados entre los demás pueblos astures, o *marnuetos* y *xaldos*, no vaqueiros.

—¿Porfirizados, decís?; no entiendo eso—replicó asombrado el sabio canónigo.

—Sí, buen Padre. Las leyes naturales no son tan fatales como se cree, porque responden a la acción de una Inteligencia cósmica: el Nous Demiúrgico de Platón; ni las leyes humanas, diga lo que quiera el buen Bergson, son tan libres como parece; pues todo en nuestra limitación intelectiva girará eternamente sobre los dos polos de *los contrarios*, contrarios conjugados, por razón inversa matemática, en la suprema constante integral de LO OCULTO. Dígole a usted, pues, que así como cuando una formación geológica nueva disloca, resquebraja y envuelve a otra anterior, yo digo *que la porfiriza*, al modo como el magma feldespático del granito

© Biblioteca Nacional de España

porfiriza a los cristales de cuarzo que en su masa incrusta, o si queréis, al modo de como el dulcero envuelve en *magma* de golosina las frutas secas que en su pastel coloca. Hay, añado, en la nobilísima obra de Acevedo, en efecto, una nota que vale por la obra entera, y que dice: «Don Ricardo Piedra, médico de Luarca y gran conocedor de los vaqueiros, aseguró al célebre Don Alejandrino Menéndez de Luarca que entre los más ancianos de ellos se conservaba la tradición de haber sido ellos dueños de las vegas y cañadas de Asturias, y que unos extranjeros los habían despojado y obligado a subir a las pobres y tristes brañas que hoy ocupan.» Es decir, que en tales sitios y en las alzadas quedó porfirizado el pueblo vaqueiro por *marnuetos lunares* y por *xaldos ofitas*, como porfirizados han quedado los lemúricos *vindyas* indostanos hacia las montañas del *Nilgiri*, y los *ifugaos* filipinos en lo más abrupto y triste del archipiélago, sin contar con las porfirizaciones análogas sufridas por el vencido al que la ola del vencedor ahoga y *a-isla*... ¡Hablo de la *bárbara* e *inculta* antigüedad; los pueblos modernos, *más cultos* (?), acaso habrían impedido el natural fenómeno de la *porfirización* vendiendo barato al vencido unos millares de hectolitros de alcohol amílico, hazaña que una guerra cruel habrá de hacerles pagar bien pronto a unos y otros pueblos *cultos sin corazón*, gentes dignas de fraternizar con aquel gran cañalla de Don Diego Das Marinas, caballero de la Campona de Grado, regidor de Oviedo y alcalde de Peñaflor, quien representó al rey pidiendo se castrase a los vaqueiros. Estos, desde entonces no ponen el, para ellos, maldito nombre de Diego a ningún niño, tanto, que aquella criatura a la que, por violencia, bautizase cierto párroco terco con el nombre funesto, hubo de morir a los tres días! Odio, en fin, que se trasluce, como luego veremos, en los más denigrantes epítetos, como aquel que cantara:

Allá van las cochinas
de la montera;
más quisiera ser vaca
que ser vaqueira.

o aquello otro de

Vaqueiro chincheiro,
de mala nación,
mataste la vaca
ditcheste que non.

y la de

Lo que venga del marnueto
ya lu que venga del xaldo
pa la braña del vaqueiro,
la mía parte doula al diaño.

© Biblioteca Nacional de España

—Veo con gran placer, Señor de Miranda—observó el canónigo—, que comparte las ideas de nuestro Don Bernardo de Acevedo y Huelves, ideas expuestas en su libro *Los Vaqueiros de Alzada en Asturias*, libro que ha transcendido ya hasta el Extranjero.

—No sólo las comparto, sino que hasta me ha hecho el honor el autor de consultarme muchas de las ampliaciones que prepara para la segunda edición de su obra nobilísima, que es todo un canto de redención hacia la raza por siglos proscripta, ya que, como dice Guillermo Estrada, «ni antes ni después de Jove-Llanos se ha hecho un trabajo tan detenido y concienzudo, ni en el que más se hermanasen las consideraciones morales y de sentimiento con la erudición y crítica científica respecto de esta clase desheredada.» Él, ciertamente, ha rectificado las candideces equivocadas del buen Jove-Llanos sobre los vaqueiros, cuanto los pobres conceptos de la Academia de la Lengua acerca de la voz *braña*, la morada invernal de aquéllos; ha superado los trabajos de Fuertes Sierra, Caballero Flores, Lardizábal, Michel, Menéndez Valdés, Coroleo y Aramburo; ha fustigado de lo lindo ciertas reprensibles ligerezas del célebre Doctor Rubio sobre el supuesto cretinismo de aquéllos; ha recogido la notación musical de las canciones vaqueiras, incluyendo las de la obscura región de los Oscos y puntualizando, cual Olóriz, desde otro campo, el céltico parentesco de ellas con las de bretones, auverneses, escoceses, irlandeses, asturianos, portugueses y gallegos; y, en fin, sin él darse cuenta, se ha acercado ya a genuinas conclusiones teosóficas cuanto al gran mito de la *Vaca astral* de *Gauthama el Buddha*, el primero y más excelso de los *vaqueiros*, distinguiendo, con genial acierto, entre los vulgares *vaqueros* o guardadores de rebaños de vacas y los excelsos cuanto menos preciados *vaqueiros de alzada* llevando en sí una idea de raza o casta, una idea de religión búddhica, que diría Alexandre Bertrand, religión hoy sustituída por la genuina idea cristiana, que, en el fondo, es la misma, según demuestran los modernos estudios de Religiones comparadas, distinción que no ha sabido hacer nuestro Diccionario de la Academia de la Lengua. Claro es que el autor, ortodoxo respetable, no ha ido tan lejos como yo voy en esto último; pero no ha hecho poco, que digamos, apuntando certero que en las palabras *marmoto*, *mariñasco*, *marnueto*, o ribereño astur; *xaldo*, *xaldino*, *xaldeano*, o asturiano montañés, y *vaqueiro de alzada*, o emigrante, propiamente dicho, están comprendidas las tres típicas clases de gentes del Principado: *iberos*, *celtas* y *buddhistas* o *pérsicos*.

—Me dáis mucha luz en problemas hasta aquí obscuros para mí—replicó el canónigo—, porque yo, os lo confieso, he luchado en mi mente

© Biblioteca Nacional de España

entre las santas ideas de igualdad, ante Dios, de todos los hombres, y esa terrible barrera que ha separado hasta hace poco al vaqueiro de los demás hombres.

—Sí, la cosa es más complicada y digna de estudio concienzudo de lo que a primera vista parece.

—¿Queréis hacernos, pues, una exposición rápida y concisa del problema, tal como le entendéis, sin reparar en los hábitos que visto?

—Con el mayor placer; antes bien, esos hábitos, símbolo de una religión respetable y respetada, que ojalá estuviese en los corazones y no, como de ordinario, sólo en los labios, pero no en los hechos, me animan a hablarle con llana claridad astur; pero como quiero hacerlo con textos por delante, debo empezar anotando la frase de Aramburu de que «la división entre vaqueiros y demás asturianos se relaciona con la religión, con la manera de profesarla y de servirla; son *sospechosos*, son *indignos*», frase glosada también por cierto sacerdote, que decía de ellos:

«—Son cristianos; pero...»

A lo que un prelado añadió con desdeñosa sonrisa:

«—¡Ellos, algo tienen!»

Empiezo, pues, consignando que, pese a su hoy indiscutible y noble cristianismo de los vaqueiros, un viejo odio religioso los separó de los demás. Hubo hombres santos, como aquel párroco de Barcia (Luarca) y el otro de La Espina (Salas), que enterraron a vaqueiros en sepultura de las al clero o a los hijodalgos reservadas, y hasta un santo presbítero, noble, que mandó que su cadáver fuése enterrado entre las sepulturas de los vaqueiros e hiciese que un vaquiero llevase el pendón en las fiestas religiosas; pero esto no fueron sino cristianísimas excepciones, pues que lo ordinario era, como sabéis, el separarlos a los vaqueiros de los demás cristianos por una gran viga en la iglesia, al tenor de las sinodales ovetenses (Bulas y Provisiones de 1765); privarles de voto (Ordenanzas de 1718); confinarles en invierno a sus estériles brañas de las alturas marítimas, obligándoles, cuando las dejaban al *alzarse* hacia las montañas de verano, a que no cerrasen las puertas ni pasasen por los pueblos no vaqueiros, sino «a luecas o cencerros tapados»; abrumándoles con duros *inquices* del señor de la Braña, amén de repugnantes impuestos, como el del Marco, que recuerda al célebre *derecho de pernada;* haciéndoles tributar sin darles derechos políticos ni civiles más nimios; prohibiéndoles, como a verdaderos *parias*, el ser curas, médicos, ni ejercer otras profesiones liberales, al par que el vivir y casarse con los de los valles, hasta que unos nobles párrocos, como los citados, lo impidiesen, ya en pleno siglo diez y nueve, escu-

© Biblioteca Nacional de España

dados por aquella celebérrima circular del jefe político Don Juan Ruiz Cermeño, quien, en mil ochocientos cuarenta y cuatro, cortó de raíz todas las antiguas diferencias con espíritu al par político, jurídico y evangélico.

Los cantares vaqueiros, digo, son una especie de compendiados himnos célticos, aquellos himnos que los bardos, los «*pájaros*», druídicos cantaban con sus arpas, *pandeiros* y *payechas* en honor del Dios sin Nombre, de incruento culto sabeico, antes de caer en los horrores necromantes de los sacrificios humanos con que la Historia halos conocido posteriormente.

Todos estos cantos aparecen perdidos porque, como dice Cambry en sus *Monuments céltiques*, los bardos eran los *pájaros* en los conciertos religiosos, y los pájaros, a su vez, los bardos de la floresta, porque, arrollada la solar e indo-parsi o primitiva raza céltica, ya sus sucesores perdieron la *Palabra* Mágica, esa palabra iniciática a la que todavía se alude en esa viejísima *berceusse* francesa, o *bercense* española, que canta:

Au clair de la lune,
mon ami Pierrot,
prêtez-moi ta plume
pour ecrit un MOT...

porque, desgraciadamente, la selva druídica fué profanada por el impío invasor, y confinado el *celto-vaqueiro* en su braña con una horrible vida de sacrificios cual el *pasiego* santanderino, o el *jurdano* extremeño; o el *brañero* logrosaniego, o tantos y tantos *chuelas, agotes, bretones, auvernienses, ifugaos samaritanos* y demás pueblos solares *porfirizados* en la superficie de la Tierra. Desde entonces ya no se pudo seguir yendo al bosque sagrado, al tenor de la nostálgica canción francesa que añora:

Nous n' irons plus au bois,
les lauriers y sont coupés
le plus forte, la plus belle,
iront les ramaser...

Al contrario, los vencidos no laboraron sino impotente bilis contra los vencedores, y siguieron contentándose con el santo recuerdo de sus glorias, en esperanza semihebraica, porque hebreos o protocaldaicos del Gaedhil, son siempre estas gentes, de una futura redención. Esta es la única glosa que cabe poner a cantares como los siguientes, que aprendí en rica colección de Acevedo:

Antes que Dios fuera *Dios*
y el sol diera pu los riscos,
ya los Feitos eran *Feito*
y los Garridos, *Garrido*.

© Biblioteca Nacional de España

Advirtiendo, dicho sea de pasada, que en recuerdo de estos misteriosos Feitos, llamo siempre al Teodoro Cuesta de nuestros días *Pinón de la Feita* y no de la *Freita*, como él, por pura modestia, se firma. También tropezamos con la profesión de fe del vaqueiro, que dice:

Os vaqueiros, son vaqueiros,
etchos mismos lo xuraron
y vale más un vaqueiro
que veinticinco aldeanos.

y la profesión de fe de la vaqueira, que añade:

Llamásteme vaqueirina;
you pur vaqueira mi tengo;
quiero más ser vaqueirina
que no aldiana sin pelo.

y aún para mejor señalar la distinción y, de paso, aludir a la Vaca o *Batchina:*

Soy de Navelgas de riba,
soy de *Batchina* Ferreira;
yo soy de la pura raza,
¡de pura raza vaqueira!

añadiendo, en desprecio a sus aborrecidas rivales, *xaldas* y *marnuetas:*

Más quiero ser de la braña
y que me tchamen vaqueira,
que no ser de la marina
y me tchamen sardineira.

con aquel otro desprecio hacia las galas de sus enemigas que reza:

Vale más una vaqueira
con una saya de estopa,
que una *xalda* o una *maruya*
vestida de buena ropa.

o bien lo de:

Echaste saya pajiza
de bayeta colorada,
vaqueira de Torrestío,
¡pareces una asturiana!

o, en fin, el famoso romance de *En el Acebo*, de la colección de Don José María Flórez y González, que dice:

Xuntáronse más vaqueirus
en el Acebo 'l oatru anu

© Biblioteca Nacional de España

que pelos tiene una cabra
ya fuechas vinti castañus.
Chegaban de todas partes;
ya tamién lus asturianus
facían bon formigueiru:
nun se cabía 'n el campu.
. . . . . .

y después de describir el romance, la pelea que se armara entre vaqueiros y asturianos a vardascazo limpio, al tenor de cómo también se lee en *La Aldea Perdida*, aquél termina:

Alzarunse tous de afeitu.
los viechus ya lus muchachus;
y éramus vaqueiros solus,
nin siquiera un asturianu.

hasta que viene la Justicia, injusta siempre con los vaqueiros, y entonces *Xuanín de la Vaca Pinta* dice a los vencidos contrarios:

«Puede amarrarse a un vaqueiru
si quiréis cun tres ou cuatru;
peru da diente con diente
cuando indilga un escribanu.

y la clara alusión, en fin, al culto luni-solar con la canción que nostálgica dice:

¡Ay!, mucinas de mi tierra,
quién me diera junto a una,
que aquí nun conozco a naide
sinon al sol y a la luna.

o, la aún más clara, que añade:

Vaqueirina, las tuas vacas
son de buona condición:
beben mirando a la luna
y se acuestan cara al sol.

sin faltar una obscura alusión a la *Vaca Astral* y a su extraño modo de andar por riscos, y fuera de carriles, en estotra copla:

La mi vaquina murena
nun cueche por los carriles,
si non reparaila todus
coxa d' entrambos cadriles.

© Biblioteca Nacional de España

sin faltar su correspondiente *Manzana de la Discordia*, aquella *Manzana de oro*, origen de la lucha entre las dos Magias y que determinase la sumersión de la Atlántica, en aquello de:

Si tuviera una manzana
nel baile la tiraría;
asi como no la tengo,
vos canto la despedida.

sin faltar el *threno* o canto de nostalgia, que añora algo muy grande, por la vaqueira raza perdido hace ya luengos siglos, al decir:

Aunque vivo al par del monte
entre los riscos metida,
nin marmotos nin xaldinos
me verán cara de risa.

aunque, en honor de la verdad, puede aplicarse también en el sentido de no querer enlaces con sus eternos enemigos

—Es tarde ya y os estoy retrasando la cena— observó con pena el sabio canónigo ante aquella catarata de cantares vaqueiros, de las que por primera vez se le daba así todo su verdadero alcance filosófico-histórico—. Estoy maravillado, Señor Miranda, de vuestra pasmosa sabiduría. Vuestras palabras reveladoras me darán qué pensar y qué estudiar por muchos días. Ahora sólo quiero merecer de usted que vuelva al primitivo tema de la *culebra* del escudo de vuestros mayores, tema que dejásemos en suspenso por esotro de los vaqueiros.

—No son ambos temas sino un tema único—replicó Miranda, cariñoso—. Los tradicionales enemigos de los vaqueiros *solares* eran, como llevo dicho, las gentes lunares de la marina, que les confinasen hacia las brañas y hacia las alzadas; las gentes *argales* o *margales*, del *Bus-margali*, gentes púnicas de culto lunar *(arga:* la plata, la luna), a las que también alude Virgilio, al decir:

Miratur molem Æneas Magalia quodam.

Matar la tal *culebra* del escudo, no era, simbólicamente, sino ir contra el creciente culto ofita, que invadía la comarca. Por eso, los Miranda, al ser de religión solar, como buenos *Quirós, Kurios* o *Kaurios*, iban contra la serpiente semítica y contra su culto antiariano primitivo, cual aun hoy mismo pugnan los *ophitas* brahamanes, adoradores de Shiva, contra los *sadhus vaqueiros* partidarios de Vishnú, según al pormenor relata Blavatsky en sus *Cuevas y selvas del Indostán*, e igual que éstos curan

© Biblioteca Nacional de España

mágicamente las mordeduras de las culebras venenosas, los vaqueiros astures curaron antaño, y hoy pretenden aún curar, las mordeduras del ganado por cierto diminuto batracio, que les mata con sólo herirles en la lengua. Contra tales mordeduras hay, en efecto, no sólo una piedra semejante a la concreción huesosa hipofisiana de la cobra real, que en los encantadores de serpientes indostánicas juega tan gran papel, según Blavatsky, sino que existió una oración, o extraño *mantra*, contra el mal, *mantra* del que únicamente queda el estribillo de:

¡Santa Arbás:
retira esa lengua atrás!

Estribillo acaso relacionado con el también medio perdido poema *de la culebra y la vaca (cervatina o gamuza)*, del que se recuerdan todavía estas curiosas estrofas, que han de recitarse tomando el recitador o *bardo* una necromante vara del brujesco avellano, el árbol *gaedhélico* por excelencia, y frotando la parte mordida con flor de cardo, para después cubrirla con miel virgen (de enjambre nuevo) y estiércol de *berraco* (el *Viray, Kabir* o *Varón Divino*, por el berraco representado):

La culebra maldita
y la cervatina bendita
apostaron un día
a cuál primero se vestía.
La cervatina, al ser bendita,
primero se vistió,
primero se calzó
y primero hasta aquel lindo cueto llegó.
La culebra maldita
por debajo del tronco barronco
raíz del Fresno infeliz,
traidora se metió,
traidora se afanó
y traidora el gran jugo del tronco secó.
. . . . . .
Como seca es la estopa
te se seque la boca,
como seco el carbón
séquese el corazón.

Ved, pues, por dondequiera que acometáis el problema vaqueiro—y cuente que no me meto en etimologías acerca de la palabra *braña*, porque habría mucho que decir—, cómo aparece la lucha secular entre la cervatina, gamuza o *Vaca* del culto solar de *Rama-Vishnú* y la serpiente lunar ulterior,

© Biblioteca Nacional de España

símbolo brahamánico, semítico y sivahítico; remembrando la lucha entre la Buena y la Mala Ley; y tales canciones, como las citadas, que bien podría ampliar, son de un valor demopédico inapreciable, cosa que no se le ocultase a la perspicacia de Uría y Ríu al darme la leyenda última (1).

—Confieso—respondió el canónigo—que en todo esto nuestras santas ideas cristianas ulteriores no nos permiten ver claro, porque nos empeñamos, contra justicia, en querer juzgar con nuestras propias ideas, tiempos y costumbres de gentes que no tuvieron la dicha de recibir la verdadera *Luz del Evangelio*, pero que acaso, y sin acaso, recibieron otras luces, ya que la Divinidad no ha dejado abandonado al hombre en tiempo alguno, y que la Redención, como indica San Pablo, alcanzó al Universo-Mundo.

—Enjuiciáis muy bien, *pater*—replicó Miranda con cortesía suprema—, y ojalá todos los que se llaman cristianos fueran tan sensatos como vos lo sois. Conviene añadir que la reacción operada en estas cuestiones, es ya avasalladora, y al abrir el propio Boletín de la Real Academia de la Historia, hoy dirigido por un sabio jesuíta, podéis ver a centenares las alusiones al culto solar *mitrayco* que fuera el de los celtas: el de los celtas primievales, asiáticos que acaso antecediesen a los mismos iberos y ligures; no el de los segundos celtas mediterráneos de hacia dos mil cuatrocientos años antes de nuestra Era; y si ya no fuése tarde, aun podría hablaros dos horas sobre la *supervivencia* mítica de aquellos gallos que ponen huevos de los que salen serpientes, y de aquella culebra macho o culebra real a la que cercan siete culebras hembras, haciendo que en la danza le broten de la cabeza como unos pequeños cuernecillos, señal típica de que ya se ha formado en la *hipófisis*, si vale hablar así, del macho, lo que luego constituye el talismán consabido.

—Todo esto es admirable: estupendo. Algún día se esclarecerá por completo, y entonces, espero, una nueva y refulgente Luz de Verdad habrá de iluminar las cimerianas tinieblas científicas, en las que, pese a nuestra vanidad, yacemos—terminó el buen canónigo, despidiéndose.

---

(1) Muchas de las ideas relativas a la *Vaca astral y religiosa*, cuanto a los vaqueiros, de las que se ha hecho mención diferentes veces en el curso de esta obra, reciben ampliación y confirmación científica en el tomo de esta BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS, consagrado a *Las gentes del otro mundo*, que habrá de aparecer muy en breve.

© Biblioteca Nacional de España

VIII

La familia vaqueira de El Fuentes.—¿Vaqueiros extremeños?—Un recuerdo de Gabriel y Galán.—Pachón de Villaverde.—«¡Más decente que el sol!»—Trajes vaqueiros.—Historieta de invierno.—El anciano de la barba blanca y los vaqueiros.—Más sobre los encantos de las *xanas*.—Paredes Guillén y sus Framontanos Celtíberos.—«¡Las torres que desprecio al aire fueron!»—Pan de choro y pan de cantiello.—Cómo hay que obrar siempre en asuntos de ocultismo.—La satisfacción sin par del deber cumplido.

Tras la lección teórica recibida acerca de los *vaqueiros*, vino al punto la lección práctica: quiero decir que, al retirarnos hacia la fonda, nos vimos gratamente sorprendidos por la presencia de un verdadero *clan* vaqueiro, que, haciendo casi un *lubre* o «recinto sagrado en el bosque» de un lindo hórreo de aquellas afueras, estaban cenando en dos o tres grupos a la luz de una hoguera, con tanta solemnidad como cuando en su *lubre* orasen.

Confieso que al ver la majestad y el grave continente con que chicos y grandes comían, me sentí emocionado. Aquellos eran, sí, mis mismos queridos pastores extremeños, de inestudiada prosapia vaqueira, sin duda, y hube de conocerlo al punto en la dignidad conque el cabeza de la tribu les partía la borona haciendo antes la forma de la *tau* con los primeros cortes; en el respeto con que cada uno, después del *señor padre y la señora madre*, iban introduciendo sus cucharas en el plato de *cuechu* común a todos, cada uno estrictamente por su lado; comiendo despacio y sin ansia y parando todos a una para beber, sin hablar palabra. Gabriel y Galán me lo había enseñado, ese *vaqueiro* del *Cristu benditu*, de *Varón*, de *Cara al cielo* y de *Los pastores de mi abuelo*, cuando acerca de estos últimos cantase:

> He dormido en la majada sobre un lecho de lentiscos
> embriagado por el vaho de los húmedos apriscos
> y arrullado por murmullos de mansísimo rumiar;
> he comido pan sabroso con entrañas de carnero
> que guisaron los pastores en blanquísimo caldero,
> suspendido de las llares, sobre el fuego del hogar.

© Biblioteca Nacional de España

Y al arrullo soñoliento, de monótonos hervores,
he charlado largamente con los rústicos pastores
y he buscado en sus sentires algo bello que decir...
¡Ya se han ido, ya se han ido! Ya no encuentro en la comarca
los pastores de mi abuelo, que era un viejo patriarca
con pastores y vaqueros ¡que rimaban el vivir!

—¡Son las gentes de El Fuentes, el vaqueiro de Buspol, que desde las alzadas de Somiedo bajan a las brañas para segar la hierba!—exclamó Narcés, mirándolos con cariño.

No quisimos molestarlos, porque, dada la adhesión leal que tenían todos hacia Miranda, habrían dejado, por agasajarle, la comida, y hasta el sueño, y por si algo faltase, al llegar a la fonda vime sorprendido por un tintineo acompasado y extraño que, sin embargo, me era familiar.

—¿Conocéis ese son?—me dijo Narcés—. Es el de la *payecha* vaqueira o sartén cuyo mango se hiere con una llave grande, acompañando al pandero, que ya conocéis, y a las parleras castañuelas.

—Sí que le conozco—repliqué—. Más de una vez he bailado de niño a ese mismo son, hecho en sus sartenes por los caldereros del vecino Guadalupe cuando anunciaban por las calles sus mercancías.

—¿De veras?—exclamó Miranda asombrado—. Lo que estáis diciendo es de un valor inmenso para la raza vaqueiril, pues demuestra que, así como Covarrubias acreditó la existencia del *pandeiro* en toda España, vos demostráis con vuestra *ínfima* noticia que la *payecha* vaqueira también fué a Extremadura, a esa Extremadura, vaqueira sin duda ya de origen, y a la que alude la vaqüeiril canción de:

¡Ya se van los vaqueiros
a Extremadura:
ya queda la montaña
triste y escura!

—Sí, no he querido mezclarme en vuestra sabia conversación con el canónigo; pero debo recordaros que entre Cañamero, Logrosán, Talarrubias, Valdecaballeros y Castilblanco hay una inculta *braña* no estudiada todavía, y que ni una sola de las cosas vaqueiras que estoy oyendo, ni una sola de las que he leído en Acevedo, me llaman la atención, porque me son familiares en mi país, desde niño.

—¡Oh!—añadió entusiasmado Miranda—, esta misma noche tenemos que escribírselo todo ello a este querido apóstol de los vaqueiros.

—Con el mayor gusto—repuse, mientras penetrábamos en la cocina,

© Biblioteca Nacional de España

donde Clodomiro distraía sus ocios haciendo beber y danzar con la *payecha* a nuestro futuro guía en la sierra.

—Aquí tienen ustedes—nos decía aquel gran galeno de afición—, a Pachón de Villaverde, al mayor y más gracioso borracho de la Felguera, pariente y casi heredero de aquel otro vaqueiro que en Villanueva de Teverga entró en una *chavola* sin un cuarto, comiendo y bebiendo cuanto quiso y no halló luego otro recurso, para salir del paso, que fingirse malo, y hacer llamar al señor cura, quien, como era un santo, no sólo le absolvió de sus pecados, sino que le pagó el gasto y hasta le dió dinero encima, a pesar de haber cantado aquella intencionada copla de hostilidad religiosa que dice:

El siñor Cura del Puerto,
ta sentao n' un pinietcho,
y dicen las vaqueirinas,
de quién sera aquel *retziecho*

y también la de:

El siñor cura non baila
porque diz que ten corona;
beitche, siñor Cura, beitche,
que Dios todo lo perdona,

—¡Eso no!—rugió Pachón.—Eso de la comida de los cinco duros son mentiras tuyas, que Pachón y toos los suyos son *más leales que el rey, y más decentes que el Sol*, y yo soy capaz de confesar al que a mí quiera confesarme... *¡U-quei!*—gritó aquella pequeña fiera corrupia, rara y leal como ninguna otra, que, por lo visto, iba a ser nuestro cicerone en las cuevas de la Mameirúa y demás vecinas.

Yo bauticéle al punto con el nombre de *Pachón el terrible*, porque era de admirar su espeluznante descaro, «capaz de largar una fresca al Sol», como decía, porque en su honda lealtad y hombría de bien, no perdonaba, no, la condición de inferioridad en que aún se tiene por muchos a su clase, asegurando que «él no había visto a nadie que, para acostarse sin cenar, buscase recomendación» y que él no se lavaba el cuello «por no bajarse».

El cráneo de Pachón era superbraquicéfalo, de frente inteligente, pero achaflanada, con oreja grande de gnomo, pero casi sin anfructuosidades; su boca grande y tártara, cual una sima. Su traje no era el que imaginase Jove-Llanos, sino el típico, descrito por Acevedo, de camisa de lienzo con cuello largo y alto, sin traspasar, con botones metálicos, montera, calzón de bragueta con bufo y faldriqueras con cartera, jubón cerrado y vuelto, con portezuela de color, chaqueta con bolsillos de cartera, bocamanga

© Biblioteca Nacional de España

abierta, faldillas por detrás y madreñas o zapatos, cuando no albarcas o corices para la sierra. Clodomiro hizo también alusión en sus bromas a la coleta que Pachón se había cortado.

—¿Ha sido, acaso, torero?—pregunté inocente.

—No, amigo mío—dijo Miranda sonriéndose de mi candidez—; es que, acaso, como «el Coronel viejo» de Busantiane, habrá usado tártara o chinesca coleta, un dato más acerca del carácter oriental de estas gentes.

La mujer de Pachón, que entró para llevársele, ostentaba sobre su airosa gallardía *pasiega* una camisa plegada sin cuello, con botón de hilo; justillo con *facha* o cubre-escote, chaqueta con faldillas y mangas estrechas y abiertas por la articulación del brazo, *empeñas* o *peicas* de lana con trenzas o galgas largas rodeando a la pierna, pañuelo blanco, mandil al cuello por encima de la cabeza y *corices* en los pies, sobria indumentaria femenina que, frente a las corrupciones de la influencia *xalda* y *marnueta*, diese lugar al cantar de:

Vaqueiro, la tu vaqueira
era buena pa señora:
calzadina de madreña
y el pelo puesto a la moda.

y a aquel otro, muy popular en Somiedo, alusivo a la vanidad de cierto vaqueiro:

Cuando paso por Caunedo
digo al macho delanteiro:
Las *fitchas* de Patrición
nun son pa ningún vaqueiro.

Clodomiro tenía empeño de que Pachón siguiera cantando; pero, fuése por nuestra presencia, o bien por la de la mujer, a quien temía, como un druída a un druidesa, se negó a ello, y también a beber más, a pesar de haberle sacado aquél una botella de anisete con todos los símbolos de la Pasión del Señor tallados dentro en corcho, y de una manera tan admirable que hube de verter el licor comprando la singular botella.

Nada perdimos con esta nueva actitud del futuro guía, porque nos empezó a contar al punto unas *historias de invierno* de los pocos vaqueiros que, bloqueados por la nieve, quedaban de guardas en las alzadas, que no hay modo de ponderarlas ni de reproducirlas, pues nuestros escépticos no las creerían. Historias tales como la del anciano de la barba blanca, especie de Rey Lear, que socorriese mágicamente más de una vez a los arrieros vaqueiros descarriados entre los ventisqueros, y la otra historia de las luces que él había visto varias veces por entre los riscos de Somiedo,

© Biblioteca Nacional de España

viniendo una noche de Torrestío, y de los viejos de imponente rostro ascético que leían detrás de ellas en libros de piedra. También nos habló en voz baja, un momento en que su mujer se había apartado del corro, de una *xana* que en el Valle del Ajo quisiera comprometerle una madrugada de San Juan, y después nos encareció la riqueza de la braña de la Pola en el alto del Mouroso y de la de Matalavilla, por bajo de Laciana, no lejos de la ermita celebrada por el cantar de:

Virgen de Carrasconte,
Carrascontina,
entre Babia y Laciana
te estás metida.

acabando por contarnos, con mucho misterio, los *encantos* que él había visto en los Arenales de la Toba y en la Campona de Robles, y la manera notable que tuvo, decía él, de no caer en encanto alguno, manera idéntica a la que Uría, creo, refiriese a Miranda acerca del de la Peña de Albera, o sea que, viniendo del mercado, unas brujescas mujeres le habían dado tres bollos contra el encanto. Cuando llegó a su casa dejó olvidados los bollos en la chaqueta, y a la mujer, como estaba embarazada, le dió por quitar un cuerno o pico al bollo, advirtiendo que sangraba. Pachón más tarde fuése al lugar del encanto y tiró los bollos contra la peña. Al tirar el primero salió un caballo, con una moza encima, quien alegre, al verse libre, decía: «Detrás vendrá quien las pagará!»; igual salieron la segunda moza y su caballo; pero al bollo tercero que la mujer comiese en parte, salió un caballo cojo, con una moza coja, y ésta le regaló una cinta para que su mujer se ciñese con ella. El hombre paróse luego a hacer cierta necesidad, y, atando la cinta a un carbayo, notó con asombro que, al simple contacto de la cinta, el árbol echó a arder.

—Es un punto muy obscuro para mí—reflexionó Miranda—esta curiosa manera de deshacer encantos tirando panecillos. Hay que estudiarlo, pues, más atentamente, como hay que estudiar el problema de la raza solar vaqueira, ¡oh, paradoja, en la que acaso se resista a creer el sabio Acevedo!, *en toda la península ibérica*, y muy especialmente en Extremadura, a base, por supuesto, de los trabajos de éste y de los del estudiado arqueólogo de Plasencia Don Vicente Paredes y Guillén, el autor de *Framontanos celtiberos.*

—Sin embargo—objetó Narcés—, yo he leído en diversos trabajos las seis opiniones que corren como más autorizadas acerca del probable origen de las gentes vaqueiras; es, a saber: la de los que los creen raza de es-

© Biblioteca Nacional de España

clavos romanos, o infieles vencidos por el rey Aurelio; la que los califica de godos cobardes que no auxiliaron al rey Pelayo; la que los supone normandos; la de los que los llama *alpujarristas* y moriscos; la de los que los deputan gitanos y maragatos, etcétera. Para mí creo que se trata de un pueblo mucho más antiguo de lo que los historiadores se figuran.

—No estás lejos de la verdad, Narcés querido—replicó Miranda—; aquí hay un *hilo de oro* que seguir, y un cabo del hilo lo atrapó ya Acevedo, pues, a partir de la segunda edición de su obra, que va a salir en breve, ya nadie se atreverá a sostener aquellas opiniones, y la filiación celta o celtíbera de los vaqueiros queda ya hoy como una cosa juzgada y definitiva. Lo único que resta saber, y no es poco, es el entronque celta con parsis e indo-arios, y cómo, en el lógico y *kármico* girar de las cosas de la vida y de la Historia, vulgo *rueda de la Fortuna*, fuesen antes aquéllos una gloriosísima raza, base de la más vieja nobleza española, y cayesen después, en la Edad Media, hasta un nivel de desprecio acaso inferior al de las bestias, cual aquel otro pueblo del que, inspirado, cantase el poeta:

Las torres que desprecio al aire fueron,
a su gran *pesadumbre* se rindieron.

Vedlos si no—siguió Miranda—conservar, a través de todas sus miserias, su innato orgullo ario: «Soy más decente que el Sol», os dice el uno; «yo puedo confesar a los propios confesores», os repite, llamándoos orientalmente *tú por tú*, el otro; mientras el de más allá os entona, con nostálgica música oriental, que no cabe en nuestra gamma griega, las canciones mil, a las que he aludido, canciones con las que han entretenido sus esperanzas inmarcesibles en la pobreza de su braña invernal, en el éxodo de sus alzadas, en el caminar de sus arrierías por toda España y de sus emigraciones por el planeta todo. ¿Quién, en efecto, pudo tener una concepción filosófica más pura que aquellas gentes, que comiesen *pan de choro* o de lágrimas en los bautizos, por considerar esta vida, como también la consideró Platón, una maldición y una caída, de la que sólo nos redime la muerte? ¿Quién, sino un pueblo oriental, no semita, ha podido celebrar con banquetes y *pan de cantiello* la vuelta de los muertos a la *tierra de los abuelos*, de donde cayésemos al nacer en este mundo? ¿Quién como él pudo tener un concepto tan claro de la fraternidad, cuando, benevolente, cantase

—Pericón: las vacas tuas
entraron na mía pradera;
toda la culpa fuó mía
nun cierrar la purtitchera.

© Biblioteca Nacional de España

en lugar de empalmar viva camorra egoísta, semítica, por cosas las más triviales, hasta llegar a darse muerte por ellas, mientras que otros pueblos célticos llegaban hasta a contraer, de palabra sólo, *deudas pagaderas en el otro mundo?*

Con este tan hermoso epílogo íbamos a retirarnos para nuestros lechos, cuando Miranda, cogiéndome cariñoso del brazo, hubo de decirme:

—¿Dormir? Aún no, que no hemos cumplido todos nuestros deberes del día. ¿Olvidáis que tenemos que escribir al nobilísimo Acevedo, dándole las gratas noticias que inconsciente apuntaseis acerca del *vaqueiro* extremeño?

—¿Por qué no hacerlo, más despacio, otro día?—objeté medio muerto de sueño.

—Porque en punto a Ocultismo, ya sabéis que hay que obrar siempre con rapidez enérgica, pues los Negros Poderes están siempre en acecho en contra nuestra. Suponed que de hoy a mañana nos tocase morir. ¡Un hecho más, como éste, que puede arrojar gran luz sobre uno de los más hondos problemas patrios, quedaría perdido!

—Tenéis razón—dije sonriente, admirando aquel titán astur—. Manos a la obra.

Y en una hora de trabajo, el Señor Acevedo y Huelves quedó informado de aquella novedad, base segura de grandes estudios. Después de dirigir una mirada al hermoso panorama nocturno de la sierra, el sueño más feliz recompensónos de aquel terrible día de fatiga intelectual y física.

© Biblioteca Nacional de España

IX

El sollado del pirata.—Despedida a la iglesita de La Pola.—Los valles de Somiedo. Mis recuerdos vaqueiros.—La braña del Vatchín y la Cueva de la Orania.—Cual si fuéramos a caza de osos.—Pacheco y el Cueto de la Buena-Madre.—Lo que el ingeniero columbra ya.—Profecías del Belda grande.—La fuente Revesina.—«El mayor borracho de Europa» y la fiera corrupia en los veiros del Valle del Ajo.—Miranda y Pacheco, meditan.—La última alzada de vaqueiros.—La innarrable poesía del Valle del Ajo.—Botánica astur.—Maravillas naturales.—El primer lago.—¡Quién fuese Frassinelli!—«Desde la más alta cuguruta», a 1.800 metros.

Habíamos dormido aquella noche los cuatro amigos, por no haber libre otro lugar en la fonda, bajo la crujía del tejado, crujía que, por su maderamen, parecía el sollado de un barco, con el contraste de un mobiliario hermosísimo, hecho en el país; y antes de salir el sol, que allí asoma tarde por causa de las sierras, ya estábamos todos en pie, dispuestos a montar en sendos mulos de la arrieril y vigorosa recua de nuestro guía, el bueno de Pachón de la Felguera, para reunirnos en el *Cueto de la Buena-Madre*, o de *lá Vaca*, con nuestro ingeniero Pacheco.

Nunca me pareció más poética iglesia alguna que la iglesia-ermita de la Pola, que con el canónigo contempláramos la tarde antes, porque no sé qué tienen esas vaqueriles construcciones de la sierra, que en vano puede buscarse en las catedrales más espléndidas.

Subiendo por enfrente de la iglesia, empezábamos a formarnos idea de los hermosos valles que establecen por aquella parte la comunicación entre León y Asturias, o sean el de Aguino, y por cima Perlunes y Villar de Vildas; el valle aquel de la Pola, que sigue por Guía, Caunedo y el puerto de Somiedo; el valle de La Peral; el del Ajo y el de Santiago del Ermo y Clavillas, y concordando con la toponimia de aquellos sitios, nuestro Pachón canturreaba sus cantares vaqueiros para animar a los machos que parecían entenderlos:

Cuando paso por Caunedo
digo a la mula mojina:

© Biblioteca Nacional de España

¡Arriba para Somiedo,
que allí está la más querida!

y el de:

¿De onde será aquel galán
de los butones de plata?
¡De la braña de Vatchín
que onde tu hay, se gasta!

y aquel que, con razón o sin ella, yo me obstiné en relacionar con la *Vaca*:

Xingalu de Piedrahita
ponte tempranu a la vela
que por el Curior abaxu
baxa la *Curionelera*.

con aquel de la Cueva del Oro, o de la *Aurania*, que dice:

Adiós, Cueva de la Orania,
con su golondrina bella,
ya me duelen las rodillas
por ir allegando a ella.

Artísticamente hablando, el Principado podía decirse que había terminado en los precipicios de la Riera del Castro, y aquello era ya la Babia, con su luz esplendorosa; sus altas montañas, tocadas de infinita melancolía, lejos ya de todo lo humano, y al habla directa con los cielos. A nuestra derecha se abría el valle de Somiedo, y más allá el de Laperal, hacia donde nace el Pigüeña, mientras que enfrente teníamos, y comenzábamos a remontarle penosamente, el del *Coto* o *Cueto*, que se continúa hasta los lagos que buscábamos, y curva en la presa del salto de agua del Castro, para desde allí formar el Valle del Ajo.

Alineados, cuesta arriba, y fiados siempre por aquellos precipicios al lento, pero seguro paso de los machos, parecíamos una caravana de las acostumbradas para las cacerías de osos. Delante, Narcés y los dos perros; en seguida, Miranda y yo con el guía Pachón y el fiel perro *Pachín*, a nuestro estribo, si estribo puede llamarse un curioso lazo de sogas, que, a falta de verdadero estribo, había improvisado el vaqueiro ¡para nuestra mayor comodidad! Clodomiro y los dos mozos, con todo el pesado equipo de la expedición, cerraban la retaguardia.

Casi de un empujón salvamos los 200 o más metros de altura que tiene el *Cueto*, sobre los 620 de la Pola desde el nivel del mar, y nos detuvimos frente a otra monada de la iglesia del viejo pueblo, que parecióme construída, como todas las de aquellos pueblecitos, hacia el siglo XVII por

© Biblioteca Nacional de España

maestros gallegos. Allí se nos incorporó gozoso nuestro ingeniero, a quien, en pocas palabras, le informó Miranda del verdadero objetivo de la expedición.

—¡Me lo daba el corazón hacía tiempo, desde que vengo observando con más atención a mi incomprensible tío y desde que he leído algunas de las cuartillas de su pasmosa *Biblioteca ocultista!*—agregó por todo comentario Pacheco—. Él, el Alemán de Corao y el sabio de la Quintana de las Rosas, de Peña Aullán, deben de tener más lazos ocultos de los que podemos creer, y ahora recuerdo que me ha hablado de éstos con entusiasmo indescriptible más de cuatro veces.

Pachón, entre tanto, como impulsado por resorte misterioso, evocaba a la *Vaca*, cantando entre dientes su canción favorita:

¡Dame cheite vaca roxa
qu' ye de tenzai
que la del becerro
nun la quiere dar!

acabando siempre con un *¡Urriá!* o un *¡U-quei!* estrepitoso, que electrizaba a su recua, haciéndola caminar más deprisa sierra arriba.

—Por cierto—continuó el ingeniero—que recuerdo ahora haber visto preocupado a mi tío como nunca, sobre todo desde el día del último eclipse, en que me dijo solemne: «Hijo mío; este eclipse y los dos anteriores son un jalón muy grande en la marcha de los tiempos: agoniza uno de los períodos más típicos del kali-yuga ario, y en el siglo que ha comenzado una nueva era, tras una gran catástrofe, albora para la Humanidad, era en la que nuestra calumniada y menospreciada España ha de jugar un papel principalísimo». Y después de una gran pausa añadió: «¡Yo, no lo veré...; no lo veré desde aquí, pues habré de irme con mi gran amigo, pero vendrán otros jóvenes campeones de la Buena Ley, y el Tesoro de los tesoros será descubierto...!» «¡No en vano ha dicho Castelar que la división de la Historia por siglos no es arbitraria...!»

—Ahí está la fuente Revesina y sus *ayalgas*—interrumpió el guía—. Todo este país es de *ayalgas*, a lo que me figuro. Al menos así lo decía mi abuelo, con referencia a los antiguos.

Al oirle, cambiamos una mirada de inteligencia con el ingeniero, extrañados de la intuición, rara vez equivocada, del pueblo.

—Al menos doy fe de que no es malo, que digamos, el tesoro ese—dijo Pacheco, señalando al cauce del salto, obra de su preclara inteligencia bajo el revelador consejo de su tío, y a la presa que, tras un brutal repe-

© Biblioteca Nacional de España

cho, que apenas lo podía escalar la recua, se nos presentó grandioso con su diáfana tabla de agua.

—Hacia allá caè—siguió diciendo Pachón—el Cueto de la Misa o de Villar de Vildas, en cuya gran piedra de arrriba decía misa todos los domingos el cura de Genestoso, para que así pudiesen *oirla*, aunque fuése desde media legua, todos los pastores de estos veiros. La otra cuguruta grande de ahí enfrente y encima, que tiene bien clara una galería negra a su derecha, es el veiro de sobre el Valle del Ajo, covachona por la que nadie puede subir por lo muy pendiente que está, y, además, porque hay dentro una fiera *corrupia*, cuyas huellas—añadió casi con miedo—yo mismo he visto frescas, estampadas en el barro, y que dieron el susto mayor del mundo a mi primo Fernandón Fernández, el mayor borracho de Europa, como él mismo se llama.

—¿Y qué vió, en suma, su buen primo?

—¡Una friolera! Figúrense ustedes que, en un día de gran nevada, le dió la borrachera por querer refugiarse y dormir en la cueva, fanfarroneando de que de él huían todas las fieras por *corrupias* que fuesen. Pues bueno, lo hizo como lo pensó, pero bien pronto, borracho y todo—porque los borrachos no pierden nunca el tino para ciertas cosas—salió de estampía cuesta abajo, porque decía, y ratificó luego ya sereno, que había visto dentro de la cueva andar sobre una rueda a un fantasma de barba más blanca que la misma nieve, avanzando sin miedo cueva adelante con una linterna sorda en una mano y un libro de piedra en la otra... ¡Figúrense! ¿quién iba a ser el tal fantasma sino algún *caino* o, más bien, el mismo *diañu escolar* en persona?

—¡Sin duda alguna que era mi tío! - nos dijo por lo bajo y alarmadísimo Pacheco—. Otro nadie podía ser, y empiezo a ver claro en el asunto. Pero lo de la rueda no lo comprendo, ¡como no sea alguna de aquellas ígneas ruedas de la visión de Ezequiel...!

—Verdaderamente que «aquí hay problema», y ustedes ya me entienden—replicó Miranda intrigadísimo—. Un problema para después del otro problema.

—¿Y por qué no el mismo?—opuso Narcés.

—Porque los lagos empiezan bastante más allá, que a no ser por eso...

—¡El Valle del Ajo!—interrumpió el guía mostrándonos alineadas en una sola calle, llamada de la Quintana, aunque separadas unas de otras, hasta dos docenas de casas con sólidos sillares construídas, y con *teitos*, o sean tejados, extremadamente pendientes, formados por piorno, urce y escoba, *teitos* que se aumentan año tras año con nuevos haces para reparar

© Biblioteca Nacional de España

los estragos de nevadas y ventiscas, que llegan hasta sepultar los edificios bajo seis u ocho varas de nieve—. Aquí no queda nadie en Diciembre y en Enero. Ved los hornos donde se cuece el pan, las corradas, las pasarelas para cruzar de casa a casa, y las ventanucas estrechas y con dobles cristales, que el temporal rompe a veces, derribando dentro las herradas de la leche y los secaderos de quesos.

—Verdaderamente que esto es una aldea lapona—exclamé lleno de entusiasmo, frente a aquel paisaje solar al que yo no estaba acostumbrado—. ¡Me gustaría pasar en ella un mes siquiera del invierno!

—Pues gusto ibais a tener—replicó Pachón—, porque os jugaríais la vida. Alguien ha muerto de hambre por estos lugares, bloqueado por la nieve y muchos también han muerto de frío.

—Como que el termómetro de mínima que dejé el invierno pasado en un picacho me marcó más de treinta grados bajo cero—añadió el ingeniero.

—Y, sin embargo, ved esas denegridas paredes—dijo Narcés—. Sin duda están así por algún incendio.

—Sí, un incendio horroroso que se desencadenó, años atrás, en medio de una tempestad de nieve, y que estuvo a pundo de acabar con todo el pueblo.

Una inmensa tristeza se apoderó de mí ante aquel panorama imponente, trágico, de la lucha del hombre por la vida. Consideraba que, con buen tiempo y todo, no parecíamos estar en el mes más caluroso del año, sino en el Diciembre madrileño. Mi tristeza aumentó, si cabe, cuando Narcés me dijo:

—Mirad esas mujeres llenas de bocio y esos chiquillos astrosos que juegan en esa corrada.

—Es que Asturias, desde los últimos tiempos, y gracias a la mojigatería y el perezoso escepticismo que ha hecho presa en las poblaciones como en las aldeas, está que ya nadie puede reconocerla. Hay mala alimentación, peor limpieza, y un descuido moral y físico en las viviendas, que son, por sí solos, causa bastante de esta enfermedad, sobre cuyo origen han hecho mil suposiciones los médicos—dijo, con acierto, Clodomiro.

—¡Entre nieve y no conocen el agual—dije festivamente—. Esto me recuerda de ciertos expedicionarios cortesanos que, junto a la nieve del Guadarrama y rodeados de un buen fuego, se me lamentaron un momento de que no teníamos el agua precisa para hacer el café...

—Pues no se figure que esta gente no sabe a su casa—replicó el guía—. Dígalo si no aquel del Valle del Ajo, quien fué a pie y con albarcas a la

© Biblioteca Nacional de España

Corte para quejarse al rey, de los duques, dueños de estas alzadas. Con su manta al hombro se plantificó ante el rey, diciéndole con desparpajo vaqueiro todo lo que había que decir contra *el Señor*, y el rey le atendió mejor que a un personaje y hasta le mandó dar dinero para construír las tres iglesias del Valle, Villamarín y Veigas. Siempre, desde entonces, decía que él, «con su vaca y sus cinco ovejas», era capaz de ir a Roma a pie y sin dinero.

—Allí está, de esotro lado—continuó el inagotable Pachón—, la Peña de la Bruja, por aquella mala mujer de la Peña Ubiña, que se murió de risa, y esa es la Peña de la Guaxa, que antaño dicen tuvo un letrero que decía:

Voltéame y hallarás
lo que bajo mí verás;

y cuando unos mozos la volvieron, al fin, del otro lado buscando una *ayalga* de una *gaceta*, se encontraron con otro letrero en que estaba escrito:

¡Gracias a Dios y al *diao*
que ya estoy del otro *lao!*

Reímos de buen grado con aquella simpleza, y empezamos a comentar, llenos de asombro, la incomparable poesía del Valle del Ajo y de sus ubérrimos campos de primavera, que allí, a 1.300 metros de altura, aún tenía en Julio el trigo escanda y la cebada sin espigar, entre prados, maravillosos por su intenso verdor, cuajados de atronadores grillos, y visitados por nutrias, osos, gatos monteses, zorros, jabalíes, tejones, rebezos, que no robecos como dice Pidal, lobos, gamuzas, ardillas y sanguinarios linces. Suelo con varios metros de *humus*, en el que arraigaban y crecían lozanas las plantas de flores más extrañas y menos de sospechar en aquellas altitudes: lirios y pensamientos silvestres; rosas de cinco pétalos en asalmonado, rojo y amarillo; velieras; mejoranas, sigilarias; clavellinas, carquexa, consolda, digital, vetonia, trébol, gamonitos, meruéndanos y margaritas variadísimas que acababan de celebrar con sus florescencias divinas la fiestas del solsticio del estío, o *de San Juan*, festoneando a los ínfimos patatales, también en flor, algunos de los cuales, muchas veces se quedan sin recoger por sepultarlos antes de tiempo las nieves tempranas de Agosto, y perduran así hasta el siguiente año, si es que los osos, corzos y jabalíes no las desentresijan de la nieve cuando el hambre invernal les acosa. Varias liebres, algún faisán de mil colores, chobas y codornices, volaron o corrieron espantadas ante nuestra profana irrupción, yendo a esconderse entre las matas de piomo, escoba, gauzo o ulceo y de *no-*

© Biblioteca Nacional de España

breras o especie de cedros, allí transformados por el clima de montaña en ínfimos arbustos. No faltaban tampoco, remontando desde las torrenteras ruidosas de las hondonadas hacia la caliza grisácea de las cumbres de enfrente, los últimos salgueiros, robles, hayas, abedules, foyas y fresnos, fresnos inmortalizados en el país por la facilidad que tienen para arder, a diferencia de las *foyas*, según reza el cantar vaqueiro de

Le dice el fresno a la foya:
¡Oste allá, desventurada;
si no fuera por vergüenza
yo ardiera bajo del agua! (1).

---

(1) Por orden expresa de Miranda copio aquí casi todo el párrafo VIII, libro 1.º de las *Antigüedades de Asturias*, del P. Carvallo, consagrado a las «Yerbas y cosas medicinales que se hallan en Asturias», y que dice:

«Tuvo Noé y los suyos, sin duda, gran conocimiento de las virtudes de las yerbas y de otras cosas medicinales para conservación de la vida y remedio de las enfermedades. Y en lo que toca a las yerbas, el doctor Martín Sánchez Raposo, médico de la ciudad de Oviedo y catedrático de matemáticas en su Universidad, persona de grandes estudios y experiencia, dice que no han tenido conocimiento los antiguos y modernos arbolarios de yerba alguna que no se halle en Asturias, si se busca con cuidado; y que entiende hay muchas más de grandes virtudes que no han conocido: y quiero referir algunas de las muy conocidas y celebradas que el mismo doctor me ha dicho se hallan en esta tierra: el dictamo y ralcopórtico, que antiguamente excusaba el ruibarbo. La escorzonela, tan celebrada contra el veneno. La violeta, de que se lleva gran cantidad a las Indias. La carlina, tan estimada contra la peste, como la experimentó Carlo-Magno en la que padecía su ejército. El cártamo, que es el alazoz. El cexe, de quien se dice: quien tuviera el cexe, no ha menester maestre. La calafraga, tan celebrada de Plinio para la piedra. El crisantemón, que por sus medicinas y virtudes era consagrado al Dios de la medicina. El polipodio, jenistra, genciana, valeriana, lenguabuey, pentasilon, escabiosa, sigilis salmonis, niebada, palmachristi, betónica, celidonia, centaura, eufrasia, persicaria, ranúnculo, ajenjos, consuelda, verbena, estrellamar, sanguinaria, politrico, ciento en rama, parietaria, saúco, mejorana, hiedra, gigantea, llantén, marrubio, orégano, tabaco, serpilio, amaranto, pimpinela, agrimonia, eruca, grama, hisopo, virga áurea, que llaman la yerba de mendo, y la del ballestero, epática, lengua cervina, junquillo, manzanilla, retama, malvavisco, malgatón, peonia, asaro, pastinaca, eneldo, poleo, trébol, civeta, cardo santo y otras innumerables de que están cubiertos los campos. La causa de haber tanta variedad de yerbas, es porque la tierra es de varios temples, que con los valles y montes, en unas partes es fría y en otras caliente, en unas alta y en otras baja, aquí sombrío y grueso, allí solano y delgado; la cual verdad asimismo deleita a los que con atención contemplan esta tierra. Hállanse también en ella árboles medicinales y flores muy preciosas: el palosanto, que llamamos boj; la zarza,

© Biblioteca Nacional de España

Los pasos de la recua resonaban extrañamente sobre aquella secular capa de mantillo a la que debe su impropia fertilidad el valle, y la vista se dilataba de un lado hasta las curvadas y retorcidas capas de caliza que dominan el valle de Somiedo, y por el otro hasta los picachos de la Bovia, que son el broche central de las tres vegas, del Ajo, de la Llamera y de Saliencia, mientras que, hacia atrás, aparecían hundidos como en un abismo todas aquellas caóticas cristerías que el día anterior en la Riera y el Castro habíamos tenido sobre nuestras cabezas. También las últimas corradas de vaqueiriles refugios iban quedando más abajo, en torno de la espadaña de la última capillita, donde no cupiesen más de doce personas y donde sólo y por acaso se decía misa en algún domingo del verano. Unas cuantas ovejas y vacas, haciendo prodigios de equilibrio, pastaban las finas hierbas de sobre los riscos calizos, riscos donde los aludes, traves y adenes habían dejado al descubierto las incurvadas capas de su sedimento, todo cuevas merced a las denudaciones. Más arriba la nieve inmaculada, la nieve eterna, la nieve coeva quizá con la de los primitivos glaciares cuaternarios, sobre la que, con sacra majestad, posábanse imponentes, atalayados y blanquísimos *cúmulus*.

—Así, como este valle, están los campos de Extremadura en invierno—dije maravillado de tanta fertilidad y tan inesperada como inexplicable belleza.

—Como que aquí, cual en tantas otras inestudiadas maravillas naturales, reina la paradoja—respondió Miranda, no menos impresionado—. La altitud haría, por sí sola, inhabitable ya este valle para casi todos los animales y plantas que en él estamos viendo; pero la química interior de este *humus* prolífico desarrollando calor; las crestas del contorno que, en cierto modo resguardan a este montañoso circo; posibles corrientes termales subterráneas, y, sobre todo, la extraordinaria insolación de este valle o meseta, que para el caso es como una despejada meseta de Castilla, aunando todo ello, quizá, a ignoradas influencias de los rayos solares y de cuerpos simples de la familia del nitrógeno, argo, crípto, xeno y helio, determinan este portento sin rival de las alturas y vegas de Somiedo, célebres en los fastos, no estudiados tampoco, de la trashumación vaqueira. El ganado

---

con mucha abundancia; el romero, lentisco, mirto, arrayán, enebro, granados, cipreses, laureles, hiedras, vidmines, lirios, azucenas, mosqueta, alelí, rosa, flor de saúco, retama, naranjo, lagariosalita, que es el clavel, y otras innumerables flores, de las cuales fabrican las abejas mucha y muy linda miel... Por estas y otras comodidades quiso el patriarca Noé que se poblase esta tierra.»

© Biblioteca Nacional de España

que aquí pasta ahora y baja luego a pasar el invierno en *las Extremaduras*, puede decirse que vive en una temperatura constante, pese a la alternativa de las estaciones, y da una raza pecuaria vigorosísima, que asimismo no sabemos estimar en toda su valía, mientras que los ingleses, trasladándola a sus húmedos países, han hecho de ella, de sus merinas, una de sus mayores fuentes industriales de riqueza, riqueza ¡ay! que nosotros, en gran parte, hemos perdido.

Sin darnos cuenta en nuestro feliz embobamiento, íbamos subiendo más y más, y antes de que el frío de nuestros cuerpos lo indicase, ya lo iba diciendo el mismo valle, que, según avanzábamos, empobrecía. No se sabe bien en tales sitios, que cada vez le van diciendo más enérgicamente al hombre que aquel alto mundo no es ya el *bajo* mundo suyo, lo que una mera diferencia de cien o doscientos metros allí significa. Las nieblas cerraban lentamente sus copetes sobre las cimas, para rodar luego por los valles y mar en forma de tormentas horrísonas. Ya no veíamos pájaros, ni casi flores, y un silencio de muerte se iba apoderando de aquel confín de las Asturias, región que, más que de este mundo, parecía más allá un valle lunar, frío, triste y desierto. Tras un altozanito de tobas rodadas surgió ante nuestra vista la hondonada, donde, subiendo un poco más, se hallaba el primer lago de los de Somiedo; el llamado *del Valle*, o bien, como pretenden muchos, aquel de quien el pueblo de *Valle del Lago*, y no del *Ajo*, toma el nombre: «*Non ego, sed Ego, non Ego sed Ajam*», que rezara la parte más logomáquica y más incomprensible del famoso documento de Frassinelli, documento al que debíamos el andar, a la sazón, por tan extrahumanos sitios.

—Vamos a llegar ya al lago—dijo Pachón a Miranda, que, a la sazón, cogía unos raros ejemplares de *liquen de Islandia*—lago donde una vaqueira de Villarín, seducida por su propia hermosura, cayó al mirarse en las sus aguas de color violeta. Nunca más se supo de ella; sólo sí se hallaron, *manados* en una fontina de allá abajo, su gargantilla de corales y sus pendientes de oro.

—Sí, ella, la tal vaqueira-símbolo, es la Ondina de estos encantados lagos—añadió Miranda—. Ella ha dado lugar al cantar vaqueiro de:

Pasaste para Somiedo:
diste vuelta por Pajares
sin acabar de traeime
la niña de lus curales.

© Biblioteca Nacional de España

cantar hermano de aquel otro del valle del Pas de la Asturias, de Santillana o Santander, que dice:

Caminito de Torazo
suspiraba una pasiega,
que perdiera sus corales
en lo llano de la Vega.

pues que tal doncella es el símbolo entero de la vaqueiril raza estigmatizada, que ha perdido antaño y está ya recobrando en nuestros días los *corales* o *curu-ales* de las solares glorias pristinas que a su excelsa raza oriental, búddhica y nobilísima caracterizasen *ab initio*.

A la orilla ya del lago, yo me adelanté hacia la isleta que se extiende hasta el centro de él, pisando desde la orilla sobre altas piedras pasaderas, a flor de agua; y mientras se daba un buen descanso, harto necesario, a la recua, envidié una vez más no tener el admirable lápiz de Don Roberto Frassinelli para tomar rápidos apuntes de todos aquellos contornos divinos mientras mis compañeros sacaban fotografías aquí y allá. Mas, ¡oh, impotencia del artista para reproducir algo de la infinita sublimidad de la Naturaleza, en toda su pujanza enemiga y bravía!, el lápiz se me caía de las manos; mi vista se anublaba; mi inteligencia caía en anonadamiento... ¡Sólo de mi corazón, cual nunca engrandecido y vigoroso, se elevaban, a guisa de oración, o más bien de himno, las emociones más dulces; las aspiraciones más serenas e intensas de eternidad, de infinitud y de luz...!

¿Qué son allí, ni en puridad, qué representan las grandezas, las aspiraciones, los recuerdos ni las demás cosas de los hombres? «—¡Vanidad de vanidades!», que dijo Salomón.

Y cuando, una hora después, dejáramos ya, a la espalda, el dulce lago del Valle, remontando, malamente a pie, por la crestería de riscos y precipicios que le separan de sus hermanos el de Ca Mayor y el de la Calabazosa, ya con sus espejos de plata a la vista, allá abajo, mi labio profano no supo sino repetir aquellos versos del poeta astur José María Aceval y Gutiérrez, versos que son del más supremo misticismo:

Y al verme n'a más alta cuguruta,
abaixo el mundu, el cielo n'a cabeza,
qué nonada tan grande parecía
lo que facen los homes... ¡Qué miseria!

No en vano estábamos a cerca de 1.800 metros de altura, con los picachos de sobre Torrestío a un lado y todo un laberinto de sierras al otro, en la misma divisoria casi leonesa y en región de nieves poco menos que perpetuas.

© Biblioteca Nacional de España

X

Descenso al Ca-Mayor.—Un paseo por el lago.—Instalando el campamento.—Plan de operaciones.—Dilema terrible gaedhélico-latino.—El último vaqueiro, Señor de Campanillas.—El itinerario de Townsed y de Le Sage.—Recuerdos célebres de la caza del oso.—*Xuacón de Santiago, Toribiðn de Llanos* y *Xuanón de Cabañaquinta*.—Un amanecer en la altura.—Exploración de los veiros de junto al lago de la Calabazosa.—Sorprendidos por dos osos.—Peligro inaudito.—El abrazo del oso.—Triunfo del heroico Clodomiro.—Banquete improvisado.—Noche triste, y no de Otumba.—Deliberación solemne.—Nuestras esperanzas se marchitan.—La lengua de Camoens y Clodomiro.—Lo que puede valer un punto de ortografía.—¡Eureka!—La Cueva del Tarambico.—La leyenda de la oveja y su cría.—Narcés descolgado hacia el abismo.—¡El tesoro a la vista!—Tareas improvisadas.—¡432 barras de oro!—Los cinco más generosos mortales.—Más de diez millones de pesetas en perspectiva.

Atados, para mayor seguridad, unos con otros, bajamos rápidamente del picacho por un *ádene* no exento de peligro, y muy pronto nuestra vista maravillada se extendió ansiosa por todo el ámbito de aquel mar en miniatura que se llama lago de Ca-Mayor, que a nuestros pies, desde hacía rato, ya teníamos.

Las suaves orillas del lago solitario apenas si mostraban el verde de algún pradezuelo y las achaparradas ramas de los últimos arbustos de la flora alpina. La vegetación en aquella altitud de 1.600 metros, era ya casi un milagro, y a las risueñas perspectivas de otros lagos menos elevados, sustituía una dulce melancolía ascética, un ambiente de severidad sin límites y sin otras coloraciones que el amarillento lechoso o grisáceo de las tobas; el azul intenso de las aguas en las que daba aún el sol, y el violeta extramundano de las mismas allí donde las sombreara la atalaya del peñasco que, a plomo sobre el lago, se alzaba por la izquierda.

Una más que fresca brisa de montaña rizaba aquellas celestes aguas diáfanas, en cuyos fondos se dibujaban algas y lianas de un verde intensísimo. Las diminutas olas venían a romper sus crestas de espuma en las

© Biblioteca Nacional de España

guijas de la orilla. Una barquita de pescadores yacía amarrada en un pequeño estero, y ella, por no sé qué asociación de ideas, me trajo bien pronto a la memoria la famosa que, con la vela blanca y negra, viese en el lago Enol cual en un ensueño arcadiano; pero esta vez era real y efectiva la barquita, pues que, en mi siempre inconsciente alegría de chico, ya había saltado a ella y empuñado los remos, para darme, con Narcés y Clodomiro, el más agradable de los paseos lacustres.

—¡Alto ahí, caballeros—nos gritó Miranda—, que son las tres y aún no hemos comido! Todo se andará a su tiempo, traviesos amigos.

Recorrimos con la vista los contornos del lago en busca de adecuado sitio donde emplazar el campamento, no sabíamos bien para cuántos días. Al fin, deputóse por mejor un altozanito de la izquierda, vecino a unas chozas vaqueiriles, libre de toda humedad por su altura y protegido del viento por la atalaya de sobre el lago. Desde la especie de silla de caballo que el sitio aquel hacía, pudimos observar, al lado opuesto, el caz de otro lago idéntico al de Ca-Mayor, pero desecado casi. Luego, tendiendo unas mantas sobre la atalaya lacustre, comimos con todo el apetito que es de presumir, dadas las fatigas de la ascensión y el ambiente vivificador de la montaña.

La tarde aquella hubo de pasarse en los preparativos de la instalación de las tres tiendas: la pequeña para la recua; la mediana, que tenía tres departamentos, de cocina, despensa-vestuario y cámara, para los tres mozos; y la nuestra con un departamento-comedor y dos de dormitorio.—Una castramentación en toda regla y como para poder pasar felices dos meses por lo menos—, decíame a mí mismo, encantado de todos aquellos *polares* preparativos. Las tres tiendas estaban muy juntas para darse calor, y delante de ellas pensábamos encender una hoguera contra las alimañas y montar una guardia, innecesaria quizá, pero que completaba, de un modo delicioso, el castrense conjunto.

Al ponerse el sol, descendiendo rápidamente la temperatura a tres grados, cenamos y estrenamos con toda solemnidad las tiendas, con un discurso inenarrable e imponderable de Narcés, quien poco a poco se había encariñado con la expedición aquella, y hasta creía ya otra vez en el tesoro. Después se convocó consejo general entre los amigos, acerca de nuestros planes ulteriores de busca y hallazgo del tesoro, a costa de tantos afanes perseguido. Pachón, el guía, asistía también al consejo, con voz pero sin voto.

—No cabe duda, señores—comenzó solemnemente el gran Miranda—, de que nos hallamos frente a las *miraviliae acquae lacustres* que consti-

© Biblioteca Nacional de España

tuyen la décima y última de las señales del tesoro y el fin de nuestros penosos anhelos. Una triste fatalidad, por la que estoy muy lejos de reconvenir a nadie, pues que es cosa harto kármica sin duda, nos ha impedido tener aquí, al lado de esta señal física, la única, la sola señal verdad, del sabio anciano, tío de nuestro Pacheco, que debía habérnosla enseñado, llevándonos por la mano, como a niños, a la *caverna Lanka* o caverna del lago, que reza el consabido documento de nuestra sublime Frassinelli. El tesoro, pues, está ya cerca: quizá bajo nuestros pies mismos, y entiendo, salvo vuestra opinión que tenéis la estricta obligación moral de no omitir, que nuestra primera tarea, mañana, debe ser la de recorrer con la barquita esa que como de intento hemos hallado dispuesta por manos invisibles, todas las anfructuosidades costeras del peñasco, por ver si bajo él se abre la entrada de alguna cueva, donde, al tenor del documento, yazca el tesoro escondido.

—¡De acuerdo!—respondimos al unísono.

—Pero llegados aquí, no debo ocultaros una viva contrariedad que me asaltara y confundiese desde el primer día. Este es, por supuesto, el lago de Ca-Mayor, o mejor dicho del *Cha-Mayor*, que, al tenor de la vieja palabra bable, quiere, pues, decir *el lago grande*, el lago por antonomasia. En él, digo, debemos encontrar el tesoro, porque las palabras latinas no pueden ser más terminantes, al decir: *in hoc lacus miravilius autem potest invenire thesauri sigillum*; mas, ¿dónde encontrar, entonces, el *Vicus-Tara*, el vico o castro de Tara, cuyo nombre gaedhélico campea sobre el sello mismo del documento, como todos recordaréis, y como ver podéis, sino —añadió poniendo el documento sobre la mesa.

Todos nos quedamos perplejos. El ingeniero Pacheco tomó la palabra, entonces, para observar:

—Mi deber es deciros que abrigo las mismas dudas que vos, mi sabio amigo, y he de preveniros además que la cosa se complica, porque yo, que conozco por mí y por mi tío, palmo a palmo, estas sierras, estoy seguro de que por aquí, jamás ha habido vico romano ni ibérico alguno, pues ya sabéis que, efectivamente, estas alturas son inhabitables durante nueve meses al año. Es más, os aseguro lealmente que para encontrar las ruinas de los vicos o castros más vecinos hay que ir allá enfrente, del otro lado del valle de Saliencia que se abre ahí abajo a nuestros pies. Por allí, en efecto, pasa una calzada romana que desde León y Torrestío penetrara antaño por los puertos de Ventana y la Mesa, vecina a los poblados de la Magdalena, Piedra Jueves, *Collados* de Barbarán, Queiro, San Lorenzo, La Corredoria, Cabezas, Santa Hervás, Pueblo Dolia, las

© Biblioteca Nacional de España

Cruces, el Acebo, Venta Nueva, Venta Motas y Capítulo. En semejante vía, que llega hasta Grado y la marina, suelen verse aun, de tres en tres millas, restos numerosos de vicos militares romanos que el vulgo llama indistintamente *ermitas*, porque, en efecto, algunas fuesen luego ermitas o retiros de ascetas, al modo de las actuales de la sierra de Córdoba, y delante tienen siempre su venta en ruinas y su prado que antaño fuése lindo huertecito.

—Sí, esos son unos sitios todos de *ayalgas*—observó Pachón—. De muchas de ellas me habló a mí Florentino Fernández, hijo de Raimundo, que fué el último arriero que tuvo *nobleza de Campanillas*, o sea que tuvo siete machos de recua, con derecho a llevar todo el pretal del macho delantero cuajado de campanillas, las que sonaban mucho al cruzar los pueblos, y sonaban, aún peor en los oídos envidiosos de otros nobles de pendón y caldera que no eran vaqueiros. Raimundo, digo, sirvió durante más de cincuenta años, de ordinario de Avilés y Grado a Madrid; andando a razón de once leguas durante once días de ida y once de vuelta, y fué hombre que creo se murió de espanto, de rabia y de sentimiento, la primera vez que vió al tren meterse, como una cosa mala, como una serpiente maldita, sierra de Pajares abajo, a lo largo de túneles, y andando liso y llano, sin embargo, en menos de un cuarto de hora, toda la tierra que él con su recua no cortaba ni en un día de fatigas.

—¿Sabéis de alguna de estas *ayalgas*, Pachón?—le preguntó Narcés.

—Sí, sé de algunas, y recuerdo también que no hace muchos años se presentó en Arbeales un pobre desarrapado, quien, mediante módica cantidad, concertó con los del pueblo el irles arreglando despacio el camino viejo, que las aguas tenían deshecho, y se sabe bien que a los pocos días de cavochear en sus bordes, dió con un tesoro tremendo, y desapareció de la noche a la mañana, sin que nadie se percatase. El sitio era junto a la *Cueva de la infanta Urraca*, y por cerca pasa, creo, el cordel de merinas que viene desde el Bierzo y desde la Babia.

—Sí, ese asunto de las vías romanas es problema muy bien tratado por Fernández Guerra en el tomo once o doce del Boletín de la Academia de la Historia. Por una de esas vías, que suelen seguir a media ladera, cuando no cordales por arriba, y no por los valles, entró Townsed, el de las *Cartas-fueyos*, en Oviedo, a fines del siglo diecisiete, y ese mismo itinerario, poco más o menos, debió seguir, a la inversa, Le Sage para su Gil Blas de Santillana. Pero nos estamos apartando de la cuestión. Se nos presenta, por tanto—continuó Miranda—, un desagradable dilema, que nos habría sido resuelto en el acto por el sapientísimo tío de nuestro Pacheco,

© Biblioteca Nacional de España

si hubiese podido venir a guiarnos, como yo quise, es a saber: que si nos fijamos en la última señal latina referente al lago y a su vecina cueva que reza el documento, debemos buscar por aquí en cuantas cuevas haya, con un interés en razón inversa de lo que ellas estén de alejadas del lago; pero si, por el contrario, dejando a un lado las indicaciones latinas, que siempre me pareciesen meramente auxiliares y hasta de mano extraña acaso a Frassinelli, para atenernos a las tan lacónicas de las *gaedhélicas* u *ógmicas* de la cabecera del dicho documento, hemos de obstinarnos en hallar ese enigmátio Vicus-Tara y tendremos precisión de ir aún más allá de Saliencia y recorrernos las vecindades de Puerto-Ventana y Piedra Jueves, ya alejados de estos lagos, con probabilidades muy remotas, por consiguiente, de lograr un éxito. Opino, en suma, que debemos optar por lo primero, antes de que, por desgracia, tengamos que apelar a lo segundo.

—Si es que vamos a meternos, señoritus, en cuevas—dijo Pachón—, hay que tener más que cuidado con los osos que puedan estar *enarciados* o metidos todavía en ellas por el mal tiempo que ha hecho, y será bueno vayamos bien prevenidos, no nos pase lo que a aquel buen mozo de La Peral, que por poco si no lo cuenta del susto.

—¿Qué fué ello pues?

—¡Una friolera!—replicó Pachón estremeciéndose—. Pues que bajaba, digo, el guapo mozo, una noche de poca luna, a cortejar en Caunedo, cuando vió un bulto negro en el camino, y él le tomó por un borrico que estuviese por allí paciendo. «¡Buen caballo, *ye verdad*, que me he encontrado!», dijo, tomando carrerilla para montarle; pero ya iba a echarse sobre el jumento, cuando éste le soltó un gruñido espantoso que hizo retemblar todo el valle. Como que era un osazo más grande que su padre y que andaba paciendo por los maizales... El buen mozo estuvo sordo del miedo y del gruñido cerca de quince días.

—Eso me recuerda—añadió Clodomiro—el lance que cuenta Don Pedro Pidal de aquel *Xuacón de Santiago*, que fué una noche con un compadre suyo a darse una *fartura* de cerezas *mouranas*, o séanse negras, en el Jardín de la Villa de los Indianos. Por una senda que no era ni de perdices llegó al solitario sitio, y, al acercarse al árbol, vió un bulto negro doblando las ramas. «*Chachu, y déxame unas poucas.*», exclamó *Xuacón*, creyendo se le había adelantado su compadre. Entonces, por toda respuesta, el desprevenido *Xuacón* recibió encima la imponente mole de un oso, que, espantado por la llegada de aquél, se descolgaba del árbol y echaba a correr, riscos arriba, como hombre a quien lleva el *diañu*.

—También es curioso—dijo, por su parte, Narcés—otro caso que

© Biblioteca Nacional de España

cuenta el mismo señor, de aquel Garrido que llevaba matados en estas sierras setenta y cuatro osos e innumerables jabalíes. Cierto día se separó, muy disgustado, de otros cazadores porque, contra su costumbre, no se había estrenado siquiera. «Yo no vuelvo nunca, *ye verdad*, a casa sin cobrar alguna pieza», dijo, y se dispuso a ponerse de aguardo aquella noche en el Reconco, por donde él sabía que solían andar los *bichos*. Al amanecer apenas, por tras las piedras de su escondite, presenció asombrado una escena bien singular: vió bajo el castaño frontero a un enorme jabalí que comía tranquilamente las castañas que allá, desde lo alto de la cogolla, estaba derribando un oso no menos corpulento. No parecía el oso muy contento, que digamos, con aquel nuevo camarada que le había salido. «¿A cuál disparar?», se preguntó, un instante entonces, el valiente Garrido el vaqueiro, lamentando fuése de un solo caño su escopeta. «En mi casa—pensó—no viene mal, que digamos, el *tocín*», y disparó a bocajarro sobre el jabalí, quien, al sentirse herido, suponiendo, sin duda, en su agonía, que el oso era el culpable de su muerte, la embistió contra éste cuando bajaba del árbol y le abrió en canal el vientre con sus acerados colmillos, no sin extraordinario contento de Garrido, quien nunca como entonces pudo gloriarse de haber muerto dos *pájaros* de un tiro.

—Desde la más remota antigüedad—dijo Miranda—los próceres asturianos fueron siempre apasionados por esta caza tan peligrosa de los osos, desde el rey Favila, y aquellos que diesen elementos para que se escribiese el *Libro de la Montería*, de Don Alfonso undécimo, ya mencionado por Valgrande, Lande Cerezal y otros cazadores célebres, hasta el gran naturalista alemán Edmundo Brehn, quien habla del *ursus arctos* asturiano como de una variedad del *ursus pirenaicus:* pardo, amarillento en la cabeza y con las patas negras; pasando por Gonzalo Peláez, rey de armas de Alfonso séptimo; por Rodrigo Alvarez de las Asturias, señor de Noreña y padre adoptivo de Enrique de Trastamara; por Diego Menéndez Valdés, merino de Juan segundo, y, en fin, por Gonzalo Bernáldez de Quirós; *Don Pepito* Quirós, los Pidal y el Marqués de Campo-Sagrado y de la Isabela. Pero los verdaderos héroes eran los paisanos del tipo de *Murdín* de la Reguera, *Xuacón* de Santiago, *Toribión* de Llanos y *Xuanón* de Cabaña Quintana, para quienes la caza de tales fieras era algo así como una segunda naturaleza.

Con estas conversaciones agradables se pasaron las primeras horas de la noche, y a cosa de las diez todos estábamos ya tirados a lo largo de nuestros comodísimos petates de campaña, en medio de la agradable temperatura de las tiendas, mientras que, por pura precaución, casi por vanidad,

© Biblioteca Nacional de España

que decía Narcés, se montaba delante de ellas una guardia, al lado de una regular hoguera. La guardia mía me tocó al amanecer, y confieso que hube de alegrarme en el alma de poder así admirar el cómo brillaban las estrellas en tamaña altura, cómo llegaba allí el nítido fulgor del alba, que, según dice Blavatsky, es uno de los mayores misterios de lo Oculto; cómo rapidísimamente se echa encima el día, y cuán divino resultaba, en fin, el primer rayo de sol rielando sobre lejana niebla de más abajo, en el valle de Saliencia, mientras que por aquellas honduras todo eran tinieblas aún. El frío se dejaba sentir, y el termómetro exterior marcaba siete grados bajo cero.

Puestos luego en pie mis compañeros, y tras un frugal desayuno de café con leche condensada, y otras menudencias, nuestro primer cuidado fué el recorrer todo el contorno del peñasco, que atalayaba sobre el lago, en demanda de alguna oquedad explorable. No vimos, al principio, ninguna; pero la mirada perspicaz de Clodomiro descubrió al fin, hacia un costado, algo así como una arcada muy baja, por la que se metían, coronándose de espuma, las diminutas olas del lago.

Miranda quiso explorar bien aquel rincón, metiéndose debajo con la lanchita; pero Narcés, que tenía hacia él, como sabemos, una solicitud tan grande casi como por su *niño* Conradino, no consintió que arrostrase solo aquel peligro; y digo peligro, porque no dejaba de haberle en meterse por sitio tan bajo y angosto con la lancha. Lográronlo al fin; pero no sin tenerse que tender casi a la larga sobre la quilla y remar con ciertas precauciones hacia dentro. Tras de un cuarto de hora, que a los demás nos pareció un siglo, volvieron a salir medio chapuzados los dos valientes, diciéndonos que más adentro de aquella angostura se abría una mediana gruta, la cual terminaba pronto en una especie de chimenea, orientada casi verticalmente hacia el lado de nuestro campamento, mas completamente impracticable.

Yo quise contemplar aquella rara gruta, y con el amigo Pacheco repetí la hazaña, viendo que así era en efecto, y que las aguas de la bocana, al modo de las de la *Gruta Azul* de la isla de Capri, aparecían teñidas, al refractarse los rayos solares en ellas y en las algas, que exornaban la bocana de un azul verdoso bastante semejante al encantado palacio de mi *xana* de Salas.

Sin pérdida de tiempo volvimos la espalda al lago de Ca-Mayor para caer, del lado de allá de la colina que le cierra por el lado de Saliencia, al otro lago vecino, llamado de la Calabazosa, y cuya figura, geométricamente rectangular, casi cuadrada, hubo de maravillarme sobremanera.

© Biblioteca Nacional de España

—Este no debe llamarse lago de la Calabazosa, sino de *Cha-Negro*, lago o *Chago-Negro*—dijo el guía—; y no hace todavía muchos siglos que se formó, porque mi abuelo nos contaba, en las horribles noches del invierno, que esta cañada no tenía antiguamente lago alguno, sino que era una braña de vaqueiros caínos. A una vaqueira vieja que en la braña vivía, el *cuélebre* grande que mora por estos *veiros* le robaba todas las tardes, al recogerse el *jato*, uno y aún dos *reciechos*, hasta que ya un día la vieja se cansó de la bromita y echó al *cuélebre* esta maldición feroz. «—¡Mal confundía se vea esta braña toa!», dijo, y entonces la braña se hundió de repente, apareciendo el *Cha-Negro*.

—En efecto—respondió Miranda—. Este lago es más tristón, menos hermoso que su hermano de por cima. Uría me contó la misma leyenda un día.

Desplegados todos en guerrilla y con los rifles dispuestos para cualquier evento, como si efectivamente fuésemos de caza de osos, empezamos a recorrer las laderas, ya casi sin nieve, y llenas de brezo, piorno, escobas floridas, helechos y rosales cuajados de rosas, que dan vista ya hacia la parte de Saliencia. Pensábamos explorar las tres o cuatro cavernas más vecinas a los lagos que tiene por allí aquel espolón de la Bovia de Somiedo, y era aquella una buena precaución por si en las cuevas se hallase todavía *enarciada* alguna fiera.

Ya llevábamos recorridas dos cuevas, sin encontrar nada de notable en punto a nuestras pesquisas sobre el tesoro, y sin que los perros diesen, ante ellas, señales de inquietud, cuando, al acercarnos a la tercera cueva, *Pachín*, que iba delante, lanzó rabiosos aullidos de alarma, seguido de los ladridos de sus dos congéneres, quienes, al punto de penetrar en la cueva siguiendo sin duda el rastro de algún bicho, se vieron arrollados por una pareja de osos, que estaban dentro. La hembra corrió espantada riscos arriba, pero el macho, contra el que disparó, sin tocarle, Pacheco, de una zarpada vigorosa malhirió a uno de los perros, arrancándose en seguida en derechura hacia mí, que estaba por bajo.

Al ver venir sobre mí aquella espantosa fiera rugiendo como un león enfurecido, las piernas me flaquearon, helóseme la sangre en las venas, y automáticamente, casi sin apuntar, según la indescriptible turbación que me dominaba, disparé los dos cartuchos contra el oso, sin tocarle, como era natural, ni un pelo. Para mayor desgracia, no acertaba a poner en el arma mi cuchillo de monte, según el espanto que sentía, considerándome ya perdido, al ver que la fiera pavorosa, más certera que una flecha, se me venía encima.

© Biblioteca Nacional de España

Di entonces un grito de suprema angustia, porque, sin acertar a explicarme cómo, no era ya contra mí contra quien se había lanzado el plantígrado, sino contra el desgraciado Clodomiro, que temerariamente se había interpuesto, recibiendo ya de él ese terrible abrazo mortal, que se ha llamado *el abrazo del oso*. Hombre y fiera rodaron al punto ladera abajo, abrazados, hechos un informe ovillo.

—¡Está perdido! ¡Infeliz amigo!—exclamamos todos a una, horrorizados y lanzándonos sobre la bola que formaban los dos, bola de la que empezaba a brotar sangre en abundancia.

—Perdido, no; ¡salvado!—gritó triunfalmente Miranda—. Clodomiro es un émulo del propio *Xuanin* de Cabañaquinta, pues que, como él, se ha abrazado con el oso, para en este momento mismo seccionarle una carótida con su puñal, clavándole luego el puñal en el corazón...

En efecto; nos agrupamos en el sitio de más abajo donde cayesen juntos hombre y oso, y vimos, con alegría inmensa, que la fiera agonizaba ya, mientras que Clodomiro se levantaba todo ensangrentado y triunfante, lanzando un vaqueiril *¡ijujú!*, que retumbó por los valles aquellos.

No tenía sino ligeros rasguños, y todos le abrazamos a porfía, felicitándole por su inaudito heroísmo.

—No he hecho sino seguir simplemente la santa tradición de mi raza asturiana—dijo con noble orgullo, enjugándose el sudor que inundaba su frente. Hijo de Pelayo, y más afortunado que Favila, en él gallardeaba triunfal, en efecto, toda una raza entera.

Había que celebrar aquello de un modo solemne. Al efecto, los mozos remataron y desollaron la fiera, cuya cabeza y piel pedí que se me guardasen, y, encendiendo allí mismo alegre lumbrarada, tendimos *manteles* y comimos, entre otras cosas, un inesperado plato de jamón asado o ahumado de oso que no agradó a Narcés, pero que a mí no hubo de saberme mal del todo, como plato de honor que era de aquel improvisado banquete, a 1.700 metros de altura. Decididamente que, si bien no encontrábamos, a juzgar por las muestras, el tesoro, por lo menos nos divertíamos virilmente con emociones fuertes como aquella, emociones que habría enviado, a buen seguro, aquel estrafalario inglés, quien se lamentase de haber perdido aquel tren mismo que, sin consecuencias, descarrilase después. Redoblamos, no obstante, las precauciones, exigiendo de Clodomiro que, en honor nuestro, no repitiese la hazaña peligrosa, por más osos con que tropezásemos en las otras dos cuevas o minados que después fuimos a explorar más arriba, sin más éxito que las otras anteriores.

Convencidos, pues, de que por aquel lado no había ya nada que hacer,

© Biblioteca Nacional de España

al tiempo mismo en que el Sol se ocultaba regresamos a nuestro campamento con los restos triunfales del oso, cuya cabeza me proponía hacer disecar, y hacer curtir también su piel como recuerdos espeluznantes de la desastrosa aventura que habría yo corrido, a no ser por el increíble heroísmo de Clodomiro, quien seguía recibiendo todavía el tributo de nuestros parabienes entusiásticos.

La cena de aquella noche fué breve y tristona, no sólo por el cansancio y por las emociones sufridas, sino porque todos, a excepción de Miranda que eran el optimismo sabio y la fe hechos carne, empezábamos a desconfiar, con fundamento, acerca del éxito de la empresa.

—Me debo a la lealtad—comenzó Pacheco, coreado por el asentimiento general—, y por triste que me sea el decirlo, debo hacer observar a ustedes que por el camino que hemos emprendido no vamos a ninguna parte, y que hay que pensar en partir para Saliencia y Piedra Jueves en demanda de alguno de los muchos vicos, que ser pueda el *Vicus-Tara* del extraño documento.

—Convengo en ello, mi buen Pacheco—replicó Miranda—; pero antes de partir hacia la vía romana, en busca del *Tara-Vicus*, me permitiréis hacer una más detenida inspección de la cripta del Ca-Mayor. Y a propósito, decidme, ¿podríais construirnos, con los medios que tenemos a mano, cuanto con vuestra ingenieril e ingeniosa inventiva, una escala, un medio de poder meternos antes por la especie de chimenea de la cripta?

—Pocos brazos tenemos, y con medianos medios cuento; pero no lo creo imposible—dijo Pacheco tras breve reflexión—. Mañana, si os place, lo intentaremos, pues. Vámonos ahora a dormir, que buena falta nos hace tras las fatigas del día.

—Fumemos antes el cigarro de despedida, y pues que os toca la guardia hoy el primero, permitidme antes ofreceros un habano para que con él entretengáis el tiempo en vuestra soledad—opuso Narcés, desenvolviendo un atado de cigarros, que, para que no se le deshiciesen en el bolsillo, iban envueltos, a más de en su papel de seda, en un grueso periódico, periódico que resultó portugués, según dijo Clodomiro, cogiéndole. A poco de deletrear en él, nuestro héroe hubo de exclamar:

—*La Racao;* ¿qué quiere decir este título?

Conviene advertir que Clodomiro, ignorando como ignoraba el portugués, no sabía leer de otro modo el título del diario *La Raçaõ.*

—No pronunciais bien ese nombre lusitano, querido Clodomiro—observó dulcemente Pacheco—, ese nombre que, en la lengua del Camoens, quiere decir *La Razón*, y que casi igual que por nosotros se pronuncia

© Biblioteca Nacional de España

también por esos nuestros hermanos del Atlántico, porque la *a* segunda de *Raçaõ* se funde con la *o* de al lado, dejando, por tanto, de pronunciarse, mientras que el signo a manera de tilde que la letra *o* lleva encima, equivale a una *ene* nuestra y...

—Sí—confimó Miranda—; ese signo prosódico portugués es semejante al anusvara o al anunásica, que en sánscrito equivalen a una *eme* o *ene* respectivamente, y que...

Con grandísima sorpresa nuestra, al llegar aquí dejó cortada la frase nuestro jefe, y dando un salto, escapó veloz hacia la pieza vecina, donde sacó febrilmente de su maletín el documento del tesoro y el plano grande de Asturias, de Coello, sin que, ante tamaña e inexplicable celeridad, pudiésemos tener tiempo de hacerle la menor pregunta acerca de su intempestiva actitud, que algo, muy extraño, presagiaba sin duda.

—*¡Eureka!*—exclamó Miranda con aire triunfal, después que hubo consultado un instante el documento y el mapa—. Estábamos ciegos, ¡ciegos!, y tú, Clodomiro, con tu feliz ignorancia de la lengua hermana, y tú, Narcés, con tus cigarros y tu dichoso periódico, habéis dado los dos el golpe de gracia al problema del hallazgo del tesoro que... ¡ya es nuestro!

—¡Cómo! ¿Qué decís?—clamamos todos a una, maravillados ante las frases y la excitación de Miranda.

—Tomad; examinad bien el misterioso escudo que campea sobre el documento del ínclito Frassinelli, y os convenceréis al punto, como yo. Ved: ¿No dice arriba, en caracteres gaedhélicos *Vicus-Tara?*... ¡Pues abajo no dice *Tara-Vicus*, cual nosotros leyésemos siempre, sino *Taranvicus* o más bien *Tarambicus*, gracias al *anusvara* o punto que se intermedia entre aquellas dos palabras de bajo el sello, punto que nosotros habíamos menospreciado, torpes, creyéndole al modo de un mero guión como el de arriba, o bien un mero punto! *¡Tarambico*, sí, es decir, la *Cuesta del Tarambico* que nos separa del *Valle del Ajo*, y cuya vega, cuesta y cueva, famosas en los fastos de la transhumación pecuaria, tenéis ahí mismo señalada con tal nombre en el mapa, en sitio que no hemos aún explorado por cierto. Ella, la cueva del Tarambico, que es la del tesoro, quizá venga a morir aquí abajo en la propia chimenea de la cripta del lago este, por donde mañana nos proponíamos subir.

Todos nos quedamos asombrados ante la intuitiva penetración, la adivinación casi profética de aquel sabio sublime. Al asombro sucedió bien pronto el mayor de los contentos, viendo que, al fin, nuestros anhelos no iban, no, a defraudarse, como temíamos. Hombres, es decir, eternos niños entonces, como siempre lo somos, por desgracia, en la vida, pisábamos

© Biblioteca Nacional de España

sin disputa, por sobre el terreno del tesoro de Somiedo, cual continuamente pisamos sobre otros mil tesoros que no nos los permite ver, sin embargo, nuestra ignorancia supina.

—Preparemos en seguida los mulos, encendamos teas y partamos, pues, sierra arriba, ahora mismo—prorrumpí con mi acostumbrada vehemencia.

—Calma, terrible amigo—contestóme Miranda—, que bien pocas horas quedan ya de aquí al día. Nos conviene además el estar descansados para lo que pueda ocurrir.

Así lo hicimos, sin que nuestra propia impaciencia y ansiedad nos permitiese, empero, dormir, y al romper el alba, tras un refrigerio, todos, menos uno de los mozos que quedara de custodio en el campamento, partimos alegremente, valle arriba, hacia la no lejana cueva del Tarambico. Tanto y tan aprisa caminamos, que antes de las ocho de la mañana, con buen frío, por cierto, ya teníamos lontananza la boca de la cueva, por donde, a falta de la vaca de las cinco patas que yo esperaba ver de un momento a otro, iban saliendo, acordonadas en dos líneas divergentes, cual disciplinado ejército, más de tres mil merinas hermosísimas que tenían su dormida allí dentro al abrigo de la cueva y estaban guardadas por tres perrazos tan enormes, que, más que perros, parecían leones o cancerberos mitológicos. Una embestida de aquellos nobles monstruos con carranclas, no era menos de temer que el propio abrazo del oso del día anterior, y ya comenzaban los pícaros a gruñirnos sordamente, cuando los pastores, llamándolos por sus respectivos nombres, como a personas, les hicieron dejarnos el paso libre.

—Noble y magnífica raza de guardas—dije.

—Como que con ellos—dijo Pacheco—no hay alimaña que se atreva ni a acercarse a las reses del rebaño, quienes, además, con los rigores de este clima semipolar y con la transhumación, son muchísimo más fuertes que los del llano.

—Dígalo si no—replicó el guía - la historia que se cuenta del primer Conde de la Oliva, vaqueiro, creo, de los de campanillas y dueño de los ricos pastos de esta vega, que es mejor aún que cualquiera de las vegas del Guadiana, en las que el ganado pasta en invierno.

—¿Cuál fué el caso, pues?

—El caso más lindo y raro que os podéis figurar, y fué que, al bajar en San Miguel el atajo para las Extremaduras, se quedó *enarciada* u olvidada en la cueva una pobre ovejita, sin que la echasen de menos los mayorales quienes, cuando en Junio siguiente volvieron a esta vega del Tarambico,

© Biblioteca Nacional de España

se encontraron a la infeliz oveja viva y con su cría al lado. La pobre estaba más seca que una espátula; pero lamiendo cariñosa a su corderillo.

—¡Eso es casi un drama del reino animal y del poderoso instinto de la maternidad en él!—exclamó Pacheco asombrado—. Habría que haber visto qué amarguras, qué persecuciones, hambres y temores no pasaría la pobre res en los meses aquí horribles del invierno, sola, triste, acosada por las alimañas, entre nieve y ventisca, y sin comida por todos estos sitios, donde puede bajar la temperatura hasta unos treinta grados bajo cero.

—Pero falta lo peor—continuó el guía—, y es que el pastor al verla así, tan flaca y macilenta, la inmoló en seguida para al menos hacer tasajo de ella. El Conde, cuando supo lo sucedido, dicen que lloró emocionado, y se indignó tanto de la estúpida acción de aquel bárbaro, que le despidió tan luego como lo supo.

—Oveja semejante—añadió Miranda—me recuerda, por su heroísmo ya superanimal, a aquel mono del que nos habla Brehn, el naturalista, y quien, tras de haber aprendido a servirse en la mesa, con cubierto y todo, y hacer otros aún mayores prodigios, viéndose ya en trance de muerte, llegó a tomar las pócimas más amargas, y al morir estrechaba la mano del doctor «con una expresión de afecto absolutamente humana», dice el naturalista. Para seres tales, digo, el solo premio posible es el de reencarnar luego en una forma humana, si es que es un honor, ¡ay!, el de parecerse a ciertos hombres... Pero—observó, tras breve pausa—en el caso de la oveja hay algo demasiado sorprendente, relacionado con cosas de estos sitios que...

—¿Qué?

—Que ignoramos, sin duda, todavía.

En esto nos interrumpió, cruzando a nuestro lado, un mayoral que venía de por su *hato* en Saliencia, y no pudo menos de sernos muy gratas la sencillez y la lealtad con que nos ofreciese provisiones por si las necesitábamos.

—Verdaderamente que en estas divinas serranías hay seres mejores que en el triste mundo de allá abajo—hube de decirme.

Momentos después penetrábamos en la cueva, que ofrecía a la derecha una tortuosa galería natural, con masas estalactíticas, y a la izquierda un tramo bastante largo como en dirección hacia el Ca-Mayor, que fué el que recorrimos, seguros ya del éxito, puesto que este tramo venía a resolvernos en sí los dos extremos del terrible dilema que antes nos planteábamos de seguir las indicaciones latinas del *lago*, o las gaedhélicas del *vicus*. Ya llevábamos desandada, según los podómetros, bastante más de la mitad del

© Biblioteca Nacional de España

recorrido que traíamos hecho entre el lago y la puerta de la cueva, cuando, de repente, la galería apareció ya inclinada más de 70 grados, haciéndonos imposible el continuar. Además, una piedra que lanzamos, cayó unos 15 metros más abajo, chapoteando como en agua.

—Uno de nosotros tiene que descender descolgado por los demás—dijo Miranda después de un momento de reflexión—, y ese alguien debo ser yo.

—No, yo—prorrumpió Narcés—; yo que soy tan ágil, por lo menos, y que puedo nadar como ninguno de ustedes, en caso necesario.

Convinimos todos en que era sensato el aceptar la generosa proposición de Narcés. Le sujetamos, pues, sólidamente por el cuerpo, dejándole libres los movimientos todos de las cuatro extremidades y con una triple maroma sostenida desde arriba por nosotros seis, comenzamos a descolgarle con todo cuidado, sima abajo, cual frágil cangilón de noria. Habíamosle además fijado en la cabeza dos lámparas mineras, y al alcance de la boca un silbato, con el que debería hacer las señales convenidas de «alarma», «subidme al punto», «dad más soga», etc., etc. También Miranda le había dado su puñal y su *browing* en estuche impermeable, más que para defensa contra el imaginario peligro de que hubiese fieras, para que, en defecto del silbato, pudiese hacer las indicaciones convenidas con uno o más de sus seis tiros.

La mole del robusto cuerpo de nuestro letrado descenció solemnemente pozo abajo, iluminando con los resplandores de las lámparas las grisáceas paredes a medida que descendía. Ya llevaríamos soltados unos 15 metros de soga cuando ésta dejó de pesar, y al par que sentíamos el natural escalofrío de emoción al advertirlo, escuchamos muy claramente el ruido de su cuerpo que chapoteaba aguas adelante, ruido que luego se fué gradualmente perdiendo en el pavoroso silencio del antro.

Diez minutos más de ansiedad. Digo poco, de febril locura, en los que el corazón pugnaba por saltársenos del pecho, y en los que la sangre nos golpeaba en las sienes como con martillos. Súbito los ecos todos de aquel abismo se estremecieron sucesivamente con los seis disparos de las seis cápsulas de la *browing*.

—¡Cielos!, ¿qué significa esto?—grité lleno de pavor—; ¿habrá tropezado con alguna fiera?; ¿estará acaso herido nuestro valiente amigo?

Los demás corearon con otras tales mis palabras, menos Miranda, que estaba intensamente pálido y con el entrecejo fruncido, pero sereno siempre y dueño de sí mismo.

—¡Atadme a mí en seguida—dijo—y descolgadme al punto!

© Biblioteca Nacional de España

Pero no bien habíamos requerido las maromas, cuando por el cañón aquel de la bajada oímos que subía, cual grito incoherente de un monstruo, unos sonidos que bien pronto se hicieron más distintos:

Eran las exclamaciones de júbilo de Narcés, quien vociferaba:

—¡El tesoro; el tesoro aquí abajo! Unos montones de barras de oro metidas en unas como hornacinas!

Fué menester que Miranda nos gritase con todo el imperio de su autoridad para que, víctimas de la ansiedad, no recogiésemos las maromas con demasiada rapidez, sacando averiado y golpeado a nuestro hercúleo amigo.

Al fin apareció Narcés, chorreando y lleno de lodo, pero irradiando júbilo.

—¡Antonín, Pacheco, Clodomiro!—vociferaba aún—; es una cosa que deslumbra, una inaudita maravilla. Por eso, para antes daros a entender mi asombro, no pude menos de disparar los seis tiros.

—¡Para ser desobediente y terco siempre, pues que la señal convenida para tal caso era de sólo tres tiros!—le replicó Miranda, abrazándole estrechamente a pesar de la mojadura, y previsor siempre, añadió:

—¡Afuera de la cueva todo el mundo!; hay que encender en seguida, con leña de los pastores, una buena lumbre para que pueda secarse y ponerse otra ropa este anfibio. Después deliberaremos acerca del modo de que podamos descender todos y de extraer, en fin, esa riqueza prodigiosa

A paso más que militar, pronto estuvimos junto a la embocadura de la cueva, donde, con la abundancia de leña que allí tenían recogida de otras veces los pastores, secóse cómodamente nuestro Narcés, a quien, prestándole uno una prenda y otro otra, que todas le venían chicas y más que prietas, le vestimos que no había nada que pedir. El famoso uniforme de contramaestre que antaño vistiese, como recordará el lector, a consecuencia de la zambullida en la ría de Navia, era nada para aquel otro en que el chaleco de Miranda le venía a medio vientre, sin posibilidad de que se le abrochase, y el pantalón de Pacheco apenas le llegaba al tobillo. Procesionalmente y como un relicario, le condujimos luego envuelto en mantas hasta el campamento, sobre el mejor de los mulos.

Una espléndida y bien ganada comida-cena coronó el éxito de aquel memorable día, éxito para el que yo pedí *champagne y habanos*, cosa que, gracias a la previsión incomparable de Miranda, me fué al punto concedida y servida por el repostero mayor de Clodomiro.

Abrióse deliberación al punto acerca del medio mejor de llegar fácilmente hasta el tesoro y de extraerle. Las cabezas, algo calentadas quizá

© Biblioteca Nacional de España

por el *champagne* y por las emociones del día, propusieron los medios más inverosímiles; sobre todo yo, que abogué por un expediente tal, que la más sonora de las carcajadas hubo de acogerle. Por desgracia, hoy no recuerdo ya poco ni mucho cuál fuése, y habrá, pues, de quedar inédito, como tantas otras cosas que omito en esta narración tan fidedigna, porque no me digan «mala cabeza», ni por copa de *champagne* de más o de menos me calumnien.

Prevaleció, como era natural, la opinión de Pacheco, de que montásemos un carretón de rodillos, y sobre él la lanchita del lago, que bien por suerte nuestra estaba allí, quién sabe si dejada por la misma mano protectora que nos venía guiando hacía tiempo desde que del Bierzo partiésemos. Habríamos de construir también un buen torno para empozar la barquilla en aquel otro lago subterráneo de junto al tesoro, lago testigo de la proeza de Narcés, facilitando asimismo la bajada y subida nuestra cuantas veces quisiésemos, cuanto para la extracción ulterior del tesoro mismo. Hízose así todo con esmero, pero la labor no nos llevó menos de cuatro días, y eso trabajando todos en dos grupos, bajo las respectivas direcciones de Miranda y del ingeniero. Inútil es añadir que en aquellas tareas *titánicas* yo había gozado como un chico, viendo prolongada así nuestra estancia en aquel un poco fresco paraíso, y pese a la impaciencia atroz que sentía de ver por mis propios ojos el tesoro augusto. Enganchando, en fin, parte de la recua al carromato, que era una especie de *trineo forcado* como los del país, fué cosa relativamente fácil la de transportar la lancha hasta la boca de la cueva, arrastrarla luego a brazo, galería abajo, descolgándola sobre la superficie del lago interior, que resultó ser muy poco profundo.

Omito, en obsequio a la brevedad, los mil detalles de nuestra penosa labor hasta ver la barquilla meciéndose sobre aquellas templadas aguas subterráneas, cual antes en el otro lago de Ca-Mayor. En el mismo torno o funicular, montado ya con dos plataformas como de ascensor minero, bajamos llenos de ansiedad todos, teniendo la dicha de comprobar que en la orilla frontera se abrían casi juntas dos galerías. La de la izquierda, que iba a morir, sin duda, verticalmente sobre la cripta del peñasco del Ca-Mayor, formando la chimenea de ella por donde, en un principio, el gran intuitivo de Miranda pretendiera subir, mientras que la galería de la derecha remontaba claramente sierra arriba. En esta última, labrada a pico sin duda por los hombres en una edad muy remota, se abrían a entrambos lados una especie de nichos, *viharas* o covachuelas, como los dormitorios de los templos prebúddhicos del Indostán, y en ellos, apiladas sobre el propio suelo, docenas de largas barras de oro.

© Biblioteca Nacional de España

Pasada la impresión de asombro sentida ante tamaña riqueza, Pacheco y Miranda contaron, calibraron y midieron minuciosamente las áureas barras, y trazando unos cuantos guarismos, este último dijo al terminar:

—Mi buen Narcés, ¿qué capital creéis tener ahí delante?

—¿Qué sé yo?—respondió el interpelado, quien se había quedado como bobo ante aquella maravilla—, quizá un millón de pesetas...

Los dos matemáticos se sonrieron mutuamente, y Pacheco, dijo:

—Hay poco más de cuatrocientas veinte barras que...

—Perdonad, son, o deben ser ellas, cuatrocientas treinta y dos barras, porque hasta en esto hay misterio y simbolismo, pues ya sabéis lo que Blavatsky dice acerca de lo sagrado del ciclo de cuatro, tres, dos y cero, con sus divisores y sus múltiplos, cosa que depende del ignorado hecho oculto de que «las cifras que lo componen, ora se tomen separadamente, ora se reúnan en las más variadas combinaciones, son todas juntas y cada una de por sí, símbolos de los más grandes misterios de la Naturaleza y son números que no yerran jamás, presentándose constantemente, y revelando a los que los estudian, los secretos naturales del tiempo, de las estaciones, de las influencias invisibles, de los fenómenos astronómicos con su acción y reacción en la naturaleza terrestre y hasta en la moral; en la muerte como en los nacimientos y en el desarrollo; en la salud y en las enfermedades, porque los sucesos naturales están basados por entero en el progreso cíclico del Cosmos, que es todo Armonía y Número, y de él provienen, produciendo oleadas periódicas, las cuales, obrando desde afuera, afectan a la Tierra y a cuanto en ella vive, desde el principio hasta el fin del Manvántara, es decir del período activo de Manifestación de la Divinidad en el Universo; causas que son esotéricas, exotéricas y endoexotéricas, por así decirlo.»

—Bien—continuó Pacheco—, no poniendo sino cuatrocientas barras que, unas con otras pasan del medio metro, con el diámetro clásico de las famosas *peluconas* españolas, o sea de treinta y cinco milímetros, dan la equivalencia de una sola barra de oro de este calibre con doscientos metros de longitud. Calculando, pues, a nuestra onza un grueso de dos milímetros, lo que he dicho equivale a como si tuviésemos delante una pila de cien mil onzas...

—Que a cien pesetas hoy por onza nos dan, en redondo, diez millones de pesetas.

—¡Diez millones de pesetas! ¡Qué asombro! ¡Qué riqueza!—exclamaron a una Narcés y Clodomiro.

—Riqueza que ya me quema las manos, puesto que yo no la deputo

© Biblioteca Nacional de España

mía—replicó Miranda, añadiendo, al par que se dirigía severo hacia mí, con voz que me daba frío en el alma y en el cuerpo:

—¡Ahora os toca obrar a vos!

—Nada temo—repliqué con una energía sobrehumana, que no venía, no, de mí, sino de mi propio Ego Superior—. Lo tengo bien pensado desde que hablamos de ello la primera vez en Altamira. No será disfrutado este enorme tesoro por muchos, sino por pocos, pero por buenos. ¡Buenos que, al tenor del dicho del Maestro Jesús, habrán de ser en época próxima verdadera *sal del mundo*, desde ésta menospreciada y sufridísima patria nuestra!

—¡Bravo!, y aceptado pues—exclamó Miranda dando con un profundo suspiro otra vez la paz a su pecho—, y al instante añadió:—Ahora, otra cuestión, señores, que acaso debí plantear antes. Decidme, de hoy para siempre, si por el hecho de haberme acompañado a esta que pareciera empresa de locos, y auxiliado tan poderosamente, os creéis con derecho a una parte mayor o menor del tesoro mismo. ¡Hablad hoy, no mañana, y en conciencia estricta! Pedid lo que juzguéis vuestro. ¡Vuestra boca será la medida!

—Yo—se adelantó a decir con dignidad Pacheco—no he venido aquí por el tesoro, sino por vos y por mi tío, o acaso sintiendo la voz de mi Inconsciente que a ello me incitase. ¡Nada, pues, merezco, ni deseo, ni quiero, ni necesito!

—A ti te toca hablar ahora, querido Narcés. ¡Toma cuanto quieras de aquí!—continuó Miranda.

—Nada anhelo de ese vil metal, causa suprema de cuantos crímenes se cometen en el mundo—replicó éste—. Además, ¿cómo podría, en conciencia, participar de un hallazgo hecho contra la más obcecada de mis oposiciones, y cuyo éxito he podido comprometer con ellas, cuanto con ser la causa, por mis egoísmos personales, de que no nos avistásemos con el régulo de Somiedo Don Félix de Belda, determinado con ello quizá un fracaso, a no ser por mi periódico portugués y por este pícaro *portugués* de Clodomiro?

—Basta: hermano querido. Como heraldo de venturas para el hogar que vas a constituir, de las dos barras más largas te será recortado metal suficiente para acuñarte las trece monedas de cien pesetas que serán las arras de esa vecina boda en la que yo seré el padrino.

—¡Vivan Narcés y su futura!—clamamos entusiastas.

—Y nuestro Clodomiro, ¿qué quiere tomar de aquí para sus hijos?

—Nada; nada. Mis hijos se educarán en la pobreza como buenos astu-

© Biblioteca Nacional de España

res. Yo tengo, además, para más que bien pasarlo ya con las acciones mineras que los bilbaínos me han adjudicado, en unión de *Falón del Naraval*, gracias a aquellos apuntes que le dísteis, sacados de no sé qué librote antiguo—dijo, recordando la escena del camino de Castropol, en la que ya no pensáramos ninguno.

—Y vos, en fin, mi compañero del eclipse, ¿qué queréis?

—¿Yo?... Yo con ésta, estoy por cuarta vez «*a la sombra de la Luna*», y tengo, más que sobrado, con mi pianola, digo, con mi pepita, que en pianola ha de transformarse antes de diez días.

—¡Alabados sean ellos, nuestros Maestros teosóficos!—terminó Miranda solemnemente y descubriéndose—. Ellos nos han hecho instrumentos inconscientes de una misión sublime, y nos permiten llevarla a cabo, no como hombres, sino como *devas* celestes... Frente a este peligrosísimo tesoro, ¡quién sabe cuántos Fasot y Fafner, humanos, no se habrían matado, siendo hermanos, por su egoísta posesión exclusiva!

—¡Alabados, alabados sean!—musitamos a una, descubriéndonos asimismo.

Todos estábamos como transfigurados: todos llorábamos de ternura, y en aquella negra entraña de la Tierra, mal alumbrada por nuestras teas y nuestras lámparas, una celeste luz astral parecía envolvernos en los castos deliquios de sus efluvios, santificando con ello, allí en la sagrada Bovia somedana, a mil seiscientos metros sobre el nivel del mar y a muchos más sobre el nivel del mundo, el primer albor de una institución sin precedentes en los anales modernos, institución que, al modo de la parábola evangélica del grano de mostaza, llamada está a cobijar al mundo bajo la síntesis suprema de *una ciencia con fe integral*, sin distinciones por sexo, credo, castas, pueblo, raza o color de piel, y de *una fe con poligráfica ciencia*, una fe sobrehumana, que encienda en el propio Sol de los cielos su divina antorcha de Prometeo, no del humano Prometeo encadenado, sino del triunfal y libertado Prometeo divino.

© Biblioteca Nacional de España

XI

Temporal de montaña.—Durmiendo sobre el tesoro.—Sorpresa nocturna.—La postrera revelación del Padre Alvaro y la Biblioteca del *Vicus-Tara*.—El signo lingual védico tallado en el seno de la Bovia de Somiedo.—La más rica de todas las bibliotecas hispánicas.—Tesoros innúmeros del saber arcaico que se creyesen perdidos.—Alumbrado y calefacción de aquel encantado recinto.—Las mayores riquezas de Asturias.—Galería que desciende hacia el Valle del Ajo.—Dos bien chocantes hallazgos.—Las garras de la fiera corrupia.—El más glorioso de los bibliotecarios que en el mundo han sido.—¡En bicicleta por la entraña de la Bovia!

Como se había desencadenado al exterior uno de esos temporales de corta duración, pero intensos, que, aun en verano, no dejan de ser frecuentes en las alturas, habíamos optado por pasar la noche en aquellas cuevas de junto al tesoro que, bien a diferencia de los tesoros de mis paisanos, los extremeños que fueron a la conquista de América, no despertaban, no, entre nosotros, esa terrible enfermedad de codicia que es acaso la más funesta de las pasiones humanas.

Era para mí un encanto sin igual el ir a dormir en aquella entraña de la Bovia, donde la temperatura era dulce y tibia, contrastando con el frío vendaval que soplaba fuera, y donde docenas de siglos antes quizá también durmiesen santos ascetas buddhistas y jainos, tronco espiritual del después perseguido linaje vaqueiril, y que labraran aquellas tan curiosas hornacinas en la roca.

Ya casi iba reconciliando el sueño bajo mi manta y mi ponche argentino, recuerdo de mi estancia en América, cuando, en la obscuridad del recinto, más obscura aún si cabe por los ínfimos reflejos de la lamparita que encendida dejásemos en la galería exterior, sentí acercarse unos pasos cautelosos, y vi que en mi *vihara* se presentaban dos bultos humanos, llegando hasta mi improvisado lecho. El involuntario estremecimiento que sentí ante aquello se disipó bien pronto reconociendo en ellos a Miranda y a Pacheco, quienes, en voz baja, me decían:

—Si no os abruma demasiado sueño, tened la bondad de seguirnos.

© Biblioteca Nacional de España

De un salto me puse en pie, temiendo alguna novedad desagradable, y salí con ellos, galería arriba. Cuando ya estuvimos a cierta distancia de nuestros otros dos compañeros, que roncaban como nada afinados órganos, Miranda me dijo:

—El tesoro para los demás ya está encontrado. Falta sólo ahora el encontrar el nuestro, el efectivo.

Y con reserva semiiniciática, nos informó a Pacheco y a mí de lo que se trataba, es a saber de que, por las cuentas, el Padre Alvaro, antes de morir, le había dicho a nuestro amigo:

—«Hijo mío: los tiempos predichos por el gran *Qû-tami*, el caldeo de hace treinta y tres siglos, han llegado ya. Sabed que no vais, no, en busca de un tesoro, sino de dos: uno, en barras de oro; el otro, que vale infinitamente más, en hojas divinas de inmortales libros. Y no vais, sino que se os lleva, bajo el dedo del *karma*, o de la ley, por la necesidad de que os preparéis a que sea cumplida en nuestros días una de las más grandes revoluciones del pensamiento humano, iniciado por Helena Petrowna Blavatsky, nuestra Maestra. Desde los felices tiempos de la Edad de Oro y de la primitiva religión luni-solar o Jaina, en efecto, hasta hoy mismo, la santa Tradición ario-asturiana no se ha interrumpido en nuestro suelo felizmente; antes bien, una generación de hombres abnegados, y una inconsciente, vilependiada y bondadosa raza de *vaqueiros*, es decir, de gentes de la *Vaca-Símbolo*, la ha continuado, sin que lo advierta el ignaro cuanto perverso mundo. Las señales que vais a seguir para encontrar el viejo *Tesoro de Somiedo*, no son señales materiales, sino humanas, es a saber, la de los pocos Maestros y discípulos de aquella Fraternidad inmortal, que aún sobreviven, y que pronto habrá de contaros a vosotros dos y a otros muchos entre los segundos. Es a saber, hoy en día, desde los tiempos de nuestro compañero Briones: a Herrn Roberto Frassinelli; al gran alquimista Don Augusto de Vera y Brieva, su discípulo; al divino Don Hermógenes de Hae, Fae o Faes y Bentivoglio, que está ya por encima de todo lo humano, y que nos preside; a los jóvenes consortes Briton, en Castro y Almurfe; y a ese archivo viviente de nuestra Orden llamado Don Félix de Belda Flórez-Estrada y Palacios de Olmedo, quien, bajo las inspiraciones de Seres aún por encima de los que os he citado, vive, o aparenta vivir, aunque ya por poco tiempo, entre los enhiestos riscos de Somiedo, con la más augusta de las misiones terrestres, y, en fin, hasta hace años, al Padre Briones, mismo, de quien uno de vosotros es sucesor y discípulo, sin aún saberlo, con más mi humildísima persona, quien, en espera siempre de vuestra venida, viviese en esta mísera cárcel corpórea, ya hace demasiado tiempo para lo

© Biblioteca Nacional de España

que puede soportarse con este viejo lastre material, que felizmente voy a abandonar ahora mismo...

Y haciendo un visible esfuerzo para terminar su revelación estupenda, añadió:

—El alma, el centro de toda nuestra tradición iniciática, es la antiquísima biblioteca subterránea del *Vicus-Tara*, o mítico castro prehistórico y mágico de una de las múltiples *Taras* atlantes. Allí mismo, en Somiedo, junto a sus lagos, encontrasteis el medio de...»

El santo asceta no pudo continuar: dobló sonriente y beatífico su cabeza venerable sobre mi hombro, y murió, ¡durmió el sueño del Señor!, en aquel momento mismo, dejando en mi corazón, no un sentimiento de dolor, sino de paz inefable y divina. Quedé, pues, con grandes dudas acerca del emplazamiento concreto de aquel segundo y más prodigioso Tesoro pero algunas de estas dudas me las aclaró nuestro Don Hermógenes, diciéndome que la *Biblioteca del Vicus-Tara*, en lo que hoy sabemos ya es el *Tarambico*, afectaba la forma exacta de una letra sanscritánica, muy poco comprendida en su simbolismo por los sanscritistas occidentales, estilo Max-Müller, letra que se llama *signo lingual védico*, o sea una *tau* o *te*, con el otro símbolo del infinito o «del ocho» tendido y atravesado por el palo vertical de la *tau* dicha. O, en otros términos, que en el propio escusón del documento de Frassinelli, está ¡cosa admirable!, el nombre y hasta el emplazamiento de la Biblioteca; su ocultista y teosófico destino y, para mayor minuciosidad, hasta el plano mismo, o *signo lingual*, de las dos galerías donde yacen los dos tesoros. Vuestra presencia, querido cronista, no le dejó decir más, amén de lo que me indicó al despedirse de mí, luego por la noche, es a saber: que teníamos que ponernos para el asunto a las órdenes del bibliotecario de Somiedo, Don Félix, quien se hallaba en Oviedo a la sazón. Lo demás ya lo sabéis, como también el efectivo riesgo que, por unas cosas y otras, hemos corrido de no dar cima a nuestra empresa.

—Así, pues—terminó Miranda—, dado que esta galería ascendente, forma el tronco de repetida *tau* (ya que en ella hemos encontrado el tesoro) y que el símbolo consiguiente del infinito, u *ocho tendido*, le demarcan el lago de Ca-Mayor y estotro lago subterráneo, es ya evidente que, metros más arriba, debemos encontrar el *palo transversal*, representado por la misteriosísima *Biblioteca de Tara*. Aprovechemos, os ruego, por tanto, el sueño de nuestros dos amigos, aun no preparados lo bastante para estas cosas de Ocultismo, que les serían hoy quizá de más daño que provecho, y visitémosla en seguida.

© Biblioteca Nacional de España

Así lo hicimos, y tras una subida un poco fatigosa, por recta galería abierta a pico en la caliza, llegamos, bajo la línea misma de los peñascos del Tarambico, a una espaciosa antesala que servía de punto de intersección entre los dos palos vertical y horizontal de la *tau* roquera. Allí nos encontramos, de buenas a primeras, con dos sorpresas a cual más grata: una, la de los argentados rayos de la Luna, vecina ya a su plenitud, y que se filtraban indescriptibles por grandes piezas de gruesos cristales de factura primitiva, pues podían curvarse para despedir la nieve al modo de aquellos famosos vidrios maleables y elásticos de la antigüedad, cuyo secreto se ha perdido. Rodeadas las cristaleras de peñascos inaccesibles, sólo desde aeroplanos podrían ser vistas. La otra sorpresa era la de una originalísima conducción de agua caliente que, brotaba no sé de dónde, al modo del manantial termal que hay en el *Puente del Inca*, en los Andes argentinos, y que, rodeado siempre de nieves, mantenía constantemente, sin embargo, una temperatura de quince a veinte grados centigrados en el interior del recinto.

—Ahora me explico—observó Pacheco—el cómo mi tío pudo pasar estudiando en este santuario los días más crudos del invierno, bajo una temperatura constante, muy superior a la de su despacho de Somiedo. ¡Esto parece ya cosa como del otro mundo!

En efecto, a derecha e izquierda de aquella rotonda se sucedían cámaras y más cámaras, algunas semejantes en disposición al salón-biblioteca del Ateneo, y otras aún eran mucho más regias y mayores, adornadas de un modo incomparable. Los libros más raros, en lenguas incomprensibles, veíanse allá dispuestos ordenadísimamente con métodos de *bibliotécnica* en absoluto desconocidos por nosotros, a base de la *Ley del Arbol*, que es la ley universal de la vida entera de todos los seres. No era cosa entonces de puntualizar aquellas maravillas, que unas a otras se sucedían, sin tregua, pero bien pronto notamos que las preferencias, en el emplazamiento de los libros, estaban dadas de mayor a menor y de antiguo a moderno: Primero, lo relativo a la Humanidad; por bajo, lo de cada diversa Raza; luego, lo de las naciones, y por último, lo de cada región española en particular, para acabar por Asturias... ¡qué enseñanza para esos disfrazados egoístas que invierten las cosas, poniendo antes su región que la Patria, y la Patria que la Humanidad! A bien que, en su inopia moral, todos llevan su kármico castigo...

En un lugar reservado y lindísimo tropezamos, llenos de emoción religiosa, con archiprehistóricos manuscritos y pictografías en hojas de palmera, preservadas del agua, el aire y el fuego por procedimientos alquími-

© Biblioteca Nacional de España

cos relacionados con el amianto, e ignorados por nuestros sabios modernos. Más que libros, parecían ellos símbolos augustos, para nosotros dos, y aun para Miranda, perfectamente incomprensible todavía. Nuestro jefe, casi de rodillas ante aquel tesoro de tesoros y con voz velada por la emoción, nos dijo:

—Aquí tenéis, ¡oh fortuna increíble!, en este libro solitario, que vale solo por todos los otros, una copia de *Las Estancias de Dzyan;* la reliquia simbólica, poética y mágica que sirviese de base a *La Doctrina Secreta* de nuestra H. P. Blavatsky... Aquí tenéis también, en lugar más inferior, pero excelso, al *Siphrah Dzeniouta; La Alada Serpiente antigua,* en copia hebreo-samaritana de judíos españoles iniciados, contrarios a su propia y degradada religión oficial. Ved en esta reproducción el documento más antiguo, casi, referente a la Sabiduria Oculta. Ved reproducida en él la célebre lámina representando a la Esencia Divina emanando del Adán-el-Kadmon a manera de arco luminoso que, después de llegar a la Gloria superior, retrocede y vuelve a la tierra llevando en su vórtice un tipo de Humanidad superior que, al caer en curva hacia el planeta, se vuelve negro como el abismo. Ved más allá versiones completas del *Tripitaca* buddhista; del *Shu-King* chino; de todos los Vedas, Puranas y Brahmanas; del primitivo y después falseado *Libro de los Números* caldeo, del que es lamentable reducción el Pentateuco; de los sagrados libros zendos; de los millares de tratados que llevan el genérico nombre de *Libros de Thot o de Hermes,* alma de todos los himnos védicos, órficos, salios, bárdicos, arbales, etcétera, con sus arcaicas y archiindescriptibles notaciones músicas. Ved también el primitivo *Sepher-Yetzirah* de Rabbi Ieshouhua ben Chananea, libro atribuído en su origen al patriarca Abraham y obrador de milagros, al modo de todos aquellos otros, libro, asimismo, del que hiciese el suyo prodigioso nuestro Simeón Ben Iochai, libros todos, en fin, en los que no sé bien qué admirar más, si la riqueza y el número o la sapientísima selección, con la que ellos han sido escogidos entre lo más inmaculado de la doctrina primieval aria, antes de mezclarse y corromperse ella con la llamada Cábala Occidental, de triste levadura atlante de la época de la caída, y con el semitismo fálico que después sobrevino.

—Estos libros de estotra sala, son ya todos españoles—dije lleno de asombro y alegría.

—Sí—añadió Pacheco—, o yo me engaño, o aquí tenemos algo muy extraordinario.

—En efecto—respondió Miranda, examinándolos amoroso—. Estos tomos son todos árabes, según sus portadas, hechas por la propia mano

© Biblioteca Nacional de España

de Don Alfonso el Sabio, el rey-iniciado. Muchos de ellos son versiones aljamiadas, tales como la de la gran obra de *Qâ-tami*, el Adepto babilónico en el siglo trece antes de Jesucristo, al que parece haberse referido su tío Don Félix en sus vaticinios. Esta obra, por los árabes españoles traducida, ha sido, a su vez, vertida al inglés en el siglo pasado por Cwolsohn, bajo el título de *Nabatean Agriculture*, y contiene también la base de la obra de Blavatsky. Estos otros legajos son siete tomos de una *Ampliación ocultista a las Etimologías de San Isidoro*, y cinco más a la *Summa teológica*, aljamiadas también. Estotro, en lengua que me parece púnica, debe ser el Periplo del ante-cartaginés X*** en torno de toda la Atlántida, y esotro las claves ocultistas del Poema de Festo-Avieno. En estotra anaquelería me figuro adivinar detalles de más de cien sucesivas escuelas iniciáticas ibéricas, de las que no tengo la menor idea, y entre los que descuellan esos en latín y en vascuence, que me parecen documentos de la escuela sertoriana de Osca, donde espigaran reprensiblemente, sin decirlo, Lucano, Columela, Quintiliano y Pomponio, los Balbos, los Sénecas y demás autores del siglo de oro hispano-romano. Estotros libros, que sumarán cerca del millar, pertenecen a su sucesora la divina escuela priscilianista, por siempre incomprendida cuanto bendita, mientras que los de aquel lado corresponden al tesoro de los judíos desterrados por Sisebuto, y a una fraternidad de bardos nórtico-visigóticos, entre ellos el rey Don Rodrigo, que fué de donde salió la leyenda de sus fabulosos amores con *Flor-inda*, fraternidad que, tras la catástrofe, se enlazó con las de la Reconquista, con hombres como San Fructuoso, *el de los dados*, y el obispo Masona, cuanto con las propias del califato, con Ibrahín de Bolfad, Abu-Amer, *el Dianense* y los centenares de los caballeros *Rábidas* o *Rábitos*, que más de uno, aun siendo moro, recibiera la iniciación secreta en las astures criptas, tales como Ibu Jaldún, el tunecino Abu-Zacaría, Abu-Hanifa el polígrafo, y las *tres Gracias*, de Aixa, Cadija y Wallada, esplendor del Califato, superiores a la tan alabada Marien Alfaizuli. Más de un códice de los dos mil del Escorial son mutiladas copias de estotros libros de Ben-Jaldín, el traductor español de *Las mil y una noches*. El geógrafo El Edrisi, el supremo Ibu Nasarra, precursor de aquellos Tofail, Bengabirol, Avi-Cebrón y Abenpace, quienes en la Atenas cordobesa parecían reencarnaciones de los Amonios-Sacas, los Plotinos y los Jámblicos, gnósticos, en unión de los alquimistas poetas Abul Rassem, Abenzoar y Abuscasim y Geber, cuyo tratado de matemáticas es superior y anterior al de Vieta en el que se dice naciese el Algebra. Veo asimismo las obras originales de Lulio; los enrevesados textos de Arnaldo de Villanueva, y hasta la biblioteca entera de Dòn

© Biblioteca Nacional de España

Enrique de Aragón, marqués de Villena, biblioteca que se dijo falsamente había sido quemada por herética. Veo, en fin, la *Clave de la Sabiduría* del Rey-sabio; la *Música química*, de Nicolás de Flamel y de Carrillo de Albornoz; las obras caballerescas de Clemencia Isaura, fundadora de los Juegos Florales y del gentil Ausias March; quien no cayó, como otros, en esa peligrosa teorías de las almas gemelas, que acarreasen, sobre los tan simpáticos como equivocados trovadores, la catástrofe albigense y, en fin, los estatutos de la Orden de la Banda, sus juicios sobre los naipes y el desdoblamiento astral de Don Juan de Mañara, base de *El Estudiante de Salamanca* espronceciano, libros todos que son copia fiel, cuando no los originales mismos, de cuantos fanáticamente quemase Cisneros, amén de más de quinientos legajos con las primeras obras de sapientísimos frailes, quienes como Sahagún, el Padre Durán, etcétera, llegase a iniciarse en los perdidos secretos de mayas, nahoas, aztecas y méxicas; destacándose curiosamente las obras alquímicas de Pedro Alonso Barba, que cayesen en manos del químico Carracido, sin que este sabio sacara de ellas el partido iniciático que luego sacase nuestro alquimista de Cudillero.

Avanzando después por la izquierda, llegamos a otras estancias, ya hasta suntuosas, que terminaban en doble escalera, uno de cuyos tramos descendía, acabando por hacerce de exploración imposible, mientras que el otro tramo conducía a una especie de terraza o torrecilla sobre los *Picos Albos*, desde la que se dominaba, cual desde una atalaya, todo el panorama sublime de aquellos valles y montañas de la Bovia, iluminados por la luna.

—Esta es la atalaya, morada de las míticas *atalayas* astures, las mudas testigos de todas nuestras glorias pretéritas, que se han sepultado en la noche de la Historia, y cuyo recuerdo, a no ser por ellas, habría sido raído para siempre de sobre la faz de la Tierra. Ellas conservan, en efecto, enterradas, como veis, en sitios, para las gentes vulgares, inaccesibles, las pruebas más elocuentes de las civilizaciones que fueron; los restos de mil Imperios gloriosos que consumidos fuesen «cual verduras de las eras». Ellas son, en fin, esas lucecitas cárdenas que los mortales han creído ver más de una vez desde abajo, llenándoles de terrores apocalípticos, porque ellas, *las atalayas*, no son, en suma, sino hombres y genios de mil procedencias evolutivas, tipo Don Félix de Belda, que muriesen ya para la pasión y renaciesen para la sola contemplación de *La Luz Astral* y sus misterios, memoria fiel de la Naturaleza y archivo eterno de todo cuanto ha sido...

© Biblioteca Nacional de España

Eran ya cerca de las dos de la madrugada, y pudimos consagrar poco tiempo, por tanto, a la inspección de los demás recintos del brazo derecho de la *tau* que se dirigía hacia el otro lado. Aquello no era, en verdad, cosa de unas horas, sino de largos días, aunque sólo fuése para poder leer los rótulos de libros y de legajos en clara letra española escritos, según Pacheco, de la propia mano del bibliotecario, su tío. Estábamos ya, en verdad, medio ebrios de lecturas cuanto de emociones.

Allí, en efecto, hubimos de ver, en rápida ojeada, con rotulaciones genéricas monasterio por monasterio, los legajos de los doscientos o más que han existido en Asturias, legajos de inestimable valor para la nonnata historia del Principado, todos ellos rotulados de letra del propio Frassinelli. De pasada, sólo, pudimos curiosear los tres millares de cuartillas de este último, bajo el título de *La primitiva lengua hispánica y el latín de los siglos medios;* otra con centenares de preciosos dibujos sobre *El Arte románico en Asturias,* una tercera y muy misteriosa y todavía sin titular, de la que Miranda se prometió hacer un ulterior estudio, una cuarta sobre *Los Calnos o jinas astures,* y una quinta sobre misterioso asunto de ocultismo español, por hoy, irrevelable en absoluto.

También vimos, con el mayor asombro, obras desconocidas de Mitología asturiana que eclipsaban a las corrientes de otros países: a las de Campbell y de Deenay, inglesas; a la rusa de Krassoff; a las francesas de Coquin y la Salle; a la griega de Ridgeway; a la macedónica de Abbott; a la escandinava de Pineau; a la italiana de Michelis, y a las alemanas y austriacas de Friedel, Schmitz y tantos otros, pues que, a más de los trabajos de Albuerne, Agüero, Fuertes Acevedo, Arias de Miranda, Laverde, Castañón, Arango, Pidal, Canella y Acevedo Huelves, encontramos toda la *Biblioteca Asturiana,* de González Posada, enaltecida por Bartolomé José Gallardo; la de Alfonso de Proaza, en 1505, bajo el título de *Exposición del Lulismo y Sergas de Esplandián;* la de Antonio Juan de Bances y Valdés, sobre Pravia; la de un anónimo discípulo de Hamilton sobre *Pesca del salmón y de la trucha;* otra anónima sobre *Los pueblos argivo-astures lunares, frente a los solares cóncanos;* otro poema anónimo, en latín, émulo del de Festo Avieno, y titulado *Ore Astúrica;* otra larga reseña anónima sobre la *Abydos astur,* relativa a la región cóncano-vadínica; las obras de Melchor García Sampedro de Quirós, protomártir en el Tonkín; manuscritos inéditos del P. Carvallo; la *Chronica de los príncipes de Asturias y Cantabria,* del P. Soto, desde antes de 1388, en que para conmemorar la paz entre Juan I y el duque de Lancáster se crease la dignidad de *Príncipe de Asturias* en favor del primogénito del Trono; los *Roman-*

© Biblioteca Nacional de España

ces tradicionales de Asturias, de Amador de los Ríos; todos o la mayor parte de los originales inéditos de Schultz; una Colección comentada de las herejías y otra de los Concilios ovetenses; las actas de la Junta de Defensa del Principado, contra Napoleón; las cartas-pueblas y fueros de todas las villas del Principado; el *Adefonsi principis librum;* el *Libro Gótico*, de Pelayo, obispo de Oviedo, y antecedentes de otros obispados más antiguos en Asturias; el *Libro Becerro*, de San Pelayo; las *Reglas colorada y blanca*, y el libro misterioso de *Los Calendas;* las crónicas de todos los reyes hasta el traslado de la Corte a León; la *Albeldense*, la de Itacio y la de Dulcidio; el *Liber chronicorum ab exordio mundi usque Era MCLXX*, alabado por Risco y Nicolás Antonio; el *Libro gótico de los testamentos;* los *Linajes*, de Diego Abad; las *Constituciones* de la Iglesia de Oviedo; los *Diezmos* sobre las ballenas que se cogían en Candás y Luanco; la biblioteca de Tirso de Avilés y Hevia, y de Hevia Bolaños; las *Diez y siete cartas* de Pedro Méndez de Avilés, el de la Florida; *las ocho* de Menéndez Márquez; los libros de Proaza, el teósofo comentador de Lulio; los libros de Pedro Menéndez Valdés, y, en suma, cuantas cataloga el ínclito Máximo Fuertes Acevedo en su *Bosquejo* bibliográfico, y muchísimos otros ignorados por la bibliografía de Occidente.

Todo esto sin contar con verdaderas pirámides de música religiosa; de apuntes pictóricos con cargo a mil rincones de Asturias, y de poesías en bable que eclipsaran a las propias de Teodoro Cuesta. Aquello era asombroso, enloquecedor, aplastante... Con pena de nuestro corazón tuvimos que hacer punto final en nuestras lecturas para acabar de recorrer a buen paso la llana y bien cuidada galería que seguía por la rama derecha de la Biblioteca, declinando suave hacia el pueblo del Valle del Ajo, según marcaban la brújula y el podómetro, después de haber salvado la extraña anfructuosidad estudiada de intento en el trazado de aquellas galerías para que ningún profano entrase por la parte que se correspondía más allá con la boca de la cueva del Tarambico, cosa imposible, por otra parte, merced al *frío astral* que reinaba en el punto de entronque, cuyo suelo, además, tenía alguna agua hacia la derivación dicha.

Pronto, con luz ya del alba, alcanzamos el boquete minero de salida sobre el pueblo del Valle del Ajo que días antes nos llamara tanto la atención, merced a los relatos que Pacheco nos hiciese acerca de las inexplicables escapadas y ausencias de su tío, escapadas que ya no cabía duda eran hacia la *Biblioteca de Tara*, cuanto por las leyendas de la *fiera corrupia*, por Pachón referidas.

© Biblioteca Nacional de España

De repente, la luz de mi lámpara brilló como sobre dos grandes estrellas metálicas.

—¡Una bicicleta!—exclamé asombrado.

—¡Y unas, bien singulares, madreñas!—añadió Miranda, que se había separado hacía el risco inmediato de fuera ya de la cueva—. Y en verdad que estos ocultistas emplean a veces para despistar al vulgo, ignaro e intempestivo siempre, expedientes tan jocosos como peregrinos. ¡He aquí las dos auténticas patas de la *fiera corrupia!*—terminó, mostrándonos al par dos enormes madreñas cuyas plantas estaban talladas en forma de garras de fiera.

Ante semejante artefacto, los tres soltamos la más franca de las carcajadas.

—Sin duda que mi tío calzaba estas madreñas al entrar en la cueva, y luego, para mayor comodidad, tomaba veloz carrera con la bicicleta hasta penetrar por esta parte en las salas de la Biblioteca—exclamó Pacheco, satisfecho, como el que resuelve al fin un arduo problema.

—Bicicleta que le va a servir a este nuestro amigo cronista, que es ciclista consumado, para retroceder hasta nuestro punto de partida y tranquilizar, si es que han despertado, a Narcés y a Clodomiro, mientras nosotros apuramos la exploración saliendo por la boca del Tarambico.

Nada más grato para mi capricho infantil que el encender el farolillo de la bicicleta y, cual nuevo Don Félix de Belda, escapar, a todo pedal, galería adelante. ¿Quién, sino aquel gran hombre y yo, podría, en efecto, gloriarse de haber corrido en bicicleta por los misteriosísimos senos de la Bovia de Somiedo? ¡Sólo un hombre que se hubiese visto, como yo, tres veces ya bajo el Misterio de sucesivos eclipses!

No hay que añadir que en un momento estuve en la sala central, donde dejé mi máquina, y bajando por el crucero perpendicular de la admirable *tau* del *Vicus-Tara,* llegué al lado de nuestros dos amigos Narcés y Clodomiro, quienes roncaban todavía como si no estuviesen en la antesala misma del más rico y misterioso palacio de todas las Asturias...

© Biblioteca Nacional de España

XII

Final de una noche dionisíaca.—El despertar de Narcés y su ensueño maravilloso.—La consulta con Miranda.—El realismo de lo por Narcés soñado.—Otra vez en la Biblioteca del *Vicus-Tara*.—Se confirma una vez más lo que me enseñase el gnomo avilesino.—El *Sancta Sanctorum* de la Biblioteca.—Pinturas rupestres.—Arqueólogos positivistas y arqueólogos teósofo-imaginativos.—Los tesoros del reino del Padre.—El más misterioso de los herbarios.—Otra vez los documentos gaedhélicos.—La despedida de Don Félix de Belda.—Sus comentarios sobre el artículo de Pidal acerca de Frassinelli.—Cainejos y jinas.—La profecía cumplida.—Dos nuevos teósofos.—¡No somos, sino que nos mandan!—La última tarde en Somiedo.—La divina Vaca de Gautama el Budha.

Tiréme sobre mi camastro verdaderamente rendido. Desde que había entrado en Asturias diríase que, por no sé qué dionisíaca ley, las cosas más grandes me habían acaecido de noche y no de día: Sequeiros, con su Graal; el padre Álvaro y su despedida; la santa iniciación en los misterios de la *Hüestia* y de la *Bovia* o *Bobia*, que de entrambos modos puede escribirse, el uno por su etimología, el otro por la misma ley de fonética castellana que antes escribiese Játiva y Córdova y hoy Játiba y Córdoba; las revelaciones extrañas del piloto sobre los bajos del Loxanín; las no descriptas escenas de *la Quintana de las Rosas*, y los brujescos cuentos de *Raposa;* los relatos nocturnos de Miranda y de Uría; la terrible escena final de mi *xana;* el terceto de Almurfe; el revelador *punto* o anusvara sanscritánico de Clodomiro y, en fin, la noche memorable que acabábamos de pasar en la *Biblioteca* o *Vicus-Tara* y en la que el sueño había huído felizmente de nosotros.

Ya me encontraba de lleno en esos dudosos confines entre el sueño y la vigilia, fronteras de dos mundos complementarios, cuando me despertó Narcés llamando en alta voz a Miranda y despertando a su vez a Clodomiro. Hice, pues, un gran esfuerzo y les dije que nuestros dos amigos hacía rato que partiesen, citándonos, si antes no volvían, para la hora de comer, en el campamento.

© Biblioteca Nacional de España

—Es que—decía con entrecortada y emocionada voz Narcés—, es que quería consultar con mi Antonín de Miranda, el sueño que he tenido; el más raro y terrible de los ensueños de toda mi vida, porque si él fuera cierto... ¡de los peces de colores me río!

—Ríase de lo que quiera, mi buen Narcés—repliqué—, que en cuanto a mí, que también he pasado malísima noche de insomnio, el mayor favor que puede hacérseme es dejarme dormir hasta el mediodía, disponiendo ustedes para después lo que bien les plazca.

—En ese caso, duerma enhorabuena, que nosotros vamos ahora juntos al campamento, de donde traeremos luego la comida para aquí mismo.

Tras esta escena yo dormí como un bienaventurado hasta que, a cosa del mediodía, hube de despertar a mesa puesta, rodeado de mis cuatro amigos. Levantados manteles y servido el café de los termos, Narcés empezó a contar, en medio del extrahumano silencio de la cripta, su ensueño singular.

—Soñaba—dijo—que mi cuerpo era todo luz, como los vuestros, y que, galería arriba de donde estamos, acompañado de los vuestros, que eran aún más ágiles y luminosos que el mío, penetrábamos en otra maravillosa galería de ahí por cima, entre cristales, por los que entraba la luz de la Luna, y entre millares de libros rarísimos que vosotros hojeabais con ávida rapidez: ¡libros de piedra, que Pachón diría! Así fuimos penetrando de unas en otras en múltiples cámaras hasta que, por la bocana de sobre el *Valle del Ajo*, nos fuímos a Soto, y allí fundamos, ¡extraña cosa!, nada menos que un monasterio, que creció, creció, y según se iba extendiendo por todo el guapo valle, venían a vivir en él gentes de las cinco partes del mundo, para consagrarse en la *Casona* a unos estudios propios de benedictinos...

—Y bien—preguntóle Miranda, así que hubo concluído su relato—, ¿qué piensas tú de ese raro sueño?

—¿Pensar? No pienso nada, porque estas cosas de los sueños me confunden; casi me inspiran miedo. Lo único que te digo es que desde que andamos en estas andanzas de un tesoro que bien pudimos no encontrar por culpa mía, no soy ya el mismo hombre que era antes. Algo nuevo e inexplicable nace en mí, casi sin que me dé cuenta de ello, y este mi *karma* nuevo, en nada se parece, no, a mi *karma* antiguo.

—¿Y si resultase cierta la primera parte de lo que has soñado?

—Imposible lo creo, pero si ello fuera cierto...

—Por si lo fuese, bueno sería—añadió Miranda guiñándome un ojo—que recorriésemos esa inexplorada parte de arriba.

© Biblioteca Nacional de España

—Tan de acuerdo estoy en ello que, que como yo no quiero hablar porque no se me rían ustedes de mi ignorancia, no les digo nada respecto de mí y de lo que también me ocurre—, replicó con dulce modestia Clodomiro.

—En marcha, pues—, terminó nuestro jefe.

Así lo hicimos, al punto, y no bien pusimos pie en la rotonda de la encrucijada, advertimos que Narcés palidecía. Sus piernas le temblaban y para no caer redondo tuvo que apoyarse contra el muro.

Repuestos Clodomiro y él de su intensa emoción religiosa, recorrimos una por una todas las estancias del lado izquierdo que ya anteriormente habíamos visto, con admiración, aún mayor si cabe, en la noche postrera, hasta llegar a la bifurcación de las dos galerías, la ascendente hasta la terraza de la altura de los Picos Albos y del Cueto Albo y la descendente, cuya verdadera orientación seguirá siendo siempre un misterio para nosotros, dando la razón al gnomo de Avilés cuando me dijese que ella continuaba por las montañas fronteras divisorias ya con León para enlazar, en fin, por saliente, con la cueva santenderina de Altamira; por occidente, con la rama atlántica del Bierzo, Portugal y las Américas, y por el norte con todo el ramal ártico de la Staffa o de Fingal.

Digo todo esto, porque, pasos más allá de donde llegásemos pocas horas hacía, aquel efectivo hipogeo de la Bovia somedana tomaba proporciones verdaderamente grandiosas, indescriptibles, tanto que las más prodigiosas estancias que admirásemos en Sequeiros eran al lado de aquellas, lo que la iglesita románica de Santa Cristina de Lena sería al lado de la catedral de Burgos. Baste decir que el templo aquel era de la más vieja y pura arquitectura egipcia y que estaba iluminado a giorno por doce lámparas del *lapis asbestos*, inextinguibles y maravillosas, con otras mil inefables cosas que omito. A guisa de antesala, tenía una estancia menos espaciosa, cuajada toda de las más raras pinturas *rupestres*, pinturas que habían sido con sus símbolos más incomprensibles la desesperación de un Mélida, un Marqués de Cerralbo, un Cabré, un Abate Moreau y demás arqueólogos, quienes, en su reprensible timidez positivista-científica, hannos favorecido, a nosotros los arqueólogos-teósofos, con el honorífico timbre de *imaginativos*, porque, de buena fe, ellos ignoran que la ciencia toda, al lado de la Magia, es menos que un candil al lado de la luz del astro del día. ¿Qué habrían dicho, en efecto, aquellos, aparte de todo, simpáticos y queridos obreros del pensamiento occidental, si hubiesen experimentado con nosotros los extraños efectos de la visión astral, con la que, en el seno de aquel encantado recinto, nos vimos de repente favorecidos los cinco amigos?...

© Biblioteca Nacional de España

Me libraré muy bien de describir esta escena, obediente a la consigna evangélica que el Maestro Jesús diese a sus discípulos acerca de «los tesoros del reino de su Padre» y de cómo ellos han de ser muy cautelosamente entregados a las peligrosas multitudes. Además, poco tendría que añadir, como siempre, a lo dicho por nuestra Blavatsky en uno de sus opúsculos ocultistas *Para los pocos*, acerca de los *cinco colores sagrados*, y de su contemplación por los cinco candidatos a la primera iniciación, candidatos que en más ínfima escala, no tengo esta vez por qué señalar con el dedo. Baste decir que había que haberlas visto astralmente, como nosotros las vimos, a las tales pinturas, que no son lo que les parece a los doctos de Occidente.

En la pieza de más allá del templo hallamos también algo que nos dejó no poco sorprendidos, y fué una rara tela, de fino tejido oriental, sobre la que había fijadas multitud de ramitas de diversos árboles y arbustos.

—¡Singular herbario!—dije.

—¡No está mal herbario!—replicó Miranda, quien febrilmente iba tomando nota, una por una en su cuaderno, de todas aquellas ramitas.

—¿Qué es lo que hacéis?—interrogó Pacheco.

—¿Que qué hago? Nada sino dar una vuelta más a la *Rueda de la Fortuna*. Que empezamos nuestro viaje bajo los auspicios de un singular documento latino-gaedhélico, y aquí tenemos ya otro, por si queremos emprender una nueva empresa.

—Me dejáis pasmado, mi amigo—dijo Pacheco—. Ese herbario, a lo que tengo por muy cierto, está hecho por mi tío, y digo esto así, con tanta seguridad, porque ahora recuerdo que, días antes de su viaje a Irlanda, vile muy preocupado reuniendo ramitas de árbol, que no volví a ver después.

—Sí, ramitas de un herbario que sólo contienen veinticinco especies, y en las que todas se repiten más o menos, como repetirse puedan en cualquier escrito las consonantes y las vocales. ¿Habéis olvidado acaso que en el alfabeto *ogámico* o *gaedhélico*, cada letra es un número y una ramita de árbol o *crab-ogam*, según la clave que otras veces os diese.

—¿Qué es lo que decís? ¡Me dejáis frío!

—Digo sencillamente que no es cosa de predecir el contenido de este falso herbario y verdadero cuanto chocante documento, en cuya cabecera, ya de antemano, os anticipo que estoy leyendo la frase de «*Mi despedida...*»

—¡Oh, pobre tío mío!... ¡Como todo lo verdaderamente grande, te has ido *con los tuyos*, dejándonos a nosotros, que te adorábamos ya que no te

© Biblioteca Nacional de España

comprendiéramos, en este valle «hondo y obscuro, con soledad y llanto», que dijese el vate salmantino!

Pacheco yacía anegado en lágrimas, en las que, impresionados como estábamos todos ante aquellas místicas emociones divinas, no tardamos los demás en acompañarle.

Repuestos, al fin, gracias a sublimes consideraciones teosóficas de Miranda hechas con cargo a la suprema joya del regio *Mahabharata*, que se llama *El Canto del Señor* o el *Bhagavat-Gita*, íbamos a abandonar, quién sabe si para siempre, aquellos recintos, cuando al lado del supuesto herbario de despedida del régulo Don Félix de Belda Flórez-Estrada y Palacios de Olmedo, bibliotecario del hipogeo del Vicus de Tara, vimos la linda cubierta de un libro en octavo, que resultó ser el de los *Discursos y artículos literarios* de D. Alejandro Pidal y Mon, artículos publicados en la Colección de escritores castellanos, por el editor Trillo, en 1887. Uno de tales artículos, escritos con el rotundo estilo característico de aquel adalid del catolicismo ultramontano español, estaba consagrado a Don Roberto Frassinelli, y era el mismo de donde, para la obra de Canella, se entresacasen los curiosos párrafos que el articulista consagrara a las andanzas asturianas del gran alemán de Corao de Abamia.

Pero allí, en el libro pidalino, el artículo estaba completo, quiero decir que añadía otros varios párrafos a los ya consignados al principio de esta mi narración ocultista, y eran los párrafos no copiados por el Sr. Canella, los cuales ofrecían la particularidad de estar todos marginados por notas de Don Félix de Belda y firmados bajo el título de «Un discípulo de *El Veneciano*». Párrafos y notas que decían así;

«*Don Roberto Frassinelli.*—Acabo de recibir su papeleta de defunción. Murió en Corao, entre los vestigios de la antigua colonia romana; cerca de Santa Eulalia de Abamia, donde estuvo el sepulcro del Rey Pelayo; a corta distancia de Covadonga, donde dejara recuerdo imperecedero; a la vista de las Peñas de Europa, teatro de su vida salvaje y aventurera y objeto de la pasión que le hizo olvidar todas las comodidades de la civilización y todas las aspiraciones de la vida.» Aquí, el Sr. Pidal continuaba con los párrafos ya antes copiados por nosotros y que empiezan: «Alemán por los cuatro costados», etc. Al lado, la firme mano de D. Félix, tan hecha a escribir esos incomparables caracteres semigóticos de las letras sánscritas, marginaba: «Non est hic, sed surrexit (Lucas, XXIV, 6).»

Y después que hablara Pidal de «el robeco trasponiendo la cortante arista de la cumbre», aludiendo a las expediciones de Frassinelli, añadía: «Yo cacé con él en aquella solitaria y sobre toda ponderación agreste

© Biblioteca Nacional de España

comarca. Subí con él a las enriscadas majadas de *Ario*, le acompañé en la peligrosa ascensión de *Peña Santa;* descendimos juntos a los abismos por donde corre el espumoso *Cares*, y le vi atravesar impávido los ventisqueros, erguirse sereno sobre los imponentes argayos y arrastrarse tranquilo por las verticales pendientes de las simas, agarrarse a la grama que entre las grietas reverdece, a la endurecida nieve petrificada en las umbrías por la indefinida acción del tiempo y del frío. De noche nos guarecíamos en una miserable cabaña, sin más abrigo y poco más espacio que una hoguera, a cuyo alrededor nos agrupábamos; sin víveres apenas, pues no consentía mucha carga el género de nuestra expedición investigadora; acompañados, en verdad, de los célebres *cainejos*, los hombres-gamuzas de aquella región, los ribereños de aquel *mar de piedra*, en cuyos inmensos *joos* encuentran, de padres a hijos, el sustento de su miserable vida y, por fin, el sepulcro para su trágica muerte.»

Aquí venía otra nota de *Don Félix*, que decía simplemente: «estos cainejos no son sino los *cainos*, *incas* o *jinas no humanos*, de la raza también de los *vaqueiros*. No los habría visto Pidal si antes no le hubiese levantado mágicamente el *velo de Adán*, y sin que él se diese cuenta, nuestro Frassinelli.»

Después, Pidal seguía, en ese su hermoso estilo narrativo:

«Nunca podré olvidar la primera vez que los divisé—a los *cainos*, *jainos* o *jinas*—en compañía de Frassinelli. Sentado en la más alta cumbre de la majada, reponíame apenas del asombro que me acababa de causar la súbita aparición de las caladas agujas y de las gigantescas torres de los *Urrieles*, a través del tupido manto de niebla desgarrado por las brisas del mar y disipado y deshecho por los rayos del sol. Pidiendo noticias al más rústico de los cabreros, que, apoyado en su cayada, me contestaba, sumido en la misma contemplación, a pesar de su rudeza y de la costumbre, preguntaba el modo mejor de verificar la ascensión a aquellos verticales picos.»

«—Ahí, sólo esos demonios de *cainejos* pueden cazar..., que se pegan como moscas en las peñas—me contestó.»

«—¿De dónde son esos *cainejos*?—le pregunté.»

«—¿De dónde han de ser? De *Caín*. Un pueblo colgado ahí abajo, adonde no se puede entrar ni salir y donde viven todos de la caza... ¡Allí los tenéis!—añadió, con el tradicional lenguaje, señalándome las más tajadas aristas de un insondable precipicio. Seguí con los ojos el tosco cayado del pastor, y se me heló la sangre en las venas. Como una mosca imperceptible en el cuello de una botella, para seguir la comparación del pastor,

© Biblioteca Nacional de España

un sér con figura humana acababa de aparecer en medio de la arista de una encumbradísima peña cortada a pico, sin que se pudiese comprender cómo humanamente podía sostenerse allí en aquella luciente y bruñida vertical colgada sobre el abismo. Un grito gutural, salvaje, ronco, resonó en las concavidades del *joo*. Un peñasco ciclópeo, sacado de su secular equilibrio por el brazo poderoso del *cainejo*, cayó, que no rodó, por la pendiente, y chocando contra las puntas de las peñas, asordó el valle todo entero. Las gamuzas, que se refrescaban acostadas en las grandes manchas de nieve, se pusieron en pie, irguieron sus cabezas adornadas con los airosos cuernecillos, y el poderoso macho que las capitaneaba, lanzando su penetrante silbido, se escapó al galope, seguido de todos los demás, por las escabrosidades de las peñas. No tardamos en oír una detonación, y, entre el humo producido por el disparo, vimos levantarse de una peña, suspendido al borde de un desfiladero, a otro *cainejo* que, corriendo tras de su pieza despeñada, la alcanzó, la remató y la degolló, y aplicando sus labios a la herida, bebió largamente y con delicia la caliente sangre del gallardo habitante de los abismos.»

Al lado de estos vibrantes párrafos, el severo comentador de Don Félix, escribía: «¡La verdad a medias, es peor, a veces, que la misma y descarada mentira!: Pidal pudo ver, en efecto, a *cainejos* o *jinas;* pudo admirar sus inauditos equilibrios, imposibles para el hombre ordinario, pero perfectamente posibles para el *sadhú* y su *vaca astral de las cinco patas*, vaca que, cual la que alimentase al maestro *Gautama*, alimenta a todo verdadero *cainejo vaqueiro* o *jina*.» Enfrente además del semítico y repugnante chupado de la sangre de la *vaca* o gamuza, aparecía energético y con grandes caracteres, un acusador: «*¡Falso, de toda falsedad!: ningún vaqueiro cainejo, jina, ni shadú, ha comido jamás carne animal, cuanto más chupado vampíricamente como tantos* MAGOS NEGROS *la sangre de las víctimas religiosas. Esto es puro credo semítico cual los pasajeros capítulos del Pentateuco bíblico, que a tan intencionados como repugnantes sacrificios alude.*»

Finalmente, el narrador Pidal decía:

«Desde entonces no me separé de los *cainejos* todo lo que duró la expedición. Quizá debí al brazo de alguno poder contar lo que ahora escribo, y no hubiera sido posible, sin su ayuda, aquella vertiginosa bajada que desde los más altos picos de Cornión emprendimos huyendo de las nieblas, que amenazaban envolvernos en lo más peligroso de la montaña, hasta avistar a media noche la luz que arde perpetuamente en la sagrada cueva delante de la imagen de Nuestra Señora, en los históricos lugares de Covadonga. Y sin embargo, durante aquella penosa expedición, el an-

© Biblioteca Nacional de España

ciano alemán apenas probó otra cosa que leche y agua; se mantuvo constantemente a la cabeza de la partida y desafiaba el extremo rigor del frío en las noches claras, para enriquecer las páginas de su álbum de dibujante. Aún le estoy viendo, después de seis horas mortales de bajar *a plomo*, primero por las peñas, luego deslizándonos por las nunca pacidas ni segadas hierbas de la *Cabritera*, y, por último, suspendidos de los árboles que brotan en aquellas paredes, paralelos al suelo, agotar el rústico depósito de una fuente con su fantástica pasión por el agua de las montañas. Era el momento en que uno de nuestros compañeros, el ágil Ruperto de Caín, suspendido a muchos cientos de metros de altura del cañón de su carabina, que había introducido en el agujero de una lisa e interminable pared de peña, para alcanzar con los pies un imperceptible fragmento de cornisa, convencido de la impotencia de sus esfuerzos, luchaba en vano por retroceder. ¡Terrible instante!... Mientras, más seguros sobre nuestros pies destrozados, contemplábamos aterrados aquella escena, oíamos a nuestro compañero de expedición, el célebre canónigo de Covadonga, Don Máximo, pronunciar las sagradas palabras de la absolución *in articulo mortis*, mientras su mano, abandonando la escopeta, trazaba el signo redentor en los aires. Como si Dios entonces hubiera reanimado sus fuerzas, el *cainejo* hizo un esfuerzo desesperado y supremo, y consiguió izarse nuevamente sobre los pies en la cornisa abandonada... Momentos después corría como si tal cosa por las asperezas apenas salientes de la tajada peña, estimulado por nuestros aplausos y las voces del sabio alemán, impaciente porque llegara a tiempo de cortar la retirada de los robecos.»

Y la nota correspondiente de Don Félix, decía: «Pidal no se separó de los *cainejos* o *jinas* porque éstos eran inseparables amigos del gran alemán en sus ocultistas correrías, en las que el discípulo de los *rishis* sólo bebía agua pura de nieve y leche *de la Vaca:* el mismo nombre de *Ruperto Cain* o séase *Roberto el Jina*, harto lo indica, como lo corrobora la presencia del canónigo Don Máximo, íntimo de Roberto Frassinelli.» Las notas seguían luego hasta amenazar con ser más extensas que el propio original, en lógica consecuencia de la inveterada «ex abundantia cordis», de todo hombre prodigioso, como sin duda lo era el eximio bibliotecario del *Tarambicus*, quien acababa el último párrafo de sus, todavía hoy impublicables *notas*, con la profecía de nuestra llegada a aquel santo hipogeo de sus bibliófilos desvelos, diciendo bajo la firma de «Un discípulo de *El Veneciano*»:

«Cuando la *Vaca* del divino *Horus*, la adorable *Isis-Selene*, haya ocultado con su disco, cinco veces seguidas en medio siglo, al rutilante *Febo* en el querido solar de nuestros mayores; cuando los hombres, volando

© Biblioteca Nacional de España

como las aves, puedan aventurarse por los aires, por encima de los albos picos de la Bovia somedana; cuando una guerra cruel amenace al planeta entero con volverle a la barbarie..., la faz de las cosas cambiará radicalmente, no ya en Asturias, sino en todo el mundo. Algún descendiente de los Cortés, Balboas y Pizarros que profanaron los santuarios aztecas e incas de nuestros hermanos de ultra-Atlántida, unido con ilustres sucesores de las glorias de los *Kurus de Queiros*, y con otros hombres de recta intención, cuando sublimes por su desinterés, el áureo tesoro de Somiedo volverá a la luz del día, para pocos pero para buenos, y estotro tesoro, mil veces más augusto, de la biblioteca de Tara, irradiará la luz de su sabiduría, *la Blanca Luz de Asia*, por los ámbitos del mundo.»

Nos quedamos todos petrificados, así que hubo terminado su lectura, y Miranda y yo más que nadie, porque no ignorábamos lo que la firma de «Un discípulo de *El Veneciano*» significaba, es a saber: un discípulo de uno de los más grandes Adeptos de Europa, reencarnación quizá o continuación del sublime Marco Polo o acaso del propio Apolonio de Tyana y luego conde de Saint-Germain, el del *Manuscrito cifrado* que también habíamos visto en la Biblioteca. Al fin, Narcés rompió el silencio de aquel momento apoteótico, diciendo con voz entrecortada por unas lágrimas que pugnaba, en vano, por retener, al par que se arrojaba en brazos de Miranda:

—¡*Karma*! ¡*Karma*! Ahora sí que soy teósofo, y lo seré ya, felizmente, por el resto de mis días, si de ello me creéis digno.

—Antonín—exclamó a su vez Clodomiro con la más dulce, modesta y noble de las ingenuidades—, Antonín de Miranda. Un hombre, bueno de intención, pero ignorante entre los ignorantes, ¿podría ser recibido como teósofo?

—Mejor que nadie—replicó Miranda, estrechándole al par entre sus brazos—, que ya lo dijo el Maestro Jesús: «Los primeros serán los últimos y los últimos los primeros...» ¡Así lo exigen el *karma*, los ciclos!

Pacheco lloraba de emoción, y todos cinco, con igual devoción con que se besa una reliquia amada, besamos aquella página del libro de Pidal, regándola con nuestras lágrimas de afecto y de gratitud, al vernos allí mismo objeto de una realizada profecía de la que nosotros, pecadores, en modo alguno nos creyésemos dignos.

—¡No somos, sino que nos mandan! ¡Eternos instrumentos de las Fuerzas Inteligentes que gobiernan el mundo!—dijo, lleno de religiosidad, Miranda el magnífico.

Salimos a poco de aquellos lugares santos, sintiendo como si nos de-

© Biblioteca Nacional de España

jásemos allí una raíz la más honda de nuestro espíritu, para coronar el memorable día, despidiendo al *Padre-Sol*, divina Fuente de todo, desde la terraza de los *Picos Albos*, que *albos* habían de ser por fuerza aquellos sitios por la Blanca Magia oriental santificados. El astro rey tocaba a la sazón por su borde inferior sobre las montañas del Noroeste, entre trono de nubes, con la majestad con que cae, después de elevada por el celebrante, la *Hostia Consagrada*, y no bien el rápido crepúsculo de aquellas alturas fuése extendiendo por los valles, como un manto de misterio argentado por la Luna, Narcés lanzó un grito, diciendo, a tiempo que señalaba más allá hacia el talud del frontero *Cueto Albo*:

—¡Mirad, mirad!

Todos miramos hacia aquella parte, y quedamos maravillados.

Pidal tenía razón, aunque él no se diera jamás cuenta, por las señas: un minúsculo *jina*, o *caino*, caminaba por el contrafuerte de un picacho, cual un ave que fuera rozando con su vuelo aquel talud inaccesible. Su blanquísima vestidura, que casi luminosa nos pareciera, flotaba al aire del modo más gallardo...

Hombre, ángel, sílfide, o lo que fuese, no iba, empero, solo.

¡La *Vaca*, la vaca de Gotama el Buddha, la divina Vaca jaina de las cinco patas, le acompañaba, perdiéndose entrambos, al fin, en la niebla que desde el valle subía!

Nosotros, al verla, nos sentíamos transfigurados, ya como seres del otro mundo...

¡Ni más ni menos que si estuviésemos ya todo y todos en definitiva *eternamente a la sombra de la Luna...!*

. . . . . .

. . . . . .

FIN DE LA PARTE CUARTA

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

EPÍLOGO

Asamblea general.—El pleito de más cuantía perdido por Narcés.—Previsión inaudita.—Un real decreto de transcendencia inconcebible.—Despedida al Lago de Narcés y a las Bovias de Somiedo.—En marcha para la Corte.—Añoranzas y recuerdos.—Mis primeras tareas.—Entusiasmo ateneístico.—Batalla ganada, por sorpresa, por el general Vallés.—¡Todo el mundo camino de Soto de los Infantes!—El sustituto de Don Félix de Belda en el Cueto de la Vaca.—Delicias del nuevo monasterio de la Divina Sabiduría.—El cronista de esta verdadera historia, a guisa de notario, signa, firma, rubrica y se despide.

A la mañana siguiente de aquel memorabilísimo día pasado todo entero en las mágicas entrañas de la Biblioteca del Vicus-Tara de Somiedo, Miranda nos reunió a todos en el campamento del Ca-Mayor, diciéndonos de un modo solemne, a tiempo que el Sol salía:

—No hallo medio, hermanos míos, de enaltecer el completo éxito de nuestra tan difícil empresa, sino diciendo con San Juan, en el capítulo veinte, versículo veintinueve: «¡Bienaventurados aquellos, los que, sin ver, creyeron!» Ved, pues, ya recompensados nuestros desvelos todos, mas al tenor también del divino precepto de los *Versos dorados* de nuestro *padre* Pitágoras el inconmensurable, no habremos, no, de «echarnos a dormir en medio del día», quiero decir, que tenemos el kármico deber de redondear y dar cima a esta nuestra empresa allí hasta donde alcancen nuestras fuerzas respectivas. Nosotros, pues, desde ahora mismo, vamos a arbitrar los medios de extraer el tesoro de su escondrijo, subiéndolas por el torno del lago subterráneo al que hoy habrá de llamarse *lago de Narcés*, en memoria de la hazaña de nuestro héroe que, antes que otro nadie, nadase sobre sus aguas. Subiremos, digo, todas las barras, y por la galería que va de la boca del Tarambico a la boca del Valle del Ajo, las llevaremos hasta la presa del salto del Castro, haciéndolas descender luego por el salto mismo, para que, ya en carretera, las transportaremos hasta Grado o Pravia, embarcándolas luego para Madrid, donde este nuestro fiel cronista que va

© Biblioteca Nacional de España

a darnos ahora mismo el pesar de partir sin pérdida de tiempo para la Corte, cuidará de todo lo relativo a la venta de las barras en la Fábrica Nacional de la Moneda, depositando acto continuo los diez u once millones de pesetas de su importe en el Banco de España para...

—¡Horror!—exclamó Narcés, interrumpiendo—, estamos perdidos; tenemos el más terrible de los pleitos en perspectiva.

—¿Cómo eso?—gritamos todos estremecidos.

—Muy sencillo; que según los artículos trescientos cincuenta al cincuenta y dos inclusives del Código civil, el tesoro oculto pertenece al dueño del terreno en que se hallare, y sólo cuando el descubrimiento fuése hecho en propiedad ajena y por casualidad, la mitad se aplicará al descubridor, entendiéndose, además, por tesoro, para los efectos de la ley, el depósito oculto e ignorado de dinero, alhajas u otros objetos preciosos, cuya legítima pertenencia no conste.

—Os equivocáis, funesto jurista—replicó olímpicamente Miranda—. La Fraternidad Astur, tan antigua como las Asturias mismas, es la única propietaria de todas estas sierras. Títulos de dominio podría aducir, si quisiese, que deslumbrarían al mundo. Además, dentro de ese *summun jus, summa injuria* ciceroniano, que durante tantos años ahogase tu espiritualidad impidiéndote ser teósofo, es decir, ateniéndonos sólo a lo corriente, sabed que, antes de arrancar yo de la Corte, dejélo todo previsto. Gracias a ello puedo hoy tranquilizaros diciéndoos que esta zona de la Bovia pertenece, como monte público, al Estado, bajo la dirección del Ministerio de Fomento. Ved, pues, ahora, si reconocéis la firma del Ministro al pie de este *real decreto*.

Y tirando triunfal de sus papeles, sacó una certificación competentemente autorizada, y el número de la *Gaceta de Madrid*, donde el real decreto fuera publicado, decreto en el que se nos adjudicaba a Miranda y a mí «la plena propiedad de cuantos tesoros pudiésemos extraer de los terrenos propios del Estado, junto a los lagos de Somiedo, a condición tan sólo de emplear su importe íntegro en la creación en Asturias, en mi propia *casona* de Soto, por Miranda regalada para tal fin, de *un Monasterio Teosófico, o de la Divina Sabiduría*, y en el sostenimiento del mismo, al tenor de los estatutos que registrados también han quedado en dicho Ministerio y en su compañero el de Instrucción pública y Bellas Artes. Ya veis, pues, que el Estado español ha rayado esta vez a gran altura, reconociendo como de utilidad pública este nuestro futuro Centro Teosófico, por los tiempos mismos en que la libre Inglaterra reconocía también a la *Sociedad Teosófica* como institución de utilidad pública.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Sois sencillamente *un brujo blanco!*—le dije a Miranda entusiasmado—. ¿Para esto queríais, sin duda, con tanta premura en Madrid, mientras a todo trote copiábamos el libro de Rolt Brash, aquellas bases de monasterio que yo hice consultivas con lo más selecto de nuestros consocios del Ateneo? «¡Ahora lo comprendo todo!», que dicen los folletines, y, fiel al deber, aunque noto, ¡ay!, que me dejo la parte mejor de mi alma por estas Bovias benditas, marcho, con vuestra bendición y beneplácito, en este momento mismo.

Y echándome al cuerpo, casi hirviendo, un buen tazón de café con leche, requerí mis trebejos, mi merienda y mi *pepita*, que no quise desamparar en mi viaje; cambié un abrazo, de despedida hasta bien pronto, con mis hermanos queridos, y tomé, seguido de uno de los mozos, el camino para Grado, por el valle de Saliencia y los cordales de la Mesa, por aquella misma vía romana, en fin, que tan a punto estuvimos de explorar infructuosamente a no ser por el *anusvara* de Clodomiro.

Saliencia, los valles floridos de Veiga, Villarín, la Llanera y cien otros, a cual más deliciosos, fueron quedando atrás en mi forzada marcha, con sus cuevas, sus bosques, sus matorrales y sus innumerables recuerdos medioevales, romanos e ibéricos, hasta poder tomar el correo de Gijón-Madrid, que me llevó, a través de innumerables túneles, Pajares arriba.

En mi forzosa y soporífera inanición del correo-expreso, que tanto contrastase con mi terrible actividad de anteriores días, medio ahogado e hipnotizado por el humo de las locomotoras, remontando por encima de todo un mar de rotas tinieblas, aun pudo despedirse mi mirada nostálgica de aquellos picachos de Quirós, el Áramo y la Peña Ubiña, ya consagrados para mí por mi ferviente amor a las divinas Asturias. Tras una sublime noche de una luna que rielaba por sobre esotro mar en calma de la mística llanura castellana, amanecí felizmente en Madrid, entre los míos.

Renunciando, como era mi deber teosófico, a todo descanso, vestíme; enajené *in continenti* mi adorada *pepita* por siete mil quinientas pesetas, cobradas del Museo Nacional, comprando en la regia casa *Aeolian*, de mi queridísimo amigo Ricardo Campos, la más sonora de las pianolas con el precio; y vestido de toda gala, como para el acto más solemne de mi vida, presentéme aquella tarde misma en el Ateneo, donde fuí, como siempre, acogido con inmerecido cariño.

Allí, en el dulce *Salón de los Tapices*, en la penumbra de una nublada tarde estival, y rodeado de los pocos ateneístas fieles custodios de *su Graal*, que antes no volasen a las playas como veraniegas golondrinas, relaté, punto por punto, lo más saliente de nuestras inverosímiles aventuras

© Biblioteca Nacional de España

hasta llegar a lo del encuentro del tesoro en barras y del *tesoro de tesoros* en libros. Al finalizar, un formidable ¡viva Don Antonín de Miranda, el régulo de Somiedo! ¡Viva el monasterio astur de la Divina Sabiduría!, conmovió hasta sus cimientos a aquel casto recinto.

Los más nerviosos saltaban de emoción; los más enérgicos pedían para el día siguiente una junta general extraordinaria de cuantos simpatizasen con la idea, es decir, del noventa por ciento de los ateneístas, y los más místicos se enjugaron, acaso, una lágrima intempestiva. Pero sobre todo y sobre todos tronó la voz de Júpiter del general Leopoldo Vallés, rugiendo con aire de triunfo al despertar en su inconsciente el alma asturiano-gótica, que tenía por su segundo apellido solar de Díaz:

—¡Bendito sea el Destino, que me permitiera vivir lo bastante para conocer este gran Día!

Y alzando con energía inaudita su pesada mole de ídolo oriental, de sobre el abismo en forma de *perezosa* en que, silencioso hasta entonces, siguiese mi relato, cogió sus gafas de oro, su chambergo de paja y su bastón envidia de todos los arqueólogos de la docta Casa, añadiendo con acento que a todos nos dejó petrificados:

—¡Adiós, señores: que yo, el discípulo de Platón y de Plotino, me voy ahora mismo, camino de nuestro monasterio de la Divina Sabiduría, para en él acabar mis días!

Y tomó la puerta con un paso militar que olvidado tenía, lustros hacía.

Dos fieles discípulos suyos y de sus incomparables poesías místicas, le siguieron, volviendo de allí a poco asombrados, y diciendo uno de ellos:

—¡Acaba ese gran místico, que, como la Magdalena, acaso, ha pecado mucho, pero amado mucho más, acaba, digo, de tomar el correo para Asturias!

Mientras, el otro discípulo añadía desolado:

—...Dando antes concisas órdenes para que sean regalados sus siete perros, sus treinta y cinco bastones históricos, y vendidos, en obsequio del nuevo Monasterio, los diez mil ejemplares de la quinta edición de sus inconmensurables *Páginas de Caza*, aquellas páginas mismas que llevan al frente el retrato de una beldad capaz de dar envidia a la *Diana cazadora*, y por bajo aquel dístico que dice:

«¡Alabado sea Dios que creó a la Mujer!»

Un telegrama de Miranda desde la Pola de Somiedo, de allí a dos días, nos noticiaba su feliz arribo a la tierra sagrada, diciendo:

«General Vallés, constituyóse militarmente en la *Casona* de Soto. Fuéle franqueada ella, en el acto, por el joven Conradino, y allí espera, radiante

© Biblioteca Nacional de España

de felicidad, a los consiliarios y a todos los demás ateneístas, sus hermanos, en el Monasterio astur de la Divina Sabiduría.»

Aquel mal ejemplo pronto fué seguido por otra piedra miliaria de la Casa, el ex almirante y catedrático de *Técnica Naval* Don Liborio Canetti y Alvarez de Gades, quien, con no menos celeridad, partió también, pero no para Soto, sino para vivir en el Cueto de la Buena Madre o de la Vaca, al cargo de la biblioteca sin par del *Tarambicus*, reverdeciendo los laureles de su antecesor Don Félix de Belda Flórez-Estada y Palacios de Olmedo, el *jaino*.

Aquello amenazaba acabar en una emigración en masa, porque multitud de ateneístas pretendieron seguirles; pero fueron prontamente contenidos, con la celebración de la junta general extraordinaria pedida, en la que aprobadas quedaron bien pronto, entre aplausos atronadores, las bases remitidas desde Somiedo por los dos futuros Consiliarios del nonnato Monasterio que, esencialmente, en nada diferían de las aprobadas ya por el real decreto.

Haría interminable este epílogo si a puntualizar fuése tales bases, que escritas en letras de oro habrán de quedar por los siglos de los siglos. Diré sólo que ellas no eran sino las mismas de la *Luz de Subiaco en el Monte Casino*, o séase del Cister, depuradas de la fatal levadura de las Ordenes monásticas ulteriores, que conservaron la carne perdiendo el espíritu, bases rejuvenecidas, ampliadas y sublimadas por las exigencias de los tiempos, cuanto por las revelaciones teosóficas y ocultistas de Helena Petrowna Blavastky, la incomparable. A más, con la renta de más de cuatrocientas mil pesetas anuales que suministrarían los once, casi doce, millones de pesetas producto de la venta de las áureas barras, había para asegurar la *congrua sustentación* del centenar largo de ateneístas que estaban ya locos de contento ante la perspectiva de dar un olímpico y teosófico puntapié, los unos a sus cargos, los otros a sus oposiciones, sin ya tenerse por qué preocupar más de la dura lucha por la vida, consagrándose por entero, y muy felices, a una ciencia virtuosa y a una virtud energética y científica, allá en el paraíso astur de Soto de los Infantes, lejos, muy lejos de las miserias de este mundo pícaro.

Aquel esbozado de la vida más ideal que cumpliendo sus deberes gozar puede el hombre sobre la tierra, hecho en forma de una libérrima *Fraternidad teosófico-monacal*, a ello convidaban, sin disputa, pues que era muy superior a la misma *Santa Hermandad de la Escuela de Cristo* que intentara fundar en el monte de la Atalaya, de Luarca, aquel precursor de nues-

© Biblioteca Nacional de España

tra idea en el siglo XVIII, que se llamó Juan de la Riera o el *Jaino Somediano* para las gentes de su época.

Anticipándole al lector, en efecto, lo que fuere sorprendente realidad de allí a pocos meses cuando yo tuve la dicha de volver a gozar de unos días de retiro espiritual y de añoranzas en el guapo valle de Soto de los Infantes, diréle que la abandonada Casona resucitó, cual fénix inmortal, de sus propias cenizas, bajo las mágicas manos de sus setenta nuevos habitantes, bajo la dirección sabia de los dos consiliarios señores Pacheco de Belda y Belda Campo-Sagrado, los dos admirables sobrinos del bibliotecario del Tarambico, patrocinados por Miranda el paternal y el bueno, cuanto ocultísticamente auxiliados por la invisible Fraternidad de los Adeptos astures, con Don Hermógenes de Fae y Bentivoglio a la cabeza.

Allí se celebró con toda pompa y todo un ceremonial más que druídico la boda de Don Pepitón Narcés, el novel teósofo, que fué uno de los primeros adheridos al Monasterio, en calidad de *hermano-libre*, al par que su angelical señora. Allí se recibía, con hospitalidad oriental, a todo leal investigador de la verdad sin trabas, porque no en vano allí, en fin, el general Vallés, rejuvenecido con la vida ascética, cuanto con el aire de montaña, había cantado, con teosófica inspiración, aquellos *dorados versos* que, con sus mayúsculas y todo, mayúsculas bastante mejor puestas, por cierto, que las célebres del sepulcro de Shakespeare, decían:

Ando buscando el *Contento*
y olvido todo dolor
viendo que por el *Amor*
se llega al *Conocimiento.*
De *Amor-Vivo* me sustento
y en *Querer* mi dicha fundo:
Busquen los sabios del mundo
alimento a sus quimeras...
¡De *Amor* viven las *Esferas:*
Dios, es grande; *Amor*, fecundo!

De la vida diaria de aquella Santa Institución, nada digamos, porque más de cuatro la deputarían increíble. Baste consignar que el libérrimo personal de aquel fecundo *grano de mostaza* para el futuro Árbol paradisíaco de la vecina *Edad de Oro*, se levantaba con el sol, a tenor del precepto ocultista, bajo los sones no de oscas u oscenses campanas de la Campania, sino de una concertada *diana, no militar, sino militante*—ya me entienden los exquisitos—. Aseados todos, con parsi o güebro esmero, cada cual marchaba de paseo, solo o acompañado, por donde bienle placía, re-

© Biblioteca Nacional de España

uniéndose luego todos para tomar un ligero desayuno, vegetariano, por supuesto, según el régimen de la Casa; alimentando, al par, el espíritu con la lectura, durante él, de pasajes de todos los Libros sagrados de las distintas religiones conocidas, facetas, no siempre bien limpias de la primitiva Religión-Sabiduría perdida, que el Monasterio trataba de restaurar. En seguida, cada cual tomaba su labor teórica en una de las diez disciplinas troncales de la Casa, a saber: 1.ª, Lenguas Sabias; 2.ª, Religiones comparadas y Ética; 3.ª, Matemáticas y Astrología; 4.ª, Ciencias Cosmológicas o Naturales; 5.ª, Ciencias Físico-alquímicas y Agrícolas; 6.ª, Antropología e Historia; 7.ª, Derecho y Ciencias sociales; 8.ª, Bellas Artes, según el Canon de Proporción pitagórico y la enseñanza de Ruskin; 9.ª, Estética y Literatura Universal, y 10.ª, Ciencias aplicadas a la Vida, todo ello en medio del más trapense y cartujo de los silencios de estudio.

Seguía la comida conventual, sin refinamiento, pero abundante y nutritiva, realzada unas veces por lecturas de libros sagrados y otras, por concertada música, en la que sólo los clásicos y las canciones regionales de todos los pueblos estaban permitidos. Luego, el café, con fraternales charlas; y, antes o después del paseo de la tarde, según el tiempo, trabajo agrícola manual, por lo menos durante una hora; conferencias bisemanales y conciertos, en los que había de figurar algo, forzosamente, siempre de la trinidad Bach-Beethoven-Wagner, y, tras media hora de meditación o de prácticas de culto, por grupos, al tenor de las respectivas confesiones religiosas; el acostarse temprano y el madrugar con el sol, cerrando como él un ciclo diurno gallardo, puro, bajo los tres ideales de Bien, Verdad y Belleza, trinidad unificada por el Orden, que es la suprema ley que a los astros, como a los hombres, preside.

Además, por obra y gracia de la divina libertad religiosa, sin la cual la vida ni es humana ni casi es posible, siempre era fiesta para la Casona, porque los viernes era la de los mahometanos, con Luna-Chapado a la cabeza; los sábados la hebrea, con el valenciano rabí *Com-Him-Hi*, el de la blanca barba, y la boca todo elocuencia; los domingos la cristiana, bajo Torre-Sánchez, con arreglo al viejo canon mozárabe, despojado de toda adherencia no litúrgica, cuanto de los cultos a sangres ni vísceras, y siempre con música gregoriana y órgano, y preces *sine qua non* en beneficio de todos o pro-pópuli. Asimismo los lunes, o día lunar, tenían su fiesta los *jainos*, con Jina-Chin, el filipino, a la cabeza, y con extrañas ceremonias, en las que algo apuntaba la *Vaca de las cinco patas;* los martes, la nueva Iglesia positivista de importación brasileña titulada de San Augusto Compte tenía la hegemonía, con Martínez a la cabeza; los miércoles era el día de

© Biblioteca Nacional de España

Riesco y de sus herméticos y buddhistas, adoradores de Mercurio, el Buddha primitivo, y los jueves era la fiesta de los demás no adscriptos a las anteriores religiones, principalmente de los sintoístas y de güebros, presididos por Lindaraja-Gomar y por Cascajales Gómez, todos ateneístas que se apresurasen a dejar su vieja biblioteca y su ruidosa Cacharrería para seguir la senda por el sublime General Vallés antes recorrida. Además, cada luna se representaba un *Misterio* o drama musical wagneriano con arreglo a los cánones musicales más extrictos.

Y a tanto llegó la avalancha de peticiones de ingreso monacal, algunas hasta de altos e influyentes personajes, peticiones preñadas de reticencias y aun de amenazas; y tantas fueron las quejas de los queridos presidente y vicepresidentes del Ateneo, camino ya de quedarse sin socios con tamaña desbandada, que los Consiliarios sometieron a la aprobación de la asamblea general la creación de los cuatro grados iniciáticos, o sean: de abajo a arriba, 1.°, neófitos o aprendices; 2.°, compañeros; 3.°, maestros; 4.°, grado, ya secreto, de Iniciados; disponiéndose a más que, para poder ser tenido por neófito, requeríase antes el haber sido siete años socio de cualquiera de los Ateneos de los pueblos, cinco en los de las capitales de provincia, tres en el de Barcelona, o dos en el de Madrid, y uno tan sólo, obteniendo certificación de *haber sido socio asiduo de su Cacharrería.*

Si, pues, a contar y cantar os fuése, queridos lectores, las excelencias del novísimo Císter, de la gran Trapa de Soto de los Infantes, fundado con las virtudes, talentos y heroísmos de un solo hombre, tendría, y acaso tendré en breve, materia para escribir otro libro.

Quédese hoy, por tanto, la cosa aquí; pero no sin antes consignar algo que mi conciencia de cronista fiel de la más real por más fantástica de las aventuras, me exige; es, a saber: que me honraré muy mucho con que esta mi crónica leal, en la que nada he añadido ni quitado, sea del agrado del público, principalmente del público culto, bueno y tolerante, que no deja de abundar—o yo sueño—en mi patria querida.

Pero que si, contra lo que creo y defiendo, no hallase en estos tristes días, tan nobilísimo público, tampoco me importaría un bledo, pues que no pensando en él, sino en Don Antonín de Miranda, mi amigo, mi hermano, mi maestro, he escrito este libro; libro que doy fe aparece impreso con bastantes erratas, por mi culpa y mala letra (1), en treinta y dos pliegos

(1) Refiérense principalmente estas erratas a los textos blables y latinos, y serán salvadas por la cultura y bondad del lector, cual aquella del final de la página 222 donde debe leerse: «*La Aldea Perdida, José* y *Los Papeles del Doctor Angélico*, obra esta última en la que...», etc.

© Biblioteca Nacional de España

de papel pluma de dos clases diferentes, como recuerdo de la vela templaria en dos colores de nuestro Frassinelli, componiendo cuatro partes útiles y un epílogo, o sea la consabida rosa-cruz de marras del cuatro con el cinco; o bien cuarenta y ocho capítulos, en cuatro paquetes de a doce por parte, como recuerdo del sagrado número doce de la perfección pitagórica, ¡ay!, que, acaso, no resulte intrínsecamente en ellos, capítulos que, con el del epílogo, componen cuarenta y nueve, el divino cuadrado o segunda potencia inefable del siete, y con una cubierta, también simbólica, en la que campea el celeste azul—hoy gris—de nuestros más puros ideales teosóficos, bajo la cinta de cosido que es bandera de la Patria, y con sus tres lazos y sus tres sellos en rojo, color complementario de los otros dos colores simples; sellos en los cuales, al tenor de la distinción hecha por San Pablo, van los respectivos *espíritu, alma* y *cuerpo* de este libro. Hanse guardado estrictamente además en el mismo las ruskinianobeethovenianas leyes de la sonata, u *opera per suonare*, escribiendo la primera parte en modo dórico y en *allegro con brío;* la segunda en *andante*, con variaciones; la tercera en *vivace* y dislocado *scherzo*, y la cuarta en *himno religioso*, también con su *rondó* y con su *allegro*. Guardado se han, en fin—en lo que a mi imperfección ha sido factible—, las leyes de los elementos del *cuarteto de cuerda*, llevando el ocultismo oriental la difícil y poco comprensible parte de *violoncello;* la mitología asturiana la parte de *viola*, mientras que la Ciencia, y otras menudas cosas de comentario, al par, han hecho de violín segundo, y de violín primero, regulando y dominando a todo el conjunto, la silueta de un gran ocultista, del sin par Don Antonín de Miranda y Sol, hombre de los que no suelen nacer sino ¡siete en cada siglo!

. . . . . .

. . . . . .

FIN DEL TESORO DE LOS LAGOS DE SOMIEDO

Y DEL TOMO PRIMERO

DE LA «BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS»

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS

TOMO I

EL TESORO DE LOS LAGOS DE SOMIEDO

INDICE

Páginas.

Preliminar, por *Los Editores*..... VII-VIII
Introducción a la Biblioteca..... IX-XXXIV
El Tesoro de los Lagos de Somiedo: Dedicatoria..... XXXV-XXXVII
Por tierras de Don Pelayo... ..... XXXVIII-XL

PRIMERA PARTE

CONSECUENCIAS DE UN ECLIPSE

I. -Un eclipse de sol en el Bierzo.—El hombre que se coloca por tercera vez a la sombra de la Luna.—El misterio del astro de las noches y la ciencia moderna.—Las instalaciones astronómicas de Cacabelos.—El Cerrete del Valín.—Los sabios y el público.—Un bercense extraño.—El creyente-incrédulo.—Las perplejidades de Don Patricio..... 1-8

II. -Una partida interesante de ajedrez.—El testamento de Filidos.—Jugada de naipes del Niño-Dios en persona.—La revelación rosa-cruz del cinco de oros y del cuatro de copas.—Sorpresa del general Azcárate.—Una inesperada romería de sabios a la ermita de la Quinta Angustia.—Realidades más fantásticas que el ensueño mismo.—El eclipse, piedra miliaria de mi evolución psíquica..... 9-12

III.—Grata sorpresa matutina.—El Prieros bercense y el Pieros sirio.—Las glorias de los Caballeros del Temple y su caída.—Las iniciaciones templarias perduran en el Bierzo cuatro siglos.—El secreto de la talla de la ermita.—El *Bergidum Flavium*.—Panoramas deliciosos.—Un santo asceta.—El último templario Don Alvaro de Bembibre..... 13-1 8

IV.—Un retiro feliz.—La familia Antoniana y el palacio de Altamira.—Almuerzo memorable.—Las Asturias de Miranda y

© Biblioteca Nacional de España

Páginas.

Miranda de las Asturias.—Razas solar y lunar primitivas.—La vaca misteriosa.—Antes que Dios fuera Dios... Recuerdos indos y egipcios astures. Las Bovias.—La divina *IO* jaina.—El secreto del castro de Altamira..... 19-28

V.—Triste recuerdo.—Temores y ansiedades.—La fiesta del eclipse.—El sol, mordido por el Dragón lunar.—¡Todos a sus puestos! Los misterios del astro del día.—Las bandas ondulantes.—El río de sombras de la totalidad.—Angustias hiperfísicas.—Un eclipse paradójico. El poema de la luz. 29-34

VI.—La alegría de los astrónomos y la ilusión mayor de Don Patricio.—Resultados obtenidos.—Fraternidad genuinamente teosófica.—Otra tarde en Altamira. Las leyendas del castro.—Un ocultista imprudente.—La Vaca astral se dibuja.—Concomitancias prodigiosas.—Más sobre la religión primitiva..... 35-42

VII.—Una noche en Altamira.—La Religión solar y los tesoros ocultos.—La Vaca morisca.—Los temores de Miranda.—Un mago de los Montes Herbáceos. El Sr. Pidal y el alemán de Corao.—La cosa se complica.—Sospechas de un tesoro en las cimas de Somiedo.—Los papeles de D. Roberto Frassinelli.—Solución salvadora.—¡Del cielo viene todo a los hombres!..... 43-50

VIII.—Noche de emociones. Los papeles consabidos.—Citas de Lucrecio y de Tindall.—Paracelso y los elementales.—Coincidencias con Blavatsky.—Las indicaciones del tesoro de Somiedo.—*Emite lucem tuam*...—Runas occidentales.—Despedida..... 51-58

IX.—A caza de una joya bibliográfica.—Las librerías de viejo, matritenses.—El *karma* del tesoro gravitando ya sobre mis hombros. Una visita al caserón de la Real Academia de la Historia.—Opiniones de un jesuíta sabio.—Otra vez la inevitable Vaca.—*Tutela búddhica.*—En seguro camino de perder el juicio.—Generosidad salvadora.—El hallazgo de la joya.—¡Triunfo definitivo!..... 59-63

X.—Tremendo telegrama.—Un hombre de voluntad de acero.—Miranda en Madrid.—De servicio permanente.—El turno minero.—Mi suplicio a lo Tántalo. En película continua de seis días.—Las trompetas de Jericó.—Exito completo.—Memorable conferencia en el Ateneo..... 64-68

XI.—Preparativos para la empresa.—Carta memorable.—Clave numérica literal *ogámica.—Vicus-Tara, Tara-Vicus.*—El itinerario.—*Anguis in herba.*—Gracejo genuinamente andaluz.—La región leonesa.—El Castillo templario de Ponferrada.—Los mártires primeros de nuestra independencia.—El

© Biblioteca Nacional de España

Páginas.

puerto y brañas de Leitariegos.—Rapaza símbolo de toda una raza augusta. - El Narcea y el Monasterio de Hermo.—El primer geólogo astur, Conde de Toreno y la Cueva de Sequeiros..... 69-82

XII.—Una noche en la cueva de Sequeiros.—Un hipogeo astur.—Tinieblas cimerianas y misterios dionisiacos.—Tácitas pisadas huecas.—Camino hacia el éxtasis.—La cripta de alabastro y el templo de Hermes Trimegisto.—La Madre-Tierra, único templo.—Frío hiperfísico.—Una lámpara maravillosa.—Luz que da vida.—Un papirus no egipcio.—*Froilamus episcopus.*—Los benedictinos de Corias y el *lapis asbestos.* - *Non plus ultra.*—*Los Caballeros del Santo Graal* astur..... 83-94

SEGUNDA PARTE

EN PLENO PAÍS DE LOS ENCANTOS

I.—Recuerdos de una noche iniciática.—La *Santa Compaña* astur.—La visión astral y la física.—El problema de las ene *dimensiones* del espacio.—Una prueba tangible. - Paradoja geométrica.—Los nudos de Gordio y el divino jeroglífico.—La Realidad Una y Unica.—Cómo puede verse en siete *dimensiones* un mismo paisaje asturiano —Parque Nacional.—La plantación de las brañas.—Hacia el Lago de Noceda.. 95-103

II.—Caos geológico.—El terreno siluriano astur.—Símiles felicísimos. - La colección mineralógica.—El Lago de Noceda.—La *Xana-Caricea.*—Los precursores del *Don Alvaro o la fuerza del sino.*—El misterio de las *xanas.*—Sus seducciones terribles.—Las gallinas de los huevos de oro.—¡Dame tu pobreza y toma mi riqueza! *Per aspera ad astra.* - Las *Hilanderas* y su *Tela.*—El río Luiña. - Los fantasmas de Villategil..... 104-115

III.—La confluencia del Narcea y el Luyna. - Un templo de Lechuga.—Dísticos teosóficos.—En busca de un anciano exclaustrado de Corias. — Don Alvaro Flórez-Queipo. — La casita de Entrambas-Aguas. — Ultimo día de un filósofo. Misterios histológicos desconocidos para los sabios.—Noticias auténticas de Frassinelli y de sus tesoros.—El Padre Briones.—Misión ocultista astur.—El hombre que ha estado en la India.—Despedida..... 116-123

IV.—El Monasterio de Corias: el Escorial astur.—Comercio de reliquias.—El bofetón astral del criado Suero.—Tineo, Sorriba y Tuña.—Dos seres por su patria incomprendidos.

© Biblioteca Nacional de España

Páginas.

—El Monasterio de Obona y la escritura de su fundación. – Pobreza monacal moderna y riqueza primitiva.—Feijóo y Cervantes.—Por tierras de Pola de Allende.—Llamada del Padre Don Alvaro.- El más fantástico de los ciclistas. 124-129

V.—La sierra de Palos y el Orúa.—El templo del dios Aire-puro.—El *busgoso* y el *pedrete*.—El rey de los Aulnos.—El Nene-Liebe, de Heine.—¡El Misterio se aleja y, a la vez, se acerca!—La mala sombra.—«¡Peregrino serás en tierra extraña!»—Un *lied* de Matilde Wesendonk.—La aventura de un buen mozo.—Minados antiguos.—¡Una pepita de oro de tres libras!—En vías de perdición.—Un émulo de los Pizarro.—¡Bandidos!—Dos nuevos amigos astures..... 130-138

VI.—Un singular inválido.—*Falón del Naraval* y Clodomiro Menes Viescas.—El niño Conradino.—El arcón de mi tesoro.—Cena asturiana.—Un Don Juan Tenorio modernista.—El vino y la sidra.—Sátiras a porrillo.—El discípulo del gran *Pinón de la Feita*—Cómo se duerme en las Asturias.—Mis nervios y la pila de Volta..... 139-144

VII.—Velando por mi tesoro. – Una fuga en toda regla.—Las mañanas de Junio en Asturias.—El nuevo Aristodemo —Un número *ene* de personas en un *auto*.—Salime y Pesoz.—*Falón del Naraval* y la poesía asturiana. Andalucía y Asturias.—Baladas inimitables.—Recuerdos del tiempo viejo.—El amor a la tierruca.—Los vascos del territorio de Oscos.—Un ateneísta incomprendido.—Camino de la Bovia.—¡Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor!. 145-154

VIII.—La Garganta de la Bovia.—Un poco de Mitología astur.—Paganismo y Cristianismo.—La *Santa Compaña* o *Huestia*.—Historia de un valentón.—El *tanganito-tángano*.—¡Andad de día que la noche es mía!—La *Buena-Gente* y las reliquias.—Miranda vió a la *Huestia* en Corias.—Los que nos esperan allende la tumba.—En provecho de Falón del Naraval.—Otro tesoro.—La Santa Bovia.—Convite inesperado.—¡Bodas de diamante!..... 155-168

IX.—Conversaciones de minería.—Los tesoros de Simancas.—La gratitud de Falón.—Un místico-práctico.—García, el militar inmortal.—¡Treinta batallas, diez estocadas y nueve balazos!—La ribera del Eo.—Castropol y su historia.—*Inter flumine*.—El pasado de Narcés y la *Guaxa*.—Los vampiros en Asturias y en el mundo.—El *Hades* o *Hella*.—*Amphitheatri Sapientiae Aeternae*.—La *Cueva de la Blanca*, en Luarca, y su *guaxa*.—Parasitismo universal y vampirismo psíquico.—*Trasgus, diañus, familiares* y *somicius*.—La salvadora diosa Hygea..... 169-185

© Biblioteca Nacional de España

Páginas.

X.—En pleno Cantábrico.—El hórreo de Tapia.—Las *lamias*.—Recuerdos orientales, griegos y latinos.—La catástrofe atlante y el poema de Festo Avieno.—La ría de Navia y la historia de su nombre.—Narcés aparece. Una broma pesada de Clodomiro.—¡Perdido!—El mejor nadador de Asturias.—Un contramaestre improvisado.—Comida en cubierta.—Controversia jurídica.—*El buque-fantasma* y su vela blanca y negra..... 186-196

XI.—Un litoral de ensueño.—Luarca y el río Negro.—La fuente del Brujo.—Una escultura singular.—Piedra lunisolar más que preciosa.—Los hermanos rierenses de la escuela de Cristo.—Ruskin y sus Siete Lámparas de la Arquitectura.—Luarcenses ilustres.—Un crepúsculo frente a la ría de Canera.—Panoramas costeros a la luz de la luna.—Un lobo marino.—El misterio de los Bajos de Loxanín.—Mareas superequinocciales. Una cripta que sólo se abre diez minutos cada diez años. Otra vez la vela blanca y negra. . 197-203

XII.—El escondite de Cudillero.—El más singular de los alijos de contrabando.—«A lluecas tapadas».—Un alquimista de los tiempos modernos.—El retiro del sabio y la *Grieta del Azufre*. *Pater omnipotens Aether*.—El *prana* solar y el *prana* terrestre.—Catabolismo alquímico de la Naturaleza.—Un émulo de Sendivoxius.—«Sal, azufre y mercurio».—Biología alquímica del organismo terrestre.—La Scenopegia macabea. Las obras de Alderete.—Curiosa manera de consultar los libros de la Biblioteca Nacional.—Prodigios sobre prodigios.—Mi primera lección ocultista..... 204-214

TERCERA PARTE

HACIA EL BORDE DE LA SIMA

I.—Recuerdos del alquimista.—Una visita a la Fundación de Selgas.—El palacio de *El Pito* y sus preciosidades.—Una visita al mar por la *Grieta del Azufre*.—No aparece señal alguna del tesoro.—*Espumerus*, *ñuberus* y *ventolines*.—El himno de Miranda a los védicos *maruts*.—Las danzas de la *Noche de San Juan*.—*Perlindangos* y *ten-perendengues*.—Añoranzas de la *Danza prima*..... 215-224

II.—Por la izquierda del Nalón.—Pravia la linda.—Los ábacos de la magia y la Corte de Don Silo.—Misterios tras misterios.—La cadena humana.—«Soy de Pravia, soy de Pravia».—Un poco de vieja heráldica.—Fábricas de jabón que no logro encontrar.—Una riqueza por nuestras concupis-

© Biblioteca Nacional de España

Páginas.

cencias perdida.—El idilio de Nalo y Damianti.—Los viejos pueblos astures del Nalón.—La roca de Peña-Aullán.—Tristes recuerdos.—En busca de algo muy extraordinario.—Un ruskiniano inconmensurable.—Don Hermógenes de Fae y Bentivoglio.—Silencio de silencios.—El Nuevo Evangelio de la Arquitectura..... 225-237

III.—Otra vez la roca de Peña-Aullán.—El país de Doña Paya y de Doña Controda de Pelungano.—La *Quintana de las Rosas*.—Cosas de magia blanca y negra.—Brujos y hechiceras.—¡Por encima de *artos* y por bajo de *carbayos!*—Los *espíritus* de los crepúsculos.—El celebérrimo Miguelón Raposa.—Prodigios de la aguja femenina.—¡A peseta por palabra!—Milagroso poder de unas botellas de vino.—La vieja de Peña Ubiña y los arrieros del chaleco encarnado.—El argadillo.—El mal del *güeyo*.—La enfermedad de «los abiertos de pecho».—Retorno hacia Pravia.—Súbitos terrores.—El doble astral de Don Hermógenes de Fae.—El más inesperado de los viajes..... 238-247

IV.—En marcha hacia Oviedo.—Grado y *los moscones*.—Hazañas de extranjeros.—La maldición de nuestra política.—La dislocación cambriana de Miraflores. El *metropolitano* ovetense.—La casa de la Rúa.—¡Volaron los pájaros!—Paciencia casi de santo.—La *morriña*.—La espléndida catedral y sus tesoros.—Otros históricos edificios.—El *Fontán* y la *Escandalera*.—Nadie diga «de este agua no beberé».—En plena campaña electoral.—El Dr. Alvarez y sus *vegueros*.—Mi fuga hacia el Monte Naranco.—Hospitalidad tradicional.—Tres joyas arquitectónicas.—De regreso..... 248-259

V.—Camino hacia Sama y Langreo.—La *Aldea Perdida* y mis remordimientos.—Discusión sobre el tesoro.—El pleito ganado por el escepticismo de Narcés.—«Mi corazón con Orestes; mis votos con Pirro».—Hazaña de Conradino.—Narcés llena de billetes de Banco su cartera.—Un gran corazón, por el Derecho, torcido.—Visita a la cuenca carbonera.—El pozo del Molinuco.—El himno a Ceres y a la Agricultura..... 260-266

VI.—Pola de Laviana y la víspera de San Pablo.—Miel sobre hojuelas.—Un joven émulo del inconmensurable Miranda.—Por los campos de la Antropología.—Un chino en la braña de Buspol.—Las adivinaciones de Don Federico Olóriz.—Dolicocefalia y braquicefalia.—La raza futura.—El gran mitólogo Don Juan Menéndez Pidal.—Las Vacas Celestes.—Los Vedas astures.—Saburnin-Saturno.—Costumbres de divina idealidad y suprema pureza.—Roldanes y Belte-

© Biblioteca Nacional de España

Páginas.

nebros.—Un precioso detalle del primer romance bable. —La *Danza Prima* y la Astronomía.—Leyendas sobre leyendas.—El *karma* de Narcés.—¿Mi existencia anterior en Asturias?..... 267-281

VII.—Tren especial hacia Covadonga.—La *Peña el Uncin* y sus *utres*.—La hermana de Don Pelayo.—Un ilustre sobrino del *Príncipe de Somiedo*.—Don José de Belda y Campo-Sagrado y su conversión al Ocultismo.—Lo que por nuestra ignorancia se roba a Asturias.—Infiesto y las Arriondas.—Una acuarela de D. Antonio Maura.—Concania y Vadinia. —Monasterio de San Pedro de Villanueva.—Una hermosa lección de Historia.—La región cóncana y la Arqueología. —En tierra doblemente sagrada.—Abamia y Corao de Abamia..... 282-293

VIII.—La casita de Corao.—Recuerdos de valor precioso.—La silueta de nuestro héroe.—Sus maestros Heine, Schopenhauer y Trueba.—Su religioso espíritu de artista y la Basílica de Covadonga.—Un salvador de los tesoros astures. —Gustos aristocráticos.—El lenguaje de los perros y de los pájaros.—Su amigo Pidal y una historieta italiana.—Grandezas del alma astur.—Don *Pepito* Quirós.—El Soto del Escorial.—El alto de la Priena.—Maravillas de la flora astur.—El panorama de Onís.—¡Voló otra vez el pájaro!—La *Fuente del Matrimonio*.—El Santuario de la Patria y sus delicias..... 294-306

IX.—Camino del lago Enol.—El lago cantábrico y *Los Doce Césares* de Suetonio.—Un pastor extraño.—La flauta del *Kareol* en el *Tristán* y en el lago.—La alegre tocata del pastor y su barco templario.—¡Vuélveseme del revés hasta el tiempo!—Regreso a Covadonga y despedida. De Arriondas a Pola de Siero, Noreña y Gijón.—Como en las carreras de caballos...—Dos vapores en regatas, camino del Musel.—El indiano *Don Pancho* y su Corte. Narcés embarca para donde no quisiera.—*Quid pro quo* memorable.—El pasajero del segundo barco..... 307-318

X.—Vida de un ocioso en Gijón.—El hombre más grande que la ciudad ha tenido.—Un poco de bibliografía de Jove-Llanos. —Cómo hubieron de enseñarle en Mallorca el Catecismo. —*Aras sextianas*.—Fano y Jove.—Somió y su americanismo.—Cambio más que de tren en Villabona.—El gnomo braquisquélico del valle de Villardebeya.—El primer feo de Asturias y su pequeña lección de *Criptología*.—Rodando por y bajo todo el mundo.—La terrestre criatura se esfuma ante mi propia vista.—El regalo de una pipa..... 319-328

© Biblioteca Nacional de España

Páginas.

XI.—Avilés y su gloriosa Historia.—Rápido recorrido.—La más hermosa mujer de las Asturias: su vestido verde-hiedra.—Problema caballeresco.—Con rumbos desconocidos.—El libro de Jesús Ceballos y su teoría *dosamantística*.—Descanso al borde de la *fontina*.—La comida de la torta misteriosa: sus fatales consecuencias para mi virtud.—Por senderos de franca perdición.—La Maga-Elena y la poesía de Teodoro Cuesta.—*El Banquete* de Platón y los panoramas dosamánticos.—Todo en la clave del sexo.—El más integral de los lirismos amorosos.—Desmayo oportuno.—Dos terribles horas de espera para cenar.—Añoranzas ocultistas.—Una salvadora pipa.—Mi huída.—Lo que de todo ello quedase al pie de la *fontina*..... 329-343

XII.—Huyendo aún del peligro.—El más funesto de los *enguedeyamientos*.—Los dos *turistas* de San Martín de Salas.—Uría y su caja Topinard.—Visita a las grandezas históricas de la villa de Valdés.—Recorrido de la parroquia de Santa María.—Tallas exquisitas y romanas esculturas.—La torre y palacio de los Mirandas-Montijo.—Minuciosas pesquisas.—¡No hay ya del tesoro señal alguna!—Desaliento.—Cómo había caminado hacia el abismo en meros siete días.—Mi única salvación posible. 344-350

CUARTA PARTE

EL TRIUNFO DEL OCULTISMO

I.—En la *Casona* de Soto.—El más retirado de los monasterios laicos y sus alrededores bellísimos.—El pueblo de Miranda y de Narcés.—Los demás vecinos del mismo.—Paradojas astronómicas y climatéricas de aquel nuestro retiro.—Mi confesión general con Miranda.—Ridiculez y peligros del dosamantismo.—La *Octava Esfera* y *La Ciudad dantesca* del Dite.—«A los hermanos extraviados».—Coincidencias entre las dos clases de Magia y peligros del Sendero Siniestro.—Enseñanzas de Blavatsky.—Las *Helenas* blanca y negra.—El poder de *Kriyasakti*.—Aplicaciones científicas.. 351-362

II.—La visita a la gran capital de Soto.—¡Una población donde sólo mueren dos personas por año!—La ermita de la Fuen-Clara.—El Palazón señorial.—Los buenos tiempos de Don Suero de Vistrario.—Glorias que fueron.—La pesca al trayente.—El pradón de Don Pepito.—Comida al aire libre.—La prudente Prudencia Perfecta.—El Río Malo y el pavoroso Lleiroso.—El más espantoso de los trastornos geoló-

© Biblioteca Nacional de España

Páginas.

gicos.—Sitios infernales y malditos.—La garita de Arbodas y el muerto que mató a cuatro.—El castaño del eremita políglota.—Las *turriadas del diañu.—Bodastoret* y el *Círculo de los eremitas.*—Lluvia de *estrellas.* El mejor café de Asturias..... 363-373

III.—A caza de la quinta señal del tesoro.—El Lleiroso tremebundo.—Fuego entre cenizas.—El más heroico de los esfuerzos salvadores.—Sierra arriba hasta el nido de buitres.—Horripilante caída.—Penoso regreso hacia la *Casona.*—La cata de mis *feridas.*—El mal del estornudo y sus presagios felices.—Una mirada hacia mi pepita.—¡Anillo devuelto por encanto!—Recuerdo de talismanes célebres.—Las *piedras-movibles* indicadoras.—Sorpresas, para mí, inauditas.—Maravillas tras maravillas..... 374-382

IV.—Los monjes de nuevo cuño y su vida en la *Casona.*—Costumbres pitagóricas.—El paseo matutino.—Los papeles de nuestros santos maestros.—Reformas importantísimas en el *Círculo de los eremitas.*—Otras tareas diurnas.—Mi nueva pipa.—Veladas musicales sin público.—El Courío.—La fiesta mayor.—Una misa primitiva.—Recuerdos de los primeros maestros españoles y su influencia en el arte moderno.—El más monstruoso de los banquetes astures.—En la pomarada de los Narcés.—El dolor de una despedida..... 383-390

V.—En marcha para Somiedo.—Una última mirada a la *Casona* y al *guapo* valle de Soto.—El viejo y el nuevo Castañedo.—Catástrofe geológica de hace dos siglos.—Los cielos vistos del revés.—La casa del mexicano.—Confluencia del Pigüeña con el Narcea.—La casa y biblioteca de *el Valiente.*—Recuerdos de la guerra de la Independencia.—Narcés liba en honor del *padre-río.*—¡El nivel del mar en Alicante!—En camino hacia Belmonte.—Panoramas imponentes.—Belmonte y el simbolismo oculto del juego del tresillo.—La llegada a Almurfe.—El señor Don Lionnel Briton y su esposa Jacinta.—Dramáticas historias.—Cómo muchos ciegos pueden ver por los ojos de otro ciego.—*Música de cámara.—El trío del Archiduque.*—Esperanzas para nuestra empresa..... 391-401

VI.—Las Termópilas del río de la Pola.—Taludes pavorosos y túneles de la carretera.—Los geólogos más ilustres que han estudiado a Asturias.—Cómo la Humanidad ha conquistado aquellos precipicios.—La *Cueva de la Vaca figal.*—Agüerina y el cardenal Cienfuegos.—Un *ijujú* oportuno.—Nostalgias del tiempo viejo.—La Riera y el Castro.—La *Cueva de la infanta Urraca.*—El bocio.—José Flores y el poema

© Biblioteca Nacional de España

Páginas.

de la Creación.—Su manera de ver la historia y el mundo.—La *Peña del Cuatro-Tres*.—Motes de pueblo a pueblo.—El salto de agua del Castro.—Uno de los tesoros de Somiedo.—El ingeniero D Horacio Pacheco de Belda.—El economista Flórez-Estrada, Don Félix de Belda y el *Cueto de la Vaca*.—Misterios y más misterios..... 402-413

VII.—En la Pola de Somiedo.—Encuentro con un sabio canónigo.—«En Somoza con la maza».—Una inscripción y un escudo curiosos.—El tributo de las cien doncellas.—Recuerdos de los Mirandas y de otros ilustres varones.—La Vaca astral y los Vaqueiros de Alzada.—La hermosa obra de Acevedo y Huelves.—El fenómeno de la porfirización de las razas, según Miranda.—*Vaqueiros, xaldos y marnuetos*.—Gauthama el Buddha y los vaqueiros.—Nuevas luces para el problema.—El odio tradicional a esta dulce raza y sus cantares de gallardía.—El *au clair de la lune* y el *nous n'irous plus au bois* franceses.—El *fresno vaqueiro*.—Las serpientes.—Luz para lo futuro..... 414-425

VIII.—La familia vaqueira de *El Fuentes*.—¿Vaqueiros extremeños?—Un recuerdo de Gabriel y Galán.—*Pachón de Villaverde*.—«*¡Más decente que el sol!*».—Trajes vaqueiros.—Historieta de invierno.—El anciano de la barba blanca y los vaqueiros.—Más sobre los encantos de las *xanas*.—Paredes Guillén y sus *Framontanos Celtíberos*.—«Las torres que desprecio al aire fueron.»—*Pan de chorro y pan de cantiello*.—Cómo hay que obrar siempre en asuntos de ocultismo.—La satisfacción sin par del deber cumplido..... 426-432

IX.—El soliado del pirata.—Despedida a la iglesita de La Pola.—Los valles de Somiedo.—Más recuerdos vaqueiros.—La braña del *Vatchin* y la cueva de la *Orania*.—Cual si fuéramos a caza de osos.—Pacheco y el *Cueto de la Buena-Madre*.—Lo que el ingeniero columbra ya.—Profecías del Belda grande.—La fuente *Revesina*.—«El mayor borracho de Europa» y la fiera corrupia en los veiros del Valle del Ajo.—Miranda y Pacheco, meditan.—La última alzada de vaqueiros.—La innarrable poesía del Valle del Ajo.—Botánica astur.—Maravillas naturales.—El primer lago.—¡Quién fuese Frassinelli!—«Desde la más alta cuguruta», a 1.800 metros..... 433-442

X.—Descenso al Ca-Mayor.—Un paseo por el lago.—Instalando el campamento.—Plan de operaciones.—Dilema terrible gaedhélico-latino.—El último vaqueiro, Señor de Campanillas.—El itinerario de Townsed y de Le Sage.—Recuerdos célebres de la caza del oso.—*Xuacón de Santiago, To-*

© Biblioteca Nacional de España

Páginas.

ribión de Llanos y *Xuanón de Cabañaquinta*.—Un amanecer en la altura.—Exploración de los veiros de junto al lago de la Calabazosa.—Sorprendidos por dos osos.—Peligro inaudito.—El abrazo del oso.—Triunfo del heroico Clodomiro.—Banquete improvisado.—Noche triste, y no de Otumba.—Deliberación solemne.—Nuestras esperanzas se marchitan.—La lengua de Camoens y Clodomiro.—Lo que puede valer un punto de ortografía.—*¡Eureka!*—La Cueva del Tarambico.—La leyenda de la oveja y su cría.—Narcés descolgado hacia el abismo.—¡El tesoro a la vista!—Tareas improvisadas.—¡432 barras de oro!—Los cinco más generosos mortales.—Más de diez millones de pesetas en perspectiva..... 443-461

XI.—Temporal de montaña.—Durmiendo sobre el tesoro.—Sorpresa nocturna.—La postrera revelación del Padre Alvaro y la Biblioteca del *Vicus-Tara*.—El signo lingual védico tallado en el seno de la Bovia de Somiedo.—La más rica de todas las bibliotecas hispánicas.—Tesoros innúmeros del saber arcaico que se creyesen perdidos.—Alumbrado y calefacción de aquel encantado recinto.—Las mayores riquezas de Asturias.—Galería que desciende hacia el Valle del Ajo.—Dos bien chocantes hallazgos.—Las garras de la *fiera corrupia*.—El más glorioso de los bibliotecarios que en el mundo han sido.—¡Por la entraña de la Bovia, y en bicicleta!..... 462-471

XII. Final de una noche dionisíaca.—El despertar de Narcés y su ensueño maravilloso.—La consulta con Miranda.—El realismo de lo soñado por Narcés.—Otra vez en la Biblioteca del *Vicus-Tara*.—Se confirma una vez más lo que me enseñase el gnomo avilesino.—El *Sancta Sanctorum* de la Biblioteca. Pinturas rupestres.—Arqueólogos positivistas y arqueólogos teósofo-imaginativos.—Los tesoros del reino del Padre.—El más misterioso de los herbarios.—Otra vez los documentos gaedhélicos.—La despedida de Don Félix de Belda.—Sus comentarios sobre el artículo de Pidal acerca de Frassinelli.—*Calnejos* y *jinas*.—La profecía cumplida.—Dos nuevos teósofos.—¡No somos, sino que nos mandan!—La última tarde en Somiedo.—La divina Vaca de Gautama el Budha..... 472-481

© Biblioteca Nacional de España

Páginas.

EPILOGO

Asamblea general.—El pleito de más cuantía perdido por Narcés.—Previsión inaudita.—Un Real decreto de transcendencia inconcebible.—Despedida al Lago de Narcés y a las Bovias de Somiedo. En marcha para la Corte.—Añoranzas y recuerdos.—Mis primeras tareas, mi pepita y mi pianola.—Entusiasmo ateneístico.—Batalla ganada, por sorpresa, por el general Vallés. - El sustituto de Don Félix de Belda en el Cueto de la Vaca. - ¡Todo el mundo camino de Soto de los Infantes! - Delicias del nuevo Monasterio de la Divina Sabiduría.—El cronista de esta verdadera historia, a guisa de notario, signa, firma y rubrica. 483-491

© Biblioteca Nacional de España

SE EMPEZÓ
A ESCRIBIR ESTA OBRA
EL 23 DE ENERO DE 1916,
TERMINÁNDOSE EN 19 DE MARZO SIGUIENTE.
COMENZÓSE A IMPRIMIR EN ESTE DÍA
Y SE TERMINÓ EL 31 DE MAYO
DEL MISMO AÑO
EN LA
IMPRENTA HELÉNICA,
PASAJE DE LA ALHAMBRA, 3,
MADRID

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE PUEYO

CALLE DE LA ABADA, 19

BIBLIOTECA TEOSÓFICA

Lionel Dalsace.—Deuda fatal (novela); traducida del francés por D. Joaquín Sánchez Pujol (un volumen en 8.°), 3 pesetas.

Mario Roso de Luna.—En el umbral del misterio. Prólogo de Enediel Shaiah (un volumen en 8.°), 3 pesetas.

— Hacia la Gnosis (Ciencia y Teosofía), 3 pesetas.

— Conferencias teosóficas en América del Sur (dos volúmenes), 8 pesetas.

— La Humanidad y los Césares (Suscitaciones teosóficas con motivo de la guerra actual).

Julio Lermina.—Misterios de la vida y de la muerte, traducción de Enediel Shaiah (un volumen en 8.°), 3 pesetas.

Aymerich.—El hipnotismo prodigioso (dos volúmenes en 8.°), 10 pesetas.

Biblioteca Internacional de Ciencias Sociales.

(Filosofía, Política, Economía y Sociología.)

OBRAS PUBLICADAS

Viazzi.—Lucha de sexos; un volumen, en 8.°, de 392 páginas, 4 pesetas.

Schelcher.—La Iglesia y la cuestión social; un volumen, en 8.°, de 283 páginas, 3 pesetas.

Zerboglio.—El Socialismo y las objeciones más comunes; un volumen, en 8.°, de 201 páginas, 2 pesetas.

Zahm.—La evolución y el dogma; un volumen, en 8.°, de 436 páginas, 5 pesetas.

V. Gay, Catedrático de Economía Política.—Constitución y vida del pueblo español (Estudio sobre la etnografía y psicología de las razas de la Es-

© Biblioteca Nacional de España

paña contemporánea), ilustrada con grabados; un volumen, en 8.°, de 362 páginas, 5 pesetas.

G. Andler.—Manifiesto comunista; un volumen, en 8.°, de 185 páginas, 2 pesetas.

G. Bernaldo de Quirós.—Criminología de los delitos de sangre en España; un volumen, en 8.°, de 124 páginas, con 9 láminas, 2 pesetas.

COLECCION ÁNFORA

Elegantes volúmenes con cubiertas en colores.

Á DOS PESETAS EL VOLUMEN

Luis Tablanca.—Cuentos sencillos.

Luis C. López.—Posturas difíciles (poesías).

Dorio de Gádex.—Lolita Acuña (novela).

— Princesa de fábula (novela).

— Al margen de la vida (prosas).

Carlos Venero.—Amor de verano (novela).

Guido Anatolio Cartey.—Cadenas rotas (novela argentina).

Alfonso de Sawa.—A través de la vida (bocetos sociales).

Pedro y Maximiliano Raida.—Venganza rifeña (novela mogrebina).

Nicasio Hernández Luquero.—El ensueño roto (novela).

Luis A. de Borja.—Amor excelso (novela).

Manuel Cervera, Luis C. López, A. Z. López-Penha.—Varios á varios (poesías).

A. Z. López-Penha.—El libro de las incoherencias (poesías).

Diego San José.—Hidalgos y plebeyos (poesías).

A. José de Sáinz.—Cantos del sendero (poesías).

Pedro de Répide.—Costumbres y devociones madrileñas.

© Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA

Elegantes volúmenes con cubiertas en colores.

Á TRES PESETAS CADA UNO

Pedro de Répide.—La enamorada indiscreta ó el peligro en la verdad.—Agua en cestillo.—No hay fuerza contra el amor (novelas ejemplares escritas al antiguo uso); un volumen.

— Los cohetes de la verbena (novela madrileña); un volumen.

— La corte de las Españas; un volumen.

Rafael López de Haro.—El salto de la novia (novela pasional); un volumen.

— Batalla de odios (novela); un volumen.

— La novela del honor (novela); un volumen.

Antonio Machado.—Soledades.—Galerías.—Otros poemas (poesías); un volumen.

Salvador Rueda.—La cópula (novela de amor); un volumen.

Augusto Martínez Olmedilla.—La caída de la mujer (novelas eróticas); un volumen.

— Memorias de un afrancesado (relatos histórico-novelescos); un volumen.

— El tormento de Sísifo (novela); un volumen.

— El templo de Talía (novela); un volumen.

— Idilio trágico (novela); un volumen.

— Siervo y tirano (novela); un volumen.

— Donde hubo fuego... (novela); un volumen.

Emiliano Ramírez Angel.—Cabalgata de horas (prosas); un volumen.

— La vida de siempre (prosas); un volumen.

Tulio M. Cestero.—Sangre de primavera (poemas en prosa, teatro para leer e impresiones de viaje); un volumen.

Alvaro Armando Vasseur.—El memorial (prosas y relatos); un volumen.

Abel Botelho.—El Barón de Lavos (novela psicológica; traducción del portugués y prólogo de Felipe Trigo); dos volúmenes.

Francisco Villaespesa.—La copa del rey de Thule (poesías); un volumen.

— Viaje sentimental (poesías); un volumen.

© Biblioteca Nacional de España

Francisco Villaespesa.—Saudades (poesías); un volumen.

— Ajimeces de ensueño (poesías); un volumen.

Eduardo Barriovero.—Syncerasto, el Parásito (novela arqueológica); un volumen.

— Vocación (novela); un volumen.

Isaac Muñoz.—La fiesta de la sangre (novela mogrebina); un volumen.

— Alma infanzona (novela); un volumen.

— En tierras de Yebala (estudios); un volumen.

— Esmeralda de Oriente (novela mogrebina); un volumen.

Emilio Carrere.—El Caballero de la Muerte (poesías); un volumen.

Fernando Mora.—Venus rebelde (novela pasional); un volumen.

— Nieve (cuentos y novelas); un volumen.

— Los vecinos del héroe (novela madrileña); un volumen.

— El patio de Monipodio (novela); un volumen.

Mario Roso de Luna.—Hacia la Gnosis (ciencia y teosofía); un volumen.

Santiago Argüello.—De tierra... cálida (poesías); un volumen.

Benigno Varela.—El sacrificio de Márgara (novela); un volumen.

— Isabel, distinguida coronela (novela); un volumen.

— Volcanes de amor (cuentos); un volumen.

— Corazones locos (cuentos); un volumen.

— Senda de tortura (novela); un volumen.

Antonio G. de Linares.—Excelsa (novela); un volumen.

— Alma remota (poema sinfónico, con música del maestro Jesús Aroca), un volumen.

Germán Gómez de la Mata.—Orquídea (novela); un volumen.

— Mariposa (novela); un volumen.

Francisco Vera.—De mujer á mujer (novela); un volumen.

Manuel Valcárcel y Julián Martín de Salazar.—Trini (novela); un volumen.

— Fiebre de amor (novela); un volumen.

— Las adelfas (novela); un volumen.

— La hidra (novela); un volumen.

— ¿Carne ó alma? (novela); un volumen.

Enrique Gómez Carrillo.—Pequeñas cuestiones palpitantes; un volumen.

José Delgado Carrasco.—Vida adentro (prosas); un volumen.

Pedro Barrantes.—Delirium tremens (poesías); un volumen.

© Biblioteca Nacional de España

Enrique Calonge.—Pepe Luis. Ni amor ni gloria (novela); un volumen.

José Ortiz de Pinedo.—De la realidad y del ensueño (prosas); un volumen.

— La jornada (poesías); un volumen.

Felipe Sassone.—Almas de fuego (novelas); un volumen.

— El miedo de los felices (drama en tres actos); un volumen.

— Vórtice de amor (novelas); un volumen.

— De un errante... (Cartas á Jack); un volumen.

ÚLTIMAS PUBLICACIONES

Joaquín Belda.—Aquellos polvos... (novela), 3,50 pesetas.

Jacinto Benavente.—La ciudad alegre y confiada (comedia en tres actos), segunda parte de Los intereses creados.

Luis de Oteyza.—Galería de obras famosas, 3,50 pesetas.

Dionisio Pérez.—Por esas tierras... 3 pesetas.

Alejandro Pérez Lugín.—La Casa de la Troya (novela premiada por la Real Academia Española) 4.ª edición, 3,50 pesetas.

— La amiga del rey. Las tiples. Romanones. La Vicaría. 3,50 pesetas.

© Biblioteca Nacional de España